3 1761 09544781 9

SHOUT
SHARE
IT

ENRIQUE IV. DE CASTILLA,

ó

Memorias de una Reina.

LS
F3674e

Censura de novelas.—Madrid 6 de enero de 1854.—El cesor D. Felipe Villaranda.—Es copia.

Imp. de D. P. Montero, Encomienda, 19, pral.

F3674e

Historia novelesca española.

ENRIQUE IV

(El impotente)

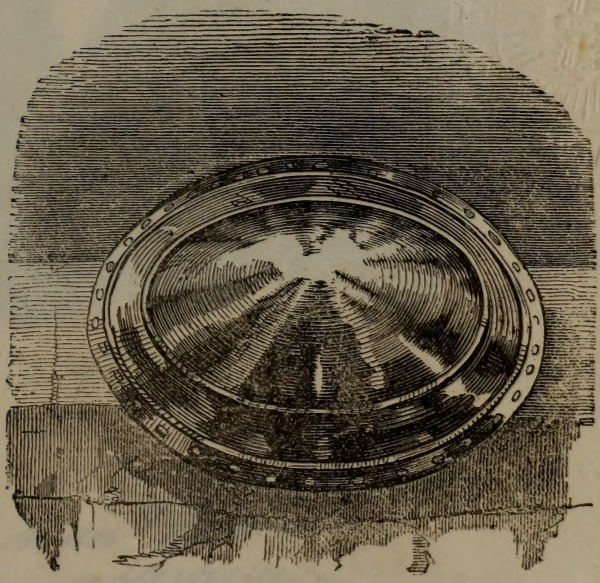
Ó

Memorias de una Reina.

novela histórica, original

DE

Don Manuel Fernández y González.



Publicada por D. J. Ruiz de Morales.

OLMO 8, PRINCIPAL.

Madrid, 1854.

299016
6. 4. 34

Soldevila dib.º y lit.º

Lit.ª de J. Aragon, pl.ª del Angel, 9. Madrid.

Manl. Fernandez y Gonzalez

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/enriqueivelimpot00fern

PRÓLOGO.

Que es muy breve porque solo sirve para decir cómo se encontraron estas memorias.

Cuando en el año de 1761 se demolió la iglesia de san Francisco el Grande de la imperial y coronada villa de Madrid, á causa de su estrechez y de su estado ruinoso, en una habitacion oscura y lóbrega, situada á la parte del Evangelio de la antigua iglesia, que comunicaba con ella por una tribuna cerrada con celosías, se encontró al derribar un tabique, en un pequeño hueco, un voluminoso cuaderno de papel viejo y amarillento por los años, á cuya cabeza se leia: *Vida é desventuras de la reina doña Juana de Portugal, mujer que fue é viuda del muy noble é poderoso é temido señor rey don Enrique el cuarto de Castilla é de Leon, escriptas durante su retiro en el convento de San Francisco el Grande de la villa de Madrid por la misma señora reina doña Juana.*

Aconteció que hallándose presente en aquel punto, segun consta de una nota unida al manuscrito, el reverendo padre lector fray Cenon de Avila, se apoderó del viejo marmotreto, le guardó y sepultó en un estante, sin dar á nadie parte del hallazgo, y este precioso documento autógrafo, que debia haber enriquecido el caudal de manuscritos de la Academia de la historia, quedó perdido é ignorado como ha acontecido con tantos otros: una casualidad afortunada hizo conocer al autor de este libro á la persona que posee por otra casualidad el manuscrito, que ha andado rodando, durante quince años, desde la extincion de los conventos, por las ferias de Madrid, y dicho poseedor, á quien debe un concepto exagerado el autor, se ofreció espontáneamente á franquearselo, pero con dos condiciones: primera, que el manuscrito no habia de salir de su casa; y segunda, que no se habia de citar el nombre de su dueño, que teme, si esto se hace público, lluevan sobre él literatos curiosos, y sobre todo las exigencias que deben suponerse del celo nunca desmentido de la Academia de la

historia, por adquirir cuanto puede ilustrar y enriquecer nuestros anales.

Hé aquí la razon que obliga al autor á no dar mas noticias sobre esta preciosa obra, y á resignarse á que acaso alguno dude de la existencia del tal manuscrito, duda que á existir no puede apoyarse en ningun fundamento razonable, puesto que para nada necesitaba el autor decir que habia visto la tal crónica, siendo así que la parte histórica de su novela está apoyada y autorizada por nuestros historiadores.

Dúdese ó no de su dicho, el autor se ha alegrado de haber á las manos un documento en que una muger harto desgraciada y célebre por su hermosura, por sus galanteos y por la parte que tuvo con ellos en el advenimiento al trono de Castilla de la reina de las reinas, de nuestra incomparable Isabel la Católica, ha escrito con lágrimas la historia de sus amores y de sus desdichas; en que hay páginas que son pedazos de un corazon destrozado, en que se siguen paso á paso intrigas maquiavélicas, sucesos llenos de interés dramático, amaños de corte en que se juega el todo por el todo, y que marcan de una manera admirable el carácter de aquella época de transicion; en que no pudiendo pasar mas adelante la corrupcion social, se reconstituyó de una manera necesaria la monarquía, se morigeraron las costumbres y apareció, en fin, la grande y noble España de los reyes católicos como la resurreccion de un cadáver purificado por la espiacion y el martirio.

En las memorias de doña Juana de Portugal solo se encuentra una historia de amores, de lucha, de desesperacion: los sucesos históricos estan tocados someramente y como por incidencia, pero en cambio se encuentran puntos luminosos que arrojan una gran claridad sobre muchos lugares oscuros de la historia de aquel tiempo.

El autor, pues, ha basado principalmente su libro sobre dichas memorias, y puede decirse que de ellas es hijo, pero ha buscado de las crónicas lo que omitió por ignorancia ó por no venirle á cuento la reina doña Juana, y ayudándose de algunas correspondencias y manuscritos inéditos existentes en la Biblioteca nacional, despues de muchos desvelos, afanes y trabajos ha logrado al fin dar á luz un nuevo libro, que si no es bueno, se ha procurado que lo sea, invirtiendo en él muchas horas de trabajo asiduo y enojoso.

Baste, pues, ya de prólogo, por el cual si les pareciere inútil, pedimos perdon á nuestros lectores, y contando con su indulgencia entramos de lleno en nuestro relato.

I.

La Llave.

Acababa de oscurecer un nublado dia de invierno del año de 1465, cuando por un estremo de la calle de la Redondilla, de la villa y entonces corte de Madrid, apareció un bulto rebozado en una ancha capa, calada la gorra hasta las cejas, y cuidando, segun todas las apariencias, de no ser reconocido: era el tal bulto alto, derecho, gentil, y á todas luces, por su apostura y por la nobleza de su andar caballero, y caballero de los principales de entonces.

Pero iba tan bien rebozado, que aun cuando pasó por delante de un nicho en que una lámpara alumbraba á un Santo Cristo, nada hubiera podido verse de su semblante, y solo sí hubiera podido concebirse que iba á algun lance de empeño ó de honra, puesto que por debajo de su capa, al pasar delante del nicho, lanzó un vivo reflejo, herida por la luz de la lámpara, la aguda punta de una espada.

Estaba la calle, salvo el lugar donde ardia la lámpara, densamente oscura; no pasaba por ella, á pesar de no ser tarde, ni un alma viviente; llovia de una manera continua, y de tiempo en tiempo un relámpago rasgaba el denso celaje, disipando por un momento con su luz verdosa y fria las tinieblas.

El bulto adelantó pegado á la pared izquierda de la calle, en direccion á la Carrera de San Francisco, y al llegar delante de un postigo, sobre el cual habia una ventana con vidrieras, iluminadas por el reflejo de una luz en el interior, se detuvo y se enclavó, por decirlo así, en el hueco de otro postigo situado enfrente.

Poco tiempo despues de haberse situado en acecho ó espera el encubierto, se dibujó tras los cristales de una ventana la sombra de una muger: aunque nada podia juzgarse en cuanto á su semblante, aquella muger hubiera sido calificada de hermosa por un conocedor del género, por el magnífico y distinguido contorno de su cabeza, que recortaba su sombra sobre los vidrios, dejando conocer su distincion, sus bellas proporciones, su cuello, sus hombros, su talle: adivínase que el atavio de aquella muger era elegante, y su peinado bello, y sobre todo, en su actitud y en su negligencia, á una muger acostumbrada á recibir los homenajes que solo se rinden á la hermosura.

La sombra se retiró y volvió á aparecer tres veces consecutivas, y al fin se dibujó en la vidriera una bellísima mano, rechinó una falleva, se abrieron las hojas, y la dama, que dama era sin duda,

sacó la cabeza y lanzó una mirada inútil á la oscura calle. Nada vió, porque nada podia ver, y despues de un momento de observacion retiró la cabeza, cerró con enojo la vidriera y se retiró hácia el fondo de la habitacion.

—Espera, y espera impaciente, dijo con ronca voz entre su embozo el hombre que acechaba y que no habia quitado ojo de la vidriera; solo se espera de ese modo á un amante: no me han engañado, pues segun todas las muestras es indudable que aun no ha venido; pues bien, juro á Dios que le ha de costar trabajo y sangre llegar.

Y dejando el bulto su apostadero, retrocedió y fue á colocarse en el dintel de otra puerta, delante del nicho del Cristo.

No pasó mucho tiempo antes de que se oyesen pasos, y otro bulto tan embozado y recatado como el primero dobló la esquina y se acercó al Cristo; entonces el primer embozado abandonó de repente su apostadero y se puso de una manera brusca delante del segundo.

—¿Quién va? esclamó el que llegaba, con voz profunda é impaciente.

—¡El es! esclamó el que habia esperado, reconociendo sin duda al otro por la voz.

—¿Y quién es él? dijo con recelo el otro.

—Nada os importa quien yo sea, señor Hugo de Centellas, contestó el primer encubierto: básteos saber que no habeis de pasar, y que si sois caballero me habeis de seguir.

—En cuanto á lo de no pasar, lo habeis dicho con sobrada confianza, dijo el llamado Hugo, para que yo no pretenda probaros lo peligroso que es ponerse delante de quien va por su camino con corazon bastante para pasar sobre los importunos; y en cuanto á lo de seguiros, os anuncio que nunca sigo á desconocidos.

—Tanto me da, dijo el encubierto, pero como estoy resuelto á mataros, y pudiera acontecer que si se encuentra vuestro cadáver en esta calle se compromete la honra de cierta dama, á quien vos debeis apreciar en mucho, os ruego que os vengais conmigo hácia la Vega, puesto que si allí he de llevaros ventaja, aquí os la llevaré tambien, con la diferencia de que en la Vega no estamos espuestos á alcaldes ni alguaciles.

—¡Teneis empeño en matarme!.... dijo con cólera mal contenida Hugo de Centellas, que así para evitar confusion llamaremos al segundo embozado; debeis, pues, tener motivos de Centellas.

—Sí por cierto; tengo motivos sobrados para desear cortaros la lengua.

—¿A mí? gritó con cólera Centellas.

—A vos, contestó con calma el encubierto.

—Y por qué razon.....

—La habeis puesto en una dama de quien nadie tiene motivo para hablar, habeis hecho correr por la corte calumnias, habeis obrado, en fin, como un villano.

—Necesitais sin duda un pretesto, dijo con nobleza don Hugo, y le habeis escogido torpemente; por mas que procuro reconoceros por la voz, no alcanzo quién podais ser, y no recuerdo haber dado motivos para tener enemigos ocultos.

—Y dado caso que yo adoptase un pretesto cualquiera para encubrir el verdadero motivo que me impulsa á mataros, me estraña el que siendo vos tan valiente como publica la fama, sufrais con paciencia insultos que, fundados ó falsos, son bastante para que se maten dos hidalgos.

—Cuando se teme un lazo se contiene la cólera; pero esto no quiere decir otra cosa sino que se desea saber á qué atenerse en un lance imprevisto, á no ser que contra todas las apariencias, seais uno de esos aventureros que, promueven una riña para apoderarse, si le favorece la suerte, de la bolsa de un caballero.

—Pues mirad, habeis acertado, no en lo de aventurero, sino en lo de la bolsa: en efecto, quiero robaros.

—Si no es mas que eso, amigo mio, dijo con gran serenidad don Hugo, podíamos haber ahorrado tiempo y palabras: mi oro está siempre dispuesto á amparar hidalgos pobres; y aunque en otra ocasion la manera con que me habeis hablado os hubiera producido un lance desagradable, hoy me importa acabar pronto. Tomad, pues, remediaos, y dejadme el paso libre.

Y Centellas se llevó la mano á la cintura, segun se pudo notar por la ondulacion de su capa; y sin sacar la mano de debajo de ella, arrojó á los piés del encubierto una pesada bolsa, que produjo al caer el sonido vibrante y limpio del oro.

—Os habeis equivocado torpemente, caballero, dijo el encubierto: tratándose de dinero, entre los dos no seria yo el mas pobre; no es oro lo que yo quiero, si no hierro.

—¡Hierro!

—Ciertamente: dadme la llave que traeis con vos del postigo de la casa de doña Catalina.

Lanzó Centellas una esclamacion de asombro, se hizo un paso atras, y desnudando su espada y acometiendo al encubierto, le dijo:

—Puesto que quereis hierro, tomad, hierro: puesto que quereis una llave, veamos si la que empuño es bastante para abriros el corazon.

—Cerradura es esa, amigo mio, dijo, defendiéndose con una destreza y una sangre fria admirables el encubierto, harto mas difícil de abrir que la del postigo de doña Catalina....pero no os irriteis, porque os estoy viendo muerto.

—Afuera fanfarronadas, esclamó con cólera Centellas: lo que haya de ser se verá.

—¡Ah! ¿sí? pues ya está visto....¡alla va!

Y tendiéndose el encubierto en una estocada inevitable, atravesó de parte á parte á Centellas que solo tuvo aliento para esclamar:

—¡Dios me valga!

—Válgate, sí, dijo el encubierto, sacando la espada de la herida y viendo caer á Centellas que habia vacilado un momento: en verdad, en verdad, que aunque tu lengua y tus hechos son de villano te has defendido con valentía....pero veamos si me han engañado.

Y llegando al cadáver y desenvolviéndole de la capa, asió su escarcela, la abrió y en ella encontró una llave.

—¡Ah! ¡ah! cuando se paga bien y á tiempo se encuentran gentes que sirven bien. ¡Diablo! por cierto que la buena de doña Catalina, no podria sospechar que sus galanteos pudiesen aprovecharse de ese modo: heme aqui convertido en ladron, y en ladron afortunado: ahora es preciso borrar el rastro; ella sin duda habrá oido las cuchilladas; pero su casa está demasiado lejos para que haya podido reconocerle....evitemos que sobrevenga gente, y quitemos este bulto de en medio.

Y adelantándose á la esquina mas próxima tocó un silbato.

Poco despues sonaron pasos y aparecieron cuatro hombres con trazas de escuderos: con ellos venia una litera.

—Recojed ese hombre y despachaos, dijo el encubierto: bajad á la Vega, y dad con el muerto en el Manzanares. Cuidad de no cometer una imprudencia, porque si se descubre este lance, yo me encargo de haceros entender á lo que se espone el que no sabe servirme.

Los cuatro hombres tan encubiertos como el que les habia dado aquella órden cargaron con el muerto, le metieron en la litera, y bajando hácia la Vega, salieron por un portillo, y dieron con el muerto en el rio por el mismo punto en que despues se levantó el puente de Segovia.

Urrabieta inv.ª y lit.

Lit.ª de J. Aragon. Madrid

1.

ENRIQUE IV.

El te halga dijo bajandose á meter la mano en la escarcela.

Entretanto el embozado, habia ido á colocarse en el mismo postigo desde donde antes habia observado la ventana antes iluminada y que entonces estaba densamente oscura.

—Sin duda nada ha oido se dijo; se habrá cansado de esperar, ó tal vez se esta ataviando para ir al sarao del alcázar: otro menos esperimentado que yo, mas impaciente, se valdria de su suerte, y penetraria en la casa... pero es necesario evitar eventualidades... es necesario saber que doña Catalina no se encuentra en su aposento, y esto no puedo saberlo de fijo sino cuando la vea por mí mismo en el sarao..aprovechemos entre tanto el tiempo... el señor Alfonso de Leyva me esperará impaciente, y debo no desaprovechar ni un instante, ni una ocasion para ganar mi baston de condestable... ¡Vamos, pues, allá! por aqui estamos asegurados: asegurémonos por la otra banda, y luego con maña y astucia... sí, sí, Dios dirá.

El encubierto se encaminó á la Carrera de San Francisco, pasó junto al convento, bajó al barranco, donde despues se formó la calle de Segovia, subió, pasó junto al alcázar, y subiendo por la cuesta de Santo Domingo, se perdió en un laberinto de estrechas y oscuras callejas.

II.

De cómo en tiempos del señor rey don Enrique el IV seguian los bandos y las rebeldías que habian destrozado á Castilla bajo el reinado de don Juan el II.

En lo mas alto de la colina, que aun en el siglo XVII se llamaba en Madrid el monte de Leganitos, habia, por los tiempos de nuestra accion, una bellísima casa de piedra, de arquitectura gótico-bizantina, rodeada enteramente de un huerto, al que defendia una alta y robusta cerca.

Un ancho portalon, abierto en aquella casa por la parte de mediodia, constituia su entrada principal, y el escape un pequeño postigo, abierto al norte.

La oscuridad de la noche no dejaba percibir nada de las formas de aquella casa; pero á ser de dia se la hubiera admirado por lo esbelto de su construccion, por lo bello de sus adornos, por lo elegante de sus agimeces, guarnecidos con vidrieras de colores, y por la gran riqueza que representaba, en quien poseia la numerosa servidumbre que vagaba en su atrio, subia y bajaba por sus anchas escaleras y se agitaba en sus antecámaras.

Prescindiendo de estos detalles, penetremos, en la ocasion y hora

en que nos encontramos, en una de las cámaras de aquella casa, como quien entra á hurto de su dueño y ocultándonos tras cualquiera de sus ricas tapicerias, observemos lo que pasa en ella.

El objeto mas notable que se presentará á nuestra vista, será una mujer, demasiado hermosa para que no reparemos en ella. Aquella mujer está sentada delante de una mesa de mármol, enteramente cubierta de pomos, de joyas y de objetos de tocador: sobre ella descansa un voluminoso espejo de acero, en que se reproduce la figura de la dama que está enteramente envuelta en una especie de peinador de seda; una doncella se ocupa en peinar su larga crencha, que abarca con dificultad entre sus manos, y que es tan larga y rica que es necesario ponerla sobre el respaldo de una pequeña silla para que no arrastre sobre la alfombra: otra doncella, pone por su órden, sobre cojines de terciopelo, magníficas ropas de seda y oro; últimamente, un caballero que está en esa edad en que un hombre no es ni jóven ni viejo, esto es, entre los cuarenta y los cincuenta años, asiste al tocador de la dama ni mas ni menos que pudiera asistir un amante; pero no lo es puesto que mira con indiferencia los tesoros de hermosura, que alguna vez dejan verse al entreabrirse el peinador y sostiene con ella de una manera indiferente uno de esos diálogos cuyo verdadero nombre es murmuracion de corte, y aun hoy se califica con el nombre de crónica escandalosa.

Antes de transcribir á nuestros lectores dicho diálogo, nos permitirán que les hagamos la descripcion de estos dos personajes: la cortesania, de que jamás nos olvidamos, nos obliga á empezar por la dama.

Era esta una de esas hermosuras enérgicas que deslumbran á primera vista, hermosura de matrona, de tez blanca, tersa y limpia, de formas modeladas, de frente magestuosa, de cejas negras; de cabellos negros, lustrosos y ondulantes por su misma densidad, de ojos negros de mirada fija y radiante, de boca voluptuosa, de cuello voluptuoso, de hombros voluptuosos: una de esas bellezas robustas, que hablan por la pureza de las formas al alma, y por su solidez, por su desarrollo, á los sentidos; dama de ese género á que algunos han llamado, dama, de corte, y otros mas esplícitos cortesanos, tipo falto de pudor, sobrado de energia de pasiones violentas, y de deseos insaciables: entretenimiento y ruina de viejos ricos y de nobles fatuos, cuando no de príncipes y reyes; ser esencialmente egoista que solo piensa en el fausto, y que todo lo arrostra por conquistar una

posicion que le han robado el nacimiento ó la fortuna.

A este género aunque á su primera clase, á su clase privilejiada pertenecia doña Guiomar de Silva que este era el nombre de la dama, hembra portuguesa de alta alcurnia, que desempeñaba en palacio dos importantes funciones: una pública ostensible mediante nombramiento real como dama de la reina doña Juana de Portugal, y otro no menos ostensible ni público, aunque no tan oficial, como dama presunta del señor rey don Enrique IV.

Tan notable era, pues, la persona que acabamos de describir.

La otra, el hombre era no menos notable. La distincion de sus maneras, lo altivo de su espresion, lo rico de sus ropas, demostraban á primera vista á un gran señor. Y lo era en efecto, llamábase don Alonso Enriquez, era hermano de la reina de Navarra, almirante de Castilla y jefe del bando aragonés, ó por mejor decir vendido á los intereses del rey de Aragon en Castilla.

Notábase en sus miradas, en sus maneras, en su apostura, una firmeza de carácter, una gran confianza en si mismo, grandes aspiraciones de poder, y sobre todo, una reserva y una astucia á toda prueba. Comprendíase que aquel hombre aprovechaba todo lo que podia servirle para alcanzar un objeto; las armas, y la intriga, la fuerza y el engaño. Su sola presencia en casa de doña Guiomar, demostraba que esta dama pertenecia á su partido, y la distincion con que la trataba que tenia fundadas esperanzas en su ayuda.

Las dos doncellas pertenecian á esa clase de sirvientes jóvenes, lindas, intelijentes, que son prendas indispensables en el mecanismo de toda mujer de vida aventurera; gentes que son las únicas que saben el verdadero estado del corazon de sus señoras que, llevan el alta y baja de los amantes, y que tienen sobre sí la grave responsabilidad de engañar á unos y á otros en provecho de quien las pague.

—Me estás haciendo un daño horroroso, Estrella, decia á la sazon doña Guiomar á la doncella peinadora; no parece si no que tienes en las manos la cabellera de una labriega... y tú tú, estás desgraciada en la eleccion de vestidos Esperanza: ¿á quién se le ocurre tomar un traje encarnado rabioso para un sarao? voy á parecer un cangrejo: ¿quién ha tenido la feliz ocurrencia de mandarme ese ropon que no parece si no que se ha hecho para un heraldo?

—El rey, señora, le ha enviado esta mañana; y como habeis estado durmiendo hasta el medio dia y luego habeis salido sin que lo supiéramos y no habeis vuelto hasta ahora...

—¡Oh! ¡doña Guiomar! esclamó al almirante ¿con que esas tenemos? tal era el asunto que no os habeis atrevido á fiaros de vuestros confidentes.

—Se trataba de una delicada sorpresa, don Alonso... de una sorpresa que me la debo á mí misma.

—De una sorpresa á una dama.

—¡Oh! sí, de una alta dama.

—¿Sorpresa de amores?

—¿Pues de qué habia de ser?

—¿Y quién es esa dama?

—Sois muy curioso.

—Perdonad; creí que podria importarme algo.

—¿Que si podria importaros? ya lo creo. Paréceme que de esta vez podremos asegurar algo acerca de la legitimidad de la Beltraneja. Y ved si os interesa.

—¿Acerca de la Beltraneja? ¿Pues cómo?...

—¿Cómo ha de ser sino andando en ello don Juan Pacheco?

—Gracias á Dios, Esperanza, que has dado con un vestido que me favorezca... me he decidido por lo azul, señor almirante, paréceme que lo azul me hace mas blanca y mas fresca.

—Vuestra blancura señora es tal, que nada la puede perjudicar, y vuestra juventud es resplandeciente: parece que desde algun tiempo á esta parte teneis graves motivos para preferir lo azul. Siempre habeis de llevar algo azul: cuando no es azul la toquilla, lo es el coletillo, y cuando no el brial; si nada de esto lo es, de seguro no faltará en vuestro peinadillo una cinta azul: antes todo era encarnado, á pesar de que acabais de demostrar un gran horror á los cangrejos: ¿consiste esto acaso en que hay dos damas, que como vos, siempre han de llevar algo azul? por de contado que vos daríais lo que no teneis porque vuestros ojos fuesen azules como los de una de ellas?

—¡La reina! dijo encongiéndose de hombros y con desden doña Guiomar; pues mirad, me ponen mas en cuidado los ojos negros.

—¿Los ojos negros de quién? dijo con malicia el almirante.

—Pues: los ojos negros de doña Mencía de Padilla.

—¡Doña Mencía de Padilla! ¡bah! ¡y por qué os han de poner en cuidado los ojos de doña Mencía! una santa, que ni aun ha concedido los legítimos favores del matrimonio á su esposo, el buen Hernando de Carrillo.

—¡Sí, una santa con hijos...!

—¡Doña Guiomar!

—¡Y con hijos bastardos; peor que bastardos, adulterinos!

—¿Hace acaso el rey la corte á doña Mencía? preguntó con intencion el almirante.

—Eso ya es viejo: el rey ha suspirado tanto por la camarera mayor de su esposa, que toda la corte ha oido sus suspiros; eso es ya tan viejo, que la corte lo ha olvidado ya, y el rey viendo que todo era inútil, se ha acostumbrado al desden de doña Mencía, y ha dejado de suspirar... y luego, ¿qué me importa el rey?

—El rey os solicita.

—Sí, ciertamente el rey me solicita.

—Y vos á pesar de haceros la doncella tímida, la asustadiza, confesad que anhelais ocupar la posicion que ocupó la otra noble dama vuestra compatriota, doña Guiomar de Souza Coutiño. Está visto, el rey se decide por las portuguesas y por las Guiomares.

—Acabad pronto, hijas, dijo doña Guiomar, que deseaba quedarse sola con el almirante, en vista del giro que iba tomando la conversacion; para vestirme el justillo y el brial, el señor almirante consentirá en pasar un momento á mi retrete.

—¡Oh! sí, sí, ya que tengo la desgracia de no ser admitido enteramente á vuestro atavío.

—Vos, señor almirante, habeis ya pasado de la edad de los galanteos; poneis las miras en mas graves negocios; descuidad, os haré esperar muy poco.

El almirante se levantó y salió de la cámara por una puertecilla que abrió Estrella, y en la cual permaneció un momento. Luego volvió al lado de su señora.

—¡Oh qué pesadez! dijo doña Guiomar, y tener que sufrir las impertinencias de ese hombre. Vé á ver si él ha venido ya, Esperanza.

Esperanza salió y Estrella quedó dando la última mano al atavío de su señora.

Poco despues, cuando la doncella acababa de poner una toquilla de randa de oro, anudada con perlas sobre el magnífico peinado de doña Guiomar, entró Esperanza.

—¿Ha venido? le dijo anhelante doña Guiomar.

—Sí, sí señora: ha entrado por el jardin y espera en la cámara.

—¡Oh! ¡pues voy allá! Tú, Esperanza, cuida del almirante; si se impacienta, discúlpame.

Y la jóven y hermosa dama, prendida de una manera bellísima, ligera y esbelta como una sílfide, se deslizó en paso rápido y leve sobre la alfombra, entreabrió un tapiz, cruzó dos habitaciones, cerrando

tras sí las puertas, y entró en una cámara, donde la esperaba un hermosísimo jóven.

Doña Giomar fué á arrojarse en sus brazos.

—Detente, detente, hermosa mia, la dijo el jóven retirándose asustado y poniendo sus manos por delante: detente; vengo mojado de los pies á la cabeza, y te pondria perdida....

—¡Mojado!

—¡Sí! llueve ni mas ni menos que como lloveria en el diluvio universal.

—¡Pobre Alfonso!

—Y no es eso lo peor, sino que ha llovido sangre.

—¡Sangre!

—Sí por cierto, el señor Mosen Pierres de Peralta es hombre que no se para en barras; acaba de llegar á mi casa, me ha mostrado su espada teñida en sangre hasta el puño, y me ha dicho con su torba espresion de toro salvaje: hé aquí que tenemos en nuestro poder una llave que alguno creyó le serviria para abrirle esta noche las puertas del cielo, y que solo ha servido para abrirle las del infierno.

—¿Y te ha dado esa llave?

—Sí, esta es, dijo el jóven sacando una de hierro mohoso de su escarcela; y por cierto que me ha costado un trabajo atroz el conseguir que me la entregue Mosen Pierres.... tú tienes la culpa.... él que creia, segun tú le dijiste, que en casa de doña Catalina de Sandoval encontraria pruebas del adulterio de la reina.... dice que conoce hasta el sitio en que la doña Catalina guarda sus papeles, y que él y no otro seria el que se apoderaria de ellos. Tú le has engañado.

—Es verdad; necesitaba procurarme un medio de entrar en casa de doña Catalina... porque... supe por una doncella.... hoy mismo... que doña Catalina cediendo al fin á las instancias de Hugo de Centellas le habia enviado una llave del postigo que da á la calle de la Redondilla... salí... busqué á Mosen Pierres... le engañé y el buen navarro, ha puesto á nuestro servicio su feroz espada.

—¿Y por qué no valerte de mí?

—¿Valerme yo de ti? ¿del hombre á quien amo? esponerte yo.... no, no, Alfonso; cuando se necesita sacar una ascua del fuego y se tiene habilidad, nunca falta una mano agena que la saque. ¿Y cómo has podido arrancar esa llave á Mosen Pierres?

—Diciéndole que solo se quiere para introducir un hombre en las habitaciones de doña Catalina, hombre que pueda encontrar alli el rey cuando vaya á visitar á su manceba favorita despues del sarao

Urrabieta inv.° y lit. Lit. de J. Aragon. Madrid.

D.ª GIOMAR DE SILVA.

y que pueda hacer romper esos amores; cosa le dije que redundará en provecho de los reyes vuestros amos, puesto que doña Catalina está vendida en cuerpo y en alma, á don Juan Pacheco, y proteje los amores de la reina con don Beltran de la Cueva. El navarro se indignó de que se le hubiese engañado como á un pelon, pero apuré toda mi elocuencia para convencerle, y al fin la llave está aquí.

—Llave por llave, dijo doña Guiomar, destellando una mirada llena de concesiones sobre el jóven; y sacando otra llave de un armario, toma: esta es la llave del postigo del huerto; la puertecilla de la casa, situada en frente, estará abierta: encontrarás una escalera, una galeria y á su fondo una puerta. Ven á la una. Llama quedito á la puerta y... yo misma te abriré.

—¡Oh! gracias, gracias, adorada mia, esclamó el jóven tomando la llave, y asiendo al mismo tiempo la mano que se la entregaba y cubriéndola de apasionados besos.

—Paso, paso, amigo mio, no os he dado licencia para tanto; tened juicio; supongo que irás al sarao.

—¿Y cómo no he de ir si tú has de estar en él?

—Mucho juicio alli tambien: es necesario que nada creas aunque veas en mí apariencias de amor hácia algun hombre... yo no amo á nadie, á nadie mas que á tí. Hasta luego, señor Alfonso de Leiva, hasta luego: voy á enviarte á Esperanza para que te haga salir,

—A Dios, esclamó el jóven, terminando estas palabras con un profundo suspiro.

—A Dios, dijo de una manera enloquecedora doña Guiomar que desapareció corriendo como habia ido y volvió á su tocador, murmurando por el camino:

—¡Oh! estos muchachos que empiezan á amar valen un mundo, cuando son hermosos y valientes como el señor Alfonso de Leiva y se les sabe manejar... ¡la llave del postigo en doña Catalina!.. me parece que el astro de esa mujer se nubla... un golpe doble... Navarra me dará un tesoro por las cartas y el rey desengañado de doña Catalina, caerá enloquecido á mis pies.

Tras estas palabras entró en su cámara de vestir.

—Vé y échale, Esperanza, dijo á una de sus doncellas; y tú, añadió volviéndose á Estrella, dí á el señor almirante que al momento soy con él.

Doña Guiomar se miró al espejo, dió un último toque á su prendido y á sus joyas y murmuró sonriendo satisfecha de sí misma.

—No sé por qué dudo, ni por qué tengo miedo, soy mas hermosa que la reina, sí; lo conozco en las miradas de admiracion, de deseo de todos que se fijan en mí con mas tenacidad que en su alteza..... y luego estoy segura de que ninguna se presentará en el sarao mejor puesta que yo; ¡pero esa doña Mencía! ¡ese don Beltran!..

Doña Guiomar exhaló un profundo suspiro: plegó un tanto el bello entrecejo y luego se encaminó á la puerta por donde habia desaparecido el almirante murmurando:

—¡Oh! ¡no importa! ¡no importa! yo triunfaré.

Y despues de haber atravesado dos cámaras entró en la que le esperaba el almirante.

—¡Oh! venís hermosa como un ángel, señora, vais á causar, de seguro, con vuestra hermosura, mas de un conflicto en el sarao.

—¿Es verdad que estoy hermosa y que me sienta lo azul á las mil maravillas?

—Es una fortuna que el favorito del rey, el noble don Beltran de la Cueva, gran maestre de Santiago, haya elegido para su divisa un color que tanto os favorece.

—¡Cómo! ¿habeis notado?.. dijo con cuidado doña Guiomar; hablad me con franqueza, señor almirante... porque si vos habeis visto en mí un interés marcado por don Beltran, de seguro lo habrán visto otros tambien.

—¡Ya se ve! palideceis, temblais, os descomponeis á la presencia de ese hombre.... pero descuidad.... nadie habrá notado eso.

—¿Por qué no, si lo habeis notado vos?

—¡Con que es verdad!

—Sí.,. sí, pero qué, decidme, ¿qué puede haber evitado que otros hayan visto lo que habeis visto vos?

—El que turbais demasiado á los demas con vuestra hermosura para que noten la turbacion que os causa don Beltran.

—Sin embargo don Juan Pacheco...

—Don Juan Pacheco os ama como un loco... ¿por qué no aprovechais su locura doña Guiomar?

—Pero por Dios, señor almirante, ¿quereis que sea querida de toda la corte?

—Recordemos, doña Guiomar....

—¡Pues: lo de siempre! sois muy poco galante, don Alonso: nunca os cansais de repetirme: sois una segundona; vuestra casa no tenia mas que blasones, ni vos mas que hermosura: os destinaban al claustro al cual no teniais vocacion: yo os he abierto la corte de Castilla,

os he hecho dama de la reina, os he pagado..... bien, muy bien, todo eso lo sé.... que los diamantes y las galas y la casa que vivo y cuanto tengo os lo debo.... pero esto no quiere decir que no deba haber tasa en los servicios que me pedís.

—Antes de venir á Castilla, habeis sido querida de un comendador de Avis: despues lo fuisteis de un caballero de la órden de Cristo, últimamente todas las noches habia por vos cuchilladas y escándalos en la calle del Oro, donde viviais en Lisboa.

—Por lo mismo mis hermanos, puestos en la alternativa de matarme ó de meterme en un convento, se decidieron por lo segundo....

—Desgracia de que yo os libré.

—Pues aconsejándome lo que me aconsejais me volveis á poner en peligro. Si doy escándalos en Castilla, mis hermanos no se satisfarán ya con hacerme monja sino que me matarán, ¿y qué quereis de mí mas de lo que hago? ¿no os he prometido daros pruebas del adulterio de la reina?... pues bien, mañana las tendreis.... necesitais que yo me apodere del rey, é influya en él apartándole de las sugestiones del arzobispo de Toledo, de don Juan Pacheco y de don Pedro Giron; pues bien, le apartaré.... procuraré apartarle: descuidad, doña Juana será la declarada adulterina, y la corona de Castilla irá á la cabeza de doña Isabel.

—¿Y quién os ha dicho que ese era mi propósito?

—Sois hermano de la reina de Navarra, y la reina de Navarra es madre del infante don Fernando.

—Pero eso es una sospecha aventurada, muy aventurada; antes que doña Isabel, está llamado á la sucesion de Castilla el infante don Alonso: antes que don Fernando de Aragon, están don Cárlos de Viana, doña Blanca y doña Leonor.

—¡Bah! esta noche el señor Mosen Pierres de Peralta ha matado un hombre para hacer uno de los primeros nudos de la red que tramamos; mañana no serán nobles los que se maten, sino príncipes, y quereis evitar que doña Juana dé al rey muchos hijos, que seria tambien necesario quitar de en medio; vamos, señor almirante, confesad que....

—Confieso que Mosen Pierres de Peralta es un imbécil que se ha dejado seducir por vos, y que os ha llenado la cabeza de delirios.

—Ello, en fin, es, que por algo quereis esas cartas de la reina.

—Ciertamente: quiero que la sucesion al trono sea clara.

—Pues bien, señor condestable: ¿cuando tengais esas pruebas, estareis satisfecho?

—Sí.

—Pues bien: no hablemos mas de ello; acompañadme hasta vuestra litera: entremos en ella, y trasladémonos al alcázar.

—Sea cuando vos querais.

—¡Señora! dijo á la puerta una de las doncellas.

—¿Qué quereis, Esperanza?

—Un desconocido acaba de dejar en este momento esta carta para vos.

Doña Guiomar tomó la carta, la leyó y palideció.

Aquella carta contenia estas solas palabras:

«Acabo de llegar, y necesito de tí dos cosas: primero, cincuenta »florines; despues, que me hagas entrar en el alcázar por el campo »del Moro; mi seña será la de costumbre.—Blasco.»

—Esperad, esperad un momento, señor almirante: tengo que contestar á esta carta y soy al punto con vos.

Doña Guiomar fue á una mesa, abrió un cajon, tomó un papel y escribió rápidamente estas palabras:

«No tengo dinero: pero te envio una sortija que vale cien florines. »Una persona de confianza te esperará por el campo del Moro y te in»troducirá en el alcázar.—Doña Guiomar.»

La jóven selló y cerró la carta, llamó á Esperanza y recatándose del almirante, se quitó una sortija y la dió con la carta á Esperanza,

—Entrega esta, la dijo, al que espera la contestacion; y luego esclamó con indiferencia arrojando la carta que habia recibido en el cajon y cerrándole: nunca me veo libre de mendigos é importunos; me creen poderosa: cuando gusteis, señor almirante.

El almirante la ofreció el brazo, que doña Guiomar aceptó; entonces pudo notar que la jóven temblaba.

Poco despues conducidos en una enorme litera, se dirigian al alcázar el almirante y doña Guiomar, resguardados por algunos escuderos.

III.

En que se trata de un sarao que dió el rey don Enrique IV á su córte y de lo que en él aconteció.

El alcázar de Madrid estaba en aquellos tiempos asi como sus alrededores, muy distante de parecerse ni aun de aproximarse á lo que son hoy el palacio real, la plaza de Oriente y el campo del Moro.

Situado casi en el mismo sitio en que lo está el palacio actual, teniendo la puerta principal en el punto en que hoy está la Armeria, era un fuerte castillo árabe, al cual para convertirle en alcázar, se habian hecho algunas adiciones y sustituciones del género gótico-bizantino, arquitectura dominante en aquellos tiempos.

Los muros de guerra se habian roto para abrir en ellos agimeces, balcones y ventanas; se habian respetado las almenas, las ladroneras y los matacanes, pero dentro de ellos se habian levantado en vez de las plataformas, altos y empinados techos de pizarra: la avenida principal estaba por la parte de la iglesia de Santa María, y las fortificaciones bajas ó esteriores empezaban en el cubo de la Almudena, donde ya se reverenciaba la Vírgen de este nombre: seguian por la parte del mediodia del alcázar, en muros gruesos y torres chatas, sobre el campo del Moro, que era un erial hasta el rio, y por la parte del septentrion, lo que hoy se llama plazuela de Oriente no era otra cosa que un campo de terreno desigual cubierto de yerba, en el cual se veian algunas pobres casas agrupadas al rededor del alcázar, como una falanje de mendigos en torno de un poderoso y noble señor: en el Alto de Palacio y en el sitio de la actual calle de Requena, empezaban las pendientes y estrechas calles de la antigua villa, que se estendian al rededor hácia la calle del Arenal, el convento de Sto. Domingo el real, la montaña del Príncipe Pio y el monte de Leganitos.

Es incalculable el estado de fealdad, de desaseo y de fetidez en que se encontraban los alrededores del alcázar: apenas llovia cuando la calle del Arenal acreciada por las vertientes de las calles altas se convertía en un rio que iba á deslizarse junto á los muros del alcázar y salia por debajo de él, mediante una alcantarilla, al campo del Moro; aquellas mismas vertientes arrojaban sobre la plaza ó prado que hemos indicado sus aguas infectas, y no sabemos cómo podia vivirse en el alcázar sino abandonando las habitaciones septentrionales por las del mediodia.

Y téngase presente que en aquellos tiempos ya era Madrid un gran pueblo y tenia casi las mismas parroquias que hoy tiene y muchos conventos que hoy no existen: y era, con mucha frecuencia, el lugar en que residian los reyes, y donde se celebraban las córtes del reino.

En Madrid habia entonces tres jurisdiciones especiales encerradas cada una en un recinto murado, é independientes entre sí: habia por lo tanto tres picotas para azotar, tres jaulas para poner á la vergüenza y tres horcas de piedra: todo lo que representaba tres señores con derecho á vida y muerte, tres banderas y tres mesnadas ó cuerpos de soldados.

El primero de estos señores, señor á su vez de los otros, era el rey; su jurisdiccion patrimonial era el alcázar, el campo del Moro, el terreno que hoy ocupan la plaza de Oriente, el nuevo cuartel construido junto á los Ministerios, la plazuela y el convento de San Gil, hasta Leganitos: la picota estaba delante de San Gil, junto á ella la horca y entre las dos la jaula de la vergüenza; la segunda y mayor jurisdiccion era la de la villa: abrazaba desde el alcázar por el barranco de Segovia el Alto de san Francisco, Puerta de Moros, Puerta Cerrada, siguiendo de un modo irregular á la Puerta del Sol, y de alli, reuniéndose á los muros de la otra jurisdiccion cerrada, que era la abadía de san Martin.

La villa tenia su picota en Puerta de Moros, su horca en el alto de san Francisco y su jaula en Puerta Cerrada.

La tercera jurisdiccion, la de la abadía de san Martin, empezaba en la calle del Arenal, seguia hasta el fin de esta calle, torcia por la subida de los Angeles y cerraba en la plazuela de santo Domingo, tocando á los muros de la jurisdiccion real en el principio de la avenida de Leganitos; tenia su picota, su horca y su jaula, todo junto y amenazador, entre la poterna y el atrio de la iglesia, en el sitio que hoy ocupa la plazuela de san Martin, y junto á la iglesia se elevaban, por una parte, la abadía propiamente dicha, y la fortaleza ó alcazaba, último punto de defensa en un conflicto.

Habia, pues, tres poderes en Madrid dentro del recinto general: el rey ó en su ausencia el alcaide del alcázar, defendido por algunos escuderos, de la casa real; el abad de san Martin, bajo cuya bandera alodial se reunian un centenar de hombres de armas á sueldo, con sus correspondientes ginetes y peones, y el corregidor de la villa, con su pendon municipal y sus maceros, y las milicias del comun.

Estos tres poderes estaban siempre en una continua competencia, para la cual nunca faltaba pretesto: ya era un vasallo de la abadia al

que se habia preso y azotado en la picota de la villa, contra jurisdiccion: ya á un ciudadano de la villa al que se habia ahorcado por robo de un pañuelo en la jurisdiccion real: ya un noble vasallo del rey á quien habia puesto á la vergüenza, porque no se habia descapirazado á su paso, el alto y poderoso señor abad de san Martin.

Cruzábanse las quejas, agriábanse las disputas, y la cámara y consejo del rey se veia obligada á estar continuamente dirimiendo estas competencias de jurisdiccion, con grave detrimento de la ley general del reino que se resentía, de las acciones aisladas y contradictorias de las jurisdicciones de señorío.

Hemos apuntado estos que pueden llamarse caractéres distintivos de aquella época, para que se la conozca bien, bajo el triple aspecto que la imprimian el poder real, el señorial y el monacal, contra los cuales luchaba de una manera poderosa y tambien con su fuero en la mano, el poder de las comunidades, ó lo que es lo mismo, de los ayuntamientos.

Madrid en la época de nuestra accion, si no tenia la importancia de las grandes ciudades del reino, en nada tenia que ceder á Valladolid ó á Madrigal que eran las mayores villas, y aun habia ciudades que le eran inferiores como Jaen, Trugillo y otras.

La parte mas poblada de Madrid era la villa; en ella se contaban ya muchos palacios de la nobleza, y uno de la casa real, del cual aún queda un patio del tiempo de los Reyes Católicos, entre las iglesias de san Pedro y san Andrés, y un muro de piedra formando ángulo con esta última iglesia, sobre su costanilla.

Numerosa en poblacion, siendo la mayor parte de esta noble, y á la sazon córte la villa, era de esperar que fuese brillante y concurrido el sarao que daba en su alcázar, no sabemos con qué motivo, porque no consta en los apuntes de que nos servimos, el señor rey don Enrique el cuarto, la noche de 6 de noviembre de 1465.

A pesar de la lluvia que caia tenazmente, desde que las campanas de los conventos, de las parroquias y cofradías de la villa tocaron á queda, al sonar las ocho en el reló del alcázar, empezaron á desembocar de la parte de la villa, por la avenida de Santa María, literas cerradas, precedidas de criados que llevaban hachones de viento, y resguardadas por escuderos; entre estas literas se deslizaban jóvenes y alegres hidalgos, unos á pie y otros á caballo, y toda aquella multitud ruidosa se metia por la poterna del alcázar, que parecia engullirla como la boca de un mónstruo que se tragase una serpiente.

Quien hubiera visto el lujo y la ostentacion que se notaba en el

alumbrado del alcázar, en las vestas de córte de los hombres de armas, que daban la guardia esterior; en las alfombras y tapices que cubrian escaleras y paredes, sobre los que reflejaban un resplandor vivísimo millares de luces; en las cámaras alhajadas con una profusion mas que régia; en las brillantes sedas, galas y brocados de las damas y de los caballeros; en todo, en fin, lo que correspondia al fausto y á la riqueza, hubiera creido que córte que de tal modo gastaba y se divertia, tenia un pueblo bien gobernado, rico y feliz, que veia sin envidia las diversiones del rey y de la nobleza, porque él tambien tenia fiestas y diversiones.

Quien tal hubiera creido se hubiera engañado torpemente: si en tiempos de don Juan el II Castilla estaba esquilmada, despedazada por la guerra civil, vejada por el trono, por la nobleza, por el clero y por las municipalidades; si entonces una rebeldía se sucedia á otra rebeldía, en tiempos de Enrique IV se encontraba peor: el cinismo del rey habia hecho llegar á lo incalculable el cinismo de la nobleza; el clero, enteramente corrompido, era una continua piedra de escándalo; la corrupcion de las damas de la córte no podia descender á mas; el rey habia hecho abstraccion de su dignidad; la nobleza de su honor; el clero en general de la santidad de su institucion; las mugeres del pudor; rendíase un culto idólatra al becerro de oro y á los placeres; la lepra social los habia contaminado á todos, y aun el pueblo, que es el último que se corrrompe, no habia podido librarse del contagio; de dia en dia las rentas reales, devoradas por la prodigalidad del rey, y las mercedes arrancadas al trono por una nobleza insaciable, disminuian, al paso que, por una contraposicion natural, se hacian mas onerosos los impuestos, mas irritantes las gabelas, las alcabalas, los arbitrios; el pueblo no tenia ya nada que dar; se le habia chupado la sangre y aun seguia chupándosele los últimos jugos; muerta ó agonizante la industria, abrumada la agricultura, entorpecido el comercio, la falta de trabajo creó la vagancia, y la peor, la mas terrible: la vagancia de la miseria: por una consecuencia precisa, llenáronse los campos de bandidos y las poblaciones de ladrones, hasta el punto que para salir de los muros de una poblacion, se necesitase un fuerte resguardo y no se pudiese transitar de noche por las calles, sin llevar una linterna en la mano izquierda y una espada desnuda en la derecha.

Esto, sin embargo, considerado por el punto de vista de la animacion, tenia sus ventajas: si el pueblo no tenia pan: si carecia de diversiones honestas, en cambio alimentaba todos los dias sus ojos con sangre y se divertia, como puede divertirse la desesperacion: con el

esterminio; todos los dias habia una ejecucion que presenciar, ya fuese de azotes, de horca ó de decapitacion, lo que, si bien se mira, es un espectáculo como otro cualquiera, y, en ciertas situaciones sociales, una diversion como la mejor.

Ademas, y como si esto no fuera bastante, de tres en tres años se dejaba caer sobre poblaciones hambrientas, pálidas, desesperadas, reducidas á la mendicidad y al robo, la peste negra, que por algun tiempo lo dominaba todo, no dejando sentir otra cosa que el terror.

La córte entretanto se divertia, y hacia muy bien en divertirse, puesto que era necesario, para no morir de hastío, apartar los ojos de tanta miseria: á fuerza de apartarlos llegaron á creer que no existia, y en esta creencia, de sarao en torneo, de torneo en caceria, de caceria en cabalgada, pasaba gratamente la vida cansándose de divertirse y divirtiéndose hasta cansarse.

El amor, el juego, los banquetes, todo se esplotaba; cuando el rey se cansaba de esto, porque todo lo continuado cansa, escepto la gloria de Dios, adoptaba otro entretenimiento, que si no era peor, era mas costoso al reino: enviaba sus heraldos á las villas y ciudades, pregonaba guerra contra los moros, pedia un exorbitante servicio de dinero á las córtes que, como eran compradas, vendian al reino concediendo al rey lo que queria; llamábase á la nobleza con sus banderas, se tomaban aventureros á sueldo, se hacia una leva de turbamulta, á la que se armaba con hondas, ballestas y picas, y cuando el dinero se habia sacado de una manera vejatoria al pueblo por los recaudadores; cuando las municipalidades habian hecho despóticamente las levas; cuando todo esto estaba junto, hombres y dinero, el rey, acompañado del señor don Beltran de la Cueva, conde de Ledesma, su favorito, y del señor marqués de Villena, su tirano, y de sus buenos y leales ricos-hombres, rompia por Murcia ó por Jaen las fronteras del reino de Granada, llevando tras sí un espantable ejército, corria la Vega, incendiaba alquerías y aldeas, se llenaba de oro, y sin pensar en una conquista formal, sin haber dado una batalla y á veces sin haber empeñado ni una escaramuza, se volvia despues de haber gastado, inútilmente para el reino, el dinero que al reino habia sacado, y devolviendo, al *derramar su ejército*, como se decia entonces, á las villas y á las ciudades, los hombres que habia arrebatado al hogar doméstico, á la agricultura y á la industria, sin herida ni lesion, pero admirablemente avezados al bandidaje y á la vagancia, porque no habian hecho otra cosa que vagar y robar tras el estandarte real.

Ademas de esto, los aventureros que se habian empleado en aquellas correrias, al ser despedidos se quedaban por su cuenta y fuero propio, y se constituian en bandas desvastadoras, de las cuales no estaban libres á veces los castillos mal defendidos.

El rey y su córte se divertian en tanto: pero en medio de sus diversiones habia una guerra sorda, una guerra cruel, sostenida por los bandos, alimentada por ambiciones de todo género, y por toda clase de impurezas: la córte de diversion en diversion, de intriga en intriga, habia llegado á convertirse en un lupanar.

Asi es que el lujo de la córte y de los nobles no representaba otra cosa que abusos, exacciones y tiranias contra el pueblo que veia con una siniestra cólera todos aquellos relumbrones, todas aquellas galas que no eran otra cosa que la sangre de sus venas.

A pesar de esto, el pobre pueblo, como sucede siempre, iba á gozar la parte que le concedian en aquellas fiestas, esto es: la concesion de agruparse en los alrededores del alcázar para ver las luces del esterior, las literas doradas, los trajes relumbrantes, las plumas, las joyas, las distantes armonias de la música: el derecho, en fin, de mortificarse voluntariamente con el tormento de Tántalo.

Esto, sin embargo, les costaba su dinero y alguno que otro espaldarazo, mogicon ó golpe de partesana de los soldados de la guarda.

Pero aunque al autor le cueste paciencia y trabajo y su dinero á los lectores, nosotros podemos pasar cómodamente y sin obstáculos por medio de esa multitud, apiñada á pesar de la lluvia, junto á esos soldados brutales, y, mezclados con esa brillante concurrencia que sube, ávida de placer las anchas escaleras de balaustrada gótica y alto techo ensamblado, del que pendian arañas cargadas de hachas; pasemos por el ancho pórtico en donde están inmóviles como estátuas los maceros reales: entremos en una gran antecámara, sigamos adelante y detengámonos.

En una gran estancia, calentada por una enorme chimenea, entapizada de cuero estampado de oro y matizado de colores, alfombrada y rodeada de un ancho estrado, estancia que es el último punto de tránsito para la *sala rica* del alcázar, enorme salon de dimensiones monstruosas, y del cual no podriamos dar idea á nuestros lectores, sino por medio de la comparacion de otro semejante que tuviesen á la vista, junto á la chimenea vueltos de espaldas á ella, habia seis ó siete jóvenes que constituian una verdadera aduanilla, destinada á registrar con las lenguas á todos los que pasasen por delante de ella.

Estos jóvenes eran todos calaveras, hijos de casas nobles, cada uno de los cuales era una crónica escandalosa viviente, que todo lo sabian, las pequeñeces, las intrigas, los amores, las rivalidades: en cuyas lenguas estaba la honra, ó por mejor decir, la deshonra de las damas de la corte, y que cuando nada tenian que decir mentian: clase de gentes que aun tenemos entre nosotros, con los mismos rasgos, con el mismo carácter, con el mismo flujo de desollar y de mentir, lo que demuestra que el mundo es siempre el mismo y que solo hemo variado en la manera de verlo.

—¡Ola! ¡eh! decia á la sazon un alegre sobrino del conde de Arcos, á un caballero obeso que pasaba solo y jadeando en direccion de la sala rica; venid acá don Guillen: ?qué diablos vais á hacer ahí dentro? os van á destripar.

—Dejadme, dejadme, caballeros, dijo el gordo, ando buscando....

—¿A vuestra muger? pues mirad, no la busqueis, porque no está perdida, sino ganada: como que está danzando hace una hora con el hijo del almirante.

—Perdonad, señor Diego Ponce de Leon, dijo flemáticamente el gordo; lo que yo busco no es mi muger, que ya sé que está muy bien hallada, sino cierta encomienda que se me ha escapado ya tres veces de entre las manos y que pienso asir esta noche de manera que no se me escape.

—Como la agarreis tambien como don Enrique Enriquez tiene á vuestra esposa, os aseguro que no se os escapará, señor conde de Rivadeo.

—Pues creo que la he de asir mejor... y á Dios, señores, á Dios; mirad por donde viene el señor Enriquez del Castillo... que sabe muchas, muchísimas cosas y que os podrá entretener mejor que yo.

Y el conde de Rivadeo escapó sin decir ni escuchar mas palabra, temeroso de que no le diesen fácilmente suelta los aduaneros calaveras.

—Dejemos pasar al señor Diego Enriquez del Castillo, dijo otro de los jóvenes: su voz me hace el mismo efecto que la lima de un cerrajero sobre la hoja de una espada... pues diablo... no hay escape, hácia nosotros se viene. Y bien ¿qué hay de nuevo, señor coronista Castillo?

—¿Qué ha de haber que no sea viejo y muy viejo?.. siguen las traiciones, las murmuraciones y las intrigas, y aunque andan las cosas ocultas, y asi como bajo tierra, vamos, señores, vamos, yo sé lo que me sé, y tengo por seguro que no ha de pasar mucho tiempo sin que se vea algo escandaloso.

Quien esto decia era un clérigo alto, seco, pálido, como de cuarenta años, de carácter bilioso, á juzgar por su rostro pálido, cetrino, hosco, displicente; sus pequeños ojos, en que estaba impresa como por costumbre una espresion de recelo, miraban á todas partes como con miedo, y habia mucho de colérico y vibrante en su voz chillona y desapacible. Este hombre, que tendremos tiempo de conocer, era como lo revelaba su traje, clérigo, tenia en la corte el oficio de cronista del rey y se llamaba, como hemos apuntado antes, Diego Enriquez del Castillo.

Este hombre andaba en todas partes, lo espiaba todo, á fuer de buen cronista, y como tal murmuraba ágriamente de todo lo que no estaba de acuerdo con su opinion, lo que sucedia respecto á la mayor parte de las cosas que acontecian en la corte, porque es de advertir que en medio de la corrupcion de aquellos tiempos, el buen Diego Enriquez era un clérigo morigerado, de buenas costumbres y de conciencia estremadamente asustadiza.

Solo tenia un defecto peculiar á aquella época; una ambicion desmesurada, que le hacia incurrir en otra multitud de defectos secundarios, como eran la intriga, la murmuracion y la injusticia de sus fallos para todo el que era su enemigo político.

Por razon de su curiosidad, y de su necesidad de morder continuamente, al ver en la gran antecámara el grupo de jóvenes nobles, se unió á ellos por asimilacion, por instinto, seguro de que á su lado no faltarian murmuraciones.

—¿Con que creeis, dijo uno de ellos que se llamaba Gaston de Moncada, que no pasará mucho tiempo sin que pase algo notable... algun escándalo?

—En cuanto á escándalos ya hace mucho tiempo que han empezado; los ha habido desde tiempo inmemorial en la corte de Castilla. nuestros padres los vieron en el reinado de Enrique tercero, siguieron el de don Juan el segundo, y han crecido en el de Enrique cuarto; no es de escándalos vulgares de lo que se trata, sino del escándalo de los escándalos.

—¡Ah! ¡ah! ¿y qué escándalo es ese? dijeron todos los jóvenes rodeando al cronista.

—¿Pues cómo? ¿ no habeis reparado en ello, señores? ¿vosotros que reparais en todo? ¡Vah! pues es un escándalo visible, bastante abultado ya y que va creciendo de dia en dia.

—Ya, dijo uno de ellos, sin duda os referís á doña Guiomar de Silva; pues mirad, es un hermosísimo escándalo.

—En verdad, en verdad, dijo el cronista, que la tal aventurera es ya bastante abultada por sí misma y que va creciendo en soberbia que no hay mas que pedir: pero no es ese el escándalo de que se trata; no es ese el bulto: es otro el escándalo mayor y otro bulto mas notable lo que causan el escándalo.

—Pues si no dejais lo abultado de vuestras frases, dijo otro de los jóvenes, no os entenderemos nunca de qué bulto hablais.

—¡De la infanta doña Juana!

—¡Ah! ¡de la infanta! esclamaron en coro, aunque en voz baja, los murmuradores.

—¿Y os atreveis á llamar escándalo á una infanta cuyo nacimiento tiene tan alegre, tan satisfecho al rey y tan contentos á los buenos vasallos, como por ejemplo, al señor don Beltran de la Cueva...

—Pues ved, ved en lo que consiste el escándalo, dijo el cronista.

—¡Cómo! dijo don Diego Manrique, que terciaba en el corro..... ¿os atreveis vos que sois tan del rey, que le respetais tanto, que sois de su partido á sospechar?...

—Es que yo nada sospecho, dijo con precipitacion el cronista, sino que me escandalizo con los cuentos absurdos que corren por la corte, en razon de la privanza de don Beltran de la Cueva, y digo y repito que ese escándalo es un escándalo de bulto y que crece, pues que con él crecen murmuraciones indignas.

—Sí, sí, es verdad; es indigno que digan que la reina... observó afectando timidez uno.

—Sale con demasiada frecuencia á montería al Pardo, añadió otro.

—Y que siempre su caballo se desboca, añadió el tercero.

—Y que jamás cuando eso sucede, deja de estar á punto don Beltran de la Cueva...

—Y que han andado perdidos mucho tiempo... demasiado tiempo...

—Y que en fin, algunas noches se ha visto entrar un bulto por el Campo del Moro...

—Y que se ha visto la sombra de un hombre que se parecia mas á don Beltran de la Cueva que al rey, en las vidrieras de la cámara de la reina...

—Y que desde hace algun tiempo va poniéndose al uso el color azul celeste...

—Que es el color de los ojos de la reina...

—Y que le lleva don Beltran...

—Y que la reina lo lleva...

—Y que asimismo lo lleva doña Guiomar de Silva...

—Y que desde que lo lleva doña Guiomar lo lleva el rey...

—Y que desde que lo lleva el rey, lo lleva doña Catalina de Sandoval...

—Y que asi de unos en otros don Beltran por la reina, doña Guiomar por don Beltran, el rey por doña Guiomar, doña Catalina por el rey, y de este modo uno por otros, han dado en gastar tanto azul, que con el tiempo no va á encontrársele ni aun en el cielo.

—Pero esto es infame, dijo uno.

—Falso, añadió otro.

—Escandaloso, traidor, miserable, estúpido, esclamaron los demas.

El cronista estaba aturdido y altamente pesaroso de haber querido esplorar la opinion de la nobleza murmuradora acerca de escándalos que empezaban á traslucirse en tal cual círculo, y pretendió escapar, pero habia dado en buenas manos y era punto menos que imposible escapar, segun le tenian cercado y apremiado y combatido.

—¿Y qué decia á esto el señor marqués de Villena? preguntó Manrique: segun yo creo, vamos á volver á los buenos tiempos del rey don Juan el segundo, en que nunca faltaba ocasion á la nobleza para enristrar una lanza y aun para romperla.

—El marqués de Villena, contestó con desden el cronista, siempre ha sido hombre que ha mirado por sí mas que por los otros, y cuya lealtad....

—Cuidad no os oiga, señor Diego Enriquez.

—¿Y qué me importa que me oiga, cuando en mi crónica?...

—Sí: ya sabemos que escribís vuestra crónica de una manera desembozada: pero esto os puede traer muchos perjuicios.

—Como que segun dicen algunos á quienes habeis tenido la complacencia de leerla, decís en ella que el marqués de Villena, celoso por la privanza de don Beltran de la Cueva, empieza á ponerse ostensible de parte de la infanta doña Isabel...

—Y ¿cómo si lo digo? y lo pruebo y me fundo en hechos: ¿por qué, pues, han traido á la córte desde Madrigal, donde se encontraban con su madre, á los infantes doña Isabel y don Alonso? ¿Por qué han sacado del servicio de la reina y han hecho camarera mayor de la infanta á doña Mencia de Padilla?

—Porque la reina y doña Mencia hace mucho tiempo que no se pueden ver bien.

—¡Oh! ¡oh! ¡otra murmuracion! esclamó el cronista.

—Como que dicen que el señor Hernando de Carrillo anda que

bufa y brama, desde que doña Mencia de Padilla, contra todas sus esperanzas, le ha dado un hijo.

—Ya se vé, dicen que tambien se ha perdido mucho don Beltran con doña Mencia.

—Pues mentira, pura mentira; esclamó, exasperado ya, Enriquez del Castillo; si se ha dado el oficio de camarera mayor de la infanta doña Isabel á doña Mencia, no ha sido ciertamente por enemistades con la reina, sino porque los confederados...

—¿Y quiénes son los confederados?

—Vuestros padres, vuestros tios, vuestros parientes nobles y poderosos señores.

—¡Cómo! esclamaron á una vez los jóvenes.

—Si, ciertamente; se quiere mandar en el reino á todo trance, y se confederan.... esto es ya antiguo en Castilla: los bandos son una cosa necesaria; pues bien: los confederados han puesto á la infanta doña Isabel bajo la mano de doña Mencia, que es hija del adelantado don Juan de Padilla y muger del señor Hernando de Carrillo, amiga por lo tanto del arzobispo de Toledo, y por lo tanto dispuesta á servir á su señoria y á sus sobrinos los señores maestre de Santiago y de Calatrava: en ello anda tambien el almirante, y tenemos emisarios en Navarra y se piensa dar un golpe de mano. Ya veis, contando con doña Mencia, se puede robar cuando se quiera á los infantes....

—Y ¿qué nos importa todo esto? dijo Diego Manrique; el señor coronista no sabe cómo llenar su crónica de veneno y de visiones...

—¡Visiones rojas!

—¡Visiones amarillas!

—¡Visiones verdes! esclamaron á un tiempo todos los jóvenes.

—Vosotros en cambio, señores mios, veis por todas partes visiones azules.

—No, no: nosotros no vemos visiones, dijo uno, sino cosas de carne y hueso que andan y comen y piensan, y se divierten como nosotros, y rabian, murmuran é intrigan como vos, señor cronista.

—¡Que yo intrigo!

—Vos quereis mal al señor Alonso de Palencia porque escribe su crónica cabalmente al revés que vos.

—Yo respeto al señor Alonso de Palencia, pero....

—Le aborreceis como aborreceis á todo el mundo: añadió una voz robusta acercándose al corro.

El cronista se estremeció: tenia ante sí, armado de todas armas, un atlético personaje de semblante rudo pero franco, de mas de treinta

años de edad con visos de ser muy valiente y muy acometedor, ademas de notársele que era noble y muy noble: era de reparar, que, á pesar de que estaba á las puertas de un sarao, su armadura no era de córte sino de guerra, que llevaba al costado una ancha y fuerte espada de combate, y una larga daga de misericordia; no tenia encima mas relumbrones que una ancha cota de armas en que estaban bordados en oro y colores los blasones reales, y una cadena de caballero que pendia sobre la cota.

—¡Ah! ¡ah! ¡es el señor Hernando de Carrillo!

—El bravo capitan de la guarda morisca del rey.

—¿Cuándo vamos de monteria, señor Hernando?

—¿Por qué venis tan armado hasta los dientes?...

—Paso, paso, mancebos: si hablais todos á un tiempo, no podré contestaros; en efecto, haceis algunas preguntas embarazosas; verbigracia, lo de monteria es una cosa que no entiendo, porque nunca he sido muy cazador: en cuanto á lo de venir de punta en blanco, ya veis se susurra...

—¿Y qué se susurra? esclamaron agolpándose los jóvenes al rededor del capitan.

—Ya sabeis lo que quiere decir se susurra: es que se trata de una cosa insignificante; cuando el asunto es grave, se dice: se ruge.

—¿Y para una cosa insignificante habeis cargado con el arnés?

—¿Y con la maza de armas?

—¿Y con la celada de encaje?

—¡Oh! ¡oh! es que se susurra que hay conjuracion.

—¡Una conjuracion! pues es estraño, dijo Diego Manrique; cuando mi tio el conde de Paredes se ha metido en la cama, señal de que nada sucede.

—¡Oh! de que sucede demasiado, replicó el cronista.

—¡Cómo! ¿os atreveis á decir?... esclamó el jóven formalizándose por el honor de su tio.

—Yo no he dicho nada: esclamó el cronista.

—Cierto que nada habeis dicho, observó el capitan, porque el que dice una necedad, nada dice.

—¡Cómo una necedad! esclamó picado en su entonacion mas chillona Castillo.

—Cierto que sí: una necedad; continuó remedándole el capitan del rey, porque la conjuracion de que se trata no es de hombres.

—Pues ¿de quién? ¿de quién es?...

—Es una conjuracion de mugeres.

—¡De mugeres!

—Si señor, de mugeres: de la que tiene la culpa un hombre con faldas.

—¿Y quién es ese hombre faldado?

—Un clérigo murmurador y maldiciente, á quien yo cortaria de buena gana la lengua si no fuera por su estado.

Echóse á temblar Enriquez del Castillo.

—Y ¿quién es, quién es ese clérigo malandrin? esclamaron los jóvenes.

—Ese clérigo malandrin, desvergonzado y astuto, como un zorro, es...

Hubo un momento de silencio solemne, durante el cual sudó y trasudó Enriquez del Castillo, y el capitan gozó por algun tiempo del aspecto de curiosidad de los jóvenes, y del terror del cronista.

—Pues bien, dijo al fin.... ese clérigo.... es.... ¡un clérigo!

—Quedamos, pues, enterados.

—Y ¿qué quereis que os diga? no sé mas.

—¿Y para prevenir una conjuracion de mugeres se os hace cargar con la armadura?

—Es que detras de cada muger hay un hombre.... por ejemplo... mirad....

Entraba á la sazon doña Guiomar de Silva, resplandeciente de joyas y hermosura, y asida del brazo del almirante.

—Una muger azúl, esclamaron los jóvenes.

—¡Hum! tosió el cronista.

—Y ¿qué quiere decir eso de mugeres azules, señores mios? esclamó algo cuidadoso Hernando de Carrillo.

—Quiere decir que en la córte hay un bando que se llama el bando azúl, á cuya cabeza están la reina y don Beltran de la Cueva, y siguen doña Mencia de Padilla....

Dió á su vez tos al capitan del rey.

—....pues, continuó el que hablaba: y siguen doña Guiomar, y doña Catalina y otras y otras y otros.... ¡ah diablo! y vos tambien, capitan, y vos tambien: llevais la escarcela azúl.

—Hé aquí, pensó para sí, lo que es estar uno casado con una muger que no es su muger, y de la cual sin embargo se tienen hijos: todo el mundo cree que uno lo ignora, y se le atreven; no, pues para evitar el que la sangre se me suba á la cabeza, desembaracémonos de ellos.

—Paréceme que os habeis quedado algo pensativo, señor Hernan-

do: dijo con una insolencia mal encubierta uno de los jóvenes.

—Sí, sí en verdad: y hay para estarlo; esa conspiracion que tanto despreciais, caballeros: esa cosa que tomais á juego y á risa, es mas grande de lo que parece.... ya ha habido sangre....

—¿Sangre de las narices?

—¿Sangre vertida á causa de las uñas?

—Ello podrá ser que se arañen, porque el negocio anda en los estremos y las mugeres siempre son mugeres: pero la sangre de que hablo ha sido sangre hidalga vertida por una espada.

—Y ¿quién, quién? esclamaron los jóvenes.

En aquel momento llegó al corro Alfonso de Leiva; el mismo que hemos visto en la cámara de doña Guiomar, y dijo afectando una gran conmocion:

—Acaban de sacar del Manzanares á nuestro amigo Hugo de Centellas.

—¡Del Manzanares! esclamaron todos.

—Sí; pero muerto.

—¡Muerto!

—¿Y qué ha ido á pescar al Manzanares el señor Hugo de Centellas? preguntó el cronista.

—Esa era la sangre de que yo os hablaba, dijo el capitan.

—¡Lo sabiais! esclamó Alfonso de Leiva: luego ¿sabreis quién le ha muerto?

—Sé que un perro de una choza de las márgenes del rio, entró en la choza royendo la vaina de una espada, remojada por haber estado algun tiempo en el agua: que su amo, que es un pescador de ribera, estrañó aquello, tomó una linterna y salió; que á poco que buscó, encontró en un remanso un cadáver, que avisó á la Villa, que la Villa reconoció el cadáver y se encontró ser del señor Hugo de Centellas que tenia abierto el pecho de una soberbia estocada, que habia salido por la espalda; han preso al pescador y al perro, se ha buscado por todo Madrid y los alguaciles han encontrado....

—¿Al asesino?....

—No por cierto: sino rastros de sangre á pesar de la lluvia, y una bolsa llena de enriques de oro, delante del Cristo de la calle de la Redondilla.

—Exactamente: dijo Alfonso de Leiva; cuanto ha dicho el capitan es verdad.

—Le habrán asesinado; esclamó con cólera Diego Manrique.

—Ello no se sabe cómo ha sido: pero la circunstancia de haber

acontecido eso á poca distancia de la casa de doña Catalina....

—¡Oh! sí, sí, teneis razon, señor Carrillo.... Doña Catalina amaba al desdichado Hugo.

—Pero no lo digais tan alto, amigos mios...

—¡Oh!... lo diremos delante de la audiencia, y entre tanto....

—Entretanto, ¿qué?...

—Entre tanto, quien sea amigo de Hugo de Centellas y quiera vengarle, que me siga; dijo Diego Manrique.

—¡Yó! ¡yó! ¡yó! dijeron á un tiempo todos los jóvenes, y partieron tras de Manrique.

—¿Y vós, señor Leiva? dijo Hernando de Carrillo.

—Yo sé demasiado que no daremos con el asesino: llueve mucho y me quedo.

—Vos sois un jóven prudente: ¡pero diablos! ¿es tambien de la partida el señor Henriquez del Castillo? ¡Ah! allá va: hácia la galeria: se me escapa.... pues bien: piernas te mando si has de librarte de mí. A Dios, señor Leiva, á Dios; sed tan prudente en todo como hasta ahora, y os irá bien.

Y estrechando la mano al jóven, siguió tras el cronista.

Alfonso de Leiva quedó pensativo junto á la chimenea.

—No sé si he hecho bien ó mal, se dijo: mi escudero Antoliner tiene razon: ¿para qué quiere la llave de la casa de doña Catalina doña Guiomar? cuando se tiende un lazo á una persona.... he estado ciego: ¿para qué quiere doña Guiomar que doña Catalina aparezca infiel ante los ojos del rey?... claro... muy claro está.... Doña Guiomar quiere ocupar el lugar de doña Catalina.... y se vale de mí... por fortuna.... ellos.... como si lo viera.... se pondrán en acecho de la casa.... y no dejarán entrar á nadie.... ¡se valia de mí para llegar á su objeto!... ¡y yó se lo estorbo!... ademas tengo en mis manos un hilo que me puede servir de mucho si le sé manejar.... ¡ah! allá va doña Mencia de Padilla.... si yo me atreviese.... adelante, adelante.... audacia é ingenio, y.... Dios dirá.

Y siguiendo adelante entró en la *sala rica* tras una hermosísima dama que acababa de penetrar en ella.

III.

De como un porta-espuelas y un pañuelo estuvieron á pique de influir de una manera terrible en una de las mas difíciles situaciones en que se encontró durante su reinado el rey don Enrique el cuarto.

Algun tiempo antes de que tuviese lugar la conversacion que hemos insertado íntegra en el capítulo anterior, porque forma parte de la esposicion de nuestro drama, un hombre rebozado en un tabardo salió de la villa en direccion al campo del Moro, y tropezando aqui, metiéndose mas allá en fango hasta los tobillos, llegó junto á un postigo del alcázar, que daba por aquella parte al campo, y dió en él cinco golpes con el pomo de su daga.

Poco despues se oyó rechinamiento de goznes, y una voz femenil dijo:

—¿Quién sois?

—Me han mandado llegar por esta parte: contestó el hombre.

—¿Cuándo? repuso la voz.

—Esta noche: añadió el de afuera.

—¿Es hombre ó muger quien os ha dado la cita?

—Es una dama.

—Esperad un momento, voy á abrir.

Oyóse una llave en una cerradura, se abrió el postigo, entró el hombre y el postigo tornó á cerrarse.

—Dadme la mano: dijo una voz.

El hombre buscó entre la oscuridad y encontró una suave y pequeña mano de muger.

—¿Servís á la dama que os envia? dijo el hombre.

—Sí señor, soy su doncella.

—¿Cómo os llamais?

—Esperanza.

—No os conozco entonces.

—Hace poco tiempo que sirvo á mi señora.

—¿Hace poco tiempo y ya os emplean en estos encargos?

—Mi señora tiene motivos para concederme su confianza.

—¿De modo que guardareis un profundo secreto?

—Mi señora me trata y me paga demasiado bien para que no le sea leal.

—De modo que si otra persona os tratase y os pagase mejor... dijo el hombre estrechando la mano que le conducia.

—Dareis ocasion á que me suelte, caballero, dijo Esperanza afectando enojo.

—¿Y quién me guiaria entre estas tinieblas?

—Tal podiais obrar que me importase poco dejaros perdido.

—Por el contrario, espero que vos me sacareis á luz.

—En efecto, al concluir este callejon encontraremos una linterna que he dejado encendida al pie de la escalera. Mirad, ya se ve su reflejo.

—Y merced á ese reflejo observo que sois mas hermosa de lo que podia prometerme mi fortuna.

—¡Vuestra fortuna!

—Sí por cierto: ¿no creeis que es una fortuna el encontrar por guia una dama tan hermosa y tan jóven como vos?

—Reparad que yo no soy dama, sino doncella.

—En cambio hay muchas damas que aunque quisieran no podrian ser doncellas, y muchas doncellas que solo necesitan dejar de serlo para ser damas.

—¡Ah! ¿y de dónde sois, caballero? ¿tambien por vuestra tierra se usa jugar del vocablo?

—¡Ah! ¡sois bachillera!

—He tenido un novio poeta.

—Ya: ¿y os compuso algo vuestro novio?

—No por cierto: me descompuso.

—¡Cómo!

—Sí, dijo Esperanza suspirando: me descompuso el corazon.

—¿De tal modo que se os le pueda descomponer otra vez?

—¿Quién sabe? pero hé aqui la luz; subamos.

—Por el contrario: sentémonos.

—Sentarnos, y ¿para qué?

—Quiero veros á mi gusto y hablaros.

Esperanza vaciló un momento, pero al fin se sentó en el primer peldaño de la escalera.

El hombre se sentó junto á Esperanza, que le miraba con cierto recelo; fuese por casualidad ó por intencion, aquel hombre no habia soltado su mano, y estaba cubierto con el capuz de su loba de tal modo, que parecia un fantasma negro.

Sin embargo, Esperanza, se encontraba dominada por lo seguro y protector del acento de aquel hombre, que tenia un no sé qué de fascinador, de elocuente, de superior: aquel acento hacia desear á Esperanza de una manera exigente conocer el rostro del desconocido.

—¿Cuánto tiempo hace, dijo este, que servís á doña Guiomar?

—Permitidme, caballero, que os diga, contestó Esperanza, que

me haceis una pregunta que no debe contestarse, obrando con prudencia, á quien, como vos, por estar tan encubierto, parece un espía.

—¡Ah! ¿os da enojos no ver mi semblante?

—No, no, esclamó con precipitacion Esperanza, sino que quien se encubre de una persona que está descubierta, y cuyo nombre, estado y oficio se sabe, da ocasion á que se recele de él.

—¡Ah! ¿es recelo el que os obliga á que me descubra? pues bien: no receleis mas: héme descubierto.

Y el incógnito se echó el capuz á la espalda y ademas se desembarazó de la loba, dejándose ver por entero.

Esperanza ahogó un grito de sorpresa, y no pudo menos de esclamar para sí:

—¡Oh! ¡qué hermoso es!

Este pensamiento de la jóven estaba justificado por el semblante y por las formas del desconocido; su blancura era la blancura mate y densa del marfil: sus cabellos naturalmente ondeados y sueltos sobre los hombros, sin mas sugecion que un birrete de brocado sencillo, pero rico, eran negros, negrísimos y brillantes como sus cejas, sus pestañas y sus bigotes, única parte de su barba que no tenia afeitada: sus ojos, negros tambien, de gran tamaño y hermosura, eran enérgicos, de mirada fija y ardiente, de profunda espresion, ojos que á veces reian, á veces prometian, á veces amenazaban, y á través de los cuales tanto se percibia un alma astuta, esperimentada, vieja, por decirlo asi, como una valentía indomable y una fuerza de voluntad infinita. El conjunto de aquella cabeza constituia una hermosura estremada, de espresion á veces grave como la de un filósofo, á veces picaresca como la de un estudiante, á veces cruel como la de un lobo; por lo demas, la nariz espaciosa en su nacimiento, ligeramente aguileña, perfectamente configurada; su boca de lábios gruesos, pero de bellas formas; el contorno oval de sus megillas; lo despejado de su frente de líneas dulces; su color pálido; lo mórvido de su cuello, que se veia sobre una gola de encaje; lo redondo de sus hombros y la bellísima forma de sus manos, hacian de este hombre uno de esos Adonis por los que perecen las mugeres en general, que son el terror de los maridos, el cuidado de los padres, y á cuya presencia quedan en suspenso las mas rígidas virtudes.

Iba vestido con gusto y nobleza, si bien no eran sus ropas muy ricas: llevaba un gaban negro de paño fino de Segovia, rodeado y forrado de martas cibelinas, bajo él un jubon azul de raja de Florencia ligeramente bordado de plata, y unas calzas atacadas de grana, que

cubrian unas enormes botas de gamuza, bajo las cuales habia, sin duda, otro calzado, puesto que los pies del caballero parecian desproporcionadamente grandes: aquellas botas que subian de las rodillas, eran, sin duda, lo mismo que la loba, un sobretodo destinado á guardar de la lluvia y del lodo el traje interior.

Hemos llamado á este hombre caballero, aunque aun no le conocemos, porque pendientes de un cinturon de seda y oro, llevaba una daga y una espada con empuñadura dorada, y una escarcela en cuya tapa se veia bordado un escudo de oro con leon de gules sur montado por una banda diagonal negra. Ademas, pendiente de una gruesa cadena de oro sobre su pecho, se veia una placa en que estaba esmaltada la noble cruz de la órden de San Benito de Avís de Portugal.

—Ahora bien, dijo el desconocido: ¿Podeis ya contestarme?

—Aun nó, dijo Esperanza bajando los ojos; vos sabeis mi nombre y yo no sé el vuestro.

—En verdad, en verdad, niña, que solo sé que vuestro nombre es tan bello como vuestros ojos, vuestra boca y vuestro todo.

—Me llamo Esperanza Iñiguez, soy hija de un labrador de la montaña, hidalgo pero pobre, y por mi pobreza sirvo como doncella á doña Guiomar de Silva.

—Pues bien, hermosa mia: yo me llamo Blasco de Campo Riveira, soy comendador de Avís, hidalgo y vasallo de su señoria fidelísima el señor rey don Alonso el quinto de Portugal. Asi, pues, y ya que nos conocemos y sabemos que si vos me aventajais en hermosura, corremos parejas en hidalguía y fortuna, puesto que vos sois de las montañas y yo tan pobre como vos, y como vos tan al servicio de otros, añadiendo á esto el que me enamorais un tanto y creo firmemente en que he de enamoraros, estamos en el caso de tratarnos con mucha franqueza y como dos buenos amigos que pueden ser con el tiempo mas que hermanos.

Y el señor Blasco de Campo Riveira estrechó de tal modo la mano, y miró de tal suerte los ojos de Esperanza, que esta, alarmada con cierta razon, se desasió bruscamente, se levantó y dijo con acento hosco.

—Creo que aqui estamos muy mal, y por otra parte solo me incumbe cumplir las órdenes de mi señora: seguidme señor caballero, y no querais dar ocasion á que mi señora, que os espera, sospeche.

—Y ¿quién puede asegurar á vuestra señora que yo he venido ya y que no me estais esperando? Vamos, sentaos, tened juicio, que os importa, y escuchadme. Me interesais y quiero pasar por encima vuestra

primera é injusta alarma... conócese que sois novicia, y que vuestro amante poeta era un pobre hombre... pero descuidad, yo os enseñaré... sentaos, sentaos, y ved que mucho debo apreciaros, aunque ha tan poco tiempo que os conozco, cuando os suplico.

Esperanza arrastrada por el acento dominador y al par insinuante del portugués, se sentó de nuevo, aunque un tanto separada de su acompañante, y fijó la vista en el suelo.

—¿Consentireis en decirme cuánto tiempo hace que servís á doña Guiomar?

—Seis meses, contestó la jóven sin alzar los ojos.

—Y... ¿qué habeis reparado en ese tiempo en vuestra señora?

Alzó entonces sus grandes ojos Esperanza, y los posó con una mirada límpida en los del señor Blasco.

—Si tanto os interesa mi señora, le dijo, ¿por qué me hablais de amores y me llamais hermosa?

—¡Altiva como castellana! esclamó sonriendo Blasco; hé aquí los caprichos de la suerte: vos, niña, que teneis pudor y ternura en el alma, cosa rara en estos tiempos; vos que sois una verdadera dama, porque las damas como los caballeros nacen y no se hacen, servís á una aventurera que de dama solo tiene el nombre y el empleo: y no solo la servís, sino que de seguro os emplea en oficios poco honrosos.

Esperanza se sonrojó y calló.

—Ya lo decia yo... vos sin duda,.. porque yo conozco mucho á doña Guiomar, muchísimo, sabeis cuantos amantes tiene, á que hora los recibe, á cual engaña, á quien ama.

—¿Y qué os importa eso? dijo Esperanza sonrojándose de nuevo, como conociendo lo atrevido de su pregunta.

—¡Importarme! ¡bah! á mi nada... pero mucho á otros.

—¡Ah! ¿os envian de Portugal á que averigueis los amores de doña Guiomar?

—Tales pueden ser sus amores, que interesen á un reino entero ó á dos reinos ó á tres, y quien sabe si á todos los reinos de España.

—¡Ah! ¿esto es cosa de los bandos?

—Vuestra pregunta quiere decir que me habeis comprendido..... el rey...

—El rey regala y solicita á doña Guiomar.

—Y doña Guiomar...

—Juega con el rey.

—¡Ah! ¡juega con el rey!... y ¿quién dirige el juego?

—El almirante don Alonso Enriquez.

—Sois un tesoro, Esperanza, me comprendeis á las mil maravillas. Y doña Guiomar, ¿bajo qué concepto recibe al almirante?

—El almirante manda y doña Guiomar obedece.

—Si, esto es, dijo para sí el señor Blasco; asi se tiene un palacio, y se llevan galas, y se adquieren diamantes que valen cien florines, ¡Ira de Dios! Y decidme, Esperanza mia, ¿quién entra en la casa á mas que el rey y el almirante?

—El rey no entra.

—Sea el almirante.

—De dia nadie entra, pero de noche, entran don Juan Pacheco, don Pedro Giron y el arzobispo de Toledo. Si el almirante está dentro, cuando llega cualquiera de los otros, doña Guiomar les hace esperar como si no estuviese en casa, y lo mismo sucede cuando va el almirante y doña Guiomar está con alguno de los otros.

—Es decir, que esa señora juega con cartas dobles.

—No sé qué contestaros, porque nada sé de positivo. Creo que doña Guiomar se aprovecha de todos y á todos los engaña, contando en el número al señor Alfonso de Leiva.

—Y ¿quién es ese señor?

—Un caballero, muy jóven, muy gallardo y muy rico, que está locamente enamorado de doña Guiomar, y que la visita cuando ninguno de ellos está en la casa.

—Sí, esto es, murmuró el señor Blasco: una cortesana completa.

—A quien amais sin duda...

—¡Yo!

—Ciertamente: entrambos sois de Portugal...

—¡Soberbia razon para que nos amemos!

—Ella es hermosa y vos enamorado...

—Pero ella no tiene corazon, y yo necesito un corazon que me ame, que me comprenda.

Y el portugués asió de nuevo una mano que Esperanza no retiró, y la llevó á sus labios, lo que produjo una momentánea resistencia de la jóven.

—Segun lo que me habeis dicho, doña Guiomar sirve decididamente al bando enemigo de don Beltran de la Cueva.

—Si os he de hablar la verdad, caballero, dijo Esperanza, poco ó nada se me alcanza de ello: delante de mi se habla poco, y aun asi de una manera encubierta: adivino que mi señora anda en intrigas de corte, y nada mas.

—¿Pero esas intrigas no se encaminan á hacer público que la reina

ama á don Beltran de la Cueva, y que de esos amores es un resultado la infanta doña Juana?

—¡Oh! eso lo dice todo el mundo.

—¿Y no se habla tambien delante de vos de doña Catalina de Sandoval?

—Tambien sabe todo el mundo que doña Catalina es manceba del rey.

—De modo que delante de vos...

—No se dice mas que lo que todo el mundo sabe.

—¿Y nada se habla de la infanta doña Isabel, hermana del rey, ni del infante don Alonso, ni de destituir á don Enrique?

—¡Nada!

—Pues es necesario que oigais, que veais, que lo sepais todo, dijo con cierta autoridad Blasco.

—¡Yo! ¿y para qué?

—¿Creeis que merezca que se la sirva con mucha fidelidad, una muger tal como doña Guiomar?

—Al fin como su pan caballero, y me trata bien.

—Sí, sí, concedido; eso es muy recomendable: pero cuando todo el mundo intriga... por su ambicion, ¿por qué no hemos de intrigar nosotros? Ademas, doña Guiomar ¿no os da ejemplo engañando á un tiempo al almirante, á don Juan Pacheco, á sus parientes y al señor Alfonso de Leiva?

—¡Oh, sí! pero...¿qué ambicion quereis que yo tenga?

—Sois hermosa, jóven, honrada, digna de un noble marido.

—Yo no me casaré nunca, caballero.

—¡Nunca! ¿y por qué?

—Conozco que un hombre á quien yo pudiera amar, me encontraria muy poco para esposa.

—Veamos y contestadme con franqueza, Esperanza: hace muy poco tiempo que nos conocemos, pero creo que nos hemos encontrado en buen hora: ¿no podriais juzgar, si llegariais con el tiempo á amarme?

—¡Amaros! esclamó Esperanza riendo, pero dejando ver bajo su risa un fondo de turbacion: ¡Amaros! ¿ y cómo quereis que yo lo sepa cuando solo hace media hora que os conozco?

—Sin embargo, cuando vemos por primera vez una persona sentimos hácia ella necesariamente, ó repulsion, ó indiferencia ó afecto. Ahora bien, ¿qué os he hecho sentir yo?

—¡Caballero! dijo con acento sentido Esperanza: dejad en paz á una pobre muger que está contenta con su suerte y no procureis que piense en locuras.

—¡Locuras!

—Sí, porque seria una locura pensar en que vos, que, segun todos los vísos, sois un caballero principal....

—Ved ahí que yo puedo haber nacido mas pobre que vos, y acabo de hablaros de mi pobreza: vos no sois una de esas sirvientes con cuya union mancillaria sus blasones un caballero: sois noble.

—Todos lo son en la montaña.

—Servís como doncella á una dama de la reina.

—Siempre es una servidumbre.

—En conclusion, Esperanza, me enamorais.

Y el atrevido portugués la atrajo hácia sí.

—Vamos, seguid, y acabemos: no nos entenderemos nunca: dijo Esperanza; me reconozco poco para esposa vuestra, pero mucho para vuestra querida.

—¡Oh! no, no: antes de apartarnos de aqui, es necesario que nos comprendamos; escuchadme: yo he llegado á ser lo que soy á fuerza de ingenio, de valor y de servicios al rey: yo era un pobre diablo, hijo de un hidalgüelo del Alentejo, y nada tenia mas que un envoltorio de malos trapos, en el cual iba un libro viejo, cuando tomé á pie el camino de Coimbra. Mi padre me habia dicho: hijo mio: tu tienes inteligencia, hermosura y quince años: no tengo mas hijo que tu, y no quiero que sirvas aqui, donde todo el mundo nos conoce.

—Lo mismo me dijo mi padre, murmuró Esperanza.

—Ved como somos iguales en la procedencia. Mi padre, pues, continuó: dos caminos se encuentran en estos tiempos para hacer fortuna: las armas, y la Iglesia: por el primero se puede llegar, con valentía y buena maña, á ser rico-hombre, maestre, condestable, casi rey; por el segundo puede llegarse á obispo, á arzobispo, á Papa.... siempre, aunque no recorras enteramente cualquiera de estos caminos que emprendas, te encontrarás mejor que aqui atado á la mala suerte de tu padre: si de algo te sirven mis consejos, dedícate á la Iglesia: ahí tienes una carta para el señor Vasco Pereria do Sousa, tio lejano tuyo, canónigo de la catedral de Coimbra, que te tomará á su servicio como paje, y á cuyo lado podrás hacer tus estudios. Dicho esto, me dió un cruzado de plata para los gastos del camino, y su bendicion, y yo partí alegre porque iba á correr tierras, y en poco tiempo me trasladé á Coimbra.

Mi tio el canónigo Vasco Pereira, me recibió friamente sin darse por entendido del parentesco, y me puso al nivel de sus demas pajes: me hizo aprender música para que pudiese cantar en la catedral, y

al poco tiempo era yo uno de los *seises* mas apreciados. ¡Ved, pues, qué principios los mios!

—¿Y desde esos principios os habeis levantado?...

—A caballero; á comendador; á señor; y si no tengo un maravedí, eso consiste en que he gastado alegremente mis rentas, y se hallan empeñadas en manos de los judíos. ¿Y cómo creereis que he subido?

—Por vuestro ingenio, por vuestro valor.

—Por mi audacia.

—¿Por vuestra audacia?

—Sí, pardiez: en casa de mi tio el canónigo habia una hermosa jóven de mi edad, que pasaba por su sobrina.

—¡Ah!

—¡La enamoré!

—¡Y os amó!

—Y no solo me amó, sino que fastidiada como yo de nuestro comun tio, le robó una considerable cantidad y se escapó conmigo.

—¡Sin casar!

—Sin casar.

—¿Y no os casasteis con ella?

—No por cierto.

—¿La abandonásteis?

—No: ella fue quien me abandonó á mí por un cómico.

—¡Ah! ¡qué liviandad!

—¡Ciertamente que fue una liviandad y una traicion, porque yo la amaba!

—¿Y qué hicísteis?

—¿Qué habia de hacer? abandonado, solo, perseguido por la justicia, á quien mi tio se habia quejado, pasé el Miño y el Duero, y entré en Castilla; á poco de entrar, tropecé con una banda de aventureros, y tomé partido con ellos.

—¡Ah! ¡ya decia yo! para portugués, hablais muy bien el castellano.

—Como que durante cinco años me han enseñado su lengua las castellanas, y de la manera mas dulce del mundo: hablándome de amor.

—¡Ah! ¡ah!

—En esos cinco años, aprendí mucho: ya veis; mi profesion me obligaba á estar entre mala gente, siempre con la espada en la mano, siempre de riñas y querellas, disputando mozas y partes de presa, jugando, combatiendo... un dia me insultó el capitan con uno de esos insultos que no pueden perdonarse: con un bofeton.

—¡Ah, Dios mio!

—Maté al capitan; luego volviéndome á la compañia les dije: cualquiera de vosotros que quiera tomar venganza de esta muerte, me encontrará dispuesto; ninguno contestó, y por fuero propio me hice su capitan.

—¡Capitan de bandidos!

—Ya os he dicho que he crecido á fuerza de audacia. Durante dos años, estuve asíduamente ocupado en enriquecerme, y me enriquecí; entonces entré en Portugal con mi gente, edifiqué una casa fuerte en la frontera, hice callar á mi tio y á la justicia á fuerza de oro, y me presenté en la córte; ya tenia veinte y dos años, y la suerte me ayudó; me respetaron los hombres y me codiciaron las mugeres.

—Pero, ¡Dios mio! ¡habeis sido un torbellino!

—No he hecho mas que dejarme llevar de la suerte. Al poco tiempo de llegar á Coimbra, donde estaba la córte, ví en las tinieblas en la catedral, un viernes santo, una dama tapada que no quitaba de mi la vista.

—¡Se habia enamorado de vos!

—Caprichos, Esperanza, caprichos. La insistencia de la mirada de la dama hizo nacer en mí un fuerte empeño por conocerla, y al salir la esperé junto al agua bendita: cuando llegó, con una maestría admirable, fingiendo acaso lo que era muy pensado, dejó caer el manto y me dejó ver una muger como de cuarenta años.

—¡Cuarenta años!

—A vos que solo teneis diez y ocho os parecen muchos.

—Veinte y dos, caballero, veinte y dos.

—Pues nadie lo diria; pareceis mucho mas jóven.... á vos, pues, os parece vieja una muger de cuarenta años.... pero os afirmo que hasta que ví á doña Teresa Carbalho no habia visto una muger tan hermosa, ni en cuyos ojos ardiese tanta pasion, ni que fuese tan gallarda; ni la he visto despues hasta que os he visto á vos.

—¡Ah! esclamó Esperanza, á cuyos lábios asomó una sonrisa de contento.

—Yo seguí á aquella dama: pero á la salida de la iglesia entró en una litera, y, rodeada de un ostentoso acompañamiento, se encaminó, precedida por pages que llevaban hachas, á la plaza del Almirante, y entró en un magnífico palacio.

—¿Y vos?

—Yo me quedé á la luna, porque la puerta del palacio se cerró. Pero poco despues....

—¿Qué? esclamó Esperanza, que iba interesándose en la conversacion.

—Poco despues llegó una dueña rebozada en un manto y me dijo: —¿Habeis estado en la catedral en las tinieblas? —Sí, le respondí. —¿En qué lugar? —Debajo del púlpito del lado del Evangelio. —¿Qué habeis visto desde allí? —He visto mucho. —¿Y nadie os ha mirado? —Sí tal, una dama tapada. —¿Qué habeis hecho despues que se han concluido las tinieblas? —He ido á la pila del agua bendita. —¿Y qué ha sucedido? —Ha llegado una dama tapada, y al darla yo agua, ha caido su manto y he visto un sol de hermosura. —¿Y no deseais ver ese sol? —¡Oh! estoy ciego sin él. —Seguidme.—Seguí á la vieja: atravesamos calles, plazas y callejas; entramos en la parte antigua de la ciudad, y despues en un casucho. Abrió la dueña y me encontré en un aposento á oscuras; asióme... no la mano de la dueña, sino una mano redondita, una mano, temblorosa como la vuestra, Esperanza: llevé aquella mano á mis lábios, y la cubrí de ardientes besos... como la vuestra.

—¡Ah! ¡soltad! esclamó toda trémula Esperanza.

—Lo mismo dijo la dama... pero al fin cayó en mis brazos... como vos, como vos... hermosa mia.

En efecto, Esperanza, fuera de sí, fascinada por la hermosura y por la ardiente palabra del señor Blasco do Campo Riveyra, que la habia atraido á sus brazos, habia caido en ellos.

En aquel momento, y cuando Esperanza, despertando de la inesplicable mágia que esparcian sobre ella las palabras de amor, y la hermosura de aquel singular personaje, luchaba por desasirse de él, que la estrechaba contra su pecho, oyóse muy cerca por los pasillos subterráneos del alcázar un ruido inequívoco: el de las pisadas de muchos hombres armados, que caminaban cautelosamente, á pesar de lo cual crugian y rechinaban de una manera acompasada sus armas, sus espuelas y sus arneses.

—¡Apagad esa luz! ¡apagadla! esclamó Blasco do Campo Riveyra; esto, sin duda, es una conspiracion. ¿Qué vienen á hacer en los subteráneos esos hombres de armas, mientras en las cámaras del alcázar se divierte y danza la córte?

Y el portugués se arrancó precipitadamente las botas para evitar sin duda el ruido de sus espuelas, las arrojó con la loba y la linterna por la claraboya ó respiradero de otro subterráneo mas profundo, y, cargando con Esperanza, como hubiera podido cargar con un haz de paja, se perdió con su hermosa carga por los pasillos de los subterráneos.

No transcurrió mucho tiempo antes de que por el mismo sitio donde habian estado sentados la jóven y el señor Blasco do Campo Riveyra, pasasen, como otros tantos fantasmas, á la luz de algunas linternas, unos cien hombres de armas, cubiertos de los pies á la cabeza. Delante de ellos iban cuatro hombres con ropones sobre los arneses, que á todas luces eran caballeros. Detras de estos cuatro hombres marchaba otro hidalgo, en el que, por ir junto á él un soldado con una lámpara, y por llevar abiertas las vistas de su celada, podia reconocerse al capitan Hernando de Carrillo.

Cuando aquella gente estuvo estendida en los pasadizos de los subterráneos, Hernando de Carrillo mandó hacer alto al soldado que le seguia, corrió la voz y la órden de silencio, y al anterior monótono y sostenido crugir de los arneses, sucedió un silencio profundo.

El capitan tomó la lámpara de manos del soldado mas próximo y siguió adelante acompañado de los cuatro nobles de los ropones que llevaban las viseras caladas.

Asi anduvieron algun tiempo. Al pasar por delante de una escalera de caracol, Hernando de Carrillo se detuvo.

—¡Diablo! dijo, parecióme haber oido gemidos contenidos de muger, gemidos que, vive Dios, no son de esperar en estos sitios.

—¡Bah! señor capitan, dijo uno de los de los ropones: siempre estais viendo visiones y escuchando estrañezas: lo que habreis oido será alguna lechuza que revuela al rededor de la lámpara de la capilla.

En efecto, por aquella escalera se subia á la capilla del alcázar.

—Teneis razon; esclamó Hernando de Carrillo; aunque nada tendria de estraño; por aqui cerca anda cierto postigo que no es ni mas ni menos quo la gatera del alcázar: pero ¡bah! teneis razon ¿qué dama de la corte habia de gemir de ese modo?

—Adelante, adelante, amigo mio, dijo otro de los encubiertos: veamos á donde nos llevais á pasar lo que queda de noche.

—Yo siento que vuestras señorías no tengan mejor lugar de espera, continuó Carrillo: pero ¡bah! los intereses del reino, segun dice mi amada esposa, lo requieren, y cuando el reino anda de por medio.... me parece que es aqui, dijo deteniéndose junto á una puerta forrada de hierro mohoso, y cerrada con un candado: veamos si le viene la llave que me hado doña Mencía.

El capitan Hernando de Carrillo sacó una llave de debajo de su vesta, y al ver que encajaba en el candado, dijo abriendo:

—Pues aqui es.

Exhalóse al abrir la puerta un aire denso y húmedo y un olor fétido.

—Esto es un calabozo, dijo entrando uno de los encubiertos.

—Lo que seria de mal agüero, repuso Hernando de Carrillo, si nosotros no fuéramos lo que somos, y sobre todo si mi muger no fuera lo que es....

—Teneis razon, doña Mencía es una perla.

—Sí, dijo para su sayo Hernando de Carrillo, penetrando en el calabozo, y poniendo la lámpara en un poyo de piedra; mi muger es una perla para todos menos para mí, y luego añadió en voz alta, examinando aquel reducido recinto: y ved si mi esposa lo precave todo, ha comprendido, sin duda, que la espera podria ser larga, y ha hecho que traigan aqui cuatro sendos sillones y un brasero con fuego.

—Lo que nos viene á las mil maravillas, dijo otro de los armados, porque hace frio, señores, mucho frio.

—Sentaos, pues, calentaos y á Dios, dijo Hernando de Carrillo; la prudencia exije que no se me eche de menos en el alcázar.

—Esperad, esperad un momento, dijo uno de aquellos hombres, habeis procurado averiguar si se sabe algo de nuestro plan.

—Y tanto.

—¿Y cómo lo habeis hecho?

—He seguido, he perseguido, he mortificado al coronista Castillo.

—Pero Diego Enriquez del Castillo es un zorro viejo y esperimentado.

—Pero que á pesar de sus zorradas no me engaña: yo le comprendo perfectamente, como comprendo otras muchas cosas que se cree que no veo... ¡bah! yo sé lo que me digo: en primer lugar cuando va á acontecer algo ruidoso en la corte, y el buen coronista de su alteza lo sabe, se esconde, porque es un clérigo que tiene de cobarde y receloso todo lo que tiene de valiente y audaz mi buen tio el arzobispo de Toledo: si por acaso en una de esas situaciones se encuentra el tal coronista, de todo habla menos de bandos, de noticias, de sublevaciones; entonces suele estar amable y contaros un cuento y convidaros á comer salpicon... pero á la menor indicacion tiembla, se asusta, se pone pálido y escapa.

—Cabalmente decis que esta noche habiais perseguido y dado un mal rato al buen coronista, lo que quiere decir que ha procurado escapárseos.

—Eso quiere decir que me teme, porque el buen coronista, como vos decis, señor conde de Paredes, es poco de mi devocion, y como

conozco el falso de su arnés, le doy por él y le exaspero y le mortifico y le pongo dado á los diablos. Me teme y me huye. Pero esa es una buena señal: ya os he dicho que cuando el coronista tiene miedo, se vuelve manso como un cordero, complaciente... ¡hasta cariñoso! por el contrario, cuando como en la ocasion presente nada sabe; mas: cuando está, alentado porque conoce algun golpe de mano del rey, es insolente, provocativo, inaguantable... cuando os digo que he tenido que apelar á mi probadísima paciencia para no acogotar, á pesar de sus órdenes, al coronista, podeis estar seguros de que nada sabe, y que si sabe algo, no es por cierto el golpe que preparamos al rey, sino algun otro golpe que el rey nos prepara.

—¡Un golpe que el rey nos prepara! dijo con recelo otro de los caballeros.

—Sí, ciertamente, señor conde de Plasencia: pero un golpe enteramente estraño al nuestro... Se dice, y me estraña que no lo sepais... que el rey va á poner en estrecha guarda en el alcázar de Segovia, bajo la vigilancia de su alcaide Andres de Cabrera, á los infantes doña Isabel y don Alonso.

—¡Ah! ¡ah! el rey teme...

—¿Y cómo no ha de temer? él y ella son demasiado imprudentes; si no lo fueran tanto, yo os aseguro que la infanta doña Juana sería jurada sin dificultad por las córtes del reino herederos de la corona: pero ¡ya se vé! él, el señor don Beltran de la Cueva, se ha deslumbrado con la hermosura de ella; y sobre todo, señores, que es muy natural que quien goza los favores de una reina, los luzca, y este lucimiento ha dado en ojos á quien puede mucho... mucho... que si esa persona que tanto puede nada supiera, lo que es punto menos que imposible, porque la tal persona siente crecer la yerba, yo os aseguro que ni vosotros, ni mis parientes, ni los bandos, ni el almirante, ni Aragon, ni Navarra juntos darian al traste con don Beltran.

Los cuatro caballeros que, para decirlo de una vez, eran don Pedro de Zúñiga, conde de Plasencia, don Rodrigo Alonso Pimentel, conde de Benavente, don Pedro de Velasco, conde de Haro, y don Juan Ponce de Leon, conde de Arcos y señor de Marchena, permanecieron impasibles, y ni uno solo de ellos preguntó al capitan Hernando de Carrillo quién era aquella persona tan poderosa y tan influyente, porque sabian bien que era su esposa doña Mencía de Padilla, camarera mayor de la infanta doña Isabel, que como veremos mas adelante, tenia graves motivos para hacer la guerra á la reina y á Beltran de la Cueva.

—Pero para concluir, señores, continuó el capitan, porque como

ya os he dicho, no quiero que me pierdan por mucho tiempo de vista: el rey ha acordado tarde á dar su golpe, porque...

—¿Por qué? esclamó el prudente conde de Haro.

—Porque no falta quien haya encontrado medio de probar el adulterio de la reina.

—¡Ah! esclamaron á un tiempo los cuatro señores.

—Sí, ciertamente, pruebas indudables, pruebas que tendremos en nuestro poder esta misma noche, y por las cuales se ha visto ya obligado á dar una buena estocada, una estocada de muerte, el señor Mosen Pierres de Peralta.

—¡Mosen Pierres de Peralta!... esclamó con estrañeza el conde de Plasencia: ¿empiezan ya á terciar en nuestros asuntos de una manera tan decidida los navarros?

—¡Bah! ello al fin y al cabo, vendrá á parar en... yo lo afirmo, y cuidado que no me lo ha dicho nadie, vendrá á parar, digo, en que si viven algunos años mas, la infanta doña Isabel de Castilla y el infante don Fernando de Aragon, se casarán, y al fin y al cabo reinarán...

—¡Oh! ¡oh! eso será lo que Dios y el reino quieran.

—Se hará de modo que parezca que lo quiere Dios, aunque lo quiera el diablo, el reino se doblegará, porque no tendrá otro remedio, y si vivimos nosotros y yo y todos levantaremos estandartes por doña Isabel y don Fernando.

—¿Son esas las intenciones de los enemigos de la reina y de don Beltran? dijo con recelo el conde de Arcos que tenia mucho del valor bravío y casi salvaje de su raza.

—Por ahora las intenciones de nuestros amigos y de algunos que no lo son, se reducen á dar al traste con un favorito insoportable que va dando muestras de ser en nuestros tiempos lo que fue en los suyos el condestable don Alvaro de Luna.

Aquietáronse algun tanto los turbulentos nobles al oir esta esplicacion que halagaba á sus pasiones.

—Y decidme, preguntó el conde de Paredes, ¿con quién cuenta el rey para apoderarse enteramente mas de lo que lo está, y reducir á prision á sus hermanos los infantes don Alonso y doña Isabel?

—¡Oh! el rey cuenta, ó por mejor decir, don Beltran de la Cueva cuenta con el marqués de Santillana, duque del Infantado, don Diego Hurtado de Mendoza, que como sabeis es padre de su muger, y con el arzobispo de Sevilla, y con todos los Mendozinos (asi se llamaba entonces á los individuos de la larga familia de los Mendozas) y con Enriquez del Castillo, y con el condestable Miguel Lucas de Jranzu, y

con el rey de Portugal, y en fin, con todos los amigos de estas gentes y con media Asturias y media Andalucía... no, no... si nos descuidamos, la reina se asegura de una vez y con ella el favorito; se declara, y jura solemnemente por heredero de la corona de Castilla en las córtes del reino la infanta doña Juana, se nos encarcela uno á uno, se nos destierra, ó se nos deguella, ó se nos pulveriza, y el rey no siendo molestado por nadie, se divierte á sus anchas, y el reino se divierte tambien y nosotros nos divertimos. Pero á Dios: me he detenido demasiado... ello podrá ser muy bien que espereis toda la noche, pero en otras ocasiones habeis esperado tambien teniendo por techo las nubes y por lecho el suelo mojado por la lluvia: á Dios, señores, á Dios.

Y Hernando de Carrillo se dirijió á oscuras á la salida, lo que demostraba que le eran muy familiares los laberintos del alcázar; pero al salir tropezó en un objeto.

—¿Qué es esto? dijo levantando aquel objeto del suelo? ¡diablo! una bota de gamuza con lodo fresco. Y otro sí: una loba de sayal empapada en agua.. ¿qué significa esto? ¡Ah! ¡ya! dijo levantando los ojos por encima de la puerta y mirando á una oscura claraboya: algun amante que ha entrado por el postigo del Campo del Moro, y que para no ensuciar sin duda á su adorada, ha arrojado por ese mechinal, que corresponde á una de las galerías por donde hemos pasado, estos trevejos cuando decia yo que aquellos gemidos...

—Pero reparad, que no se tiran asi y en tal noche, dijo con recelo el conde de Paredes, una tan buena loba y unas tan escelentes botas, sobre todo cuando tienen, como esas, unas tan ricas espuelas de plata.

—Esperad, esperad: creo conocer por la hechura qne estas espuelas son portuguesas, dijo Hernando de Carrillo, limpiando con su manopla el fango que cubria en parte las espuelas... ¡ah! ¡ah! pues como el tal esté en el sarao, vive Dios que he de conocerle.

—¡Conocerle por esas espuelas!

—Mirad, mirad; tienen en el floron del porta-espuela un blason: un leon rampante surmontado por nna banda diagonal; ¿conoceis alguno de vosotros, señores, el blason de Portugal?

—No, no: dijeron los cuatro nobles.

—Yo no conozco mas que los cinco quinas del reino y las seis zorras verdes del arzobispo de Coimbra: pero el señor Avanguarda, el rey de armas, le conocerá de seguro.

Y el capitan quitó un porta-espuela con la presteza de quien está acostumbrado á estas operaciones, y le guardó.

—Y decidme, le preguntó el conde de Arcos: ¿nuestra gente ocupará la galeria donde está situada esa claraboya?

—No, vive Dios: está mucho mas cerca de nosotros.... ¿cómo habia yo de haber hablado, á saber que podia escuchársenos?

—¿De modo que ese portugués?...

—No sabemos si nos habrá oido.... en todo caso, nuestros caballos están en el Campo del Moro: forzais el postigo, salís, cabalgais... y librais la cabeza.... ¡las mugeres!... ¡siempre las mugeres! ¡cruzarse una maldita aventura de amor.... y con un portugués.... con un incógnito!...

—¿Y quién sabe si esta es una cita con una muger?

—¡Oh! ¡oh! ¡aquellos gemidos!.. ¡aquellos gemidos!.. y decíais que me engañaba!... aquellos gemidos solo los produce el amor, y cuando gimen así..... pues..... cuando á una muger se la trata de tal modo no se piensa en espiar. Venid, venid; es necesario que á pesar del frio, á pesar de todo, veleis en el postigo. ¡Oh! ¡oh! lo demas, seria esperar acorralados.

Y tomando el capitan de nuevo la lámpara, salió con los cuatro nobles, subió con ellos unas escaleras que antes habia bajado, atravesaron torcidos pasadizos, y al fin se encontraron junto á una pequeña puerta, en un espacio lóbrego, pero estenso, del cual partian algunas comunicaciones.

—¡Velad! dijo Hernando de Carrillo á los condes; en todo caso: en caso de apuro, haced que vuestros hombres fuercen el postigo con sus partesanas, y al campo; voy á traeros vuestra gente.

Y Hernando de Carrillo alarmado por las consecuencias que se hacian preveer el encuentro de las botas y de la loba de Blasco do Campo Riveyra, escapó sin escuchar mas palabra.

Poco despues los cien hombres de armas rodeaban á los cuatro condes conspiradores, mientras Hernando de Carrillo con una lámpara en una mano y la espada desnuda en la otra, recorria los subterranos murmurando.

—¡Malditos pasillos! ¡malditas escaleras! ¡malditos moros que así construian el vientre de sus castillos! vamos: y estoy seguro de encontrar el sitio donde sonaban los sollozos.... fue.... por aqui.... sí: justamente: por aqui.... en esta escalera.... ¡diablo! esclamó despues de haber trepado por ella, y deteniéndose en un descanso donde al pie de un poyo habia un objeto blanco, y recogiéndole: ¡un lenzuelo de dama!... ¡con blasones bordados en las puntas!.. ¡oh! ¡estos blasones sí que los conozco! águila negra en fondo de oro.... ¡un

Urrabieta inv.ª y lit.º

Lit.ª de J. Aragon. Madrid

II.

¡Aquellos gemidos!

lenzuelo de doña Guiomar de Silva!.... pero, ¿por qué diablos gemia de aquel modo doña Guiomar? vamos: será necesario confesar que todos nos hemos engañado, y que la doña Guiomar ha sido hasta ahora una doncella honrada.... ¿pero si la dejé en el salon persiguiendo á don Beltran de la Cueva y huyendo del rey?... ¿y las botas? ¿y la loba? ¿y el porta-espuelas?... vamos... confieso que no me entiendo, y que me es preciso recurrir á mi muger.

Y tras estas palabras, guardando el lenzuelo con el porta-espuelas, bajó las escaleras y se perdió en el laberinto de callejones del subterráneo.

En aquellos momentos, Esperanza, pálida, llorosa, sentada junto á una chimenea, suspiraba asustada registrándose los bolsillos de su brial.

—¡Oh! ¡Dios mio!.., ¿qué he hecho yo del lenzuelo que me regaló doña Guiomar?... le he perdido.... perdido alli sin duda.... ¡si le encuentran!... un pañuelo blasonado.... perdido alli.... por donde entra y sale el rey... ¿si le encuentran... y creen que mi señora?... y bien: ¿qué me importa?... ¿no he perdido yo mas?... y luego, ¿no aborrezco á esa muger?... ¡oh! ¡oh! ella sin duda ha sido y es amante de ese hombre.... y yo, yo, ¡oh! le amo: sí: le amo.... como si le hubiera tratado toda mi vida; y conozco, que aunque villanamente me abandone, nunca le olvidaré.

Y Esperanza, ocultándose á las miradas de las otras doncellas de las damas de la reina, rompió á llorar en silencio.

IV.

En que sigue tratándose del porta-espuela y del pañuelo.

—Os lo repito, y no tengais duda en ello, señor capitan; sé demasiado bien cuanto incumbe á mi noble oficio, y puedo relataros ce por be la historia de estos blasones.

Esto decia al capitan Hernando de Carrillo el rey de armas Avanguarda, heraldo de los reinos de Castilla y de Leon, dentro del aposento del capitan de la guarda del alcázar, á cuya puerta habia echado prudentemente el cerrojo el primero.

Antes, por supuesto, y para no perder tiempo, el buen capitan de la guarda morisca del rey, habia dado parte de todo á su esposa doña Mencia de Padilla que se habia encargado de vigilar á doña Guiomar, y de ponerse en comunicacion con los conspiradores del

subterráneo. Hernando de Carrillo habia declinado ya su responsabilidad, en su muger; era valiente y sereno, le importaba poco lo que pudiera acontecer, y bebia amigablemente con el rey de armas sendas tazas de vino, que el segundo escanciaba de un enorme jarro de estaño.

—En cuanto al capitan, hombre aficionado al escándalo, estaba en sus glorias, porque en la espansion del semblante del señor Avanguarda, parecia que la historia de uno de aquellos dos blasones, ó acaso las de los dos, debia ser escandalosa.

—¿Con que decís, preguntó el capitan, que este escudo, con leon rampante, surmontado por banda diagonal, es el blason y armas del señor Blasco do Campo Riveyra, comendador de la órden de Avis en Portugal?

—Sí por cierto, y bribon mas redomado y de alma mas negra....

—¿Le conoceis?

—No, pardiez... pero conozco sus hazañas.

—Hazañas, sin duda, de bandido.

—De todo hay.

—¿Con que tambien por allá en los reinos de su alteza fidelísima se dan encomiendas á toda clase de mochuelos?

—Aqui como alli, y como en todas partes, las mugeres mandan, han mandado y mandarán.

—Me habeis dicho que conoceis la historia de estos dos blasones.

—Sí, ciertamente... la del de doña Guiomar es una historia antigua y noble que podeis ver en todos los nobiliarios de Portugal.

—¿Nobleza heredada?

—Heredada de hace mas de trescientos años y adquirida en tiempos del primer rey de Portugal don Alonso el primero, por el noble y valiente caballero Duarte do Silva, que en las guerras que el rey de Portugal tuvo con el emperador Alonso sétimo de Castilla su primo, le sirvió bien y cumplidamente. En cuanto al blason del señor Blasco do Campo Riveyra es distinto: es una historia que está brotando sangre.

—Por lo reciente.

—Sí, por lo reciente y por lo terrible.

—¡Oh! ¡oh! dijo Hernando de Carrillo: llenemos de nuevo las tazas, y empezad, señor Avanguarda, empezad; me perezco por esta clase de historias: por de contado que habrá amores de por medio.

—Ya lo creo, y amores nada menos que con doña Teresa do Carbalho, una de las damas mas favorecidas por el rey don Alonso el quinto y la mas hermosa de Portugal.

—Empecemos, pero antes sepamos cómo habeis adquirido esas noticias.

—De la manera mas sencilla del mundo: ya sabeis que hace ocho años formé yo con vos parte de la embajada que fue á pedir al rey de Portugal su hermana doña Isabel, nuestra amada reina para muger de su alteza

—Ciertamente.

—Pues bien: como cada cual cuando va á un reyno estraño se reune con la gente de su oficio, yo busqué naturalmente á los heraldos; tanto mas, cuanto gusto saber si en otros reynos se nos aventaja en la ciencia que profesamos. Eran unos ignorantes, unos torpes, que no servian para otra cosa que para llevar de mala manera la fea dalmática de Portugal con las cinco quinas roeladas, y para dar gridas torpemente, pero entre ellos habia un heraldo viejo que se llama *ó fidalgo rey d' armas Alenteixo*, que sabia medianamente el blason, y no del todo mal la heráldica: pues bien; un dia que repasábamos juntos los pergaminos del libro de la nobleza de Portugal, al fin de él, en el año de 1452 encontramos el blason que está en la chapa de este porta-espuelas.—Yo no conozco estas armas, dije al señor Alenteixo.—Ojalá que yo tampoco las conociera, me dijo palideciendo.

—¡Ah! ¡ah! la historia os vino por el señor Alenteixo dijo Hernando de Carrillo.

—El señor Alenteixo, despues de sus misteriosas palabras, se abrió la cota de armas, el jubon y la camisa, y me dijo mostrándome una ancha cicatriz:—Esta estocada que me tuvo dos meses entre la vida y la muerte, forma parte de la historia de ese blason maldito.

—¡Ah, diablo! pues verdaderamente esto es interesante, observó el capitan apurando su décima taza de vino.

—Oid, señor capitan, cómo pudo ser eso, segun me contó el señor Alenteixo.

El buen Avanguarda llenó su taza, la bebió lentamente, se limpió los labios con el envés de la mano, y acomodándose en su sillon, y despues de toser y limpiarse el pecho, empezó de esta manera:

—Habia en Coimbra una dama noble por su nombre, aunque los mas viejos de la ciudad no la habian conocido parientes, y rica por lo que demostraba su casa de trato y de servidumbre, aunque no se la conocian estados ni señoríos. Vivia sola en un enorme palacio en la plaza del Almirante, rodeábanla damas y dueñas, nunca salia sino en litera dorada, seguida y resguardada por pajes y escuderos, y en su casa jamas habian entrado otras personas que las de su servidumbre,

ni aun esta habia penetrado jamás en cierto aposento, cuya puerta estaba siempre cerrada y cuya llave jamás salia de la escarcela de doña Teresa Carbalho, que asi se llamaba la dama misteriosa. Creian generalmente que en aquel aposento tan cerrado y desconocido, guardaba el tesoro con que sostenia su ostentacion y sus enormes gastos. Doña Teresa, decian que era la muger mas hermosa de Portugal, y sin embargo, nadie, durante muchos años, tuvo nada que decir de ella, á pesar de que ya pasaba de los treinta. Pero la fama de su hermosura llegó á oidos del rey, que deseó conocerla, la conoció, la enamoró, y ¡cosa estraña! aquella muger que no habia querido para marido duques y príncipes de gran estado, fue, con poco trabajo y al poco tiempo de conocerla el rey, su manceba.

—¡Oh! ¡las mugeres!... ¡y hallais algo que os espante en ellas! muger hay que durante toda su vida ha sido un milagro de castidad hasta para su marido, y al fin ha arrostrado el escándalo de una manera desembozada cuando se le ha puesto de por medio el mancebillo que habia de dar al traste con su virtud. ¿Quién estraña nada cuando se trata de mugeres?

—Pero lo que todos estrañaron, fue que la doña Teresa, tan recatada, tan rígida, tan asustadiza hasta que la enamoró el rey, se tornó despues desenvuelta, desvergonzada, audaz, hasta el punto de rivalizar con la reina, y de hacer pintar en sus literas las cinco quinas del escudo de Portugal.

—¡Cosas de mugeres! aceptan el escándalo con tal de que este escándalo halague su soberbia; todas tienen en el cuerpo el diablo de la vanidad.

—Pero no fue eso lo mas estraño: segun contó al señor Alenteixo, una dueña vieja y taimada que era el arcaduz de doña Teresa; esta vió, hace diez años en las tinieblas de la catedral de Coimbra á un cierto mancebo, hermosísimo y audaz, que se habia presentado con grandes fueros en la corte, y que nadie sabia de donde venia ni quien era: sabíase solo que gastaba pródigamente su oro, que sustentaba ginetes y bandera, y que se hacia llamar *ó fidalgo senhor Blasco do Campo Riveyra.* El aventurero reparó en doña Teresa, como doña Teresa habia reparado en él, la esperó, la sirvió agua bendita, y aguardó en la plaza del Almirante despues que la cortesana hubo entrado en su palacio.

—¿Y ella?...

—Ella se habia enamorado perdidamente de *ó senhor Blasco*: le envió la dueña, que se entendió con él, y le condujo á una casa estra-

viada de la ciudad vieja, donde ya le esperaba doña Teresa.....

—Pues ¡diablo! no comprendo que por hacer la mamola á un rey con su querida, se den cartas de hidalguía.

—Vos mismo habeis dicho, señor capitan, que las mugeres tienen el diablo en el cuerpo. El señor Blasco do Campo, comprendia que estaba en buen terreno para dorar lo oscuro de su alcurnia con un blason, y fue bastante diestro para conseguirlo: enamoró á doña Teresa hasta enloquecerla, y ella le hizo noble.

—Como aquí, como aquí: solo que por acá es mas escandaloso; sale de Ubeda un hidalgüelo....

—¿Quereis hablar de don Beltran de la Cueva?

—¿Pues de quién diablos quereis que hable?

—Es que la casa de la Cueva es nobilísima, casi desde los tiempos de don Pelayo, ¿y si quereis que os esplique su blason?...

—Sí, sí: ya sé la historia del dragon verde; ya sé que los de la Cueva han sido y serán nobles; pero de ser noble, simplemente noble como cada cual, á ser conde, duque y maestre, y no solo eso sino casi rey de Castilla, va una notabilísima diferencia. Ya no hay nada como el que una muger, que se encuentra en ciertas circunstancias, se empeñe en favorecer á un hombre: en fin: yo me entiendo y basta.

—Pero aquí sabemos todos cómo don Beltran ha hecho riquezas y estado: lo sabe tambien el rey, y calla y aun se alegra; y, en fin, don Beltran es un valiente caballero que ha hecho nobles servicios al rey y al reino, y ha vertido su sangre por ellos. Pero la manera como Alonso quinto ennobleció al señor Blasco do Campo, fue muy singular.

—Veamos.

—Doña Teresa se guardó muy bien de dar al público sus amores con el aventurero, como lo habia hecho con los del rey, pero propuesta á ennoblecer á su amante favorito por medio de su real amante, inventó una verdadera diablura.

—¡Veamos! ¡veamos! dijo apurando otra taza Hernando de Carrillo que estaba en sus glorias.

—Una diablura que no se le hubiera ocurrido ciertamente á la reina doña Juana.

—Pero sin la reina doña Juana, hay mugeres en la córte capaces de dar salto y marra al mismísimo Satanás... y yo me entiendo.

Avanguarda entendia perfectamente al capitan, pero se hacia el desentendido.

—Es el caso que el señor rey de armas Alenteixo, tenia añejos tratos y no muy limpios con la dueña confidente de doña Teresa, y un dia la tal dueña se encerró con él y le dijo, entregándole como preámbulo de parte de su señora, una bolsa llena de coronas de oro: es necesario que esta noche con cuatro rufianes diestros, espereis á la hora de la queda á dos hombres que pasarán envueltos en capas negras, con caperuzas negras, por la calle de ó Porto: id bien armados, con buenos camisotes de mallas, porque solo se trata de una farsa: ved tambien de qué manera acometeis y poneis en estrecho á aquellos dos hombres sin herirles, porque son nada menos que el rey y su favorito Alvaro de Vasconcellos.

—¡Ah! ¡ah! me parece adivinar: dijo Hernando de Carrillo riendo: ¡en verdad, en verdad, que fue una verdadera diablura! ¡dar al amante ocasion de prestar, sin peligro, un servicio falso al rey, que pasase por un servicio importante!

—Acertado lo habeis; en efecto la dueña continuó diciendo al señor Alenteixo: cuando la riña esté mas trabada, aparecerá un tercer embozado que os acometerá: guardaos bien de herir á ese hombre: por el contrario sosteneos un poco y luego huid.

—¿Y cómo sucedió?

—A las mil maravillas para el señor Blasco do Campo Riveyra: pero fatalmente para el señor Alenteixo y dos de sus compañeros: esperaron en la calle de ó Porto; sonó la queda, aparecieron el rey y su favorito embozados hasta los ojos en sus capas negras, y el señor Alenteixo y los suyos les acometieron espada en mano y se los llevaron por delante: cuando hé aqui que aparece como por casualidda, como llovido del cielo, otro hombre: se pone al lado de los acometidos y embiste espada en mano como un vendabal á los acometedores: estos, fieles á lo contratado, se sostienen un poco y huyen; el embozado les sigue; alcanza á uno de los rufianes y le deja seco de una estocada; da caza á otro, y le envia á los infiernos; por último el señor rey de armas farsante recibe una verdadera y tremenda estocada. Al dia siguiente el señor Blasco do Campo Riveyra, recibe del rey un magnífico regalo y con él una carta ejecutoria, en que le declara caballero fijodalgo, señor de vasallos, con pendon y caldera, y se le da por blason de sus armas el que está en el porta-espuela.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¿y el rey no sospechó nada?

—Nada; pero lo mas estraño no es eso: por haberle libertado la vida, el rey le hizo caballero y gentil-hombre: seis meses despues amaneció en su lecho doña Teresa muerta, mostrando en el semblante se-

ñales indudables de tósigo: pues bien, al dia siguiente el señor Blasco do Campo, fué nombrado por el rey comendador de la ilustre órden de San Benito de Avis.

—¡Oh! esa segunda historia, la del veneno, debe ser mucho mas curiosa que la primera, dijo el capitan saboreando la décima quinta taza.

—Sí, ciertamente, dijo el señor Avanguarda: esa segunda historia debe ser muy curiosa; pero la lástima que solo la sepan pensando piadosamente Dios, el rey de Portugal y el señor Blasco do Campo.

—Pues en verdad, en verdad que es atroz que no podamos dar con esa historia.

—El buen Alenteixo me contó todo lo que sabia, y me aconteció lo que á vos, señor capitan: para no conocer esa historia entera hubiera querido mejor no saber nada.

—Pues mirad, me parece que podemos saberla.

—¿Cómo?

—El señor Blasco do Campo conoce mucho, muchisimo á doña Guiomar de Silva, cuyo es este pañuelo: es mas: esta noche ha hablado íntimamente, con mas intimidad que la que vos podeis figuraros, con ella: como que la ha hecho gemir.

—Y bien.

—Mirad: me parece que contando á mi esposa esa historia, sucintamente, en cuatro palabras, doña Mencía se dará buena maña para saber lo que falta.

—¿Y cómo hablar á vuestra noble esposa?

—Nada mas fácil: venid conmigo.

Y el capitan recogió el porta-espuela y el pañuelo, fue á la puerta, la abrió, y asido del brazo del rey de armas, subió por las anchas escaleras del alcázar.

VI.

Mas resultados del porta-espuela y del pañuelo.

Entre tanto en los salones principales del alcázar pasaban escenas de distinto órden.

La córte se divertia descuidadamente, ó al menos aparentaba divertirse.

Háblase de amor, de empresas, de fiestas que aparecian en lontananza, pero nada de bandos.

La sala rica estaba henchida de una multitud deslumbrante que parecia estar en armonia con la riqueza del aposento.

Sus ricas tapicerias de Flandes matizadas de figuras, que segun el dicho de un cronista de la época *parescia que hablaban é danzaban alson de la música*, eran de lo mas rico que se conocia en aquellos tiempos; de la ensambladura de pino á quien el tiempo habia dado un hermoso color de cedro, pendian de rosetones dorados arañas cargadas de velas que inundaban la cámara de una luz fuerte y resplandeciente: al testero habia un estrado separado del resto por una barra, y sobre el estrado un dosel en que estaban bordadas las armas de Castilla y Leon: en la grada mas alta habia dos sillas blasonadas, y en otra grada inferior, á la izquierda otras dos sillas mas bajas, pero blasonadas tambien; á los pies del dosel habia cuatro donceles, con armas de córte y las espadas desnudas en las manos, dos á cada lado, y en la abertura de la barra, inmóviles como estátuas, dos maceros de armas, con las mazas de plata sobredorada al hombro, calados sus birretes rojos galoneados de oro y orleados de plumas y cubiertos con la ancha plegadura de sus dalmáticas pesadas, por su bordado de realce. Ultimamente, en semicírculo delante del trono, á entrambos lados, habia una línea de almohadones carmesies con rapacejos dorados, y á una puertecilla dorada como el retablo de un altar, situada á la derecha del dosel, habia otros dos donceles de guarda. Por lo demas ni una sola persona habia de la parte de adentro de la barra, ni en las sillas ni en los almohadones. Cúmplenos, sin embargo, decir que las dos sillas mas altas correspondian al rey y á la reina y las dos mas pequeñas, al infante don Alonso la de la derecha y á la infanta doña Isabel la de la izquierda, lo que representaba el derecho que tenian de silla y cortina, esto es, de asiento bajo los pabellones del trono, los infantes de Castilla. Del mismo modo los almohadones colocados á los pies del dosel, destinados á las damas de la servidumbre de la reina, estaban vacios.

Era una noche de fiesta en la apariencia, y de intriga política en el fondo, y por lo tanto nadie pensaba en otra cosa que, en divertirse los que pertenecen á esa clase de gente que no ve dos dedos mas allá de sus narices, y en observar y conspirar los que siempre se agitan, los que no pueden vivir sin turbulencias, porque de ellas esperan el logro de su ambicion, y que por lo tanto solo ven conspiraciones.

Que aquella noche no se engañaba esta clase de gente, lo demues-

tran los sordos preparativos que hemos visto operarse en los subterráneos del alcázar.

Los menos esperimentados hubieran conocido que se trataba de algo, al ver el aspecto de cuidado mal encubierto, que mostraban don Juan Pacheco, marqués de Villena, y su hermano el maestre de Calatrava don Pedro Giron; el arzobispo de Toledo don Alonso Carrillo, mas viejo que ellos y, por consecuencia, mas prudente, disimulaba de una manera completa, y hablaba familiarmente con el rey de asuntos indiferentes.

Ya que hemos nombrado al señor don Enrique el cuarto, principal personaje de nuestra historia, nos parece conveniente hacer su retrato.

Era un hombre de treinta y seis años, de espresion vulgar, recelosa, innoble, aunque profundamente intencionada: podria habérsele llamado hermoso, sin el defecto de sus narices achatadas, deprimidas, no por naturaleza, sino por una fuerte caida en su infancia, y sin la espresion torpe, sensual, degradada por los vicios, de sus grandes ojos zarcos. La mirada de estos ojos repugnaba ademas por su cinismo, y causaba desprecio por su irresolucion y su continua y recelosa movilidad: era el rey de alta estatura, largo de piernas, de miembros fuertes y robustos, pero tenia poca nobleza: parecia un jayan disfrazado de caballero; era muy aficionado á la caza, y mas á la música; en sus costumbres era indolente, gloton, y era de estrañar que en medio de sus vicios y de sus desórdenes, no se contase la embriaguez: jamás bebia mas que agua; pero si no reconocia la embriaguez del vino, le dominaba otra embriaguez mayor: la de la sensualidad: á la vista de una muger hermosa, y sobre todo de formas turgentes y robustas, la mirada del rey se inflamaba, temblaba su boca, se entreabria, y en sus lábios trémulos aparecia una ligera espuma: era, entonces, una fiera carnívora y hambrienta que olfatea una presa; acostumbrado desde su primera juventud á la férula, por decirlo asi, del señor marqués de Villena, que era con él mas déspota y menos respetuoso que lo fue nunca don Alvaro de Luna con don Juan el Segundo, su padre, se habia hecho débil, y y esta debilidad, haciéndole vacilar, lo ponia de parte de la influencia mas poderosa ó mas próxima. A vueltas de todo esto, era cruel, con la crueldad de los cobardes: y si en su tiempo no se ensangrentaron los patíbulos con nobles víctimas, consistia en que la edad media tocaba á su fin, y por lo tanto se habia dulcificado mucho su carácter, tan bravío y salvaje en los tiempos del rey don Pedro·

El reinado de Enrique IV fue ni mas ni menos un reinado de transicion, el prólogo, verdaderamente dicho, del de doña Isabel la Católica, en el cual nació y empezó á desarrollarse la civilizacion presente. Continuando con la descripcion de Enrique IV, tenia algunas cualidades que, recomendables en otra ocasion, fueron tan perjudiciales como sus vicios, en el estado en que se encontró el reino durante su reinado. Nos referimos á su prodigalidad: siempre que habia dinero á las manos, lo repartia gentilmente entre sus servidores y allegados, y esta prodigalidad, dejándole necesitado, le hacia incurrir en el estremo de codiciar lo ageno y de gravar á los pueblos con tributos para poder satisfacer su prodigalidad: jamás echaba en cara las mercedes que hacia, hasta el punto que parecia haberse olvidado de ellas, pero jamás olvidaba los servicios que se le hacian, que segun el dicho de Mariana, solia pagar con mas presteza que si fuera dinero prestado. En general su conversacion, cuando no estaba escitado por pasion alguna, era afable y cortés, trocándose en procaz y descomedida, y aun grosera é inconveniente cuando se encontraba escitado. Esta ambigüedad de carácter, esta debilidad, esta mezcla de vicios y de virtudes, indisculpables los unos, mal aplicados las otras, dieron ocasion á que su reinado fuese uno de los mas turbulentos y miserables de Castilla. Faltóle, en fin, como dice oportunísimamente Mariana, la prudencia y la maña, bien asi para gobernar á sus vasallos en paz, como para sosegar los alborotos que mas adelante se levantaron.

Como hemos dicho, el rey hablaba de una menera indiferente con el arzobispo de Toledo, entregándose, al parecer enteramente, á una conversacion de caza; pero en realidad sus ojos no perdian de vista, ni dejaban de seguir cuatro grupos, uno de los cuales bailaba, mientras los demas giraban paseando en la estensa cámara.

Describiremos primero el grupo que bailaba, por una razon de categoría: componíanle la reina doña Juana de Portugal, muger de Enrique IV, y don Beltran de la Cueva su favorito.

La reina era una dama de gran belleza y jóven, puesto que apenas llegaba á los veinte y ocho años, era blanca y levemente sonrosada con magníficos y brillantes cabellos dorados, que se agrupaban en trenzas al rededor de su cabeza, como sosteniendo una diadema de oro y piedras preciosas que asomaba sobre ellos; su frente, pura y tersa parecia nublada por un pesar recóndito, y sus magníficos ojos, de color azul de cielo con pupilas negras, representaban una pasion ardiente, contrariada, sujeta á un sufrimiento profundo; su boca pur-

púrea, fresca, bellísima, estaba un tanto marcada con la espresion de sufrimiento que se notaba en sus ojos, y su cabeza, mas bien que la altivez de una reina, representaba el desaliento de una víctima: el exagerado descote de su justillo de brocado dejaba ver un cuello voluptuoso, mórbido, en el cual se veia circular la sangre á través de la trasparente tez, unos hombros redondos de deslumbrante blancura, y la parte superior de un turgente seno: Los brazos eran contornados, con la pureza de la estatuaria griega, y sus manos, de dedos un poco largos, manos gruesecitas con hoyitos en el nacimiento de los dedos, blancas y tersas, verdaderas manos de dama, y de dama hermosa, eran encantadoras. Su talle redondo, vibrante, esbelto, hacia destacarse de una manera elegantísima la ancha falda de brocado que flotaba á compás de la danza y dejaba ver un pie fabuloso por lo pequeño y por lo bello, encerrado en un zapato blanco, y á veces parte de una pierna admirable. Era de notar que el brocado de la reina era de un color azul claro, que llevaba de los hombros lazos azules, y que el roseton del centro de un pesado collar de diamantes, que se agitaba sobre su seno, era de piedras azules.

La reina se apoyaba con indolencia en el brazo de Beltran de la Cueva, y habia ocasiones de que se rozaban casi sus mejillas, se confundian sus alientos, y se mezclaban sus cabellos.

Beltran de la Cueva era un hermoso caballero de treinta años: tenia los cabellos y los ojos negros, la frente ancha y altiva, la mirada profunda, aunque envuelta en ella una ligera nube de desaliento; la boca de formas puras, pero desdeñosa; la estatura aventajada, el cuerpo noble sobre todo: en la manera de llevar su rico traje, compuesto de un sayo corto á la francesa, de brocado azul de plata, orlado de martas; de unas calzas atacadas de grana y de unos borceguíes bordados de aljofar y tambien azules, amen de la riquísima limosnera azul tambien, y del cinturon blanco bordado de piedras de que pendia un estoque de corte con empuñadura de oro, en la manera de llevar estas ropas, repetimos, en ese no sé qué distinguido que se adquiere en la cuna y que constituyendo nuestras maneras, viene á ser un distintivo especial, que todo el dinero del mundo no puede dar al que no le tiene, del mismo modo que nobles ropas y ricas alhajas. Comprendíase que don Beltran de la Cueva habia nacido noble y muy noble, y que el favor solo habia podido darle un puesto y unas riquezas que acaso le habia negado la fortuna.

El otro grupo en que don Enrique posaba los ojos se componia de dos jóvenes de distinto sexo, de una dama hermosísima y de un ca-

ballero como de cincuenta años. Los dos jóvenes eran la infanta doña Isabel y su hermano don Alonso, la dama doña Mencia de Padilla, y el caballero don Juan Pacheco, marqués de Villena.

La infanta tenia ya catorce años, y era una hermosísima doncella; sus formas juveniles y virginales tenian ya el desarrollo de la muger, y con muchos de los rasgos de la enérgica hermosura de su madre doña Isabel de Portugal, habia heredado el leve tinte de dulzura y de melancolia de su padre don Juan el Segundo. Habia tal espresion de sufrimiento y de languidez en el hechicero semblante de aquella niña, que se concebia bien que habia sido criada entre grandes privaciones, y bajo el influjo de la desgracia. Y como la desgracia rara vez pasa por las organizaciones, sin robustecerlas, sin darlas esa firmeza y ese valor incontrastables que son tan necesarios á los que han nacido para sostener una corona, la mirada de los dulces ojos de la infanta, era serena, noble, sin altivez, fija, sin dureza, incontrastable, sin despotismo. Parecia que doña Isabel presentia su destino de reina, y en efecto, ya fuese que la infanta doña Juana, hija de Enrique IV y de su esposa la reina doña Juana de Portugal, á quien ya se llamaba la Beltraneja por los ostensibles amores de su madre con Beltran de Cueva, y por la reconocida impotencia del rey fuese escluida ya, que esta infanta muriese y no tuviese hermanos, y á esto se añadia la muerte del infante don Alonso; ya fuese que la infanta doña Isabel casase con alguno de los régios pretendientes que ya la habian pedido en matrimonio á su hermano el rey don Enrique, doña Isabel estaba destinada á ser reina, y para los que veian claro en el estado de Castilla, la infanta era la heredera presunta, en cuyo favor, tratándose de la corona de Castilla, estaban, no solo las probabilidades, sino tambien las intrigas de un partido poderoso que se apoyaba en la influencia del rey de Aragon y de Navarra; partido representado en Castilla por el almirante don Alonso Enriquez, hermano del rey de Navarra.

Por mas que la infanta doña Isabel rechazase con su grandeza de alma estas intrigas: por mas que se negase á tomar parte en ellas, las conocia: sabia el valor que se daba á su mano, y esto, de una manera precisa, hacia que, sobreponiéndose á su juventud, demostrase aquella profunda gravedad, aquel rígido decoro, aquella firmeza de carácter, que mas adelante fueron los rasgos mas notables de la grande doña Isabel la Católica.

A las ventajas de su posicion unia los encantos de su belleza y la mágia de sus virtudes. No podia llamársela una hermosura estre-

mada, pero la nobleza de su semblante, de sus maneras, de su aspecto, en fin; el límpido brillo de sus ojos, en los que se trasparentaba un alma de ángel: la dulce y lánguida sonrisa de sus lábios: su vaporosa y leve palidez: su caballos rúbios, sedosos, brillantes, destacándose sobre una frente blanca, tersa, pura, magestuosa; sus megillas, levemente sonrosadas, frescas, con esa purísima frescura que se admira en los niños: la paz virginal de aquel semblante tan cándido y al par tan pensador: su cuello voluptuoso y su seno naciente, hacian de la infanta uno de esos seres ideales que nos fingimos en un sueño.

El infante don Alonso contaba doce años; era mas hermoso que su hermana, pero su hermana tenia algo del enérgico carácter de su visabuelo, el rey don Pedro el Cruel; notábase en la frente del niño la misma tristeza que en la de su hermana, porque, como ella, habia sufrido con su madre, la reina viuda doña Isabel, las privaciones, la humillacion, el destierro en Madrigal, á que habia sentenciado á aquella noble princesa y á sus hijos el innoble Enrique IV: podia decirse, á juzgar por lo sombrio de la tristeza de aquel pobre niño, que presentía la aureola de martirio que dentro de poco debia rodear su frente.

La dama que seguia inmediatamente á los infantes, que vagaban distraidos por la cámara, asidos del brazo, esa hermosísima dama que hemos citado, era doña Mencía de Padilla, esposa del capitan Hernando de Carrillo y camarera mayor de la infanta doña Isabel.

Esta dama, como hemos dicho, era una magnífica hermosura, magestuosa, grave, pálida, pensativa, pasada ya de la juventud no por los años que apenas llegarian á treinta y ocho, sino por las penas de que parecia haber cogido una larga cosecha: sin embargo, se encontraba como estacionada en ese periodo en que la muger, reconcentrados los afectos, se hace incitante, irresistible, y recibe los homenajes que se tributan á una hermosura magestuosa que parece desarrollarse, dilatarse, crecer, un momento antes de empezar á estinguirse; cuando la mirada ha adquirido la profundidad de la esperiencia, cuando la vida crece y las pasiones se fijan y se desarrollan. Aquella muger imponia á primera vista un respeto profundo por su espresion altiva, incontrastable dominadora, y unos deseos voraces por lo magnífico é incitante de su hermosura.

No era esta hermosura la de una dama bella, delicada, suspirante que se hace admirar y desear por la esbeltez de las formas, por lo lánguido de la mirada, por lo flexible del talle, que las hace seme-

jantes á una flor que se balancea al mas leve soplo de las auras: Doña Mencía de Padilla era, por el contrario, una hermosura vigorosa, fuerte, si se nos permite esta frase; un verdadero trasunto de la matrona romana, con la hermosura correcta y mórvida de la Niobe griega; una de esas mugeres en quienes el color densamente pálido, el brillo de la tez, de una blancura deslumbrante, en contraposicion de unos admirables y abundantes cabellos y de unos ojos de inapreciable forma y espresion, negros en toda la intensidad á que puede llegar el negro; en la inflexion del cuello que parece destinado á provocar la voluptuosidad y el deleite; en la redondez de los hombros; en lo relevante del seno; en sus manos, en su talle, en su apostura, en su andar, en fin, representan unas formas, unas maneras, un efecto, un todo, en que hay exuberancia, sobra de vida, pasiones volcánicas, deseos contrariados: mugeres que parecen ángeles caidos, destinados á sufrir un tormento sin fin, y á hacerlo sufrir á los demas.

Al ver á doña Mencía de Padilla, se comprendia que su esposo Hernando de Carrillo estuviese desesperado por no poseerla, y enamorado hasta el punto de ser en manos de ella un maniquí, una cosa, un instrumento enteramente sujeto á su voluntad.

El caballero que, escoltando, por decirlo asi, á los infantes don Alonso y doña Isabel, acompañaba á doña Mencía, don Juan Pachecho, en fin, marqués de Villena, era un hombre como de unos sesenta años, de semblante astuto, pálido, solapado, de gran movilidad, y en el que se veian marcadas una soberbia y una posicion hijas del onnímodo ascendiente que habia ejercido durante muchos años sobre el rey don Enrique, aun en los tiempos en que era príncipe. Don Juan Pacheco fué para don Enrique lo que habia sido para su padre don Alvaro de Luna. El le habia inspirado sus rebeldías, él le habia casado, él habia puesto á su servicio á Beltran de la Cueba, él, en fin, se habia visto destronado por el nuevo favorito, y se habia vuelto contra el rey, poniéndose al lado del almirante don Alonso Henriquez, y protegiendo las miras ambiciosas del rey de Aragon; pero esto de una manera convencional, puesto que don Juan Pacheco solo queria al almirante como se quiere una escala, que despues de haber subido á una altura de la cual no se cree bajar y á la cual no se quiere que suban otros, se inutiliza.

Poseia en un grado admirable la intriga, y se habia unido por simpatía y por necesidad con doña Mencía que era la muger de mas talento y mas intrigante de la córte. Doña Mencía, aunque por distinto motivo que el marqués, estaba interesada en que la infanta

doña Juana la Beltraneja, no llegase á ser reina de Castilla, ni que lo fuese un hijo varon que pudiese tener la reina, y se habia unido con toda su alma al bando del almirante, esto es, al bando de Aragon.

Don Juan Pacheco trataba, pues, á doña Mencía con gran deferencia: la consultaba, se ponia en contacto con ella, y no ponia en juego ninguna intriga sin contar antes con el apoyo de doña Mencía. Eran, en fin, dos fuerzas formidables que unidas eran invencibles, y que puestas en lucha se hubieran destruido mútuamente.

Pasando del carácter al físico del marqués, era un hombre orgulloso, tieso, sutil y flexible cuando era preciso, de semblante largo, y pálido, cabellos grises, barba negra, en que ya se veian algunas canas, ojos enormes, pardos redondos, en los cuales no podia leerse otra cosa que un profundo disimulo, sin que se llegase á comprender lo que tras aquel disimulo se ocultaba: la espresion del semblante del marqués, aparte de estos rasgos característicos, lo aventajado y membrudo de su estatura, cierto no sé qué de salvaje y primitivo, junto con una exajerada altivez de raza, hacian de él uno de esos señores cuyo tipo solo se encuentra en las tablas y en las estátuas de la edad media, en los que lo primero que se comprende es una ferocidad bravía y una fuerza de voluntad sin límites. Sin embargo, su larga esperiencia, su costumbre de manejar nobles tan díscolos y rebeldes como él, le habian dado una cualidad inapreciable, la de dominarse y saber encubrir sus deseos y sus afectos, cuando era preciso. Alcanzaba poder sobre sí mismo hasta el punto de dulcificar su mirada, su palabra, sus maneras y aparecer cortesano y dulce, cualidades que habia adquirido de su tio el arzobispo de Toledo don Alonso Carrillo: su influencia no habia tenido, merced á estas cualidades, rival para con el rey, y solo habia cedido á la doble influencia de la reina y de don Beltran de la Cueva. Sin embargo, le temian los bandos, le codiciaban, y en el consejo su palabra inclinaba la balanza y aun sabia hacerse vibrar en el corazon del rey.

El tercer grupo en que don Enrique fijaba de tiempo en tiempo su mirada con una espresion de recelo, le componian una dama y un caballero.

La dama podria contar como veinte y seis años y era notablemente hermosa, mas por el gracioso conjunto de su semblante, que por sus formas, que no pasaban de ser simpáticas. Tenia hermosos cabellos castaños peinados con gran arte, frente pequeña pero bella, negras y arqueadas cejas, ojos negros que se reian, punzaban ó in-

sultaban segun su espresion, boca pequeña, rosada con hermosísimos dientes, que dejaba ver continuamente, merced á una habitual y amabilísima sonrisa: megillas dulcemente mórbidas con dos hoyitos en las estremidades de la boca, hoyitos que se admiraban en sus manos y que demostraban que estaba en un escelente estado de desarrollo: era alta, esbelta, con un cuello de paloma y un talle de sílfide, y su seno y sus hombros eran ponderados como dos bellezas de primer órden entre los libertinos de la córte.

Esta dama, que estaba reconocida públicamente como manceba del rey, era doña Catalina de Sandoval.

El hombre que la acompañaba le conocemos ya: era el almirante don Alonso Henriquez, que, siguiendo su plan de intriga, habia dejado á doña Guiomar de Silva, dama presunta del rey, para dedicarse á doña Catalina, la dama poseedora.

El cuarto grupo se componia de otras dos personas que ya hemos descrito: de doña Guiomar de Silva y del señor Blasco do Campo Riveyra; estos dos personajes bailaban casi en pos de la reina y de Beltran de la Cueva.

Del mismo modo que el rey aparentando escuchar la conversasacion del arzobispo miraba de una manera encubierta y como por casualidad á estos grupos, cada uno de ellos se observaba mútuamente: cuatro de las personas que los componian, llevaban el adorno enteramente azul, á saber: la reina, doña Guiomar, doña Catalina, y don Beltran de la Cueva, á diferencia de doña Mencía que llevaba un sencillo, pero riquísimo traje negro, que hacia resaltar su blancura.

El mas profundo observador nada hubiera notado, en medio del bullicio del baile, respecto á aquellos cinco grupos, poniendo en cuenta al que formaban el rey y el arzobispo, y sin embargo, entre ellos se cruzaba un fuego contínuo de miradas reconcentradas, disimuladas, pero tras cada una de las cuales se ocultaba una pasion rugiente. Doña Catalina dividia su atencion entre la reina y doña Guiomar. Doña Guiomar lanzaba de tiempo en tiempo una mirada de desprecio y de triunfo á doña Catalina y otra de envidia á doña Mencía; doña Mencía palidecia de una manera nerviosa siempre que pasaba delante de sus ojos algo azul: la reina devoraba con una mirada de odio á doña Mencía cuando pasaba junto á ella, y adoptaba un altivo desden, una espresion de desprecio infinito al deslizarse junto á doña Guiomar ó doña Catalina: el rey miraba con terror al bando azul, temiendo un escándalo y con ansiedad á doña Mencía: últimamente,don Juan Pacheco, el arzobispo de Toledo, el almirante y Bel-

tran de la Cueva, no perdian uno solo de estos detalles, y todos se mostraban inquietos y disimulaban á duras penas la ansiedad que asomaba á sus semblantes.

Todo demostraba que aquellas personas estaban en el secreto de grandes acontecimientos, que los esperaban y que mútuamente se espiaban.

Cansados al fin los infantes de vagar por la cámara, se incorporaron al rey y al arzobispo de Toledo, á punto que la reina, cansada de bailar se acercaba tambien al grupo.

—¡Oh! ¡oh! dijo el rey: hé aqui mi familia que se acerca, arzobispo; en verdad, en verdad, que esto es estraño; solo habeis danzado un cuarto de hora, mi hermosa reina, cuando soleis no cansaros tan pronto; especialmente cuando danzais con don Beltran ¡Eh; duque! á la reina le acontece bailando contigo lo que á mí cuando jugamos á la pelota; nos rindes, nos destrozas; y eso que la reina en el danzar y yo en el jugar somos incansables.

—Su alteza se siente desvanecida, señor, las luces, el concurso...

—En verdad, señor, hay demasiada gente en esta cámara, dijo la reina.

—Demasiada, ¡eh! por mi cuenta sobran algunas personas: tenemos aqui á gentes que hace muchos años no se habian visto, sino en otra danza mas caliente, con trajes mas pesados, y al compás de otra música mas áspera. ¡Ah! ¡ah! ¡por San Lázaro! debemos darnos por satisfechos de que en nuestra *sala rica* no quepa nuestra corte; otras veces apenas se hubieran encontrado en ella cinco personas.

—En efecto, dijo el arzobispo de Toledo, hace un calor insoportable, á pesar de que nos encontramos en invierno, y su alteza esta pálida... sufre...

—Sí, sufro, dijo la reina lanzando una profunda mirada al arzobispo.... sufro y pido á vuestra alteza licencia para retirarme.

—¡Oh! ¡oh! y ahora empieza la noche como si dijéramos-.. y vos, mis buenos hermanos, ¿quereis tambien iros á acostar? añadió el rey volviéndose á los infantes.

—En Madrigal, señor... dijo la infanta.

—Si, si; en Madrigal, dijo el rey, os acostabais al tiempo que las gallinas... pero en la corte es distinto, mi buena hermana... y debeis acostumbraros á la corte... segun me piden vuestra mano poderosos príncipes, acaso no esté lejos el dia... sabe Dios para lo que os reserva el cielo.

—Para un gran destino sin duda, señora, dijo con intencion el arzobispo de Toledo.

—Ya lo ois, hermana mia, dijo con doble intencion el rey; por lo tanto es necesario que violenteis vuestras costumbres de aldeana y os quedeis.

—Nos quedaremos, señor.

—Si estais cansada, hermana mia, vuestro lugar está alli... en el trono... en la segunda grada, es verdad... ¿pero quién sabe si algun dia?.. Vamos, es necesario, necesario de todo punto, que os quedeis... los bandos se han reconciliado, están aqui reunidos, y es preciso no robarles la bella reina de la fiesta... porque esta fiesta, y tenedlo presente, hermana mia, aunque os hayais negado á danzar en ella... esta fiesta se ha hecho para vos.

—Es, señor, que yo no sé danzar...

—Pues es preciso que sepais... en la corte todos danzan... danza la reina, danzo yo, danza mi buen duque de Alburquerque, don Beltran de la Cueva, danza don Juan Pacheco, el maestre de Calatrava danza, y el almirante no se descuida... hasta mi buen amigo el arzobispo de Toledo danza tambien y vuestra camarera mayor doña Mencía...

—Es, señor, que yo hace mucho tiempo que danzo sola, dijo con intencion doña Mencía.

—Pero cuando vos danzais, señora, se arma una buena danza en que todos danzamos... en fin, hermana mia, aprended á danzar y á danzar bien, porque si no danzais, hareis una muy mala figura en una corte tan danzadora.

—Si vuestra alteza se empeña... dijo cándidamente doña Isabel.

—¡Oh! sin que yo me empeñe, ya os harán danzar, hermanos mios, y pienso que no pasará de esta noche... asi es necesario que os quedeis; en cuanto á vos, señora, creo en verdad que la danza debe fatigaros, rendiros... y luego ¿á qué pedirme vénia para retiraros? ¿no sabeis que para mí lo sois todo? ¿qué vos mandais y que yo obedezco?

—¡Ah, señor! creo que otros pretenderán dominaros mas que vuestra esposa·

—¡Dominarme! ¡eh! ¡con que quieren dominarme! y bien, no importa, ¡que prueben! ¡dominarme! ¡oh! todos creen que me dominan y no conocen que me dejo dominar.

—El rey sabe algo, dijo rápidamente al oido don Juan Pacheco á doña Mencía, aprovechando el momento en que don Enrique se despedia de su esposa.

—El rey tiene miedo de vernos juntos, murmuró rápidamente el marqués.

—Que Dios os guarde, señora, dijo el rey, y aprovechando de un momento en que aparentaba distraccion el arzobispo, el marqués y doña Mencía, murmuró rápidamente á su oido: no confieis: velad: tambien vela tu Beltran, y ve á verme cuando se acabe el sarao.

Despues de esto la reina se alejó, y al llegar á sus damas dijo á Beltran de la Cueva.

—Tengo una horrible ansiedad.

—Ansiedad, ¿y por qué?

—¿Por qué? no sé... un presentimiento terrible... creo que esta noche nos va á acontecer una desdicha.

—¡Una desdicha!

—Sí.

—¿Pero cómo..? los bandos se han reconciliado.

—Los creo ahora mas enemigos que nunca.

—¿Y qué importa? ¿acaso no tenemos oro y lanzas?

—El golpe vendrá de mas alto.

—¿De mas alto?

—El golpe está asestado á la cabeza de nuestra hija.

—¡Ah!

—¡Y esa doña Mencía!

Se estremeció Beltran de la Cueva.

—¡Oh! ¡la amas! ¡la amas todavia! esclamó celosa la reina, notando aquel estremecimiento.

—¡Juana! ¡Juana mia; por Dios, mira que estamos delante de la corte.

—¿Y qué me importa la corte? ¿no saben todos que soy tu querida?.. ¿todos, hasta el mismo rey?

—¡Oh! los celos te hacen decir locuras.

—¡Celos! ¡sí tengo celos! las mugeres azules... doña Guiomar... doña Catalina.

—¿Qué hablais de doña Guiomar, señora? dijo una de las damas de la reina, que habia oido aquella palabra pronunciada de una manera inconveniente.

—¿Quién se atreve á preguntar á su reina? esclamó doña Juana volviéndose con una majestad y un desden indescribibles al escuchar el acento de doña Guiomar, que al retirarse la reina habia dejado al almirante.

—Ha pronunciado mi nombre vuestra alteza, y creí que me llamaba;

dijo con una insolencia y un descaro inaudito doña Guiomar.

—Os habeis engañado: no sois vos la Guiomar que yo nombraba, aunque os pareceis mucho á ella: hablábamos, ya que es necesario daros cuenta de lo que habla la reina, de cierta ramera ennoblecida, que hace un vergonzoso comercio de su hermosura.

—Sin duda, dijo doña Guiomar trémula y pálida de cólera, esa dama ha aprendido á ser ramera y miserable de su señora.

La reina no contestó: palideció, tembló, sus ojos se inyectaron en sangre, y olvidándose de su posicion, de su dignidad, del lugar en que se encontraba, no escuchando mas que sus palabras de mujer, adelantó trémula hácia doña Guiomar y la dió una bofetada en el rostro. (1)

Doña Guiomar tembló, palideció, miró sombriamente á la reina y la dijo:

—Juro á Dios, doña Juana, que vuestra indignidad me obliga á hacer lo que no he hecho hasta ahora, y que os ha de pesar de ello.

—¡Salid! dijo la reina con indignacion.

—¡Quedaos! dijo el rey que á la sazon se acercaba con los infantes, y que habia podido ver aquel hecho.

—¡Ciertamente que no me quedaré, señor, despues de lo que ha acontecido! dijo doña Guiomar.

—Sin duda la reina, dijo don Enrique, no sabe lo que ha hecho... sin duda la pesa ya de ello.... por lo tanto, la reina os manda que continueis en su servidumbre.

—Sí, quedaos, quedaos .. la reina se ha engañado: dijo doña Juana con una inmensa espresion de amargura; la reina no sabia lo que que érais, ni cuánto valíais. Y luego con un inmenso arranque de dignidad y de venganza, añadió dirigiéndose á Beltran de la Cueva: se-

(1) Por mas escandaloso é impropio de una reina y aun de una dama que parezca este hecho, no es de nuestra invencion: consígnalo en su *Historia general de España*, lib. XXII, capítulo XX, el docto Juan de Mariana en este periodo: *Llegaron á malas palabras y riñas* (la reina y doña Guiomar); *dijéronse baldones y afrentas, sin que ninguna de ellas pensase nada de la casa; llegó el negocio á que la reina un dia puso las manos con cierta ocasion en la dama, y la mesó malamente, cosa que el rey sintió mucho, y hizo demostracion de ello.* Sigue estendiéndose Mariana en la relacion de las torpezas de la casa real, en el escándalo que se daba á la córte y al pueblo con ellas, y toma asunto de ello para justificar las hablillas que corrian acerca de la legitimidad de la infanta doña Juana, que se creia hija de la reina y de don Beltran de la Cueva, y á la que, por esta razon, se llamaba ya entonces y se llamó despues la Beltraneja.

guidme duque, y acompañadme hasta mi cámara; os tomo por mi caballero.

Beltran miró al rey irresoluto.

—Sí, sí: dijo don Enrique: acompañad á la reina, duque, acompañadla: su alteza no podia haber hecho mejor eleccion.

La reina, rodeada de sus damas y seguida de Beltran de la Cueva, desapareció por la puertecilla dorada situada á la derecha del trono; los infantes, asombrados de lo que habian visto, se sentaron en su silla, y don Enrique se dirigió á doña Guiomar, que habia quedado sola en el estrado, mientras doña Mencía y el marqués tomaban asiento detras de la servidumbre de los infantes.

—¡Ah! ¡ah! dijo el rey á doña Guiomar: de seguro habreis cometido alguna imprudencia: ¡muger al fin! quien tiene la desgracia de encontrarse entre mugeres, puede tener por segura una desdicha á cada paso.

—La reina me ha provocado; dijo doña Guiomar.

—La reina está celosa de vos.

—¿Celosa de mí?

—Sí por cierto; venís azul como un cielo.

—Yo creia que este color os agradaba.

—¿Que si me agrada?... sí, ciertamente, me agrada mucho... muchísimo.... por lo tanto, ¿cómo quereis que la reina no tenga celos de vos?

—Ved, señor, que todo el mundo nos mira.

—Que nos miren, ¡voto á!... ¿qué, no puedo yo hablar ya en público con las damas de mi córte?

—Pero reparad en que quienes nos miran son el almirante, doña Mencia, el marqués de Villena y, sobre todo, doña Catalina de Sandoval.

—¡Ah! ¡otra muger azul! dijo con alguna confusion el rey.

—Otra muger celosa á quien hareis bien en no mortificar.

—Concluyamos: esclamó el rey devorando las prominentes y medio desnudas bellezas de doña Guiomar; estamos hablando con trabajo, cuando sabemos muy bien á qué atenernos; la córte os cree mi querida.

—La córte se engaña.

—Me importa muy poco que la córte se engañe ó nó: pero lo que me importa mucho, es el horrible padecimiento á que me teneis condenado.

—¡Padecimientos vos! esclamó riendo doña Guiomar: ¿podeis vos padecer por alguien?

—Padezco por vos.

—¡Cómo os hace padecer todo deseo contrariado!

—No, no: os engañais; siento por vos lo que por ninguna he sentido: estoy enamorado y celoso.

—Yo tambien estoy celosa.

—¡Oh! ¡ya lo sé! pero vuestros celos son por la reina.

—¿Y qué me importa la reina? quien me tiene horriblemente celosa, es aquella muger.

Y con un descaro infinito señaló con el dedo á doña Catalina de Sandoval, que sin atender mas que de una manera violenta al almirante, que estaba sentado junto á ella, fijaba una mirada ansiosa en el grupo compuesto por el rey y por doña Guiomar.

—¡Ah! ¡ah! ¡doña Catalina os hace sentir celos! es verdad: doña Catalina tambien está vestida de azul... color que os agrada, ¿no es cierto?

—No, no ciertamente: los colores que me agradan son los colores reales de Castilla: esto es, como os he dicho, el rojo y el amarillo: por cierto que esta mañana os envié un magnífico vestido de damasco rojo bordado de oro.

—Y ved ahí, señor, yo preferí el azul.

—Como le prefiere doña Juana de Portugal, como le escoje doña Catalina de Sandoval: como le elegís vos, porque todas estais enamoradas de don Beltran de la Cueva.

—¡Enamoradas!

—Sí, vive Dios, y sin contar con vosotras, hay otra dama que si no viste azul, viste negro, color sombrío y amenazador, que en las circunstancias en que se encuentra, es muy significativo. ¡Oh! ¡oh! el señor Beltran de la Cueva es un hombre muy dichoso, ó muy desdichado. Todas le aman... y aun yo mismo le amo, á pesar de que me gana al juego de pelota y al juego de damas: ¡oh! decididamente: don Beltran de la Cueva es un hombre que sabe hacerse amar.

—Pues os juro que es un hombre cuya altivez me ofende.

—¿Y por qué vestís sus colores?

—Ya os lo he dicho, porque creí que os agradaban.

—¿Sabeis doña Guiomar que esta es la primera vez que os mostrais humana conmigo?

—Eso consiste, señor, en que el desden, como todo, tiene su término.

—¡Ah! y el término de vuestro desden ha sido una bofetada.

Doña Guiomar, palideció de cólera, al recordar el insulto de la

reina, pero contestó sin vacilar.

—En efecto, señor, porque esa bofetada me ha demostrado cuanto me amais.

—Pues no, no entiendo, dijo el rey, que queria que doña Guiomar se esplicase enteramente.

—Nada mas fácil de entender, señor; por mí habeis humillado á vuestra esposa.

—¡Humillado! ¡humillado! esclamó el rey: en verdad, en verdad, debiais haber buscado para espresaros otra palabra menos dura.

—Que no hubiera espresado bien la verdad.

—Es cierto, doña Guiomar, es cierto; por vos he humillado á la reina, y por vos humillaria á todas las reinas del mundo, delante de todas las cortes del mundo reunidas: no sabeis cuanto os amo: desde que os ví guardé en mi corazon vuestra hermosísima imágen; sueño con vos, vivo con vuestro recuerdo, y todo esto á pesar de que me habeis venido por mala parte....

—Por mala parte, señor.

—Sí porque para mí la peor parte de mi corte es la que está ocupada por el almirante don Alonso Enriquez; ese hombre se ha empeñado en hacer su negocio promoviendo escándalos, en que yo pago la costa: y no se me oculta la intencion, no, vive Dios: yo conozco á donde van á parar las ambiciones de los reyes de Navarra... por lo mismo cuando don Alonso Enriquez os presentó en la corte, pensé que se trataba de una hermosa aventurera...

—Teneis pensamientos indignos, señor, esclamó doña Guiomar afectando una vergüenza que no sentia: yo no sé cómo se os puede amar... ya se ve... solo estais acostumbrado á enamorar rameras.

—Perdonad, perdonad, doña Guiomar: indudablemente pensé muy mal de vos, y me arrepiento de ello: ya sé, ya sé que sois una honrada doncella, lo que me contraría en sumo grado, porque en fin.....

—Que os contraría, señor, no os comprendo.

—Pues debeis comprenderme; yo preferiria que fueseis una honrada viuda.

—Repito que no os comprendo, señor.

—Mi mayordomo Cáceres, á quien os suplico trateis con gran confianza, os hará comprender: entre tanto hay una cosa que debeis comprender perfectamente, merced á la bofetada de la reina... esta es que os amo como un loco.

—Pues mirad: aun me falta otra prueba.

—¿Cuál?

—Es necesario que me honreis de una manera decidida esta misma noche.

—¿Y qué honra puedo haceros?

—Danzar conmigo; decirme palabras de amor al pasar junto á doña Catalina de modo que pueda entenderlas.

—¿Y qué os importa doña Catalina de Sandoval?

—Toda la corte sabe que es vuestra querida... pues bien, tratadme de tal modo delante de la corte, en presencia de esa muger, que todos comprendan que doña Catalina ha caido de vuestra gracia.

—¡Ah! ¡ah! dijo para sí el rey: doña Guiomar me exige demasiado; pero no importa; ya encontraremos el medio de satisfacer despues á doña Catalina.

—¿Dudais, señor? dijo doña Guiomar.

—¿Qué es dudar? ¿he vacilado un momento de humillar por vos á la reina?

—Es que la reina es vuestra esposa, y doña Catalina vuestra amante: es que la reina no tiene en su ayuda gentes tan poderosas como doña Catalina á quien protege el conde de Castro su tio, y todos los nobles amigos del conde de Castro; ni yo, señor, tengo arrimo ninguno, si no es que quereis tener por tal á mi anciana tia la marquesa do Ouro que me ha traido de Portugal.

—¿Y qué mas apoyo quereis que el rey? ¿ acaso hay alguien mas poderoso que yo en Castilla?

—¡Oh! si yo no os amase, no serian ciertamente vuestro poder ni vuestras riquezas las que me arrojarian á vuestros brazos: vos, señor, no teneis mas poder que el que os dan los bandos, cuando conviene á sus intereses.

—De todo lo que acabais de decir, solo he entendido bien una frase.

—¿Cuál?

—Que me amais.

—¿Y qué os importa que yo os ame?

—Me importa la vida.

—Os importa nada.

—¡Ah! ¡ah! eso es blasfemar de mi amor.

—¡De vuestro amor! ¡de vuestro amor! de un amor que, si ha sido bastante para que me sobrepongais á vuestra esposa, á quien nunca habeis amado, desaparece cuando es necesario que ofendais á una querida de que estais locamente enamorado.

—¡Oh! ¡no! ¡no! y voy á probároslo al momento: oid, la música

empieza á tocar en este momento unas folías que yo mismo he compuesto..... pues bien, doña Guiomar, en baile, en baile con el rey.

Y tomando á doña Guiomar de la mano, y dándola la derecha, salió con ella por la barra del estrado real, con gran admiracion de la corte que veia levantarse una nueva favorita.

—Ya lo veis, dijo el almirante á doña Catalina de Sandoval que temblaba de cólera; el rey os desprecia.

—¡Ay del rey! esclamó con acento lúgubre doña Catalina.

—Os dejo, señora, entregada á vos misma, seguro de que vos, en vista de lo que sucede, os convencereis mejor que pudieran hacerlo todas mis palabras, dijo levantándose el almirante: vamos, conozco que estoy haciendo un mal tercio á cierto enamorado, que no hace mas que pasar y miraros y suspirar.

—Pues en cuanto al rey os engañais, señor almirante, dijo con orgullo doña Catalina: estoy cansada, fastidiada, avergonzada de él: es el hombre mas miserable y hediondo que conozco, y en vez de irritarme la preferencia decidida que da á doña Guiomar, me alegro de ello con toda mi alma... es un motivo escelente para romper con él.

—Por el contrario, debeis pensar en vengaros.

—¡En vengarme!

—Meditad bien lo que os he propuesto, aceptad y os vengais.

Y el almirante, creyendo que para que tuviese buen resultado su intriga debia dejar entregada á doña Catalina á la influencia de la situacion, se alejó sin añadir una sola palabra.

En aquel momento doña Guiomar apoyada lánguidamente en el rey, casi abandonada entre sus brazos, pasó rozando con doña Catalina, y dijo de modo que esta pudiese oirlo, aunque con acento cobarde:

—¡Ah, señora! ¡qué hermosa sois! hasta que os he conocido no he sabido lo que era amor.

Y la pareja pasó rápidamente.

—¡Oh! me insulta, me provoca, esclamó trémula de rabia doña Catalina.

—¡Oh, y cuán feliz me hariais, hermosísima señora, dijo en aquel momento casi á su oido una voz trémula por la emocion, si os dignáseis, arrojaros en mis brazos!

Doña Catalina se volvió á mirar á quien asi la hablaba. Era el señor Blasco do Campo Riveyra.

—¿Por quién me tomais, caballero? dijo con una fria reserva doña Catalina.

—Os tomo, aunque no os conozco, por la dama mas hermosa, mas noble, y mas pura de cuantas he visto hasta ahora.

—¿Qué no me conoceis? dijo con estrañeza doña Catalina.

—Por mas que debais ser muy conocida y lo seais en la corte de Castilla, por vuestra hermosura, por vuestra discrecion y por vuestra nobleza, no debeis estrañar que no os conozca, porque esta misma noche he llegado y no conozco á nadie.

—¿Y sin conocer á nadie habeis tenido entrada en una fiesta real? pero.... recuerdo haberos visto hablando con alguien.

—¡Oh, señora! ¿he tenido la felicidad de que hayais reparado en mí?

—Solo he dicho que os he visto: y aunque hubiera reparado.... muchas veces reparamos en una persona, no por ella misma, sino por la persona que la acompaña.

—¡Ah! es verdad: ahora recuerdo que he paseado algun tiempo con doña Guiomar de Silva; lo habia olvidado.

—¿Que habeis olvidado algunos momentos pasados junto á una dama tan hermosa como doña Guiomar?

—¡Oh! nada tiene de estraño: no es para mí una novedad hablar con ella.

—¡Cómo! ¿la conoceis?

—¡Mucho! ¡muchísimo! ¡del mismo modo que conozco á su singularísima tia la vieja marquesa do Ouro! Ellas, viéndome aburrido, me han procurado asistir á esta fiesta.

—Paseemos, caballero, dijo doña Catalina asiéndose al brazo del señor Blasco do Campo Riveyra.

—Hablemos, y dispensadme si os he tratado con alguna dureza: en la córte hay mucho pelgar ennoblecido, y luego... la manera audaz con que os permitisteis hablarme....

—¡Audaz, señora, cuando el amor hacia temblar mi voz!

—¿Amor y solo me conoceis desde hace un momento?...

—Hace dos horas que os estoy contemplando; dos horas, que han sido para mí dos siglos de dudas, de temores, de ansiedad, porque en el momento en que os ví, sentí lo que nunca he sentido: una cosa inesplicable, un bienestar infinito, una alegria intensa: y junto á todo esto, una pena que me oprimia el corazon, una ansiedad cruel.... vos habeis sido para mí, desde el momento en que os ví, lo que el sol que rompe con sus purísimos y dorados rayos el denso nublado

de una tempestad: habeis iluminado mi alma, y me habeis hecho esclamar: hé aqui la muger de mis sueños; hé aqui el ángel de paz que Dios me envia; el iris de bonanza que me promete el consuelo de mis dolores, de mis recuerdos, de mi vida pasada entre angustias, sin amor, sin placeres...

—¿Cómo os llamais, caballero? le dijo sonriendo Doña Catalina, como sonrie una muger de mundo cuando no quiere pasar por cándida ante una improvisada declaracion de amor.

—Vuestro esclavo, señora, se llama Blasco do Campo Riveyra: hidalgo, vasallo de su alteza fidelísima el rey de Portugal, señor de vasallos y comendador de la órden de Avis.

—Pues, mi noble esclavo, me parece que habeis hecho tanto el amor en vuestra vida, que sabeis de memoria hasta la manera de conmoveros para enamorar á primera vista.

—Sois muy cruel, señora, y confiais muy poco en el poder de vuestros encantos.

—Sé por esperiencia, que soy una de esas mugeres que inspiran á primera vista deseos, y que parecen fáciles, porque se sonrien y miran de una manera igual á todo el mundo: es necesario que piense en corregirme para evitar estas equivocaciones.

—El primer paso del amor es el deseo: dijo el portugués.

—Pero el primer paso digno de un caballero, cuando tiene en algo á la dama que se los inspira, por violentos que puedan ser estos deseos, es el respeto.

—Yo sé demasiado que una muger que ya ha pasado de esa primera edad, en que se ignora todo, sabe á primera vista si es deseada; que al notarlo, juzga rápidamente si el hombre que tiene ante sí, es bastante para realizar sus deseos; y que, si pide respeto, es porque asi lo aconsejan las costumbres. Por lo tanto, yo que soy apasionado é impaciente; yo que sé que si un hombre ha de ser aceptado, no será rechazado por audaz, os he dicho al hablaros por primera vez: ¿os dignais arrojaros en mis brazos?

—Pero ¿para bailar?

—No, no ciertamente: he querido deciros, miradme: ved si valgo para vos lo bastante para aceptar mis amores: y si los aceptais, sed mi amante.

—Bailemos, caballero, bailemos: dijo doña Catalina arrojándose en sus brazos.

—¡Oh! pensó Blasco lanzándose con ella en el baile; creo que he hecho bien, para desempeñar mi encargo en Castilla, en dirigirme á

las mugeres y no á los hombres.

—¡Oh! es necesario tener cuidado con el señor Blasco, pensó á su vez doña Catalina; creo que en lo que menos piensa al enamorarme es en mi amor; pero ¡cuidadado, señor mio, cuidado! porque creo que tengo poder bastante para volveros loco.

Y doña Catalina destelló una incitante y elocuente mirada sobre la mirada del portugués, que por contestacion la lanzó una mirada audaz de conquistador, y estrechó su cintura mas de lo justo.

Doña Catalina se turbó, se enrogeció y tembló entre los brazos del aventurero.

—¡Oh! ¡qué hermosa eres y cuánto te amo! la dijo.

—Dejemos, dejemos de bailar: dijo doña Catalina, sobreponiéndose á la emocion pasagera que la habia causado la audacia y la hermosura del portugués.

—Como quieras, adorada mia: dijo el señor Blasco deteniéndose.

—¿Por qué me tuteais? dijo con dignidad doña Catalina.

—Porque nos comprendemos perfectamente, dijo el portugués: porque hemos nacido el uno para el otro.

—Tal vez os engañeis.

—Estoy seguro de que estás tan enamorada de mí, como yo de tí.

—¡Oh! esto es horrible, esclamó doña Catalina sonriéndose: esto es no conceder nada al decoro, al orgullo de una muger.

—Seamos francos, doña Catalina....

—¡Cómo! ¿me conoceis?

—Vaya si te conozco.... no he necesitado mas que preguntar tu nombre para saber que eres....

—¿Qué soy?...

—Sé que eres la famosa, la hermosísima, la irresistible doña Catalina de Sandoval, querida del rey de Castilla.

Doña Catalina se sonrojó; cortesana sin pudor, hubiera querido pasar por una dama noble y honrada á los ojos de un desconocido que, en pocos momentos de trato, habia conseguido agradarla mas de lo justo.

—En verdad, en verdad, que yo no habia creido que fueses tan hermosa, porque sé por esperiencia cuánto miente la fama, y crei que me veria obligado á hacer acaso un sacrificio.

—¿Un sacrificio penoso?

—Sí, pardiez: penoso, porque siempre lo es decir amores á una muger que no nos enamora.

—Esplicaos, esplicaos.

—Yo he sido enviado por el rey de Portugal para evitar amaños y malas artes, que pueden escluir de la sucesion al trono á la infanta doña Juana su sobrina, y deshonrar á su prima la reina de Castilla.

—¡Ah! ¿y veniais decididamente á encontrarme, á mentirme amores, á valeros de mí?

—Soy franco contigo, y lo soy porque con sorpresa mia me has enamorado.

—Dispensémonos de una farsa repugnante, caballero, y ya que de altos asuntos se trata, tratemos de ello en otro terreno.

—No, no, vive Dios; te hablo con el corazon: de otro modo nada te hubiera dicho del objeto de mi viaje á Castilla ... me hubiera limitado enteramente á un galanteo á todo trance; me hubiera dedicado á dominarte, á usar de tí... el rey de Portugal me dijo al partir para Castilla: vé, mi fiel Blasco; procura abrirte el corazon de la favorita del rey; apodérate por medio de ella de los secretos de la corte de Castilla: que ese sea tu punto de partida: no perdones gastos: sedúcela si te es posible; cómprala, si es nesario que doña Catalina sea tu punto de apoyo.

—Y con arreglo á eso habeis empezado haciéndome el amor, dijo con altivez doña Catalina.

—Te lo hubiera hecho siempre, aunque no mediasen estas circunstancias: es inútil que pensemos en retroceder: en una sola mirada nos hemos comprendido, nos hemos aceptado... y luego nuestra situacion es muy semejante.

—¡Semejante nuestra situacion!

—Sí por cierto: tú eres querida del rey.

Doña Catalina bajó los ojos y se ruborizó de nuevo, porque empezaba á amar y hubiera querido aparecer pura ante el hombre de su amor.

—Es verdad, dijo con voz trémula: mi vanidad y la ambicion de mis parientes me han hecho querida del rey. ¿Pero qué hay de semejante en nuestra posicion?

—Doña Guiomar, la nueva querida de su alteza es....

—¿Vuestra amante?

—Tu lo has dicho.

—¡Ah! y cuando ella se arroja, delante de toda la córte, entre los brazos del rey, ¿quereis pagarla los celos que os da con otros celos?

—No: quiero demostrarla que la desprecio.

—¡Y la habreis hablado como me habeis hablado á mí! la habreis dicho que es la luz de vuestra alma!

—La he tomado á mi paso, como se toma una flor hermosa y fresca arrojada sobre un camino público al alcance de la mano de todo el mundo.

—¿Y me habeis creido á mí una flor semejante?

—Creo, doña Catalina, que nosotros encontraremos en nuestra union un amor franco, profundo, sincero, satisfecho de sí mismo, y que podrá servirnos para engrandecernos.

—¿Y se puede amar con un amor noble y satisfecho á una muger manchada? esclamó con profundo sentimiento doña Catalina.

—Y ¿qué importa si esa muger no ha amado nunca, si esa muger tiene el corazon vírgen y si para nadie ha prodigado los tesoros de ternura que guarda en su corazon?... ¿No creeis vos, señora, en la virginidad de las cortesanas?

—¡Ah! esclamó con una alegria casi infantíl doña Catalina: ahora creo que si no me amais, podreis amarme.

—¿Y por qué creeis eso? esclamó con mal encubierta estrañeza Blasco.

—Porque me habeis esplicado en dos palabras un misterio incomprensible para mí: porque vuestras últimas palabras han sido para mi alma una luz que la ha iluminado, como vos decíais ha poco, refiriéndoos á lo que llamais mi hermosura.... Sí, sí, es verdad: yo sentia dentro de mí una necesidad imperiosa de satisfacer una sed de gozar algo que yo no comprendia.... esta necesidad me arrastraba, y me ha conducido á arrojarme en los brazos de todos los hombres que hablaban con su hermosura á mis sentidos; amantes de un dia á quienes rechazaba, porque no alcanzaban á satisfacer aquel deseo misterioso.... vos, vos habeis comprendido ese deseo, me lo habeis dado á conocer, y esto significa que vos tampoco habeis amado....

—Nunca, señora....

—Que teneis un corazon que siente, porque no se comprende el amor sino por medio del sentimiento: vos me lo habeis demostrado... pues bien, señor Blasco do Campo Riveyra.... soy vuestra, enteramente vuestra.... y os juro que os amaré tanto, que os obligaré á amarme.

—Te amo ya, Catalina, porque te he comprendido.

—Y yo al comprenderos, Blasco, he empezado á amaros.

—El amor no tiene principio ni fin: es eterno, es infinito.

—Pues bien: os amo.

—Pero que nuestro amor no nos haga olvidarnos ni de la vengan-

za del mútuo ultraje que se nos hace, ni de nuestros intereses. Es ante todo necesario servir al rey de Portugal, que es nuestro inmediato apoyo. Es necesario evitar el que presenten pruebas indudables de los amores de la reina con don Beltran de la Cueva.

—¡Ah! esclamó doña Catalina: esas pruebas están en mi poder.

—¿En tu poder? ¿y qué pruebas son esas?

—Cartas de la reina á Beltran de la Cueva; joyas; rizos.

—¿Y cómo han venido esas pruebas á tus manos?

—¡Oh! dijo doña Catalina ruborizándose de nuevo; yo me habia enamorado de Beltran de la Cueva.

—Lo comprendo; cuando un hombre es amado con tal frenesí por una dama tan hermosa como doña Juana de Portugal, y esa dama es ademas reina; cuando el amante es hermoso, favorito del rey, noble, valiente, todas las damas de la córte le desean, porque habla á la vanidad de todas, y la muger es pura vanidad.

—Le deseaba... deseaba atarle á mi carro como he atado á otros, y presentarme con él á la córte y decirla con un lenguaje mudo: ese hombre favorecido por la reina, disputado por todas vosotras, hermosas damas, es mio: me ha preferido... yo valgo para él mas que la reina, mas que vosotras.

—Vanidad, y siempre vanidad.

—Pero esta vanidad me arrastraba, como me arrastró antes de ser querida del rey: me puse á su paso, le sonreí, le dejé conocer que era amado.

—Y él no lo conoció.

—Y creció mi empeño: llegue hasta el punto...

—Sí, hasta el mismo punto que, por igual causa, ha llegado doña Guiomar: á vestir los colores de la reina, en lo que tampoco, aunque lo hayan reparado el rey y toda la corte, ha reparado don Beltran.

—Es verdad: entonces desesperada, pensé en lograr mi empeño por la fuerza, por el amor de la misma reina ya que no lo conseguia por mi amor.—Como dama de doña Juana, sabia yo que habian mediado entre ella y don Beltran prendas y papeles; él debia conservar estas prendas... pero la dificultad estaba en apoderarse de ellas.

—Todo es fácil cuando se tiene talento y dinero.

—¡Oh! sí: hay en la corte un caballero que es amigo, casi un hermano de don Beltran: poseia su confianza, y yo estaba seguro de que él podria apoderarse de aquellas prendas.... Ese caballero me ama de una manera frenética: yo siempre le habia desdeñado, pero desde el momento en que pensé obligar á don Beltran, le alenté, le es-

cuché, puse en juego mis recursos, y al fin conocí que podia disponer enteramente de él.

—¿Y quién es ese caballero?

—Ese caballero es Hugo de Centellas.

—¡Catalan!

—Sí, catalan, apasionado, enérgico, decidido á todo por lograr un empeño: pues bien, á pretesto de poner á prueba mi amor, y á cambio de una llave con la cual podia llegar hasta mi aposento por un postigo cuando quisiera, le pedí aquellas cartas y prendas. Hugo vaciló algunos dias, pero al fin hoy me ha enviado esas pruebas, y yo en cambio le he enviado la llave de mi postigo.

—Llave inútil.

—Inútil de todo punto, dijo sonriendo como un ángel doña Catalina; inútil desde el momento en que nos hemos encontrado.

—Sin nuestro encuentro hubiera sido tambien inútil, porque...

—¿Por qué?

—Porque segun he oido decir esta noche, Hugo de Centellas, ha sido encontrado en el rio muerto á estocadas.

Doña Catalina miró con asombro á Blasco, y luego se sonrió y respiró fuerte como quien se ve aliviado de un gran peso.

—¡Ah! esclamó: lo siento: porque... en fin... ningun daño me ha hecho el señor Hugo de Moncada; pero... era reñidor, violento..... sino hubiese muerto hoy hubiera muerto mañana... y la muerte entierra con él un secreto y me libra de una situacion embarazosa..... ¡ah! ¡ah! en eso ha consistido el que yo le haya esperado en vano al principio de la noche... pero el sarao se concluye... ya queda poca gente; los infantes se retiran, y el rey desaparece con doña Guiomar: podré contar, mi gentil caballero, con que me acompañeis.

En efecto, mientras los infantes y el rey salian por la puertecilla situada á la derecha del trono, mientras doña Guiomar lanzaba una significativa mirada á Blasco, que la contestaba á hurtadillas de doña Catalina, y desaparecia por la misma puerta que el rey, la *sala rica* iba aligerándose de gente. Blasco dió el brazo á doña Catalina y salió con ella: al cruzar la antecámara, dos hombres se pararon un momento delante de Blasco, y fijaron de una manera atónita la vista en su escarcela, donde, como dijimos, estaban bordadas sus armas.

Blasco pasó sin reparar en ellos: aquellos dos hombres eran el capitan Hernando de Carrillo y el rey de armas Avanguarda.

—¡Ah! ¡diablo! esclamó alegremente el capitan: ello es cierto que no hemos podido hablar á mi esposa, pero en cambio ya sabemos

que el señor Blasco do Campo Riveyra está en la corte, que es amante de doña Guiomar, y que la ha hecho llorar en los subterráneos del alcázar. Mi esposa se alegrará mucho, muchísimo, de saber esto.

Entre tanto doña Mencía de Padilla, decia al marqués de Villena, apoyada en su brazo y siguiendo á los infantes:

—¿Qué decís del porta-espuela y del pañuelo, y sobre todo del escándalo que ha dado esta noche la reina, y del otro escándalo del rey con doña Guiomar?

—Digo, señora, contestó el marqués, que todo parece que se pone en favor de la acusacion de doña Juana, y de la declaracion de heredero del infante don Alonso.

—¡Oh! tenemos que hablar mucho, señor marqués, los infante entran en su cámara... esperadme en mi aposento y al punto soy con vos.

Doña Mencía atravesó una puerta siguiendo á los infantes, y el marqués se perdió por otra inmediata.

VII.

De que se da mejor á conocer el señor Blasco do Campo Riveyra.

Doña Catalina, preocupada por los acontecimientos que tanto la habian conmovido aquella noche, y fascinada por la influencia de Blasco, bajó, lánguidamente apoyada en su brazo, las anchas escaleras del alcázar, y encontró en el patio su servidumbre y su litera, en la que entró con el portugués: poco despues la litera paraba al pie de la escalera principal de la casa de doña Catalina.

—Hénos aqui en nuestra casa, caballero, dijo alegremente doña Catalina: subid; cenareis conmigo y hablaremos.... siento grandes deseos de hablaros con libertad: en el alcázar habia demasiados ojos fijos en nosotros, y me parecia que cada una de aquellas miradas adivinaba mis palabras por el movimiento de mis labios.

Esto decia doña Catalina, subiendo las escaleras, sin recatarse de su servidumbre, que estaba demasiado acostumbrada á los galanteos de su señora, para maravillarse de la presencia de un nuevo amante.

Poco despues, los dos jóvenes estaban solos en un precioso gabinete, entapizado de verde y oro, y doña Catalina se dejaba caer fatigada como si hubiese hecho un violento ejercicio sobre un estrado; esto consistia en que, en su impaciencia, habia subido demasiado deprisa las escaleras.

—Sentaos, sentaos, señor Blasco, le dijo señalándole un lugar á su lado: me parece un sueño lo que me sucede: no hace dos horas que

nos conocemos, y parece que somos ya antiguos amantes.

—Eso consiste en que hay personas que viven mas en una hora que otras en un año.

—No sé bien en lo que consiste: solo sé que me maravillo de ello; voy á mandar que sirvan la cena: por primera vez despues de mucho tiempo me siento con apetito.

Y doña Catalina agitó una campanilla, á cuyo sonido se abrió recatadamente la puerta, y asomó tímidamente la cabeza un camarero.

—Que nos pongan la mesa en mi retrete, Juan; le dijo doña Catalina, y que la sirvan enteramente, para que no tengan que entrar y salir. Oye: si viene su alteza....

Doña Catalina se detuvo buscando una idea.

—Si viene su alteza, le despides con cajas destempladas: dijo al fin.

—¡Pero, señora!

—Yo respondo de todo.

—Pero su alteza insistirá.

—Si insiste, te dejas conquistar como si saliera de tí: házte rogar.

—Muy bien, señora.

—Y le llevas á la cámara de recibo.

—Muy bien, señora: ¿pero si su alteza se cansa de esperar?...

—Para evitarlo me avisas al momento.

—Muy bien, señora.

—Avísame en cuanto esté la cena servida.

El camarero desapareció.

—¿Y teneis confianza en vuestra servidumbre, hermosa señora?

—Mis criados no sirven á nadie mas que á mí, y ni ven, ni oyen, ni hablan, porque les cierro los ojos, los oidos y la boca con oro.

—Sin embargo, de tales asuntos pudiéramos tratar, que la esperanza de una gran recompensa les hiciera faltar á su fidelidad comprada.

—Mis criados solo necesitan ser discretos para callar que en m casa entran gentes que no son el rey; por lo demas, cuando de secretos tratemos, os aseguro que nadie podrá escucharnos.... pero suenan pasos: mis criados son harto discretos para hacer un ruido capaz de despertar á los siete durmientes cuando se acercan.

Oianse en efecto fuertes pisadas, y al fin se abrió recatadamente la puerta y apareció la cabeza del mismo criado.

—La cena está servida, señora, dijo, y desapareció de nuevo.

—Os haceis servir con una rapidez admirable: dijo Blasco á doña Catalina.

—Lo pago: porque habeis de saber que mi mas dominante defecto es la impaciencia: por lo mismo, y como estoy harto impaciente por oiros en un lugar en donde de nadie podamos ser escuchados; seguidme, amigo mio, seguidme.

Y doña Catalina se levantó, y asiendo sin ceremonia una mano del jóven, le llevó á una puertecilla, la abrió, y llevando despues al portugués de la mano, le hizo atravesar un considerable número de habitaciones, alumbradas todas y todas magníficamente alhajadas: la prodigalidad de Enrique IV lucia, de una manera escandalosa, en la casa de una de las queridas que habian logrado fijar durante mas tiempo la volubilidad de sus deseos.

A medida que doña Catalina pasaba por una puerta con Blasco, cerraba aquella puerta por dentro, corriendo sus dobles cerrojos: al fin llegaron á un precioso gabinete, en el centro del cual habia una mesa espléndidamente cubierta de manjares en escudillas de plata; los dos jarros que contenian el vino y el agua, las copas, el candelabro, en que ardian seis bugias, eran asimismo de plata cincelada, y con grave escándalo, entre sus adornos se veian, enlazados con una guirnalda de rosas, en que se acariciaban dos palomas, el blason de Enrique IV y el de doña Catalina de Sandoval.

Junto á la mesa, á uno y otro lado, habia un escabel y un sillon, únicos asientos que se veian en el gabinete, que, por lo demas, estaba magníficamente vestido, en el pavimento con una hermosa alfombra, en las paredes con ricas tapicerias; detras de la mesa habia un agimez gótico-bizantino con bellas vidrieras pintadas; últimamente formando ángulo con el agimez, un magnífico tapiz cubria misteriosamente la alcoba de doña Catalina.

En cuanto á las puertas por donde se entraba en aquel retrete, una vez dentro de él y cerradas, no se distinguian porque eran secretas, y esto le daba cierto aspecto de seguridad, de reposo, de misterio, bastante por sí solo, á inspirar deseos.

Doña Catalina se sentó contenta y sonriendo en el sillon, é invitó á Blasco do Campo Riveyra á que se sentase frente á ella.

—Hénos al fin solos, enteramente solos, caballero: dijo doña Catalina con un acento en que se notaba bienestar, alegria, satisfaccion. Aqui podremos hablar libremente, sin temor de que nadie nos escuche: al rededor nuestro están cerradas todas las puertas y esa ventana da á una buena altura sobre la calle de la Redondilla; para si han encontrado la llave que dí á Centellas, que alguien entre por el postigo, he hecho correr sus cerrojos.

—¿Y no os lastima la memoria de quien, saboreando la esperanza de poseeros, ha encontrado la muerte?

—¿Y qué me importa ya nada?... hasta ahora he corrido locamente tras un deseo que no habia logrado satisfacer.

—¿Y qué deseo era ese?

—Buscaba un hombre.

—¡Oh! yo tambien he buscado á una muger.

—Es estraño que no la hayais encontrado.

—¿Os parece estraño?

—Sí por cierto: debeis haber sido muy afortunado en amor.

—¡Afortunado en amor!.... se llama afortunado al hombre que consigue vencer virtudes fáciles, hablar á los sentidos de una muger, de diez mugeres, de cien mugeres.... mugeres en el nombre, porque se les ha de llamar de algun modo; pero entre las cuales no encontrais una muger que merezca llamarse así: mugeres corrompidas antes de conocer el amor, perdidas en el fango de una córte: con pasiones mezquinas, caprichos ridículos, pretensiones insoportables, rivalidades enfadosas: mugeres á quienes buenamente no puede tolerárselas mas que el primer dia, y aun así, tomándolas como un juguete: mugeres en que solo hay materia, formas mas ó menos incitantes.... pero alma.... ¡bah! su alma no puede llamarse alma: fútiles, irreflexivas, livianas, inconstantes....

—¿Y han sido asi todas las mugeres que habeis conocido?

—Al menos tales han sido las mugeres que, una tras otra, y buscando siempre á la muger de mi deseo, he enamorado.

—¿Y entra en ese número doña Guiomar de Silva?

—¡Oh! ¡doña Guiomar! doña Guiomar es una muger peligrosa.

—¡Peligrosa!

—Sí: confiadla un secreto y le usará en su provecho, le venderá, os venderá á vos mismo, al hombre de su amor, si la dan por vos un poco mas de vanidad ó un poco mas de oro que los que vos podeis proporcionarla.

—Sin embargo, esta noche parecíais enamorado de doña Guiomar.

—Os diré: doña Guiomar, en estos momentos, es una escelente introductora para un hombre que acaba de llegar á una córte en donde ni conoce, ni es conocido. El que logre que en un sarao como el de esta noche, doña Guiomar se apoye en su brazo y le sonria, y pasee y dance con él, puede tener por seguro que todos, desde el mas poderoso hasta el menos respetado, pregunte: ¿quién es ese hombre? ¿de dónde viene? ¿cómo conoce á doña Guiomar? y esto ya

es mucho, doña Catalina; se habla de uno, se miente; todos pretenden conocerle, y como ninguno le conoce, es necesario inventar, mentir: pero se miente y se inventa de una manera honrosa, de modo que á la media hora de haber paseado un hombre con doña Guiomar, ya es una celebridad, del momento, si se quiere; pero cuando el tal hombre sabe aprovecharse de esta celebridad momentánea que consigue...

—¿Y qué consigue? dijo con cierta reserva doña Catalina.

—Consigue, por ejemplo, que una muger tal como vos, no le rechace cuando se dirija á ella: consigue conocer que vos sois la muger que ha buscado hace tanto tiempo, y al fin tiene el supremo placer, si no de ser amado, de estar en camino de serlo, y lo que no es poco, de cenar dulcemente con ella, gozando del encanto de su hermosura esperándolo todo de ella, y viéndose preferido á un rey...

—¡Ah! ¡os creeis preferido!

—Ciertamente: á no ser que, al decir á vuestro mayordomo que si viene su alteza le despida con cajas destempladas, os hayais valido de un acento, de una manera de decir particular, de una seña convenida, por la cual hayan de tomar vuestras órdenes vuestros criados en un sentido inverso al de vuestras palabras.

—¡Ah! ¿creeis que yo..?

—No... no, doña Catalina, creo que de buena fe habeis dado la órden de que os nieguen al rey: pero creo tambien, que os mortificaria demasiado el que el rey no viniese, á pesar de la marcada preferencia que el rey ha dado esta noche á doña Guiomar.

—El rey vendrá, dijo doña Catalina con seguridad.

—El rey vendrá, porque su amor es insaciable: el rey vendrá, porque es débil, y no sabe arrojar de sí un afecto cualquiera que le haya poseido por algun tiempo: el rey vendrá, porque es cobarde y os teme... en cuanto á esto último creo que os teme con razon. Comed, comed de esta trucha, doña Catalina, y no os mostreis tan pensativa.

—¿Y cómo quereis que me muestre, si no sé qué pensar de vos?

—¿Que no sabeis qué pensar de mí, y os estoy hablando con el corazon en la mano?

—Pues os juro que vuestro corazon es invisible, ó al menos que yo no le veo.

—Le veis en mis palabras. Si yo quisiera engañaros...

—Vos comprendeis demasiado bien, que para engañar á una muger de mundo, es necesario parecer muy franco, muy sincero... á mas, en vos no hay esa pasion...

—¡Esa pasion de los niños, que se exhala en miradas, en suspiros, en frases trémulas, en un desórden, en fin, del espíritu, muy natural á los quince años, cuando se siente por primera vez la influencia de una muger! ¡Ah, no, doña Catalina..! yo he pasado ya de esa edad, y por mas que no haya encontrado el amor, por mas que lo deseo ardientemente, he perdido ya esta timidez que tanto agrada á las mugeres, porque halaga su vanidad, haciéndolas creer que su hermosura tiene bastante fuerza para hacer temblar á un hombre esperimentado y audaz: vamos, doña Catalina: confesadme que el rey, á quien hace temblar su incontinencia delante de una muger, y los galanteos de los jóvenes hidalgos que os rodean, os han hecho formar un equivocado concepto de los indicios del amor: vos creeis encontrarle en el desórden del vicio, y no sabeis comprenderle bajo la gravedad de un hombre que, desesperado, sediento de un amor tan intenso como el que su alma necesita, se contiene, y piensa y examina antes de entregar su corazon, un corazon virgen, ansioso de absorver una gota de felicidad, á una muger, á quien mira con delicia, que le enamora, pero que no sabe aun si es la muger de su deseo.

—¿Y cómo ha de ser esa muger tan buscada , tan misteriosa, tan dificil de encontrar?

—Ha de ser un corazon fuerte, valiente, audaz, capaz de todo por el hombre que ame; ha de ser un pensamiento que no piense sino en el hombre amado; ha de ser una voluntad decidida á todo; un alma esperimentada, que no se entretenga en celos fútiles, en vanidades, en empeños inútiles; debe ser un espíritu que luche, y se una para luchar al del hombre amado; ha de ser, en fin, una muger cuya única ambicion sea la de levantarse, con el hombre á quien se ha unido, sobre todas las influencias que les rodeen; no una simple querida, sino una hermana, una amiga, una compañera de ambicion. El amor que debe existir entre dos seres unidos asi, debe estar por cima de celos ridículos, debe confiar ciega y recíprocamente en sí mismo; debe ser una alianza ofensiva y defensiva: deben amarse, no como se ama con el deseo, sino como se ama con la razon; deben ser mútuamente el instrumento de su grandeza.

—¡Ah! vos quereis.

—Yo quiero porque conozco la vida, porque sé que con el amor solo no basta: yo quiero, pues, riquezas, que son la consideracion; honores que son el brillo; poder, que es el verdadero cimiento de toda posicion, que puede llamarse posicion. Juntos podemos lograr-

lo. Separados, nos haríamos la guerra; yo he encontrado en vos una muger que, siendo querida del rey, tiene adelantado mucho. Vos teneis en mí un hombre que, siendo amante de doña Guiomar, (en la apariencia, no mas que en la apariencia) y siendo doña Guiomar uno de los astros que con mas resplandor brillan al rededor del rey, puedo tener grandes influencias en la corte.

—Pues mirad, yo pienso del mismo modo, dijo doña Catalina que habia escuchado atentamente el razonamiento del portugués.

—Porque pensais del mismo modo he encontrado en vos la muger que buscaba.

—Pero creo que soy capaz de mas de lo que vos decís, por el hombre á quien ame.

—¿De mas decís?

—Sí, ciertamente; soy capaz de amarle antes que á mi ambicion.

—Ambicionareis por él.

—¡Oh, sí!

—Lo que quiere decir que de todos modos sereis ambiciosa.

—Pero de una manera desinteresada.

—¿Y creeis que yo no os amo con desinterés?

—Creo que me amais como á un instrumento.

—Os juro que no: si pensara hacerme de vos un instrumento, de lo que menos os hubiera hablado hubiera sido de asuntos de corte: os hubiera ocultado que el rey de Portugal me enviaba; hubiera procurado hablar á vuestro corazon de muger, apoderarme de él enteramente, y luego, cuando hubierais estado vencida á mi voluntad, hubiera usado de vos, os hubiera mandado como á una esclava, os hubiera sacrificado á mis intereses, si hubiera sido necesario sacrificaros. Pero ved de cuan distinta manera obro; confiando en una voz secreta que me dice que hemos nacido el uno para el otro, me he dado á conocer á vos: os he dicho que os amo porque me inspirais amor: os he propuesto mis proyectos contando con que querreis ser partícipe de ellos: ahora vos estais en disposicion de contestarme francamente á las tres peticiones que voy á haceros: quiero que me ameis; quiero que seais mi amante; quiero que me ayudeis en mis negocios.

—¿Y qué me dais por vuestras peticiones?

—Amor, un amor entusiasta, sin límites, que ya me habeis inspirado. Un amante enloquecido, frenético, sediento de vuestra hermosura, de vuestras caricias, de vuestra entera confianza, de la posesion completa de vuestros encantos. La participacion, en fin, de las riquezas, de los honores, del poder que nos dé nuestra alianza.

—¿Y no me imponeis restricciones?

—Una sola.

—¿Cuál?

—Que me ameis con toda vuestra alma.... y nada mas.

—¡Que os ame! ¡solamente que os ame! esto es muy vago.

—Eso quiere decir, que lo que únicamente quiero de una manera esclusiva para mí, es vuestro amor.

—De modo que si el rey....

—Debeis seguir siendo querida del rey.

—¿Y no teneis celos?

—¡Celos! ¡celos! ¿acaso habeis amado ni podeis amar al rey? ¿quereis que tenga celos de las ficciones con que le engañais?

—Sois un hombre estraño, esclamó doña Catalina; parece que no os importa nada de lo que otros miran con tanto interés.

—¿Y qué me importa que engañeis al rey, que engañeis á los bandos, que paseis por una cortesana, si yo sé que vuestro amor es mio, que yo ocupo vuestro pensamiento; que vuestra ambicion es mi amor?

Miró profundamente doña Catalina al portugués; pero solo vió en su semblante franqueza y en sus ojos amor, pero un amor confiado, seguro de su triunfo, audaz: un amor que la fascinó.

Blasco do Campo Riveyra era demasiade esperto, demasiado hermoso, demasiado insinuante para no dominar á doña Catalina, que le habia visto en circunstancias especiales; acaso en otra ocasion el interés de doña Catalina por aquel hombre, se hubiera reducido al de uno de esos galanteos pasageros que acaban cuando se han satisfecho las exigencias de la primera impresion: pero el aventurero habia dicho bien: su aparicion en la córte al lado de doña Guiomar de Silva, le habia dado una gran influencia, no solo respecto á las mugeres, sino tambien á los hombres; influencia que podia considerarse en todos conceptos: las unas habian visto con envidia á un amante favorecido por una de las beldades mas célebres de la córte: los otros con cuidado á un nuevo conspirador.

Doña Catalina habia visto en él lo uno y lo otro: Blasco habia sabido ser oportuno y audaz desde sus primeras palabras, y el acaso, esa deidad caprichosa, habia decidido de todo.

Si doña Catalina no sentia amor por él, sentia curiosidad, deseo, empeño, respeto; estaba, en fin, dominada.

—Seguiré, aunque por lo que toca al rey con violencia, vuestros consejos, dijo doña Catalina: ¿qué pensais que debo hacer?

—Debeis, ante todo, evitar que doña Guiomar cobre ascendiente sobre el rey.

—¿Y cómo? ¡Dios mio! vos no conoceis al rey; doña Guiomar es lo mas apropósito para enloquecerle, porque su belleza es de bulto.... y luego, vos sabeis que doña Guiomar es una cortesana consumada, con toda la astucia, con todo el ingenio que se necesita para serlo.

—Sí, sí es cierto.... y no lo es menos, que doña Guiomar, vendida al almirante, ha puesto al servicio de la córte de Navarra, su hermosura y su ingenio.

—Lo sé.

—Es necesario, pues, que nosotros sirvamos al rey de Portugal, impidiendo que sea declarada adúltera la reina y fruto de ese adulterio la infanta doña Juana.

—¡Oh! descuidad: las únicas pruebas que existen de ese adulterio están en mi poder.

—¡En vuestro poder!

—Sí: en las cartas de la reina á Beltran de la Cueva.

—¿Pero son ciertos esos amores?

—Ciertísimos.

—Lo decis de una manera tan segura que es necesario creeros.

—Ya os he dicho que tengo las pruebas, pruebas que os mostraré: y sin eso, toda la córte lo conoce, porque el amor no puede estar oculto.

—Comprendo: el señor Beltran de la Cueva es un intrigante.

—Os engañais: no hay hombre mas noble que él; acaso sea el único caballero que puede llamarse tal en la córte.

Movió, con un ademan de incrédulo sarcasmo, la cabeza el portugués y dijo con acento burlon:

—No se llega á la altura á que ha llegado el señor duque de Alburquerque, conde de Ledesma, sino á fuerza de intrigas y bajezas... al menos en los tiempos que alcanzamos.

—¿No creeis que el amor de una muger puede levantar á un hombre si esa muger vale tanto como doña Mencía de Padilla?

—¡Doña Mencía de Padilla! por cierto que me ha recomendado mucho el rey, mi amigo, que vea á esa señora y que procure comprender sus intenciones.

—Doña Mencía de Padilla es la enemiga mas terrible de la reina y de la infanta: la partidaria mas fiel de los hijos de don Juan el Segundo.

—Comprendo que una muger que ame á don Beltran de la Cueva,

aborrezca á la reina por la sola razon de que la ama tambien.

—¡Oh! si no hubieran existido esos amores con doña Mencía, de seguro no habria tantos bandos: Navarra no podria haber influido de modo alguno en ellos, porque á pesar del almirante y de los Pachecos y de los Mendozas, doña Mencía es el alma de la guerra sorda que hasta ahora se ha hecho á la reina y que no tardará en ser desembozada.

—¿Conoceis la historia de esa muger?

—¡Oh! la conozco demasiado: por cierto que me ha costado mucho oro el saberla.

—¿Y podré merecer que me la reveleis?

—¡Oh! ¿por qué no? es una historia que viene muy de atrás: desde antes de la muerte del rey don Juan el Segundo: puesto que quereis saberla, escuchadme:

—Os escucho, señora.

Reclinóse doña Catalina indolentemente en el sillon, y con voz dulce empezó de esta manera:

—Doña Mencía de Padilla, es hija del adelantado de Castilla Juan de Padilla: noble, nobilísima, por su casa, ha debido á la naturaleza una hermosura sin igual y un talento que no es menor que su hermosura. Criada en la corte, dama desde sus quince años de la reina doña Maria de Aragon, primera muger de don Juan el segundo, doña Mencía se acostumbró á los escándalos que fueron tan continuados y tan célebres en aquellos tiempos: estos escándalos, el conocimiento de sus causas, y su precoz talento, la hicieron adquirir una esperiencia prematura y estremada. Aunque era muy hermosa, y aunque los ejemplos que tenia continuamente ante los ojos hubieran sido bastantes á pervertir á una santa, doña Mencía no se pervirtió: los mas audaces se vieron obligados á cesar en sus pretensiones, los mas enamorados se desesperaron, y la murmuracion cortesana, muda para ella, dejó su honra intacta y pura como el fuego.

—¡Maravillosa muger! dijo Blasco do Campo: pero al fin lo que estaba escrito, como decian los moros, se cumplió, y doña Mencía dió ocupacion á las murmuraciones.

—Os engañais, amigo mio, todo el mundo en la corte y fuera de ella respeta el nombre de doña Mencía de Padilla, como el de la muger mas honrada que se conoce.

—¡Honrada! ¡una muger adúltera!

—Es que, bien considerado, en doña Mencía no hay adulterio.

—¿Que no hay adulterio en una muger casada que está pública-

mente reconocida por amante de otro hombre casado?

—¡Y que tiene del un hijo!.. pues ahí vereis... lo mismo que todo el mundo sabe que es amante ó lo ha sido de don Beltran de la Cueva, sabe tambien que Hernando de Carrillo, el bueno, y nunca como se debe ponderado capitan de la guarda morisca del rey, aunque parece su marido, no lo es.

—¡Ah! ¡ah! ¡pues no deja de ser chistoso! esclamó el portugués lanzando una maliciosa carcajada: ¿quereis esplicarme, señora el misterio de ese matrimonio que no es matrimonio.

—Nada mas sencillo, y lo comprendereis muy pronto: hace veinte y dos años, doña Mencía solo tenia diez y ocho, y habia llegado á ser una hermosura maravillosa: acababa de casarse el rey don Enrique, que entonces era príncipe, con la infanta doña Blanca de Navarra, y doña Mencía de Padilla fue destinada á su servidumbre como dama de honor. Era, tambien por entonces, paje de la princesa el señor Hernando de Carrillo, que tenia la misma edad que doña Mencía, y que estaba furiosamente enamorado de ella. Pero Hernando de Carrillo no tenia en su abono mas que su valor y su ruda franqueza; le faltaban, para ser amado, todas las dotes que hubieran sido necesarias para que una muger tal como doña Mencía, se interesase por él: sin embargo, le escuchaba, se divertia con sus originalidades, le apreciaba, porque bajo su ruda corteza, guarda el capitan Hernando un corazon escelente; pero jamás pensó en casarse con él.

—¡Y sin embargo se casó!

—Sacrificando su libertad, ya que no su corazon, al honor de su señora.

—¡Cómo! ¿con que la virtuosísima doña Blanca de Navarra?...

—Doña Blanca de Navarra es una santa que recorre sobre espinas el camino del martirio.

—¡Y sin embargo su honra fue amenazada!

—Oid cómo: poco despues de haberse casado con el príncipe don Enrique doña Blanca, vino á la córte su hermana doña Leonor: esto era en 1441. Estrañóse la visita de doña Leonor á doña Blanca, porque se sabia que las dos hermanas no estaban muy bien avenidas. Doña Blanca, sin embargo, dulce y buena, acogió con cariño á su hermana y la hospedó en sus mismas habitaciones en el alcázar de Valladolid. Engañada por la hipócrita reconciliacion de su hermana, Doña Blanca, que sufria horriblemente, obligada á vivir con un hombre tan repugnante y tan encenagado en vicios como el príncipe don Enrique, parecia dar vado á su tristeza, y abrió enteramente su co—

razon á aquella hermana, en quien el tiempo la ha mostrado su mayor enemiga. Por algun tiempo doña Leonor se presentó en todas las solemnidades, en todas las fiestas de la córte, pero al cabo de cierto espacio se encerró en sus habitaciones, donde desde entonces no entraron otras personas que su hermana y las camareras de su servidumbre que habia traido consigo. Estrañóse esta variacion de conducta, y cada cual esplicó este misterio á su manera: creian algunos que en la cámara de doña Blanca se conspiraba y se acusó á la princesa de tomar parte en los bandos en favor de Navarra contra el rey de Castilla, acusacion que parecia justificar el haberse rebelado el príncipe contra su padre. Daba mas fuerza á estas sospechas la noticia de que, de noche, en altas horas, entraba un hombre en la cámara de la princesa, y no salia hasta poco despues de amanecer: acechóse á aquel hombre, y se supo que era un aragonés jóven, noble, y rico llamado Juan Rodriguez del Padron, que servia al bando beamontés en Navarra, ó lo que era lo mismo, al príncipe don Cárlos de Viana, hermano de doña Blanca. Esto fue perjudicialísimo para la princesa: los caballeros leales á don Juan el Segundo de Castilla, vieron en aquellos misterios una traicion palpable, conspiraciones en la cámara de doña Blanca; los navarros, en fin, entrometidos, por medio de la princesa, en los bandos de Castilla... y, sin embargo, estos temores, estas conjeturas eran falsos, porque ciertamente que doña Leonor no habia venido á conspirar, sino á encubrir bajo el amparo de su hermana el vergonzoso estado á que la habian traido sus amores con Juan Rodriguez del Padron.

—¡Ah! esclamó profundamente Blasco do Campo Riveyra.

—¡Ved ahí cuánto se equivocan en sus juicios los que se cree mas avisados, dijo doña Catalina: el retraimiento de doña Leonor, no consistia en otra cosa sino en que su estado se habia hecho harto visible.

—Pero no comprendo cómo todo esto pudo motivar el casamiento de doña Mencia y Hernando de Carrillo.

—De la manera mas natural del mundo; escuchad: Juan Rodriguez del Padron, muy acostumbrado á tener amores reales, se enamoró de doña Blanca, pero comprendió que, solo valiéndose de una trama, comprometiendo á la princesa, podria llegar á su posesion.

—¡Diablo! ¡diablo! ¡pues ese tal beamontés era audaz!

—Demasiado audaz y demasiado enloquecido por su fortuna con princesas fáciles: hombre de intriga, buscó un instrumento, y ninguno encontró mas apropósito que Hernando de Carrillo. Jóvenes los dos

y enamorados los dos, costóle poco trabajo al aragonés ponerse en inteligencia con el paje: díjole, mintiendo, que doña Blanca le amaba, que solo le faltaba una ocasion para llegar al logro de sus deseos, le incitó á que él buscase en aquella misma ocasion el logro de los suyos hácia doña Mencía, todo lo que podia conseguir corrompiendo la fidelidad de cierta viejísima y astuta dueña á quien don Enrique, torpe y receloso siempre, no confiando bastante en la virtud de su esposa, habia puesto en su guarda. Dió oro á mano para el objeto á Hernando de Carrillo. Vióse este con la dueña, y la taimada vieja se lo prometió todo, con la traidora intencion de aprovechar no solo el oro de los amantes, sino el que la daria don Enrique por la confianza que le haria sobre la pretendida infidelidad de su esposa. En efecto: todo lo supo el príncipe. Escuchadme con atencion, porque atencion necesitais para comprender lo que sucedió una noche del año de 1441 en el alcázar viejo de Valladolid.

—Pero, permitidme, señora; vos sois demasiado jóven para poder haber sido testigo de acontecimientos que pasaron cuando vos, sin duda, no habiais nacido.

—Habia nacido ya, amigo mio, dijo sonriendo doña Catalina, pero era muy niña: vos mismo podeis calcular: tengo en la actualidad, sin quitar ni poner, veinte y seis años; es cierto que no he podido ser testigo de aquellos sucesos, pero me interesaba conocer á doña Mencía, y compré la fidelidad de un hombre que era á un tiempo su confesor y su confidente: este hombre era don Gonzalo de Arévalo, canónigo de Toledo y arcediano de la colegiata de Ubeda, que murió desastrosamente, hace algunos años, despeñado por unas escaleras. Este clérigo, que era ambicioso, intrigante y, sobre todo, muy interesado, me refirió desde la cruz á la fecha la historia de doña Mencía de Padilla, y os voy á relatar casi con las mismas palabras del arcediano lo que aconteció la espresada noche.—Como os he dicho, doña Blanca y doña Leonor vivian en un mismo departamento en dos cámaras que se comunicaban entre sí, y que tenian las puertas á una misma antecámara y ventanas y comunicacion á un huerto: en la misma antecámara habia dos puertas: la una la de la habitacion de la dueña vieja de que ya os he hablado, y la otra la de la habitacion de doña Mencía. Era mas de media noche: el doncel que daba la guarda á la puerta esterior de la antecámara, dejó pasar las personas siguientes, por orden del príncipe que, avisado por la dueña, habia tomado todas las medidas convenientes para sorprender á su esposa; primero pasó el médico del rey Fernan Gomez de Cibdadreal,

á quien habia mandado ir secretamente doña Blanca: el bachiller entró recatadamente en la cámara de la princesa, y esta despidió á doña Mencía de Padilla, que se fue á recoger á sus aposentos, quedándose sola la princesa con el médico: despues entró el arcediano don Gonzalo, y penetró en la cámara de doña Blanca. Luego entró el príncipe don Enrique acompañado de un secretario para que diera fe de lo que allí sucediese, y con algunos caballeros de su bando para que fuesen testigos, y todos entraron en la habitacion de la dueña y se pusieron en observacion. A poco entraron recatadamente Juan Rodriguez del Padron y Hernando de Carrillo: el primero se dirigió resueltamente á la cámara de la princesa, á la que creia vencida á un sueño tenaz por un narcótico que habia convenido en darla la dueña, y el segundo se metió con botas y espuelas, como suele decirse, en las habitaciones de doña Mencía, á quien juzgaba aletargada del mismo modo. Un momento despues resonaron dos gritos inmensos, aunque de distinto género, en las habitaciones de doña Leonor y de doña Mencía: el uno era un grito de dolor, el otro de espanto. A estos gritos sobrevino la situacion mas estraña que podeis figuraros: inmediatamente por la puerta de la cámara de doña Blanca, apareció, como quien huye, el arcediano don Gonzalo de Arévalo, con un recien nacido envuelto en ricos paños debajo del manto.

—¡Ah! ¡un recien nacido! esclamó con estrañeza el señor Blasco.

—¡Mas bien una recien nacida! continuó doña Catalina, porque era una, que adelantándose el alumbramiento, habia dado á luz doña Leonor.

—¡Ah! ¡ah!

—Como os decia: el arcediano apareció con la niña como quien escapa en la antecámara, y al mismo tiempo salieron á la antecámara por la puerta de la habitacion de la dueña, el príncipe don Enrique, su secretario Enriquez del Castillo, don Juan Pacheco, don Pedro Giron, don Alonso de Fonseca y otros clérigos y caballeros, alumbrados por las antorchas de algunos pajes, aparicion que coincidió con la de doña Mencía de Padilla, que medio desnuda, envuelta en un manto, salia de la cámara perseguida por Hernando de Carrillo.

—Pues dígoos, doña Catalina, que hubiera dado un año de mi vida por ser testigo de ese lance.

—Figuraos cuál debió ser el suceso. El doble grito de doña Leonor y de doña Mencía habia sido la señal para que el príncipe y sus caballeros saliesen del escondite y cogiesen en medio al paje Carrillo, á la camarera doña Mencía y al arcediano don Gonzalo. Este quiso

escapar, pero un vaguido de la recien nacida le denunció, y fue hecho prisionero por el brutal don Pedro Giron: doña Mencía de Padilla palideció de indignacion, y Hernando de Carrillo quedó en la misma actitud de un zorro cogido en el lazo: estas son las mismas ó semejantes palabras con que don Gonzalo, temblando aun al acordarse de aquel suceso me lo refirió.

—¿Y cómo salieron de aquel enredo?

—Aqui entra el sacrificio de doña Mencía. El príncipe apostrofó con todo su cinismo al pobre arcediano, le llamó encubridor y se refirió á su esposa, atribuyéndola la maternidad de la niña.

—Pero á doña Blanca le era muy fácil sincerarse.

—Matando el honor de su hermana. Doña Mencía lo comprendió todo é iba á declararse culpada.... pero se detuvo al tocar el sacrificio.... entonces Hernando de Carrillo que estaba locamente enamorado de doña Mencía, que comprendió su intencion y su miedo, precipitó la situacion declarándose culpado con ella como padre de la criatura.

—Pero ¿cómo pudieron creer esto?

—Como se creen muchas cosas en la córte, porque es necesario creerlas.... el príncipe, pues, mandó al obispo don Alonso de Fonseca que casase incontinenti á los dos culpados y que bautizase á la niña bajo su nombre. Y esto se hizo.

—Y decidme: ¿cómo logró escapar el señor Juan Rodriguez del Padron?

—Descolgándose por una ventana de la princesa al huerto del alcázar.

—¿Y la niña?

—Medió doña Blanca en ello, medió el rey: Hernando de Carrillo supo manejarse bastante bien para quitarse de encima una hija postiza y la niña se bautizó, la pusieron por nombre Blanca y la entregaron para que la criase al arcediano.

—Esa niña, pues, debe ser ya una muger si no ha muerto.

—Esa niña es la hermosísima sultana Zoraya.

—¡Cómo! ¿la esposa del rey de Granada Muley Hacen?

—Sí, por cierto.

—¡Pero esa Zoraya dicen que fue cautivada en el castillo de Martos! ¡que se llamaba Isabel, y que era hija del comendador Sancho Gimenez de Solís!

—Sí, sí, todo eso es cierto, pero tambien es verdad que la célebre doña Isabel de Solís no era otra que la bastarda Blanca: la verdadera

doña Isabel de Solís habia vivido desde niña en el convento de las Ursulinas de Jaen con una tia suya: nadie mas que su padre la conocia, y del mismo modo Blanca habia vivido retraida en casa del arcediano. Doña Mencía aprovechó la muerte de doña Isabel de Solís, y envió al comendador Sancho Jimenez á Blanca. El comendador la recibió como si fuera su hija, y Blanca aceptó resignada por padre á aquel caballero.

—Parece un cuento cuanto estais refiriendo.

—Ciertamente es maravillosa la historia de doña Mencía, y sin embargo, nada hay mas cierto que lo que os digo.

—¿Pero cómo pudo el comendador Solís prestarse á tal superchería?

—El comendador no tenia mas hija que doña Isabel, y muerta esta se estinguia su nombre.

—¡Ah! ¡es verdad! el orgullo es mal consejero.

—Ademas el casamiento concertado de su hija con el hijo de un amigo suyo, le ahorraba de disgustos y pleitos.

—El interés es tan mal consejero como el orgullo.

—En la aventura que produjo estos sucesos todos ganaron menos tres personas: doña Mencía, que se casó contra su voluntad con el hombre en quien nunca hubiera pensado para marido; la pobre Blanca, que, naciendo bajo el influjo de la desgracia, se vió esclava y entregada á un moro altanero y feroz, y Hernando de Carrillo que, si bien por su casamiento con doña Mencía se alzó de paje á alferez y de alferez á capitan, se encontró casado y sin muger y mas enamorado que nunca.

—Entretanto conoció doña Mencía á don Beltran....

—No le conoció hasta despues de la muerte de don Juan el segundo y de la disolucion del matrimonio de don Enrique y de doña Blanca, que fue repudiada, como sabeis, por haber entre ambos cónyuges *impotencia respectiva debida á algun hechizo,* segun sentencia del obispo de Segovia, confirmada por el arzobispo de Toledo.

—Demasiada impotencia era la pureza de doña Blanca.

—Obligada esta infeliz á salir de Castilla, doña Mencía, aunque la amaba, no tuvo valor para ir con ella á una córte estranjera, y se estuvo en Ubeda donde tenia algunas posesiones, y donde vivia por entonces su tio el doctor marqués de Santillana. Allí, en medio de una pobreza de noble, conoció doña Mencía á Beltran de la Cueva, que entonces era muy jóven, como que solo tenia veinte años; era hermoso, altivo, valiente, discreto, muy poeta, y doña Mencía se enamoró perdidamente de él.

Urrabieta imp.ª lit. Lit.ª de J. Aragon, Madrid.

IV.

Noche de amor.

—¡Ya os decia yo!... esclamó con sarcásmo Blasco.

—De seguro, dijo con impaciencia doña Catalina: las mugeres no somos de mármol.... Doña Mencía no habia buscado su casamiento con Hernando de Carrillo, no le pertenecia, y....

—Pero debia guardar su honor.

—Y le guardó por mucho tiempo: Doña Mencía se entregó sedienta á su amor, pero con discrecion y con decoro: nadie le hubiera conocido á no ser porque despues de haber abierto la córte y la fortuna á su amante, este se enamoró locamente de la reina de Portugal, segunda muger del rey don Enrique, y la reina se enamoró con no menos locura de él. ¿Cómo quereis, pues, que doña Mencía no sea enemiga á muerte de la reina, y que no procure deshonrar á una infanta habida en esos tratos?

—Pero, sin embargo, no es seguro que doña Juana no sea hija del rey.

—El rey no puede tener hijos.

—Creo que vos, señora, no podeis, segun dicen, afirmar tal cosa.

Doña Catalina se ruborizó porque, en efecto, habia tenido dos hijos del rey.

—Muy instruido venís, caballero.

—Sé que la impotencia del rey se circunscribe á cierto caso, y nada mas: de modo que, no habiéndose hallado con doña Juana en el mismo caso que con doña Blanca....

—Os digo que tengo pruebas, pruebas indudables de lo ilegítimo del nacimiento de la Beltraneja.

—Pues bien: esas pruebas....

—Os las daré.

—¿Y cuándo me las dareis, señora?

—Cuando esté segura de que me amais.

—¡Oh! lo estareis muy pronto.

—Quiéralo Dios, porque he formado de vos un concepto tal, que me seria muy doloroso conocer que me habia engañado.

Sonó entonces un golpe lejano en una puerta del interior.

—¿Qué es eso? dijo Blasco.

—Es que me llaman.... para algo que, sin duda, es urgente, porque muy urgente debe ser cuando mis criados me avisan sabiendo que estoy en este retrete. Permitidme.... pero necesito saber....

—Sí, id, señora, id: pero no tardeis: espero de vos la felicidad, y estaré impaciente.

—¡Oh! no, no tardaré.

Y doña Catalina sonrió de una manera enloquecedora al portugués, salió, ligera como una sílfide, y volvió un momento despues pálida y escitada.

—¡El rey! ¡ha venido el rey! esclamó.

—Ya os decia yo que el rey vendria, dijo afectando cierta amargura Blasco.

—¡Y qué hacer, Dios mio!

—¡Qué hacer! recibirle: procurar recobrar lo perdido y no dejar tomar ventaja á doña Guiomar.

—Pero el rey puede querer venir á este retrete.

—¡Oh! sed desdeñosa con él esta noche, terrible, inconquistable: debeis serlo... de otro modo solo conseguiriais que el rey siguiese galanteándoos sin dejar de galantear á doña Guiomar: debeis forzarle á que elija entre una de las dos.

—Lo haré.

—Y para evitar que vengais á este retrete, me quedo aqui, y os espero.

—¡Oh! sí, quedaos... y adios: voy á tratar al rey como merece.

—Adios, señora, adios, y no olvideis mis consejos.

Doña Catalina salió, cerró las puertas por fuera, y en una fatal disposicion de ánimo se encaminó á la cámara donde la esperaba el rey.

En vano Enrique IV, al verla, quiso dominar cierta espresion de temor y de ansiedad, y mucho menos cuando pretendiendo abrazar á doña Catalina, esta le rechazó con indignacion.

—¡Apartad! ¡apartad! esclamó verdaderamente irritada la jóven: sois el rey mas villano que conozco.

Don Enrique abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Que soy un rey villano! dijo con acento de profunda admiracion y pronunciando lentamente sus palabras: pues mirad... lo ignoraba de todo punto: y ¿en qué consiste mi villanía, señora?

—Sois un hombre sin fé.

—¡Oh! ¡oh! no diria otro tanto don fray Lope de Barrientos, obispo de Avila.

—Mejor hubiera hecho en persistir en la resolucion que habia tomado despues que recibí el grosero insulto que me habeis hecho esta noche.

—Empezemos por vuestra determinacíon y despues vendremos al insulto. ¿Qué determinacion es esa, señora?

—La de despediros destempladamente por medio de mis criados,

puesto que habeis tenido el poco decoro de venir á mi casa, despues de lo que me habeis hecho presenciar esta noche.

—Eso no hubiera sido prudente, doña Catalina, porque el rey....

—El rey no es aqui mas que un mal caballero... el rey, encubierto y disfrazado en mi casa, no es mas que mi amante, amante á quien acojo ó á quien arrojo fuera de aqui, porque aqui y en las circunstancias en que nos encontramos, yo soy la verdadera reina.

—¿Pero qué mala yerba habeis pisado esta noche, doña Catalina? Seamos francos: ¿quereis una casa mejor que esta? ¿que se aumenten vuestra guarda-joyas, vuestras caballerizas, vuestra servidumbre? hablad, señora, hablad: ¿qué quereis?

—Quiero que salgais al momento de aqui y que me liberteis de vuestra presencia: sois un miserable.

—¡Un miserable y os ofrezco mis tesoros! nadie lo diria.

—¿Y para qué quiero yo vuestros tesoros? yo os amaba por vos mismo, ¿y me echais en cara los regalos que me habeis hecho?.. pues mirad: nada vuestro quiero: voy á destrozarlo ahora mismo todo, y despues de salir de esta casa la pondré fuego.

Y doña Catalina, entregándose á un furor para el que no necesitaba escitarse mucho, lanzó un taburete á un magnífico espejo de Venecia, prenda rarísima en aquellos tiempos y que habia costado al rey un tesoro, y le hizo añicos. El rey se asustó formalmente y sujetó á doña Catalina.

—Perdonadme, perdonadme, señora, si me entrometo á contenéros, pero en este momento sois un hermosísimo ángel esterminador. ¡Un espejo que habia costado cuatro mil florines de oro! ¡un espejo mandado hacer esprofeso en Venecia, para que reprodujera vuestra hermosa imágen, y como el cual no tiene otro la reina!.. vamos, calmaos... escuchadme... oid.

—¡Idos! esclamó con altivez doña Catalina, desasiéndose del rey.

Sonó entonces un ruido estraño en una habitacion inmediata, un ruido semejante al de un aparador lleno de bajilla que se hubiese desplomado, al que siguió un rápido ruido de espadas y un grito horrible de dolor.

Fue aquello tan imprevisto que doña Catalina palideció y se dirigió desolada á donde habia resonado aquel estruendo, al que habia sucedido un silencio profundo.

El rey la siguió. Al verse seguida por el rey doña Catalina, se detuvo.

—Seguid, señora, seguid, dijo don Enrique, tomando una bujía de

sobre una mesa: ese ruido ha resonado en vuestro dormitorio, y os anuncio que, si me estorbais el paso, pasaré por cima de vos.

Y, dicho esto, el rey empujó á doña Catalina, trastornada, trémula, le siguió temblando, y poco despues llegó á una puerta, descorrió su cerrojo y entró en una habitacion inmediata.

Era la misma en que habian cenado doña Catalina y Blasco do Campo Riveyra. Pero se encontraba en el mayor desórden; la mesa estaba par tierra: veíanse la vajilla y los restos de los manjares esparcidos sobre la alfombra; junto á ella, revolviéndose en su sangre, lanzando lastimeros y ahogados gemidos, estaba el señor Blasco do Campo Riveyra, rasgado el pecho de una estocada, y por la herida brotaba la sangre á borbotones.

Era aquel un momento de prueba: el rey quedó pálido, asombrado con la vista fascinada y fija en aquel estrago: doña Catalina se olvidó de que estaba alli el rey y solo vió el peligro de un hombre que la habia interesado en demasía y se arrojó sobre él.

—¡Oh! ¡Blasco! ¡mi amor! esclamó.

—¡Su amor! esclamó el rey ¡su amor! y como si aquella palabra hubiera sido para él un sortilegio mágico, huyó llevándose la bujía y dejando el retrete á oscuras.

—¡Luces! ¡luces! gritó doña Catalina con acento desesperado, estrechando convulsivamente á Blasco, y rasgándose las vestiduras para atajarle la sangre.

Poco despues el discreto servidor, que ya conocemos, entró con luces.

—¡Pronto! ¡pronto, Juan! dijo doña Catalina: este caballero á mi lecho: yo te ayudaré...

Y asió los pies de Blasco, al que, ayudada por Juan, pudo poner en el lecho.

—¡Al momento, que venga el primer médico que encuentres!.... ¡que vengan mis damas!.. ¡no! ¡no!.. mejor será que no llames mas que al medico.

Juan salió y entretanto doña Catalina vendó como pudo con las ropas que se habia rasgado la herida al portugués.

—¿Pero qué es esto, Dios mio? ¡habla, Blasco, mi amor, habla!

—Esto es, dijo Blasco, que el infierno me persigue.

—El infierno... ¿pero quién ha entrado aqui?

—No sé... un hombre armado de todas armas con la visera calada. . quise preguntarle... me acometió... me hirió... ¡ah!

Blasco no pudo decir mas, se habia desmayado.

En aquel momento doña Catalina oyó un atronador estruendo, y ruido de voces y de golpes, entre los cuales resonaba la voz de Juan que daba terribles alaridos. Poco despues el ruido cesó, y Juan entró pálido, descompuesto, en el retrete.

—¡Cómo, infame! dijo doña Catalina, ¿no has ido á buscar al físico y este caballero se muere?

—Es señora que acaban de derrengarme de una paliza, esclamó Juan, apretándose los riñones.

—¿Y quién? ¿quién?.. ¿los has conocido?

—¡En disposicion estaba yo de conocer á nadie!

—Pero... ¡acaba pronto!..

—Hallé con estrañeza el postigo abierto, pero como podia suceder muy bien que vos... no hice gran reparo, salí... y de repente, caen sobre mí espadas que me contunden, oigo voces infernales que rien, y solo recuerdo lo siguiente: «Dí á doña Catalina que su amante Centellas, á quien engañaba, ha muerto por su causa; pero que en cambio ha muerto tambien el amante favorecido que ocultaba en su retrete.»

—Y no has conocido á ninguno de esos hombres.

—No, no señora.

En aquel momento, doña Catalina reparó que las puertas de un rico armario que habia en su dormitorio estaban abiertas y arrojados sus cajones por el suelo, corrió al armario y miró á un cajon que estaba medio abierto y vacío.

Entonces lanzó un horrible grito.

—¡Ah! esclamó: ¡me han robado! me han robado las pruebas del adulterio de la reina!

Y combatida por tantas emociones, no pudiendo resistirlas, cayó desmayada.

VIII.

En que se aclara la parte misteriosa del anterior.

Mientras pasaban estas cosas en el retrete de doña Catalina, un hombre descendia rápidamente por el barranco de Segovia, y subia en seguida la cuesta de la Vega en direccion al alcázar; el paso de aquel hombre hacia crujir un arnés de guerra, y como al entrar en el alcázar, á donde se encaminaba, se levantase la visera de su yelmo, para darse á conocer de la guarda, pudo verse que aquel hombre era el capitan Hernando de Carrillo.

Poco despues, y cuando el capitan se habia perdido en el interior

del alcázar, llegó un escudero hidalgo con un embozado, rindió como seña, y el embozado pasó sin descubrirse.

Aquel embozado era el rey, que se encaminó con paso lento y vago, como el de un ébrio, á su cámara.

Sigamos al capitan Hernando de Carrillo, que se dirigió directamente á los aposentos de su esposa doña Mencía de Padilla, que estaban unidos á los de los infantes don Alonso y doña Isabel.

Al pasar por delante de una cámara se detuvo un momento frente de una puerta, en la cual, inmóvil como una estátua de hierro, calada la visera de la celada, sobre la cual ondeaba una pluma, y apoyado en una espada, daba la guarda un doncel ó escudero hidalgo del rey. Dentro de la cámara, junto á una mesa, donde ardia una bujía medio consumida, habia un grupo hechicero, compuesto por la infanta doña Isabel y su hermano el infante don Alonso. Doña Isabel, sencillamente prendida, estaba sentada en su sillon de alto respaldo, y contemplaba con una dulcísima y hechicera dulzura á su hermano que dormia sobre sus rodillas: una mano de doña Isabel se apoyaba en la frente del infante, mientras con la otra volvia una hoja de un grueso infolio puesto en un atril sobre la mesa. Aquel libro era un Tito Livio, manuscrito en pergamino, con hermosos caractéres góticos. Desde el lugar donde estaba Carrillo, observando este grupo, veia de frente la hermosa y dormida cabeza de don Alonso, y de perfil el purísimo semblante de doña Isabel. El escudero hidalgo permaneció inmóvil, como si nadie hubiera en la antecámara, en la que solo se detuvo un momento Hernando de Carrillo.

—¡Pobres niños! esclamó: se os hace pasar una mala noche: pero no importa: yo traigo en mi escarcela la corona que se ha de asentar sobre la cabeza de uno de vosotros, y por cierto que para traeros esa corona, me he visto obligado á pasar peor noche que la que vosotros pasais. ¡Y esa infanta doctora siempre con sus latines!.. porque apostaria á que el libro que tiene al lado está escrito en latin.

Acababa de murmurar esto, cuando llegó á otra puerta que estaba cerrada y á la cual llamó con fuerza. Poco despues se oyó abrir otra en el interior.

—¡Diablo! dijo el capitan, mi... muger no se descuida: sin duda está todavia con ella don Juan Pacheco.

La puerta á que habia llamado el capitan se abrió poco despues, y en efecto se le presentó el marqués de Villena, con una lámpara en la mano.

—Cuánto habeis tardado, Hernando, le dijo don Juan Pacheco,

Urrabieta inv.° y lit.° Lit.ª de J. Aragon. Madrid

III.

Contempla á su hermano con dulzura.

cerrando de nuevo cuidadosamente la puerta; vuestra esposa os espera impaciente: es ya muy tarde.

—Pero aun nos queda tiempo, y el rey nada sabe.

—Pero sin duda sabe algo Beltran de la Cueva.

—¡Cómo!

—El condestable Iranzu está en el alcázar, y se ha doblado la guarda.

—Eso se hace con mucha frecuencia, porque se tiene un miedo sordo: ademas ¿no piensan en llevarse al amanecer los infantes á Segovia?

—Sí, sí; todo eso es cierto... pero habeis encontrado...

—Sí; sí por Dios.

—¿Y lo traeis con vos?

—Ciertamente, y traigo ademas otra cosa.

—¿Qué?

—Sangre en la espada.

—¡Ah! ¡diablo!

—Por cierto que no esperaba yo tanto: pero puesto que mi... muger me espera impaciente, entremos, mi noble primo, entremos y concluyamos.

Don Juan Pacheco y Hernando de Carrillo levantaron un tapiz y y entraron en una cámara donde, sentada junto á una chimenea encendida, estaba doña Mencía de Padilla.

—¡Oh! ¡y cuánto habeis tardado! dijo con disgusto doña Mencía: ¡yo creí que no volviais nunca!

—¡Oh! me han acontecido cosas muy estrañas, esclamó Hernando de Carrillo, dejándose caer sobre un sillon y estendiéndose las piernas en direccion al fuego.

—¡Pero esos papeles!

—Esos papeles están aqui, dijo Hernando de Carrillo, sacando un paquete de cartas atadas con un cordon de seda y oro.

Doña Mencía se apoderó ávidamente de aquellos papeles, los desató, abrió una por una las cartas, las repasó rápidamente, y exhaló esclamaciones de placer, de alegría á medida que arrojaba una mirada sobre cada una de aquellas cartas.

—¡Oh! ¡esto es! ¡la tengo en mis manos! esclamaba: ¡es su letra! ¡no se puede ser mas terminante, mas clara que lo es doña Juana! ¡el adulterio está aqui palpable! ¡palpable de todo punto! ¡tomad, señor marqués, tomad y regocijaos!

El marqués tomó una tras otra las cartas y las leyó detenidamen-

te, mientras doña Mencía y Hernando de Carrillo seguian una conversacion animada.

—¡Ah, Hernando! dijo doña Mencía: cada vez me convenzo mas de lo que valeis y casi casi me siento inclinada á amaros.

—Por piedad, señora, dijo Hernando de Carrillo: no me hagais concebir esperanzas que no han de realizarse, aunque en verdad bien debierais... no sabeis bien cuánto hago por vos... especialmente esta noche... ha sido una aventura estremada.

—¿Y qué aventura ha sido esa, primo Hernando? dijo el marqués que habia leido las cartas y las ataba lentamente con el cordon.

—Una aventura que, aunque para mí ha tenido mucho de divertida, no ha sido tan divertida para otros.

—Recordad que me habeis dicho que traiais sangre en la espada.

—¡Sangre! esclamó doña Mencía con cuidado: ¿os habeis visto obligado á reñir?

—Sí, ciertamente obligado: esa es la espresion: yo hubiera querido evitarlo, pero me ha sido imposible de todo punto.

—Y... ¿cómo ha sido?

—En el momento en que me disteis la consabida llave, señora, dijo Hernando de Carrillo, tomando la entonacion y la actitud de un narrador, me encaminé á la calle de la Redondilla; pero, al entrar en ella, conocí, por el tacto mas que por la vista, que la calle estaba ocupada.

—¡Ocupada la calle!

—Sí por cierto, mi amada esposa; y no asi como quiera, sino por lo mas noble, lo mas valiente y lo mas alborotador de la nobleza jóven; pude juzgar de ello cuando al reconocerme se dieron á conocer: estaban alli Diego Ponce de Leon, Perafan de Rivera, Gaston de Moncada, Diego Manrique, Alvaro de Quiñones, Juan de Cardona, y sobre todo, el señor Alfonso de Leiva.

—¡Ah! el señor Alfonso de Leiva, dijo doña Mencía, ¿y qué hacian alli todos esos señores?

—Tenian puesto cerco á la casa de doña Catalina, á cuyas locuras, ó intrigas atribuian la muerte del señor Hugo de Centellas.

—¡Pobre jóven! esclamó doña Mencía.

—¿Qué quereis, señora? la suerte es ciega... el señor Diego de Centellas se aventuró á un lugar peligroso y... pero lo que mas debe estrañaros es que doña Catalina, que habia dado la llave de su postigo á un amante, entró por la puerta principal con otro: con un aventurero á quien ha visto por primera vez esta noche en la corte.

—¡Ah, el portugués!

—Ciertamente: el señor Blasco do Campo Riveyra.

—Y ¿cómo habeis sabido que ese hombre es amante de doña Catalina? dijo con cuidado el marqués de Villena.

—Dejadme que tome mi relacion de una manera correlativa: de otro modo me se olvidarian muchas cosas que son importantes, porque importante es todo cuanto ha pasado por mí desde que salí del alcázar.

—Empezad en buen hora por el principio, amigo mio, dijo doña Mencía; pero os ruego que ahorreis vuestras acostumbradas digresiones.

—Es que yo no sé contar las cosas mas que á mi manera.

—Os escuchamos; dijo el marqués de Villena.

Tomó de nuevo el capitan de la guarda morisca su entonacion de narrador y continuó:

—La intencion de los siete hidalgos que habian asediado la casa de doña Catalina por la parte de la calle de la Redondilla, era la de tomar en doña Catalina una cruda venganza de la muerte de Hugo de Centellas, que atribuian á sus manejos: pero no se habian decidido á nada cuando yo llegué; pensaban unos escalar las ventanas, romper los vidrios, penetrar y hacer una cruel afrenta á doña Catalina; opinaban otros que debia esperarse en silencio á ver si salia alguien por el postigo, y vengar con la muerte de aquel alguien, que debia ser, sin duda, un amante, la desgracia del muerto amigo; otros mas feroces, querian poner fuego á la casa.... en una palabra, no habia plan. Si no llego á tiempo, de seguro hacen un despropósito. Necesité engañarles, prometerles, formar causa comun con ellos, para que me dejasen entrar solo. Al fin logré contenerlos; me dirigí al postigo, abrí.... el postigo estaba preparado para recibir á un amante.... y eso que tenia por dentro tres cerrojos.... palpé en la oscuridad.... ha sido la primera vez que he hecho el oficio de ladron, pero no teneis de qué quejaros, señora; fuí diestro, tan diestro como el mas esperimentado; solo me inquietaba el maldito crugir de mi arnés; al fin encontré una escalera estrecha, subí, atravesé un corredor, hallé una puerta y la abrí: reinaba el mas profundo silencio y me aventuré dentro; sentí en el momento un perfume delicioso, y bajo mis pies una alfombra: y como el silencio continuase, busqué los enseres de encender, de que iba provisto, he hice luz.—Me encontré en un precioso retrete: la puerta por donde habia entrado era una puerta que, al cerrarse, quedaba oculta en la ensambladura que rodeaba la

pared; á mi derecha habia una ventana con vidrios de colores: al frente una puerta cubierta con un tapiz. En el retrete no habia mueble alguno en que se pudiesen guardar papeles, y vos, mi amada esposa, me habiais dicho que debia encontrarlos en un precioso armario, en la primera cámara que encontrase en lo mas alto de las escaleras.—Entonces me dirigí á la puerta cubierta por el tapiz, entré y me encontré.... en el dormitorio de doña Catalina, en un verdadero templo del amor.—En él detrás de un lecho magnífico ví un ostentoso armario: hallé sobre una mesa una lámpara y la encendí.—Luego fuí al armario y forcé con mi puñal la cerradura.—Dentro del armario habia una hermosa cajoneria.—En mi impaciencia abrí uno por uno los cajones, y arrojé los que no contenian el objeto que buscaba.—La lámpara que, sin duda, tenia poco aceite, se apagaba: al fin, al abrir uno de los últimos cajones, encontré un paquete de cartas, los únicos papeles que hasta entonces habia encontrado; me apoderé de ellos y solo tuve tiempo de ver un sobrescrito en que en letra de la reina se leia: «al señor duque de Alburquerque,» cuando la luz se apagó.—Seguro de que poseia las anheladas cartas, iba á salir, cuando hé aqui que cruje la puerta esterior y se vislumbra luz tras los tapices. Miro á través de ellos y veo dos criadas precedidas por un mayordomo que traen una mesa servida con vagilla de plata y humeantes viandas: ponen la mesa en medio del retrete, encienden un candelabro de seis brazos y salen cerrando la puerta. Yo no me atreví á aventurarme.—Poco despues cruge de nuevo la puerta y asidos amorosamente de las manos y de una manera que daba envidia de verlos, entran doña Catalina de Sandoval y el señor Blasco do Campo Riveyra.

—¡Ah! ¡qué liviandad! esclamó doña Mencía.

—Doña Catalina es una cortesana entregada enteramente al amor: añadió el marqués de Villena.

—Pero lo que vos no podeis sospechar, mi hermosa doña Mencía, es que vos habeis hecho casi enteramente el gasto de la conversacion.

—¿Yo?

—Sí, ciertamente: vos.... y yo.... ¡vamos! doña Catalina sabe perfectamente vuestra historia.

—¿Que sabe mi historia? ¡imposible!

—Delante del señor marqués de Villena, nuestro primo, podemos hablar sin reparo, porque nadie mejor que él sabe la desdichada aventura de nuestro casamiento, que ha salido, por mas señas, ente-

rita esta noche de la boca de doña Catalina, para entrar por los oidos del señor Blasco do Campo Riveyra.

—¿Pero quién ha podido contar á esa muger?...

—Es que vos, como todo el que por sus miras particulares se sirve de personas estrañas y las paga, teneis que esperimentar traiciones... es verdad que el traidor está ya castigado...

—¡Que está ya castigado!

—Sí, mediante un empellon por unas escaleras.

—¡Ah! ¡fue el miserable arcediano don Gonzalo! esclamó profundamente doña Mencía, cuya hermosa frente se nubló.

—Y por cierto que el tal arcediano no ocultó ni una partecilla de vuestra vida á doña Catalina; ¡ya se ve! ¡como confesor vuestro!...

—¿Y apropósito de qué hablaba esa gente de mí? dijo con impaciencia doña Mencía.

—Se trataba de vos como de la enemiga mas poderosa é irreconciliable de la reina.

Sonrojóse leve y pasajeramente doña Mencía, y dominándose repuso:

—¡Ah! ¡se trataba de la reina!

—Sí, ciertamente: y de sus amores con don Beltran de la Cueva y de su hija doña Juana la Beltraneja.

—¿De modo que ese portugués?..

—Es un agente del rey de Portugal.

—¿Y habeis matado á ese hombre? esclamó con doble impaciencia doña Mencía.

—No sé si le he matado, solo sé que le he herido gravemente.

—¿Y estais seguro de que doña Catalina no os ha reconocido?

—Doña Catalina no me ha visto.

—¿Pues cómo?

—Oid: cuando los dos amantes estaban en lo mejor de su conversacion, hé aqui que un criado anuncia la presencia del rey.

—¡El rey! ¿ha sido el rey tan bajo que despues del desaire hecho á doña Catalina en el sarao, se ha atrevido á ir á su casa?

—El rey, cuando se trata de sus vicios, no repara en nada, dijo incisivamente el marqués de Villena.

—De lo que vos teneis la culpa, vos, que habeis sido su favorito desde su niñez y le habeis pervertido, dijo doña Mencía.

—Creedme, señora, no se pervierte nadie sino el que tiene alma perversa. Además: tal para cual: estoy seguro de que doña Catalina no haria esperar al rey.

—Si doña Catalina fue á recibirle, fue por consejo del portugués, que es ó era el pícaro mas redomado que he conocido.

—Pero al fin doña Catalina fue, dijo el marqués de Villena.

—Sí por cierto.

—¿Y el portugués? preguntó doña Mencía.

—Se quedó solo en el retrete.

—¿Y entonces vos?..

—Yo no me estuve quedo.

—¿Y cómo es que vinísteis á las manos con él?

—El señor Blasco do Campo Riveyra, permaneció algun tiempo irresoluto y pensativo: luego miró hácia los tapices, tras los cuales me ocultaba yo... tomó el candelabro de la mesa y se dirigió á la alcoba. Estaba seguro de ser descubierto, y antes de que entrase el portugués me presenté á él, con la visera calada y la espada desnuda. El portugués, asombrado, retrocedió violentamente, y al retroceder echó al suelo la mesa, que causó un estruendo infernal: entonces, pensando solo en escapar, cerré con el señor Blasco, le herí, cayó, salté por cima de él, gané la puerta y las escaleras, y llegué al postigo que estaba cerrado por dentro con tres cerrojos: los descorrí, abrí y me encontré en la calle entre mis jóvenes y nobles amigos.—Preguntáronme, les contesté, alegráronse cuando supieron que arriba habia habido un escándalo sangriento... yo aproveché una ocasion, escapé de ellos, y aqui me teneis, señora: os he servido bien y he sufrido mucho por serviros.

Calló Hernando de Carrillo, se limpió la frente y estiró sus brazos como quien descansa, y luego lanzó un largo bostezo, que estaba suficientemente justificado por lo avanzado de la hora.

Doña Mencía y don Juan Pacheco habian quedado profundamente pensativos.

—Creo que estamos en el caso de obrar, y de obrar pronto, dijo el marqués de Villena: nuestros amigos estarán impacientes.

—Sí, sí, obremos, dijo doña Mencía de Padilla.

—Vos, Hernando, volveos á vuestra guarda, y estad dispuesto á todo.

—¡Quiera Dios que no tengamos algun percance! dijo levantándose el capitan, y apretándose el talabarte.

—¡Percance! ¿y por qué?

—Me da mala espina el haber encontrado en los subterráneos las botas y la loba del señor Blasco do Campo Riveyra. ¡Y luego aquellos suspiros!

—¡Bah! por lo que nos habeis referido nada sabia de la conjuracion el portugués: en todo caso, apretaremos los puños y los dientes.

—Por si llega ese caso voy á ponerme al frente de la guarda. Espero, hermosa señora, que en recompensa de mis servicios de esta noche, me concedereis una audiencia á solas.

Y Hernando de Carrillo, no atreviéndose á esperar la respuesta de su esposa, por si era negativa, estrechó bruscamente la mano del marqués de Villena, y salió.

—Vos, señora, la dijo el marqués á doña Mencía, id á preparar á los infantes, mientras yo voy á avisar á los conjurados.

—Id... y quiera Dios que no demos un golpe en vago, señor marqués.

—¡Oh! si no triunfamos hoy, triunfaremos mañana: solo nos faltaban pruebas convincentes del adulterio de la reina, y las tenemos ya. Quedad con Dios, señora.

—Id con él, don Juan.

El marqués salió de la cámara por la puerta esterior, y doña Mencía entró en la de los infantes por una puerta particular.

IX.

En que se vé que no puede salir bien ningun negocio en que andan mugeres.

Doña Guiomar de Silva habia salido del alcázar, despues de haber tenido una entrevista con el rey en su misma cámara, tan alegre como era de esperar de la situacion en que se encontraba, logrado el fruto de tantas intrigas, de tantos insomnios, de tanta astucia: este fruto era la posesion efectiva del título de manceba del rey, con todas sus consecuencias.

Doña Guiomar que, hasta entonces, para abrirse camino se habia doblegado y servido á todos los partidos, desde el momento en que se vió en lo alto de la escala cuyos peldaños habia subido con tanto trabajo y lentitud, solo pensó en esplotar para sí sola el favor de un rey, que por alcanzar su hermosura, no solo habia ofendido á su antigua manceba, sino tambien insultado á su esposa.

En su desvanecimiento, no solo se olvidó de todo, sino que ni aun se acordó de la cita y de la llave que habia dado á Alfonso de Leiva: solo la inquietaba una persona: aquella persona era Blasco do Campo Riveyra.

—Blasco me ama, se decia, mientras Esperanza pálida y triste la

despeinaba y preparaba para el lecho: está furiosamente enamorado de mí: es ademas ambicioso, y no perderá la ocasion de rehacer su fortuna á mi sombra... ¡si Blaseo me fuera leal!.. pero es oscuro como un abismo... sin embargo, esta noche me ha servido fielmente: yo necesitaba que alguien hiciese el amor á doña Catalina delante del rey, y él se ha prestado: es verdad que doña Catalina es hermosa: pero yo estoy segura que siempre la venceré: ademas el rey de Portugal envia á Blasco como agente para impedir los amaños de los navarros... yo hasta ahora he servido al almirante, que es lo mismo que servir al rey de Navarra, y aun les he procurado los medios para que se hagan con las cartas de la reina á Beltran de la Cueva... pues bien... el rey, mi amante (y doña Guiomar murmuraba esta frase con cierta satisfaccion) por mas que sepa que la infanta no es su hija, está interesado por su honor en que pase por tal: el rey de Portugal, por el honor de su sobrina se interesa del mismo modo. Pues bien, sirvamos á Portugal y engañemos á Navarra.

Una distraccion de Esperanza la hizo clavar un alfiler en la turgente y blanquísima carne de su señora que lanzó un grito y se volvió furiosa á su doncella.

—¡Eres una torpe! ¡esta noche me has dado tormento al peinarme, y ahora me clavas los alfileres! gritó.

—Perdon, señora, no sé lo que me hago, dijo atortolada Esperanza.

—¿Qué no sabes lo que te haces? ¿estas pensando acaso?..

—Pienso en una desgracia que me ha sucedido esta noche.

—¿Que te ha sucedido una desgracia? ¿y cuándo?

—Cuando acompañaba á ese caballero portugués que entró en el alcázar por el campo del Moro.

—¿Y qué desgracia ha sido esa? esclamó doña Guiomar cuyos ojos centelleaban.

—He perdido en los subterráneos del alcázar, el pañuelo que me habiais regalado.

—¡Cómo! ¿mi pañuelo de Cambray con mis blasones?

—Ese es mi mayor sentimiento.

—Pero, debiste haber vuelto, haberle buscado: por el lugar por donde te has ido no debe de haber ido nadie esta noche.

—Sí; si han ido, señora, y le han recogido, puesto que cuando yo fuí á buscarle no le he encontrado.

—¿Pero quién puede haberle recogido?

—Es que... señora... esta noche hay mucha gente en los subterráneos.

—¡Mucha gente en los subterráneos.

—Sí; hombres armados.

—¡Hombres armados!

—Delante de los cuales iba el capitan de la guarda morisca del rey y cuatro caballeros con las viseras caladas.

—¡Oh! ¡y no me lo has dicho! ¡y acaso sea tarde!.. ¡sí! ¡si! murmuró con acento ininteligible doña Guiomar, ¡comprendo para qué se querian con tanto empeño las cartas de la reina!.. pues bien: yo que lo he hecho yo lo desharé. ¡Hola! ¡á mí!

Presentóse al momento un criado.

—¡Pronto! ¡pronto! ¡prepárame una litera! que me acompañen dos escuderos armados, y tu Esperanza, ponte el manto y sígueme... quiero que me acompañes.

Esperanza obedeció temblando, y poco despues señora y doncella salieron de la cámara.

Apenas habian salido, cuando se abrió una puerta y apareció el señor Alfonso de Leiva, que poseyendo una llave, se habia introducido hasta allí merced á ella.

—¡Con qué es decir, esclamó, que esa miserable se burlaba de mí, y se vendia al partido que la pagaba! ¡con qué es decir que aqui hemos de estar perdidos siempre por intrigas mugeriles!.. ¡pero no, no! ¡juro á Dios que yo me he de vengar de esta muger! á todas luces ese portugués que ha tendido el señor Hernando de Carrillo, es su amante... ¡oh! ¡es necesario evitar las tramas de esa muger y llegar antes que ella! pero necesito no perder tiempo!

Y desandando lo andado el señor Alfonso de Leiva, se puso en la calle y tomó á la carrera hácia el alcázar.

Al llegar á él encontró cerrada la poterna.

—¡Ah de la guarda! esclamó Alfonso de Leiva.

—¿Quién va? preguntó un soldado desde una saetera.

—Avisad al capitan de la guarda que aqui está el señor Alfonso de Leiva.

Sintióse retirar al soldado de la saetera, y á poco volvió y dijo:

—El señor capitan Hernando de Carrillo no está en la guarda.

—¿Se le ha relevado?

—No señor, está en la cámara de su alteza.

—Haced venir al alferez de la guarda.

—Tampoco está, dijo el soldado.

—¡Ira de Dios! esclamó impaciente Alfonso de Leiva, ¿ha entrado por esta parte una litera?

—No señor, dijo el soldado.

—¿Y no podeis avisar al señor Hernando de Carrillo?

—De ningun modo, caballero, no podemos separarnos de la guarda.

—Es que hace un frio que hiela, dijo el jóven, no queriendo publicar el verdadero motivo de su impaciencia, ni hacerse sospechoso insistiendo.

—Acercaos y poneos bajo las matacanas, dijo el soldado: asi á lo menos ya que no del frio, os librareis de la lluvia: es todo lo que puedo hacer por vos, aunque tengo órden de no dejar acercar á los muros y de disparar sobre quien se obstine.

—Gracias, muchas gracias, dijo Leiva: y ya que me haceis este favor hacedme otro.

—¿Cuál?

—El de avisarme cuando baje el señor Hernando de Carrillo.

—Descansad, caballero, os avisaré.

Alfonso de Leiva, rebozado en su capa y pegado al muro, esperó, en una disposicion de ánimo fatal, media hora larga: sintió dar en el reló del alcázar las dos, las dos y cuarto y las dos y media. Al fin el soldado le dijo con voz soñolienta:

—¡Caballero!

—¿Ha bajado ya el señor Hernando de Carrillo?

—Si señor.

—Pues bien: avisadle que le busca su amigo el señor Alfonso de Leiva.

Retiróse como la vez primera el soldado, que volvió y dijo al jóven.

—Id á la poterna, caballero.

Dirigióse Leiva al lugar indicado, y poco despues, estaba delante de Hernando de Carrillo, que le contemplaba con sorpresa.

—Tengo que hablaros de un asunto importante; le dijo.

—¿De un asunto importante? esclamó maravillado el capitan.

—Tan importante que acaso os va en ello la vida ó la libertad.

—Pero hablad.

—Llevadme á la cámara de vuestra esposa.

—Sea, si asi lo quereis: pero creo que bien podia yo saber...

—Lo sabreis; pero en un lugar donde nadie pueda escucharnos.

—¿Y creeis que sea muy segura la cámara de mi esposa?

—Cuando doña Mencía la habita debe serlo.

—Es mucha, mucha la prudencia de mi muger, en efecto... vamos, pues, allá.

Y por prudencia ninguno de los dos nobles habló ni una sola palabra durante el camino.

Al fin llegaron á las habitaciones de los infantes don Alonso y doña Isabel, y encontraron á doña Mencía á la salida de la cámara de la infanta.

—¿Es este caballero de los nuestros? dijo doña Mencía.

—Sí; sí por cierto, como que á él debemos en gran parte despues de Dios y de Mosen Pierres de Peralta, y por medio de doña Guiomar de Silva, la llave del postigo de doña Catalina.

—¿Y habeis sido sin duda destinado á conducir á sus señorías los infantes?..

—No por cierto: solo vengo á avisaros un peligro.

—¿Y qué peligro es ese? dijo doña Mencía.

—Sí, sí, sepamos qué peligro es ese.

—El rey sabe que en los subterráneos del alcázar hay hombres de armas.

—¡Que lo sabe el rey!.. esclamó con depescho doña Mencía, ¿y á vos quién os lo ha dicho?

—Una doncella de doña Guiomar de Silva.

—¡Una doncella de doña Guiomar de Silva! ¿y cómo lo sabe esa doncella?

—Porque fue á introducir á un portugués en el alcázar á tiempo que los hombres de armas, á cuya cabeza ibais vos, señor Hernando de Carrillo, con cuatro nobles encubiertos, entrabais en los subterráneos.

—¡Ah! ¡ah! hé aqui los resultados que indicaban aquel maldito porta-espuela y aquel pañuelo.

—¡Un pañuelo de Cambray, en cuyas puntas estaban bordados los blasones de doña Guiomar! dijo Alfonso de Leiva.

—Justamente.

—¿Y quién ha encontrado ese pañuelo?

—Yo... ¿pero quién le habia perdido?

—La doncella.

—¡Ya decia yo que era estraño, muy estraño, que doña Guiomar gimiese de aquel modo!

—Pero si no sabe nadie aun mas que vos que esos hombres están en los subterráneos, dijo doña Mencia, que habia quedado profundamente pensativa... nada hay perdido... aun tenemos tiempo.

—Es que no ha sido á mí á quien ha revelado este secreto la doncella, sino á doña Guiomar de Silva.

—¿Y doña Guiomar que nos sirve fielmente os lo ha revelado á vos?

—Doña Guiomar os hace traicion.

—No os comprendo.

—Doña Guiomar nada me ha dicho.

—¿Y cómo sabeis?

—Dispensadme, señora, si os hago oir cosas que no quisiera que me escucháseis: yo amaba á doña Guiomar.

—¡Ah!

—Doña Guiomar, al recibir de mí esta noche la llave del postigo de la casa de doña Catalina me dió otra llave.

—¡Una cita de amor!

—Cabalmente: yo acudí á esa cita despues de haber asistido á la venganza que, por nosotros, ha tomado de la muerte del pobre Hugo de Centellas, el señor Hernando de Carrillo, y despues de haber contribuido por mi parte á una furiosa paliza dada á un criado de doña Catalina: valiéndome de la llave que me habia dado doña Guiomar, entré en el huerto de su casa, y luego por una puerta y una escalera escusada, llegué hasta la cámara de dormir de doña Guiomar: la conversacion que tenia con su doncella, me hizo escuchar: la doncella dijo á su ama que al acompañar al señor Blasco do Campo Riveyra, habia visto entrar en los subterráneos hombres de armas, y al escuchar esto doña Guiomar, mandó preparar una litera, y con su doncella salió para venir al alcázar: yo escapé en el momento y vine á avisaros; pero me ha detenido la guarda en la poterna principal, y doña Guiomar que, sin duda, ha entrado por otra puerta, debe de haber visto ya al rey.

—Es necesario no perder tiempo, esclamó doña Mencía.

—Yo creo, dijo Hernando de Carrillo, que el marqués de Villena se habrá adelantado.

—Pues yo creo que todo se ha perdido.

—¡Que se ha perdido! esclamó Hernando de Carrillo.

—Oid: ¿no escuchais un ruido sordo en las galerías inmediatas?

—¡Oh! ¡vive Dios! son pasos de hombres armados.

En aquel momento se oyeron golpes impacientes en la puerta esterior de la cámara, y una voz robusta que dijo:

—¡Abrid á su alteza!

—¿Y qué hacemos? dijo pálida de cólera doña Mencía.

—¿Qué hemos de hacer sino abrir y resignarnos á lo que suceda? ¡Si Dios hiciera conmigo el milagro del pan y de los peces multiplicándome!.. pero llaman con mas impaciencia.

—¡Abrid al rey, ó mando echar la puerta abajo! dijo la misma voz que habia hablado antes.

—¡Abrid! dijo doña Mencía, con una serenidad heróica á Hernando de Carrillo.

El capitan de la guarda morisca, gruñendo como un mastin irritado, fue á la puerta y la abrió; inmediatamente apareció tras de la puerta don Diego Hurtado de Mendoza, duque del Infantado, hijo del marqués de Santillana y padre de doña Mencía de Mendoza, muger de don Beltran de la Cueva. El duque no tenia mas armas defensivas que una rodela, lo que significaba que nada estaba previsto por el rey, y que, avisado de pronto, no habia tenido tiempo de armarse; pero tras él se agrupaban veinte hombres de armas del rey.

—Estaba seguro de encontraros aqui, señor capitan; le dijo el duque.

—¡Ah! ¡estabais seguro de encontrarme! dijo Carrillo con una cólera estóica: señal cierta de que me buscabais, y por lo tanto de que me necesitais; ¿en qué puedo contentaros, don Diego?

—El rey me manda prender vuestro cuerpo, y los de los caballeros que se encuentren con vos.

—¿Eso quiere decir que yo tambien soy preso? dijo con desden Alfonso de Leiva.

—Por mas que lo sienta, lo que acabais de decir es verdad, contestó el duque: asi, pues, señor capitan del rey, señor Alfonso de Leiva, entregadme vuestras espadas.

—Tomad: dijeron á un tiempo entrambos nobles desenvainándolas y entregándolas por el puño á don Diego Hurtado de Mendoza.

—En cuanto á la mia, dijo Hernando de Carrillo, os suplico señor duque la depositeis en lugar donde no pueda estraviarse; es una escelente hoja que me ha hecho escelentes servicios, y que creo que me ha de ser muy útil todavia.

—Esta espada tiene sangre: dijo el duque del Infantado reconociéndola.

—Si por cierto: y eso nada tiene de estraño.

—No soy vuestro juez: pero, sin embargo, esta espada se unirá á vuestro proceso... y acaso encontremos luz acerca de dos homicidios que se han cometido esta noche, en la sangre que tiñe vuestra espada.

—Pues os juro, que aunque mi espada haya hecho muchos homicidios en servicio del rey, lo que es esta noche, solo ha hecho un gaticidio.

—¡Bah! dijo el duque del Infantado, que era de carácter noble

y benévolo; siempre estais de buen humor, señor capitan.

—No, no lo digo por broma, aunque lo parece; ¿qué quereis? algunas veces, por entretenerme en algo, suelo dedicarme á la caza de animales dañinos: ya sabeis que soy muy aficionado á la caza: cuando puedo prefiero el jabalí, y solo á falta de otra caza mejor, me decido por la de los gatos.... y el de esta noche.... ¡oh! el que he pinchado esta noche, era un gato muy gato.

—Allá os entendais vos: pero apropósito, veo asomar por aquella puerta á mi señora y antigua amiga doña Mencía de Padilla, vuestra esposa.

—Veo que el rey nos trata con mucha distincion, cuando para prendernos nos envia una persona tal como vos, señor duque, dijo tranquilamente y con la mas esquisita cortesanía doña Mencía.

—¡Para prenderos, señora! dijo inclinándose en un respetuoso saludo el duque.

—Si por cierto: creo que aqui se trata de prisiones puesto que teneis en vuestras manos las espadas de estos dos caballeros.

—En efecto, señora; me hallaba por un acaso en el alcázar acompañando á mi yerno, y el rey se ha servido de mí para este enojoso asunto, bien contra mi voluntad.

—Vuestro yerno, el señor Beltran de la Cueva, el poderoso señor duque de Alburquerque, conde de Ledesma, del consejo y cámara del rey, trata con mucha deferencia á sus antiguos amigos, dijo con punzante sarcasmo doña Mencía, cuando permite que un caballero tal como vos, (y la voz de la dama tomó un acento de sinceridad) tan noble, tan leal, y á quien autorizan tan honradas canas, venga á prendernos.

—Es que no se trata de prenderos, señora; dijo el duque.

—¡Ah! don Beltran de la Cueva no se atreve á decirme: ¡yo os prendo! es necesario darle las gracias por la forma.... aunque en el fondo....

—Señora: don Beltran de la Cueva os respeta, os reverencia.... don Beltran de la Cueva, si se viera obligado á prenderos, renunciaria á su autoridad antes de hacerlo; no es don Beltran de la Cueva quien ha preso á estos caballeros y me envia á vos, sino el rey.

—¿Y quién es el rey de Castilla? esclamó con arranque doña Mencía.

—Os suplico, señora, que pasemos á vuestra cámara: aquí hay demasiadas personas que nos escuchen, dijo el duque señalando á los soldados.

—Pasemos, pues, á mi cámara, don Diego.

—Os suplico me permitais un momento, señora; os ruego tambien caballeros, que sigais al alferez Bazan que está presente, á la torre del Homenaje, donde quedareis á la disposicion del rey.

—Vamos en buen hora: dijo Alfonso de Leiva.

—Os repito, señor duque, añadió con intencion Hernando de Carrillo, que procureis no se estravíe mi espada.

Meditó un momento el duque, y luego dijo devolviendo sus espadas á los dos nobles.

—Tomad, caballeros: guardad vuestras espadas; vuestro honor es demasiada seguridad, y ademas creo que vuestra prision es preventiva; y (añadió en voz baja acercándose á Hernando de Carrillo) por lo que pueda suceder, limpiad vuestra espada, capitan: yo ya se sois honrado, valiente y caballero, y que no habreis matado *ese gato* sin honra y sin peligro.... comprendo.... comprendo.... y porque comprendo demasiado, os entrego vuestra espada.... para que la limpieis.

—Gracias: muchas gracias.... señor duque; esclamó Hernando de Carrillo estrechándole enérgicamente una mano.... y permitidme, ya que estoy preso, ya que sois mi amigo, y para que pueda servirme de guia..... ¿el rey.... ó mejor dicho: don Beltran?...

—Todo se sabe, contestó en voz baja el duque.

—¡Oh! ¡las mugeres! ¡las mugeres! murmuró Hernando de Carrillo: ¡confunda Dios á la mejor!

Y volviéndose al grupo de soldados dijo:

—Ahora bien, señor alferez Bazan: estoy á vuestras órdenes.

—Y yo: añadió Alfonso de Leiva.

—Id, señor alferez, y tratad con el mayor respeto á estos caballeros: vos, alferez Campos, quedaos guardando esa puerta con diez hombres. Adios, pues, caballeros.

—Guárdeos Dios, duque, contestaron entrambos y salieron.

—Hay que convenir, dijo Hernando de Carrillo á Leiva, en que se nos ha preso con mucha cortesanía: este duque, para cortesano, vale todo el oro que pesa.

—Pero nos prende.

—¡Qué diablo! mañana le prenderemos nosotros.

Y Hernando de Carrillo calló, y siguió adelante.

Entretanto el duque del Infantado entraba con doña Mencía en su cámara.

—Y bien, ¿qué significa esto don Diego? dijo ella, cerrando la

puerta y cubriendo su semblante con la mas impenetrable reserva: sentaos y hablad sin temor; nadie puede escucharnos.

—Tenemos muy poco tiempo de que disponer, señora, porque las circunstancias son decisivas y apremiantes.

—¡Ah! ¿no estais seguros del triunfo?

—Nada sabemos, y lo que sabemos es por una casualidad: puede haber sangre: la reconciliacion de los bandos ha sido falsa; una reconciliacion transitoria, del momento... y vos... vos, señora, con vuestro admirable ingenio, con vuestros maravillosos recursos, sois el alma de todo.

—Me atribuís un poder que no tengo: yo solo soy un soldado de ese ejército de nobles que se subleva contra un estado de cosas vergonzoso é imposible... vos seriais tambien de los nuestros, si no fueseis suegro de Beltran, de ese miserable Beltran, que nos insulta á todos: al rey, como esposo de doña Juana; al reino, como gefe de un bando infame; á vos, haciendo infeliz á vuestra hija, á mi pobre prima doña Mencía de Mendoza.

—¡Señora!...

—Y á mí, á mí, á quien ha burlado de una manera infame, desagradecida y villana... porque... porque, en fin... es necesario decirlo de una vez; me lo debe todo... hasta el amor de esa ramera coronada que don Juan Pacheco nos trajo, en mal hora, de Portugal.

—¡Ah! ¡señora! os suplico que os calmeis: don Beltran de la Cueva me envia á vos.

—¡Que os envia á mí Beltran! ¡vergüenza! entre Beltran y yo no puede haber mas que odio; un odio á muerte... y si Beltran vive, os lo confieso, y solo os lo confesaria á vos, señor duque, es porque, á pesar mio, cuando pienso en su muerte, mi amor renace, y mi corazon brota lágrimas... yo no puedo matarle, no; le amo demasiado, con un amor ofendido, vilipendiado, ansioso de venganza... pero no contra él... sino contra los que me le han robado... os digo esto porque nos une un parentesco próximo; porque sé que vos sois demasiado caballero para abusar de las debilidades de una pobre muger.

—En verdad que no sé cómo compadeceros, doña Mencía; vos, tan noble, tan pura; vos...

—¡He amado á otro que á mi marido! es que Dios ha dicho: no pasarás la vida sin amar, y sin amar de una manera superior á la voz de tus deberes... es que yo habia soñado un ser y me pareció haber encontrado ese ser en Beltran: nada me ligaba á Hernando de Carrillo... nada... él tuvo la culpa de nuestro casamiento,

que fue forzado, lo sabeis bien... como muger soy enteramente estraña á Hernando, y puede decirse que mi verdadero marido, ante Dios, es Beltran: no he amado á nadie mas que á él; no he sido de nadie mas que de él: no existe un solo hombre que pueda jactarse de haber recibido de mí el mas ligero, el mas insignificante favor, ni una mirada, ni una palabra, ni una sonrisa. Y sabeis que he sido solicitada y perseguida, y asediada por nobles, ricos y hermosos caballeros... solo he amado á Beltran: yo me dije: vive de Ubeda, oscurecido, sufriendo la miseria, devorando su orgullo de noble, oyendo con cólera las palabras poco respetuosas con que la plebe, abusando de un defecto corporal de su anciano padre, don Francisco de la Cueva, le llama por escarnio el *galgo cojo*, y de cuyo violento dicterio no toma venganza por no dar á entender á costa de su orgullo que oye tales palabras: yo adoré aquella frente de niño, marcada por la desgracia, tan noble, tan altiva, tan pensadora: yo me dije: tengo medios á mi alcance para levantarle del polvo de su miseria: yo soy libre, libre ante Dios: yo le amo y puedo amarle: el mundo no tiene derecho á otra cosa que á mi discrecion, á mi decoro: yo satisfaré mi sed de amor en un profundo misterio, y este misterio le hará mas íntimo, mas dulce: me valí de don Gonzalo de Arévalo, miserable que despues vendió al oro mi secreto, y al que me ví obligada á matar, y Beltran fue mio entre el mas denso misterio, antes de que conociese el semblante y el nombre de la muger que le adoraba: fuí madre, y Beltran solo lo supo al conocer mi semblante: entonces me creí feliz: ví el asombro, la turbacion, la felicidad infinita de Beltran, al conocer mi hermosura, hermosura vírgen é inmaculada para él, y yo me sentí morir de felicidad; porque no se ha amado nunca como yo le he amado, como le amo aun; ni muger alguna ha sufrido los horribles celos, la desesperacion rabiosa que yo sufro.

—Pero... llegan momentos...

—Sí; un hombre que ha puesto la planta una vez en la senda de las bajezas y de los perjurios, no puede contenerse... sigue cometiendo bajezas.

—¡Señora!

—Comprendo que vos, padre de la esposa de ese hombre, sintais lastimado vuestro honor cuando se le acusa... y sin embargo... es una fatalidad para vos, primo mio, pero mi acusacion es justa.

—Los celos os estravian...

—¿Qué me estravian los celos? ¡qué! ¿ese pobre Beltran, no me ha dado motivos para que le llame infame?

—¡No! esclamó con energía el duque.

—¿No? escuchad: yo... le recomendé al maestre de Calatrava, y por mi recomendacion el marqués de Villena...

—El marqués de Villena le presentó en la córte y...

—Le hizo concebir ambiciones exageradas... lo sé; pero si Beltran no hubiera sido ambicioso, no se hubiera pervertido.

—Don Beltran, lo sabeis bien, señora, es uno de los pocos caballeros sin tacha que existen en Castilla.

—Sí, es verdad: en un reino en que hay tanto noble sin fé, tanto caballero bribon y miserable, un hombre que se conserva fiel á un partido, que es valiente, que no contrae deudas, es ya un prodijio: poco importa que ese hombre en su vida privada sea adúltero...

—¡Señora!

—Beltran de la Cueva, es casado; casado con vuestra hija, con mi sobrina doña Mencia.

—Y entonces vos sois adúltera tambien, esclamó el duque levantándose herido, al fin, en su orgullo y en su amor de padre.

—¡No! ¡yo soy una mártir! dijo doña Mencia, una mártir sacrificada á ese hombre y al honor de su familia...

—¡Nuestro honor!.. esclamó mas irritado el duque.

—Vuestro honor estaria manchado, si yo no me hubiera sacrificado por él.

—¡Mentís! esclamó el duque, ya fuera de sí.

—Os perdono ese arranque, porque sois padre.... pero escuchadme: yo me habia engañado acerca de Beltran; yo, que habia desdeñado tantos amores verdaderos, creí en su amor: pero yo, á pesar de mi decantada hermosura, no llenaba enteramente sus deseos: Beltran, niño y sediento de goces, codiciaba á vuestra hija: ademas creia adelantar mucho en el camino de su ambicion casándose con ella....

—Y la enamoró, y ella le amó, y hubo una dueña infame que la arrojó en sus brazos antes de que fuera su esposa....

—Se necesitaba todo esto para haceros consentir en el enlace de vuestra hija con un hidalgo pobre, cuya suerte se reducia entonces á ser paje del rey.

—Pero, cediendo á mi honor, que es para mí lo primero, sacrifiqué las conveniencias que por entonces me ofrecia don Beltran, y le dí mi hija.

—Hé ahí mi sacrificio: sí Mencía, si vos no hubierais sido mis parientes, si no la hubiera amado como á una hija, no hubiera sido

su esposa, no, os lo juro.... aunque me hubiera sido necesario cometer un crímen, y ya sabeis que, sin llegar á ese estremo, pude haber evitado aquel enlace. Por de contado, al hablar de adulterio, no me he referido á una falta cometida contra vuestra hija, sino contra mí; contra mí, que era su esposa, porque los deberes, primo, no consisten en las aperiencias sino en el verdadero carácter de las cosas: la ofendida, la insultada, la escarnecida fuí yo: sin embargo, comprendí que le habian arrrastrado su ambicion y los malos consejos del marqués de Villena, devoré mi agonía, consentí en su enlace, le perdoné, y cuando, disculpándose conmigo, me afirmó que le casaban contra su voluntad, le dije: «si, te casan y yo permito que te casen, lo quiero, porque por mucho que te ame, amo tambien á esa pobre niña á quien has deshonrado.... cásate, sí; pero ten peresente que si al partirte con una me despedazo el corazon, antes de partirte con otra os haré pedazos á los dos.» Y cuando ese caso ha llegado, cuando Beltran ama y es amante de una tercera muger, ¿no quereis que diga que es un miserable, un infame, que no se diferencia de los otros miserables que abundan en Castilla mas que en las apariencias?

—Las cosas han llegado á un estremo tal, señora, que para que satisfagais vuestra venganza, por mas legítima y justa que la creais, os vereis obligada á envolver en ella á todo un reino.

—¿Y qué me importa? aunque supiera que el mundo entero iba á reducirse á cenizas, no retrocederia en el camino que he emprendido.

—Don Beltran al enviarme á vos, alentaba una esperanza....

—¡Ah! Beltran creia que cuando hace tanto tiempo que nos cruzamos en el alcázar, en la córte, en todas partes sin saludarnos, un mensaje suyo me haria concebir una esperanza de que tras ese mensaje vendria una entrevista, y que por esa *ansiada entrevista*, yo aplazaria la situacion del momento! Beltran se ha engañado, y solo ha logrado demostrarme, doblegando su orgullo hasta el estremo de ser el primero de los dos que solicita una reconciliacion, solo ha logrado demostrarme, repito, cuánto ama á la reina.

—¡A la reina! esclamó con indignacion el duque: esa es una calumnia infame.

—Esa es una acusacion que está apoyada en pruebas indudables: en cartas de la reina á Beltran, en cartas que verá esta misma noche el rey; que, si es preciso, serán presentadas á las córtes del reino; cartas, que, en su mayor parte están fechadas mucho tiempo antes del nacimiento de la infanta doña Juana.

—En fin, señora, ¿estais decidida á proseguir en vuestro empeño?

—¿No juré á Beltran hacerle pedazos con la nueva muger con quien me vendiese?

—Pero ved, que esa absurda declaracion de ilegitimidad de la infanta doña Juana, traerá consigo la guerra civil: que se derramará sangre inocente...

—¿No os he dicho que aunque supiera que mi venganza habia de destruir al mundo no retrocederia?

—¿Será necesario que venga á suplicaros el mismo don Beltran?

—¡El! ¡venir él á suplicarme, por la honra de mi rival! ¡venir él á pedirme una corona para su hija, para la hija de unos amores que me desesperan? ¡no! ¡que no venga, porque lo que podria suceder seria horrible!

—Por última vez, esclamó el duque con una verdadera ansiedad: ved, prima mia, que escluyendo á doña Juana, favoreceis los intereses de Navarra, que, os lo repito, va á correr la sangre á torrentes; que es necesario ser muy cruel, para no tener compasion de un reino entero.

—¡No! ¡no! ¡y cien veces no!

—¡Ah! ya sabia yo que vuestro gran corazon...

—¿Qué decis? ¡me habeis comprendido mal! he querido decir que no perdono, que no retrocedo, que no destruyo una obra de muchos años: ¡que no! ¡que no! ¡y cien veces que no! la lucha está empeñada, empeñada á muerte... que Dios tenga piedad del que sucumba.

—No en valde don Beltran me habia dicho: ¡vais á combatir una roca! dijo con desaliento el duque.

—¡Ah! ¡os ha dicho eso! pues mirad: me alegro de que me comprenda tan bien; decidle que no se ha engañado y que para vencerme no apele á mi corazon: mi corazon solo destila hiel: que busque otros medios.

—En ese caso, señora, y puesto que os negais á todo arreglo, me veo en el triste caso de deciros que me sigais con los infantes.

—En buen hora: hé ahí las únicas palabras que debiais haberme dicho: voy á preparar á sus señorías.

—Permitidme que os acompañe, sino es ya que por miramiento al recato de la infanta doña Isabel...

—No, no: podeis venir: su señoría no se ha acostado.

—¡Ah!

—Ya lo veis, estábamos dispuestos á todo.

—Sí, queriais, robando al rey los infantes, levantar el estandarte de la guerra civil: pero Dios lo ha dispuesto de otro modo.

—Aun estamos en el alcázar de Madrid, señor duque, y no sabemos cuál es la voluntad de Dios.

—Os aseguro que vos y los infantes dormirais mañana en Segovia.

—Y bien, dijo doña Mencía encojiéndose de hombros: alcázar por alcázar, tanto me da este como aquel: seguidme, mi buen primo, seguidme.

Y doña Mencía, abriendo la puerta de comunicacion entre su cámara y la de la infanta, introdujo en esta última á don Diego Hurtado de Mendoza.

La infanta, rendida por la vela, habia inclinado su cabeza sobre el Tito Livio, y dormia: el infante don Alonso, dormia aun sobre las rodillas de su hermana. Pero el ligerísimo sueño de la infanta se desvaneció al ruido de las pisadas del duque y de doña Mencía.

—Perdone vuestra señoría, dijo doña Mencía acercándose á ella: pero su alteza nos manda poner en camino.

—¡Que el señor rey mi hermano nos manda poner en camino! dijo con dignidad la infanta: obedezcamos, pues; despierta, hermano mio, despierta, añadió doña Isabel, levantando suavemente entre sus manos la juvenil y hermosa cabeza del infante don Alonso.

—¡Qué! dijo balbuceando mal despierto: ¿qué quieren? ¡ah! no me he acostado todavia... y soñaba: he sentido mucho que me despierten... ¡soñaba con mi madre!

—El señor rey nuestro hermano nos manda prepararnos á marchar.....

—¡A marchar! ¡nos vamos de Madrid! dijo el infante; pues me alegro porque este alcázar es mucho mas feo que el de Madrigal.

—El alcázar de Segovia es mas suntuoso, dijo el duque del Infantado, y ya tienen vuestras señorías dispuestas las magníficas habitaciones de la torre *del rey don Juan*.

—Pero esa torre, mandada hacer por mi noble padre, que esté en gloria, en los tiempos de la privanza de don Alvaro de Luna, es una torre fuerte destinada á prision, dijo la infanta clavando una mirada profunda en el duque.

—En efecto, señora, dijo con sarcasmo doña Mencía: vamos presos á Segovia.

—¡Presos! esclamó la infanta palideciendo y con un acento en el que, aunque contenido, se sentia vibrar la cólera: ¡presos! ¿y por qué delito se prende á los hijos del rey don Juan?

—Se teme, que se abuse del nombre de vuestras señorías, dijo el duque del Infantado mientras el infante don Alonso con el entrecejo levemente fruncido, y sus negrísimos ojos fijos en el duque le miraba de hito en hito, con toda la bravía espresion instintiva de un leoncillo.

—¡Que se teme que se abuse de nuestro nombre! esclamó con un generoso arranque la infanta: ¡es decir que se nos acusa de deslealtad!

—Señora... el re no hace mas que evitar.

—¿Y quién se atreveria á tomar nuestro nombre, que yo no le desmintiese, tratándose de una traicion al rey? esclamó con indignacion la infanta.

—El rey lo manda, señora, esclamó el duque aturdido por el indescribible imperio que, desde sus primeros años, tuvo sobre cuantos le rodearon aquella admirable muger que se llamó, andando el tiempo la reina doña Isabel la Católica.

—Es que yo no voy preso, dijo con acento altivo el infante.

—El rey lo manda, dijo doña Isabel: y nosotros, como sus vasallos, por mas que conozcamos lo injusto del mandato, debemos obedecer: nosotros, hermano, nosotros los primeros vasallos del reino, debemos dar á ese reino ejemplo con nuestra obediencia; estamos dispuestos caballero, y cuando el rey lo mande....

—El rey, señora, cree sin duda que ya estamos camino de Segovia.

—Pues marchemos: ¿puede seguirme alguna de mis damas?

—Solo falta que las designe vuestra señoría.

—Pues bien: ademas de mi camarera mayor, de cuyos servicios estoy satisfecha, quiero que me acompañen mi aya doña Beatriz Galindo y mi dama doña Beatriz Fernandez de Rodádila. Hacedlas avisar, doña Mencía.

—Permitidme, señora: no hay por el momento literas preparadas mas que para sus señorías y para vos, dijo el duque dirigiéndose á doña Mencía; yo me encargo de llevar en breve á esas dos señoras.

—Entonces marchemos: dijo la infanta dirigiéndose á la puerta.

—Permítame vuestra señoria: por ahí no: podríamos encontrar tropiezos en el alcázar.

Como si la voz del duque, que se referia á un conflicto le hubiese evocado, oyóse de improviso áspero son de armas que creció rápidamente, hasta convertirse en un combate nutrido, en medio del cual retumbaron trompas de guerra.

—¡Oh! ¿qué es esto? dijo la infanta.

—Esto es, señora, dijo el duque, que los bandos empiezan en nombre del infante don Alonso la guerra civil, dentro del mismo alcázar.

Doña Mencía guardó silencio por reserva, y el semblante de la infanta se iluminó con una espresion de generosa valentía al escuchar el ruido del combate.

—Juradme, dijo al duque del Infantado, que vuestra venida no es un lazo de los rebeldes: jurádmelo por vuestra fé de caballero.

—¡Ah! ¡señora! Dios os perdone la ofensa que me haceis, dijo con acento respetuoso, aunque amargo, el duque: hé aqui la órden en que su alteza me manda conduciros al momento á Segovia.

La infanta rechazó noblemente el pergamino que el duque le presentaba, y dijo con acento firme:

—Puesto que vos sabeis la salida, guiad; doña Mencía, hacedme la merced de no olvidar mi Tito Livio: es un escelente compañero.

El duque tomó la bugía que estaba próxima á estinguirse: doña Mencía cargó con el infolio, y doña Isabel, llevando de la mano al infante don Alonso, que mostraba el semblante sombrío y hosco, siguió al duque, indiferente como si se tratase de un acontecimiento vulgar: doña Mencía contrariada y pálida los seguia murmurando para sus adentros:

—Yo podria con una sola palabra, con un solo grito, impedir este viaje: pero esta resistencia á las órdenes de ese rey de copas, me haria perder mi prestigio para con la infanta: es demasiado firme, y se necesita engañarla ó convencerla; dejémonos arrastrar.

La cámara quedó desierta, y solo se oia en ella el arnés del doncel que se paseaba en la antecámara. El ruido del combate, aunque mas alejado, se oia aun. De repente se oyeron pasos precipitados de muchos hombres, se abrió de golpe la puerta de la cámara y don Juan Pacheco, seguido de algunos caballeros con las espadas desnudas entró en ella gritando:

—¿Dónde están los infantes?

Pero nadie le contestó.

Entonces recorrió todas las habitaciones inmediatas, y no hallándolos en ella, dijo volviéndose á los caballeros:

—Seguidme, señores, seguidme á la cámara del rey.

IX.

De como los confederados hicieron firmar á Enrique IV lo que jamás hubiera firmado por su voluntad.

A medida que don Juan Pacheco y sus amigos atravesaban galerías en demanda de la cámara del rey, encontraban grupos mas compactos de soldados: al frente de cada grupo habia un gefe, á todas luces, por su arnés, y sus vestiduras, rico hombre, ó cuando menos, caballero.

Al pasar junto á cada uno de aquellos hombres, el marqués de Villena les apretaba la mano y les decia rápidamente esta misma frase:

—El rey es nuestro; pero nos ha robado los infantes.

—Si el rey es nuestro, contestaban los mas, poco importa que no tengamos los infantes: el rey nos los pondrá en las manos.

Al fin el marqués de Villena llegó á la antecámara real, y en ella encontró mas gente, á pesar de la hora, que en los dias de audiencia solemne: estaban allí todos los caballeros del bando enemigo del de don Beltran de la Cueva; pero los nobles que parecian gefes, eran el conde de Paredes, el de Benavente, el de Haro y el de Plasencia. Creemos deber advertir que cuando el marqués entró en la antecámara, el ruido del combate, que antes se escuchaba en algunos patios del alcázar, se habia estinguido enteramente.

—¿Y qué hay? ¿qué hay? preguntaron algunos nobles agolpándose al rededor del marqués de Villena.

—¿Qué ha de haber sino que, á pesar de todos nuestros esfuerzos, no hemos podido evitar que, por la traicion que se nos ha hecho, el rey nos haya traspapelado, como quien dice, los infantes?

—Poco importa eso, dijo el conde de Plasencia: un tratado nos los devolverá. Tenemos al rey entre las manos, á la reina, á Beltran de la Cueva, y esto es bastante.

—¿Y el rey? insistió el marqués de Villena.

—Se resiste como un desesperado... Beltran de la Cueva y el condestable Iranzu, están con él, y como vuestro hermano el maestre de Calatrava es mas hombre de accion que de consejo, creo que se adelanta muy poco, y temo que nos veamos en un caso estremo.

—¡Oh! ¡no! ¡no! os juro que no, caballeros, dijo el marqués de Villena: tales papeles llevo conmigo que el rey, mal que le pese, hará cuanto queramos.

Oyóse entonces un alegre tumulto á la puerta de la antecámara.

Volviéronse todos á ella, y vieron entrar casi en triunfo al capitan Hernando de Carrillo y al señor Alfonso de Leiva, á quien habian libertado de la torre del Homenaje los sublevados.

—¡Cuando decia yo, que dentro de poco nos convertiriamos de presos en prendedores! esclamaba con su estentórea y alegre voz Hernando de Carrillo.

—Sí, primo, dijo saliéndole al encuentro el marqués de Villena; pero el que vos esteis libre no quita el que vuestra esposa esté presa.

—¡Presa, mi Mencía! esclamó Hernando de Carrillo entristeciéndose sériamente: ¡ira de Dios! ¿y dónde está presa?

—Eso lo sabré dentro de poco: por lo tanto, estad dispuesto, buen Hernando.

—Os afirmo que estoy cansado, rendido y molido y soñoliento, pero tambien os juro que aunque tuviese que estar velando tanto tiempo como han estado durmiendo los siete durmientes.... tratándose de doña Mencía.. ¡oh! ¡oh! ¡sí! ¡por todos los santos y todos los diablos!

—Pues estad dispuestos, os repito, porque yo voy á ver al rey.

Y dicho esto , el marqués se entró en la cámara real.

En ella estaban el rey, Beltran de la Cueva, el condestable de Castilla Miguel Lucas de Iranzu, y el maestre de Calatrava don Pedro Giron.

Faltaba alli el respeto á la dignidad real; pero en cambio sobraban los dicterios y las amenazas; el débil Enrique IV sudaba y se acongojaba y no sabia cómo salir del atolladero en que se encontraba metido.

Al ver á don Juan Pacheco, se iluminó súbitamente su semblante, y volviéndose á él, le dijo con acento de reproche:

—¡Hé aqui á qué punto me has traido, marqués!

—¿Y qué punto es ese, señor?

—¡Por San Lázaro! ¡no puede ser mas estremo!

—Sin embargo, creo que todos os tratamos con respeto.

—Sí, en verdad; con un respeto que me tiene encantado, ébrio de placer.

—Sois injusto si no estais contento, señor.

—¿Y cómo no he de estarlo con tan leales vasallos?

—Ciertamente, señor, tan leales...

—Que de puro leales parecen rebeldes.

—¿Habeis meditado bien lo que pide la nobleza?

—¿Y qué pide la nobleza?

—La nobleza quiere que se acaben los escándalos.

—Sí, sí, es verdad, dijo el rey, los escándalos han llegado ya á un límite á que nunca se hubiera creido pudieran llegar... ¿se trata de escándalos? pues bien: el rey tambien se queja de ellos.

—¿Y por qué no los remedia el rey?

—Los escándalos de que el rey se queja, continuó don Enrique, vienen de muy antiguo... como que consisten en la rebeldía de la nobleza, que, desde hace dos siglos, viene rebelándose contra el trono... sin mas andar, lo que ha sucedido esta noche en mi cámara...

—¿Y qué ha sucedido, señor?

—Nada de que deba espantarme... porque yo no debo espantarme de que mis ricos hombres me prendan en mi misma cámara.

—No veis bien las cosas, señor: esos nobles que se han introducido en vuestra cámara, es decir, los condes de Paredes, de Haro, de Plasencia y de Benavente, son vuestros mejores vasallos.

—Ciertamente: vasallos que desnudan sus espadas dentro del alcázar de su rey....

—Esos nobles, señor, solo quieren apartaros de los malos arrimos que teneis.

—Os estoy escuchando asombrado, don Juan Pacheco; dijo á este punto Beltran de la Cueva; porque verdaderamente es para causar asombro vuestra audacia.

—No lo es menos la de otros, dijo con sarcasmo el marqués de Villena, que son la causa, la única causa, del estado en que se encuentra el rey.

—Si lo decís eso por mí, mentís, señor marqués de Villena; esclamó no pudiendo contenerse ya Beltran de la Cueva.

—La desgracia os hace injusto, señor duque de Alburquerque; contestó desdeñosamente el marqués.

—¡La desgracia!... ¿pensais haberme causado alguna desgracia?

—Ya lo creo; estamos en posicion de separaros del rey.

—Escucha marqués, dijo Enrique IV; todo lo que estamos diciendo no pasa de palabras, y es necesario hacer algo mas. ¿Qué quieres?

—Primero quiero que se entreguen á la nobleza los infantes don Alonso y doña Isabel.

—¡Ah! hé aqui que al fin has dicho algo. ¿Y crees tu que los infantes no están bien en poder del rey?

—No, porque el mismo rey está en poder de otros.

—Y ¿quiénes son esos otros?

—Esos otros somos todos los nobles que miramos por el bien y la salud del reino.

—¿Que vosotros mirais por la salud del reino? esclamó el rey: ¡ira de Dios! vosotros mirais por la salud del reino como un médico que, para que dure mas el salario, hace cuantopuede por alargar la dolencia de un enfermo. ¡Ah! ¡ah! pero vengamos al asunto, concluyamos, Pacheco: es ya tarde, tengo sueño y necesito descansar.

—Para que yo hable, es necesario que vuestra alteza se quede con mi hermano y conmigo.

El rey se volvió á Beltran de la Cueva y al condestable Iranzu, y les dijo:

—Ya lo ois, amigos mios; vuestra presencia estorba, y yo tengo gran curiosidad por saber lo que quieren mis buenos vasallos: asi, pues, salid y esperadme en mi antecámara.

Beltran de la Cueva lanzó una mirada de reto al marqués de Villena y al maestre de Calatrava, y salió con el condestable Iranzu.

—Ea, Pacheco: ya estamos solos y puedes hablar cuanto quieras, dijo el rey: empecemos, pues: ¿qué queja tienes de mí?

—No debeis preguntármelo: bien sabeis, señor, que me debeis la corona.

—No, no; eso no es exacto: ¡vive Dios! esclamó el rey: yo debo la corona á haber nacido hijo del rey don Juan el segundo.

—Sin embargo, señor, bien sabeis que sin mí....

—Hubiera podido suceder que la faccion que servia á la reina doña Isabel de Portugal, mi madrastra, y á los navarros, hubiera intentado ó dado un golpe de mano que hubiera traido la guerra civil.

—Sin mí, sin mis parciales, sin mi prudencia, sin mi prevision, vuestro padre os hubiera escluido, apoyándose en vuestra rebeldía.

—¿Y quién, ¡vive Dios! fue la causa de mis rebeldías contra mi padre? tú: ¿quién se aprovechó de ellas? tú: tú, que has sido para mí un tirano insoportable, Pacheco, y que quieres continuar siéndolo.

—No, no por cierto; ahora soy vuestro enemigo.

—¿Y te atreves á decírmelo, traidor? esclamó palideciendo de despecho el rey.

—Soy franco con vos.... y cuando os digo que soy vuestro enemigo, es porque tengo razones para apoyar mi dicho, para justificarlo. Vos me habeis tratado antes como enemigo.

—¡Yo!

—Sí, ciertamente.

—Y ¿cómo?

—En primer lugar, me habeis apartado de vuestro consejo, porque sin duda creíais, y creíais con razon, que no cabíamos en él Beltran de la Cueva y yo.

—¡Ah! ¡ah! ya sabia yo que la salud de que se trataba no era del reino sino tuya. Te quejas de la privanza de don Beltran y ¿quién le trajo á la córte?

—No fuimos nosotros ciertamente: dijo el maestre de Calatrava rompiendo su silencio.

—Sí, sí, es verdad: os le recomendó doña Mencía de Padilla, y el rapaz tuvo bastante ingenio para medrar á vuestro arrimo. Beltran de la Cueva ha hecho con vosotros lo que la hiedra con la tapia sobre que se estiende: al cabo la echa abajo.

—Me espanta una cosa en vos.

—Pues mira, yo creia que no habia nada en mí que pudiera espantarte, porque todo lo que sea, lo que soy, como has dicho muy bien, te lo debo.

—Sin embargo, señor, yo no podia nunca creer que llegase hasta tal punto vuestra... el marques se detuvo irresoluto.

—Continúa, Pacheco, continúa, dijo don Enrique: ya sabes de antiguo que puedes decírmelo todo: tu y yo no somos verdaderamente rey y vasallo... si esto fuera, hace mucho tiempo que no debiais existir: dí, pues, cuanto te parezca, cuanto pienses, seguro de que lo sufriré.

—Pues bien, señor, lo que voy á deciros es la verdad.

—Pues mira, es estraño en tí, porque creo que la veracidad es una de las muchas virtudes que no posees.

—¡Oh! lo que es ahora estoy seguro de ser veraz: decia, pues, que me asombro de que el mas infeliz de vuestros vasallos tenga mas decoro que vos: que mire mas por su honra...

—¡Ah! ¡ah! ¡mi honra! ¡mi honra! hé ahí otra cosa de que tú tienes la culpa.

—¡Yo!

—Tú, sí: ¿quién trajo á Castilla, á mi trono, á la reina doña Juana de Portugal? si queríais honra en mi esposa ¿por qué me hicísteis repudiar á doña Blanca de Navarra que era y es una santa, y que de tiempo en tiempo me escribe unas cartas que edifican? Si doña Blanca fuera reina de Castilla, no hubiera tenido hijos, porque sabes bien que doña Blanca es demasiado virtuosa para tener hijos estando casada conmigo. Entonces no habria obstáculo en declarar al infante don Alonso, mi hermano, heredero de la corona, ni en jurarle prín-

cipe de Asturias: pero ya se ve, tú habias pensado de otro modo: conocias que doña Blanca, reina, me hubiera puesto bajo el dominio, bajo la influencia de los navarros, y tú no querias que hubiese en Castilla otra influencia que la tuya; creiste que Beltran de la Cueva debiéndotelo todo, te obedeceria, seria tu instrumento, y le alzaste, le alzaste hasta el punto de que él, que es tan ambicioso como tú, aunque mas noble que tú, dió contigo por tierra... ¡y me hablas de decoro cuando tú has sido el que has manchado mi decoro! ¡y te exaltas, como se exaltaria un buen vasallo cuando ves lo que tú llamas mi vergüenza, vergüenza que tú has provocado! vamos, Pacheco, sé franco, confiesa que no tienes razon; y puesto que me has comprendido, que me tienes en tus manos, concluyamos; al asunto; ¿cuáles son tus condiciones?

—Sí, sí, dijo el bravio don Pedro Giron, don Enriqne dice bien, hermano; nos encontramos perfectamente y estamos en el caso de no hablar mas que de las condiciones de nuestro avenimiento.

—En primer lugar, dijo don Juan Pacheco, yo tenia la administracion del maestrazgo de Santiago, en representacion del infante don Alonso, á quien le habia dado el rey don Juan su padre: vos don Enrique habeis quitado ese maestrazgo á vuestro hermano, su administracion á mí, y le habeis entregado á Beltran de la Cueva.

—¡Ah! ¡tu primera condicion es que te se devuelva ese maestrazgo!

—En propiedad.

—Esto es necesario consultarlo.

—Exijo que se me otorgue en el momento.

—Pero yo no puedo contar con la voluntad de los Trece de la órden.

—Otorgad vos, que los Trece y el papa otorgarán.

—Pero don Beltran...

—Don Beltran es un hombre caido.

—¡La guerra civil! ¡estoy viendo la guerra civil!

—Arrojaos en nuestros brazos y triunfareis.

—Es que no quiero arrojarme en vuestros brazos, porque siempre que me he arrojado en ellos, me habeis apretado tanto, que me habeis lastimado.

—¿Y qué recurso os queda? estais en nuestro poder.

—Bien, no será la primera vez que he estado preso por mis vasallos, por mis leales vasallos.

—Es que ahora no se trata de una prision.

—¿Pues de qué se trata, mi amado marqués?

—De una destitucion.

—¡De una destitucion! ¡de destituirme á mí, al hijo legítimo de cien reyes! ¡destituirme traidores! ¿y quién os ha dado ese derecho?

—Ese derecho reside en el reino representado por las córtes.

—¡Córtes sediciosas!

—El reino tiene derecho á destituir un rey que cierra los ojos á la infamia, que le empobrece, gastando con una prodigalidad escandalosa las rentas reales, en favor de sus favoritos; que alienta con su debilidad y con su mal gobierno la guerra civil: el reino tiene derecho á destituir á un rey indigno de ceñir su corona, y de escluir de la sucesion á una infanta, hija del adulterio.

El rey no pudo hablar en algunos momentos: estaba trémulo de furor: don Juan Pacheco habia sabido escitar la chispa de dignidad que estaba sepultada en el fondo de su alma, y esclamó al fin con acento ronco:

—¡Ay de tí, traidor, si llega mi dia!

—Es que ese dia no llegará, dijo friamente el marqués: entre tanto, señor, oid la peticion que el reino presentará á las próximas córtes, si os obstinais en no ceder á la razon.

Y el marqués sacó de entre su justillo un pergamino enrollado.

—Veamos, dijo el rey, cuya voz temblaba tanto de miedo como de cólera.

El marqués se acercó á la luz, y desenrollando el pergamino, leyó con voz incisiva y grave lo siguiente, mientras el rey se apoyaba meditabundo en uno de los brazos de su sillon:

—«Siendo notoria la impotencia y la incapacidad del rey para te-
»ner sucesion, y á mas abundamiento, apoyándonos en pruebas indu-
»dables, pedimos que la reina doña Juana sea declarada adúltera é
»ilegítima y escluida de la sucesion la hija de la dicha reina doña Juana.»

—¡Ah! ¡ah! ¡y se atreven! esclamó el rey: ¡pero sigue, sigue, Pacheco!

—Sigo, señor: oid: «En razon á los dispendios del rey, á su pro-
»digalidad escandalosa, á las mercedes inmotivadas que reparte entre
»gente baja, pedimos á las córtes que examinen las mercedes conce-
»didas hasta ahora, que deroguen las que de derogar sean, que señalen
»la cantidad que de las rentas reales hayan de entregarse al rey, y que
»se disminuyan los gastos de su casa.

—¡Ah! ¡me poneis en tutela! esclamó dolorosamente el rey.

—Sigo, señor: «Reconocida la incapacidad del rey para el gobier-

»no: el estado á que ha llegado bajo él la justicia: los abusos de todas »clases que se cometen; la adulteracion de la moneda que ha traido, »con otras muchas causas notorias, el empobrecimiento de estos rei– »nos; la prodigalidad con que se reparten mercedes, entre nobles in– »dignos de ellas; la falta de dignidad con que se dan cartas de noble– »za y aun títulos de infanzonía á personas bajas, en premio de ver– »gonzosos servicios; atendido el desamparo de los campos y de los »caminos, por los que no se puede transitar con seguridad á causa de »los bandidos que los pueblan; teniendo en cuenta otras muchas ra– »zones de interés procomunal, pedimos á las córtes que establezcan »una regencia, que, en union con el rey, gobierne en justicia y como »conviene á la seguridad de los ciudadanos, y á la prosperidad de »estos reinos.»

—¡En tutela! ¡en tutela yo, como un pelon! ¡ira de Dios! esclamó el rey, arrojando lejos de sí en un movimiento brusco el sillon en que se apoyaba... pues eso no lo espereis de mí: antes que consentir en tan vergonzoso despojo de mi autoridad, me resignaré á una prision, á la muerte, á cuanto pueda sobrevenirme: ¡no! ¡no! ¡y cien veces no!

—Todo está previsto: seguid escuchando y juzgad.

—Sigue, sigue: veamos hasta dónde llega tu audacia, marqués.

El marqués continuó con su inalterable calma:

—«Y si, como es de esperar del mal consejo del rey, resistiere á »cumplir la voluntad del reino, si no diese bastantes seguridades, pe– »dimos á las córtes que en vista de las razones espresadas, se destituya »al rey, y se le encierre de por vida en un monasterio.»

—¡Traidores! ¡infames! ¡rebeldes! esclamó don Enrique ¡bandi– dos, que asegurándoos con un golpe de mano, cometeis el desacato mas inaudito! creo que confiais demasiado en vuestro poder, creo que tanto hareis, que me provocareis á que os demuestre que soy rey.... ahorcándoos... despedazándoos, como aleves y villanos que sois.

—No es esta ocasion de dicterios, don Enrique, dijo don Pedro Gi– ron: hemos trabajado mucho para llegar á este punto, y estamos tan asegurados, que cuando mas lucheis para desasiros, apretais mas vuestras ligaduras: un grito general de indignacion se levanta contra vos, y solo podreis salvaros entregándoos enteramente á nosotros.

—¡Es decir, como la oveja se entrega al lobo!

—Me habeis interrumpido tanto, dijo el marqués de Villena, que esta lectura se hace larga y enfadosa.

—¡Qué! ¿aun todavia no ha concluido ese documento de infamia?

—Aun no: pero escuchad:

—Sí, sí, continúa, dijo el rey: ese documento tan precioso debe oirse hasta la fecha, sin perder una palabra: continúa, continúa.

El marqués siguió.

—«Ya sea que el rey acate la voluntad del reino, espresada por las »córtes; ya que, desatendiéndolas, las córtes le destituyan, será re»pudiada la reina doña Juana, declarada adulterina, imposibilitada de »suceder en la corona su hija, y declarado príncipe heredero de es»tos reinos el señor infante don Alonso: siempre una regencia, gober»nará á nombre del rey, ó á nombre del príncipe.»

—Cierto, hé ahí el móvil: se quiere á todo trance una regencia: pero queda mas sin duda.

—La peticion concluye solicitando el envio de la reina doña Juana á Portugal, y el destierro del reino de don Beltran de la Cueva y de sus parciales.

—Pues bien: os juro que eso no será.

—¡Que no será!

—No; porque sabré defenderme.... arrostraré la guerra civil.

—Y os deshonrareis.

—¿Y con qué pruebas contais?... porque lo capital aquí es el adulterio de la reina.... y aunque yo y tu y algunos (añadia el rey bajando la voz) conozcamos ese adulterio.... nosotros que le hemos protegido porque necesitábamos á todo trance un heredero, porque tu, Pacheco, lo quisiste mas que nadie... sin embargo, no hay pruebas palpables, no basta que una cosa se diga y se crea, es necesario probarlo.

—Las pruebas están aquí.... si no las tuviéramos (y el marqués mostraba triunfante el paquete de cartas que ya conocemos) hubiéramos tomado otro camino mas áspero, mas difícil, pero que nos hubiera conducido á un mismo punto: estas cartas valen mucho porque ahorran tiempo y esfuerzos.... estas cartas, si os obstinais en no escuchar la razon, serán presentadas á las córtes.

—¿Y estas cartas?...

—Son cartas de amor de la reina á Beltran de la Cueva: tomad una y juzgad: aunque la hagais pedazos, quedan aquí bastantes para probar vuestra vergüenza y el adulterio de la reina: leed, leed, señor.

El rey dominándose tomó aquella carta y la leyó: á medida que adelantaba en su lectura, su rostro palidecia y un temblor intenso se apoderaba de él.

—¡Ah! dijo: las imprudencias de doña Juana os dan una fuerza que yo no creia en vosotros!

—¿Y ahora os decidís?

—Quiero probar si teneis aun un resto de honor.

—Probadlo, señor, seguro de que, si sois razonable, nos encontrareis dispuestos á todo.

—Sentémonos, sentémonos, y ya que Dios lo quiere, constituyámonos en consejo.

El rey se sentó en el testero de la mesa, y don Juan Pacheco y su hermano don Pedro Giron se sentaron cada uno á un estremo.

—Tu sabes Pacheco, que los vicios que tengo los debo á mi educacion, y que mi educacion la debo á tí.

—Adelante, señor.

—Tu me hiciste repudiar á la princesa doña Blanca.

—Convenia á los intereses del reino.

—Tu me casaste con doña Juana.

—Doña Juana era á propósito para sujetarse á lo que necesitábamos.

—Sí, tu necesitabas que yo tuviese hijos.

—Lo necesitaba el reino.

—Nunca el reino ha valido para tí gran cosa: tu pusiste los ojos en Beltran de la Cueva.

—Yo le creia á propósito.

—Y yo consentí en todo.... en todo, aconsejado por tí.

—Sin embargo, habeis cedido á la influencia de Beltran de la Cueva.

—Tuya es la culpa.

—¿Mia?

—Sí: cada dia tus exigencias te hacian mas insoportable.

—¡Y sufrís las influencias de don Beltran!

—Don Beltran....

—Don Beltran, como amante de vuestra esposa, es el mas traidor de vuestros vasallos.

—Sin embargo, cubre las apariencias.

—A pesar de lo cual todo el mundo sabe....

—Por la falta de pudor de la reina, por sus imprudencias, por vuestras malas artes.

—En fin, sea la causa cual fuere, se ha llegado al caso de un escándalo.

—Que es necesario evitar.

—Evitémosle.

—Las condiciones.

—Ante todo, señor, Beltran de la Cueva será desterrado.

—La lealtad de don Beltran se prestará á todo.

—Se me devolverá el maestrazgo de Santiago.

—Bien.

—Se pondrán en mi poder los infantes don Alonso y doña Isabel.

—Te se entregarán.

—El infante don Alonso será declarado heredero de estos reinos

—Bien, pero con una condicion.

—¿Cuál?

—El infante don Alonso no será reconocido como heredero mio, ni podrá sucederme en la corona, sino por medio de casamiento con *mi hija* la infanta doña Juana.

Meditó un momento el marqués.

—Bien, consentimos, dijo al fin: y ya que hablais de casamiento, será bien que estipulemos otro.

—¿Otro casamiento?

—Sí por cierto.

—¿Cuál?

—El de la infanta doña Isabel.

—Sí, sí; preciso será hacerlo, dijo el rey: mi hermana es ya una hermosa y casadera infanta, y me piden su mano el rey de Inglaterra para el príncipe de Gales, Luis XI de Francia para su hermano el duque de Berri, y para sí mismo mi cuñado el rey de Portugal: anda de por medio tambien otra peticion del rey de Aragon y de Navarra para su hijo el infante don Fernando: ¿por cuál de estos crees que debemos decidirnos?

—Por ninguno; contestó secamente el marqués.

—¿Conoces tu otro pretendiente mejor?

—Sí por cierto.

—¿Y quién? ¿quién es?

—Le teneis delante, señor.

—¡Tú!

—No.... yo desde que enviudé no he pensado en casarme.

—Se trata de mí, dijo el maestre de Calatrava.

—¡De tí, Giron! ¿qué, has pensado en ser esposo de mi hermana?

—Y ¿qué hallais de estraño?

—Es verdad... nada hay de estraño en eso.... los que alcanzan poder para dictarme condiciones, pueden aspirar á todo.

—Mi hermano tiene un riquísimo patrimonio: ama á la infanta....

—Sí, sí, dijo el rey.... no veo muy descabellado este casamiento.

—Es una justa recompensa á los servicios de mi hermano.

—Pues bien, haremos justicia.

—Es decir....

—Que serás esposo de mi hermana, maestre.

—¡Ah! ¡señor! esclamó don Pedro Giron.

—Creo que ya no tendreis condiciones que imponerme?

—Aun queda alguna.

—¿Cuáles?

—Las córtes se convocarán para dentro de un mes.

—Bien: serán convocadas las córtes.

—Y en ellas se propondrán cuantas condiciones nos habeis otorgado.

—Consiento: lo prometo.

—Para estar seguro de vuestra promesa, guardo conmigo en rehenes estas cartas de la reina.

—Justo es que tengais seguridades.

—Aun nos queda algo que pediros, señor.

—¿Y qué es ello?

—Vuestro seguro real para los nobles de nuestro bando.

—Os le otorgo.

—Pues bien, señor, escribid lo que yo os dicte.

Y el marqués presentó al rey un pergamino.

El rey se dispuso á escribir y don Juan Pacheco le dictó lo siguiente:

«Don Enrique por la gracia de Dios, rey de Castilla, de Leon, de »Toledo, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jaen, de »Algeciras y del Algarve, señor de Vizcaya y de Molina: por cuanto »don Juan Pacheco, marqués de Villena, y don Pedro Giron, maestre »de Calatrava, y don Rodrigo Alonso de Pimentel, conde de Benavente, y don Pedro Fernandez de Velasco, conde de Haro, y don »Pedro Manrique, conde de Paredes, adelantado de Cazorla, me han »demandado seguro y salvo conducto para poder partirse de mi alcázar de Madrid, donde han venido á tratar con nos ciertos asuntos y »dificultades concernientes al gobierno de estos reinos; es nuestra »merced concederles y otorgarles dicho seguro y franquicia para sí, »y para los que con ellos sean, por término de treinta dias contados »desde el en que esta nuestra carta real sea fecha y otorgada: siendo »asimismo nuestra voluntad, que durante el término de dicho seguro, »puedan vivir libremente en estos reinos; á lo cual nos obligamos »votamos y juramos y hacemos pleito homenaje de guardar y cumplir segun en lo escrito se contiene. Y mandamos á nuestra justicia

»y cualesquiera oficiales altos ó bajos, que tengan poder de embargar »ó prender ó detener, que no puedan proceder contra sus personas »bienes, dignidades y oficios, durante el dicho plazo de treinta dias. »De todo lo cual les damos esta carta firmada con nuestro nombre y »sellada con nuestro sello. Dada y fechada en nuestro alcázar de Ma– »drid á seis dias del mes de diciembre año del nacimiento de Nues– »tro Señor Jesucristo de mil cuatrocientos sesenta y cinco años — »Yo el rey.» (1)

—¿Estais satisfechos? dijo el rey arrojando la pluma.

—Aun no; falta vuestro sello.

—Pues bien, séllalo, Pacheco: no es la primera vez que lo haces.

El marqués de Villena derritió cera colorada sobre el pergamino, tomó el sello real y le estampó sobre la cera: luego puso pendiente del pergamino un sello de plomo.

—Aun falta: dijo.

—¿Y qué falta? preguntó el rey.

—Que el señor don Beltran de la Cueva refrende este seguro.

—Si no falta mas que eso para satisfacer vuestros deseos, dijo Bel– tran de la Cueva adelantando, héme aqui dispuesto á cumplirlos.

—¡Ah! ¡habeis oido! esclamó el maestre de Calatrava.

—Todo, señores, todo.... he oido lo bastante para saber que entre vosotros estoy dispensado de toda consideracion de respeto.

Y acercándose á la mesa escribió por bajo de la firma del rey en el seguro:

«Yo, don Beltran de la Cueva, duque de Alburquerque, conde de Ledesma, maestre de la órden de caballería de Santiago, del consejo y cámara del rey, la refrendé por su mandado.»

—Si habeis oido, cuanto hemos hablado con el rey, don Beltran, dijo don Juan Pacheco, leyendo el refrendo, no concibo cómo po– neis entre vuestras dignidades la de maestre de Santiago.

—Aun lo soy, dijo Beltran de la Cueva, pero os afirmo que os le cedo sin pesar: no soy ambicioso, por otra parte necesitaba pagaros...

—¡Pagarme!

—Sí por cierto... vos me introdujisteis en la corte... vos me abris– teis camino... yo os dejo mi maestrazgo, no porque no pudiera con– servarle, sino para que nos quedemos en paz. Al fin lo estamos, y de

(1) Hemos tomado este seguro, alterándole solo en el estilo, en el lugar y en la fecha, del original existente en el archivo de Simancas, para que nuestros lectores puedan juzgar de lo que eran esta clase de documentos en el último periodo de la edad media.

Herabiela inv.° y lit.° Lit. de J. Aragon, Madrid.

V.

ENRIQUE IV.

Debeis firmar.... Señor.

hoy en adelante, libre de toda deuda, os declaro mi enemigo personal, á muerte, sin tregua, sin perdon.

—Recojo vuestro guante, señor duque de Alburquerque, y os juro que soy vuestro enemigo con toda la fé de mi alma.

—Bien, pero puesto que ya habeis concluido: salid.

—Si, saldremos: ya es de dia, segun se nota por los resquicios de las ventanas, y necesitamos todos prepararnos con el descanso para nuestro comun trabajo.

—Trabajad con tino, porque ¡ay de vosotros si os equivocais!

—¡Ay de vos, señor don Beltran, si no nos equivocamos!

—Tened presente que para venceros tengo por plazo la duracion de unas córtes.

—En buen hora, allá lo veremos, don Beltran.

—Bien, dijo el rey, mañana se convocarán las córtes que hayan de tratar estos asuntos. Y puesto que ya no me necesitais, me voy á descansar.

Y el rey, como quien huye, escapó hácia su dormitorio.

—Adios don Beltran, dijo el marqués de Villena con acento de triunfo. Hasta la vista.

—Adios, nobles y poderosos señores: hasta la vista tambien, contestó Beltran de la Cueva con acento de amenaza.

Tras esto, los dos hermanos salieron por la puerta que conducia á la antecámara, y don Beltran por otra de servicio.

—¿Qué hay? ¿qué hay? preguntaron los conjurados que se agrupaban en ella al marqués de Villena.

—¿Qué ha de haber sino que el rey consiente en todo cuanto queremos? contestó don Juan Pacheco.

—Es decir que el infante don Alonso...

—El infante don Alonso será, si Dios quiere, rey de Castilla, contestó torvamente el marqués de Villena.

—Y yo, ¿podré ir á buscar á mi muger? dijo Hernando de Carrillo.

—Iremos todos, primo, contestó el marqués de Villena, puesto que con vuestra muger están los infantes.

—¿Y donde están?

—Van camino de Segovia, á donde los dejaremos llegar.

—No lo creo prudente, dijo el conde de Paredes: el rey se hará rehenes con ellos.

—Segun le tenemos asido, contestó don Juan Pacheco, el rey no puede moverse, amigos mios. Ya es hora de descansar: cada cual á su posada y hasta luego.

Poco despues todos los conjurados salieron del alcázar, y Beltran de la Cueva entraba en la cámara de la reina que le salió al encuentro llorosa.

—¿Lo hemos perdido todo? le dijo.

—El rey ha conjurado la tormenta á costa de su dignidad: pero tenemos encima la guerra civil.

—¡Ah! ¡hija mia! ¡hija mia! esclamó doña Juana: y se arrojó sollozando en los brazos de Beltran de la Cueva.

X.

Las cartas de la reina.

Hé aqui el contenido de aquellas tan importantes cartas que debemos dar á conocer á nuestros lectores.

Empezando por órden de fechas, la primera correspondia al mes de junio de 1456.

«Me pedís una entrevista á solas, decia aquella carta, y no puedo »negarla á quien ha hecho por mí lo que vos habeis hecho: me ha»beis salvado el honor. Decís, valiéndoos de un pretesto en vuestra »carta, que necesitais entregarme las prendas que habeis encontrado »sobre el cadáver del hombre á quien habeis matado, salvándome. »Yo os autorizo para que guardeis esas prendas: venid, sin embar»go: necesito demostraros mi agradecimiento. Pero tambien quiero »deciros por escrito lo que podrá justificarme de mis amores con Juan »Rodriguez del Padron. Os digo «mis amores» porque sé que lo sa»beis todo; y os lo digo por escrito, no solo porque me causaria rubor »el revelároslo frente á frente, sino para demostraros cuanto fio en »vuestro honor, cuando os entrego un escrito de mi mano con reve»laciones que pueden perderme. Yo sé que vos quemareis esta car»ta despues que la hayais leido, y que ella me ahorrará, lo repito, »algunos momentos de vergüenza.

«Y sin embargo, esos amores con Juan Rodriguez no han pasado »de un galanteo.

«Puedo juraros que mi pureza se halla intacta, y que, si alguna »vez la pierdo, no será mia la culpa, sino de los que me han unido »con un cadáver hediondo y repugnante.

«Porque el rey, lo sabeis bien vos, que sois su favorito, es un ca»dáver corrompido.

«Yo vine á Castilla, y me casé con él predispuesta á amarle, y si »hubiera encontrado en él un caballero, sin duda le hubiera amado.

«Pues la primera noche de mi boda, por una causa que me aver-

»güenza, me abandonó y me hizo un miserable insulto; yéndose á »galantear entre un misterio vergonzoso á una de mis damas: desde »entonces data la independencia en que nos colocamos el uno res- »pecto del otro; yo le juré que, escepto para dar escándalos que com- »prometiesen mi honra y la suya, me consideraba libre, enteramente »libre. Y ¿lo querreis creer? en vez de irritarse, el rey acogió con »placer esta propuesta, y me autorizó... ¡me autorizó! ¿cómo respetar »á un esposo que os dice: haced lo que querais, amad, entregaos á »vuestras inclinaciones: cuidad solo de cubrir las apariencias... sed mi »esposa en el nombre y poco importa que me deis hijos... yo os daré »mi nombre y mi corona...?

«Yo, irritada, habia pronunciado palabras que nunca, sin el ci- »nismo del rey, hubiera cumplido... pero su torpe concesion me ins- »piró terribles deseos de vengarme... sin embargo, durante mucho »tiempo, reina sin rey, esposa sin esposo, guardé mi corazon libre... »hasta un dia... ese Juan Rodriguez del Padron, á quien habeis muer- »to, me enamoró... era hermoso, galan, audaz, tañia y trovaba á ma- »ravilla, conocia el arte de hacerse amar: durante mucho tiempo, Juan »Rodriguez, ha escuchado mi amor sin conocerme, un amor puro, »escondido en las tinieblas y el misterio... y al fin, cuando enamo- »rada... escitada por los indignos tratamientos del rey, iba á darme »á conocer á ese hombre, me demostró, vendiendo mi secreto que »era un infame, un mal caballero que no merecia ser amado: te- »nia prendas mias, por las que habia llegado á reconocerme, y.... »prevaliéndose de esas prendas, quiso dictarme condiciones, á las que, »á no ser por vos, me hubiera visto obligada á ceder... sois mi sal- »vador, y como á tal, os espero esta noche, por el postigo del alcázar »que da á la Caba baja.»

Por esta carta se ve que la reina era de un carácter mas galantea- dor y franco de lo que convenia á la dignidad de una reina y al de- coro de una dama: era alentar al cobarde, brindar al deseoso, poner- se en situacion de no poder ser severa para un desacato.

En la segunda carta, fechada dos meses despues, no habia duda: las relaciones adúlteras entre la reina y Beltran de la Cueva estaban consumadas.

«Llevo tres dias de sufrir un horroroso martirio, Beltran, decia »aquella carta: no te he visto y no tienes razon para alejarte de mi »¿Acaso puede amar una muger mas de lo que yo te amo? ¿Puedes te- »ner dudas? No: en cambio yo tengo celos, unos celos horribles y »fundados, por mi desgracia: ¡qué digo fundados! indudables: tú no me

»amas: tu alma entera la posee doña Mencía de Padilla; y sin embar»go, ella no ha sacrificado por tí lo que yo... yo estoy espuesta á que »una intriga de los bandos, un ataque hecho á tu privanza, me pier»dan. Y á pesar de tanto amor hace tres dias que no te veo, »que huyes de mí. Acaso me has abandonado... ¡oh! no quiero pen»sarlo...te espero esta noche: ven si no quieres que muera. »

La tercera carta solo contenia estas palabras:

«He arrancado al rey, alegándole tus buenos servicios, una cédula »de merced del título de duque de Alburquerque, con el señorío de »esta villa, su jurisdiccion, vasallos, pechos y derechos: no he tenido »paciencia bastante para esperar á que vengas y te la envio.....»

Suprimimos lo demas porque debemos suprimirlo.

Al fin habia una carta fechada algunos años adelante, en que la reina participaba á Beltran de la Cueva, con toda la efusion de una amante, que era madre.

Tampoco podemos trascribir aquella carta.

Por último, las veinte cartas que formaban aquella coleccion, cartas escritas por una muger frenética, olvidada de todo pudor, de toda prudencia, cartas en que repetidísimas veces, se referia la reina á Beltran de la Cueva como al padre de su hija, eran un instrumento terrible que decidia del triunfo, puesto en las manos de los confederados.

Concíbese, pues, que el rey cediera, que cediera Beltran, y que don Juan Pacheco no pusiese coto á sus exigencias, hasta el punto de pedir la mano de la infanta doña Isabel para su hermano el maestre de Calatrava.

Obligado el rey, sin poderse salvar de las manos que le tenian asido por aquellas fatales cartas, que le deshonraban, se plegó á cuanto quisieron de él: convocó las córtes, y el infante don Alonso fue jurado príncipe heredero de la corona.

Pero apenas Beltran de la Cueva vió consumado este hecho, apuró todo su poder y pensó en valerse, para rescatar los rehenes que le tenian sujeto, del señor Blasco do Campo Riveyra.

XI.

De como doña Catalina de Sandoval se decidió, é intrigó, é hizo para servir al rey de Portugal, en obsequio de su amante.

Beltran de la Cueva no era hombre que, como suele decirse, se dormia en las pajas: al dia siguiente de la noche en que el rey se vió obligado á hacer lo que no quisiera, se trasladó á la casa de doña Catalina de Sandoval.

Hízole esta esperar mas de lo que en otro tiempo hubiera sufrido el altivo duque de Alburquerque. Y por cierto que no era la vanidad la que hacia que doña Catalina le condenara á una espera, sino el que en los momentos de la ida á su casa don Beltran de la Cueva, asistia á la segunda cura que hacia un famoso médico hebreo al mal herido portugués.

El señor Hernando de Carrillo, hombre de mano dura cuando se trataba de dar estocadas, habia hecho un verdadero destrozo en la organizacion del *fidalgo*, y el sábio médico se habia visto obligado á meditar mucho, á examinar mucho, y á tardar mucho para decir á doña Catalina, y con un acento que no inspiraba gran confianza, que estaba asegurada la vida de su amante.

Pero á la segunda cura el médico juró por Moisés y por todos los patriarcas y profetas del Antiguo Testamento, que el hidalgo no moriria, al menos de aquella herida, y que antes de quince dias podria garzonear á sus anchas por la villa cual si nada le hubiera acontecido.

El plazo era un tanto largo para la impaciencia de doña Catalina, que, á duras penas, y por no haber otro remedio, se conformó con él: el médico habia mandado rigidamente que no se hablase al enfermo, so pena de su indignacion, y esto fue lo que valió á Beltran de la Cueva para que su espera no fuese una desesperacion.

Presentósele al fin doña Catalina, pálida, pero siempre hermosa y ocultando el dolor que sentia por el percance del portugués bajo el mas profundo disimulo.

—¡Oh! esclamó sonriendo, ¿á qué debo la felicidad de veros en mi casa, señor duque?

—No creo que debais tener á felicidad mi visita.

—¿Pues no?

—El hombre que teneis delante está demasiado combatido por la suerte, señora, para que pueda hacer la felicidad de nadie.

—Sí, sí, ya sé, dijo doña Catalina, que contra vos se levanta un bando envidioso de vuestra privanza.

—¡De mi privanza! los que me envidian no tienen corazon; si lo tuvieran, yo por única venganza de sus ataques contra mí, de la guerra sorda que me hacen, les desearia que se encontrasen en mi lugar. ¡De mi privanza! El lugar en que me encuentro es para mí una rueda de tormentos continuos.... bien lo sabeis, doña Catalina: con vos puedo hablarlo todo, porque lo sabeis todo, porque vos misma habeis sido mas de una vez la intermediaria de mis relaciones con la reina, antes de que fueseis querida del rey.... porque puedo hablaros con franqueza he venido á vos, y ademas porque sé que me servireis.

—¡Ah! ¿y qué razones teneis, señor duque, dijo doña Catalina, para estar seguro de que yo os serviré?

—Anoche se os hizo un grave ultraje.

—Ultraje, don Beltran que me tiene muy alegre.

—¡Alegre y otra muger os reemplaza en el favor del rey!

—¿Y qué me importa? ¿creeis que se puede sufrir mucho á don Enrique sin que se haga insoportable?

—¡Ah! ¡yo creia que en el rey no mirabais la persona!

—Os engañais: yo ante todo he nacido para amar y ser amada.... y el amor del rey no es amor; don Enrique no ha amado ni amará nunca, porque para sentir el amor es necesario tener un alma mejor que la suya.

—¡Ah! hé ahí que por distinto concepto no apreciábais en el rey mas que la posicion.

—Ciertamente: pero al ocupar esa posicion, tenia fija la vista en otra que necesitaba mi alma.

—No os comprendo.

—Bien sé que no me habeis comprendido, y voy á esplicarme: voy á ser franca con vos, á trataros como se trata á un amigo: yo me he educado en un convento: cuando mi tio el conde de Castro me sacó de él y me presentó en la córte, yo me deslumbré: como sucede á todo el que se deslumbra, al principio no ví nada: despues mi vista fue acostumbrándose poco á poco á aquel esplendor desconocido para mí, y al fin pude ver las oscuras manchas que nublaban aquel sol brillante que, al mirarle por primera vez, me habia cegado: yo era pobre, y mi tio para escusarse de los gastos á que yo, por su propio decoro le condenaba, hizo de modo que entré en Palacio como dama en la cámara de la reina: entonces ví de cerca la córte, asistí á sus saraos, á sus justas, á sus torneos, á sus monterías: ví los hediondos misterios que en ella se encerraban; noté que

no habia dama, contando desde la reina hasta la última camarera, que, ya fuese soltera, casada ó viuda, no tuviese un amante, y que no solo le tuviese, sino que le reemplazase á cada momento: el ejemplo es un mal contagioso, y yo me contagié: al principio habia resistido, rechazado con indignacion las propuestas de algunos viejos libertinos á quienes incitaba mi juventud, mi candor, lo que llamaban mi hermosura, y sobre todo, mi inesperiencia: despues fui siendo menos asustadiza, y, al fin, escitada por el continuo contacto con la corrupcion descarada é impudente que hervia por todas partes á mi lado, necesité tener, como las demas, un amante en cuyo brazo apoyarme, á quien deber las sortijas y los lazos que se disputasen en justas y torneos; casi llegué á avergonzarme de estar sola y aislada en medio de una córte tan galanteadora, y me decidí de todo punto á proveerme de un amante.

—¡Ah! ¡ah! dijo Beltran de la Cueva profundamente pensativo.

—Pero ninguno de los que se acercaban á mí me satisfacia: yo estaba enamorada y fijaba mi vista en otro hombre; aprovechaba cuantas ocasiones tenia para ponerme delante á él; le sonreia, le provocaba, le trataba con una deferencia marcada, y, sin embargo, aquel hombre no reparaba en mí, porque, como yo, desdeñando á mis galanteadores, tenia fija la vista en él, él sin reparar en mí, tenia fija la suya en la muger mas hermosa de la córte: en la reina.

—¡En la reina!

—Sí, en la reina, porque el hombre á quien yo amaba erais vos, señor duque de Alburquerque.

A esta inesperada revelacion de doña Catalina, Beltran de la Cueva se sonrojó, con esa vergüenza del empacho, por decirlo así, de la repugnancia que causa todo hecho ó dicho desembozado é inconveniente.

—¡Ah, señora! esclamó Beltran de la Cueva mostrando su confusion en lo trabajoso de sus palabras: ¡yo!... ¿he podido... yo? ¡en verdad!...

—Sí, sí; vos con vuestra indiferencia, llegásteis al caso de hacerme contraer un empeño decidido, exigente, terrible, hasta el punto de que llegase á querer vengarme de vos...

—¡Ah!

—Jamás os hubiera dicho esto, y si os lo digo, es porque las circunstancias han variado mucho desde anoche acá.

—Si ese cambio ha hecho que vos dejeis de tener ese empeño por

mí... que tan feliz me hubiera hecho á notarlo yo... es para mí una desventura.

—No, no; la desventura para vos hubiera sido que hubiese continuado ese empeño, porque por él era enemiga á muerte de la reina, y hoy... ¡admirad los misterios del corazon! hoy soy su amiga.

—¿Y en qué ha consistido ese cambio, señora? dijo con asombro Beltran de la Cueva.

—Ese cambio ha consistido en que amo al fin á un hombre que Dios ó el diablo han arrojado á mi paso, y al amarme ha desaparecido mi empeño por vos. De otro modo, os lo repito, nada os hubiera dicho, y hubiera continuado en mi venganza.... es mas: si vos no hubiérais venido, yo os hubiera buscado para deciros: vengadme y vengad á la reina.

—¡Ah! ¡me hubierais buscado!

—Sí; y por eso he dicho que es para mí una felicidad el encontraros en mi casa.

—Esplicaos, porque en verdad no os comprendo.

—Voy á esplicarme: durante mucho tiempo, desde que os conocí, pensé en hacerme valer por mí misma á vuestros ojos: hice cuanto estuvo de mi parte, y al ver que nada conseguia, pensé en vengarme de vuestra ceguedad ó de vuestro desprecio, en la persona de la muger que amábais.

—¡Oh! ¡las mugeres y siempre las mugeres! murmuró Beltran de la Cueva.

—Entonces, desesperada ya de poder hacer nada por mí misma, busqué un apoyo, y le encontré en el rey que hacia mucho tiempo que me galanteaba.

—¡Ah!

—Cedí á sus exigencias, afronté todas las humillaciones por que tiene que pasar una muger pura para poder ser manceba del rey, apuré todas mis astucias, todos mis recursos, con el objeto de enamorarle, de dominarle, de sujetarle á mi voluntad: me mostré con un descaro infinito ante la corte, como la favorita omnipotente, y todos los bandos me buscaron: mi tio el conde de Castro, que, si me hubiera visto en los brazos de un simple caballero, hubiera tronado en su indignacion contra mí, al verme en los brazos del rey, me trató con el respeto y las humillaciones con que hubiera tratado á una reina: el almirante don Alonso Enriquez me aduló, me regaló y me ofreció recompensas, títulos, señoríos, un porvenir, en fin, envidiable de parte del rey de Aragon y de Navarra, si contribuia á dar un golpe de muer-

te á la reina, haciéndola aparecer adúltera, con pruebas indudables, y causando por lo tanto la esclusion, como ilegítima, de la infanta doña Juana... yo sabia que la reina os habia escrito cartas imprudentes y yo ansiaba obtener esas cartas.

—Y las habeis obtenido, sí, dijo con despecho Beltran de la Cueva: las habeis obtenido por medio de la traicion oscura de alguno de mis allegados....

—Jamas os diré el nombre de la persona por cuyo medio me he apoderado de esas cartas; pero á mí tambien me han hecho traicion y me las han robado.

—¡Qué os las han robado! ¡qué! ¿no habeis sido vos quien las ha entregado á don Juan Pacheco?

—¡Oh! ¡no! esclamó doña Catalina cuyos ojos centellearon: ¿y esas cartas están en poder del marqués de Villena?

—Sí, y esta noche se ha obligado al rey con ellas á que consienta en que el infante don Alonso sea jurado por las córtes del reino heredero de la corona.

—Yo nunca hubiera presentado esas cartas á nadie mas que á vos.

—¡A mí!

—Sí, porque mi empeño por vos habia llegado á la locura , y me habia dicho: con estas pruebas le dominaré, le ataré á mi voluntad, le obligaré por amor de ella, le sujetaré á mi carro, haré que esa muger que me desespera, sienta á su vez los terribles celos que me ha hecho sentir... en una palabra, yo no esperaba amor, porque bien sé que el amor no puede imponerse, pero esperaba venganza.

—¡Oh! ¡y no os contenia lo horrible de aquella venganza!

—Una muger ofendida en su amor propio, en nada se detiene.

—¡Ah! ¡es verdad! esclamó Beltran de la Cueva, acordándose de doña Mencía de Padilla.

—Pero Dios lo quiso de otro modo, continuó doña Catalina; ayer recibí esas pruebas, y anoche ví por primera vez á un hombre que ha decidido de mi suerte.

—¿Es acaso ese hombre un portugués que se presentó anoche en el sarao acompañando á doña Guiomar de Silva?

—Sí, contestó con voz apagada doña Catalina: yo no comprendia que hubiese personas de un poder tal, que interesasen profundamente á primera vista; que nos atrajesen á sí con una fascinacion estraña, que al poco tiempo de hablar con nosotros se apoderasen de nuestra alma.

—¡Oh! ¡oh! ¡es demasiada verdad! dijo Beltran de la Cueva.

—Y que en un momento nos hiciesen mirar con indiferencia un amor de que creíamos llena nuestra alma y nos obligase á lanzarle de nosotros por mas que aquel amor nos tuviese subyugados.

—¡Es verdad!

—Pues bien: ese hombre me enamoró de una manera audaz y estraña, y, sin embargo, me hizo olvidarme de vos, que érais mi amor, del rey que era mi ambicion.

—¡Y ese hombre!

—Ese hombre es agente del rey de Portugal.

—¡Agente del rey de Portugal!... Pero el rey de Portugal es enemigo de la reina.

—Lo seria si consiguiese la mano de la infanta doña Isabel; pero don Alonso sabe demasiado que no lo conseguirá; su peticion, hecha formalmente en la córte de Castilla por el marqués de Coimbra, ha sido desechada por vos.

—¡Por mí!

—Sí, por vos; aunque el rey haya contestado, como por voluntad propia, al mensaje. Vos sabeis demasiado que si la infanta doña Isabel se casa con el rey de Portugal, este que no mira en tal enlace, sino la corona de Castilla, que por un evento no muy distante ni difícil puede venir á la infanta doña Isabel, procuraria por cuantos medios estuviesen á su alcance á desheredar á su sobrina la infanta doña Juana, deshonrando á su madre. Ademas sabe que este casamiento, en que fundaba su ambicion, tiene poderosos contrarios, y ha renunciado á él pensando en otro enlace.

—¡En otro enlace!

—Sí, con la infanta doña Juana.

—Pero la infanta doña Juana solo tiene cuatro años.

—El rey de Portugal es jóven todavia, y ocho años, que es necesario que trascurran para que la infanta cumpla doce, no son un siglo: en fin, deshauciado el rey de Portugal de sus pretensiones á la mano de la infanta doña Isabel, se ha decidido á terciar en los asuntos de Castilla, y ha enviado al señor Blasco do Campo Riveyra como su agente, y con encargo de ponerme de parte de los intereses de Portugal; ese hombre ha logrado por sí mismo mas que hubiera logrado con todas las dádivas y promesas posibles.... lo ha conseguido todo de mi amor, y soy por lo tanto partidaria de Portugal y amiga de la reina.

—¿Y no hay en esto algo de interés por las ventajas indudables que obtuvo anoche doña Guiomar de Silva?

—Os juro que no.

—¡Y sin embargo esas cartas!... ¡esas cartas de que vos habeis sabido apoderaros y que decís os han robado!

—¿Dudais?

—Perdonadme, señora, pero en la córte y en las circunstancias en que nos encontramos, es necesario desconfiar de todo.

—¡Oh! no quiero que desconfieis: venid y juzgareis por vos mismo de la prueba.

Doña Catalina se levantó y Beltran de la Cueva la siguió maquinalmente: atravesaron algunas habitaciones y entraron al fin en el dormitorio de doña Catalina.

—¿Sois vos, señora? dijo desde el lecho el señor Blasco do Campo Riveyra con voz débil. ¿Quién viene con vos?

—El señor duque de Alburquerque: contestó doña Catalina.

—¡Ah! ¿tengo la honra de hablar al señor don Beltran de la Cueva? dijo el portugués con acento ávido: perdonadme si mi estado no me permite demostraros como quisiera mi satisfaccion por conoceros.

—¡Oh! no, no os fatigueis, amigo mio: dijo doña Catalina; vuestra herida pudiera empeorarse.

—¡Su herida! ¿estais herido? dijo don Beltran de la Cueva.

—Sí, sí, por Dios, señor duque: y á fé que cuanto mas pienso en la manera como he sido herido, menos puedo esplicármelo.

—¿Que no sabeis cómo habeis sido herido?

—¡No, por san Dionís! no lo comprendo: figuraos que anoche estaba yo en este mismo aposento donde me habia dejado solo, no sé por qué, doña Catalina, cuando de repente se abren los tapices de la alcoba, aparece un hombre armado de todas piezas con la visera calada y la espada desnuda, y dándome apenas tiempo para desenvainar la mia, me acomete, me hiere, me arroja por tierra, salta por cima de mí y escapa.

—Y cuando yo vuelvo, dijo doña Catalina continuando la narracion, encuentro el dormitorio á oscuras, volcada la mesa, este caballero ensangrentado, forzada mi papelera y robadas de ella las cartas de la reina.

—Este golpe es demasiado atrevido para que yo no sospeche la mano que le ha dado, dijo Beltran de la Cueva. Veamos: ¿el hombre que os hirió, era caballero segun sus trazas?

—Sí, caballero, y con visos de principal, contestó Blasco.

—¿De aventajada estatura?

—Sí por cierto.

—¿Llevaba sobre las armas una cota con los blasones reales?

—¡Ah! esclamó doña Catalina; en mi dolor me habia olvidado de pediros las señas de ese hombre, que es sin duda el señor Hernando de Carrillo.

—Ya sabia yo que andaba en esto la mano de doña Mencía.

—¡Ah! ¿con que se llama Hernando de Carrillo el que me ha puesto de este modo? pues me alegro de saberlo, sí, por todos los santos del cielo: afortunadamente yo conozco que aunque la estocada ha sido buena, todo se reducirá á quince dias de picazon, y luego... luego yo demostraré al señor Hernando de Carrillo, que sé dar tambien buenas estocadas.

—Sí, sí, pero entre tanto, amigo mio, y para que ese dia no tarde, tranquilizaos y mirad por vos.

—Y para que podais tranquilizaros mas contad con mi ayuda, dijo Beltran de la Cueva.

—Ayudándome, señor duque, dijo Blasco, con su audacia acostumbrada, ayudais al rey de Portugal, ayudais á la reina, os ayudais á vos mismo: sin embargo, y por mucho que os interese el ayudarme, agradezco vuestra ayuda don Beltran, y deseo encontrarme en situacion de poder demostraros mi afecto.

—Entretanto eso sucede, á Dios quedad: en el momento en que vuestra salud os lo permita me pondré de acuerdo con vos.

Y Beltran de la Cueva que habia pronunciado con trabajo estas palabras porque conoció que arrastrado por su destino se aliaba con un bribon, le tendió la mano, se la estrechó y volvió con doña Catalina á la misma cámara que habian dejado.

—¿Teneis dudas aún? dijo doña Catalina.

—No, no por cierto, y por lo tanto vamos á buscar un medio para recobrar esas cartas.

—¿Decís que las tiene en su poder don Juan Pacheco?

—Sí.

—Esas cartas son tan preciosas que no las separará de sí.

—¡Oh! ¡si yo supiera!

—¿Se las haríais arrebatar á viva fuerza?

—¡Oh, no sabeis el valor de esas cartas!

—¡Que no lo sé y he trabajado y he sacrificado tanto por adquirirlas!

—Es que no lo sabeis todo; es que no se trata solo de la deshonra de la reina, y de la educacion de la infanta, sino de un empeño mas alto.

—¿De un empeño mas alto?

—Sí por cierto: el maestre de Calatrava piensa, apoyándose en el terror que esas cartas inspiran al rey, en lograr lo que no han logrado poderosos príncipes: piensa en casarse con la infanta doña Isabel.

—¡Ah! ¡quiere ser rey de Castilla!

—Para que lo sea, dado caso que logre su empeño, en cuanto de ser marido de la infanta, no basta que doña Juana sea escluida, es necesario que muera el infante don Alonso.

—¡Oh! ¡qué horror! esclamó doña Catalina.

—Por lo que veo, la corrupcion de la corte no os ha inficionado de tal modo, que paseis por cima de la sangre.

—¡Oh! ¡no! esclamó verdaderamente conmovida doña Catalina: pobre niño!

—Para salvarle, para salvar á la reina, que es mas desgraciada que criminal, es necesario dar un golpe de gracia al marqués de Villena, á don Pedro Giron, al arzobispo de Toledo y á las gentes de su bando.

—Se lo daré.

—¿Que se lo dareis?

—Sí, yo; ¿qué tiene esto de estraño?

—Lo decis con tanta fé que no dudo de vuestros servicios, doña Catalina.

—Sin embargo me faltan algunos.

—¿Y cuáles son?

—He concluido enteramente con el rey.

—Habeis hecho mal.

—No ha estado en mi mano el impedirlo: anoche encontré herido en mi dormitorio al señor Blasco do Campo Riveyra, y en el primer momento de dolor, de sorpresa, dejé conocer al rey que le amaba.

—Pero el rey se dejará dominar por vos.

—En buen hora: pero siempre me faltarán recursos, dijo doña Catalina, cuyo orgullo doblegado la hizo ruborizarse.

—Os comprendo, dijo con suma delicadeza Beltran de la Cueva, y nada habreis menester.

—¡Oh! ¡gracias, gracias, don Beltran!

—Y aunque no me amais, señora, como me habeis amado ¿podré contar con vuestra amistad?

—¡Oh, sí, contad enteramente con ella!

—En ese caso aprovechad un consejo mio.

—¿Cuál?

—Seguid yendo á palacio á prestar vuestro servicio en la cámara de la reina, por mas que esté en ella doña Guiomar....

—Pero si esa mujer es insolente....

—Haced como si no conocierais sus insolencias.

—Si me provoca....

—No contesteis á su provocacion... entretanto tendedla un lazo, lo que no os será difícil, puesto que conoceis su carácter.

—Seguiré vuestros consejos.

—Por lo demas, enviad cuando querais una persona de confianza á mi casa, con este escrito, dijo Beltran de la Cueva escribiendo rápidamente en un pergamino, que firmó y entregó á doña Catalina.

Era un libramiento contra sí mismo de diez mil ducados.

—¡Oh! lo acepto en calidad de préstamo, dijo doña Catalina.

—No; recibidlo como gastos precisos... Servis una causa, y justo es que para servirla no gasteis de vuestra hacienda.

—¡Oh! ¡si yo tuviera hacienda don Beltran, de seguro!..

—No hablemos mas de ello: gastad, gastad sin temor; comprad las gentes que necesiteis, comprad, pero obrad pronto, porque sino obtenemos esas cartas, sin faltar una, antes de treinta dias, plazo en el cual se reunirán las córtes, lo hemos perdido todo.

—Pero... comprad esas córtes; hemos llegado, afortunadamente para nuestros intentos, á unos tiempos en que todo se compra y se vende.

—Yo nunca he descendido al bajo estremo de cohartar el libre voto de las villas y de las ciudades del reino... pero lo haré: para combatir la bajeza, es necesario usar de la bajeza: y, sin embargo, esos diputados comprados son unos miserables instrumentos que vuelven á venderse, y hacen traicion al primero que los ha comprado, si les da mas un segundo comprador.

—Trabajad por vuestra parte, que yo os juro que, ayudándome vos, hemos de dar jaque-mate á nuestros enemigos.

—Adios, pues, señora: me separo de vos consolado, porque sé que si haceis todo lo que podeis, la reina se salva.

—La reina se salvará, don Beltran, ó yo me perderé.

—Adios, pues, señora, á Dios.

—El os acompañe, duque.

Beltran de la Cueva salió.

—¡Oh! ¡cuán generoso y cuán noble es! dijo doña Catalina: no en valde le habia yo amado, y á no ser por Blasco... y sin embargo, me parece que Blasco no me ama... ¡misterios incomprensibles! ¡misterios del corazon! ¡Juan!

Presentósela el mayordomo derrengado aun de la paliza de la noche anterior.

—Que preparen mi litera mas sencilla y que esperen.

Despues fué al dormitorio, se despidió de Blasco, y acompañada de una doncella, bajó al patio, entró en su litera con la doncella, y se encaminó á una de las mas estrechas, súcias y pendientes callejas de la villa.

XII.

De como doña Catalina tenia algunos no muy nobles conocimientos.

La litera paró en frente de San Pedro delante de una manzana de casuchos negros y desvencijados, que ocupaban el lugar que ahora ocupa una gran casa perteneciente á los duques de Medinaceli, y que hoy se llama de Santisteban, por haber pertenecido á este título.

En nuestros dias la tal casa es un laberinto de callejones y de escaleras, en el cual, á no ser práctico, se pierde el menos torpe, y en aquellos tiempos las casas situadas en el mismo sitio eran una colmena, habitada por gente miserable y perdida, rateros, rufianes, ladrones, mozas de partido, viejas incalificables, chiquillos cobrizos y harapientos, verdadero plantel de salvajes, que, mas tarde, debian poblar las galeras del rey y dar alimento á los patíbulos.

Doña Catalina, que iba modestamente vestida, y enteramente cubierta con un manto ademas del cual llevaba sobre el rostro un antifaz, bajó de la litera, dejó en ella á la doncella y la hizo esperar en un soportal inmediato, despues de lo cual entró resueltamente por una negra puerta, y sin vacilar se aventuró por un estrecho y medroso callejon.

Al pasar por las puertas interiores de aquella miserable casa de vecindad, venian á herir sus oidos palabras obscenas, cantos chillones y repugnantes, riñas indescribibles, y aspiraba ese olor característico del desaseo de la miseria, y su traje de seda se empolvaba y manchaba al rozar sobre el pavimento terrizo.

Aquella muger elegante, esbelta, atravesando rápidamente aquellos pasadizos, era en ellos una cosa disonante, un anacronismo de localidad, por decirlo asi, una inconveniencia, en fin. Sin embargo, no era la primera vez que doña Catalina iba á aquella casa, puesto que sin vacilar volvió y revolvió callejones oscuros, subió y bajó esca-

leras, y llegó al fin á una puerta situada en el fondo de un callejon sin salida.

Doña Catalina, antes de llamar á aquella puerta, se acercó á ella y escuchó: nada se oia mas que el canto monótono y chillon de una vieja: pero apenas habia llegado la jóven, cuando la puerta se abrió de repente y apareció la vieja, verdadera reproduccion de la bruja española, que dijo con acento gangoso é insolente:

—¡Miren la señorona! ¡escuchando ni mas ni mas que si le importara algo!.. vamos, hija, ¿qué quereis?

—¡Siempre la misma, buena madre Ambrosia! dijo doña Catalina, sin alterarse por la insolencia de la vieja: yo creí que teniais bastantes motivos para conocerme, aunque viniese encubierta.

—¡Y como que sí! dijo la vieja, dilatando en una sesgada mueca, que era su sonrisa habitual, su profunda y desdentada boca: vuestra señoria huele como siempre á gloria, y su hermosura salen por cima del manto. Entre, entre vuestra señoría, y quitémonos de la observacion de los vecinos, que los tiempos andan malos, y el corregidor, á quien Dios confunda, sin acordarse de que muchas veces y para muchas cosas necesita á esta pobre vieja, ha dadó tras las del oficio y ha jurado quemarnos por brujas en la plazuela de la villa... ¡Mire vuestra señoría si el corregidor es agradecido y tiene caridad!

—¿Estás sola? dijo doña Catalina.

—Solita y no de Dios, contestó la vieja: pero si esto no satisface á vuestra señoría, infórmese, mire y registre.

Doña Catalina fué á la puerta, la cerró con la llave, y luego registró una por una las dependencias de aquella miserable vivienda: nadie habia en ella.

—¡Para que vuestra señoría no se fie de mí! dijo la tia Ambrosia: ¿cuándo la he engañado yo?

—Pudiera suceder que sin querer, obligada, me engañases; y lo que tengo que decirte es cosa que no quisiera que nadie oyese. Ven.

Y llevó á la vieja á la habitacion mas retirada, que era una especie de desvan polvoriento, con paredes de madera, por cuyas rendijas entraba helado y sutil el frio viento del invierno.

—Escúchame, ya que aqui no puede oirnos nadie, ante todo, toma.

Y doña Catalina sacó un enrique de oro y le entregó á la vieja, cuyos ojos resplandecieron de avaricia.

—Siempre ha encontrado una esclava en mí vuestra señoría, dijo.

—Es verdad, y estoy agradecida: la última vez que me echaste los naipes me dijiste que encontraria mis amores, pero que me sucederia una desgracia del momento.

—Y estoy segura de que eso se ha cumplido.

—Es verdad, y he ganado mas que he perdido; pero necesito de tí dos cosas.

—¿Cuáles, señora?

—Un bebedizo para el rey.

—¡Ay señora! no necesita vuestra señoría de eso: bastante bebedizo son sus ojos.

—Sí, pero hay otros ojos que le gustan al rey mas que los mios... y luego.... el rey desconfia de mí.

—¡Ah! ¡que el rey desconfia de vuestra señoría!.. pues hace mal: yo no sé cómo no le tiene vuestra señoría ciego.

—El rey ha visto...

—¿Y qué ha visto el rey?

—¿Es preciso que sepas lo que el rey ha visto?

—Sí por cierto; sino ¿cómo quiere vuestra señoría que el bebedizo sea bueno? es necesario que yo sepa lo que ha de olvidar.

—El rey ha visto un caballero en mi dormitorio.

—¡Ah! ¡ah! ¿y conocia á ese caballero?

—No, porque anoche estaba recien llegado.

—¿Es jóven?

—Sí.

—¿Hermoso?

—Sí,

—Esto debe haber irritado al rey que es bien feo.

—Es necesario que el rey cierre los ojos á todo.

—Los cerrará.

—¿Y cuándo tendré el bebedizo?

—Antes de ocho dias.

—Es mucho tardar.

—Yo no puedo, sin embargo, hacerlo antes, y aun asi será preciso que vuestra señoría me dé algunas cosas.

—¿Y qué cosas son esas?

—Tres pelos de sus cejas, una cortadura de uña del dedo del corazon de la mano izquierda, y tres monedas de oro en que esté la figura del rey.

Doña Catalina, con un fanatismo que seria muy estraño, si en el dia no existiesen muchas damas, que á pesar de los adelantos de la civilizacion, se valen de las mismas hechicerías y de los mismos seres miserables para sus amores, que los de que se valia doña Catalina para sus asuntos, se arrancó tres pelos de las cejas que la tia Am-

brosia guardó cuidadosamente en una mugrienta caja, tomó unas tijeras que la vieja le presentaba y apurándose una preciosa uña del dedo, vulgarmente llamado del corazon, sacó una sutil cortadura que la vieja guardó en la misma caja y luego la dió tres escudos de oro con el busto de Enrique IV.

—Dentro de ocho dias, dijo doña Catalina, vendré por el bebedizo.... Ahora escucha otra cosa y respóndeme la verdad; ¿sigue viniendo á tu casa el marqués de Villena?

—¿Cómo no ha de venir si, á pesar de sus años, el buen señor no ha perdido la aficion á las cosas buenas que Dios crió?

—Y dime ¿con quién anda ahora entretenido?

—Con una toledana que vale todo el oro que pesa. Sin ofender á vuestra señoría, es una rapaza mi sobrina, blanca como un copo de nieve, derecha como un pino, bien entallada, con unos colores que dan envidia á las rosas, y con unos ojos como dos puñales. ¡Lástima de prenda que haya ido á emplearse en tan viejo amante!

—Y... ¿qué tal? ¿ella es discreta?

—El marqués está loco... la ha puesto casa, y cena con ella todas las noches.

—¿Y dónde vive esa muger?

—En verdad, en verdad, que estos dias debe haberse mudado, porque el marqués está tan loco por ella que todo le parecia poco y le ha buscado mejor casa... y por cierto que acaba de irse de aqui, y que me ha dicho donde vivia: pero con esta cabeza que los años me han puesto tan vieja y tan achacosa...

—Eso consiste en que te abandonas demasiado, mi buena Ambrosia: debes cuidarte mas.

—¡Ay señora! el pan está por un sentido, y el aceite no hay quien á él se acerque, ¿y el carbon?.. como que dicen que se van acabando los montes, le han puesto por un ojo de la cara, y es menester pasarse con poco pan, con poca luz, sin lumbre, y el frio...

—Toma... toma y nada te importe que los mantenimientos estén caros... ya sabes cuanto te quiero, buena Ambrosia.

—¡Ay, y qué buena es vuestra señoría! dijo la vieja tomando otros diez escudos que le dió doña Catalina: y en verdad, y en verdad que el consuelo que me causa ver el buen corazon que tiene para mí vuestra señoría, me remoza y me revive..... como que ahora me acuerdo de que la señora Tomasa la toledana...

—¡Ah! ¡se llama Tomasa!

—¿No es verdad que tiene un nombre feo? yo se lo he dicho mu-

chas veces: debia llamarse Angélica, porque verdaderamente es un ángel, pero asi la pusieron en la pila; como decia, la señora Tomasa, vive cerca de aqui.

—¿Dónde?

—Junto á San Andrés, en una casa grande que tiene soportal y mirador.

—¿Y dices que el marqués?...

—El marqués está loco por ella,

—Entonces no necesito saber mas. Adios.

Llamaron entonces con fuerza á la puerta de la vivienda.

—¡Ah señora! dijo asustada la vieja: ¡si fuese el corregidor!

Inmutóse doña Catalina, y entretanto llamaron de nuevo con mas fuerza.

—¿Qué diablos estás haciendo Ambrosia?.. ¿duermes... mala bruja, que asi me haces esperar.

—¡Es el marqués de Villena! dijo la vieja.

—Pues es necesario que no contestes.

—¡Echará la puerta abajo!

Oyóse de nuevo un ruido semejante al zarandear de una puerta.

—A lo menos es necesario que no me vea.

—Pues bien, pero no me venda vuestra señoría. Por aqui.

La tia Ambrosia tocó á la pared de tablas que se abrió dejando franca una estrecha y oscura entrada.

Doña Catalina penetró, volvióse á cerrar la puerta y la jóven quedó completamente á oscuras.

XIII.

De lo que vió y oyó doña Catalina desde su escondite y de las aventuras que la acontecieron.

Apenas se habia ocultado doña Catalina, cuando oyó abrir la puerta y luego la ronca voz de don Juan Pacheco que decia:

—¿Quién estaba contigo Ambrosia?

—¿Conmigo señor? ¡nadie!

—Yo he escuchado un poco antes de llamar y he oido una voz de muger.

—Vamos, vuestra señoría se lo habrá figurado, y sino con registrar....

—Sí, esto es lo mejor, registremos.

El marqués entró en el aposento á que daba la puerta secreta

y doña Catalina vió al través de sus rendijas que iba disfrazado con ropas humildes y con antifaz.

—Vamos: dijo el marqués, no me has engañado: no hay nadie: siéntate: tengo que hablarte.

Y el marqués se sentó en la misma desvencijada silla en que habia estado sentada doña Catalina.

—¡Diablo! dijo, esta silla está caliente y mas que caliente.

—Como que ha estado sentada en ella hace muy poco, una moza que debe tener en las venas fuego en vez de sangre.

—Y... ¿quién es esa moza?

—Una prenda de vuestra señoría.

—¡Ah! ¡Tomasa! dijo el marqués cuyo semblante se desarrugó.

—Pero mire vuestra señoría, aqui estamos mal; entra por las rendijas de esas tablas un frio que hiela.

—Lo que no ha impedido que haya estado aqui tu sobrina, segun lo indica el calor que guarda la silla.

—Ya sabe vuestra señoría, que mi sobrina lleva el fuego consigo... pero no todos somos lo mismo y...

—No, no; mas vale tiritar que ser oidos... y lo que voy á decirte...

—¿Ha dado á vuestra señoría algun motivo de queja mi sobrina!

—No, no se trata de eso.

—¿Pues de qué, señor?

—Hace mucho tiempo que me sirves, Ambrosia.

—Y siempre he servido bien á vuestra señoría.

—Tu pasas por hechicera, aunque es lo menos que eres... pero si se tratase de una persona que estorbase...

—¡Ah! dijo profundamente la vieja, lanzando una mirada furtiva y recelosa á la puerta secreta tras la cual se hallaba doña Catalina.

—No comprendo bien á vuestra señoría, dijo la vieja.

—Pues mira, no acostumbras á ser tan torpe.

—Considere vuestra señoría: los años...

—¿Será necesario decírtelo mas claro?

—Como querais, señor.

— Tú, en otro tiempo, conocias á cierto honrado mozo.

—¿ Y cómo se llama, señor marqués?

El tal era un moceton fornido, de semblante sesgado, con una cuchillada que le cojia la frente y parte de la ceja izquierda: el tal moceton habia estado cuatro años en galeras y seis en Argel.

—¡Ah! ¡Diego el *Desollador*!

—Veo que vas recobrando la memoria.

—Tales señas me da vuestra señoría...

—¿Y dónde anda ese mancebo?

—Anda entre dos luces.

—¡Cómo!

—Sí señor; digo entre dos luces, porque anda entre si se escapa ó le prenden.

—¿Y qué ha hecho ese inocente?

—Poca cosa, señor; á vuestra señoría puede decírsele todo: es el caso que andaba, que bebia los vientos cierto caballero mozo y rico, tras cierta doncella jóven y hermosa; pero la tal doncella, aunque tenia ablandadas y derretidas las entrañas por el galan, solo podia verla desde la reja de un aposento alto en que la tenia encerrada su tio, y aun asi, solo el bulto, porque el galan no se atrevia á ir de dia, ó al amanecer en misa, y rodeada de escuderos, pages y rodrigones: llegó el caso de que ni aun á misa fuese la dama, ni pudo el galan dejarla ver el bulto desde la calle y á media noche, porque apercibido de ello el tio, la trasladó á otro aposento cuyas rejas daban al patio de la casa: entonces el galan desesperado, buscó medios, echó medidas, y vió que solo mediante un robo, podia conseguir la posesion, legítima, se entiende, de doña Constanza.

—¡Ah! ¡era la sobrina del corregidor don Gil de Andrade!

—Escapóseme el nombre: pero no importa que vuestra señoría conozca todos mis asuntos. Dando y volviendo á dar el señor Tello de Figueroa, que entonces era enamorado y ahora marido de doña Constanza, en cómo y de qué manera conseguiria su empeño, acordóse de mí, y apenas se acordó, cuando se encaminó á esta mi pobre choza, y despues de muchos circunloquios y rodeos, me dijo su cuita, y tanto hizo y suspiró, y lloró, que yo me enternecí, y consentí en sacarle de penas: entonces, y despues de ido el hidalgo, llamé á Diego el Desollador y le dije: hacienda de honra tenemos, hijo: se trata nada menos que de robar su sobrina al corregidor y de entregarla á un bizarro caballero, que anda por ella entre la muerte y la vida.

—Pues si en tener á esa dama consiste que ese señor viva, me contestó Diego, que cuente largos años, porque juro y prometo y me obligo, siendo empeño vuestro, en que antes de una semana, dama tendrá á su placer y no habrá por qué gima y llore.

—Me interesa saber cómo hizo el señor Diego para quitarle á don Gil su sobrina, porque me gusta la gente despierta y de ingenio.

—Diego le tiene que no hay mas que pedir: en muy poco tiempo

tomó lenguas, buscó, indagó y supo que el corregidor no veia por otros ojos que por los de un reverendo fraile, guardian del convento de San Francisco de Illescas, que con él lo consultaba todo y que á él solo obedecia. Averiguado esto, Diego buscó á algunos de sus amigos, tomó el camino de Illescas, y cerca de ella, envió una carta al padre fray Simon de Arjona, que asi se llama el reverendo, en que se le decia que un rico ganadero de las inmediaciones, estaba á punto de muerte, que para salvarse, en pago de sus muchos pecados, habia resuelto dejar por su heredero á San Francisco, en vista de lo cual, era necesario que el padre guardian se presentase sin perder momento, porque el enfermo se iba por la posta, y pudiera suceder que cuando el santo heredero cobrase la hacienda, la encontrase mermada de metálico por los allegados del difunto, si el padre fray Simon no estaba presente para impedir se consumase tan horroroso pecado. El fraile mordió el anzuelo.

—Ya lo creo, dijo el marqués que escuchaba con gusto la relacion de aquel golpe de mano, que algunos meses antes habia causado un tremendo escándalo en la villa: para que un hombre, y en particular un hombre fraile, se trague, no digo yo un anzuelo, sino una áncora de galera de dos bandas, no hay como ponerle por cebo la codicia.

—Dice muy bien vuestra señoría, y el suceso coronó á tan buena astucia: sin perder un punto, el padre guardian, mandó que le aderezasen la mula, y, acompañado de un legote, tomó el camino de la hacienda de quien, bueno y sano, en todo pensaba, menos en dejar por su heredero á San Francisco: iban padre y lego su camino, saboreándose el primero con el rico heredamiento y tirando el segundo del ronzal de la mula, cuando hé aqui que de entre unos breñales, sale mi buen Diego el Desollador, con otros cuatro camaradas, arremete al de misa y al no ordenado, carga con ellos, los entra en el monte, y una vez alli dice al fraile, enseñándole su puñal por via de recomendacion en la una mano, y en la otra papel y tintero.

—Vea vuestra paternidad cómo me recomienda á su señoría, don Gil de Andrade, corregidor de la muy noble y leal villa de Madrid, porque me es de todo punto necesario para ciertos negocios el presentarme á él bien recomendado. El fraile suda y se acongoja, procura convertir con un sermon á Diego, pero Diego le punza en el pecho con la punta del puñal y el padre calla, se consiente y escribe..... lo que Diego le dice que escriba.

—¿Y sabes lo que le dictó ese buen Diego? dijo el marqués: vea-

mos, veamos, porque yo quiero para mucho negocio á ese mozo, y me alegraria de poder apreciar su ingenio.

—¡Ah, señor marqués! Diego es un muchacho muy despierto y que no parece sino que ha cursado estudios en Salamanca...

—Sí, pero *quod natura non dat*... murmuró el marqués.

—Si da, y tanto que da, dijo la vieja comprendiendo á medias el proverbio latino; ya verá, ya verá vuestra señoría, si se puede tener mas agudeza de ingenio.

—Pero en fin, ¿cuál era el contenido de la carta?

—Yo no la podré relatar á vuestra señoría letra por letra, pero sí en sustancia.

—Veamos, veamos.

—Púes, Diego hizo al reverendo que le escribiese una carta de recomendacion en que le decia, que el hermano donado Serapio Saturnino, era un varon esperimentadísimo para sacar del cuerpo de cualquier persona demonios y amoríos, y que pondria á su sobrina tan buena y desengañada de los galanteos de don Tello de Figueroa, como fuese menester para que no fuese necesario guardarla, porque ella se guardaria á sí misma; ademas tenia la carta muchos latines que Diego me relató de memoria y que yo no entenderia en todos los dias de mi vida, aunque volviese á nacer, y por último, le decia que viéndose precisado á ir por asuntos de su convento á Aragon, no volveria tan pronto; que no le escribiese, para no perder el tiempo y las letras, que él esperaba que al volver de su viaje estaria la señora doña Constanza enteramente curada y sujeta á la obediencia de su tio, mediante la ciencia singular que Dios habia dado al hermano Serapio Saturnino, para esta clase de enfermedades.

—¿Y quién era el tal hermano Serapio?

—¿Quién habia de ser, sino Diego el Desollador? que en el momento que tuvo la carta, arremetió á los dos frailes, les quitó los hábitos, y metiéndolos mas en el monte, los encerró en una cueva, dejando á tres de sus compañeros para guardarlos: en seguida él y otro se calaron los hábitos; se pusieron unas luengas barbas postizas, que llevaban á prevencion, y montando Diego en la mula, y guiándole su compañero, se encaminaron á Madrid, llegaron, entraron, fuéronse derechos á la casa del corregidor, y entregaron á un alguacil la carta.—Apenas la hubo leido don Gil de Andrade, cuando se le alegró el alma, en un punto, porque no podia dudar el buen testimonio de fray Simon de Arjona, y dando gracias á Dios que le enviaba la tranquilidad con el donado Serapio Saturnino, á quien hizo toda

clase de agasajos, le acomodó noblemente en su casa, y le llevó al encierro de doña Constanza, con la cual, por pedirlo asi Diego, le dejó solo.—Por el pronto la enamorada doncella, á quien su tio habia dicho que aquel fraile iba á sacarle los amores del cuerpo, trató á Diego con una irreverencia escandalosa, le insultó, le llenó de improperios, pero cuando Diego la dijo que le enviaba don Tello de Figueroa, y que era preciso que ella se prestase, para que saliese bien el asunto, doña Constanza se amansó, se volvió dócil como un cordero, y de tal modo, que el corregidor maravillado de lo que habia hecho Diego con su sobrina, lo tuvo á milagro, y juró por su vara y por su espada, que aquello habia de servirle para su canonizacion cuando muriese, y tomó testimonio, y honró mas al fingido fraile, hasta el punto de dejarle entrar y salir en lo mas apartado y secreto, y pasar horas enteras encerrado con doña Constanza, que cada dia se mostraba mas sumisa y obediente á la voluntad de su tio. Iban entretanto y venian cartas de don Tello; este preparaba lo necesario para el proyecto de escapatoria, y al fin una noche, cuando ya doña Constanza habia vuelto á la gracia del corregidor, el santo y sabio donado, introdujo algunos hombres en la casa furtivamente se echó de repente sobre los alguaciles y los criados, puso una mordaza á don Gil de Andrade, á quien dejó atado á su sillon, y entregó doña Constanza á don Tello que sin perder tiempo la llevó á uno de los lugares de su señorío, se casó con ella, y algunos dias despues, volvió con el mayor descaro á Madrid y se paseó por la villa con su esposa, pasándosela al corregidor por delante de las narices. Al fin, como era preciso, al poco tiempo don Gil cedió, llamó á su sobrina y á su esposo, y los perdonó entregándoles la dote de doña Constanza, pero con la condicion de que le habian de revelar el nombre del fraile que les habia ayudado en aquella mala pasada.—Aconteció lo que sucede siempre, los parientes se avinieron, y Diego el Desollador se vió precisado á huir de don Gil de Andrade, y huyendo anda.

—¿Pero está en Madrid?

—¿Y dónde habia de estar sino á mi arrimo? Todo consiste en que de dia está á la sombra, y de noche sale á volar por esas calles, y á veces por esos campos de Dios.

—Me parece un mozo á propósito para lo que yo le necesito: podrá suceder que haya que robar á otra doncella, pero la tal doncella está muy guardada y por gente mas despierta que el corregidor de Madrid.

—¿Una doncella cuyos parientes se oponen?

—Sí, sí, eso es... ademas... ya te digo... podrá suceder que cierta persona estorbe...

—Vuestra señoría puede entenderse para eso con Diego, dijo la vieja, lanzando de nuevo otra mirada recelosa á la puerta secreta: eso será lo mejor: Diego es despierto, corta un pelo en el aire, y vuestra señoría...

—¿Puedes enviarle esta noche á mi casa?

—Y tanto como puedo.

—Pues mira: para que no tenga que decir su nombre, bástale con que presente esta sortija, y el marqués se quitó una riquísima del dedo.

—¿Y tendrá que entregarla? dijo con intencion la vieja.

—No, no, que la presente y se la guarde: este es el principio de la paga que será magnífica... como que si nos sirve, le prometo que podrá pasearse delante de don Gil de Andrade sin temor á sus alguaciles.

—Diego servirá á vuestra señoría como le he servido siempre yo.

—Asi lo espero, y adios.

—¿Se va tan pronto vuestra señoría?

—Sí por cierto, voy á ver al arzobispo de Toledo con quien tengo mucho que hablar.

—Vaya, pues, vuestra señoría con Dios.

El marqués de Villena salió y Ambrosia salió acompañándole: cuando se quedó sola, volvió al desvan y se detuvo antes de llegar á la puerta secreta.

—¡Habrá oido! dijo: y bien, si ha oido, bien sabe que yo no vivo de hacer milagros: doña Catalina callará porque la conviene callar, en todo caso comeremos á dos carrillos y Dios dirá.

Y tras estas palabras abrió la puerta secreta y dijo:

—Vuestra señoría puede salir cuando quiera.

Pero nadie le contestó.

Entró en el desvan y no halló á nadie: corrió á una puertecilla situada en el fondo pero la encontró cerrada por dentro.

¿Dónde ha ido esta muger? esclamó la tia Ambrosia: ¿la habrá encontrado acaso Diego que siempre anda observándome? sin duda: él solo sabia esta comunicacion... ¡y haberla cerrado por dentro!.. en todo caso no tengo yo la culpa, no... y luego ya no es una niña....., ella sabrá lo que se hace.

Y la vieja salió del desvan, cerró la puerta, tomó un raido manto y saliendo de su vivienda, se perdió en la calle á tiempo que el sol se ponia.

XIV.

En que se continuan los sucesos anteriores.

Doña Catalina habia oido toda la conversacion anterior, y antes de que el marqués saliese de casa de Ambrosia, se dijo para sí:

—Ya sé de lo que se trata: esa doncella que se quiere robar no es otra que la infanta doña Isabel... y acaso, acaso esa persona que estorba sea el infante don Alonso: don Juan Pacheco no se detiene en nada: es un hombre que lo entiende y conoce que en el camino que recorre las vacilaciones son funestas y que se debe saltar por todos los obstáculos que se encuentran: el marqués no fia demasiado en Enrique IV, y procura asegurarse por todos los medios posibles: pues bien; Dios sin duda me ha traido aqui para evitar estos crimenes: pero es necesario que Ambrosia no sepa que yo los he escuchado ó por lo menos que se quede en duda: he visto luz en el fondo de este desvan; sin duda entra por las rendijas de una puerta: pues bien, salgamos de aqui... en todo caso nada me puede acontecer, lléveme á dondequiera esa puerta, porque nada sucede á quien tiene serenidad, oro é ingenio.

Y doña Catalina procurando apagar el ruido de sus pisadas, llegó al otro estremo del desvan, encontró una puerta, la abrió, y se halló en lo alto de unas escaleras de madera: vió que la puerta tenia un cerrojo por dentro, y bajó recatadamente las escaleras.

A medida que descendia, llegaba hasta ella un rumor de voces ásperas que hablaban y reian: Doña Catalina llegó á sentir algun miedo, pasó adelante, sin embargo, redoblando la precaucion: al pie de la escalera habia una habitacion polvorienta, negra y desamueblada, y al fin de ella una puerta cerrada, tras la cual se escuchaban ya distintamente las voces de algunos hombres.

Doña Catalina se acercó de puntillas á la puerta y miró por sus resquicios: vió una habitacion destartalada amueblada con muebles heterogéneos y destrozados, algunos de los cuales debieron de ser en su tiempo de lujo: en medio de la habitacion habia una mesa mugrienta sin manteles, en la que se veian algunos platos y dos enormes jarros de vino, rodeados de cubiletes de estaño: en torno de la mesa, sentados en sitiales de pino, habia cinco hombres: en el que ocupaba el testero y que estaba frente por frente de la puerta tras la cual observa doña Catalina, esta reconoció á Diego el Desollador, por su

espresion bravía, por la ancha cicatriz que partia su frente, y por un no sé qué característico que dejaba conocer en él al aventurero que tiene tanto de los fueros y del desenfado de un noble, como de lo brutal y soez de las clases bajas: observó que era un hombre como de treinta años, y que, á pesar de su cicatriz, podia pasar por buen mozo; que su traje era esmerado, aunque característico como su aspecto, y que hablaba con cierta superioridad con sus compañeros.

—Es preciso, les decia, en el punto en que doña Catalina pudo oir la conversacion, es preciso ver de qué modo hacemos para salir del apuro: el señor don Gil de Andrade, nuestro buen corregidor, á quien Dios confunda, ha declarado la guerra á Ambrosia, nos persigue de muerte, estrecha cada vez mas el cerco, y el dia menos pensado, prende á la buena vieja, revuelve su casa, encuentra la gatera, y hé aqui que, cuando mas descuidados estemos, vemos entrar una jarcia entera de alguaciles por aquella puerta (y señaló la en que observaba doña Catalina) asi, pues, creo que debemos calzarnos las sandalias de viaje, y á Dios y á la aventura, echarnos á buscar mejor tierra que esta, en donde estamos espuestos á cada paso á ir á dar en la picota y de la picota á la horca.

—Fue mucho, mucho chasco, Diego, el que diste al corregidor, dijo uno de los comensales embocándose un jarro.

—¿Qué quieres, Gilito? lo pagaban bien; y luego era una herejía que el corregidor, por no soltar la dote, sentenciase á una virginidad eterna á doña Constanza... yo hice una obra de caridad... pero.....

—Una obra de caridad que te cuesta cara, dijo otro.

—No por cierto, Tadeo, repuso Diego: asi como asi, me alegro porque la Ambrosia se me hace insoportable. ¡Pues no tiene metida en los cascos la manía de que una muger que tiene tanto dinero como ella nunca es fea ni vieja!

—¡Qué cosas hace el dinero! dijo otro comensal.

—Ya veis... luego esa maldita bruja, sabe demasiado y es muy ladina, para que yo pueda engañarla: sin mas andar... ahí está Tomasa.

—¡Brava moza!

—¡Hermosísima!

—¡Valiente!

—Digna por todos aspectos de un hombre de rumbo, esclamaron uno tras otro los compañeros de Diego.

—Pues bien, Tomasa y yo, á las pocas veces de vernos en casa de la Ambrosia, nos entendimos: pero el mal estuvo en que Ambrosia nos entendió tambien: entonces la taimada vieja que guardaba á su

sobrina para un buen acomodo, no esperó á mas y la presentó al marqués dé Villena: la muchacha se deslumbró con las ricas joyas que, para vencer su esquivez la dió don Juan Pacheco, y como es discreta y esperimentada, hizo tanto que el marqués se cree adorado de ella... y sin embargo, el marqués la guarda de tal modo, que no puedo verla ni por un resquicio.

—Es que ella no quiere.

—Ella querria si yo la comprase joyas tan preciadas como las que el marqués la compra, y vive Dios, que no he de tardar mucho en ofrecérselas.

—¡Ola! ¿ha caido algun empeño de honra?

—No, pero me está dando el corazon, no sé qué, desde hace algunos dias... y nunca me engaña: cuando yo era teniente del señor Blasco do Campo Riveyra...

—¡Qué! ¡qué! esclamaron todos en coro, mientras doña Catalina al oir el nombre del portugués, redoblaba su atencion.

—Pues, cuando yo era teniente de aquel valiente capitan le dije un dia: paréceme que la hermandad va á dar sobre nosotros... y dió.... al poco tiempo hubo un combate sangriento: el capitan logró escapar porque el diablo sin duda le favorece, yo pillé esta señal que me cruza la frente y que guardaré para memoria toda la vida: me prendieron, y cuando volví en mí, me encontré en la cárcel al lado de una buena moza.

—¡Cómo!

—Sí, la muger del alcaide que se interesaba por mí: sucedió que en la cárcel hubo lo que Dios quiso que hubiera, y como el alcalde mayor se interesaba por la alcaidesa y esta por mí, aconteció que en vez de ir á la horca, como fueron mis compañeros, fuí á galeras.

—¿Y no te escapaste?

—De galeras, á pesar del grillete, tal vez me hubiera escapado; pero es el caso que, aun no habia calentado mi banco y aprendido á agarrar el remo, cuando á la vista de Cartagena nos dió caza una galeota argelina, nos apresó, y nos llevaron cautivos á Argel. Alli era mas dificil escapar, y alli estaria todavia á no ser por una casualidad afortunada.

—Alguna mora...

—No por cierto, aquellos herejes condenados guardan á sus mugeres de tal modo, que es imposible verlas... pero en el mismo jardin en que yo trabajaba hacia dos años, encerraron á un caballero portugués á quien acababan de cautivar. Este caballero, al contarme

su historia, me dejó conocer que Blasco do Campo Riveyra habia hecho suerte, que era favorito del rey de Portugal, y muy su amigo: las circunstancias de la amistad que unió á este caballero con mi antiguo capitan, me dió alguna esperanza, y como no tenia seguridad de que estuviésemos mucho tiempo reunidos, escribí una carta para el señor Blasco, diciéndole únicamente que su criado Diego el Desollador estaba cautivo en Argel, pendiente solo de que su generosidad le rescatase, y el caballero portugués, recibiendo la carta, me dijo que la aprenderia de memoria por si se le estraviaba, y que dentro de poco tiempo la entregaria ó la relataria á su amigo el señor Blasco, porque sus parientes trataban su rescate, y no tardaria en volver á Portugal.—En efecto, un mes despues, el portugués se despidió de mí para embarcarse y volver rescatado á su patria; me prometió de nuevo dar mi carta al señor Blasco, y partió dejándome con pocas esperanzas.

—Comprendo que no esperases gran cosa de tu capitan, porque los hombres cuando se enriquecen y se hacen poderosos, se olvidan de todo.

—Eso mismo pensaba yo, porque no se me habia ocurrido que mi antiguo capitan me necesitase.

—¡Qué te necesitaba tu capitan!

—Sí por cierto: para un empeño de honra. Asi es, que al poco tiempo del rescate del caballero portugués, me llamó un dia mi amo y me dijo: «Cristiano, eres libre; los frailes de la redencion me han pagado tu rescate, y no solo esto, sino que me han dado para tí esta bolsa y esta carta.» La bolsa contenia cuarenta soberanos de oro, y la carta era de mi capitan que me decia, que partiese al momento, me encaminase á Lisboa, y fuese á preguntar por él á la taberna de la *Reinha branca*.—Como es de suponer, yo no esperé mucho en Argel, ajustéme con el arraez de una galera corsaria que se hacia á la vela con rumbo á España, y dos dias despues el arraez me dejó en las playas de Algeciras. Poco despues estaba en Lisboa y en la taberna de la Reinha branca.

—¡Y para qué te queria tu capitan? dijo Gilito.

—¿Para qué? mi capitan necesitaba un cocinero para una dama suya.

—¡Ah! esclamaron á un tiempo los cuatro bribones.

—Sí por cierto; el señor Blasco do Campo Riveyra comia con mucha frecuencia con doña Teresa Carbalho, hembra hermosa, aunque ya no niña, como no he visto yo dos en lo que llevo de vida. Blasco,

que tenia sus proyectos, dió en quejarse de los guisos del cocinero de doña Teresa, que le despidió y tomó otro, pero aquel otro disgustó tambien á mi capitan: debeis tener en cuenta, que el señor Blasco no encontró malos los guisos que comia en casa de doña Teresa, hasta que supo que yo estaba cautivo en Argel.

—Pues no entiendo, dijo Tadeo.

—Habeis de saber que yo he sido lego en San Gerónimo, que aprendí á guisar de un escelentísimo cocinero que tenian los benditos padres; murió el tal, y yo le reemplacé en su oficio, en el cual me perfeccioné durante dos años, que me formaron el gusto los padres. Blasco sabia esto, sabia ademas que yo tenia el alma atravesada, y no paró hasta meterme de cocinero en casa de doña Teresa.

—¡Ah! queria deshacerse de ella, dijo lúgubremente Tadeo.

—Ya lo creo, como que doña Teresa era querida del rey de Portugal, y el señor Blasco no queria que nadie dominase al buen don Alfonso V. mas que él: dióse muy buena maña para que el rey tuviese celos de doña Teresa, para que se irritase contra ella, y desease deshacerse de ella á todo trance. Pero aunque el rey se encontrase en las mas felices disposiciones, Blasco temia la influencia que por su hermosura y su talento ejercia la cortesana sobre el rey, y halló que lo mejor que habia que hacer era matarla sin ruido, de la manera mas cómoda. Blasco hubiera podido envenenarla por sí mismo, pero esto tal vez hubiera traido sobre él sospechas; necesitaba, pues, de una persona de confianza, y se valió de mí.—Un dia me presenté en casa de doña Teresa, y la pedí, que pues sabia que no estaba contenta con su cocinero, me recibiese á mí, que habiendo contentado á frailes gerónimos, estaba seguro de contentar al mismísimo Gran Tamerlan de Persia: doña Teresa, que no deseaba otra cosa mas que complacer á su amante, me recibió, y al recibirme se sentenció á muerte.

—¡Diablo! ¿sabes que me va interesando tu capitan? dijo Gilito: es un hombre qúe lo entiende, vive Dios, y que debe tener el corazon duro.

—¡Como una piedra! ¿y que si lo entiende? ¡ahí es nada! nunca estuvo mas enamorado ni mas obsequioso con doña Teresa que cuando pensó en matarla. Ademas, quince dias antes del en que yo debia envenenar á doña Teresa, Blasco se despidió de ella, con pretesto de ir á cumplir una órden del rey en Oporto. Doña Teresa se quedó triste; parecia que adivinaba que no iba á volver á ver á Blasco á quien amaba con toda su alma: entretanto yo me hice con mis propias

manos un veneno sacado del jugo de ciertas yerbas, á lo que me habia enseñado en Argel un renegado genovés, y á los quince dias de la partida de Blasco, serví á doña Teresa un plato de anguila, cuya salsa tenia una cantidad de ponzoña capaz de matar á cien personas. Apenas hube servido este plato, cuando salí de casa de doña Teresa, y me oculté: al dia siguiente supe que se decia por la ciudad que la manceba del rey se habia encontrado muerta por veneno en su lecho: Como doña Teresa no tenia parientes y la justicia andaba como Dios queria en Portugal, nadie se metió en averiguar quién habia hecho aquella muerte, y al fin, seguro de que nadie me acusase, y rico por el precio que me habia dado Blasco, me paseé triunfé y gasté algunos dias en Lisboa, y al fin, deseando ver de nuevo á Madrid, mi noble patria, me vine y encontré, no sé si en buena ó en mala hora para mí, á la tia Ambrosia cuando ya no me quedaba un cornado: la pobreza, y el dinero de la vieja me decidieron á consentir en ser su amante, y se guiria con ella, si no fuera por el maldito asunto del corregidor. Mi capitan, que debe continuar en la privanza del rey de Portugal y que necesitará siempre para sus negocios de gente esperimentada, nos recibirá á su servicio con mil amores, y no nos faltará trabajo digno de nosotros y oro en abundancia: asi, pues, ¿quereis ir conmigo á Portugal?

—¿Y cómo si queremos?

—¡Ya lo creo!

—¡Con mil amores!

—Mejor estaremos alli que aqui.

—Ea, pues, ya no hay mas que hablar, dijo Diego: para eso y no para otra cosa os habia convidado á comer. Ahora bien, es necesario que cuanto antes emprendamos nuestra marcha. Ya os digo que estoy temiendo á cada paso verme rodeado de los alguaciles del corregidor.

—Yo estoy dispuesto, pero no tengo dinero.

—Lo mismo me sucede á mí.

—Y á mí.

—Y á mí.

—Dinero sobrará: esperadme mañana á la noche en el camino del Pardo; y entretanto voy á acicalarme, á pulirme, á ponerme galan, para trastornar el seso á la tia Ambrosia, y sacarla el dinero que habremos de necesitar.

—Pues entonces, amigos, dijo Tadeo, vámonos, y dejemos en libertad á Diego.

—Sí, sí, dijo Diego, ya empieza á oscurecer y podeis sin temor echaros por esas calles.

—Pues á Dios, Diego.

—Id con él, amigos.

Salieron los cuatro bandidos, y Diego, quedándose solo, esclamó en cuanto no pudieron oirle:

—Vive Dios que me fio muy poco de vosotros, bribones, y que no sereis los que me acompañeis á Portugal ¡mañana á la noche en el camino del Pardo..! y bien, la gente de mi compañía es demasiado esperta y me sirve harto bien para que no amanezcais colgados cómodamente del cuello en una encina. Ha sido necesario tentar vuestra codicia para que no me entregueis al corregidor y he sabido ganar tiempo... despues aligeraré á la Ambrosia de los buenos florines que guarda, y veremos lo que hago. Siempre será bueno ir á buscar fortuna bajo el amparo de Blasco que sabe demasiado lo que valgo, para que no se sirva de mí... ¡y qué diablo! con ingenio y astucia.... ¿qué era él mas que un bandido como yo? y á pesar de esto, hoy es rico-hombre en Portugal, se llama ó senhor Blasco do Campo Riveyra, es comendador de la órden de San Benito de Avis, y favorito del rey de Portugal que no ve mas que por sus ojos. A él le puso en estado de ser lo que es, una muger... ¿y por qué no he de encontrar yo otra que me ayude?

—En cuanto á una muger que os ayude, la habeis encontrado, señor Diego, dijo doña Catalina abriendo de repente la puerta y presentándose al bandido, que retrocedió asombrado, con una vela de sebo, que acababa de encender, en la mano.

—¡Ah! ¿por dónde habeis entrado? dijo con estrañeza, pero sin turbarse.

—Nada os importa por donde yo haya entrado: acabais de decir que no será estraño que una muger os ame y os ayude: esa muger, aunque no os conocia, ni os ama por lo tanto, ni os amará nunca, os toma á su servicio.

—¡Que me tomais á vuestro servicio! dijo Diego serenándose, y dejando la vela en una palmatoria de arcilla.

—Sí por cierto, y por mucho oro que pidais, lo tendreis.

—¿Habeis oido la conversacion que he tenido con mis camaradas.

—Sí.

—Ya sabeis por lo tanto quien yo soy.

—Sí por cierto, y me convenís.

—Sabeis tambien que yo no puedo permanecer sin peligro en Madrid.

—Lo sé, pero mañana recibireis un indulto tal por vuestros hechos, que el corregidor se abstendrá de prenderos.

—Sin duda debeis ser muy poderosa, señora.

—Lo bastante para que os convenga servirme.

—¿Podré saber vuestro nombre?

—Sabedlo en buen hora: me llamo doña Catalina de Sandoval.

—¡Ah! esclamó el bandido con alegria. ¡y necesitais de mí! ¡ya! dicen que doña Guiomar de Silva...

—Me importa muy poco doña Guiomar.

—¿Pues qué os importa entonces?

—Muchas cosas: en primer lugar vos conoceis á la señora Tomasa y la enamorais.

—Sí, sí señora, pero la Tomasa se ha vendido al marqués de Villena.

—Sí, se ha vendido al marqués de Villena, que es un viejo repugnante, mejor se venderá á mí que la arrojaré en vuestros brazos.

—¡Ah! señora, esclamó con agradecimiento Diego.

—El dia en que vos podais mantener como una alta dama á la señora Tomasa....

—¡Oh! entonces ella estará muy contenta y lo estaré yo, y lo estareis vos porque os serviremos bien.

—Pues á servirme desde este momento.

—¿Y qué quereis que haga?

—Llevadme á casa de la señora Tomasa.

—¿Que os lleve á casa de la Tomasa? dijo admirado Diego, ¿sabeis que la casa de la Tomasa es del marqués de Villena?

—¡Ya! y como el marqués de Villena es tan celoso...

—Es imposible de todo punto: el portero...

—El portero será como todos los porteros.

—El marqués de Villena ha conseguido que sus criados le sirvan bien... por miedo.

—Por cancerbero que sea el portero de la casa que tiene puesta el marqués de Villena á la señora Tomasa, si le pedís entrada para una muger y le pagais bien esta entrada...

—¡Ah! tratándose de una dama y pagándole bien...

—Estamos, pues, en el caso de ir á casa de la señora Tomasa.

—Una palabra, puesto que me tomais á vuestro servicio: ¿habeis entrado en esta casa por el desvan?

—Sí.

—En ese caso estamos espuestos á que la tia Ambrosia nos haya escuchado.

—No, no es probable: yo he estado un largo rato escuchando tras esa puerta y nadie ha parecido.

—Pero Ambrosia os habrá buscado.

—No, puesto que yo no la he visto.

—Habrá supuesto que os he encontrado yo.

—Es probable.

—En ese caso será necesario que yo le diga que bajásteis, que me pedísteis que os llevase fuera de aqui...

—Sí, sí, eso es: decidla que me habeis llevado á mi casa... pero no os metais en deshaceros de esa muger, seguidla engañando.

—Cuando os espliqueis enteramente conmigo, os serviré si me conviene y os serviré sin condiciones.

—Os prometo que me servireis. Ahora vamos á casa de la señora Tomasa.

—Vamos, pues, dijo Diego.

Y tomando su gorra, su espada y su capa, alumbró á doña Catalina que se envolvió enteramente en el manto despues de haberse puesto el antifaz, y atravesando algunas habitaciones lóbregas y bajando unas escaleras, el bandido apagó la luz, abrió una puerta, y se encontraron en la calle frente á San Pedro.

—Mi litera está á poca distancia, dijo doña Catalina, y como la casa donde vive la señora Tomasa está en la costanilla de San Andrés, hacedme el favor de decir á mi escudero que me espere en el arco de la iglesia con la litera.

Diego se separó un momento de doña Catalina y cumplió su encargo, despues de lo cual volvió, y entrambos bajaron la costanilla de San Pedro, dieron la vuelta, entraron en la de San Andrés, y Diego se detuvo delante de una gran casa que en la actualidad se está derribando.

—Hé aqui donde vive doña Tomasa: veo el soportal y el mirador sobre ella.

—Segun eso... sabeis...

—Ambrosia me ha hablado de su sobrina.

—¡Ah! ¡con que venís á tiro hecho!

—Sí por cierto.

—Pues dadme, señora, algun oro con que tentar la codicia del portero.

—A nombre de su tia.

Diego se separó, llegó á la puerta que estaba cerrada, tocó á ella y se abrió una rejilla. Doña Catalina oyó el rumor de las voces de Diego y del portero, vió que por algun tiempo la rejilla quedó á oscuras, que volvió á aparecer de nuevo la luz, hablaron otra vez, aunque mas brevemente el de adentro y el de afuera, y al fin el bandido volvió.

—¿Qué hay? dijo doña Catalina.

—He hecho anunciar á Tomasa, que una dama pretende verla, enviada por su tia: me ha costado el mensaje cuatro florines, y aqui teneis el resto.

—Guardadlo, dijo doña Catalina: ¿y la señora Tomasa ha consentido?

—Sí señora, pero será preciso torcer por esa calleja y llamar por un postigo donde ya estará esperando el portero.

—Vamos, pues; y oid: esperadme, necesito hablaros aun.

—Bien, señora, os esperaré escondido en las escalerillas de la iglesia.

Dicho esto, y como hubiesen llegado al postigo, Diego llamó recatadamente á él.

Poco despues se abrió el postigo y apareció un criado viejo con una lámpara encendida que dijo mirando á doña Catalina:

—¿Es esta la dama que viene con recado de la señora Ambrosia?

—Esta es, dijo Diego.

—Entrad, señora.

Doña Catalina no se hizo esperar: y el postigo se cerró tras ella.

—¡Vaya una aventura! dijo Diego, saliendo á buen paso de la calleja: ¡Doña Catalina de Sandoval, la hermosísima querida del rey! ¿qué querrá de mí esta muger? Veremos: en todo caso si me da el indulto prometido, y oro, me quedo y la sirvo. ¿Pero para qué querrá á Tomasa? alguna intriga contra don Juan Pacheco... cosas sin duda de los bandos: pues bien, Diego, juicio, mucho juicio; no nos deslumbremos y veamos dónde ponemos los pies, no sea que de un resvalon vayamos á parar á la horca.

Y como, apenas habia acabado este razonamiento, llegó á las escalerillas de la puerta de la iglesia de San Andrés, y como la noche era oscura, y por aquel ángulo no podia pasar persona viviente, se envolvió en su capa para defenderse del frio, y con la espada desnuda, á todo evento, se replegó en las escaleras.

XV.

De como el que compra instrumentos humanos se espone á ser vendido por ellos.

En una cámara estensa y perfectamente amueblada, reclinada indolentemente junto á una chimenea encendida, en un sillon bajo, muy semejante á nuestras butacas, descansando los pies en un cojin de terciopelo, habia una mocetona como de diez y ocho años, robusta, hermosa, con una hermosura enérgica, mas colorada de lo que convenia á una dama, pero blanquísima, de tez fina y aterciopelada, sobre la cual formaban un magnífico contraste, unos ojos de gran tamaño, brillantes y negrísimos, una cabellera densa, abundante, rizada en anchas y brillantes ondas, y negra como los ojos, como las arqueadas cejas y como las larguísimas y convexas pestañas.

Habia en su semblante mucho de ese reposo, hijo de la falta de vergüenza, y en su atavío una indolencia demasiado incitante, y que mas que la indolencia, hija de un alma apasionada, era la molicie, la dejadez de una muger acostumbrada á vivir del amor.

Despojada aquella figura de su espresion vulgar, y si se quiere baja, inspirando en ella una alma digna, aquella muger hubiera realizado un sueño de belleza: don Juan Pacheco, hombre todo materia, adoraba, no el espíritu de Tomasa, que ella era, sino sus ojos chispeantes, en los cuales no habia un solo rastro de pudor, su boca fresca y purpúrea, lo musculoso y bellísimo de su cuello, lo redondo de sus hombros, lo turgente de su alto seno, y lo reducido y esbelto de su talle. Placíale verse halagado por aquellas manos que parecian arrancadas á la mejor estátua con que el buril griego hubiera animado al mármol de Páros, y ver asomar por bajo del cortísimo manteo, como se llamaba entonces á ciertas faldas, un pie precioso, calzado por un zapato ajustado, del cual parecia querer escaparse la carne, y el nacimiento de una magnífica pierna, cuya deslumbrante blancura se veia á través de los calados de una rica media de seda carmesí.

El trage de Tomasa era el que usaban entonces las toledanas plebeyas: una preciosa toquita blanca sobre las trenzas del peinado; corales en el cuello, sobre una camisola bordada: un justillo de descote cuadrado, con mangas ajustadas, cerrado por delante con agujetas, y un manteo ó falda de gran vuelo, bordado en grandes ramos, con galon de oro en la orla, y en la abertura que se sujetaba

por detras en la cintura con un enorme lazo de galon de oro; ademas de esto calzaba, como hemos dicho, unas medias caladas de seda carmesí, unos zapatitos de raso de Florencia, con lazos dorados, en las manos cuajaban sus dedos ricas sortijas, y de sus orejas pendian dos magníficas arracadas de diamantes.

Tomasa á pesar del lujo que la rodeaba, y de no negarla nada el capricho del marqués, demostraba claramente en cierto fruncimiento habitual de sus lindas cejas, que no estaba satisfecha enteramente dentro de aquella magnífica jaula y ataviada con tan rico plumaje: ella hubiera querido todo aquello con otro hombre, por ejemplo, con Diego el Desollador; pero puesta entre los doblones del marqués de Villena y la pobreza de Diego, se decidió por los doblones.

En la ocasion en que la sacamos á luz, la Tomasa esperaba con cierta impaciencia y tenia fija su mirada en una de las puertas de la cámara. Abrióse al fin aquella puerta y asomó el mismo criado viejo que habia introducido á doña Catalina.

—Señora, la dijo, la dama que viene de parte de vuestra tia.

—Que entre, que entre: y oye viejo torpe: ten cuidado de andar listo y de avisarme á tiempo si viene el marqués, porque si por tu culpa me sucede algo que no quisiera, no faltará quien te adobe las espaldas.

—Descuidad, señora, descuidad, dijo el criado temblando, y desapareció.

En el momento doña Catalina apareció en la cámara, se echó el manto atrás y se quitó el antifaz; Tomasa se levantó y la salió al encuentro.

—¡Dios mio! murmuró doña Catalina, qué hermosa es esta muger.

—Acaban de decirme, señora, que venís á verme de parte de mi tia.

—Sí, sí, tengo que hablaros de asuntos muy importantes.

—Sentaos, pues, y ved en qué puedo complaceros: mucho debeis valer cuando habeis logrado que á pesar del miedo que á todos causa don Juan Pacheco, mi buen amigo, hayan consentido que entreis aqui.

—El oro lo puede todo.

—Sí, sí, es verdad, dijo la Tomasa con el candor del cinismo: no sé qué endiablado poder tiene el oro, que nos obliga á hacer cosas que no hariamos sino por él, y que hasta nos quita la repugnancia de hacerlas.

—Sin embargo, vale mucho mas, oro que no nos obliga á violentarnos, que oro adquirido á costa de un sacrificio.

—¡Ah!

—Por ejemplo: si vos os vierais en una casa mejor que esta, con alhajas mas ricas, con ropas mas costosas, y al lado de Diego...

—¿Por qué me decís eso, señora? dijo Tomasa palideciendo.

—Yo sé que amais á Diego el Desollador.

—Es verdad que le amo.., pero... Diego es un perdido.

—Diego os ama.

—No digo que no: pero es un hombre reducido por sus fechorías á andar á salto de mata huyendo de la justicia, y su querida... ó su muger, á mas de pasar pobremente la vida, se verá obligada á andar de acá para allá y á tener siempre el alma entre los dientes.

—A pesar de eso, yo sé que si don Juan Pacheco no os guardase tambien...

—No me guarda mucho, cuando estoy hablando con vos.

—Yo soy una muger.

—A veces una muger es mas temible que un hombre. Ya lo creo, si yo pudiese salir ó hacer entrar secretamente á Diego, todo se reduciria á que el marqués fuese un amante engañado y á que se consolase de mi traicion si llegaba á descubrirla, con otra querida. Pero vos, señora, vos sin duda quereis de mí algo que pueda ser muy importante para el marqués.

—Esta muger adivina lo que vale, meditó doña Catalina, y se hará pagar cara, pero no importa. ¿Y por qué pensais, añadió alto, que yo?....

—Paréceme que os he visto alguna vez en la corte y que os conozco.

—¿Que me conoceis? dijo doña Catalina á quien contrariaba la especie de paridad en que la ponia con Tomasa aquel conocimiento.

—Sí por cierto. ¿No sois doña Catalina de Sandoval?

—Sí, ¿y bien?..

—Y bien: sois ó habeis sido la querida del rey.

Esta respuesta de la Tomasa que, en cierto modo la igualaba en posicion con doña Catalina, mortificó sobremanera á esta, que sin embargo, reprimió su disgusto dominando su semblante y su acento.

—¿Creeis, pues, dijo, que yo puedo tal vez pediros algo que sea muy importante para don Juan Pacheco? Y bien, si eso fuera cierto ¿me serviriais?

—Segun y como querais que os sirva, dijo con descaro Tomasa.

—El marqués de Villena pasa con vos todas las noches; una gran parte de ellas.

—Don Juan Pachecó está locamente enamorado de mí.

—Y con razon, dijo doña Catalina: cualquiera otro hombre estaria enamorado de igual modo á no ser que no tuviese alma.

—Sin embargo, hay un hombre, que amándole yo, me ama menos que el marqués.

—¡Diego!

—¡Pues, Diego!

—Sin embargo, yo sé...

—Sí, sí; es mas fácil decir las cosas, que hacer méritos.. Diego es un hombre que si quisiera...

—Podria hacer dinero... ¿no es esto?

—Sí tal, y creedme, señora, yo con él me contentaria con menos que con el marqués.

—Sin embargo, el pobre Diego está perseguido y acaso, acaso, se vea obligado, para huir de las garras de la *justicia*, á ausentarse de Madrid.

Palideció de nuevo Tomasa y de una manera que hizo murmurar á doña Catalina:

—El lado flaco de esta muger es Diego.

—¿Y decís que se ve precisado á huir? dijo con cierta ansiedad la hermosa toledana.

—Sí, pero afortunadamente se ha prestado á servirme y no huirá.

—¿Que no huirá?

—No, porque mañana tendrá un perdon ámplio del rey acerca de cuanto haya hecho, incluso el robo de la sobrina del corregidor.

Movióse impaciente en su sillon la Tomasa.

—Pero en fin, señora, ¿qué quereis de nosotros?

—Os compro, Tomasa, dijo resueltamente doña Catalina.

—¿Y qué precio me dais?

—Os haremos noble.

Hizo un mohin de desden la jóven.

—Por muy noble que me haga el rey, señora, todo el mundo sabrá que soy hija, y no de matrimonio, del zapatero Marquillos-el-malo y de la judia Mari-Paez, la bruja, y sobrina de la tia Ambrosia: ¿para qué diablos quiero yo la nobleza?

—Con la nobleza se os dará un señorío en tierras, con cuyas rentas podeis seguir gastando sedas y joyas y dándoos una vida de princesa.

—¡Ah! eso es otra cosa, y me ofrezco á vos para todo menos para...

—¿Para qué?

—No mataré por nada de este mundo.

—Tampoco os pido que mateis.

—Entonces hablad.

—¿El marqués de Villena vendrá esta noche?

—Sin duda.

—Pues bien; procurad estar con él mas amorosa que nunca: que llegue á creer que á pesar de sus años os vais enamorando de él.

—El marqués es muy astuto.

—Id poco á poco...me parece que sois demasiado discreta para no engañarle.

—¡Oh! ya lo creo, dijo: si me propongo volverle loco, lo conseguiré.

—Pues bien, enloquecedle de modo que vuestro amor le distraiga de otros asuntos.

—¿Y es esto todo?

—No por cierto. Y puesto que estais decidida á servirme, esperad á que yo os demuestre que se os paga bien.

—Esperaré.

—¿Cuándo volveremos á vernos?

—Siempre que os podais procurar la entrada.

—¿Qué horas son las mejores?

—Desde las oraciones de la noche hasta el toque de queda.

—En ese caso vendré pasado mañana.

—Os espero.

—Pensad bien...

—Estoy decidida.

—Pues entonces, doña Tomasa, á Dios, dijo doña Catalina, poniéndose el antifaz y envolviéndose en el manto.

—Esperad, doña Catalina; es necesario que alguien vaya á daros salida. ¡Ola!

Presentóse el mismo criado que habia introducido á doña Catalina.

—Acompaña á esta dama, le dijo la Tomasa, y que salga por el postigo.

—Muy bien, señora, dijo el criado.

—A Dios, doña Tomasa, dijo doña Catalina y salió.

—¡Doña Tomasa! ¡doña Tomasa! murmuraba para sí el portero guiando á doña Catalina: hé aqui que en estos tiempos una muchacha buena moza, descarada y de buen ingenio, puede aspirar á todo: y esta visita... es necesario caminar con pie de plomo... obrar con prudencia... ver, oir y callar.

—¿Qué decís? le preguntó doña Catalina, á punto que llegaban al pie de una escalera.

—Nada, señora: rezaba mis devociones.

—Vos debeis ser muy devoto de un santo que yo sé.

—¿Y qué santo es ese, señora?

—Ese santo es san dinero.

—Yo sabia que el dinero era bueno, pero no santo.

—Para ser santo lo primero es ser bueno.

—En verdad, en verdad: yo al dinero santo ó diablo, yo reverencio....

—Y le teneis un gran afecto.

—Cuando puedo ganarlo buenamente.... sin hacer daño á nadie...

—Sin hacer daño podeis ganar mucho.

—¿Y qué es necesario hacer?

—Mañana vendré por este mismo postigo.

—Muy bien.

—Vos estareis atento esperándome en él poco despues de la oracion.

—Muy bien.

—Y despues de anunciarme á doña Tomasa me dareis entrada.

—Pero si el señor marqués sabe....

—El marqués no sabrá nada: y en todo caso yo os protejo.

Y doña Catalina dejó caer algunos florines en la mano del portero, que se estremeció á su contacto con el placer de la avaricia.

—Ahora, dijo doña Catalina, id á avisar á un hombre que encontrareis en las escaleras de la iglesia de san Andrés.

El portero dudó.

—Id: dijo doña Catalina con imperio.

Decidióse el criado dominado por el acento imperioso de la jóven: salió dejando entornado el postigo y poco despues volvió con Diego.

Entonces doña Catalina salió, cerróse el postigo, y doña Catalina y el bandido se encaminaron al arco de la iglesia donde esperaban á la jóven su litera y sus criados.

Cuando doña Catalina entró, hizo entrar á Diego: cerróse la portezuela, y entonces el bandido, que se habia contenido á duras penas, la dijo:

—¿Habeis visto á Tomasa?

—Sí.

—¿Y ha consentido en serviros?

—Sí por cierto: como que la he ofrecido por premio que os pueda ver á todas horas, amaros sin temor, vivir con vos libremente.

—¿Y qué le importa á ella eso?

—Ella os ama mas de lo que creeis.

—Sí, pero es amante del marqués.

—Eso consiste en que doña Tomasa no quiere el amor á secas.

—¿Por qué la llamais doña Tomasa?

—Por la misma razon que mañana os llamareis don Diego.

—¡Ah!

—Y estareis indultado.

—Confieso que os haceis servir de la mejor manera del mundo.

—Os he hecho entrar para haceros un último encargo.

—¿Cuál, señora?

—Esta noche ireis á la casa de Ambrosia.

—Precisamente, por mas que me pese.

—Pues bien, id temprano: en el momento que os separeis de mí.

—Iré.

—Ambrosia os dará una rica sortija.

—¡Una sortija¡ ¿y para qué?

—Esa sortija os servirá para que los criados del marqués de Villena os anuncien á su señor.

—¿Y para qué me quiere el marqués de Villena?

—Ambrosia os dirá algo, y el marqués os dirá lo demas.

—¿Y qué he de hacer despues de ver al marqués?

—En primer lugar me guardareis fidelidad, si quereis que yo os proteja.

—Os lo juro, señora.

—Despues me buscareis en mi casa, á donde vamos ahora, y presentareis al portero la misma sortija que os dé Ambrosia de parte del marqués de Villena.

—Muy bien, señora.

En aquel momento la litera paró.

—Mirad que cuento con que nos volveremos á ver esta noche.

—Nos veremos, si es que el marqués no me entretiene.

—Por mucho que os entretenga, venid, que yo os esperaré á cualquier hora.

—Vendré.

—Id, pues, con Dios.

Doña Catalina abrió la portezuela, Diego salió, tomó las señas de la casa para no perderla, y luego se embozó y se alejó perdiéndose en la oscuridad.

La jóven entró en su casa por la puerta principal y dijo al portero:

—Vela junto á la puerta hasta que te se presente un hombre que te mostrará una sortija de diamantes; haz entrar á ese hombre, y llévale á mi cámara.

Dicho esto, subió lentamente las escaleras.

XVI.

De las cavilaciones en que pusieron á doña Catalina las aventuras anteriores, y de cómo cumplió sus encargos Diego el Desollador.

— ¿Con que es decir, pensaba doña Catalina sentada en un precioso retrete donde la habian dejado sola sus damas junto á una chimenea encendida; con que es decir, que he soñado? ¿que la primera vez que he creido amar de veras, amo á un asesino, á un miserable acostumbrado al engaño, á la mentira: á un infame que ha hecho su fortuna pisando cadáveres de mugeres? ¡Oh! ¡oh! pero yo he tenido suerte... Dios me proteje y debo agradecer á doña Mencía de Padilla el que haya enviado á mi casa á su salvaje marido el capitan Carrillo; es cierto que me ha robado las cartas de la reina, pero tambien es cierto que ha dado una buena estocada á ese miserable: lo uno compensa lo otro: sin esa estocada, sin el robo de esas cartas, yo no hubiera hecho lo que he hecho, ni descubierto lo que sé: seria ya manceba de ese hombre, estaria engañada, ciega, y tarde ó temprano seria su víctima; pero estoy avisada: Beltran de la Cueva y yo nos entendemos, la cura de la estocada me da tiempo, y no será Blasco quien me engañe, sino yo quien le engañe á él. Sí, sí, tengo medios para hacer mucho, y aprovecharé esos medios: ese hombre que ahora no me ama, me amará, porque yo le obligaré á que me ame... y Beltran de la Cueva... ¡oh! ¡Dios mio! ¿cómo he podido olvidarle un solo momento por ese advenedizo, por ese bandido? Es que yo estaba anhelante, desesperada, sedienta de amor, y me encontró predispuesta: es hermoso, jóven, galan, conoce perfectamente á las mugeres y nada tiene de estraño: afortunadamente el desengaño ha venido á tiempo, he despertado, he visto, he tomado delantera, conozco grandes secretos y estoy en el caso de decidirme: ¿á quién me inclinaré? ¿A Navarra? no: de ningun modo, esto seria servir al almirante y producir grandes crímenes: el objeto del rey de Navarra es hacer venir la corona de Castilla á la cabeza de la infanta doña Isabel, para que la lleve en dote al infante don Fernando, á quien se hará rey de Aragon: no, de ningun modo: para eso es necesario que la Beltraneja

sea escluida, que el infante don Alonso muera: servir á don Juan Pacheco, seria hacerme enemiga de Beltran de la Cueva... eso de ningun modo... es necesario que Beltran de la Cueva y yo seamos muy amigos... mas que amigos... es necesario que Beltran de la Cueva me ame: sí, sí decididamente: devolveré á Beltran de la Cueva sus cartas, sorprenderé los secretos del marqués de Villena, le haré la guerra con ellos; lucharé con doña Guiomar de Silva, para lanzarla del favor del rey, y Beltran de la Cueva y yo seremos omnipotentes.

Pero este camino que necesito recorrer está cubierto de escollos y dificultades.

Veamos en qué consisten esos abrojos.

Mi primer enemigo, el mas cercano, es el señor Blasco do Campo Riveyra; ese hombre encargado por el rey de Portugal de hacer un partido á la infanta doña Juana, me ha elegido á mí, por mandato de su amo, como una persona intermediaria: ese hombre, si yo resisto á sus exigencias; sospechará, si sospecha: habiéndome hecho conocer secretos, confiado de que estaba enteramente apoderado de mí, si sospecha que estoy prevenida, desconfiará y obrará conmigo como obró con doña Teresa Carbalho: este es un enemigo material, un abismo del que es menester precaverse... engañándole. Le engañaré, y no solo le engañaré, sino que le haré un instrumento mio, sin que él mismo lo sospeche. ¡Oh! juro á Dios que el tal portugués amará por la primera vez acaso de su vida, y que no será él quien me mate, sino yo quien vengue á la infeliz doña Teresa.

Me creo con bastante ingenio para engañarle y no le temo.

Encuentro despues otro obstáculo mas difícil de vencer: doña Guiomar: el rey está frenéticamente enamorado de ella: el ultraje que hizo anoche á la reina delante de toda la córte, el que me ha hecho á mí misma, lo demuestran claramente. Es necesario destruir á esa muger: mucho me engaño si Blasco no la ama, y si ella no ama á Blasco. Yo sola, aislada no podria luchar con ella, que tiene bastante ingenio y harto holgada la conciencia para no saberse aprovechar de los amores del rey. Meditemos: ¿á quién servia anteanoche doña Guiomar? Es difícil determinarlo: el bando del almirante y el del marqués de Villena la adulaban viéndola próxima á la privanza: probablemente doña Guiomar los engañaba á entrambos: ahora de seguro doña Guiomar servirá á Portugal por tres razones: primera, como querida del rey y por ambicion propia: segunda, porque pertenece al bando azul, como doña Mencía de Padilla, y como yo, y está del mismo modo empeñada por Beltran de la Cueva, á quien pensará

en atraer favoreciendo á su hija: tercera, como amante del señor Blasco do Campo Riveyra.

Ahora veamos los enemigos á quienes tiene que vencer doña Guiomar: primero, á doña Mencía de Padilla, que por ódio á la reina está empeñada en declararla adúltera, que enamorada de Beltran es enemiga á muerte de doña Guiomar, que es bastante valiente, como yo, para llevar á todas las fiestas como una divisa de guerra el color azul. Doña Mencía sin saberlo me ayudará poderosamente.

Ademas el almirante y don Juan Pacheco, por mucha que sea la astucia de doña Guiomar, encontrarán en ella un estorbo, y ya sabemos lo que estos señores hacen con quien les estorba. Doña Guiomar, pues, es una muger perdida.

El almirante y don Juan Pacheco, serian para mí dos enemigos formidables, si yo no les conociese: me haré la muger inutilizada: me cubriré con el mas profundo disimulo, procuraré no aparecer en nada: viviré modestamente casi retirada de la córte, hasta el punto que sientan por mí la lástima del desprecio que es la única que pueden sentir esos señores. Pero desde el fondo de mi retiro tejeré los hilos de mi trama, y me encubriré con ellos como la araña. No temo absolutamente á estos dos señores.

En cuanto á doña Mencía de Padilla, es necesario meditar mucho, ser muy sagaz, muy prudente: esa muger tiene medios para oirlo todo, para saberlo todo... doña Mencía de Padilla es mi azar: pero si logro vencer ese azar, venzo.

Si venzo, veamos el resultado: me vengo de doña Guiomar, adquiero la estimacion de Beltran de la Cueva y... nada mas: pobre resultado para tanto trabajo, para tanto sufrimiento: pero si al fin Beltran de la Cueva me amara... y me desprecia, me mira como un instrumento vulgar y miserable... pues bien, es necesario empezar porque Beltran de la Cueva vea en mí mas que un instrumento: es preciso que conozca mi alma... ¡oh! y si llega á conocerla... si yo lograra desprestigiar á sus ojos á la reina y á doña Mencía de Padilla que son mis dos enemigos mas fuertes respecto al amor de don Beltran... pues bien... no porque el triunfo sea difícil desesperemos por conseguirlo. Luchemos y empezemos á luchar por el principio: mi peligro mas inmediato es ese bandido portugués. Empezemos por él.

Doña Catalina resuelta á poner por obra su plan desde el momento se trasladó á su dormitorio, donde, acompañando al portugués, estaba José que, dolorido aun de la mala ventura de la no-

che anterior necesitaba, en vez de cuidar, ser cuidado.

Cuando doña Catalina entró, entrambos, herido y aporreado guardaban el mas profundo silencio: una lámpara, cuya luz atenuaba una pantalla de seda verde, estaba sobre una mesa, cubierta de medicamentos bálsamos, hilas y vendajes.

—Buenas noches, amigo mio, dijo doña Catalina á Blasco: ¿cómo os sentís?

—Débil, muy débil; pero la herida no me molesta; los bálsamos de ese doctor tienen la virtud maravillosa de adormecer los dolores y de refrescar la herida: he sido herido muchas veces, pero jamás he sido tan bien curado.

—Me llena de placer, dijo doña Catalina, que hayais encontrado tales ventajas en mi casa, ya que en ella os ha acontecido una desgracia.

—En vuestra casa, señora, todo es bueno, todo es mejor que cuanto yo he visto hasta ahora: y esa desgracia de que hablais, no lo es para mí, puesto que me demuestra cuánto os interesais por mi vida.

—¡Oh! ¿no prescribe la religion de Jesucristo la caridad para con el prógimo?

—Indudablemente, señora: pero vuestra caridad escede los límites humanos, porque....

—¿Por qué?

—Porque es la caridad de un ángel.

Doña Catalina desentendiéndose de esta galanteria, se volvió á José.

—¿Qué ha dicho el doctor? le preguntó.

—Ha afirmado que este caballero está enteramente fuera de peligro.

—¿Y dice si le será perjudicial hablar?

—¡Ah! no, no señora, dijo Blasco anteponiéndose á la respuesta del mayordomo: la espada no ha penetrado en la cavidad: yo lo conozco: la respiracion es fácil, natural: solo una inflamacion podria empeorar mi estado, pero estamos en buena estacion, en la mejor del año para esta clase de heridas; podemos hablar cuanto tiempo querais, señora.

—¿Es de la misma opinion el facultativo, José?

—Sí señora, contestó el mayordomo.

—Pues bien, José, infórmame de los medicamentos que hay que dar á este caballero y á qué horas, y vete.

José que no deseaba otra cosa que ganar su lecho, del cual habia menester en gran manera, informó á doña Catalina del tratamiento que debia observarse con el herido y salió.

—Hé aquí que voy á velaros esta noche, amigo mio, dijo doña Catalina.

—¡A velarme! ¡á velarme vos! esclamó con una alegria tan bien fingida el portugués que hubiera engañado á otra que no hubiera sido doña Catalina: eso es sentenciarme á velar tambien.

—No, vos no velareis, amigo mio: eso seria imprudente en el estado en que os encontrais.

—¿Y cómo dormir teniéndoos al lado? casi casi debo agradeceros el que hayais estado ausente algun tiempo aunque he sufrido, pero no tanto como cuando os tengo delante de mí.

—¿Que sufrís con mi vista?

—Sí por cierto.

—¿Y por qué?

—Porque al ver vuestra hermosura, mido con desesperacion lo inmenso de la felicidad que me roba por el momento esta maldita herida.

—¿Y qué felicidad es esa!

—Esa felicidad, señora, es la de poseeros.

—¡Ah! ¡señor Blasco! esclamó como avergonzada doña Catalina.

—Y bien: ¿no creeis que sea una desdicha el verse atado á un lecho?

—No, Blasco, no: esclamó con un acento en que habia una dulce emocion doña Catalina: Dios sin duda ha permitido ese fracaso para purificar nuestro amor.

—¡Dios! ¡Dios! esclamó con estrañeza el portugués. ¿Y qué tiene que ver en esto Dios?

—No blasfemeis, amigo mio: dijo dulcemente doña Catalina: Dios nos ha apartado de un abismo.

—¿Que nos ha apartado de un abismo?

—Ciertamente.

—¿Dónde habeis estado, señora, esta tarde y parte de esta noche?

—¡Ah! ¡Dios mio! vuestra manera de pronunciar, vuestras palabras me indican que receleis de mí.

—¡Oh! ¡si recelo! creo que alguien.... alguna alta persona ha influido en vos.

—¡Ingrato! ¡qué han influido en mí, cuando solo he salido para ir al templo á rogar á Dios por vuestra vida!

—¡Ah! ¡al templo!

—Sí, necesitaba orar: hacia mucho tiempo que no oraba á Dios con el corazon, que mis oraciones no pasaban de mis labios, porque

las impurezas en que me encontraba sumergida me apartaban de Dios.

—¡Qué trasformacion! esclamó con acento incrédulo y que casi rayaba en descortés Blasco do Campo Riveyra.

—Sí, ha sido una trasformacion completa, amigo mio: ¿no creeis que el amor regenere á una muger?

—No sé; no he tenido ocasion de notarlo: pero, doña Catalina, seamos francos, esa regeneracion mata nuestros proyectos... á no ser que... ¡bah! pero yo sin duda abulto vuestro pensamiento: supongo que no ireis á reduciros á la vida de una monja.

—No entraré en un cláustro, porque no tengo pureza que ofrecer á Dios, y porque ademas siento el alma llena de un amor mas mundano, del amor que vos me inspirais... pero...

—¿Pero qué?... preguntó con ansia Blasco.

—Me apartaré del camino de perdicion que he seguido hasta ahora: para apartar de nuestro amor todo lo que pueda ofender á Dios, me sentenciaré á la soledad, á la contemplacion, á la penitencia, y no seré vuestra si no cuando purificada á vuestros propios ojos podais llamarme vuestra esposa.

Doña Catalina calló, y Blasco do Campo Riveyra guardó uno de esos silencios que son mas elocuentes que cuantas palabras pudieran decirse.

Doña Catalina lo comprendió asi y continuó.

—¿Os contraría mi resolucion, amigo mio?

—¿Pues no ha de contrariarme, vive Dios? hé aqui un magnífico edificio que se derrumba apenas empezaba á levantarse.

—Un edificio de perdicion, amigo mio.

—La perdicion consiste en vuestra resolucion si persistís en ella: hé aquí una reina declarada adúltera.

—Lo es.

—Pero debemos socorrer y ayudar á los desgraciados.

—¿Por qué no se ha separado á tiempo como yo de ese camino?

—Doña Juána no ha tenido la fortuna, como vos, de recibir una revelacion de Dios.

—Revelacion de que vos sois la causa.

—¡Yo! esclamó admirado el portugués.

—Sí, vos, vos que me habeis demostrado de qué manera puede tener pureza en el alma una muger perdida: ya eso me lo habeis demostrado haciéndome sentir el amor.

—Pero es que vos no me amais, doña Catalina.

—¡Que no os amo, y por vos olvido mi ambicion, me separo del rey!...

—¡Que os separais del rey!

—Sí por cierto, esta noche le espero: y solo le he suplicado que venga á verme para decirle lo mismo que os digo á vos.

—No, no hareis esa locura: meditadlo bien, señora; eso seria entregar el rey á la influencia de doña Guiomar.

—¿Y qué os importa? mejor, mucho mejor: ¿no es doña Cuiomar vuestra amante?

—Ya os he dicho lo que siento acerca de ese punto: yo desprecio á doña Guiomar, y os amo, os amo con toda mi alma.

—Pues yo digo que no me amais.

—¿Que no os amo?

—No, ciertamente, cuando quereis apartarme de mi salvacion.

—¿Habeis meditado bien, señora, que necesitamos hacernos una fortuna?

—Nuestra fortuna está hecha, amigo mio.

—¡Hecha!

—Sí, gracias á Dios tengo algunas tierras y un solar en Andalucía.

—¿Y á eso llamais una fortuna?

—Sí, ciertamente: con las rentas de esas tierras, con lo que valen mis alhajas y mis muebles, tenemos para pasar una vida tranquila, pacífica, sin temores ni ambiciones.

—Es milagroso lo que pasa por vos, doña Catalina.

—Como que es obra de Dios.

—Espero, sin embargo, que lo meditareis.

—La meditacion solo servirá para afirmarme mas en mi propósito.

—Pues es lástima, señora, grande lástima; estábamos en muy buen camino.

—Para llegar á una ambicion terrenal á costa de crímenes.

—Bien, muy bien, señora; nos convertimos: bien mirado, vale mas el cielo que la tierra: vos buscais el cielo: yo os seguiré... y no será difícil que mañana, despues de nuestra muerte, encuentren que hemos hecho tanto en el camino de la perfeccion que nos canonicen.

El acento de punzante sarcasmo con que el portugués pronunció sus últimas palabras, en nada alteró el aspecto humilde y paciente de doña Catalina, que era demasiado diestra para no desempeñar con maestría el papel que se habia impuesto.

—Espero, dijo, que mi ejemplo fructifique en vos, y que al fin os ilumine la misericordía del Señor.

—Y yo lo espero tambien, mucho mas valiéndose Dios para ello de un ángel como vos.

—¡Señora! dijo á la sazon á la puerta un criado.

—Creo que os llaman, doña Catalina, dijo el portugués.

Doña Catalina salió de la alcoba, y vió que quien la llamaba era el portero.

—¿Ha venido ya el hombre que te dije? le preguntó en voz tan baja que no pudo ser oida por Blasco.

—Sí señora, contestó el criado.

—¿Y le has introducido?

—Espera en la cámara grande.

—Bien, ve y dile que al momento voy.

El portero salió y doña Catalina volvió á la alcoba.

—Como esperaba, dijo al portugués, el rey ha venido.

—Y sin duda su alteza vendrá impaciente, dijo con su eterno sarcasmo Blasco: id, id, doña Catalina, y no le hagais esperar.

—Pienso concluir con él lo mas pronto posible, y dentro de un momento estaré de nuevo á vuestro lado.

Doña Catalina salió murmurando:

—Te he conocido á tiempo, te tengo en mis manos, asesino, y no te me escaparás: y cerrando las puertas con llave, dejó solo á Blasco que murmuraba á su vez:

—¿Será esto un capricho ó una traicion? sin embargo, su voz era segura, su continente humilde, sus palabras tenian el acento de la verdad; recuerdo que doña Teresa acabó por ser devota, y que cada tres dias la asaltaban remordimientos por ser la manceba del rey: regularmente todas estas cortesanas acaban por hacerse mogigatas: sin embargo, es necesario observar á esta muger, no descuidarse con ella... en todo caso tengo una gran ventaja: me ama, sí, me ama: no puedo tener duda de ello... y bien, contemplémosla, templémonos al tono que ella nos da, finjámonos arrastrados por su ejemplo, á fin de arrastrarla á nuestros intereses... y si esa muger hace el disparate de inutilizarse, y puesto que conoce grandes secretos, siempre hay tiempo de asegurarnos de ella como nos aseguramos de doña Teresa Carbalho.

Entre tanto el portugués daba vueltas en su cabeza á esta máquina de pensamientos, doña Catalina llegó á la cámara de recibo, donde perfectamente predispuesto por el lujo de aquella cámara, esperaba Diego el Desollador de pie, gorra en mano y en una actitud respetuosa.

—Sentaos, le dijo doña Catalina señalándole un sillon.

—¿En vuestra presencia, señora?

—Sentaos: tenemos que hablar, y no quiero que mis buenos servidores se cansen.

Diego se sentó.

—¿Habeis estado en casa del señor marqués de Villena?

—Sí señora.

—¿Y qué tal os ha recibido don Juan Pacheco?

—Muy bien: creo que me necesita para grandes cosas.

—¿Creeis? ¿qué, no podeis juzgar de seguro?

—No señora: el marqués solo se ha referido á un servicio que tengo que hacerle, semejante al que hice al señor Tello de Figueroa, cuando el robo de doña Constanza.

—Estais, pues, en el caso de elegir entre servir al señor marqués de Villena ó servirme á mí.

—Me decido por vos.

—¿Decidido á todo?

—A todo.

—Recordemos: por vuestros servicios os doy, primero, á doña Tomasa, con un buen dote y una carta de hidalguia; ademas una cédula de indulto de todos vuestros pasados escesos, una fuerte cantidad, y si me seguís sirviendo, una provision de capitan del rey.

—Repito que estoy decidido á todo.

—No os empeñeis ligeramente, porque aun tengo que pediros.

—¿Qué podeis pedirme que yo no sea capaz de hacer?

—Se trata de vuestro capitan el señor Blasco do Campo Riveyra á quien debeis estar agradecido puesto que os sacó de vuestra cautividad de Argel.

—Si el señor Blasco no me hubiera necesitado, me hubiera dejado morir cautivo, señora: tenedlo por seguro; él me rescató, y yo le serví: estamos, pues, pagados.

—Vuestro capitan está muy cerca de nosotros, en mi misma casa gravemente herido.

—¡Ah! ¡está herido!

—Sí por cierto; yo tengo motivos para querer que una persona que me sea enteramente fiel, esté á su lado, conozca sus secretos, sus planes, en cuanto le sea posible, y me dé parte de ellos.

—Descuidad, señora, sabreis cuanto me sea posible averiguar acerca de los proyectos de ese hombre.

—Dentro de quince dias habrá curado, y podreis presentaros á él: utilizad esos cuatro compañeros que teneis citados para mañana á la noche en el camino del Pardo.

—Dejadme á mí que me maneje con ellos, dijo sombriamente Diego el Desollador; son unos miserables; cuidad solamente que mañana tenga yo mi indulto.

—Le tendreis.

—En ese caso no faltará gente y aun gentes que nos sirvan.

—Es necesario que doña Tomasa y vos guardeis un profundo recato acerca de vuestro conocimiento conmigo; á propósito: ¿qué habeis dicho á la Ambrosia?

—La he dicho que os encontré de repente en mi habitacion, que me pedisteis en su nombre que os sacara á la calle, y que os saqué.

—¿Y ella?...

—Es demasiado recelosa.... pero no importa.... yo la aseguraré.

—Quedamos, pues, en que servireis en la apariencia á don Juan Pacheco y me avisareis de cuanto exija de vos.

—Sí señora.

—Que os presentareis al señor Blasco do Campo Riveyra y le vigilareis.

—Muy bien.

—Yo en cambio os cumpliré mañana lo que os he prometido.

—¿No teneis que mandarme mas?

—No, por ahora.

—Entonces con vuestra licencia....

—Sí, sí, idos: tengo que hacer; mañana venid á esta misma hora.

—Vendré: que os guarde Dios.

—Id con él.

Diego el Desollador salió y doña Catalina volvió al lado del portugués, y pasó velándole toda la noche: al dia siguiente envió un billete á Beltran de la Cueva, en que manifestaba su deseo de verle.

Beltran de la Cueva no se hizo esperar y se presentó al medio dia en casa de doña Catalina.

XVII.

De como el rey conoció que habia cometido muchas imprudencias la noche del sarao.

Paseábase aquel mismo dia Enrique IV en su cámara, harto pensativo y disgustado.

La situacion en que se encontraba no era para menos: giraban en su imaginacion como una pesadilla don Juan Pacheco, los confederados, las cartas de la reina, doña Guiomar de Silva, y doña Ca-

talina de Sandoval. Tras estos personages y cosas, venia á abrumarle el recuerdo de los infantes sus hermanos, la demanda de casamiento del maestre de Calatrava, relativa á la infanta doña Isabel, la esclusion de la Beltraneja, la publicidad del adulterio de la reina, y en lontananza, sangrienta y fatídica la guerra civil que podia, muy bien, causar su destitucion.

—Decididamente, esclamaba con un acento de mal humor: decididamente estoy pagando culpas agenas: yo creia que mis buenos vasallos se contentarian con hacer lo que les diese la gana, y que me dejarian vivir tranquilo haciéndome el ciego: pero no señor, las cosas han llegado á tal punto, que es necesario que yo dance de una manera descubierta, y me tienen cogido y sujeto ¡vive Dios! sujeto de tal modo, que no puedo moverme... esas cartas... esas malditas cartas... ¿qué necesidad tenia mi muger de soltar tales pruebas? ¿no la dejaba yo en quieta y pacífica posesion de su don Beltran? ¿no he reconocido por hija mia su hija? no la he hecho jurar heredera de mis reinos? ¿qué mas querian? ¡pero ya se ve! esos malditos confederados, que siempre están alerta, han minado de una manera astuta, se han apoderado de esas cartas, y han armado una zalagarda infernal. Y por mas que doy vueltas al rededor de la jaula, no veo escape... me tienen cogido... y luego ¡esa doña Guiomar tan exigente!.. ¡esa doña Catalina tan vengativa!.. decididamente: hice un disparate antes de anoche... muchos disparates... y ese don Beltran, incapaz para la intriga cuando hay que descender á ciertos hechos; y es el caso que él pierde tanto como yo... sí, ciertamente: si las córtes se reunen, y no se ha podido conjurar la tempestad, los confederados, que le aborrecen, le obligarán á huir, y si no huye le harán pedazos. Vamos: Beltran de la Cueva no sabe mas que enamorar reinas y jugar á la pelota... para intrigar no sirve... es demasiado caballero para estos tiempos...

—El señor duque de Alburquerque, dijo á la puerta un camarero.

—¡Ah! gracias á Dios, esclamó el rey, al menos tendré con quien quejarme: que entre el duque.

Un momento despues estaba Beltran de la Cueva en la cámara. El rey reparó con terror que traia en la mano un rollo de pergaminos.

—¿Qué es eso, Beltran, qué es eso? le dijo señalándole los pergaminos: ¿tenemos alguna nueva exigencia? ¿será preciso que nos dobleguemos mas?

—Por el contrario, señor, creo que estamos en vísperas de levantarnos como una tempestad.

—¿Y quién ha hecho el milagro? dijo el rey no atreviéndose á alegrarse aun.

—Una muger, á quien habeis injuriado, y que sin embargo os ama.

—¡Una muger! ¡siempre las mugeres! ¿y quién es esa muger?

—Doña Catalina de Sandoval.

—¡Ah! ¡doña Catalina de Sandoval! ¡qué me ama doña Catalina de Sandoval! sin embargo, antes de anoche me trató con una dureza infinita, y llegó su irritacion hasta el caso de romper un magnífico espejo de Venecia que la habia regalado pocos dias antes.

—Doña Catalina estaba ofendida de vos.

—¿Y se consolaba de su ofensa teniendo en su retrete á un hombre?

—Venganza mugeril.

—Creo, Beltran, que todo el mundo se venga de mí en Castilla, sin motivo, porque yo á nadie ofendo, mientras que yo, que estoy ofendido por todos, ni aun siquiera pienso en vengarme.

—Doña Catalina, á pesar de todo, os da una gran muestra de amor.

—¡Y cómo!

—Doña Catalina se ha procurado dos escelentes instrumentos en la querida del marqués de Villena y en el amante de esa muger.

—¡Ah! ¡gracias á Dios!

—¿Por qué gracias á Dios, señor?

—Porque al fin te veo entrar en un terreno que has escusado hasta ahora, mi buen Beltran: porque al fin conoces que la intriga de cierto género, no puede combatirse sino con otra intriga igual: tú te defiendes á la luz del sol con la espada, y ellos te acometian entre tinieblas y á traicion con el puñal: no, Beltran, no: astucia contra astucia, puñal contra puñal: usemos los mismos medios, y como al fin la corona y el poder están en nuestras manos, les llevamos ventaja.

—Yo no hubiera recurrido á tales medios sino fuera por las circunstancias estremas en que nos encontramos.

—Lo estremo de nuestra situacion no hubiera llegado, si antes hubiéramos obrado de otro modo... pero al fin, mas vale tarde que nunca. Ahora bien, ¿de qué manera nos sirve doña Catalina?

—Doña Catalina se ha propuesto devolvernos las cartas de la reina, dijo Beltran de la Cueva con empacho.

—Y, por supuesto, será preciso pagarla crecidamente esas cartas.

—Doña Catalina nada pide para sí.

—Pero sí para los demas.

—Esto es preciso.

—¿Y qué necesita doña Catalina?

—Los instrumentos de quienes se vale son un bandido y una ramera.

—Lo que no deja de honrar al señor marqués de Villena... ¡y el miserable que se atreve á echarme en cara lo que llama mis vicios, se encuentra en posicion de ser combatido con tan miserables instrumentos! En fin, ¿qué ha ofrecido doña Catalina á esas gentes?

—Empecemos por la querida del marqués, que segun dice doña Catalina, es una muger hermosísima.

—¡Ah! ¡con que don Juan Pacheco se trata tan bien! ¿y qué hay que hacer con esa hermosísima muger?

—Hé aqui, señor una carta ejecutoria de nobleza.

El rey desenrolló el pergamino que le presentaba Beltran de la Cueva.

«Don Enrique, por la gracia de Dios, leyó, rey etc. Por cuanto »vuestros antepasados sirvieron fiel y lealmente á los ilustres reyes »mis predecesores...

—¿Y quiénes son los antepasados de esta muger? dijo el rey.

Sonrió de una manera amarga Beltran de la Cueva.

—Su padre, dijo, fué zapatero en Toledo, y su madre, manceba del zapatero, era una judía que fué quemada como bruja, por el tribunal del arzobispo.

—Y mañana los descendientes de esta doña Tomasa, de esta ramera, se llamarán nobles, y desplegarán con orgullo su bandera señorial, y apoyándose en esta nuestra carta ejecutoria hablarán de las proezas de sus antepasados: ¡buenas proezas, vive Dios! esta Tomasa debia poner en un cuartal de su escudo algunas aspas de san Andrés entre llamas, y en otro un rabo de judío con algunas hormas y leznas; pero no importa, no importa: veo que para abreviar has hecho que un secretario mio refrende esta carta y ya veo el sello de la cancillería.

—La he hecho refrendar y sellar en blanco, porque de otra manera pudiera haber llegado á oidos del marqués de Villena que ennobleciais y fundábais mayorazgo á su manceba.

—¿Que fundábamos un mayorazgo á esta muger? ¿y con qué tierras? creo que ya no nos queda mas que la que pisamos.

—El mayorazgo de esa muger, segun esta otra carta real, se funda con las huertas que me donasteis en Sevilla; con las alcabalas

del arcedianato de Utrera, y con los molinos del rio desde San Juan de Aznalfarache hasta Sevilla.

—¡Pero esa es una compra exhorbitante: una renta de mas de cincuenta mil maravedís!

—Tened en cuenta, señor, que por ella tendremos esas cartas que valen no menos que un reino.

—Firmemos, pues, firmemos sin vacilar, dijo el rey firmando uno tras otro los dos pergaminos: solo me duele una cosa, Beltran.

—¿Y qué es ello, señor?

—Que tú seas quien pagues la costa.

—Nada os importe eso: yo quisiera perder todos los bienes, títulos y dignidades que me habeis dado, porque no hubieran sucedido los escándalos que han tenido lugar hasta ahora.

—Y luego dirán que no eres el mas leal de mis vasallos.

—Digan lo que quieran, señor, poco importa, si yo tengo la conciencia tranquila.

—Y puedes tenerla Beltran, puedes tenerla, á pesar de lo que se dice....

—¡Señor!

—No hablemos de eso, Beltran, dijo el rey con una tranquilidad eminentemente cínica: la reina y yo somos dos cosas enteramente separadas, desde la noche de nuestras bodas: yo no amo á la reina.... la reina no me ama... y vosotros dos... sed felices en buen hora.... yo no tengo derecho á sacrificarla... ademas, doña Juana jamás ha sido mi muger... Tú, que no te hubieras atrevido á la reina, á una verdadera reina, has sucumbido á los halagos, á las seducciones de doña Juana....

—¡Señor! ¡señor! esclamó Beltran de la Cueva confundido.

—No hablemos mas de eso, dijo el rey; pero aconseja á la reina que sea mas prudente... que no escriba mas cartas... las que ya ha escrito, por mas que las recobremos, nos han producido muchos sustos y muchas humillaciones.... y aun no las hemos recobrado: una nueva intriga puede dar con nuestro plan al traste.

—Os juro, señor, que sea como quiera, recobraremos esas funestas pruebas. Para ello es necesario que firmeis esta otra cédula.

—¿Y qué es ello?

—Un indulto real de todos los crímenes cometidos hasta el dia por un tal Diego el Desollador.

—¡Ah! ¿es ese sin duda el bandido amante de esa Tomasa?

—Sí señor.

—Y ¿quién es este prógimo?

—Uno de los muchos aventureros que pululan en Castilla.

—¡Ya! ¡comprendo!.. una especie de bribon, á quien sin duda no tienen por qué desechar el diablo y la justicia.

—Sin embargo, doña Catalina afirma que este hombre nos puede ser muy útil.

—¡Oh! pues si lo afirma doña Catalina, firmemos, Beltran, firmemos ese indulto.

Y el rey firmó.

—Veo que aun te queda otro pergamino, dijo don Enrique: ¿qué es ello?

—Una provision de alferez de vuestras lanzas reales para este mismo Diego.

—Supongo que en la provision no tendrá el honroso mote del Desollador.

—No señor; en la provision se le llama don Diego Perez.

—¡Oh! pues llamándose don Diego Perez, no encuentro obstáculo: dame, dame, duque.

El rey firmó la cuarta cédula: Beltran de la Cueva tomó cuatro sellos de plomo pendientes de hilos de seda, y sujetó cada uno de aquellos sellos en cada pergamino bajo cera encarnada que selló con el sello real. Despues los enrolló, los guardó en su escarcela, y tomó su rica gorra de brocado que habia dejado sobre la mesa.

—¡Cómo! ¿te vas, Beltran? dijo el rey.

—Es preciso, señor, no podemos perder un momento; es necesario que esas cartas estén esta noche en nuestro poder.

—¿En nuestro poder esta noche?

—Así me lo ha ofrecido doña Catalina.

—Entonces, Beltran, ve con Dios: lo primero es lo primero.... oye: ¿piensas tú que puedo ir á ver á doña Catalina?

—Debeis ir á darla las gracias, señor.

—Pues mira: dila que iré esta noche: que tenga avisada á su servidumbre.

—Muy bien, señor: que Dios guarde á vuestra alteza.

—Adios, Beltran, adios, dijo el rey.

Beltran salió, y el rey quedó paseándose como antes en su cámara, pero algo mas animado con la esperanza de rescatar aquellas cartas, merced á las cuales le tenian sujeto los confederados.

XVIII.

A zorro zorro y medio.

Era ya mas de la oracion de aquel mismo dia, y doña Catalina, sentada en su retrete junto á la chimenea, se mostraba impaciente y atenta: cualquier leve rumor que sonaba en las habitaciones inmediatas la hacia erguir la cabeza, pero el rumor pasaba y nadie se presentaba.

Asi trascurrió una hora; al cabo de ella se presentó un criado á la puerta y dijo:

—¡Señora! el hombre de la sortija acaba de llegar.

—Que entre, que entre al momento: dijo doña Catalina.

Poco despues Diego el Desollador estaba delante de ella, con el rostro sombriamente ceñudo.

Doña Catalina vió un mal augurio en aquel ceño y se apresuró á preguntarle:

—¿Qué os sucede, señor Diego?

—Nada: contestó el aventurero; pero cuando se hace lo que yo acabo de hacer....

—Y ¿qué habeis hecho?

—A vos puedo decíroslo todo: esta noche tenia citados en el camino del Pardo á los cuatro hombres que visteis anoche en mi casa.

—Y bien.

—Mañana encontrarán los traginantes cuatro hombres ahorcados de las ramas de otras tantas encinas.

Palideció intensamente doña Catalina.

—Era preciso, esclamó Diego; aquellos hombres me eran traidores me conocian.... luego, cuando uno se ve obligado á hacer estas cosas, queda cierto disgusto.... que al fin pasa.... pero por el momento!

—¿Y habeis podido vos solo?...

—Hay cierto alguacil en la villa siempre dispuesto á servir á cualquiera, cuando puede hacerlo y se le paga bien.

—Pero vos huíais de los algüaciles.

—Ya os he dicho que conozco á uno y ese vive de avisar á los que se va á prender.... ademas.... mis cuatro camaradas eran bastante conocidos como ladrones, y cuando se coge á uno de estos caballeros en cuadrilla y en despoblado, sin mas proceso se les ahorca: mi confidente, el alguacil que me sirve, avisó á un alcalde, y este con algunos hombres de la villa á caballo y armados, algunos alguaciles y el

verdugo, se trasladó al lugar donde me esperaban los cuatro: yo habia llegado antes que ellos: me habia encaramado en una encina, y aunque ahora los árboles están deshojados, como la noche está densamente oscura, no pudieron verme. Todo pasó como yo lo habia pensado: los cuatro llegaron, y poco despues se encontraron cercados: defendiéronse algun tiempo, hirieron á dos hombres de la villa, cosa que yo habia previsto, y que era lo bastante para que sin mas formalidades los mandase ahorcar el alcalde, y asi se hizo; pero los desalmados antes de morir declararon el lugar donde yo me oculto y la comunicacion que tiene mi casa con la de la Ambrosia.

—¿Y qué os importa si ya tengo aqui firmado vuestro indulto?

—¡Mi indulto! ¿que teneis mi indulto? esclamó con ansia el bandido.

—Sí por cierto, mirad: dijo doña Catalina sacando del cajon de una mesa inmediata las cuatro cédulas que la habia entregado aquella tarde Beltran de la Cueva. Mirad: estas dos cédulas son para vos; estas otras dos son para doña Tomasa.

—¡Mi indulto! esclamó Diego con alegria: ¿es decir que desde ahora puedo andar por todas partes con la cara descubierta como si no hubiera matado á nadie?

—Sí, y eso mismo debe obligaros á servirme bien.

—Os serviré hasta perder la última gota de mi sangre, señora.... ¡mi indulto! ¡y esta otra una provision de alferez de las lanzas reales!.. ¡y carta ejecutoria para Tomasa... para doña Tomasa: y mayorazgo para ella!

—Esa es su dote.

—¡Ah señora! ¡cuánto bien me haceis! esclamó el bandido arrojándose á los pies de doña Catalina.

—Alzad, y que vuestra gratitud no pase como vuestros remordimientos.

—No, no señora: me habeis salvado, y nunca os olvidaré.

—Bien: quedaos con la cédula de indulto y dadme las demas.

—¿Que os dé las demas?

—Sí: la provision de alferez solo os será entregada cuando me hayais servido.

—¿Desconfiais?...

—No desconfio, pero siempre es bueno que tengais algo que esperar.

—Dentro de poco os habré dado tales pruebas, que no desconfieis de mí; aunque el serviros se hace ahora mas dificil.

—¿Mas dificil?

—Sí por cierto.

—Pero ¿cuál es la razon de que hayan crecido esas dificultades?

—Ya os he dicho que mis camaradas antes de morir me vendieron revelando mi escondite: acaso á estas horas la justicia esté en mi casa: no encontrándome en ella, entrarán en la de la tia Ambrosia y la prenderán.... si la Ambrosia sabe algo...

—La Ambrosia sabe que deseaba tratar con vos y con doña Tomasa.

—Y eso mismo lo sabrá el marqués antes de lo que pensamos.... entonces todo se va á tierra.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! si el marqués se precave... ¡oh! ¿no sabeis á lo que nos esponemos? vamos al momento.... vamos á casa de doña Tomasa.

Doña Catalina tomó del cajon de la mesa, sin que lo viera el bandido, un pomito de oro y otro de plata, pidió su manto, su antifaz y una litera: bajó, entró en la litera con el bandido, y se dirigió á casa de la manceba del marqués de Villena.

Por el camino fué presa de una horrible inquietud: si la prision de Ambrosia, que era muy posible, atendidos los antecedentes, habia llegado á oidos del marqués: si este, atento siempre al menor incidente, habia visto á la vieja: si la vieja habia revelado al marqués sus inteligencias con doña Catalina, era casi seguro que don Juan Pacheco, preparado con estas noticias, sorprendiese á la Tomasa, la hiciese confesar.... y entonces.... todo se habia perdido.... era necesario empezar de nuevo, acaso con pocas probabilidades.... y si llegaban á reunirse las córtes y las cartas no se habian rescatado... Doña Catalina creyó un siglo el breve tiempo que tardó la litera en llegar desde la calle de la Redondilla á la Costanilla de san Andrés.

Al llegar al arco de la iglesia, con arreglo á las órdenes anteriores de doña Catalina, la litera se detuvo y la jóven y el bandido saliendo de ella, se encaminaron al postigo de la casa de la querida del marqués.

Seducido el portero por el oro de doña Catalina, no solo permitió que entrase esta, sino tambien su acompañante, y entrambos subieron y entraron en la cámara donde Tomasa esperaba á doña Catalina.

Al ver Diego á la toledana que estaba prendida con mas lujo y bizarría que la noche anterior, palideció de emocion, al par que Tomasa se puso encendida como una guinda.

—¡Señora Tomasa! dijo Diego balbuceando.

—¡Señor Diego! esclamó Tomasa con acento apagado.

—Vamos, hija mia, dijo doña Catalina; ya veis que sé cumplir mis promesas y os traigo á vuestro esposo.

—¡A mi esposo!

—¡A su esposo!.. esclamaron á un tiempo Diego y Tomasa.

—Sí por cierto, á no ser que doña Tomasa no quiera por marido al señor Diego Perez, alferez de las lanzas reales de su alteza.

—Me habeis llamado doña Tomasa, señora, dijo la ramera con ansiedad.

—Don os da el rey, y cuando el rey os le dá, justo es que los demas os le demos: hé aqui vuestra carta ejecutoria.

Y sacando los pergaminos que llevaba consigo, buscó la carta ejecutoria de la Tomasa y se la entregó.

—¿Y se necesita tanto sello y tantas letras para que una persona se llame don Fulano ó doña Fulana? dijo con descaro la moza.

—Sí por cierto, y no á todos se concede la nobleza.

—¡Lástima que yo no sepa leer! dijo la Tomasa.

—Pero el señor Diego sabe... tened la bondad, señor Diego, de leer á vuestra novia esta carta real.

Tomó el bandido el pergamino, y aunque no muy deprisa ni sin equivocaciones, leyó de cabo á rabo la cédula real.

—Paréceme que habeis dicho, señor Diego, observó la Tomasa, despues de haber escuchado la lectura, que esa nobleza se me concede por los méritos y servicios que mis antepasados han prestado á los reyes de Castilla.

—Cabalmente, dijo doña Catalina.

—Pues mirad, yo ignoraba que mis abuelos hubiesen hecho servicio alguno á ningun rey, como no fuese prestándose mansamente á ser azotados.

—Cuando el rey habla de servicios, razones tendrá para ello, y en fin, si vuestros abuelos no se los han hecho, vos podeis hacerlos, lo que viene á ser lo mismo.

—¿Y todo lo que el rey me da se reduce á *un doña Tomasa*?

—El rey os funda mayorazgo.

—¡Ah! ¡me funda mayorazgo!.. eso es ya otra cosa. ¿Y dónde está mi mayorazgo, señora.

—Escuchad, dijo doña Catalina, leyendo por sí misma la real carta de amayorazgamiento:

«Don Enrique, por la gracia de Dios, rey de Castilla, de Leon, de »Toledo, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jaen, »de Baeza, de Badajoz, del Algarve, de Algeciras, de Vizcaya, y de

»Molina, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que »son tres personas distintas y una esencia divina, que vive y reina »por siempre jamás, y de la bienaventurada Vírgen gloriosa Santa Ma»ría, Madre de nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero »hombre, á la cual yo tengo por Señora y abogada en todos mis he»chos, y á honra y reverencia del apóstol Santiago, luz, patron y »guarda de las Españas y de san Lázaro, mi patron, y de todos los »otros santos y santas de la corte celestial: por cuanto vuestros ante»pasados han servido buena y lealmente á los ilustres reyes mis pre»decesores, y considerando que los que de tal modo sirven á sus re»yes y señores naturales, deben ser remunerados, honrados y galar»donados, tanto porque asi lo merecen, como para que sirva de ejem»plo y empeño á otros que, viendo tal premio se esfuercen en servi»cio y lealtad por sus reyes; y por cuanto vos, doña Tomasa de Luque »sois descendiente legítima en línea recta de los espresados leales »servidores, yo, el dicho rey don Enrique, de mi propia y libre vo»luntad, y saber, os hago merced de los cinco molinos harineros que »se encuentran en el rio de Sevilla desde esta ciudad á San Juan de »Aznalfarache, y de las alcabalas del arcedianazgo de Jaen, todo lo »cual podeis poseer y tener, en cualquier manera y título que sea, y »os lo doy, otorgo y traspaso, en remuneracion, parte y enmienda de »los servicios de vuestros antepasados y de vuestra lealtad y parti»culares méritos, y no solo lo cedo y traspaso en vos, sino que como »me hayais espresado, deseando que vuestra casa dure, que estos bie»nes de que os hago merced, sean mayorazgo, y no se puedan ven»der, ni dar, ni obligar, ni partir, ni cambiar, ni empeñar, ni ena»genar, ni sojuzgar perpétua ni temporalmente, y me pedisteis y su»plicasteis que yo de mi propio motu y poderío real absoluto, hicie»se y constituyese dicho mayorazgo para que sea firme y estable y va»ledero, para siempre jamás, segun que mas largamente se contiene »en vuestra peticion, os mando dar esta mi carta de merced, ley y »privilegio rodado, escrito en pergamino de cuero, firmado con mi »nombre y sellado con mi sello de plomo pendiente en hilos de seda »de colores. Dada en mi villa de Madrid á nueve dias del mes de no»viembre, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil »cuatrocientos y sesenta y cinco años.=Yo, Alvaro Gomez, secreta»rio del rey mi señor, la firmo por su mandado.=Yo el Rey.=Y yo »el sobredicho rey don Enrique, reinante en uno con la reina doña »Juana, mi muger, y con la infanta doña Juana, mi hija, otorgo este »privilegio y confirmolo.=Yo don Beltran de la Cueva, duque de Al-

»burquerque, conde de Ledesma, maestre de la órden de caballería »de Santiago, del consejo y cámara del rey, confirmo.=Yo don Die- »go Hurtado de Mendoza, duque del Infantado, marqués de Santilla- »na, adelantado del Andalucía, confirmo.=Yo, don Alonso de Fon- »seca, arzobispo de Sevilla, confirmo.=Yo, Diego Enriquez del Cas- »tillo, coronista del rey, confirmo.

Quedó la Tomasa por algun tiempo alelada, no creyendo que tan buena fortuna se le entrara de rondon por las puertas sin otros méritos que los de *sus antepasados*, la mayor parte de los cuales, segun noticias, habian muerto *ab irato*, ó á manos de la justicia, ya en horca, árbol, picota ú hoguera; y á medida que su estupor fue pasando, vínosele á las mientes, que no habiendo hecho sus mayores, servicios que fuesen dignos de mas premio que de la gloria que, segun dicen, alcanzan los ajusticiados, por cuanto han purgado por acá sus delitos: ocurriósela que cuando tal cebo se la mostraba, grande era sin duda la cuantía del negocio que debia encargársele: la Tomasa, aunque jóven, era muger de esperiencia y de no pequeña astucia, y asi, pues, disimulando su codicia, que era mucha, y su vanidad, que no era menor, dijo con acento de fria reserva que puso un tanto en cuidado á doña Catalina:

—Todo eso está muy bien, señora: pero como os habeis guardado esa escritura en que el rey me hace merced de tan buenas cosas, pienso, y á mi ver no sin razon, que antes de entregármela, será necesario que yo haga algo tal y tan bueno, que venga á ser el precio de esos molinos y alcabalas.

—Creo, dijo doña Catalina con acento incisivo, que nos hemos visto antes de ahora.

—Sí por cierto, contestó la Tomasa: nos vimos anoche.

—Yo os dije que necesitaba de vos, que os compraba.

—Yo vine á contestaros que me vendia si me convenia el precio, para todo menos para matar.

—Y como no se trata de matar, ved si para lo demas que pudiera necesitarse de vos, os conviene el precio que se os da.

—Me conviene: dijo resueltamente la Tomasa.

—Pues bien, concluyamos: lo que se quiere de vos es que robeis al marqués de Villena.

—¿Que robe al marqués de Villena?

—Sí por cierto.

—¿Y qué he de robarle?

—Unas cartas que debe llevar consigo.

—¿Cartas de muger?

—Sí ciertamente: de muger.

—¿Acaso vuestras?

—Sí, mias.

—¿Cartas que os comprometen?

—Eso es.

—Pues os juro, señora, que tratándose solo de eso, á saberlo yo, pudiendo habérselas quitado á don Juan sin comprometerme, os las hubiera dado de valde.

—¡Oh! no, no: el marqués guarda demasiado esas cartas para que puedan quitársele asi como quiera: será necesario valerse de la astucia.

—Pero no encuentro astucia que valga para don Juan, que es la astucia misma.

—¿Decís que cena con vos todas las noches?

—Es verdad.

—Pues bien, mirad: hé aqui lo que puede servirnos á las mil maravillas.

Y doña Catalina sacó de su seno donde los habia guardado cuidadosamente los dos pomos.

—Y ¿qué es eso, señora? dijo con cuidado doña Tomasa.

—Oid, dijo doña Catalina, mostrándola el pomo de oro: lo que se encierra aqui es beleño.

—¿Y qué es beleño?

—El zumo de cierta yerba que hace dormir profundamente.

—¡Ah!

—Y está hecho de un modo que quien le tome, pierde completamente la memoria de lo que ha hecho dos ó tres dias antes de haberlo tomado.

—¡Diablo! ¿y qué hay en ese otro pomo? dijo la Tomasa señalando el de plata.

—Aqui hay un licor que evita, tomándole antes que el beleño, que este haga efecto: es un licor contrario.

—No os entiendo bien, dijo Tomasa.

—Voy á esplicarme: este licor, y mostró á la ramera el pomo de oro, tiene la virtud de adormecer profundamente: la persona que beba un vaso de agua ó vino en el cual se hayan vertido solo seis gotas, no despertará en cuatro horas.

—¡Cuatro horas! poco tiempo es ese.

—Pero en esas cuatro horas nada oirá, nada sentirá, ni despertará por mas que se le mueva, aunque se derrumbe un castillo junto á él.

—Ya comprendo.... y en cuatro horas bien aprovechadas se puede hacer mucho.

—Cabalmente.

—Y entonces ¿para qué es ese otro licor?

—Oid: si vos componeis el vino que haya de beber esta noche el marqués, claro está que siendo tan astuto, y para que no sospeche, os vereis precisada á beber tambien.

—¿Que yo he de beber de eso? dijo con espanto la Tomasa.

—¿Y por qué no? ningun efecto os causará, porque antes de que el marqués venga, habreis bebido un vaso del mismo vino en el que se habrán echado seis gotas del licor contenido en este pomo de plata.

—¿Y entonces?

—Nada os sucederá: conservareis vuestro cabal juicio, mientras el marqués despues de que beba, quedará dormido é inmóvil como un tronco.

Pintóse en el rostro de la Tomasa esa espresion de resistencia negativa, á la que impide espresarse el temor ó el respeto.

—¿Dudais? dijo doña Catalina.

—No dudo, señora, pero....

—Pero quisiérais haber tenido antes una prueba de lo que os he dicho: acaso no habeis comprendido bien.

—Os confieso, señora, que....

—Hacedme la merced de traerme dos vasos de agua: dijo con cierta impaciencia doña Catalina.

La Tomasa se levantó y salió en silencio de la cámara.

—Es una muger que mira por sí antes que por todo: dijo servilmente Diego.

—Y en eso hace muy bien... ¿acaso me conoce? ¿acaso sabe si debe fiarse de mi?

—¡Ah señora!

—Esperad: ya viene aqui doña Tomasa con los vasos pedidos, y muy pronto comprenderá lo que todas mis palabras no han podido hacerla comprender.

Acercóse la toledana á doña Catalina y la presentó una batea de plata con dos vasos del mismo metal. Las tres alhajas estaban maravillosamente cinceladas.

—Atended bien, dijo doña Catalina derramando seis gotas del licor contenido en el pomo de oro; quien beba esta agua, antes de tres minutos estará profundamente dormido, y no solo dormido, sino que

olvidará completamente, para no recordarlo jamás, lo que haya hecho algunos dias antes.

—Comprendo, dijo la Tomasa, con una espresion de torpeza admirablemente finjida, pero si yo bebo me dormiré del mismo modo, olvidaré, y yo no quiero olvidar nada.

—Vos no dormireis ni olvidareis, porque antes habreis bebido otro vaso en el que habrá como en este seis gotas del licor que existe en este otro pomo.

Y doña Catalina puso en el otro vaso seis gotas del licor contenido en el pomo de plata.

—Para que veais, cuán seguro es esto, yo voy á beber primero el beleño: despues beberé su contrario, y juzgareis por vos misma.

Doña Catalina tomó el vaso en que habia puesto el narcótico, y bebió: entonces la Tomasa que miraba de hito en hito á doña Catalina, y tenia aun en la mano la salvilla, la dejó caer y con ella el vaso que contenia el contra narcótico.

Doña Catalina arrojó un grito de espanto al ver aquel hecho, al cual sucedió una espresion tal en el semblante de Tomasa, que no pudo dudar de que se la habia hecho traicion.

La Tomasa interpretó aquel grito á su manera, y dijo á doña Catalina:

—¡Ah! ¡no era beleño sino tósigo! ¡y queriais que yo asesinara para venderme despues á la justicia! pues bien, afortunadamente vos me habeis dado la prueba, pero no morireis en ella... yo no quiero matar á nadie, voy á traer otro vaso de agua, señora.

—Sí, sí, y aunque me haya dormido, hacédmele tragar, dijo doña Catalina: no es tósigo, no, pero quiero estar despierta.

La Tomasa salió apresuradamente, y quedó sola con Diego que estaba asombrado.

—¡Esa muger es el mismo Satanás! ¡maldita!.. ¡cuando digo que es la muger mas á propósito para mí! y doña Catalina se duerme que no hay mas que pedir... ¡ira de Dios! si es verdad que se olvida lo que se ha hecho algunos dias antes de tomar este filtro, no sabe lo que ha hecho Tomasa.

En aquel momento apareció de nuevo Tomasa, pálida y consternada con un vaso de agua en la mano y adelantó rápidamente hácia doña Catalina.

—Miren la señorona, dijo: ¿qué daño la habia yo hecho para que me hiciera envenenar sin saberlo, al marqués de Villena?

—Y ¿qué te importa que se muera ó no el marqués? dijo frunciendo el ceño Diego.

—¿Importarme? ¡nada! si se muere buenamente lo sentiré porque me trata á cuerpo de reina y nada mas... ¿Tienes celos tú?

—¡Celos! te confieso que...

—Pues bien, yo te los quitaré esta misma noche... ahora procuremos salvar á doña Catalina... yo no quiero que muera; yo no quiero matar á nadie.

—No, dijo el bandido; ni seria justo, cuando tan bien nos paga y tan confiadamente se ha puesto en nuestras manos. Pero el pomo de plata.... ¿dónde está el pomo de plata? ¡ah! los tiene en el seno, sácalos tú, Tomasa.

Tomasa sacó los dos pomos.

—Ahora guárdalos tú.

—¿Que los guarde?

—Sí; mira, dijo el bandido que observaba á doña Catalina, yo entiendo de esto mas que tú: doña Catalina está dormida, y dormirá algun tiempo... ¡pero morir!.. su señoría es muy jóven, tiene mucha vida, y, con perdon de la peste negra, creo que vivirá mucho tiempo. Entretanto, Tomasa, aprovechémonos de nuestras ventajas.

—¡Ah! dijo la moza tan torpe antes para comprender á doña Catalina, comprendiendo de un golpe á Diego.

—Sí pardiez, dijo este, dejemos dormir á doña Catalina, pero no aqui: la conduciremos á la alcoba.

—¿Pero estás seguro?...

—En caso de que muera, yo cargo con el pecado.

—No, no.

—Te digo que no morirá: vamos, ayúdame, tómala por debajo de los brazos y quitémosla de aqui: puede venir don Juan Pacheco.

—Don Juan no viene nunca hasta despues de la queda.

—No importa, tenemos que hablar, ayúdame.

Tomasa, vencida por el acento persuasivo, al par que firme, de Diego, tomó á doña Catalina por debajo de los brazos, mientras Diego la levantaba por los pies, y se encaminaron á la alcoba de la ramera.

—¡Oh! y cómo pesa, dijo la Tomasa.

—Es muy buena moza esta doña Catalina, contestó el bandido, aunque no tanto como tú: tú eres un sol, Tomasa.

—¡Ah! ¡soy un sol! dijo mirando á Diego y sonriéndose de una manera enloquecedora, arrastrada por su amor á pesar de la situacion.

—Sí, eres un sol que me alumbrará el alma si tú me quieres....

pero ya estamos en el lecho... dejémonos aqui á doña Catalina y volvámonos á la chimenea.

El bandido y la moza volvieron á la cámara dulcemente asidos de las manos, y acercándose á la chimenea, se sentaron el uno frente del otro.

Diego durante un momento la contempló estasiado; Tomasa sostuvo algun tiempo su ardiente mirada, y luego bajó los ojos, como pudiera haberlos bajado una vírgen, y se sonrojó, porque no hay amor que no tenga su virginal pudor, aun tratándose de una muger de vida libre: en contraposicion del pudor de Tomasa, Diego mostraba una espresion de respeto, porque no hay amor de buena ley que en sus principios no sea respetuoso, aunque arda en el alma de un rufian. Y es una verdad innegable que por degradada que esté una criatura, no deja por eso de ser sensible al amor; acaso estas ramas podridas del árbol social, sienten el amor con mas intensidad, con mas abnegacion que las demas.

Diego y Tomasa se amaban: por su posicion respectiva, ella le habia perdonado el ser bandido, él no habia reparado en que ella era ramera: entrambos, es verdad, habian antepuesto á su amor la conveniencia, pero era porque su amor no se habia puesto bastantemente en contacto, porque habia habido fuerzas opuestas á él, que le habian colocado recíprocamente á larga distancia.

Pero entonces estaban solos: les protejia esa deidad caprichosa que se llama suerte, y que generalmente se encariña con los pícaros, y aquel amor se estrechaba.

—¡Ah! por fin, por fin puedo mirarte frente á frente sin temor, Tomasa: tu tia no está aqui, el marqués de Villena tampoco, y puedes decirme lo que sientes por mi.

—¿Pues qué no lo has conocido todavia? dijo Tomasa.

— Sí, sí; conocí desde el momento en que te ví, desde tu primera mirada, que podiamos ser algo el uno para el otro.

—Yo tambien lo conocí... y escucha, Diego: no he olvidado todavia lo pálido que te pusiste cuando me viste por primera vez en casa de mi tia.

—¿Qué no lo has olvidado?

—No, como no he olvidado lo que suspirabas despues mirándome... en fin, desde que te ví, no te he olvidado un solo momento.

—¡Tomasa mia!

—¡Te quiero! esclamó con acento ardiente ella.

—Pues bien, seremos el uno para el otro, Tomasa... yo te quiero

tambien antes que á mi mismo; la pobreza nos separaba... pero ahora... ahora que somos ricos...

—¡Ricos!

—Sí, por cierto: muy ricos.... esta doña Catalina nos ha metido la suerte en las manos.

—Pero no sirviéndola, tu indulto, mi nobleza y mi mayorazgo, vuelan.

—Eso lo sabremos cuando venga el marqués de Villena, que ya no debe tardar.

—¡Ah! ¡no, Virgen mia! ya es cerca de la queda.

—Pues bien: doña Catalina dice que tomando un vaso de vino con seis gotas del filtro del pomo de plata, se puede beber sin temor hasta seis horas despues, el mismo vino que esté compuesto con el filtro del pomo de oro. Pues bien; ¿á qué vino le tira mas el marqués?

—Al vino de Peralta; como que dice que es lástima que los navarros beban tan buen vino.

—Y dime: ¿quién sirve la cena al marqués? porque su señoría se recatará naturalmente en estas cenas de sus criados.

—Nadie ve en esta casa al marqués mas que yo.

—¿Nadie mas que tú? esclamó con alegria Diego: ¿pues y ese portero á quien hemos comprado?

—Es un viejo escudero del marqués, el único de mi servidumbre que sabe que esta casa es del marqués de Villena y no mia, y que sirve para vigilar la entrada y la salida.

—De modo que solo guarda la puerta.

—Y el postigo por donde entra el marqués.

—Bien, perfectamente.... pero seria terrible.... si no viniese esta noche el marqués.

—Te juro que vendrá: porque siguiendo anoche el consejo de doña Catalina, le enamoré de tal modo, que el amor que me tenia el marqués se ha vuelto locura.

—¡Ah! ¡diablo! pues entonces vendrá mas temprano, de seguro. Mira, escóndeme y has traer la cena.

—¿Y dónde te escondo? ¡ah! en mi camarin: ven.

Tomasa llevó á Diego á una puerta inmediata: el bandido entró, y ella cerró con llave.

Inmediatamente salió de la cámara, atravesó tres habitaciones contiguas, descorrió los cerrojos de una puerta y llamó.

Presentáronsela dos doncellas.

—La cena, dijo.

Las doncellas desaparecieron, y Tomasa volvió á la cámara, se sentó junto á la chimenea y quedó profundamente pensativa.

A poco, las dos doncellas entraron con dos criados que traian una mesa enteramente servida: sacaron las doncellas de dos cestas que traian, piezas de vagilla de plata cincelada, encendieron dos candelabros, y cuando todo estuvo hecho salieron.

La cena era un esquisito servicio de fiambres, y un enorme jarron de plata lleno de vino, acompañado de dos copas monstruosas, demostraban que no era la continencia la virtud mas recomendable del marqués y de su querida.

Cuando Tomasa se quedó sola, se levantó de nuevo, atravesó las tres habitaciones que habia pasado anteriormente y tornó á cerrar la puerta que habia abierto: luego volvió á la cámara, abrió la puerta de su camarin y dijo á Diego que salió:

—¿Qué hacemos ahora?

—¿Qué hacemos? mira: llena una copa de Peralta.

Tomasa la llenó. El bandido sacó el pomo de plata y vertió en la copa seis gotas.

—Bebe, la dijo.

—¡Ay Diego! ¿me acontecerá alguna desgracia? contestó con voz trémula la moza.

—Bebe y no temas: ¿No te amo yo?

Esta última frase fue pronunciada con una ternura tal, y tan sincera, que encontrando en ella Tomasa una razon concluyente, bebió.

—Ahora traeme uno de los vasos en que serviste agua á doña Catalina, dijo Diego.

—¿Y para qué?

—Yo me entiendo, y Dios me entiende.

La Tomasa se habia resuelto á ser de Diego, y ya le respetaba; fué por el vaso y le puso sobre la mesa.

Diego llenó aquel vaso de vino y vertió en él seis gotas del antinarcótico.

—Esto es para mí, dijo, pero mas tarde: llévate ese vaso y guárdale para cuando yo te lo pida.

Tomasa salió con el vaso y volvió sin él.

—Ahora bien: en este jarro quedan bien ocho copas de vino.... cuarenta y ocho gotas, pues, de beleño.

Diego contó una á una las gotas hasta llegar al número prefijado.

—Ahora que venga el marqués cuando quiera. Pero escucha: no me encierres por lo que pudiera suceder.

—¡Oh! no, no te encerraré: tengo miedo.

—Que no te conozca ese miedo el marqués. Bebe sin temor de ese vino.

—Beberé.... pero.... insistió la Tomasa.

—Ya te he dicho que nada temas: en todo caso....

Resonó entonces un toque grave y pausado, semejante á nuestro toque de ánimas, lanzado por la campana mayor de la iglesia de san Andrés.

—¡La queda! esclamó Diego.

—Ya no debe tardar el marqués: escóndete.

—Sí, pero no me encierres.

—No te encerraré: dijo Tomasa empujando hácia el camarin á Diego que entró.

La toledana fue al espejo, se arregló su tocado un tanto descompuesto, ensayó como una actriz algunas sonrisas, y luego se sentó de una manera indolente junto á la chimenea.

Poco despues oyó llamar al postigo.

—Ya está ahí, dijo, y una palidez súbita cubrió su semblante.

—Valor y astucia, esclamó Diego que la contemplaba por el ojo de la llave de la puerta del camarin.

Tomasa no contestó porque se sentian pasos en un corredor inmediato: poco despues se abrió una puerta y entró el marqués de Villena.

—Buenas noches, mi querida Tomasa, la dijo: buenas noches: mejor pensaba pasarla, pero Dios ó el diablo no quieren.

—¿Cómo, señor?

—Si, sí, solo vengo para avisarte para que no pases cuidado por mi.

—Qué, señor, ¿no os sentais?

—¿Qué he de sentarme cuando tengo el caballo ensillado para partir.

—¿Y á dónde vais, señor?

—¿Y qué te importa?

—Es verdad... si no os amara, nada me importaria.

El acento con que dijo estas palabras Tomasa, enloqueció al marqués que dijo:

—Acabarás por ser mi secretario, Tomasa: conozco que no podré negarte nada.

—No, no, Dios me libre de querer saber secretos tales, como lo que debe guardar un tan gran señor como vos. Me basta con saber que me amais.

—Pues bien, esa designacion merece un premio: voy á Segovia.

—¡A Segovia! ¿y vais á estar allí mucho tiempo?

—Quién sabe.

—¿Y sin saber si vais á tardar ó no, me dejais sola, sabe Dios por cuánto tiempo?

—Bien sabe Dios si me pesa, pero es urgente, necesario.

—¿Tan urgente que no podeis pasar una hora conmigo?

—Ni un momento mas: ya tardo.

—Pues bien, id con Dios, señor, pero antes brindemos por vuestra pronta vuelta con este vino de Peralta que tanto os gusta.

—Sí, brindemos... brindemos porque pronto nos sorbamos á los navarros como nos sorbemos ese vino.

Tomasa llenó las copas conteniendo el temblor de su mano, y dominándose, presentó una de ellas al marqués; despues tomó la suya, la alzó y la chocó con la de su viejo amante, que esclamó asiendo al mismo tiempo una hermosa mano de Tomasa:

—Porque se logre el fin que me lleva á Segovia y te regale en albricias una gargantilla de mil florines.

—Sea, señor, contestó Tomasa y llevó la copa á sus labios conteniendo con ellos el líquido de que, medrosa, no bebió una sola gota.

El marqués, en cambio, vació la suya como suele decirse de un tiron, mientras Tomasa vertió el líquido sobre su seno.

—Ahora bien, despidámonos como buenos amigos que se separan á la fuerza: dame un abrazo, Tomasa.

—Con mil amores, señor.

El marqués abrazó á la toledana, y esta notó que su amante se abandonaba demasiadamente entre sus brazos, luego balbuceó algunas palabras ininteligibles, cerró los ojos, y hubiera caido al suelo á no haberle sostenido la Tomasa, que le arrastró á un sillon y le contempló absorta, estremecida.

—Duerme, y duerme con un sueño de buena ley, como el de doña Catalina, dijo Diego que habia salido de su escondite; pero el filtro ha obrado en él mas rápidamente que en ella.

Todo consistia en que el narcótico sea muy activo, y el marqués habia bebido mas cantidad que doña Catalina.

—¿Y qué hacemos? dijo la Tomasa asustada.

—¿Qué hacemos? ¿no dice doña Catalina que este filtro hace olvidar lo que se ha hecho algunos dias antes? pues bien: nadie mas que el viejo portero sabe que doña Catalina y yo hemos entrado aquí: es necesario que ese hombre olvide tambien.

—¡Ah! comprendo, sí; esto es borrar la pista.

—Cabalmente. Llama al portero, pero antes es necesario poner al marqués de manera que parezca que duerme naturalmente.

Tomasa colocó al marqués en una posicion natural.

—¿Y cómo hacemos beber al portero? ¿con qué pretesto le llamamos?

—¿No es él el solo que conoce al marqués?

—Sí.

—Pues bien, se necesita que él se lleve este servicio...

—Comprendo, dijo Tomasa, y salió.

Diego se ocultó, y poco despues vió á Tomasa que volvia con el portero.

—Silencio dijo: su señoría se ha dormido.

—¡Ya, y vos!.. dijo el portero.

—Qué...

—¿Cómo no habeis podido echar fuera á la dama y al hombre que han entrado?..

Ocurriósele un pretesto mejor á la Tomasa que el de quitar la mesa.

—Sí, sí, es verdad, dijo, afortunadamente su señoría se ha dormido y podemos aprovechar estos momentos.

—No sabemos si hombre que duerme oye...

—Vamos, veo que teneis demasiado miedo, pero nada hay que valga mas para dar valor que el vino de Peralta: bebed.

Y le presentó una copa llena.

—¡Ah señora! Dios os lo pague: dijo el portero tomando la copa y mirándola con delicia: ¡cuán dichosos son los ricos que pueden regalarse de este modo!

—Bebed.

El portero no esperó á que se lo repitiesen y se envocó la copa.

El efecto en él fué tan rápido como en el marqués, con la diferencia de que no teniendo quien le sostuviese, bamboleó y cayó.

—Hénos aqui dueños del campo, dijo Diego saliendo de nuevo: ahora veamos esas cartas de que hablaba doña Catalina, y que deben valer mucho cuando á tal precio se pagaban.

Y registrando minuciosamente al marqués, le encontró en una faja con no pocas monedas y diamantes ricos que el marqués llevaba siempre consigo, por lo que pudiera suceder, las cartas de la reina.

—Estas deben ser, esclamó con alegria el bandido: veamos lo que estas cartas relatan.

Y deshaciendo el paquete las leyó, aunque pesadamente, una por una.

—Pero ¿por qué no las lees alto? dijo Tomasa que veia con una curiosidad creciente la alegria y el asombro que se pintaban en el semblante de Diego.

—¡Oh! porque este es un secreto que me quema las manos... ahora conozco el gran interés que tenia por apoderarse de estas cartas doña Catalina.

—¡Un secreto!

—Sí, un secreto que vale... que vale mucho mas que un indulto, una provision de alferez, una carta de nobleza y cinco molinos y unas alcabalas.... ¡ya decia yo! este secreto vale un reino.

—Tu no me amas, Diego, dijo la toledana.

—¿Que no te amo? esclamó el bandido.

—No, cuando me ocultas ese secreto.

—Es porque no hay muger que no sea habladora, y ya te he dicho que este secreto me quema las manos.

—¡Oh! no, no hablaré: si es necesario dime ese secreto, y despues bebo de este vino para olvidarle.

—No, no: este vino está guardado para otra persona.

—¿Para otra persona?

—Sí, es necesario hacer imposible que el marqués pueda sospechar que nosotros poseemos este secreto.

—¿Y no me lo revelarás?....

—Escucha y juzga despues si debes callar ó nó: estas cartas son de amor.

—¿Cartas de amor?

—Sí, de la reina á don Beltran de la Cueva.

—¡Ah!

—Y en ellas se ve claro que tenemos mucha razon en llamar la Beltraneja á la infanta doña Juana.

Tras estas palabras que causaron una profunda admiracion á la Tomasa, Diego guardó inmediatamente las cartas.

El honor de una reina, la muerte de una princesa y acaso tambien la de un reino, estaban por una sucesion de acontecimientos estraños, entre las manos de una ramera y un bandido.

XIX.

De cómo el corregidor de Madrid vió lo que nunca hubiera creido ver.

A punto de media noche, cuatro horas despues de los acontecimientos anteriores, se notaba un movimiento inusitado en una gran

Urrabieta inv.° y lit. Lit. de J. Aragon. Madrid

VI.

ENRIQUE IV.

La Justicia vela.

casa situada en el centro de la villa, en una plazuela frente por frente de la torre de los Luzanes.

Aquella casa enorme, especie de palacio de piedra, tétrica como un convento y fuerte como un castillo, era la morada del corregidor don Gil de Andrade: uno de los postigos de su enorme puerta estaba abierto, veíase á través de él un turbio resplandor, y lentamente iban llegando alguaciles y soldados que entraban por el postigo.

Llegó, en fin, un personage grave y espetado, envuelto en una capa tan larga, que casi le arrastraba y empuñando una vara de justicia, cuya longitud escedia á la estatura del que la llevaba, á causa de ser esta escasa, y la vara cumplidísima: acompañábanle sus alguaciles, uno de los cuales llevaba una linterna: marchaba á su izquierda un escribano, y cerraban la marcha diez ballesteros de la villa.

Entró aquella comitiva en la casa del corregidor: los alguaciles y los soldados se incorporaron á otro grupo de soldados y alguaciles que se calentaban en el zaguan, en torno de un monton de carbon encendido, y el alcalde y el escribano, el uno delante y el otro detras, erguidos y espetados como convenia á dos ministros de policía que se hallaban empleados en una faena de su oficio, siguieron adelante, subieron la anchísima y descomunal escalera de mármol, desembocaron en una galería, y precedidos al fin por un criado que les anunció al señor corregidor, entraron en una tétrica cámara en que este, vestido con un sayo largo de terciopelo, que le llegaba hasta los pies, se paseaba preocupado.

Un velon de cobre con los cuatro mecheros encendidos, puesto sobre una mesa cargada de legajos, iluminaba la cámara, dejando conocer sus tapicerias encarnadas, su techo de ensambladura color castaño oscuro, los retratos de familia, que pintados en tablas, sérios y fruncidos, estaban colgados alrededor de la cámara entre pinturas devotas, los sillones de baqueta con clavazon de plata y la gruesa alfombra roja, amarilla, azul y verde, que se estendia sobre el pavimento.

Al sentir los pasos del alcalde y del escribano, que se descubrieron respetuosamente al entrar en la cámara, el corregidor detuvo su paseo, y dijo volviéndose á sus subordinados con el acento breve y enfático que correspondia á una autoridad de aquellos tiempos:

—¿Habeis hecho lo que os he mandado, señor Miguel del Puente? dijo el alcalde.

—Sí señor: y el señor Damian Raposo, escribano real y público de su alteza, ha librado el testimonio competente.

—Relatadnos vuestro testimonio, señor Damian Raposo, dijo el corregidor yendo á la mesa y sentándose gravemente en el sillon colocado en su testero.

El escribano se acercó al velon, desenvainó unos autos y leyó con voz nasal, acentuada y lenta lo que sigue:

«En la villa de Madrid, á los ocho dias del mes de noviembre, »año de nuestra redencion de mil y cuatrocientos y sesenta y cinco »años, yo, Damian Raposo, escribano real y público de su alteza el »muy alto, poderoso y temido señor rey don Enrique el IV de este »nombre en Castilla y Leon eccetera, certifico: que llamado á las ca»sas del señor alcalde de la casa y corte del rey, Miguel del Puente, »por dicho señor alcalde, en la tarde del dia supra escripto, me tras»ladé á allá, y encontré compareciendo ante dicho señor á un hom»bre villano, al que, tomándole declaracion, por mandado del ante di»cho señor alcalde, resultó llamarse Perote el rasurador, de edad de »treinta y dos años, de oficio y estado no conocidos, aunque mani»festó haber sido en otro tiempo barbero y sacamuelas, el cual Pero»te habiendo mandado el señor alcalde manifestase á lo que era ido »á su casa, dijo: que estando aquella tarde jugando á los dados en la »tienda de su compadre, pastelero en Puerta Cerrada, llegó un »hombre embozado, que habiendo manifestado tener algunos asuntos »que tratar á tras mano, y sin ser de nadie entendido, con el dicho »Perote, este levantóse, y siguiendo al encubierto hasta una calleja »inmediata, el encubierto le dijo: sabido y notorio es señor Perote el »rasurador, que todo buen hijo de la república debe mirar por la con»servacion de la justicia, ayudando á sus ministros en el conocimien»to y prosecucion de los crímenes, maldades maleficios y cohechos »que por ciertos hombres malhechores se cometen, y otro sí, ayu»dar á los dichos ministros en la persecucion y prendimiento de los di»chos malhechores, tanto mas cuanto, salvo el premio que Dios da á los »que bien obran, la justicia os premiará, si le entregais cuatro cabe»zas pregonadas que hace mucho tiempo se están debiendo al verdu»go. Ahora bien, como me sea notorio que cuatro bandidos tras los »cuales hace mucho tiempo que anda la justicia, van á reunirse esta »noche á una legua de Madrid, á la derecha del camino del Pardo al »lindero de los encinares, en un lugar que llaman Fuen-santa, yo, que »tengo temor y apercibimiento puesto por los dichos malhecho»res, vengo á vos, que sé sois hombre honrado y temeroso de »Dios y del rey, para que no pudiéndolo yo hacer, vos deis parte á »la justicia, á fin de que los tales malhechores y bandidos sean cas—

»tigados como es justo y razonable: dicho lo cual, el encubierto dejó »solo y admirado al declarante, tomando á buen paso hácia Puerta de »Moros.—Preguntado el dicho Perote el rasurador, si conoció por seña »ó indicio quién fuese el encubierto que tal aviso le diera, dijo: que ni »por su estado, ni otra seña ó prenda alguna habia podido venir en »conocimiento de quién fuese el hombre encubierto, ni de haberle »visto nunca en su vida; que parecia hombre de fueros y de espada, »que hablaba entero, que imponia miedo, y que no sabia mas: que »otro sí, habia creido de su obligacion dar parte á la justicia de aquel »hecho, y que siendo asi, que el aviso fuese verdad, y que fuesen en »efecto pregonados los cuatro malhechores que entregaba á la justi- »cia, pedia, si estos fuesen presos, se le entregase el tanto de galar- »don que rezasen los pregones, porque esta era una fortuna que Dios »le metia por las puertas de su casa, harto atrasada y necesitada de »dinero.—El señor alcalde contestó al nombrado Perote, el rasura- »dor, que siendo asi verdad, como decia, que los cuatro bandidos »fuesen pregonados, y, amen de esto, que fuesen habidos y reducidos »á cárcel, ó muertos, entregársele habia el tanto pregonado; pero »que mientras esto no sucediese, habia de ir á la cárcel, á la que me »mandó llevarle, y yo le llevé, y le dejé asegurado con grillos, espo- »sa y cadena, despues de lo cual, tornado que fuí á las casas del es- »presado señor alcalde, hallé que este me esperaba en la puerta, »con ocho ministros de justicia, once ballesteros, y otro sí con maese »Lucas Manazas, ejecutor jurado de la villa, el cual mostraba liados »á la cintura cuatro dogales ensebados con sus buenos lazos corredi- »zos, de todo lo cual me mandó tomar testimonio el dicho señor »alcalde, y el testimonio librado, y como ya fuese cerca de las puestas »del sol, me mandó que cabalgase en una mula, que con otra para el se- »ñor alcalde estaba aparejada y le siguiese para testimoniar del suceso, »el cual pasó de esta manera: salido que hubimos de la villa, y para »evitar que los malhechores nos viesen, y por ello se malograse su »prendimiento, tomamos por senderos estraviados y con algun rodeo »el camino de la Fuen-santa, y llegamos á ella á tiempo que oscurecia, »y el señor alcalde y yo, y los once ballesteros y los ocho ministros, nos »pusimos en acecho emboscados y ocultos á la redonda, y asi espe- »ramos un espacio de media hora, trascurrido el cual, sentimos gen- »te que se acercaba, y poco despues cuatro hombres armados llega- »ron al sitio en que estábamos ocultos y pusiéronse á departir, y no »lo habian hecho bien, cuando de repente se echaron sobre ellos los »once ballesteros y los ocho ministros, y los prendieron brava y bi-

»zarramente no sin grande resistencia, en la cual saltaron de una »herida el ojo siniestro de un ministro, mancaron, de un mandoble, »del diestro remo á un ballestero, y dejaron á otro ministro sin vi- »da de una estocada en el costado. En vista de lo cual, y despues de »haberlos reconocido, con las linternas sordas que llevaban los mi- »nistros á prevencion, reconocióse por alguno de estos que los cua- »tro presos eran Gilito el Vulpejo, Tadeo el Zurdo, Juan el Lampi- »ño y Cristobal el Estevado, pregonados los cuatro por robos, sa- »crilegios, violencias, homicidios y asesinatos, segun consta mas por »estenso de los procesos que se les ha seguido en rebeldía, en todos »los cuales han sido condenados á muerte de horca y perdimiento de »bienes si los tuviesen: y, como no embargante esto, la resistencia »abierta á la justicia, con armas, y perdimiento, mutilacion, ó estro- »peamiento de miembro de ministro, tuviese la pena segun las rea- »les pragmáticas vigentes de ser incontinente ahorcados, sin mas pro- »ceso, los causadores de estos daños, alli en el mismo lugar donde el »mal cometieron, ó donde mas cerca se encontrasen árboles, tenién- »dolos tan á mano, y llamando al ejecutor que el señor alcalde ha- »bia llevado consigo previniendo el caso, mandó *enforcar por el cue- »llo pendiente el cuerpo de una cuerda* en una encina á cada uno de »los espresados reos, mandado lo cual, Gilito el Vulpejo manifestó »que tenia que declarar, y mandándome el señor alcalde que le to- »mase declaracion, tomésela y fue de esta manera: que el dicho Gilito »manifestó que si eran presos era por traicion de un su capitan lla- »mado Diego el Desollador, el cual Diego estaba tambien pregonado »y fugitivo: y que puesto que él los habia entregado, queria tener »el consuelo cuando iba á morir de que el dicho Diego fuese tambien »habido y muerto, para lo cual declaraba que el tal Diego vivia »á San Pedro, en las casas de vecindad que son del conde de San- »tisteban, en la habitacion número treinta y cinco de los corredores »del primer patio, pero que era de advertir que la tal vivienda tenia »salida y escape por un desvan que daba á la vivienda de una lla- »mada la tia Ambrosia, vieja encubridora y tercera, bruja y amaes- »trada en la hechicería y los untos y la cábala, que era manceba »del dicho Diego: manifestó otro si, que no debia cercarse la casa, »ni ponerse escuchas ni espías, porque el tal Diego era muy astuto »y se apercibiria de ello, y huiria, y que lo mas cierto y seguro para »haberle era ir de las doce de la noche abajo, y cercar la casa de »Santisteban, en la cual, si se buscaba bien, se le encontraria.—Pre- »guntado si tenia mas que declarar, manifestó que no: salvo que á

»la hora de la muerte se arrepentia de todo el mal que habia hecho »y pedia perdon de ello á Dios y á la justicia.—Y como ninguno de »los otros tuviese nada que declarar, el señor alcalde mandó á mae- »se Lucas que los enforcase uno tras otro, y maese Lucas los enfor- »có breve y cumplidamente y nos tornamos dejando alli los cuerpos »para que sirvan de escarmiento, de todo lo cual libré yo testimonio »bueno y cumplido, segun consta mas por estenso de los autos, de »los cuales, de órden del espresado señor alcalde, saqué este tanto »y estracto que corresponde con los originales, de lo que doy fé, y lo »signo, en testimonio de verdad, en la espresada villa, dia, mes y »año. Yo Damian Raposo, escribano real y público del señor rey don »Enrique el IV de este nombre en Leon y Castilla eccetera.»

—Y bien, señor alcalde, dijo gravemente el corregidor: del testimonio del señor Raposo, escribano real y público, se desprende que la justicia del señor rey ha preso y ahorcado á cuatro criminales.

—Asi es, señor corregidor, contestó con no menos gravedad el alcalde.

—Despréndese aun, que que queda otro criminal que prender, y criminal eminentísimo.

—Asi resulta, y ya os habia avisado de ello.

—Prision es esta, señor Miguel del Puente, á la que yo mismo quiero asistir, por mas que tenga mucha confianza en vuestro saber y esperiencia.

—Pláceme que tal querais, dijo el alcalde, como quiera que esta prision es muy dificil, atendidos la astucia y el valor del dicho bandido que ya se me ha escapado tres veces de entre las manos, ni mas ni menos que si hubiera tenido alas.

—Despréndese asimismo de ese testimonio, que solo de la media noche abajo puede con seguridad prenderse á ese criminal, añadió sin apearse de su gravedad el corregidor.

—Tal aparece en lo escrito, repuso el alcalde.

—Y como ya sea mas de media noche, continuó don Gil de Andrade, y estén los ministros y los soldados dispuestos, bueno será que procedamos á realizar esta prision.

—Paréceme lo mismo que á vuesamercé, señor corregidor.

—¡Astunez! mi capa, mi gorra, mi espada y mi vara: esclamó don Gil con voz tonante, á cuyo mandato apareció un criado poco despues con los objetos pedidos, y los colocó en las partes correspondientes á su uso en el cuerpo del corregidor, tras de lo cual, este, arreglándose la capa y empuñando la vara de una manera formidable, salió

de la cámara, atravesó los corredores, bajó las escaleras, siempre seguido del alcalde á quien, á su vez, seguia el escribano, y al entrar en el zaguan dijo con voz estentórea á los corchetes y á los ballesteros de la villa que se habian puesto respetuosamente de pie á su presencia:

—¡Ola! encended las linternas sordas, tomad las armas, y en marcha.

Despues de lo cual salió denodadamente el primero, luego salió el alcalde, despues el escribano, y al fin la negra turba de corchetes, cuya marcha escoltaban unos veinte ballesteros de las milicias de la villa con su alferez á la cabeza.

Toda esta turba, acostumbrada á marchar sin ruido, se deslizó en silencio por la calle del Cordon, salió á la plazuela de san Justo, de alli á Puerta Cerrada, y poco despues se detenia delante de la iglesia de san Pedro á las puertas de la casa de Santisteban.

—Hénos aqui: dijo el corregidor en voz baja al alcalde: ¿qué pensais que se debe hacer?

—Pienso, dijo el alcalde cuya voz temblaba un tanto, pues.... pienso que lo mejor.... lo mas acertado.... lo mas conveniente es....

—Cercar con los ballesteros este cuartel de casas.... dijo el corregidor.

—Lo mismo cabalmente pensaba yo.

—Pues haced que eso se egecute.

—¡Chis! ¡chis! ¡alferez Montilla! dijo con acento contenido el alcalde.

—¿Qué me mandais, señor? dijo el alferez con voz bronca.

—No hableis tan recio: pudieran oiros: se trata de prender á un gran criminal.

—Pues cualquiera diria que vos íbais á ser el preso segun el miedo que teneis.

—No, no tengo miedo, señor alferez: dijo el alcalde rehaciéndose un tanto; en prisiones mas grandes y peligrosas me he visto.... pero el hombre de que se trata.... ¡es el que robó á doña Constanza, la hermosa sobrina del corregidor!

—¡Ah! pues le prendemos de seguro, si logramos ponerle la mano encima: dijo con acento fisgon el irreverente alferez.

—Para llegar á ese caso, es necesario que, de órden del corregidor, cerqueis con vuestros ballesteros este cuartel de casas.

—¡Ballesteros! ¡á la desfilada! ¡en marcha! dijo el alferez tomando el camino y estableciendo guardas á la redonda.

Poco despues se presentó por el lado opuesto á aquel por donde

habia desaparecido el alferez, y dijo al alcalde:

—Ya está cercada la fortaleza, y por Dios os juro, señor Miguel del Puente, que no me saldrá de la casa alma nacida, sin que pase por encima de mis soldados, lo que no es muy fácil.

—Muy bien, señor Montilla: os doy las gracias por vuestro celo: dijo el alcalde volviendo al lado del corregidor.

—Ya está hecho el cerco, le dijo.

—Muy bien: contestó don Gil de Andrade; ahora solo falta que penetremos en la casa: ¿por qué puerta os parece que debemos entrar?

—Por la de la vivienda del bandido.

—¿Y sabeis cuál es esa puerta?

—¡Vencejo! ¡ola! ¡Vencejo! esclamó el alcalde: ¿Anda por ahí el alguacil Vencejo?

—Aqui estoy, señor, para serviros: contestó una voz aflautada, al mismo tiempo que un bulto alto y delgado se puso delante del alcalde.

—¿Os encargué?.. dijo este.

—Sí, sí señor: dijo Vencejo con estremada volubilidad: vuesamerced me encargó no hace cuatro horas que me disfrazase, y me disfracé: que viniese, y vine: que averiguase, y averigüé.

—¿Y que habeis averiguado? ¡ira de Dios! esclamó el alcalde amostazado con la voz y el torrente de palabras del alguacil.

—He averiguado que el bandido vive aquí: he averiguado que su vivienda es ciertamente el número treinta y cinco, primer corredor, primer patio: he averiguado que la puerta que guia á ese patio por un corredor...

—¡Poder de Dios! la puerta de la casa.

—Pues la puerta de la casa, señor, sin quitar ni poner, sin marra ni equivocacion, es la que cabalmente tiene vuesamerced en este momento á la diestra mano.

—¡Idos, vive Dios, si no quereis que os rompa mi vara en la cabeza! esclamó el alcalde exasperado por la charlataneria de Vencejo que no perdonaba ocasion de lucirse, y volviéndose al corregidor añadió: señor don Gil, la puerta es esta que tenemos cercana.

—Pues llamad á esa puerta: dijo con un tono que rebosaba autoridad el corregidor.

El alcalde se alteró un tanto al recibir aquella órden, pero aguantóse su alteracion, y disimulándola, fué resueltamente á la puerta y asentó en ella con el regaton de su vara de justicia tres golpes vigorosos, que resonaron de una manera hueca en el interior.

—¿Quién diablos llama á estas horas? contestó al breve espacio una

voz displicente que parecia salir de las profundidades de un abismo.

—Abrid á la justicia del rey, contestó con voz pujante el corregidor que se habia acercado á la puerta, y tras el cual se agrupaban inmediatamente los alguaciles con las espadas desnudas y las linternas sordas preparadas para hacer luz.

Sucedió un profundo silencio á la intimacion del corregidor, pero instantáneamente oyóse crugir una llave en una cerradura, la puerta se abrió rechinando y dejando ver un fondo densamente oscuro.

—¡Haced luz uno! dijo el corregidor, tras el cual por un movimiento irreflexivo se habia colocado el alcalde.

Inmediatamente la luz de diez linternas cayó sobre el zaguan: todos los alguaciles provistos de luz se habian creido el uno mandado por el corregidor.

—He dicho que uno solo; esclamó exasperado don Gil.

Por la misma razon que no debiendo abrirse mas que una linterna se habian abierto todas, todas volvieron á cerrarse.

—Haced vos luz, Vencejo: dijo el alcalde previniendo la cólera de don Gil.

Hizo luz Vencejo, y entonces, regularizado ya el servicio, el corregidor, lanzó esa mirada penetrante, peculiar á los hombres de justicia, que tanto se parece á la de un ave de rapiña, sobre el hombre que habia abierto la puerta.

Era este un moceton greñudo, desarrapado y medio salvaje, que fijó á su vez una mirada recelosa y sombria en el corregidor.

—¿Quién es él? dijo don Gil con su espantable acento de autoridad.

—Me llamo Blas.

—¿Quién es él? repitió don Gil.

—Me llamo Blas y soy hijo de mi madre....

—Y ¿quién es vuestra madre, bergante? esclamó don Gil sin dejarle concluir.

—Pues mi madre es la tia Andallo, que hace cincuenta años es casera de la casa de Santisteban; continuó el mozo.

—De eso se desprende naturalmente que debeis conocer á todos los vecinos.

—Sí señor que los conozco.

—Y de ese vuestro conocimiento despréndese tambien que debeis conocer á un tal bribon Diego el Desollador.

—Pues no le conozco.

—¿Cómo que no le conoceis?

—En la casa de Santisteban, viven curtidores y zapateros, y bue-

nas mozas que desuellan al que pueden, esto es, hay mucha gente que vive de desolladuras, pero no vive ningun desollador.

—Pues ¿quién vive en la vivienda número treinta y cinco del primer corredor del primer patio?

—¡Ah! en la vivienda número treinta y cinco que decís vive un señor soldado.

—¿Y no sabeis cómo se llama ese señor soldado?

—¡Quiá! ¡no señor! acá nadie sabe cómo se llama, pero como era fuerza llamarle de cualquier modo para hablar de él, por acá le llamamos el valiente de la cicatriz.

—¡Ah! ¡él es! ¿y cómo ha recibido vuestra madre en la casa á un hombre sin nombre?

—El señor soldado llegó un dia hace seis meses y nos dijo: quiero la vivienda número treinta y cinco que está vacia: tomad (y arrojó dos monedas de oro sobre la mesa) cuando sea necesario pagar mas, avisad. Dicho esto pidió á mi madre la llave, mi madre se la dió con mil amores y no se metió en mas flores: á quien asi paga, y mas en estos tiempos en que todos deben, no se le pregunta como se llama, ni quién es, ni de dónde viene.

—¿Y está en su vivienda el señor soldado?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabeis?

—No lo sé, insistió el mozo con una firmeza y un laconismo dignos de un espartano.

—De vuestra negativa se desprende que le encubrís.

—Yo no encubro á nadie: solo digo que no sé si está ó nó, porque el señor soldado tiene una llave de la puerta de la calle con la que abre como y cuando le acomoda.

—¿Pero no habeis sentido ruido en la puerta?

—¡Oh! eso sí: he sentido entrar y salir, abrir y cerrar, y nada mas.

—¡Oh! pues entonces está adentro: ¡adelante, señor alcalde! ¡adelante ministros! dijo don Gil.

Pero en el momento en que el alcalde adelantaba de mala gana un pie, retrocedió cinco pasos: el jayan habia sacado á luz una estaca que hasta entonces habia tenido oculta á sus espaldas y la habia enarbolado.

—¡Cómo es esto! ¡te resistes á la justicia, bribon! esclamó enteramente ciego de cólera don Gil; ¿no sabes que las pragmáticas te condenan á ser ahorcado por ello? *¿ipso facto?*

—Yo solo sé que en estos tiempos acontece muchas veces que los ladrones se finjen justicia para robar á mansalva.

—Agarradme á ese bribon y atádmele, esclamó perdiendo enteramente los estribos el corregidor.

Vencejo fue el primero de los alguaciles que adelantò y el primero que cayó por tierra trastornado por un furioso estacazo de Blas; tras Vencejo rodaron dos alguaciles, y no sabemos hasta dónde hubiera llegado el destrozo si el alferez Montilla no se hubiese abalanzado de un salto á la puerta.

—¿Con que esto va de veras? dijo: ¿con que aqui hay algo de fortaleza cercada? pues tomad, seor valenton, tomad.

Y cerrando á cuchilladas con el mozo, le echó mal herido por tierra, sin que le valiera su garrote mas que lo que le hubiese valido una paja.

El alferez saltó sobre él, á tiempo que al estrépito salia de las viviendas bajas la mas rara coleccion de figuras que darse puede.

—¡Paso y obediencia á la justicia del rey! esclamó el alferez adelantando hácia aquellos que podian llamarse aparecidos, y que al nombre de la justicia volvieron á meterse con sus candelillas, candiles y candilejas en sus mechinales.

—Con este estruendo se nos escapará el criminal, dijo el alcalde.

—De lo que se desprende que esto es una caverna de bandidos que se protejen, dijo don Gil.

—Adelante, señor, adelante, dijo el alferez Montilla, que al parecer habia tomado la empresa por su cuenta; adelante, que yo os juro que como esté en la casa cercada y no tenga mina hemos de dar con él aunque se esconda bajo las faldas de una bruja. ¡A ver! un hombre con una linterna.

Hizo luz otro alguacil en reemplazo del malaventurado Vencejo, y el alferez delante y algunos alguaciles detrás, en seguida el corregidor, despues el alcalde, mas atrás el escribano, y por último los alguaciles restantes, penetraron por un corredor tortuoso estrecho y lóbrego, y salieron á un patio irregular y destartalado, al cual correspondian multitud de puertas, que parecian corresponder á otras tantas viviendas deshabitadas, á juzgar por el profundo silencio que reinaba en la casa.

El alferez se detuvo un momento en el patio, miró en torno suyo, y columbrando al fin la embocadura de una negra y estrecha escalera, se aventuró por ella, llevando la punta de su espada por delante, y junto á sí el alguacil de la linterna que le alumbraba.

Subieron sin tropiezo la escalera, y se encontraron al fin en un corredor al que daban otra multitud de puertas tan cerradas y silenciosas como las del patio.

El alferez buscó el número treinta y cinco, y al fin le encontró bárbaramente escrito con hollin sobre una puerta blanqueada en el ángulo mas retirado de los corredores.

—Aqui es, dijo volviéndose al corregidor.

—Pues llamad, dijo don Gil.

El alferez llamó fuertemente con la empuñadura de la espada, pero nadie contestó.

—¡Se nos escapa! esclamó con desaliento el corregidor.

—Pues como no se vaya por las entrañas de la tierra ó por las regiones del aire, esclamó el alferez, juro á vuesamerced, señor don Gil de Andrade, que no se nos escapará.

Y llamó de nuevo con mas fuerza, sin que por esto le contestasen.

—Pues señor, ya que callan, puerta abajo y adentro, dijo el alferez.

Y asentando con el puño de la espada en la endeble puerta un golpe, que hubiera bastado para acogotar un toro, forzó la cerradura y la puerta se abrió.

Inmediatamente la falange de justicia, con el alferez siempre á la cabeza, penetró en la habitacion y se detuvo en la primera pieza.

—Pero esta casa está deshabitada, dijo el alferez, al notar la absoluta carencia de muebles en aquel primer espacio; sin duda nos han engañado.

—Adelante, adelante, señor alferez, dijo el corregidor: esta clase de gentes no acostumbra tener mucho menage.

Siguieron adelante y encontraron otra habitacion tan vacía como la primera.

Repitió su observacion el alferez, y el corregidor, su órden de avanzar, y el alferez avanzó. Al entrar en la tercera pieza, dió un grito de alegria; sentado en un escabel, reclinada la cabeza sobre una mesa, habia un hombre vestido de negro.

—¡Aqui está! ¡aqui está! esclamó.

—Prendedle, gritó el corregidor.

—Está dormido, esclamó con alegria el alcalde.

El alferez adelantó, asió con fuerza á aquel hombre y le sacudió: el tal hombre cedió inerte á las sacudidas del alferez.

—Alumbrad, alumbrad, gritó el alferez sin soltarle: este hombre parece muerto.

—¡Muerto! esclamó el corregidor.

—¡Muerto! dijo con ásombro el alcalde.

—¡Muerto! repitieron los demas.

En tanto el alguacil de la linterna habia alumbrado, y el corregidor que habia acudido ansioso, retrocedió asombrado al ver el semblante de aquel hombre.

—¡El marqués de Villena! esclamó.

—¡El marqués de Villena! repitieron todos con asombro.

—Pero no está muerto, dijo el alferez, sino embriagado hasta mas no poder.

En efecto, el marqués tenia todas las apariencias de un ébrio; la respiracion era ardiente y entrecortada, y sus labios entreabiertos se mostraban secos y áridos.

Entróle cierto miedo al corregidor al encontrarse de repente, y en aquel estado, al poderoso personaje á quien todos respetaban ó temian en la corte, en vez del bandido que iban buscando.

—Nos han engañado villanamente esos desalmados que ahorcasteis, dijo el corregidor al alcalde: ¿quién sabe lo que saldrá de aqui?

—No se miente cuando se va á morir, dijo el alcalde.

—¿Pero qué pensais de esto?

—Ni mas ni menos que vos: nada.

—¿Y qué pensais que debemos hacer?

—Dejar á ese señor tal y como le hemos encontrado y seguir nuestras pesquisas.

—Colocad á su señoría el señor marqués como estaba, dijo el corregidor al alferez.

El alferez apoyó de nuevo en la mesa á don Juan Pacheco.

—Ahora adelante, dijo el corregidor.

—Aqui hay una alcoba, observó el alferez: ¿entramos?

—Pues no hemos de entrar, dijo el corregidor: adelante.

Entraron en la alcoba, que era espaciosa, y en un ángulo vieron sobre un lecho un nuevo bulto.

—Quizá sea ese maldito malhechor, dijo el alferez.

—Alumbrad, alumbrad, alguacil: dijo el corregidor acercándose de una manera avara al lecho, y retrocediendo casi en el mismo momento asombrado.

—Es una dama, y una dama hermosísima, dijo el alferez.

—¡Doña Catalina de Sandoval! esclamó el corregidor.

—¡La querida del rey! murmuró el alcalde.

En efecto, era doña Catalina de Sandoval, que estaba en el mismo estado que el marqués: pero su sueño era mas tranquilo.

—¡Y luego direis que no nos han engañado, señor Miguel del Puente, cuando nos han hecho venir á presenciar esto... esto, que es verdaderamente grave!

—Por lo mismo que es grave, la justicia debe....

—¿Y qué debe hacer la justicia, señor alcalde?

—Pues la justicia debe retirarse buenamente sin ruido, y dejar marchar las cosas.... esto se ve bien claro lo que es....

—Sí, sí, ciertamente: pero no veo muy claro el estado de estos dos señores.

—El amor es una embriaguez que ayudada por el vino....

—Acaso acaso hemos sorprendido, sin quererlo, un secreto que, publicado, puede traer sérias trascendencias.

—Es necesario, pues, que no se sepa.

—¡Ola, ministros! esclamó el corregidor: ¿están todos ahí?

—Todos estamos, contestaron los corchetes.

—Pues bien: nada habeis visto.

—Muy bien, señor.

—En la inteligencia de que, si mañana ó esotro se susurra esta aventura por la villa, yo sé quiénes sois, no olvidaré vuestros nombres y os haré dar un trato de cuerda hasta que os ponga blandos como un jabon.

—Callaremos, señor, callaremos: esclamaron espantados los corchetes, que sabian que el corregidor era muy capaz de cumplir lo que habia prometido.

—Ahora sigamos adelante, dijo don Gil.

—Yo preferiria que volviésemos atrás.

—No, no señor; ahora que recuerdo la declaracion del mozo que abrió la puerta, veo que efectivamente vive aqui ese endemoniado Diego.... que es muy posible que haya entrado y no salido: ademas, ¿no reza vuestro testimonio, señor Raposo, que esta casa comunica por un desvan con la de la tia Ambrosia?

Maese Raposo, siempre exacto, echó mano á los autos que llevaba sujetos en la correa de la pretina.

—Basta, basta, no hay necesidad del contesto: le recuerdo perfectamente: dijo el corregidor; ahora bien: dejemos á estos señores tal y conforme los hemos encontrado y busquemos ese desvan.

Siguió la justicia adelante algo mohina y contrariada, entraron en la habitacion desde la cual doña Catalina habia escuchado la tarde del dia antepasado la vida y milagros de Diego el Desollador, subieron las mismas escaleras que aquella habia bajado, se encontraron en

el desvan donde habia escondido á la dama la tia Ambrosia, y mirando y remirando, encontraron al fin la pequeña puerta secreta que el alferez forzó con sus robustos puños de hierro, despues de lo cual se encontraron en la habitacion de la tia Ambrosia.

Allí se les presentó un espectáculo distinto: viejos cofres abiertos vacíos, arrojados por el suelo, objetos espantables para aquellos tiempos en que el fanatismo daba un valor terrible á los enseres de la hechiceria: habia alli amuletos, barajas mágicas, figuras de cera de formas estrañas, varitas blancas, verdes, negras, ningun instrumento ni objeto que pudiese ni remotamente aplicarse á las ciencias, como acontecia con los planetarios, los cuadrantes y los astrolabios que usaban los astrólogos árabes: útiles, en fin, de la hechiceria vulgar que para nada servian mas que para embaucar nécios, y para que el tribunal de la inquisicion, que floreció algunos años despues, hubiese quemado viva sin escrúpulo una familia entera.

Entonces no habia inquisicion, propiamente dicho, pero cada arzobispo, cada obispo, cada abad ó prior señorial, tenia un tribunal eclesiástico, del que él mismo era presidente ó cabeza, que entendia en estos procesos, y que quemaba, ni mas ni menos que la inquisicion, cada vez que le parecia justo y necesario.

Asi es que á la vista de aquellos objetos el corregidor se estremeció, mandó recogerlos á los alguaciles, que los tomaron con la estremidad de los dedos como quien teme contaminarse por el contacto de un objeto infecto, y los arrojaron en la halda de una capa, despues de lo cual siguieron adelante, y entre algunos objetos del mismo jaez, encontraron á la tia Ambrosia en un estado enteramente igual al en que habian encontrado al marqués de Villena y á doña Catalina de Sandoval.

Pero con la tia Ambrosia no se guardaron las mismas consideraciones que con los antedichos personages; el corregidor opinó que el fresco de un calabozo seria muy oportuno para que la tia Ambrosia volviese en sí de su borrachera, que tal la creian, y por mandado de su señoría, cuatro alguaciles cargaron con ella, y por la salida natural de la casa, dieron con la tia Ambrosia en la calle y despues en la cárcel, donde la dejaremos para decir lo que hizo el corregidor que no desesperaba aun de encontrar en la cercada casa de Santisteban al tal Diego á quien tenia una ojeriza terrible desde el chasco que le habia dado, robándole á su sobrina doña Constanza, y entregándola á su amante.

Don Gil, pues, visitó una por una todas las habitaciones de las dos

casas de vecindad, y vió cosas que nuestra pluma no se atreve á relatar, porque la justicia está sentenciada, mal que pese á su pureza, á ver todos los dias cosas harto impuras y asquerosas, y no es lícito poner de bulto ante la vista del público todo lo que pueden ver corregidores y ministros de justicia.

Y es lástima, porque nosotros sabemos que tales cosas vió don Gil, el buen corregidor de Madrid, como podrian verse hoy si se hiciera en la imperial y coronada villa una escrupulosa visita domiciliaria nocturna.

Pero por mas que entró y salió, y revolvió y avizoró, no pudo encontrar á Diego el Desollador, que, en aquellos momentos, y sea dicho de paso, se encontraba noblemente ocupado, y el rígido don Gil hubo de contentarse con causar la desolacion de dos tribus enteras llevando á la cárcel un par de docenas de mozas de partido, no menor número de rufianes y de ladrones, de chiquillos, escasos en edad, pero envegecidos en el hurto, y de viejas miserables y asquerosas ejercitadas en la tercería y el engaño.

Aquello fue equivalente á la limpia de una sentina, y el buen don Gil decia santiguándose al volver á su casa:

—¡Señor! ¡señor! yo no sabia ni habia podido sospechar que existiese tanta podre en el corazon de la villa! ¡y ese marqués de Villena! ¡y esa doña Catalina de Sandoval en tal lupanar solos y borrachos! ello es cierto que no he podido hallar al tal Diego, pero tambien es verdad que he hecho una limpia meritoria á los ojos de Dios y del mundo. Las gentes de la villa tendrán en qué entretenerse algunos dias, y ya ha caido tela á los señores alcaldes de la casa y corte: habrá mas de un enforcamiento, mas de un zurriagueo en la picota y mas de una vergüenza desvergonzada en la jaula; pero en cambio don Juan Pacheco y su adjunta no tendrán quien los vea salir, porque entrambas casas han quedado vacías y limpias; será necesario aconsejar al señor conde de Santisteban que las eche por tierra y en su lugar edifique un palacio ó un convento: y quiera Dios que aun asi, se encuentren las tales casas tan limpias como yo las dejo.

En efecto, el escelente, cristianísimo, y honrado don Gil de Andrade no habia dejado en las dos casas de vecindad mas que á los gatos á don Juan Pacheco y á doña Catalina, y esto por consideraciones sociales que comprenderán perfectamente nuestros lectores.

Estas consideraciones venian á reducirse á lo siguente: esto es, á que don Gil de Andrade tenia demasiado cariño á su vara de corregidor.

XX.

En que se esplica la razon de encontrarse don Juan Pacheco y doña Catalina de Sandoval en la casa de Diego el Desollador.

Cuando Diego y la Tomasa se encontraron, merced á la imprevision ó á la estremada confianza de doña Catalina, dueños de un secreto importante, pensaron, como era razon, que si dejaban allí á los dos personajes á que volvieran en sí, esto podria traerles funestas consecuencias. En otra ocasion, Diego se hubiese asegurado prolongando el sueño de entrambos y aun el del portero á una eternidad por medio de su puñal: pero cuando se encontraba dueño de un indulto ámplio, de una plaza de alferez de las lanzas reales y del amor de una muger, que si no era pura, lo que importaba poco al bandido, le llevaba en dote una carta ejecutoria y un mayorazgo, encontró que debia evitar el crímen, no por el crímen mismo, sino por el peligro á que le esponia, y pensó en evitarle y en prevenir al mismo tiempo todas las contingencias.

Diego era hombre de buena imaginacion, y se decidió al golpe por el partido que debia tomar; lo primero que hizo fue guardar cuidadosamente las cartas de la reina, quitar á doña Catalina su provision de alferez y la carta de amayorazgamiento de Tomasa, que aquella habia conservado, y guardóselas tambien, y despues cargó con el portero, le quitó las llaves y le condujo á un patinillo que correspondia á un postigo, donde le dejó á que volviese en sí mediante el fresco de la noche.

Luego abrió el postigo, salió, cerró, y ya sin temor, puesto que llevaba una cédula de indulto en su escarcela y una buena espada para salir avante de cualquier encuentro nocturno, y como era temprano aún, se procuró una litera en una casa donde las habia de alquiler, y solo, puesto que en vez de hombres conducian la litera dos mulos, volvió con ella, la introdujo en la casa de Tomasa por el postigo, y luego, ayudado de la toledana, bajó uno tras otro al marqués y doña Catalina, los encerró en la litera, despues subió, pidió á Tomasa el vaso preparado con el antinarcótico, que aquella habia guardado, y despues puso en el frasco de plata de que se habia provisto, el vino preparado con el beleño, le tomó consigo, y despues de haber dado algunas instrucciones á Tomasa, sacó la litera, y la toledana cerró el postigo, poniendo acto continuo la llave sobre el cuerpo del portero en una correa de que usualmente llevaba suspendidas otras varias en razon de su oficio.

Despues subió, y ancha de conciencia y halagada por su buena aventura, se desnudó, se acostó y se durmió profundamente.

Entretanto Diego, harto cuidadoso, por si le encontraba una ronda con su estraña carga, aguijó cuanto pudo á los mulos, y llegó al fin sano y salvo á la casa de Santisteban: abrió con su llave particular, introdujo la litera en el zaguan, observó si la casa estaba silenciosa, y viendo que todos se habian recogido, volvió á la litera, sacó de ella á don Juan Pacheco, y merced á sus fuerzas de toro, le llevó con brevedad y gran silencio á su aposento, le puso junto á la mesa en la posicion en que le encontró el corregidor, y bajando de nuevo, cargó con doña Catalina, que era un tanto mas pesada que el marqués de Villena, y llevándola del mismo modo á su aposento, la puso sobre su lecho.

—Hé aqui, dijo, una muger hermosísima: una dama perfumada y ricamente vestida: la manceba, en fin, del rey, enteramente entregada á mi voluntad: pero es necesario ser prudente y no perder el tiempo. Si es verdad que los que han bebido este filtro olvidan enteramente cuanto les ha acontecido algunos dias antes de beberlo, el rastro está borrado enteramente: si no es cierto, si al despertar se acuerdan de todo, entonces Dios dirá: será necesario huir.... y ¿quién sabe? de seguro el corregidor vendrá en mi busca despues de media noche: es necesario concluir mucho antes.... concluyamos, y no pensemos en locuras: lugar tendremos de gozar de la vida....

Y se apartó suspirando de aquella muger que tenia el privilegio de enamorar á cuantos la veian, bajó, sacó la litera, la devolvió á la casa de alquiler, se restituyó á la suya, y armado con el frasco de Peralta preparado, entró por la comunicacion secreta en casa de su vieja amante, la tia Ambrosia.

—¡Cuánto has tardado, hijo! esclamó con acento gruñon la vieja. ¿Has estado acaso en casa del señor marqués de Villena?

—No, Ambrosia, no; me han entretenido unos camaradas.

—Pero ¿conservas la sortija que te ha de servir para que te dejen llegar al señor marqués?

—Sí, por cierto: dijo Diego sacando la alhaja del bolsillo.

—¡Milagro de Dios! dijo la vieja que estaba en ascuas: porque cuando tú te ves dueño de una alhaja....

—Esto es diferente; no soy tan loco que me desprenda de una seña que puede servirme para ganar algunos doblones.

—Y... ¿dónde has estado?

—En la taberna del Ciervo.

—Pues es estraño que no vengas como acostumbras.

—Ya ves: tengo que hablar al marqués de Villena.

—Es cierto... es cierto, y veo que vas teniendo juicio, hijo.

—Pero no me he olvidado de tí que te gustan tanto las cosas buenas.

—¡Ah! ¿me traes una cosa buena?

—Sí: el mejor vino que has bebido en tu vida. Un Peralta añejo y legítimo.

—¡Ah! ¡ah! trae, trae si es Peralta: veamos.

Y apoderándose del frasco con esa impaciencia de todos los incontinentes, se lo embocó y bebió una cantidad enorme.

El resultado fue inmediato: la vieja rodó por tierra instantáneamente, enteramente aletargada.

—Llévete el diablo, maldita: esclamó con un gozo feroz el bandido; al fin me veo libre de tí, y no tardaré mucho en apoderarme de los doblones que debes guardar sin duda en gran cantidad: veamos.

Y encaminándose á un cofre viejo, le rompió de un vigoroso puntapié, y encontró.... los utensilios de brujeria que el corregidor halló despues esparcidos por el suelo; pero por mas que vació el cofre nada mas encontró y se encaminó á otro que estaba lleno de ropa. Arrojóle fuera, y al lanzar algunas prendas, halagóle un sonido duro y al mismo tiempo metálico: buscó y encontró envuelta en un trapo una pequeña caja: dentro de aquella caja estaban las monedas de oro que doña Catalina la habia dado la tarde anterior, y ademas hasta una docena de sortijas, relicarios y alhajas, cuyos gruesos diamantes valian una cantidad considerable, enorme.

—¡Ah! ¡la taimada! esclamó con un gozo incalculable el bandido: reducia al menor peso posible sus riquezas para poder trasladarlas con facilidad y esconderlas mejor. Pues bien: has estado viviendo miserablemente y afanándote por adquirir oro durante muchos años, y ese oro es para mí: gracias, muchas gracias: este hallazgo me recompensa cumplidamente del terrible sacrificio de ser tu amante.... y no, no habrá mas.... en todo caso, vale mas lo que me espongo permaneciendo aqui, que lo que pudiera encontrar.... salgamos, salgamos, para no volver mas á esta maldita casa.

Y saliendo por el desvan bajó á su vivienda, apagó la luz que estaba sobre la mesa en que dormia el marqués de Villena, y se puso en la calle.

Cuando se encontró en Puerta Cerrada, suspiró libremente como un hombre á quien han aliviado de un gran peso.

—Héme aqui libre, libre, con el rastro borrado, poseyendo un indulto y un tesoro ámplio, ¿qué digo, un tesoro? dos tesoros de los cuales el mayor le componen las cartas de la reina: á haber sucedido de otro modo, hubiera ido á ver al marqués de Villena que de seguro me hubiera metido con sus intrigas infernales en nuevos atolladeros; está visto, la suerte me proteje; y ¿qué hacer ahora?... ¿ahora? ir á casa del señor Beltran de la Cueva.... sí.... cuando yo le haga anunciar que necesita verle el alferez de las lanzas reales Diego Perez, se dejará ver... sí, sí, de seguro: vamos allá.

Y tomando hácia la Puerta del Sol, que entonces era una verdadera puerta del muro de la villa, se metió por el zaguan de una gran casa donde vivia, dándose la ostentacion de un rey, Beltran de la Cueva.

—¡Eh! ¡mozo! ¿adónde vais que asi os meteis por la casa de su señoria, como si fuera lugar realengo? dijo un portero acudiendo á él.

—¡Ah! ¿me impedis que pase, no es verdad? pues ya vereis si entro por cima de vos.

—A no ser que os deslomen los escuderos.

—No sucederá tal, porque vos y los escuderos respetareis, mal que os pese, á un alferez de las lanzas reales de su alteza.

—¡Ah! ¿sois alferez de las lanzas reales? dijo con ironía el portero: famosa razon para que os dejemos entrar como por vuestra casa en el palacio de su señoría el duque de Alburquerque.

—No digo yo tal: pero como su señoria me espera...

—¿Que os espera su señoría?

—Sí, por cierto: llama á un escudero para que avise á su señoría que está aqui esperando sus órdenes el alferez Diego Perez cuya provision ha firmado hoy mismo el rey.

—Alferez nuevo sois, pero no importa: si os espera su señoría, es ya distinto.... y en verdad, en verdad, que el señor duque se ha recogido esta noche temprano. ¡Ola! ¡Fernan! dijo el portero á un escudero gentil y apuesto que pasaba á la sazon: id y decid al maestre sala de su señoría, que le diga que aqui está buscándole el alferez Diego Perez.

—Añadid que digan, el alferez cuya provision ha firmado hoy el rey.

Poco despues un maestresala abria la mampara forrada de damasco de una magnífica cámara en la que Beltran de la Cueva, sentado junto á una mesa y escribiendo harto de prisa, parecia entregado á asuntos de gran interés.

—Señor, dijo el maestresala.

—¿Qué te se ofrece, Nuño? dijo el duque sin cesar de escribir.

—En el zaguan espera un alferez que dice que es el mismo cuya provision ha firmado hoy su alteza y que se llama Diego Perez.

—¡El bandido! murmuró en acento ininteligible Beltran. Y... ¿qué quiere? añadió alto.

—Dice que vuestra señoría le espera.

Meditó un momento Beltran, y luego dijo:

—Que pase ese alferez.

El maestresala desapareció y entre tanto Beltran de la Cueva guardó los papeles en que escribia y esperó con ánsia á Diego por la relacion que enlazaba su nombre al secreto de la reina.

Diego no tardó en aparecer y adelantó hácia el duque gorra en mano apoyado el antebrazo en la empuñadura de su espada, con aspecto marcial, y desembarazado pero respetuoso.

—¿Me buscábais? preguntó con acento de reserva el duque.

—Sí señor: contestó sin vacilar Diego.

—¿Y... para qué?

—Para asuntos de gran interés.

—¿Quién os envia?

—Nadie.

—Esto es estraño... á esta hora... asuntos de interés...

—¿Puede oirnos alguien, señor?

—Esperad un momento.

Beltran de la Cueva salió, cerró con llave las puertas de las habitaciones anteriores á la cámara y volvió.

—Podeis hablar: dijo al bandido.

—Se trata, dijo con audacia, pero siempre con respeto Diego, de ciertas cartas.

—¿Y decís que nadie os envia ?

—Doña Catalina de Sandoval no me hubiera enviado.

—¡Ah! ¿pues qué ha sucedido?

—Oid, señor.

—Sentaos.

Diego se sentó y contó á Beltran cuanto habia pasado aquella noche sin ocultarle nada.

—¿Y teneis esas cartas con vos? dijo Beltran de la Cueva despues de haberle escuchado atentamente.

—Sí señor: y os lo digo á pesar de que estoy en vuestra casa y de que podeis arrancarme esas cartas, porque sé que sois el único caba-

llero que existe en Castilla, porque sé que comprendereis que en vez de traeros estas cartas, podia devolverlas á los confederados, ponerlas precio...

—Os comprendo: y por lo tanto, como me interesa tener cuanto antes esas cartas, ponedlas precio.

—Estas cartas valen, bien lo sabeis, señor, el honor de una reina, la corona de Castilla para una infanta, el poder y el triunfo sobre vuestros enemigos para vos.

—El precio, el precio: pedid lo que querais, y se os dará con tal que lo tengamos.

—Tomad las cartas, señor, puesto que teneis tanta impaciencia, y despues... si teneis prisa, mañana hablaremos del precio.

—Sois demasiado noble para bandido, dijo Beltran de la Cueva: retened esas cartas: aun no me pertenecen; pedid.

—Como habeis dicho que soy noble, señor, quiero ser noble.

—Lo sereis.

—Rico-hombre.

—¡Rico-hombre!... bien.

—Un rico-hombre sin estados, vasallos, ni bandera, es un rico-hombre muy pobre.

—Pedid.

—Dos castillos fuertes en la frontera.

—Bien: yo tengo algunos.

—Tierras y vasallos que me proporcionen una renta de quinientos mil maravedís.

—Concedido.

—Ademas quiero ser de la casa real.

—Está vacante la plaza de montero mayor.

—Me place.

Y Beltran de la Cueva tomó nota de estas peticiones.

—Quiero ademas otra cosa.

—¿Qué? contestó imperturbable Beltran.

—Vuestro aprecio, y que me acepteis el juramento que os hago de verter por vos y por la reina hasta la última gota de mi sangre.

—Os he pagado estas cartas, dijo Beltran, y como decís que valen un reino, ademas de lo que habeis pedido, que es realmente poco, os doy cincuenta mil florines de oro para los primeros gastos de vuestra casa, en este libramiento que os pagará mañana mi tesorero: pero en cuanto á mi aprecio, será necesario que le merezcais.... porque,

os lo advierto, tales son las noticias que tengo de vos, que en otra ocasion os hubiera hecho ahorcar.

—Pues os juro, señor, que á pesar de esto no tardareis en apreciarme.

—Cuando hayais ganado mi aprecio le tendreis, hasta tanto sois un hombre á quien pago.

Y Beltran de la Cueva tras estas palabras, examinó minuciosamente, y una á una, las cartas.

—Aquí están todas, dijo para sí, solo falta la que rasgó el rey antes de anoche, y yo tuve buen cuidado de recojer los pedazos. Obremos, pues: ¡ola! mi capa, mi gorra, mi espada, y una litera, dijo á un criado que apareció á la puerta.

—Quedad con Dios, señor, le dijo el bandido, conozco que mi presencia es aquí inútil y os dejo.

—Id con Dios, señor Diego Perez; y cuidad de venir á verme mañana.

—Vendré, señor.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

Salió el bandido de la cámara, luego de la casa, se aventuró en las calles de Madrid, y no temiendo ya nada por razon de los acontecimientos, y conocedor del terreno, se entró á dormir en una mancebía.

En tanto Beltran de la Cueva entraba en la cámara de la reina que le esperaba anhelante.

XXI.

De la estraña situacion en que se encontraron el marqués de Villena y doña Catalina de Sandoval.

Pasó algun tiempo despues de que la justicia salió de la casa de Santisteban, dejándola deshabitada para llenar con sus inquilinos la cárcel de Villa; en otra ocasion el corregidor hubiera dejado una guardia á la puerta, pero como quedaban dentro dos personages tales como don Juan Pacheco y doña Catalina, el buen don Gil de Andrade fue prudente, se decidió á no hablar una palabra á nadie de aquel encuentro, á olvidarle, si le era posible, y á dejar ancha y libre salida á los encerrados. Redújose, pues, á echar la llave á cada uno de los aposentos que la traslacion de sus moradores á la cárcel habia dejado vacíos, y á entregar, bajo inventario numerado, aquellas llaves

Barde dib.º y litº.

D. BELTRAN DE LA CUEVA.

al dignísimo escribano Damian Raposo, que, despues de haber dejado en su casa al corregidor, se fue á la suya, ya en hora mas avanzada, haciéndose cruces y asombrándose á cada paso de lo que habia visto, y que no podia esplicarse bien.

Entretanto, aletargados aun don Juan Pacheco y doña Catalina permanecian en el chirivitil que fue habitacion de Diego el Desollador: al fin, como á la una de la noche, empezó á volver en sí doña Catalina, y un cuarto de hora despues despertó enteramente, como si nada la hubiera acontecido, del mismo modo que se despierta de un sueño natural.

Lo primero que estrañó fue encontrarse á oscuras.

—La lámpara se ha apagado, dijo, ya ha acontecido esto otras veces; esa Aurora es muy descuidada... ¿pero qué es esto? estoy vestida, y revuelta en mi manto... y este lecho no es mi lecho... ¿qué es esto, señor?

Doña Catalina se arrojó del lecho de Diego, que era, como puede comprenderse bien, harto pobre y duro, para que doña Catalina no echase de ver el cambio: apenas anduvo algunos pasos, sus manos tropezaron en una pared desnuda y polvorienta.

—¡Dios mio! esclamó esta, no es mi alcoba: aqui no hay ni tapicerías ni alfombra... hace un frio que hiela... ¿pero quién me ha traido aqui? ¿qué es esto?

La virtud del filtro para hacer olvidar hasta cierto punto, era una verdad: doña Catalina no se acordaba de nada.

—Alguna grosera burla del rey, alguna infamia, alguna intriga quizás, dijo doña Catalina..... sí, sí, alguna intriga de doña Guiomar, que sin duda ha comprado á mi servidumbre y me ha hecho dar algun brevage: ¡ah! lo comprendo: mañana hay sarao en el alcázar... Doña Guiomar es mi enemiga... quiere alcanzar el favor del rey.... y ademas ama á Beltran de la Cueva: y este silencio.... esta oscuridad.... acaso esté presa... fuera de Madrid...

Doña Catalina se alteró, y palpando las paredes, encontró una puerta abierta y salió.

Inmediatamente sintió en el rostro un ambiente mas frio, y escuchó la vigorosa respiracion del marqués de Villena.

—Acaso este es un hombre que me guarda, se dijo, y esté dormido... si yo me atreviese... este hombre tendrá armas consigo... y con un poco de valor... ¡pero si despierta!

Doña Catalina se estremeció, sin embargo, como era muger de co-

razon valiente y decidido, se volvió y se acercó paso á paso al lugar donde dormia el marqués.

Este empezaba á volver en sí, ó hizo un movimiento.

Doña Catalina se contuvo, pero como el marqués hubiese quedado de nuevo inmóvil, se acercó á él, y con gran cuidado, tendió las manos, buscó su cintura, y encontrando su daga se la arrancó.

—¡Ah! dijo doña Catalina, esto es ya distinto, al menos tengo un arma con que defenderme: ¡pero Dios mio! ¡esta es una daga de corte... una daga de caballero!.. añadió reconociendo el valor del arma por el tacto... y cuando un caballero me guarda... esto debe ser cosa del rey... ¿quién será este hombre?... pues bien... sea quien fuere, estoy segura de sacar partido de él, de volverle loco, de obligarle á que me esplique cuanto sepa... pero es necesario que este hombre despierte.

Y poniendo una mano sobre el hombro del marqués le movió vigorosamente.

El marqués balbuceó algunas frases ininteligibles, pero bastantes para que doña Catalina que le habia tratado y le trataba mucho, le reconociese por el acento.

—¡El marqués de Villena! esclamó: ¡el marqués me guarda!.. pero no lo comprendo: ¡ó acaso preso como yo!.. ¡pero si estuviera preso no tendria armas!

—¿Quién habla ahí, quién sois? esclamó volviendo enteramente en sí el marqués de Villena.

—¿Qué, no sabeis tampoco donde estais, don Juan? esclamó la dama.

—¡Ah! ¡doña Catalina de Sandoval!

—La misma soy... pero ni sé dónde me hallo, ni quién me ha traido aqui.

—¿Y creeis que yo lo sé?

—Debia creerlo.

—Pues no, no señora: ¡ira de Dios! esto es una mala pasada que nos han jugado: pasada que yo pondré en claro: esto debe ser cosa de doña Mencía de Padilla... y me han robado la daga, ¡vive Dios!

—No: os la he tomado yo sin conoceros para proveerme de un arma.

—Pero ¿qué es esto? ¿que es esto? esclamó colérico don Juan.

—¿Qué ha de ser sino un misterio? dijo doña Catalina: yo he tenido un sueño profundo, he despertado de él, y me he encontrado á oscuras echada en un mal lecho.

—Yo tambien acabo de despertar de un sueño fatigoso... y no recuerdo nada... ¡ah! sí: mañana hay sarao en el alcázar.

Como ven nuestros lectores, el marqués de Villena y doña Catalina de Sandoval referian sus recuerdos á cuatro dias antes.

—Y como se temen muchas cosas de ese sarao, dijo el marqués de Villena, y como todos tenemos enemigos, y los teneis vos y los tengo yo... sin duda nos han hecho tomar, no sé cómo, algun filtro, y hénos aqui desorientados.

—¡Presos!

—¡Presos! y bien: si se nos tiene presos, veremos quienes son los guardianes, y por el hilo llegaremos al ovillo: ¡Ola! ¡eh! gritó el marqués de Villena: ¿no hay quien sirva en esta casa?

Pero nadie contestó: el marqués gritó de nuevo y continuó el mismo silencio.

—Esto es estraño, dijo don Juan: dadme la mano, señora, y veamos.

Doña Catalina dió con alguna repugnancia su mano al marqués y este desnudó su espada y fué tanteando con la punta.

Pasaron una puerta, atravesaron un aposento, llegaron al fin á otra puerta, y allí á la dudosa y escasa luz que siempre, de noche, se siente al aire libre, conoció que estaba en unos corredores.

—Este es un patio, dijo el marqués, pero silencioso como una tumba: nada se siente en esta casa; avancemos, señora, avancemos y busquemos la escalera.

Al fin despues de mil vueltas y revueltas por los callejones y escaleras de la casa de Santisteban, dieron con la puerta de la calle que solo estaba entornada.

El marqués miró en torno suyo, y reconoció el terreno á la dudosa luz de la noche.

—Pues juraria que estamos en Madrid, señora, dijo don Juan: en Madrid y en la parroquia de san Pedro.

En aquel momento un reló cercano dió las dos.

—El reló del alcázar: dijo doña Catalina.

—Todo lo que nos sucede indica que se nos ha tomado por juguetes, esclamó don Juan, ó que se ha necesitado apartarnos de la córte por algun tiempo: ¡sabe Dios cuánto habremos estado durmiendo!

—Pues juro á Dios que he de vengarme por mi parte: dijo doña Catalina.

—Y yo por la mia. Pero ¿decidme, señora: no seria mejor que nos uniésemos para nuestra venganza?

—Unámonos, si es que podeis uniros con alguien, don Juan.

—Cuando se trata de una dama tal y tan hermosa como vos, no es enojoso unirse á ella.

—Ved, marqués, que es demasiado estraño lo que nos sucede, y que no es esta ocasion de galanteos.

—Por el contrario: porque lo que nos sucede es demasiado estraño, deja de serlo todo lo demas. ¿Será tan dificil que el rey haya terciado en esta jugada?

—¿Y qué interés podria tener el rey?

—El rey os teme.

—¿Que me teme?

—Sí, porque le dominais.

—¿Y bien?...

—Es posible que el rey haya querido librarse de vuestra presencia en el sarao del alcázar para poder hacer el amor á sus anchas y galantear delante de la córte á doña Guiomar de Silva.

—¡Oh! ese pensamiento se me habia ocurrido.

—Ya veis: cuando á dos personas que son esperimentadas se les ocurre un mismo pensamiento es una señal cierta de que se ha adivinado la verdad.

—Puede ser, don Juan.

—En ese caso, el rey os derriba de su gracia, y si no teneis quien os ayude....

—¿Y creeis que pueda confiarse mucho en vuestra ayuda, señor marqués?

—Mis amigos son muchos y poderosos.

—Sin embargo, del mismo modo que ha habido en mi servidumbre, y de una manera que no comprendo, quien me ha puesto en estado de que me trasladen á este casucho dormida, del mismo modo vos habeis tenido traidores á vuestro lado, lo que significa...

—Que debemos unirnos: pero tomemos un camino cualquiera, doña Catalina, porque la noche está fria, y ademas no quisiera que nos encontrase juntos una ronda.

—Pues bien: llevadme á mi casa.

—Y ¿podré entrar en ella?

—Creo que hareis mejor en ir á ver lo que sucede en la vuestra.

—Sí, sí: teneis razon; no sé por qué siento una inquietud que no he sentido hasta ahora.

—Pues no perdamos el tiempo: por el arco de san Andrés llegaremos mas pronto á mi casa.

—Vamos, pues.

Doña Catalina se asió del brazo de don Juan Pacheco, se envolvió cuidadosamente en el manto, tanto para evitar el frio, como el que pudiese conocerla alguno de los hidalgos que provistos de una linterna solian cruzar de tiempo en tiempo en altas horas las calles de Madrid, y la ex-querida y ex-favorito del rey tomaron á buen paso el camino del arco de san Andrés.

Al subir por la Costanilla, el marqués miró á casa de la Tomasa que estaba completamente cerrada y oscura.

El marqués exhaló un suspiro porque estaba verdaderamente enamorado de la toledana, y siguió adelante acompañando á doña Catalina.

De repente se detuvo el marqués.

—¿No habeis reparado, señora? la dijo.

—¡Ah! ¡no! iba abismada en mis pensamientos: ¿qué es ello?

—Bajo el arco hay gente y una litera, si no me engaño.

—Y qué importa, vamos bien encubiertos, seguid.

—Sigamos.

Pero á poco que adelantaron les detuvo un ¿quién va? de uno de los hombres que estaban en el arco.

—Yo conozco esa voz, dijo doña Catalina.

—¿Quién va? repitió el mismo hombre.

—Sí, sí, no me cabe duda, dijo la dama, es uno de mis escuderos: adelante, Gaspar, esclamó.

—¡Ah, señora! dijo aquel hombre acercándose: hace mucho tiempo nos teneis con cuidado.

—¿Habeis salido á buscarme?

—No por cierto, estamos esperando aun.

—¿Qué estais esperando?.. ¿y á quién?

—A vos, señora.

—¿A mí? luego sabiais donde estaba.

—No, no señora, porque como sabeis bien, desde la casa de Santisteban donde entrasteis esta tarde, un hombre nos mandó en vuestro nombre que viniésemos á esperar aqui. Despues seguisteis adelante con aquel hombre, os entrasteis por aquella calleja (y Gaspar señaló aquella á que correspondia el postigo de la casa de la toledana) y estamos esperando aun.

—¿Y á qué hora sucedió eso?

—Antes de la queda.

Doña Catalina vió en las respuestas de su escudero, en la seguridad de su voz, que no mentia, y eso la perdió en un dédalo de con-

fusiones: pero comprendió que no debia aventurar ninguna palabra que revelase á sus criados la estraña incertidumbre en que se encontraba, decidióse á dejar correr la situacion y á descubrir por sí misma, si le era posible, aquel estraño misterio.

El marqués de Villena habia guardado silencio, y estaba por su parte tan desorientado, tan abismado como doña Catalina.

—Id señora á vuestra casa, la dijó acercándose á ella y en voz baja, y procurad averiguar este misterio: es necesario que volvamos á vernos.

—¿Y cuándo, don Juan?

—Mañana.

—¿Estais seguro de que podreis verme mañana?

—En verdad, en verdad, que tales son los negocios en que andamos cada cual por su parte, que apenas podemos dar con seguridad una cita: sin embargo, si yo no os veo, os verá mi hermano, ó sino mi tio el arzobispo de Toledo.

—Pues bien, don Juan, á Dios y hasta la vista.

Doña Catalina entró en su litera, y el marqués tomó hácia su casa en direccion opuesta, mientras el escudero que aguardaba á doña Catalina, decia para su coleto precediendo á la litera que se encaminaba á buen paso hácia la calle de la Redondilla:

—He aqui una aventura que nunca hubiera yo sospechado: y juraria que ese hombre tan recatado y que tan bajo hablaba, no es otro que el marqués de Villena: ¿si se habrán unido mi señora y él? ¡y eran enemigos á muerte! pero ¡bah! estas gentes nunca riñen de veras, del mismo modo que jamás hacen de veras sus amistades..... y bien: nada me importa esto... lo seguro es que son las tres de la mañana, que hace un frio que hiela, y que lo mejor ahora, á todas luces, es el lecho; andemos, pues, de prisa, para llegar cuanto antes.

Poco despues doña Catalina salia de su litera y entraba en su casa.

XXII.

En que se encuentra mas perplejo el marqués de Villena y participa de su perplejidad el maestre de Calatrava y el arzobispo de Toledo.

Sigamos al marqués.

Caminando á buen paso, llegó en poco tiempo á la esquina de la calle del Cordon, á una enorme casa sobre cuyo solar se levantó mas tarde la que existe aun, y es en nuestros dias un monumento histórico por haber vivido en ella el cardenal don fray Francisco Gimenez de Cisneros.

Maravilló al marqués el ver entreabierto el postigo de su gran puerta, iluminado el zaguan y ocupado por cabalgaduras, pajes y escuderos de su hermano el maestre don Pedro Giron y de su tio el arzobispo don Alonso Carrillo.

—¿Qué es esto? dijo á uno de sus escuderos.

—Esto es, señor, que os andamos buscando con gran diligencia y cuidado: respondió el escudero.

—¿Que me buscábais? ¿pues qué sucede? esclamó cuidadoso el marqués.

—No sé lo que pueda suceder, porque ya sabe vuestra señoría que jamás me entrometo en conocer los negocios de mis señores; solo sé que el señor maestre de Calatrava y el señor arzobispo de Toledo están impacientes.

—¡Que están impacientes! pues bien: veamos en qué consiste su impaciencia.

Y sin atreverse á preguntar mas, porque su cabeza era un caos, subió precipitadamente las escaleras, atravesó los corredores, y entró en una estensa cámara donde encontró á su hermano don Pedro Giron, paseándose impaciente, y al arzobispo de Toledo, su tio, sentado junto á una chimenea con el semblante sombrio y disgustado.

—Gracias á Dios que al fin pareces, hermano, dijo el maestre: ¿dónde diablos has estado?

—¿Que dónde he estado? dijo con asombro el marqués.

—Sí por cierto: ¿dónde has estado siete horas mortales cuando debíamos estar ya á la mitad del camino de Segovia?

—¿Ha ocurrido algo de nuevo? dijo el arzobispo mirando profundamente á su sobrino.

—Entendámonos, dijo el marqués: ¿á qué habeis venido á mi casa?

—¿Que á qué hemos venido á tu casa? esclamó con estrañeza el maestre: tú te burlas, hermano: ¿pues no has sido tú quien nos has llamado?

—¿Yo?

—Tu, sí, tu: y esto va haciéndose pesado, y casi casi insolente... acabemos de una vez: ¿te has vendido al rey? esclamó con dureza don Pedro Giron.

—¿Que si me he vendido al rey?... ¡yo venderme al rey!... ¿acaso puede el rey comprarme? yo no he visto al rey.

—¿Pues dónde has estado?

—No lo sé.

—¿Que no lo sabes, Juan? ¿qué significa esto? ¿te burlas de nosotros?

—Te juro que no te entiendo, hermano.

—Lo que es ininteligible son tus respuestas, marqués: dijo el arzobispo; yo te conozco demasiado y veo en tí lo que nunca he visto; una perplegidad estraña de que apenas puedo darme cuenta, en estos momentos en que, como sabes bien, preparábamos un golpe decisivo, que tu tardanza ha malogrado sin duda, puesto que Mosen Pierres de Peralta debe de habernos ya tomado la delantera.

—¡Ah! ¡que Mosen Pierres de Peralta nos ha tomado la delantera! ¿Y en qué camino?... ¿no está todo preparado para robar á los infantes.... no se dará mañana un sarao en el alcázar.... no contamos con la nobleza?

El maestre de Calatrava miró al arzobispo de una manera que queria decir:

—Mi hermano se ha vuelto loco.

—Pues no, no os entiendo: dijo el marqués, comprendiendo aquella expresion.

—Ni nosotros tampoco: á no ser que se trate de otro sarao: porque el preparado para robar á los infantes sucedió hace tres dias.

—¿Que sucedió hace tres dias? ¿pues qué somos hoy?

—Hoy somos el diez de noviembre.

—¡Imposible! ¡imposible! dijo el marqués: vosotros sois los que os habeis vuelto locos: estamos en la madrugada del seis.

—Aqui debe haber un misterio que no comprendemos bien: dijo el arzobispo. Veamos: ¿de dónde vienes ahora, sobrino?

—Vengo... en verdad que me han sucedido cosas estrañas: he despertado de un sueño profundo en un miserable casucho.

—Ya decia yo: tus costumbres, sobrino, son aun las de un mozalvete loco y casquivano.... te habrás embriagado, y aunque la embriaguez no te se conoce, ha influido, sin duda, en tu memoria.

—¡Ah! esclamó el marqués para quien las últimas palabras del arzobispo fueron un rayo de luz; ¡que he perdido la memoria! sí, sí: es verdad: yo he despertado entre tinieblas, al impulso de una mano que me movia, y no me he acordado de nada, de nada, sino de que habia convenido con mis amigos, con nuestros partidarios, en los medios de apoderarnos de los infantes.

—¿Y no te acuerdas de mas?

—No.

—Pero esto es maravilloso, dijo el arzobispo: yo jamás habia creido en hechicerías ni en malas artes, pero el estado en que te encuentras, marqués, me hace creer en todo.

—Pero esplicadme: ¿qué ha sucedido? ¿qué ha sucedido desde el dia seis?

—¿Que qué ha sucedido?.. esclamó con estrañeza el arzobispo, y relató al marqués todo lo que sabemos, añadiendo ademas lo siguiente, que no hemos podido decir á nuestros lectores.

— . . . y en este estado, dificil para el rey, azaroso para nosotros mismos, abocados á la guerra civil, nos veiamos obligados á contrarestar á Navarra, porque ya no se paran en nada... están resueltos á todo; al que no pueden engañar le compran; al que se niega á venderse se le mata, ó se le da un brevaje como á tí, se le pone fuera del alcance de los negocios, haciéndole perder la memoria, tornándole acaso imbécil... se le roba...

—¡Oh! ¡que se le roba!

—Sí, sí, dijo el arzobispo, y ahora veo claro el objeto de haberte aletargado de esa manera oscura, tú llevabas contigo las cartas de la reina que probaban su adulterio.

—¿Pero se habia logrado encontrar esas cartas?

—Sí, estaban en poder de doña Catalina de Sandoval.

—¿Y doña Catalina las entregó?

—No, se robaron á doña Catalina: con esas cartas se obligó al rey, se le hizo firmar un seguro, consentir en todo, hasta en el casamiento de tu hermano con la infanta doña Isabel.

—Casamiento frustrado por tí, esclamó con cólera el maestre..... tú saliste de casa por un solo momento, y has tardado siete horas: de seguro esas cartas no vienen contigo.

El marqués se palpó apresuradamente.

—Es verdad: no tengo conmigo papel alguno: y ahora lo comprendo todo.

—Sí, estamos desarmados en poder de nuestros enemigos, dijo el maestre.

—No tanto como parece, esclamó el arzobispo: lo que ha sucedido no tiene ya remedio; pero aun tenemos ese seguro, ese seguro por espacio de algunos dias, durante los cuales, aprovechándolos bien, podemos hacer mucho.

— ¿Y para qué era yo necesario esta noche?

—Para partir á Segovia: para adelantarnos á Mosen Pierres de Peralta y apoderarnos antes que él de los infantes: ¿no conoces que lo que aqui se quiere es realizar á todo trance el matrimonio del infante don Fernando de Aragon con la infanta doña Isabel?

—Pues os juro, dijo el marqués de Villena, que eso no sucederá.

—No sucederá, dijo el maestre de Calatrava, porque antes de dejarme robar á la infanta, incendiaré el cielo y la tierra.

—No sucederá, repuso profundamente el marqués, porque contamos con fuerzas mayores que las del rey para vencer, una vez empeñada la guerra civil.

—¡Oh! ¡oh! yo sabré, yo sabré, dijo el marqués de Villena, quién ha sido el miserable que asi, por medio sin duda de un brevaje de Satanás, me ha hecho perder la cabeza.... y por mas que quiero no doy en quién pueda ser.

—¿Quién ha de ser sino Beltran de la Cueva? dijo el maestre.

—No no, Beltran de la Cueva no apelaria nunca á esos medios: mas bien doña Catalina de Sandoval.

—¡Pero si doña Catalina habia sido aletargada como yo!

—Eso te ha dicho ella, pero recordemos: ella fue quien te despertó.

—Sí, pero estaba aterrada, sobresaltada.

—Doña Catalina está acostumbrada al fingimiento, dijo el arzobispo.

—Y luego añadió el maestre: su servidumbre que la esperaba.

—Es verdad, dijo el marqués.

—La oposicion á que la acompañáses á su casa.

—Es verdad.

—Y luego su observacion insolente: la observacion que te hizo acerca de si la podriais ver mañana.

—Es verdad.

—De seguro esa doña Catalina ha conquistado á nuestra costa el favor del rey.

—Señor, dijo un camarero á la puerta: el mayordomo del rey, Cáceres.

—Algo estraordinario acontece, dijo el arzobispo; que entre.

Poco despues entró un hombre atlético como de cuarenta años, y sin saludarles les dijo:

—¡Salvaos!

—¿Qué sucede?

—Dentro de un momento estará aqui Beltran de la Cueva con sus lanzas.

—Pero el seguro real...

—No os fieis del seguro, aprovechad mi aviso, y á Dios que no quiero esponerme.

Y Cáceres salió como habia entrado, sin saludar, y como suele decirse á escape.

—Pues á las armas, gritó el maestre de Calatrava ferozmente.

—Sí, á las armas, pero para ello, lo primero que tenemos que hacer es echarnos fuera de Madrid.

Y como impulsados por un mismo móvil, por un mismo cuidado, los tres personajes salieron de la cámara, bajaron precipitadamente las escaleras, montaron en los caballos que, para otra espedicion, tenian dispuestos, y seguidos de algunas lanzas, llegaron á la puerta de Segovia, sorprendieron la guarda, se hicieron abrir la puerta y se arrojaron al campo.

Entretanto Beltran de la Cueva, con cien hombres de su casa llegaba á la del marqués, y no encontrándole, se apoderaba de ella y cerraba las puertas.

XXIII.

Fragmento de las memorias de la reina doña Juana, que sirve para llenar un hueco de la historia de Enrique IV que el autor ha encontrado en todas las otras historias que ha leido.

. . . . . .

«E como Dios en su infinita misericordia acuda é ampare á los cuitados que con verdadero dolor le ruegan, é como non hobiese mugieres asi malaventuradas como yo é la muy triste infanta doña Juana mi fija, fizo la piedad divina, que ciertas cartas, autos é pruebas que yo, por mi descuido é mengua é enloquecimiento, dí é otorgué á don Beltran, en las manos de don Beltran fincasen, maguer que non se cobraron sin grande acaso é milagro, é con alta remuneracion, honras é mercedes otorgadas é fechas al tal que las tenia.»

Y asi en la anterior *fabla* añeja y desusada hoy, aunque corriente y galana en sus tiempos, sigue la reina doña Juana la *estoria* en sus desventuras. A nosotros nos ahorraria trabajo el copiar al pie de la letra el fragmento de que nos ocupamos, pero por temor de que muchos de nuestros lectores no comprendan la multitud de frases desusadas de aquel lenguage, le traducimos abreviándole, no solo en la letra, sino en la espresion que, aunque profunda y sentida, está expuesta en el original con la rudeza de aquellos tiempos, sin que por esto, quitada aquella corteza, dejen de conocerse las palpitaciones, los temores, las ansiedades, los celos, cuantas pasiones, en fin, debian existir y existieron en una muger colocada en las circunstancias en que se encontraba la reina doña Juana.

Despues de esta esplicacion, que creemos necesaria, é interpuesta protesta de que, en la parte de hechos, nada hemos puesto de nues-

tra cosecha, y si respetado religiosamente en su sustancia el contenido del manuscrito, seguimos adelante con nuestro libro.

. . . . . «Y como Dios por su infinita misericordia ampara á los desdichados que fervorosamente le ruegan, las cartas que yo habia escrito á don Beltran de la Cueva de una manera imprudente, vinieron á sus manos, no sin que el recobrarlas de quien las tenia costase grandes mercedes y recompensas.

«La herencia de mi hija y mi honra se habian salvado: es cierto que, por nuestra comun imprudencia, mis amores con el duque de Alburquerque, y mi absoluta separacion del rey, eran notorios en la corte. Notorio era, pues, que don Beltran era padre de mi hija.

«Pero aunque esto se supiese y se murmurase, no habia pruebas, una vez destruidas aquellas cartas que, despues de haber sido presentadas al rey por el duque, me trajo este, y que yo quemé por mi mano: del mismo modo fueron quemadas otras cartas que yo tenia de don Beltran, y, con el escarmiento pasado, juré con toda mi alma no volver á escribir carta á don Beltran, ni á recibirla de él, lo que si nunca hubiéramos hecho, se habria evitado el terrible conflicto en que nos vimos, y del cual salimos milagrosamente.

«La destruccion de aquellas cartas salvó, no solo mi honra como reina, sino la dignidad y la seguridad del rey: apoyados en aquellas pruebas, los confederados se habian atrevido á todo: es cierto que por el momento parecian satisfechos con que el infante don Alonso, hermano del rey, casase con la infanta doña Juana mi hija, y fuese jurado, como su marido, heredero de la corona; pero esto no era mas que un pretesto que encubria los verdaderos intentos del marqués de Villena y del maestre de Calatrava. Don Beltran y yo penetramos aquel misterio; nos le hacia conocer nuestro amor de padres: la vida de nuestra hija estaba amenazada, porque lo que pretendian el marqués y el maestre, no era solamente apoderarse del gobierno, sino asegurarse en él haciéndose reyes de Castilla. Esto se veia claro en las pretensiones de don Pedro Giron á la mano de la infanta doña Isabel. Aquellos hombres avezados á las intrigas y endurecidos en el crímen, no se detenian ante nada. Para llegar á su objeto, esto es, á que don Pedro Giron, el miserable bastardo ennoblecido y enriquecido por don Alvaro de Luna, que en pago de sus mercedes solo recibió de sus hechuras un cadalso; para que don Pedro Giron llegase á ser rey, era necesario no menos que la muerte de la infanta doña Juana y del infante don Alonso.

Afortunadamente las cartas mias, que á haber sido presenta-

das á las córtes hubieran producido un escándalo, y por resultado un repudio y la esclusion de mi hija, estaban destruidas: pero no bastaba esto: á falta de pruebas, los confederados tenian de su parte fuerzas y dinero bastantes para rebelarse, encender la guerra civil, tomando por pretesto los vicios y el mal gobierno del rey, para destituirle y lanzarle de los reinos que legítimamente habia heredado de su padre. Podian apoyarse para ello en los fueros de Castilla, y en el derecho de eleccion de rey, representado y sancionado en el juramento de lealtad y el pleito-homenaje rendido á los príncipes de Asturias, cosa que en ninguna otra nacion se practica, escepto en los reinos de España, juramento que se ratifica cuando el príncipe llega á ser rey, y que se hace recíproco por el juramento prestado por los reyes de guardar, conservar y respetar los fueros.

En España los reyes no son verdaderamente reyes. Mandan, en primer lugar, la nobleza y la Iglesia y despues el estado llano, que en muchas ocasiones, especialmente cuando se trata de servicios de hombres ó de dinero, es prepotente; Castilla puede por sí misma constituirse en Córtes, retirar su pleito-homenaje y vasallaje al rey, y deponerle por lo tanto: corríase, pues, el peligro de que encontrándose sorprendidos los confederados por la pérdida de mis cartas, recurriesen al último estremo; asi, pues, don Beltran no perdió un momento: sabíase que los principales confederados estaban reunidos en casa del marqués de Villena para marchar á Segovia y apoderarse de los infantes don Alonso y doña Isabel, puestos en el alcázar por el rey bajo la guarda del alcaide Andres de Cabrera, y don Beltran envió un correo de confianza al dicho alcaide con un pliego en que se le prevenia que cerrase las puertas de la ciudad y del alcázar, y que no las abriese si no para los caballeros y gentes que fuesen autorizados con una órden del rey.

Inmediatamente despues, don Beltran llevó consigo un escuadron de lanzas, cercó la casa del marqués de Villena, y penetró en ella: pero la traicion, que por todas partes escuchaba en el alcázar, avisó á los confederados antes de que pudiese llegar don Beltran, y huyeron, encaminándose á gran prisa á Segovia; descuidado y tardo el correo que se habia enviado anteriormente, ó tal vez traidor, fue sorprendido en el camino y le arrancaron el pliego: los confederados, pues, llegaron á Segovia, entraron á la sombra del seguro real que poseian, y seduciendo al alcaide Andres de Cabrera, se apoderaron de los infantes don Alonso y doña Isabel, que les entregó doña Mencía de Padilla.

El nombre de esa mujer á quien he amado tanto en otro tiempo, á quien tanto he favorecido, me quema el corazon al recordarle, y mis ojos al leerle; cuando le escribo mi mano tiembla... y no es odio, no, el que doña Mencía me inspira: don Beltran la conoció antes que á mí: la amó, fue amado: ella le alzó, y ella al verse abandonada le acometió con todas sus fuerzas, desplomó sobre mí y sobre mi hija todo su odio: yo no se lo tenia, porque yo en su lugar, despreciada como ella, valiendo lo que ella valia, pudiendo lo que ella puede, hubiera llevado mas allá mi venganza, hubiera esterminado á don Beltran: no, lo que me inspiraba doña Mencía era horror, un miedo frio, misterioso, sensible: yo veia en ella mi deshonra, mi desgracia y la de mi hija... ¡y luego!... ¡luego, era tan hermosa!... ¡amaba á Beltran de tal modo!... ¡oh! el amor de Beltran me costaba muy caro: los celos me roian el corazon: el recelo ahuyentaba mi sueño, y me ponia vieja y fea, mientras que doña Mencía parecia cada vez mas hermosa á medida que perdia la esperanza: parecia que la lucha la robustecia, que la desesperacion la ayudaba... y luego no era solo doña Mencía... ¿acaso no era conocido de todos en la corte el bando azul?.. acaso doña Guiomar de Silva y doña Catalina de Sandoval no eran tan hermosas, tan incitantes como doña Mencía?

Pero las intrigas de estas dos cortesanas eran torpes, bajas, y solo hacian rabiar al rey: eran instrumentos secundarios, estaban despreciadas, mientras que todos respetaban á doña Mencía, y la admiraban y hablaban con respeto de sus antiguos amores con don Beltran.

Doña Mencía era una mujer que valia mucho, y que sabia no solo hacerse respetar, sino temer. Por esto doña Mencía, mas que odio, me inspiraba terror.

Doña Mencía habia jurado perderme y no habia olvidado su juramento: servia á los confederados, porque eran enemigos mios, y á los reyes de Navarra porque estaban interesados en la esclusion de mi hija. Mosen Pierres de Peralta, condestable de Navarra, la servia ciegamente obedeciendo las órdenes del rey don Juan su amo, y era el intermediario de los amores entre el infante don Fernando de Aragon y la infanta doña Isabel.

La reina viuda doña Isabel de Portugal desde Máqueda, donde se encontraba, inclinaba á su hija á aquel matrimonio, y aquella madre infeliz no preveia que el casamiento de la infanta con un hijo del rey de Aragon y de Navarra era la sentencia de muerte de su otro hijo el infante don Alonso.

Todos lo comprendíamos: ya fuese que doña Isabel casase con el

infante de Aragon, ya que se lograse el ambicioso intento del maestre de Calatrava, el infante don Alonso debia morir.

Doña Mencía, sin embargo, ciega por sus celos, por su venganza, no se detenia ante estos horrores: atropellaba por todo y marchaba derecha á su objeto.

Apoderados el marqués de Villena, el arzobispo de Toledo, el maestre de Calatrava y sus parciales de los infantes; rodeados de un ejército; alzados sus pendones señoriales, aprestados á la guerra, parecian omnipotentes, y asi lo dejaban comprender en sus irritantes condiciones; no amenazaban ya con una declaracion de adulterio en contra mia, hecha á las córtes, porque les faltaban las pruebas: pero sus emisarios enviados continuamente, tenian en los lábios á la primera réplica la guerra civil.

Los dias que trascurrieron hasta la reunion de las córtes fueron dias de ansiedad, de sobresalto, de temor... el rey, débil, cuando no se sentia apoyado por grandes fuerzas; Beltran de la Cueva desalentado; yo aturdida, nos prestamos, al fin, á un avenimiento: las cosas quedaron en el mismo estado en que estaban antes de que nos apoderásemos de las cartas: esto es, debian firmarse las capitulaciones matrimoniales entre la infanta doña Juana y el infante don Alonso, y jurarse á este príncipe heredero como esposo de mi hija.

Pero esto, que hecho de buena fé y con señales indudables de ser estable, nos hubiera colmado de alegría, nos llenaba, sin embargo, de inquietud, porque comprendíamos que aquella alianza no era otra cosa que un velo que cubria siniestros proyectos. Y cuando despues de celebradas las córtes y jurado príncipe don Alonso, se dispusieron fiestas y justas, todos los corazones esperaban con ansiedad aquellas fiestas, porque se temia que en ellas brotasen graves acontecimientos.

A mas de esto, se agitaban en el alcázar amaños sordos: doña Guiomar de Silva y doña Catalina de Sandoval, queridas del rey, favorecida ostensiblemente la primera, entretenida con promesas y esperanzas la segunda, se hacian una guerra á muerte, y servian á dos bandos.

Entrambas estaban en palacio y á mi servicio, y aunque se contenian, aunque en la apariencia no se odiaban, en el fondo de sus almas hervia un odio implacable. Doña Guiomar pagada por el almirante don Alonso Enriquez, servia á Navarra, y obedeciendo á las influencias de un caballero portugués, que era su verdadero amante, avisaba de todo á mi hermano el rey de Portugal, que desesperado

de conseguir la mano de la infanta doña Isabel que habia solicitado, parecia dispuesto á ayudarme, y á hacer valer los derechos de mi hija: doña Catalina desesperaba al portugués que estaba enamorado furiosamente de ella, le arrancaba sus secretos y los ponia á disposicion de quien mejor se los pagaba: de todo esto resultaba un enmarañamiento de intrigas difíciles de deshacer y aun de comprender, y solo habia una persona que marchaba sin apartarse un punto del camino que se habia trazado: esta persona era doña Mencía de Padilla.

Su esposo Hernando de Carrillo, enamorado de ella como nos enamoramos de un imposible, era en sus manos un instrumento precioso y terrible, por el alto lugar que ocupaba en la corte como capitan de los ginetes moriscos de la guarda del rey.

Hernando de Carrillo no servia bien mas que á su esposa, y por consecuencia á quien esta le mandaba que sirviera.

Pero en cambio el buen capitan era tan franco, que le sosteníamos en su servicio y á nuestro lado, porque su semblante era para nosotros un aviso contínuo: cuando Hernando de Carrillo se abandonaba á su charla, nada habia que temer; por el contrario: cuando mortificaba al cronista Henriquez del Castillo, cuando zurraba á sus moriscos por la mas pequeña falta y se mostraba ceñudo y hosco, de seguro habia alguna trama tenebrosa, algun golpe de mano preparado.

Cuando se publicaron las fiestas, el semblante de Hernando de Carrillo y otros mil indicios indudables, nos anunciaron que aquellas fiestas debian ser fatales.

Y lo fueron.

Y sin embargo, parecia que las turbulencias habian acabado: al ver reunidos, mezclados y engalanados para unas fiestas á los caballeros de los bandos enemigos, amigablemente reunidos, nadie hubiera creido al ver mano á mano hombres que tantas veces se habian encontrado frente á frente en batalla, que no hubiesen olvidado sus odios sacrificándolos al bien general del reino. Pero este engaño duró poco: tomando por pretesto la prision de un caballero que habia faltado á las leyes de la justa, prision imprudente mandada por el rey, la rebelion brotó: el palenque se convirtió en un campo de batalla, se oyeron aclamaciones sediciosas al rey don Alonso XII, y mueras é insultos á don Enrique, y los revoltosos lograron arrebatar al infante don Alonso, tan tumultuariamente llamado rey, y fue un milagro que en la confusion don Beltran de la Cueva lograse poner á salvo á la infanta doña Isabel.

Todo fue confusion y desórden: el rey, yo, la infanta, doña Men-

cía y Beltran de la Cueva con los pocos nobles leales que habian quedado en la corte, nos trasladamos á Segovia mientras los confederados, llevándose en triunfo á su nuevo rey, se encaminaron á Avila.

Habia llegado el momento en que Enrique IV sufriese la injuria de ser depuesto por sus vasallos, y de que la guerra civil brotase con todos sus horrores.

. . . . . .

. . . . . .

El lector nos permitirá que desde este momento sigamos ilustrando las memorias de la reina con acontecimientos de que no pudo tener noticias aquella señora, al lado de otros que, no solo fueron conocidos de ella, sino de todo el mundo, y que están consignados en la historia.

XXIV.

De como pueden domesticarse hombres tales como el cronista del rey.

En una habitacion polvorienta del alcázar de Segovia, en un compartimiento de una gran cámara prolongada, separado del resto de ella por un tabique, habia un hombre en el que, por su flacura, su traje negro y raido y su semblante atraviliario, reconoceremos al cronista del rey, Diego Henriquez del Castillo.

Estaba sentado el cronista en un enorme sillon de baqueta delante de una mesa de nogal de dimensiones monstruosas, á pesar de las cuales no bastaba para contener los legajos y los pergaminos que estaban amontonados sobre ella. El coronista empuñaba una pluma sucia y de quemadas barbas y se ocupaba en escribir lentamente en un cuaderno de papel amarillento con una letra gorda, en un tamaño y en su trazo, torcidos é irregulares renglones: de tiempo en tiempo se detenia, pensaba, consultaba algunos mugrientos y arrugados papeles que tenia á mano y que parecian apuntes, y despues de esto volvia á escribir.

Conocíase que una de dos: ó no era muy fecundo el cronista, ó que eran muy embrollados y difíciles los asuntos que escribia, porque rayaba y volvia á rayar y á entrerenglonar y á sustituir, lo cual le tenia de un humor pésimo.

Hubo un momento en que tiró la pluma con cólera y esclamó:

—Decididamente hoy no estoy para nada: ¡dicen que el señor Alonso de Palencia escribe su crónica de seguido como si la supiese de memoria! ya se ve, yo tambien la escribiria asi, si fuera parcial

como él y me hubiera decidido por el navarro: cuando se escriben mentiras la pluma corre: pero cuando se quiere desentrañar la verdad de entre un embrollo tal como el que hay en los negocios del señor rey, no sabe uno á qué atenerse, se está á oscuras. ¡Y luego habrá quien envidie el oficio de coronista!

—Todo eso consiste en que vos no sabeis ser coronista, señor Diego Henriquez: dijo una voz en que se notaba un marcado acento estranjero.

Volvió la cabeza el cronista y vió de pie, apoyado en el marco de la puerta del compartimiento, al señor Blasco do Campo Riveyra.

—Por lo que se ve he dejado abierta mi puerta: dijo con acento ágrio el cronista sin reparar en que cometia una groseria.

—Nada importa que tengamos abierta nuestra puerta para los amigos: dijo el portugués adelantando.

—¡Hum! dijo Henriquez del Castillo: y ¿qué se os ofrece de bueno, señor gentil hombre?

—Vengo á daros un consejo.

—¡Un consejo! ¿y sabeis si yo le he menester? repuso conteniendo mal su irritacion.

—Vos mismo acabais de decir, contestó el portugués, buscando inútilmente un asiento, que es trabajoso el oficio de coronista.

—Y mucho que lo es: como que es necesario decir la verdad, que de ordinario anda oculta: y no es lo malo que la verdad se oculte, porque con mas ó menos trabajo se daria con ella, sino que muchas, muchísimas veces, la mentira se nos presenta disfrazada con el vestido de la verdad: pero el que cueste trabajo escribir una corónica, y mas en estos tiempos, no quiere decir que yo necesite consejos de nadie.

—Pues yo voy á dároslos, aunque vos no los aprecieis: dijo con gran aplomo Blasco do Campo Riveyra, sentándose reverentemente sobre un rimero de enormes infolios que del estante habian pasado al suelo.

—Creo, caballero, que habeis estado enfermo, dijo con irritacion el cronista, segun lo demuestra lo pálido de vuestro semblante, y creo, ademas, que debeis haber quedado con la cabeza algo flaca y débil. De otro modo comprenderiais que no habiéndoos yo dado licencia para entraros asi en mi casa, no debíais tomar de este modo posesion de ella.

—Hé ahí, dijo el portugués, sin alterarse por el descortés comportamiento de Castillo, otra cosa que os perjudica para ser buen coronista: sois inflexible como una coraza de Milan.

—¡Ah! ¿es decir que para hacer bien una crónica es necesario su-

frir con la sonrisa en los lábios las impertinencias de todo el mundo?

—Sí por cierto: esto demuestra flexibilidad de carácter: y la flexibilidad para amoldarse á lo que conviene, es una prenda preciosa en un coronista. Vos buscais la verdad para escribir una corónica... haceis mal, muy mal... lo que debeis hacer, y lo que acaso haceis sin saberlo, es mentir de modo que parezca que decís la verdad.

—Esas palabras me ofenden, señor gentil hombre, y no creo que ni mi cualidad de clérigo ni mis años ni mis canas, os autoricen para insultarme.

—Dios me libre de insultaros, señor Diego Henriquez, y puesto que tanto os gusta la verdad, voy á probaros con verdades que no os insulto. Veamos: sobre la mesa teneis vuestra corónica.

—Y bien.

—Vuestra corónica miente.

—¡Que mi corónica miente! chilló Castillo.

—No la conozco ni he oido hablar á nadie de ella, pero estoy seguro, de cojeros mas de una mentira.

—Veámoslo.

—¿Qué decís, por ejemplo, de doña Juana la Beltraneja?

—¡Caballero! esclamó el coronista: yo no conozco en Castilla ninguna Beltraneja; y por consecuencia, la tal Beltraneja no canta en mi corónica.

—Pues ved ahí como sin quererlo mentís: el señor Alonso de Palencia que es tan coronista como vos, conoce perfectamente á esa señora.

—El señor Alonso de Palencia está vendido en cuerpo y alma al navarro.

—Si está vendido y cobra su precio, tiene mas talento que vos que estais vendido sin sueldo á don Beltran de la Cueva, y sin que el mismo don Beltran lo sepa.

—Yo no tengo para qué venderme á don Beltran: y si el señor Alonso de Palencia os envia para probarme la paciencia, puesto que vos pareceis poco dispuesto á iros, me iré yo.

—No hareis tal, señor Castillo, no hareis tal: estamos perdiendo el tiempo en vanas palabras, y si hubiéramos ido al asunto derechos, yo sé bien que no os pondria de tan mal talante mi presencia: para que concluyamos: ¿sois partidario del rey don Alonso de Portugal?

—Indudablemente, desde que el señor rey de Portugal defiende como debe los derechos de su sobrina la señora infanta doña Juana *hija legítima y legítima heredera* del señor rey don Enrique (y el

coronista recargó las palabras que hemos subrayado) y especialmente desde que dejó de pretender para esposa á la infanta doña Isabel.

—¿Es decir?...

—Que soy servidor respetuoso y humilde del rey de Portugal.

—No se habia engañado, pues, el rey mi amo. Tomad esta carta que me ha enviado para vos.

—¿Qué, me escribe el rey de Portugal? dijo con cierto orgullo mal encubierto Castillo.

—Ya veis que quien de tales cartas es correo, bien puede entrar en la casa de aquel para quien las trae, y mucho mas si encuentra la puerta abierta.

—En contestacion á eso permitidme que os dé un consejo en cambio del vuestro.

—Es que yo no os he dado el mio.

—Dádmele para que yo pueda pagaros con otro.

—Debeis, pues... como coronista, doblegaros, ser flexible, mirar lo que mas os conviene y prescindir de la verdad, cuando la verdad pueda seros dañosa... ¿comprendeis?... debeis servir á quien mejor os trate....

—Comprendo, y ahora escuchad mi consejo: cuando se trae una carta de un rey para un hombre como yo....

—Se le entrega.

—Permitidme: yo os he dejado aconsejarme.

—Pero me habeis cortado la palabra dejándome embuchado lo mejor de mi consejo.

—Eso quiere decir...

—Que no habeis querido oirlo: yo estoy en mi derecho, pues, de no oir el vuestro. Tomad, tomad y leed.

El coronista tomó la carta y la abrió: mientras la leia, sus manos temblaban.

—El señor rey de Portugal me honra demasiado: dijo Castillo mirando ya sin prevencion al portugués.

—Ved ahí por qué es muy aventurado pensar mal de las personas sin conocerlas, como de las cartas antes de haberlas leido; vos creíais que yo era un impertinente, y esa carta un insulto: hé ahi por qué jamás vereis la verdad, y escribireis mal vuestra crónica; siempre mirais las personas ó las cosas con una prevencion favorable ó contraria.

—El señor rey de Portugal manda, me dijo el coronista, que siendo vos uno de sus mejores vasallos, como yo lo soy del señor rey don

Enrique, y siendo vos nuevo en la corte de Castilla, os sirva como á un amigo, procurándoos....

—Pues: procurándome conocer ciertas cosas que yo no podria conocer por mí mismo.

—El rey de Portugal solo me dice que os presente en la corte.

—Una carta puede perderse, y lo que se escribe en una carta siempre subsiste: por consecuencia, cartas como esas, deben ser discretas. Vos sabeis bien que el rey de Portugal es todo de su hermana y de su sobrina, aunque sepa con disgusto lo que todo el mundo sabe en Castilla: para servirlas mejor se ha valido de mí, y yo he procurado saber por mí mismo.

—¿Y habeis sabido?...

—Lo poco que sé me ha costado una estocada que me ha tenido quince dias entre la vida y la muerte, y el haberme enamorado perdidamente de una dama.

—¡De doña Guiomar de Silva!

—¡Oh! no: todos creen.... se engañan ¡bah! se engañan: en las córtes mas debe desconfiarse de lo que mas claro parece.

—¡Para que encontreis la verdad!

—Asi la encontrareis mejor....

—Pero al fin esa dama es doncella.

—Al menos no es casada.

—¡Ah! pues de esas hay muchas en la corte.

—No os he de decir su nombre, Castillo, dijo sonriendo el portugués.

—¡Oh! ni yo pretendo...

—Hablemos de la carta del rey.

—Hablemos.

—Su alteza el rey de Portugal ha creido que vos podreis iluminarme.

—¡Iluminaros!

—Sí, advertirme, ser mi guia para que no me estravie en el laberinto de la corte de Castilla.

—Mal hilo de Ariadna ha escogido en mí para vos el señor rey de Portugal: yo mismo no me entiendo.

—Pero podreis informarme.

—Veamos.

—Veamos, pues: ¿conoceis á un tal don Diego Perez, rico-hombre, caballero, mesnadero, montero mayor del rey; etcétera.

—No conozco á ese hombre, dijo con precipitacion el coronista.

—Pues de seguro le conoceis.

—Cuando os digo...

—Os daré mas señas: es un moceton bastante gallardo con unas terribles trazas de bandido.

—¡Ah! ¡ah!

—Trazas que no deben tomarse á mal, porque...

—Sí, ciertamente.

—No todos somos lo que parecemos.

—Es verdad.

—Ademas nuestro hombre tiene una feroz cuchillada en la frente.

—¡Ah!

—Y una esposa que se llama doña Tomasa, que parece, á pesar de su nobleza, una muger de vida libre, lo que no quita que sea la mejor moza que he visto en Castilla.

—¡Ah! ¡ah!

—Dicen que ha sido querida del marqués de Villena.

—¡Y decís que nada sabeis!

—Y que el rey anda que se desvive por ella.

—¡Oh! ¡oh!

—Y que es un sol que empieza á brillar y que acaso eclipsa...

—¿A doña Catalina ó á doña Guiomar?

—No por cierto... á la reina.

—¡A la reina!

—Como que hay quien asegura que Beltran de la Cueva entra á deshora por un postigo en la de doña Tomasa...

—¿Y qué tiene que ver eso con la reina?

—¡Pse! nada... pero yo quisiera saber quiénes son esos pájaros.

—Paréceme que sabeis bastante.

—Sé que él anda en los bandos, que es capaz de todo, y que ella anda tambien y no es incapaz para nada... pero necesito conocer su orígen, en una palabra.

—Pues mirad, preguntádselo al corregidor de Madrid don Gil de Andrade.

—¡Oh! me urgia.

—Es que don Gil de Andrade está en Segovia.

—¿Y me podeis decir dónde vive?

—Os llevaré yo mismo á su casa.

—¿Podriais llevarme ahora?

—¿Y por qué no? asi como asi, hoy no estoy para escribir, y al aire libre....

—Se os descargará la cabeza.

—Vamos, pues, dijo el coronista tomando su manto y su gorra.

El portugués se levantó

—Creo inútil deciros, dijo el coronista guardando la carta del rey de Portugal en un cajon de la mesa, que esta casa es muy vuestra.

—Yo por ahora vivo en el meson del Príncipe.

—Famoso meson, dijo el cronista.

—¿Habeis vivido en él?

—Sí por cierto, y solo le he encontrado un defecto.

—¿Cuál?

—Que costaba dinero vivir en él.

—¡Ah! teneis razon: pero qué quereis, nada hay perfecto en este mundo.

—Permitidme, salid...

—No por cierto, antes vos.

—Yo tengo que cerrar la puerta.

—¡Ah! siendo asi...

Y el portugués salió.

Henriquez del Castillo cerró la puerta y tiró adelante, precediendo al portugués, por las galerías y escaleras del alcázar.

—¿Quién es aquella dama que está tan pensativa y apoyada en el alfeizar de la ventana de esa torre? dijo Blasco señalando al coronista con los ojos la torre del rey don Juan.

—Es doña Mencía de Padilla, camarera mayor de su señora la infanta doña Isabel.

—Hermosísima muger, dijo el portugués.

—Ya va siendo vieja, contestó el coronista.

—Poco importan los años cuando no traen arrugas.

—Pero doña Mencía tiene ya canas.

—Decís que ha sufrido mucho.

—Los vicios.

—¿Cómo los vicios... pues si casi tiene fama de santa?

—Blasfemia, dijo el coronista, saliendo por un postigo del alcázar y bajando á la ciudad, eso seria lo mismo que llamar demonio á un ángel.

—Sin embargo, todo el mundo respeta á doña Mencía.

—Todo el mundo la teme, y el miedo parece muchas veces respeto.

—¡Cómo! ¿temen á esa muger?

—Dios os libre de que la ofendais.

—¡Ofender yo á doña Mencía! ¿se puede ofender á una dama que tiene unos ojos como los suyos?

—¡Ah! ¿es esa acaso la dama que os enamora?

—Os he dicho que no es casada.

—Pero como doña Mencía, aunque esposa de Hernando de Carrillo..

—Ya, ya sé que se murmura que no es su muger.

—Por lo mismo podria llamársela soltera.

—No, no, la dama que me enamora no es esposa de nadie.

—¡Ya! ¿y es honrada?

—Sí.

—¡Milagro en la corte!

—¡Cómo!

—Hoy dia en Castilla las mugeres honradas se cuentan por los dedos y no se puede acabar de recorrer una mano.

—¿Y decís eso en vuestra corónica?

—¿Pues no he de decirlo si es verdad?

—Pero deshonrais á vuestro tiempo por ante la posteridad.

—Mi tiempo es el que se deshonra á sí mismo. Pero ved aqui que estamos en casa de don Gil de Andrade.

En efecto, el coronista y el portugués estaban ante un portalon coronado con un escudo berroqueño, y en cuya ancha puerta se veia un postigo.

El coronista se entró acompañado del portugués.

—Dentro de poco, le dijo, vais á saber lo que ha sido don Diego Perez, pero para que el corregidor consienta de hablaros de él, será preciso que os deje á solas.

XXV.

De como se encontraron al par de nobleza dos bribones que habian estado al par de picardías.

Poco despues estaban en una ancha antecámara y delante de un escudero.

—Perdonadme, señores, les dijo este, pero su señoría está en este momento muy ocupado.

—¡Oh! ¡en ese caso!.. dijo el coronista.

—Pero sin embargo, os suplico espereis un momento. Acaso su señoría sentiria no recibiros, señor coronista, y á vos sin duda alguna, caballero. Voy á avisarle.

Y el escudero abrió una mampara y desapareció.

—¡Que anda muy ocupado el señor don Gil de Andrade! dijo el

coronista murmurando: ¿y qué ocupaciones serán las suyas? ¿á quién servirá?

—Desconfiais de todo el mundo, señor Diego Henriquez, dijo el portugués contestando á las palabras del coronista, aunque no habian sido dirijidas á él.

—En estos tiempos no se puede fiar de nadie: todos danzan en Castilla, y las mudanzas no son ya cosa que á nadie espanten: ademas habeis de saber que el corregidor de Madrid es muy amigo del marqués de Villena... pero ya sale el escudero... ¿y qué hay de bueno, señor Anzures?

—Mi señor siente no recibiros en el momento, pero me ha dicho que espereis un tanto á que despache cierto asunto muy importante que ya termina.

—Esperaremos, pues.

—Podeis, si os place, esperar en el huerto donde hace menos calor que en estas habitaciones, dijo el escudero: ya sabeis, señor coronista, que esta casa es muy vuestra.

—Gracias, gracias, señor Anzures, pero esperaremos aqui, porque el asunto que nos trae es importante y no queremos perder minuto.

—Pues paréceme que se acaba vuestra espera, señores, porque oigo crugir la puerta de la cámara y la voz de mi señor.

—En efecto, paréceme que el señor don Gil se acerca, dijo el coronista: héle aqui.

En aquel momento se abrió la puerta que daba á la antecámara y apareciendo el insigne corregidor de la villa de Madrid y Diego, el famoso Diego el Desollador, pero trasformado, ricamente vestido, cubierto de preseas, y armado de un aspecto tal, que nadie hubiera creido sino que se trataba de un noble cuyos ascendientes eran ya rico hombres en los tiempos de don Alonso el de las Navas.

Don Gil de Andrade acartonado siempre y tieso, parecia no atender á otra cosa que al bandido á quien llamaba huecamente don Diego, y cuya mano derecha estrechaba afectuosamente.

—Quedo perfectamente enterado, señor don Diego, le dijo, y pésame que antes no hayais acudido á mí: ello, en fin, será como deseais y como es justo, y hónrome en poderos complacer.

—No esperaba de vos menos, señor corregidor, dijo el bandido: ello es que el mundo da vueltas y á unos sube y á otros baja: y el que ayer no era, hoy es... y que mientras vivimos no podemos decir lo que seremos... cuento, pues, con vuestros buenos oficios, y á Dios, hasta mañana.

—Guárdeos Dios, don Diego, contestó el corregidor, y ya sabeis que esta casa es muy vuestra.

Blasco notó que el corregidor estaba violento, que adulaba al bandido de miedo, y que el miedo le hacia sudar la gota tan gorda, como vulgarmente se dice.

—Pues hé ahí el hombre que buscais, señor hidalgo, dijo el coronista rápidamente al oido de Blasco.

—Ya he reparado en él, dijo el portugués, pero él no ha reparado en mí: ya, ya vereis.

En aquel momento, Diego, que habia estado hablando á parte con el corregidor, se volvió y vió á Blasco do Campo Riveyra que le miraba de hito en hito.

—¡Ah! ¿sois vos, capitan? dijo el bandido adelantándose alegremente y tendiendo la mano á Blasco que se hizo atrás con muestras de sorpresa.

—Creo que os equivocais, caballero, le dijo: yo no os conozco, es decir, no tengo la honra de conoceros, contestó Blasco lanzando una significativa y rápida mirada sobre Diego.

—¡Ah! teneis razon, caballero, dijo el bandido contestando con otra mirada de inteligencia al portugués; me he equivocado... ya se ve ¡os pareceis tanto á un antiguo amigo mio! esto no obstante, sabed que vivo en la calle de san Juan; alli encontrareis siempre un servidor.

—Yo vivo en la posada del Príncipe, hidalgo, y podeis contar en ella con mis servicios.

—Ahora bien, asuntos importantes me llaman, dijo el bandido: que Dios os guarde, señor corregidor, y á vosotros tambien, señores.

Partió Diego, y el coronista, y el corregidor quedaron mirándose frente á frente.

—Tal me verás que no me conocerás, dijo con acento punzante el coronista.

—¿Por qué decís eso, mi buen señor Castillo? dijo con cierto recelo el corregidor.

—Dígolo por lo que á mí mismo me sucede.

—¿Y qué os sucede?

—¿Qué ha de sucederme? desdichas... siempre desdichas...

—Pasemos, pasemos, señores, dijo el corregidor, que no sois vosotros, ciertamente, personas para ser recibidas en la antecámara.... pasemos, y en mi cámara podreis decirme esas desdichas en las que yo no creo.

—Pues creedlas, y dispensadme de que pase.

—¡Cómo!

—Yo solo venia á acompañar como conocido vuestro á este caballero, que aunque deseaba conoceros, no os conocia: el señor Blasco do Campo Riveyra, rico-hombre portugués, comendador de la órden de la caballeria de san Benito de Avís.

—Y vuestro humilde criado: dijo Blasco inclinándose.

—Dejadme la honra de serlo vuestro, caballero: repuso el corregidor doblegando en un ceremonioso saludo su tiesa persona.

—Ya que os conoceis, señores, dijo el cronista, y como graves ocupaciones me esperan, dadme licencia y adios.

—Puesto que os empeñais, aunque con sentimiento mio, os dejo ir: dijo el corregidor.

—Espero que no dejareis de ir á verme á mi posada del Príncipe, añadió con intencion Blasco.

—Iré, iré: se apresuró á decir el cronista.

—¿Esta noche?

—Esta noche puesto que asi lo quereis, y á Dios.

—Guárdeos él.

—Id en paz, contestaron el corregidor y Blasco.

El cronista salió y don Gil de Andrade, despues de haberle acompañado hasta las escaleras, volvió al lado de Blasco á quien introdujo en su cámara.

—Héme al fin á vuestro mandado, caballero, dijo don Gil.

—Por el contrario, quiero que me tengais por uno de vuestros mejores amigos... la fama de vuestro nombre ha llegado á Lisboa, y yo os conocia mucho de oidas antes de tener la honra de conocer vuestra persona.

—¡Cómo! ¡la fama ha llevado mi nombre fuera de los muros de la villa de Madrid!

—El Tajo la ha llevado al Océano, y vuestra justicia, vuestra severidad, vuestra virtud ha tenido lenguas que las elogien en Lisboa, aunque nunca tanto como merecen.

—¡En Lisboa!

—Sí por cierto, y el rey de Portugal mi señor...,

—¡Cómo el señor rey don Alonso sabe!..

—Sabe que para esto de aprehender criminales sois el mas á propósito: que vuestra actividad es incansable, vuestra justicia inflexible... el rey de Portugal no ha podido menos de apreciar tantas virtudes, y me ha dicho: Blasco, mi buen Blasco, es necesario que vayas en persona á visitar de mi parte á su señoría don Gil de Andrade.

—¡Oh! ¡oh! esclamó enteramente aturdido el corregidor.

—Vine, pero azares, casualidades enfadosas.... una estocada recibida...

—¡Cómo! ¿os han dado una estocada? ¿en duelo acaso? ¿cómo? ¿dónde? esclamó don Gil no pudiendo irse á la mano en su costumbre de interrogar.

—No ha sido en duelo: el lugar la alcoba de una dama, el hecho á traicion.

—¿El marido?

—No el marido.

—¿El amante?

—No el amante.

—Pues no os comprendo.

—Un hombre armado de los pies á la cabeza.

—Ya, ¿y vos no habeis conocido á aquel hombre?

—No, respondió Blasco, que no queria otra cosa que hablar de algo, puesto que lo que iba á buscar, era á Diego el Desollador y le habia encontrado.

—¡No le habeis conocido!... ¿fué grande la herida?

—Bastante, me ha tenido quince dias en la cama, y aun me resiento. Esta ha sido la causa....

—¡Ya! ¿y venís á que yo?.. ¿se ha cometido ese delito en Madrid?

—En Madrid.

—Pues os juro que encontraré al agresor si me decís...

—No, no por cierto... buscareis, buscareis, señor don Gil de Andrade, pero no ciertamente á quien me ha ofendido, sino á quien ha ofendido á su alteza fidelísima el señor rey de Portugal mi amo.

—¡Ah! ¡oh! ¿y está en Madrid el criminal?

—Si no está, lo estaba cuando yo llegué, y como el rey, entre otras cosas me envia á vos para que aprehendais á ese criminal...

—Le aprehenderé... sí, de seguro le aprehenderé... dadme algunos indicios... ¿le conoceis vos?

—No le conozco; pero puedo deciros su nombre.

—Y... ¿cómo se llama?

—El nombre por el cual el rey mi señor le conoce es el de Diego el Desollador.

—¡Ah! ¡oh! ¡es Diego el Desollador! ¡Diego el Desollador! esclamó con espanto el corregidor.

—¿Qué, tan terrible es ese hombre que asi os perturba su nombre?

—¡Que si es terrible!.. callad, callad por Dios: citadme diez ban-

didos, ciento, y por feroces que sean, yo os los daré mansos y maniatados... pero Diego... el Desollador... aunque me desollasen vivo, no podria entregaros á ese hombre.

—¡Cómo! ¿pues y vuestra justicia?

—Mi justicia no le alcanza.

—¿Que no le alcanza?

—No, porque no es criminal.

—¿Que no es criminal?.. ¡un asesino cobarde... á sangre fria!..

—¡Oh! ¡ah!

—Un envenenador.

—¡Ah! ¡oh!

—Juzgad: el rey de Portugal, mi noble amo, le busca, sediento de venganza por el asesinato de una noble dama á quien amaba en estremo; doña Teresa Carvalho.

—Pues... sí: ese hombre es un lobo... de lo que acabais de decirme se desprende... pues, se desprende, que lo que está sucediendo en Castilla, los escándalos que vemos y que á cada paso palpamos, no suceden en ninguna parte. ¡Envenenador él! yo creia que el tal galan no pasaba de ser el hombre mas á propósito para ciertos empeños, para ciertas zorradas... en particular á mí mismo, á mí, á quien llama todo el mundo el terrible corregidor, me jugó una que... Dios sabe si yo le hubiera ahorcado por ella... pero ¡bah! no señor... no es posible ahorcarle, de ningun modo... ya no es criminal.

—¡Que ya no es criminal!

—No señor, ha pasado por cima de él el Jordan de la clemencia real: el señor Diego el Desollador posee un indulto en forma, firmado por el señor rey don Enrique el IV, y refrendado y pasado por la cancilleria, por el cual indulto no puede hacerse cargo alguno al dicho señor Diego, de ninguno de sus crímenes cometidos antes del dia diez de diciembre de 1465.

—¡Escándalo! esclamó Blasco.

—¿Escándalo?.. mas que escándalo, escarnio de la ley divina y humana: porque no se trata de un bandido de poco mas ó menos: no, no señor, el tal Dieguito es un bribon á toda prueba, falsario, incendiario, asesino, ladron, sacrílego, raptor, seductor... á que no faltaba ser mas que envenenador... cuando os digo que todos los dias estoy yo ahorcando, azotando, y guardando gentes de mucho menores delitos... ¿qué digo delitos? comparados con los de ese de quien se trata, no pueden llamarse mas que travesuras... pero ¿qué quereis? ese hombre ha hecho no sé qué en favor de los bandos, y ahí

le teneis, no solo indultado, sino alzado, ennoblecido, elevado á una altura tal que... por él decia el señor coronista Castillo, que sin duda le conoce: tal me verás que no me conocerás.

—¡Cómo! aquel caballero con quien salisteis acompañado es...

—No es, era: aquel caballero que hoy es rico-hombre, señor de vasallos, de la casa y corte del rey, con pendon y caldera, horca y cuchillo, tan grande en estos reinos como vos podeis serlo en Portugal, pues, el señor don Diego Perez de Santaella, era ni mas ni menos ayer Diego el Desollador, prenda escapada de la horca y escondida de la justicia: ¿qué quereis? ¿qué quereis? ello es que priva con don Beltran de la Cueva, y priva con don Juan Pacheco, como si dijéramos con el fuego y el agua, con el perro y el gato, con el dia y la noche, con san Miguel y el diablo... y esto no puede ser sino engañándolos á entrambos... porque eso sí: para engañar, el mozo se pinta solo: á mí, á mí que no soy lerdo, me engañó de una manera terrible.... y aun ahora... ya lo habeis visto, me veo obligado á hacerle besamanos y á honrarle, cuando de buena gana le descuartizaria entre cuatro potros: de esto se desprende que en Castilla...

—Pasa lo que en todas partes; un hombre de ingenio, si sabe manejarse y obrar á tiempo, puede ser lo que quiera.

—Pues dígoos que son unos tiempos calamitosos estos.

—¿Y qué quereis? por otra parte son los mejores del mundo.

—Os juro que no conozco su escelencia.

—A rio revuelto ganancia de pescadores.

—Sí, pero quien nunca pesca... observó tristemente el corregidor.

—Vos habeis pescado, y no mal pez.

—Os juro que no.

—¿Os parece mala pesca el corregimiento de Madrid?

—¡Bah! ese corregimiento le heredé de mi padre que le habia heredado de mi abuelo: en otros tiempos yo estaria tranquilo, dormiria sobre mi derecho: pero hoy... para evitar que por cualquier evento otro me pesque mi oficio, me veo reducido á cosas... os juro que esto es una situacion imposible... una guerra continua... ¿servis lealmente al rey? pues no estais seguro.

—¿Cómo?

—Como lo ois. Hoy manda un favorito, mañana escala otro la privanza, y ya no es leal lo que antes lo fue: os decidís por la infanta doña Juana y por la reina, y don Beltran de la Cueva, y los mandarines, os protejen: pero don Juan Pacheco, y el arzobispo de Toledo se apoderan del rey: entonces doña Juana no es ya doña Juana,

sino la Beltraneja: entonces declararos del bando de Beltran de la Cueva es ser traidor, patrocinar el adulterio..... os veis obligado á cambiar.

—Pues por ahora no creo que esté muy adelantado en sus negocios el marqués de Villena.

—Yo no digo que esté adelantado: digo solo... es decir, solo he puesto un ejemplo.

—La villa de Madrid es fuerte, dijo cortando bruscamente el hilo de la conversacion Blasco.

—Sí, sí por cierto: contestó admirado el corregidor.

—El alcázar es fuerte tambien.

—Muy fuerte, añadió con doble admiracion don Gil.

—¿Cuántos hombres de armas ginetes y ballesteros de las milicias tiene la villa?

—Cien lanzas, doscientos ginetes, y seiscientos peones con cuatro tiros gruesos, contestó el corregidor sin saber á dónde iba á parar Blasco.

—¿Y qué gente hay en el alcázar?

—Trescientos ginetes, mil ballesteros y seis bombardas.

—Es decir, se cuentan en Madrid cien lanzas, quinientos ginetes, mil y seiscientos peones y diez ingenios.

—Cabalmente.

—Vos mandais en la villa, y es alcaide del alcázar Diego de Rivera.

—Sí señor.

—Es decir, dos caballeros leales en cuerpo y alma al rey con don Beltran de la Cueva, la reina y la infanta doña Juana.

—No adivino á dónde vais á parar.

—Podrá suceder muy bien que acontezca algo gravísimo: por ejemplo, la destitucion del rey.

—¡Jesus mil veces!

—La proclamacion del infante don Alonso.

—Eso no puede ser.

—Si puede ser ó no, lo veremos.

—Pero eso clama al cielo y á la tierra.

—Eso no clama mas que á la guerra civil..

—¡La guerra civil, ahora que la peste!...

—Serán dos pestes... pero si la villa de Madrid abriese sus puertas al rey y á su familia...

—¿Creeis que Madrid podria sostenerse?

—Madrid cuenta con un ejército.

—¿Os habeis olvidado de que Madrid tiene tres jurisdicciones?

—¿Cómo?

—El alcázar con su jurisdiccion real: la villa con su jurisdiccion municipal: la abadía de San Martin con su jurisdiccion alodial.

—¡Ah! ¡la abadía!

—Don Ferrante de Silva, el actual abad; algo pariente, aunque lejano, de doña Guiomar de Silva, es todo su cuerpo y alma de los confederados: cuenta por cientos sus hombres de armas, su jurisdiccion es la mas fuerte y la mejor guardada: domina un tanto el alcázar: está separada de la villa por el Arenal: tiene dobles ingenios: si el rey se acogiese á Madrid seria á entregarse preso á don Ferrante de Silva.

—¿No decís que ese hombre es algo pariente de doña Guiomar de Silva?

—Sí; asi por lo menos lo creo.

—Doña Guiomar es querida del rey.

—Doña Guiomar sirve á todo el que la paga.

—Yo os juro que doña Guiomar servirá al rey de Portugal.

—¿Y qué puede hacer doña Guiomar con el abad de san Martin?

—Doña Guiomar es muy hermosa y muy astuta, y ya sabeis que los abades de estos tiempos...

—¿Venís acaso, caballero, encargado de formar un bando al rey de Portugal?

—No, un bando no; el rey de Portugal solo quiere robustecer el bando del rey de Castilla.

—¿Y yo?..

—Vos podeis ser uno de nuestros mas firmes auxiliares.

—¿Pero cuáles son los proyectos del rey de Portugal?.. antes, por cierto, cuando pensaba en casarse con su prima la infanta doña Isabel, se curaba poco de su hermana la reina doña Juana y de su sobrina, pero desde que el almirante con sus intrigas ha hecho que la infanta doña Isabel se decida por el infante de Aragon...

—Pensó en casarse con esa á quien llaman los confederados la Beltraneja.

—¡Ah!

—Ya veis juntos los esfuerzos de los vasallos leales del rey con la espada del rey de Portugal que, al primer asomo de rebelion, entrará con su ejército en Castilla por Estremadura; el triunfo no es dudoso, y los que hayan servido á don Enrique...

—Yo por mi parte nunca he dejado de servirle.

—Lo sé... y por eso el rey de Portugal, mi amo, me ha mandado espresamente trabar un buen conocimiento con vos; habeis servido bien al rey, pero podeis servirle mejor.

—¿Mejor?

—Ciertamente.

—¿Y cómo?

—Fingiéndoos ardiente partidario de los confederados.

—¡Ah! ¡ah! pero eso tiene sus peligros y sus espinas.

—Don Gil, vos estais acostumbrado á observar, á espiar, á entrometeros en vidas agenas: ese es vuestro oficio. Espiad, pues, observad á los dos buenos hermanos, el señor marqués de Villena y el señor maestre de Calatrava: aprovechad los oficios de ese buen Diego el Desollador.

—Pero...

—Voy á escribir al rey de Portugal que podemos contar con vos.

—Pero...

—Y el rey de Portugal que aprecia á los leales y que tiene buen ingenio, ya hallará medio de haceros muy su amigo.

—Ofrecedle mi humilde homenage.

—Acéptase, pues.

—Yo siempre me pondré de parte de los que ayuden al rey.

—¿Os fingireis amigo del marqués de Villena?

—Me fingiré.

—¿Procurareis averiguar?..

—Averiguaré.

—Hacedlo y pescareis.

—¡Oh! ¡caballero!

—Todos pescamos... pesca el almirante, pesca Beltran de la Cueva, pescan los confederados: todos, todos pescan en Castilla, inclusas las rameras y los bandidos.... todos menos una persona... y esa persona....

—¿Es el rey?

—Ciertamente el rey en vez de pescar es pescado.

—Otros hay que dicen que es cazado.

—Sea como quiera... lo que nosotros debemos procurar es que no se le tenga por pieza montería por mas que haya motivos...

—Os comprendo.

—Comprended tambien que soy vuestro amigo y que me intereso por vos.

—¡Oh gracias! ¡gracias! ¿pero ya os vais?

—Sí por cierto, dijo Blasco que se habia levantado: ¿no recordais que al salir de aqui me dió Diego el Desollador las señas de su casa?

—¡Ah! sí.

—Y cómo interesa tanto ese hombre al rey de Portugal....

—Id, id: no pretendo por gozsr de vuestra compañía apartaros de vuestras obligaciones.

—No tardaré en venir á pasar un dia con vos.

—Ya tarda para mí esa honra.

—Pues á Dios, señor corregidor.

—A Dios, señor caballero.

—Vivo en la posada del Príncipe.

—Esta casa es muy vuestra.

Y Blasco salió de la casa acompañado hasta el zaguan por don Gil de Andrade.

—Dios mio, dijo este subiendo lentamente las escaleras: en negocios endiabladillos me meten, pero no importa, si al retirar las redes saco buena pesca.

—Ese buen corregidor, decia alejándose á lo largo de la sala Blasco, ese buen corregidor es un pobre hombre, pero yo le haré valer para mi negocio. Ahora vamos á ver cómo diablos se nos ha igualado en fortuna ese bribon de Diego.

XXVI.

Prosecucion del anterior.

Blasco no conocia á Segovia, y se vió obligado á preguntar mas de una vez por la calle de san Juan. Pero como, segun vulgarmente se dice, quien tiene lengua á Roma va, despues de media hora de vueltas y revueltas, se encontró delante de una enorme casa con visos de palacio.

Iba á entrar en ella, cuando se le cruzó una dama encubierta con un manto que, al verle, hizo un movimiento de retroceso como aquel que se encuentra con una persona con quien no hubiera querido encontrarse.

—¡Doña Catalina! dijo Blasco... ¡mi hermosa enojada! ¡y aqui en Segovia! creo que todos nos hemos dado cita en este punto.

—¡El portugués! esclamó doña Catalina rebujándose mas en su manto y alejándose, seguida de un escudero que la resguardaba.

—¿La seguiré?.. ¿la dejaré ir?.. dijo Blasco: esa muger me interesa demasiado: esa muger es un misterio para mí: pero Diego es otro mis-

terio: ella ha salido de aqui: luego el la conoce, sí, él la conoce, sabrá de seguro donde vive aunque ella no se lo haya dicho, y si él lo sabe lo sabré yo... subamos... pero antes no dejemos sin observar cuanto pertenece á nuestro antiguo camarada, desde el dintel de su casa... pues no, no se da mala vida ni mal arte de noble... ese muchacho siempre fue despierto y valiente: portero auxiliado por esos lacayos.... escaleras alfombradas.... vamos adelante: nuestro amigo sabe demostrar su nobleza.

Y entró.

—¿Dónde vais, caballero? dijo uno de los lacayos.

—Soy el señor Blasco do Campo Riveyra, dijo con acento y talante altanero el portugués.

—Pase, pase vuestra señoría, dijo el portero que habia sobrevenido, y perdóneme: yo no le conocia.

Blasco pasó con aire altivo, mientras pensaba para sí:

—Ya sabia yo que el buen Diego habria avisado á su servidumbre para que me recibiese dignamente.

En efecto, uno de los lacayos habia subido apresuradamente las escaleras, y cuando Blasco llegó al recibimiento, todas las puertas se abrieron delante de él hasta llegar á una vistosa cámara, del fondo de la cual adelantó hácia él un hombre con los brazos abiertos en ademan de abrazarle.

—Alto, alto allá, señor mio, dijo el portugués conteniendo al bandido con un ademan, sepamos antes de que me abraceis, si vuestro abrazo es el abrazo de Judas.

—¡Blasco! esclamó asombrado Diego.

—Y nada tiene de estraño que yo piense asi, dijo el portugués; cuando un hombre varía de fortuna, suele variar de pensamiento: cuando crecen los bienes crece la vanidad.

—Entre nosotros no puede existir otra cosa que amistad.

—¿Amistad á toda prueba?

—Hasta la muerte.

—Pienso que tú no eres amigo mas de quien puede servirte para algo.

—Bien, sí, pero cuando me valgo de un amigo, le autorizo á que se valga de mí: ademas entre nosotros hay algo mas que eso: somos hermanos.

—Sí, tienes razon, hermanos por el crímen: abracémonos, pues.

Los dos bandidos se abrazaron.

—Te esperaba, dijo Diego, y en prueba de ello mira esa mesa.

En efecto, junto á un ancho y cómodo estrado habia una mesa cargada de frascos de arcilla que guardaban aun el polvo de la bodega, y dos anchas copas de plata en una batea del mismo metal.

—¡Tú aqui, Diego! le dijo Blasco sentándose.

—¡Y tú aqui, Blasco! dijo Diego.

—¡Tú rico-hombre de Castilla!

—¡Y tú rico-hombre de Portugal!

—¿Quién te lo ha dicho?

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha relatado doña Catalina de Sandoval.

—Y á mí don Gil de Andrade.

—¡Ah, el bueno del corregidor de Madrid! ¡pobre hombre!

—Pues no puedo yo decir lo mismo de doña Catalina.

—¡Cómo!

—Estoy furiosamente enamorado de ella.

—¿Enamorado tú?

—Sí, yo: todos caemos.

—Es verdad: todos caemos.

—¡Cómo! ¿has caido tú tambien?

—Me he casado.

—¿Con quién?

—Con doña Tomasa.

—¿Y quién es esa doña Tomasa?

—Una muger tan honrada como tú y como yo y como doña Catalina de Sandoval.

—¿Sabes Diego que vamos por un mismo camino? Entre los dos dimos al traste con la querida del rey de Portugal: ¿serán acaso las dos mugeres que amamos queridas del rey de Castilla?

—No, mi muger era querida de don Juan Pacheco.

—Tanto da.

—Es verdad, el marqués de Villena vale punto mas que el rey de Castilla.

—Escucha, Diego, ¿cómo conoces tú á doña Catalina de Sandoval?

—Esa es una historia muy curiosa: pero bebamos, bebamos: celebremos nuestro nuevo encuentro, que creo que no ha de ser en valde.

Y Diego destapó uno de los frascos y llenó las copas, despues de lo cual recostándose en el estrado y levantándose de tiempo en tiempo para llenar las copas y beber, contó á Blasco cuanto nosotros hemos ya referido al lector: esto es, su encuentro con doña Catalina, su ida con esta á casa de Tomasa, la aventura de las cartas, su ven-

Soldevila inv.º y lit.º

Lit.ª de J. Aragon, Madrid.

VII.

ENRIQUE IV.

¡Oh! y sinó mirad esta mesa...

ta que le habia procurado su nobleza, sus estados, el dote de Tomasa y el casamiento con ella.

—Lo que me has contado es verdaderamente maravilloso; pero noto que doña Catalina te ha engañado.

—¿Que me ha engañado?

—Sí, ciertamente: ¿no te aseguró que quien bebiese el filtro de pomo de oro olvidaria al despertar lo que le hubiese acontecido algunos dias antes de beberlo?

—Sí, y esto es verdad: yo puedo jurarte que el marqués de Villena, con quien sigo en estrecho trato, no se acuerda de nada, y que ha dado en la manía de creer que han usado con él de hechicerías: del mismo modo, la tia Ambrosia, á quien acaban de quemar por bruja en Madrid, como quemaron á su madre y á su abuela, tampoco se acordó de cosas importantes.

—Eso quiere decir que doña Catalina, que poseia el filtro, posee tambien, sin duda, medios para destruir su influencia.

—Tengo pruebas de que no.

—Yo tengo pruebas de que sí.

—Doña Catalina ha hecho conocimiento casual con la Tomasa, á quien trata como si nunca la hubiera conocido: á mí me trata del mismo modo.

—Eso no significa mas si no que se encubre y os engaña.

—Tus pruebas.

—Escucha: doña Catalina, en el momento de conocerme, se enamoró de mí, me llevó á su casa, cenó conmigo, y á no ser por cierto accidente desgraciado, hubiera sido mia aquella misma noche.

—¿Y qué accidente desgraciado fue ese?

Blasco contó la manera como habia recibido la estocada de Hernando de Carrillo.

Despues continuó:

—El mismo dia en que te vió doña Catalina, cuando se me presentó, habia variado enteramente, lo que prueba que tú la revelaste mi vida: si eso es verdad me hiciste traicion, Diego.

—¡Yo! ¡que yo he revelado tus secretos á doña Catalina!

—Pues ¿cómo doña Catalina pudo variar de una manera tan notable y tan repentina, cuando, te lo juro, estaba enamorada hasta el fondo del alma?

—Espera, espera: poco antes de que apareciese doña Catalina en mi aposento, habia yo hablado de tí con cuatro camaradas que ya han muerto.

—¿Los del camino del Pardo?

—Pues; los mismos: doña Catalina pudo muy bien escucharme.

—Pues no tengo duda: doña Catalina ha tenido medios para deshacer los resultados del filtro soporífero, y se acuerda de todo... de todo... por eso me ha rechazado... ha temido, sin duda, esponerse á la misma suerte que doña Teresa Carvalho... y yo... yo, insensato... yo, que nunca habia amado, adoro á esa muger.

—Eso consiste...

—Eso consiste en que he encontrado dificultades: en que me he visto despreciado: escucha, Diego: aquella misma muger que se habia mostrado loca por mí, que habia estado á punto de caer entre mis brazos, se me mostró devota, arrepentida, fria, reservada: hizo callar á mi lengua que la decia amor, y me cuidó mientras estuve en peligro, pero solo por caridad, no por amor.

—Doña Catalina disimulaba.

—¡Oh, no! la conducta que ha observado conmigo doña Catalina me desespera: ¿sabes lo que hizo en el momento en que pude levantarme del lecho? me plantó en la calle.

—¡Te despidió!

—Sí; pero de muy buena manera, lo que no quita que me haya despedido. «Señor Blasco, me dijo: conozco que os amo demasiado para no temer el veros continuamente: la posicion que he ocupado hasta ahora en la corte, me impide ser vuestra esposa: mis escrúpulos, que han nacido despues que os he conocido, por causa vuestra, porque vos, enseñándome á amar, me habeis obligado á que me avergüence de mis estravios, mis escrúpulos me impiden ser vuestra manceba: separémonos, pues: pongamos una imposibilidad entre los dos, y salvémonos mútuamente: el tiempo nos hará olvidar.» Como jamás he suplicado, no supliqué á doña Catalina: limitéme á demostrarla cuan sensible me era el haberla conocido para perderla (y en esto no mentia), y salí de su casa trastornado y loco.

—Pues yo hubiera vuelto.

—Yo tambien, cuando me ví al aire libre fuera de la influencia de las miradas y del dulce y firme acento de doña Catalina, reflexioné que una muger que por solo el conocimiento en un sarao y algunas palabras galantes cambiadas con ella, me habia llevado á su casa y habia cenado conmigo debia encontrar agradable mi trato y mi galanteo: que aquella muger que me habia curado en su casa y velado junto á mi lecho, debia amarme: y que su resistencia á mi amor, primero, y luego su despedida, no eran, acaso otra cosa que

cálculo para probar mi amor ó fijarle. Estos pensamientos me decidieron y al dia siguiente fuí á su casa.

—¿Y la hablaste?

—Sus criados me contestaron: la señora ha salido de Madrid.

—¿Y dónde ha ido? les pregunté.

—No lo sabemos. Ha partido en una litera resguardada por cuatro escuderos y acompañada de su mayordomo.

Esto tenia dos significaciones: si la partida de doña Catalina era falsa, y se me negaba, me despreciaba; lo que significaba que no me amaba; si era cierta huia de mí, me temia; lo que significaba que me amaba.

—Ni uno ni otro: te lo aseguro porque puedo asegurártelo.

—¿Te lo ha dicho ella?... ¿habeis hablado de mí?

—No, no por cierto; pero si doña Catalina salió de Madrid de secreto para trasladarse á Segovia, es porque asi convenia á los intereses de la reina y de la Beltraneja, á quienes sirve doña Catalina.

—¡Que doña Catalina sirve á la reina!

—Sí por cierto: de esa manera sirve á don Beltran de la Cueva, que la paga, y á quien ademas ama.

—¡Que ama á Beltran de la Cueva!

—No me lo ha dicho, pero en la manera como habla, en la frecuencia con que pronuncia su nombre, en otros indicios indudables, en fin, yo he comprendido que doña Catalina ama á Beltran de la Cueva.

—¿Y por qué habla doña Catalina contigo de don Beltran?

—Vamos claros, Blasco: dijo el antiguo bandido: ¿á qué has venido tu á Castilla?

—¿Y tu á quién sirves, Diego? contestó con reserva el portugués.

—Yo... sirvo á don Beltran de la Cueva que me paga bien, y á los confederados que no me pagan mal.

—¡Ah! de modo que comes á dos carrillos.

—Asi es necesario hacerlo; y ya ves si soy franco contigo cuando te lo digo.

—Pero eso puede ser peligroso.

—Lo peligroso seria no hacerlo.

—Pues no te entiendo.

—Vamos Blasco, veo que mi esperiencia de bribon de taberna, vale mas, mucho mas, que tu esperiencia de bribon de corte.

—Esplícate.

—Tu sin duda sirves al rey de Portugal y te decides de todo punto por la Beltraneja.

—El rey don Alonso me paga bien.

—No importa: es necesario para servir á las gentes contar con los cambios de la fortuna.

—Esplícate, esplícate.

—Voy, pues, á esplicarme: en el estado en que se encuentran las cosas es muy difícil saber adonde irán á parar, porque en Castilla no hay partidarios, sino ambiciosos: un partidario de corazon muere por su partido, pero un ambicioso solo sirve á quien manda: si hubiera hombres de fé, de corazon y de valor en entrambos bandos, bastaria averiguar cuál era el bando mas fuerte, por el número, ó por la calidad, ó por la riqueza, y entonces seria prudente el decidirse por un partido; pero entonces se pagarian menos los servicios porque no serian tan necesarios: ahora es distinto, esceptuando las principales cabezas de los bandos, todos los demas se ponen al sol que mas calienta.

—Sin embargo, siempre habrá un partido mas fuerte.

—¿Y cuál crees tu el mas fuerte?

—El del rey.

Movió en sentido negativo la cabeza Diego.

—Te engañas, Blasco, te engañas, dijo.

—El rey al fin es rey.

—Un rey de copas.

—No importa: ahí tiene á don Beltran de la Cueva.

—Cabalmente es su mayor enemigo.

—¡Su mayor enemigo!..

—Sí, porque su privanza irrita á todos los magnates de Castilla: el enamorado y el presuntuoso le envidia porque ve que una reina tan hermosa, tan codiciada como doña Juana de Portugal le ama desembozadamente: el ambicioso le envidia tambien porque las riquezas de don Beltran de la Cueva han llegado á eclipsar las de don Ruy Lopez Dávalos, las del conde don Pero Nuño, y las del condestable don Alvaro de Luna. Por otra parte el carácter inflexible y altivo del favorito les mortifica: don Beltran jamás cede ante ellos, los persigue de muerte, hace ostentacion de su ejército, de su oro, de su poder; sale al campo y vence...

—Hé ahí por qué don Beltran es fuerte, y por qué el rey don Enrique servido por don Beltran y auxiliado por el rey de Portugal, es fuerte tambien.

—Ten presente que andan mugeres en el negocio.

—¡Bah! ¡mugeres! dijo con desprecio Blasco.

—Sin embargo, tu te vales de ellas, observó Diego.

—Sí, me sirvo de ellas como espias: las mugeres tienen el don de enterarse de todo lo que pasa á su alrededor, y aun de adivinar lo que no ven.

—Juzgas mal á las mugeres. Por ejemplo, estas son los mayores enemigos del rey y de la Beltraneja.

—¡Bah! ¡bah! tu das demasiada importancia á las mugeres.

—¿Cuántas crees que acometen á un tiempo á don Beltran?

—Qué sé yo.

—Pues mira, empecemos por doña Mencía de Padilla.

—¿La camarera mayor de la infanta doña Isabel?

—La misma.

—Esa muger es muy hermosa.

—Creo que te enamoras de todas Blasco.

—Qué quieres: soy jóven aun y para cuando empiece á ser viejo quiero haber gozado.

—Pues en cuanto á doña Mencía, te juro que á pesar de tu audacia y de tu hermosura, no alcanzarás gran cosa de ella.

—¡Bah! ¡Fortaleza sitiada!...

—Cuando esa fortaleza se llama doña Mencía de Padilla, y quien la cerca no se llama don Beltran de la Cueva, es inconquistable.

—Se la asalta.

—Rechazará el asalto; pero esta es una disputa que para nada sirve: prueba tus fuerzas con doña Mencía de Padilla, y te convencerás de que no me he engañado: esa muger es un abismo. Como te decia: doña Mencía es uno de los enemigos mas formidables de don Beltran: está celosa de la reina, irritada, dispuesta á todo, y los celos de doña Mencía son unos celos que matan.

—¿Pero dónde está su fuerza?

—En su ingenio, en su penetracion, en su actividad: doña Mencía tiene mas alianzas que un rey perseguido: por ejemplo: el rey de Aragon y de Navarra, el almirante Henriquez, la reina viuda doña Isabel de Portugal, Mosen Pierres de Peralta y la misma infanta doña Isabel, la ayudan: oro la sobra: su marido Hernando de Carrillo tiene á su disposicion la guardia morisca del rey, y su padre el adelantado Juan de Padilla, las lanzas de la frontera. Intimidando á unos, comprando á otros, enamorando á los mas, doña Mencía lo sabe todo, lo averigua todo, lo previene todo, se pone en el caso de sorprender

y de no ser sorprendida: está apoderada de la infanta doña Isabel, engaña á don Juan Pacheco y á los confederados, que la creen de su partido; el alcaide Andrés de Cabrera la sirve en cuerpo y en alma, y acabará por casar á la infanta doña Isabel con el infante don Fernando de Aragon, por dar un golpe de gracia á la Beltraneja, por derrocar á don Beltran y decirle: caballero: yo que os alcé al lugar que ocupais, porque os amaba, os arrojo de él porque vos no me amais. Te digo Blasco que doña Mencía es una gran muger.

—¿Y la sirves?

—Por supuesto: ¿y cómo no he de servirla sirviendo á don Juan Pacheco?

—Creo, Diego, que vale muy poco la intriga de una muger cuando tu has llegado á conocerla.

—No por cierto: eso significa que mi penetracion vale mucho.

—¡Oh! ¡oh!

—Ademas tengo quien me ayude.

—¿Tu tambien?

—Sí por cierto: me he aliado con tres mugeres.

—¿Y quiénes son esas mugeres?

—Doña Catalina de Sandoval, doña Guiomar de Silva, tu querida, querida del rey, y mi esposa que muy pronto será querida de su alteza.

—¡Cómo! ¿y lo dices con esa frescura Diego?

—Y qué me importa: ¿qué era Tomasa cuando yo la conocí? una ramera. ¿Qué era poco antes de ser noble y de casarse conmigo? Querida del marqués de Villena. ¿Qué importa que ahora lo sea del rey?

—¿Pero no la amas?

—Sí por cierto, como á mi vida; y ella me adora.

—Pues no entiendo...

—¡Bah! lo que yo hago, esto es, mostrarme ciego, lo hace el rey, y despues del rey los mas altos y encopetados señores.... cada cual sabe lo que se hace... en estos tiempos de trastornos y mudanzas es necesario agarrarse bien: yo me he encontrado de buenas á primeras, y aprovechando una ocasion, rico-hombre, señor de vasallos, ni mas ni menos que tu; rico como tu...

—Poco á poco, señor don Diego: cuando yo entré en Castilla solo traia algunos cruzados de oro, y fue necesario que doña Guiomar me habilitase y que me siga habilitando.

—Nada importa eso: yo tengo oro, mucho oro, y mis arcas están abiertas para tí.

—Vamos, será necesario creer que aun me eres leal.

—¿No me sacaste tú de Argel?.. ¿no te debo por lo tanto la posicion que ocupo? Seamos, pues, como lo hemos sido hasta ahora hermanos. Démoslo por supuesto y prosigamos. Como decia, cuando se ha llegado á tener nobleza adquirida, que es mejor que la heredada, vasallos, castillos, banderas, hombres de armas, y oro, mucho oro, cuando el dia antes no se esperaba otra cosa que la horca, es necesario procurar que esos castillos, esas banderas y ese oro, no desaparezcan como el humo. Si yo me hubiera decidido buena y sinceramente por este ó por el otro bando, estaria espuesto á perder lo que tengo, y acaso acaso á caer despeñado desde mi altura en la horca. Pero segun me he preparado, es imposible. Supongamos que el marqués de Villena proclama rey de Castilla al infante don Alonso de quien está apoderado, que arde la guerra civil, que se dan cuatro ó seis batallas, que ganan los confederados, que el rey don Enrique el IV se ve obligado á largarse de Castilla, y se alza con el santo y la limosna el rey don Alonso XII, ó lo que es lo mismo: el rey don Juan Pacheco.... yo que aviso de cuanto es provechoso al marqués; yo que estoy dispuesto á servirle y le sirvo sin que nadie pueda sospecharlo, no solo conservo mis heredades, y mis vasallos y mis riquezas, sino que gano algun título de duque, conde ó marqués con alguna villa por añadidura. Supongamos ahora que Beltran de la Cueva sale al campo con su ejército empuñando el estandarte real y vence y destroza á los confederados: yo que he servido y sirvo á don Beltran de la Cueva, quédome como estoy: supongamos que doña Mencía de Padilla da un golpe de gracia á su despreciador duque de Alburquerque: yo quedo de pie puesto que sirvo á doña Mencía: hagamos la última suposicion de que el rey, ayudado por el de Portugal ó por el buen Luis XI de Francia, á trueque de la mano de su hermana doña Isabel, vence y destierra, prende y confisca indistintamente: yo, marido de la querida del rey... de una querida la mas apropósito para que el rey don Enrique se vuelva loco por ella, porque mi Tomasa con sus diez y ocho años, y su frente de azucena, y sus lábios de clavel, y todas las prendas adorables que Dios la dió, vale mas que doña Catalina y que doña Guiomar, y que todas las damas de la córte; yo marido de una muger tal, repito, quedo en este último caso á salvo; y tal vez... tal vez... ¿quién sabe? ¿Comprendes ahora por qué sirvo á todo el mundo engañando á los unos y á los otros, y dejo que el rey galantee á Tomasa?

—Sabia, dijo Blasco do Campo Riveyra sintiéndose á su pesar

dominado por el bandido, que eras una buena lanza, un hombre de corazon duro, dispuesto á todo, apto para cierta clase de servicios, y sobre todo para encontrar en cualquier parte yerbas aromáticas: pero nunca hubiera creido que llegases á tanto.

—Créeme, Blasco, todo es hallarse en la ocasion. Ahora, si tú quieres ayudarme, podremos ser mucho mas de lo que somos.

—Te ayudo, dijo Blasco, bien asi como quien dispensa proteccion.

—Yo en cambio te abro mi casa y mis arcas.

—Acepto. Pero quiero ademas otra cosa.

—¿Qué?

—Quiero saber dónde diablos se esconde doña Catalina de Sandoval.

—Casi estoy por no decírtelo, Blasco.

—¿Y por qué?

—Porque estás enamorado de ella.

—¿Y crees que mi amor ó mi empeño....

—Un hombre enamorado es capaz de cualquier necedad.

—No, no: sobre mi corazon está siempre mi cabeza.

—Pues bien: te llevaré á ella.

—Y oye ademas: ¿puedes tú introducirme con doña Mencía de Padilla?

—¿Otro amor?

—Otro empeño.

— Te aviso que doña Mencía es un adversario formidable.

—Por eso mi empeño es mayor.

—Sea: ¿cuándo quieres que te lleve?

— En el momento.

—Será necesario preparar antes el terreno.

—Prepáralo cuanto antes.

—Ahora mismo: dijo el bandido y se levantó.

—¿Cuándo nos volveremos á ver?

—¿Dónde vives?

—En la posada del Príncipe.

—Pues bien; vé á esperar en ella á que yo vaya á avisarte.

—Iré.

—Escucha: será prudente que nadie sospeche que nos conocemos.

—Sí, es preciso; lo mas prudente será parecer enemigos delante de todo el mundo.

Diego tendió la mano á Blasco que se la estrechó.

—Y para nosotros, dijo Diego, amigos, amigos hasta la muerte.

—Hasta la muerte, repitió Blasco, y á Dios; quiero que vayas al momento á ver á doña Mencía.

Y el portugués se dirigió á la puerta por donde habia entrado.

—No, no, dijo el bandido, es necesario que empecemos á ser prudentes y que no te vean salir de mi casa: saldrás por un postigo que da á una calleja harto escusada.

Aquellos dos eminentes bribones, salieron de la cámara asidos de las manos, protestándose mútua fidelidad y ayuda, atravesaron un pasillo, bajaron unas estrechas escaleras, y Diego abrió al pie de ellas un postigo.

—Probablemente, dijo este á Blasco, verás esta misma noche á doña Mencia.

—Necesario es que eso sea cuanto antes, contestó Blasco.

—¡Oh! descuida, descuida, la fortuna se nos ha metido por las puertas y no se nos ha de escapar.

—Todo consiste en asirla bien.

—La tenemos asida. A Dios, espérame en la posada.

—No tardes tú.

—No tardaré. A Dios.

—A Dios.

Cerróse el postigo y el portugués se alejó murmurando:

—Muy franco habeis andado conmigo, señor asesino, para que yo no me aproveche de vos.

—Hé aqui que se nos habeis venido á las manos, señor capitan, y que os aprovechamos, decia al mismo tiempo Diego subiendo las escaleras.

Un momento despues, bizarramente ataviado, salia de la casa y tomaba el camino del alcázar.

XXVII.

De como no todos los que parecen mendigos lo son.

Al atravesar la ciudad notó el bandido cierto movimiento estraño: los menestrales se asomaban á las puertas de sus tiendas para ver pasar con una curiosidad marcada, algunos caballeros y hombres de armas que se encaminaban al alcázar á toda prisa, armados hasta los dientes y engualdrapados sus ginetes como para entrar en combate. La divisa de la mayor parte de aquellos hombres eran las vestas blancas de la mesnada de Beltran de la Cueva, sobre las cuales iba el

conocidísimo blason en que campeaba el dragante verde saliendo de una cueva.

Diego prestaba un atento oido á su paso, á lo que se decia entre el vecindario con motivo de aquel movimiento inesperado.

—Con que el rey se marcha, maese Gil Dávalos, decia una vieja á un herrero que se habia asomado con su negro mandil y su martillo á la puerta de su fragua.

—Eso dicen, madre Mónica, contestó el herrero; asi nos veremos libres por ahora de la carga de aposento que damos á esos endiablados hombres de armas. Asi nos quedaremos en paz.

—¿Y á dónde va el rey? maese.

—¿Quién sabe donde el rey irá? ya sabeis que eso no se dice, y que luego no se sabe á donde ha ido.

—Pues dicen, esclamó un monacillo, que pasaba á la sazon, que los confederados piensan en destituir al rey.

—¡Diablo! ¡demonche! ¡oh! ¡oh! esclamó el herrero.

—Y por acá se teme algo, dijo el monago, como que nos han dado órden de estar alerta para tocar á rebato cuando suene la campana del alcázar.

—Tendremos encima á esos malditos confederados, dijo el herrero.

—Quién sabe, dijo un maton llegando á un grupo y apoyándose en su larga espada; todo se reducirá á que nos envien algunas pelotas de lombarda, y nos hagan velar en las almenas.

—¡Oh! ¡oh! pues voy á poner una hevilla que le falta á mi coraza, dijo el herrero, para estar dispuesto como cada cual á rechazar á esos descomulgados: no, si no, estémonos quedos, y que hagan con Segovia lo que han hecho con Medina del Campo.

—Que la han saqueado y han violado á las doncellas, esclamó con horror la vieja.

—Si las tales doncellas eran como tú, dijo Diego que habia hecho lento su paso para escuchar, digo que los tales violadores han tenido estómagos de rata. ¡Y vive Dios! ¿qué es esto? ¡una corneta de ginetes del duque del Infantado! añadió Diego apartándose para dejar pasar un escuadron que cruzaba al trote una plazuela en la que iba á entrar.

—¡Buena gente! ¡magníficos ginetes! dijo el bandido. Estos Mendozinos saben hacerse respetables: mas gente lleva en Castilla la banda de gules de los Mendozas que la Castilla de oro y el leon rampante del rey. Y otro escuadron. Pues no, este no es de los Mendozinos; pero tanto dá: hé ahí el estandarte del señor duque de Albur-

querque. ¿Me veré yo tambien obligado á sacar de su funda mi flamante bandera, y á llevar las cien lanzas de mi mesnada á que les abollen sus arneses por la primera vez? Esto seria una calamidad.... un compromiso... el marqués de Villena no me lo perdonaria nunca, seria necesario decidirse, y el decidirse de una manera ostensible es cosa que no me conviene: allá veremos.

Acababa Diego de formular este pensamiento, cuando se le atravesó delante un mendigo.

—¡Una limosna por amor de Dios, caballero! le dijo.

Diego miró á aquel mendigo y se estremeció imperceptiblemente.

—¿De dónde viene, hermano? le preguntó.

—De la parte de Avila, señor. Ya se vé, alli reina la peste, y como si no bastara, se han echado sobre la tierra los confederados á quien Dios confunda.

—Trabaje hermano, y no pida, le dijo Diego, que harto mozo y robusto es.

—¡Ah señor! entre la peste y los confederados, no dejan á los labradores cultivar los campos, y la gente pobre perece. No hay mejores entrañas en Castilla... ya veis: en la posada del Cristo de las Palmas, me piden dinero por dormir en el pajar.

—Tome por una sola vez, hermano, y no vuelva á pedirme: dijo Diego dando al mendigo un tarin de plata.

—Dios se lo pague, noble caballero; con esto ya podré pagar al dueño del meson del Cristo de las Palmas, para que me deje dormir en el pajar.

Y el mendigo se alejó.

—¿Si creerá ese bergante, dijo Diego, que no he entendido demasiado que se me manda ir al meson del Cristo de las Palmas cuando me ha repetido su nombre? Y es necesario ir.... cuando tengo una curiosidad terrible, un interés sin igual por saber lo que significa esta reunion de armados; pues bien: seamos prudentes. Vamos al meson del Cristo de las Palmas.

Diego rodeó y volvió á rodear por calles y callejuelas, y al fin en un estremo de la ciudad, se paró delante de un meson destartalado, cuya fachada, iluminada por los últimos rayos del sol ponientes, mostraba en una de sus ventanas, un pañuelo como puesto á enjugar.

Diego notó que aquella ventana hacia el número tres, y se entró de rondon en la posada.

—¿Se os ofrece algo, caballero? dijo el huésped saliéndole servicialmente al encuentro.

—Lo único que se me ocurre es que os quiteis de delante, bribon: ¿qué, no puedo yo entrar en una casa pública sin que se atrevan á preguntarme?

—¡Vaya por soberbia! ¡mal fuego en el primer rico-hombre! esclamó el posadero apartándose, pero en acento que no podia ser oido, é inclinándose al mismo tiempo de una manera servil, por respeto á la larga espada de Diego.

En aquellos tiempos los nobles trataban á la gente del pueblo de la misma manera que á sus vasallos, esto es: como á sus caballos y á sus lebreles: á latigazos. Los villanos murmuraban al sentir el látigo, pero se inclinaban servilmente y obedecian, sin ocurrírseles siquiera que como hombres tenian derecho á sublevarse. Esta era una de las fases del carácter de la edad media.

Diego siguió adelante, atravesó el zaguan-cocina y el patio, sin encontrar á su paso un alma viviente, subió unas escaleras descubiertas, encontróse en un corredor desierto tambien, y buscó el número tres sobre las puertas que se veian á lo largo de la pared: llegó á la marcada con aquel número y llamó.

Inmediatamente se abrió la puerta.

Un hombre como de cuarenta años, de semblante rudo é insolente, con traje de escudero, se le presentó y cerró inmediatamente la puerta.

—Os agradezco, señor don Diego, le dijo, que hayais venido cuanto antes, y en recompensa del maravedí de plata que me habeis dado, os esperaba con algunos frascos de Villasequilla, que es lo único que con la soledad hay de bueno en esta maldita posada. Sentaos y bebamos.

—Gracias por vuestra cortesía, señor Ruy Perez: pero paréceme que no es este tiempo de entretenernos. El rey va á partir.

—¡Bah! el señor rey se rasca porque le pica, pero no hay físico que le quite la carga de encima.

—¿Cómo, tan de veras va la cosa?

—¡Que si va de veras! dentro de quince dias no es ya rey de Castilla.

—¡Diablo! ¡Diablo! paréceme imprudente: el rey aun tiene fuerzas.

—Se las gastaremos de una vez en una sola batalla.

—¿Habeis visto los hombres de armas que andan al trote por la ciudad?

—Ruido y no mas que ruido. La cuestion, vista por el lado de las armas es nuestra, y nuestra por el lado del derecho.

—Tan turbio anda el derecho...

—Que por lo mismo es necesario aclararle. Pues bien, le aclararemos con sangre. Ha llegado la hora de dar el golpe, y mi señor el noble marqués de Villena quiere darle al mismo tiempo por muchas partes.

—¿Y os envia á Segovia?...

—Para daros esta carta.

Y Ruy Perez sacó una de su escarcela.

Diego la desarrolló y la leyó.

«Necesitamos tener cuanto antes de nuestra parte á la infanta »doña Isabel: vos que os habeis unido á nuestra causa y que teneis »tanto interés como el que mas en su triunfo, estais en posicion de »procurarnos la infanta. Sois rico-hombre, procurad ser duque. Es »cuanto tengo que deciros: mi escudero Ruy Perez, hombre de brios, »de ingenio y de confianza, queda á vuestras órdenes: por si habeis »menester dinero y os falta, Ruy Perez le lleva: si habeis menester »lanzas Ruy Perez las hará brotar de la tierra con un golpe de su »pie. Procurad á todo trance quedaros en Segovia, lo que podreis con»seguir si sabeis manejaros con Beltran de la Cueva. Si no os fuere »posible buenamente, perdeos ó haceos enfermo: pero procurad no »dar que sospechar. Sabemos que la reina anda desavenida con »Beltran de la Cueva, y que ya ha cometido contra él algunas infideli»dades porque doña Juana no puede pasar sin galanteos: ¿no habeis en»contrado todavia al hombre que haga dar un escándalo á la rei»na? Concertaos con doña Mencía de Padilla para ese asunto, con»fiad, pero procurad que no sospeche lo de la infanta. Esto es lo »principal y espero que, sea por el medio que fuere, la pondreis en »nuestro poder en breve plazo. El marqués de Villena.»

—Paréceme que no os agrada esa carta, dijo Ruy Perez á Diego.

—Os confieso que don Juan Pacheco exije demasiado de mí.

—Sin embargo, las pruebas de amistad que el marqués os ha dado... porque seamos francos... bien sabeis que mi amo estaba frenéticamente enamorado de doña Tomasa... sin embargo, os ha dejado casaros con ella.

—No hablemos de eso.

—¿Y por qué no? estamos solos: vos al casaros con esa señora nada ignorabais, pero en la corte se ignora que vuestra esposa era querida del marqués, que tiene pruebas, que podria acusarla de no haber dejado ningun objeto de valor en la casa que la puso, y esto produciria un escándalo formidable.

—Creo que el marqués no se atreveria á esponerse á romper una lanza conmigo.

—¡Bah! señor Diego, el marqués no rompe lanzas, por mas que sea valiente y buen caballero: le sobran medios para hacerse servir.

—Confesad que vuestro amo no debia, y no se trata ahora de vos, señor Ruy Perez, de poner estos asuntos en manos de sus criados.

—¡Bah! es que yo aunque llevo su librea, mas que criado, soy su amigo: le amo como si fuese mi padre, y estoy dispuesto por él á todo. Ademas no debeis ofenderos: delante de la corte mi amo os da la mano y os trata de señoría á señoría: pero en privado...

—No encuentro por qué en privado haya de despreciarme.

—No olvideis lo que habeis sido.

—No olvide el señor marqués...

—Ya sé, ya sé lo que vais á decir... lo de bastardía... ¿y quién no es hijo ó descendiente hoy de bastardo en Castilla cuando nuestros reyes, nuestros infantes son bastardos por su origen?

—¡Oh! ¡oh! con que tambien el señor rey...

—¡Oh! el padre del señor rey don Enrique y de los infantes don Alonso y doña Isabel, era don Juan el II, el padre de don Juan el II era Enrique III...

—Sí, sí, ya sé que vienen de don Enrique II.

—Que era bastardo como hijo de doña Leonor de Guzman, combleza de Alonso el XI: ya que vos, para igualaros á don Juan Pacheco, salis por la bastardía, ¿no os honrariais vos si se igualase con vos don Fernando de Aragon, ese infante con quien la reina viuda doña Isabel de Portugal trata el casamiento de su hija la infanta doña Isabel?

—¡Cómo! ¿manchas tambien el nacimiento del noble infante don Fernando?

—El infante don Fernando es hijo de don Juan el II de Navarra,y de doña Juana Henriquez, hermana del almirante don Alonso. Prescindiendo del rey don Juan, en el cual no seria dificil hallar bastardía, refirámonos á su madre: su madre era hija del primer Enriquez, y los padres de este eran el maestre de Santiago don Fadrique, bastardo, que ya habia heredado bastardía por los Guzmanes: es decir, que era dos veces bastardo, y la madre de don Alonso Enriquez era la judia doña Paloma: por lo tanto el tal don Alonso es tres veces bastardo, y bastardo sacrílego, puesto que su padre era maestre de Santiago y clérigo por lo tanto, lo que no le impidió tener hijos en una judía. Como sois noble nuevo no sabeis estas cosas y creeis que lo de bastardo es una mancha. Si lo es, no hay familia en Casti-

lla que no tenga por qué callar, porque si se van subiendo los árboles genealógicos, no habrá un solo hombre que no tenga sangre bastarda con cruzamiento de moro y de judio. Por lo tanto, si el marqués, aunque bastardo, os trata como un inferior á quien paga, debeis tener presente que vos habeis necesitado de un indulto para no ser ahorcado por crímenes comunes. El marqués, sin embargo, no repara en eso; en primer lugar la nobleza no os conoce, y solo os tiene por un aventurero... esto lo debeis á los buenos oficios del marqués de Villena que ha intimidado ó cerrado la boca del corregidor de Madrid que os conoce demasiado. Ademas el marqués ha sabido que en la casa donde se encontró cierta noche con doña Catalina de Sandoval, habiais vivido vos; aquella noche faltaron al marqués ciertos papeles, y el veros rico-hombre y señor cuando el dia antes erais un bandido, demuestra claro que vendisteis bien aquellos papeles.

—No sé lo que quereis decir.

—No disputemos sobre ello. Básteos saber que si el marqués se ha valido de vos, es porque sois hombre de ingenio y valiente; porque tiene en su mano el desenmascararos; porque sabe que vos preferireis crecer á su sombra, á que el marqués rasgue el velo y os muestre tal cual sois. Aunque á vos os importase poco que la corte supiera que habeis sido un bandido y vuestra esposa una ramera, siempre tendria el recurso de castigaros mandándoos coser á puñaladas.

—¿Pero á qué viene todo esto? ¿acaso he dado yo motivos de desconfianza al marqués?

—Bueno es que esteis avisado por si acaso. Ahora, señor Diego el Desollador, bebamos como buenos camaradas y concertémonos sobre lo que el señor marqués nuestro amo quiere que nos concertemos.

Devoró su rabia Diego, que al ser ennoblecido habia adquirido sin saber cómo una soberbia de noble y bebió.

—Ahora bien, dijo Ruy Perez: en Segovia hay dos hombres que es necesario quitar de en medio.

—¿Y qué hombres son esos?

—El uno es un emisario del rey de Portugal.

—¡Ah!

—Y vos le conoceis.

—¿Que le conozco yo?

—Sí por cierto, ha sido bandido como vos, y ahora es rico-hombre en Portugal como vos lo sois en Castilla.

—Su nombre.

—El señor Blasco do Campo Riveyra.

—¿Y ese hombre está en Segovia?

—Vive en la posada del Príncipe.

—¿Y quién es el otro hombre?

—El otro es Mosen Pierres de Peralta, condestable de Navarra, emisario de doña Juana Henriquez, y encubierto y protegido en la corte por el almirante.

—Supongo que don Juan Pacheco no querrá que nos deshagamos de ellos á puñaladas.

—Son mejores dos buenas estocadas.

—Pero ellos son astutos.

—Metámoslos en el lance, que ellos caerán.

—¿Y por qué medio?

—¡Las mugeres! ¡las mugeres sirven para todo! ahora bien, tiempo nos queda de eso. Por ahora idos, presentaos á don Beltran de la Cueva, que segun he podido informarme, debe dejaros en Segovia.

—Vos lo sabeis todo.

—Pago bien, y me sirven bien.

—Pues esperadme esta noche.

—Os esperaré.

—A Dios, pues, señor Ruy Perez.

—El guarde á vuestra señoria.

Y Diego salió del meson, dominado, irritado, rugiente.

—¡Ah! ¡ah! esclamó: ¡el señor don Juan Pacheco se ha equivocado! ¡es un zorro, y se atreve con un lobo! su insulto me decide: dobleguémonos por el momento; pero despues.... despues, yo me levantaré.

Y se encaminó á gran paso al alcázar.

XXVIII.

De las cosas que pasaban por el interior del alcázar.

El movimiento de animacion de hombres de armas y caballeros que, como hemos dicho antes, se dejaba conocer en Segovia, se hacia sentir de una manera mas profunda en el alcázar, donde toda aquella gente confluia; la plaza de armas se veia llena de peones, ballesteros, ginetes y lanzas, y por los anchos corredores y las sombrias cámaras, iban y venian y cruzaban gentiles—hombres y escuderos.

Inmóvil en la misma ventana de la torre del rey don Juan, donde la habia visto Blasco do Campo Riveyra, estaba doña Mencía de Padilla con la vista fija en la plaza de armas, apoyados los codos en el

alfeizar, y en las palmas de las manos la hermosísima y meditabunda cabeza.

Su noble entrecejo estaba fruncido: sus poderosos ojos inmóviles, destellando una mirada profunda: su hermosa boca contraida con una espresion de sufrimiento y de dolor: su peinado, aunque siempre voluminoso y elegante, era sencillo, y el trage alto, negro y severo: ningun adorno se notaba en ella; para doña Mencía habia pasado ya la edad de las flores, de los prendidos y de las joyas, ó por mejor decir, los pesares de la noble dama los habian escluido.

Pero no por eso su hermosura era menos incitante, menos vigorosa: por el contrario, parecia que la lucha y las desgracias la habian aumentado, dándola la magestad que imprime en las almas grandes el sufrimiento.

Y que doña Mencía apuraba hasta las heces la copa de uno de los sufrimientos mas amargos que pueden hacer presa de una muger, consignado está en la historia que de ella hemos hecho hasta ahora: altiva, pura, ardiente, con pasiones volcánicas hijas de una imaginacion entusiasta, habia pasado su juventud jugando con el amor y desesperando galanes: se habia casado contra su voluntad sacrificándose por el honor de una princesa, con un hombre á quien estimaba, de quien se servia, pero á quien no podia amar, porque aquel hombre era, en la apariencia, demasiado vulgar para que pudiese satisfacer las exigencias del alma de doña Mencía. Hernando de Carrillo era para ella un precioso instrumento cuando se trataba de conspiraciones y un objeto enfadosísimo cuando de amor: como marido lo separaba de doña Mencía una repugnancia invencible, en la cual acaso no tenia poca parte el amor entusiasta, delirante, inmenso que la hermosa dama sentia por Beltran de la Cueva.

Cuando doña Mencía de Padilla volvia los ojos á su pasado (y esto acontecia á cada momento); cuando recordaba que libre de amor hasta los veinte y ocho años, se habia sentido al fin subyugada por un mancebo de veinte: cuando traia á la memoria que habia conocido á aquel mancebo sufriendo bajo la influencia de una miseria de noble, la peor y la mas punzante de las miserias, llevando sobre los magníficos y sedosos cabellos una caperuza raida, sobre los anchos hombros una capa transparente y exigua á fuerza de servicios y años, y un mezquino jubon sobre el cuerpo gentil; cuando recordaba que al ver aquella miseria se habia dicho: «le sacaré de ella, le haré grande entre los grandes, poderoso entre los poderosos, temido entre los temibles: le daré mi cuerpo y mi alma, mis pensamientos y mis

deseos: viviré para él y solo para él, y él me adorará porque soy hermosa, porque soy codiciada, porque soy la reina de la belleza y del talento y porque me lo deberá todo, amor, riquezas, honores, poder;» y arrastrada de esta mágica esperanza, habia hecho cuanto habia prometido hacer por Beltran en su pensamiento, y todos sus esfuerzos, todos sus sacrificios, su honra perdida, su influencia gastada, habia redundado en provecho de otra muger, de su rival la reina doña Juana: cuando comparaba á aquel don Beltran conde-duque de Ledesma y de Alburquerque, señor de villas y lugares, del consejo y cámara del rey, su confidente, su privado, amante de la reina, padre de la infanta doña Juana, con aquel mancebo de Ubeda, hijo del hidalgo empobrecido y olvidado don Diego de la Cueva á quien llamaba el vulgo por desprecio el *Galgo cojo*; con aquel mancebo tan humillado bajo su pobreza, con sus raidas ropas y su desesperacion, no podia menos de sentir en el fondo de su alma al hacer esta comparacion, un despecho profundo, un dolor agudo, unos celos rabiosos, una venganza cruel: la habian robado su sueño, su felicidad, su hombre, y lo que era mas desesperado, ella le habia dado los medios, la ocasion, el poder para hacerle llegar á la reina que se le robaba.

Nada tenia, pues, de estraño lo nublado de la frente de doña Mencía, ni lo profundo y terrible de su mirada, ni la contraccion dolorosa de su boca: era un ángel caido, y por lo tanto habia en su alma pasiones volcánicas, venganzas implacables, proyectos terribles.

Continuaba en su oficio de camarera mayor de la infanta doña Isabel, y por la tanto estaba en su cámara, á la que correspondia la ventana á que estaba asomada.

Aquella sala era un estenso salon gótico-bizantino, de paredes cubiertas de tapicerias ricas, pero severas en su color y en sus dibujos, con alto techo de ensambladura, y muebles severos como la tapicería. La gran estension de la cámara hacia que la noche empezase en ella antes que en el esterior, y en la hora en que la presentamos á nuestros lectores, que era dado las oraciones de la tarde, se habia hecho preciso encender luz.

Sentada al lado de una mesa, donde ardian en un candelabro de tres brazos otras tantas velas de cera, estaba sentada la infanta doña Isabel en un alto sillon blasonado; delante de ella, en escabeles, estaban tres damas jóvenes, una de las cuales era doña Beatriz Fernandez de Bobadilla, conocida mas adelante, por su casamiento con Andrés de Cabrera, alcaide á la sazon del alcázar, con el título de marquesa de Moya, que dieron los reyes Católicos á su marido en premio de sus

servicios: ademas de esta jóven, morena, bella, espiritual y valiente, habia otras dos damas: doña Inés de Alvarado y doña Maria de Bazan, tambien bellas, y entre la infanta y las tres damas sostenian un tapiz que bordaban con sedas de colores y oro; aquel tapiz le destinaba el amor de la infanta á su madre la reina viuda doña Isabel de Portugal, que se hallaba apartada de sus hijos, confinada y casi presa en su villa de Máqueda.

Al otro lado de la mesa, doña Beatriz Galindo (la Latina), dama de edad provecta y aya de la infanta, sostenia su reputacion de docta, leyendo con gran interés un manuscrito en latin que contenia los comentarios de César.

No se oia en la cámara otro ruido que el rumor de los hombres de armas, que penetraba por las ventanas de la cámara atenuado, por la distancia; el chascarar de las velas, el severo acento de doña Beatriz Galindo, que pronunciaba con gran pureza y rigidez el magnífico idioma de Lacio, y el volver de las hojas del libro por intérvalos regulares: de tiempo en tiempo la infanta doña Isabel interrumpia la lectura con una breve observacion, ya política, ya gramatical: respecto á estas últimas, doña Beatriz Galindo concedia ó rectificaba, con la autoridad de un dómine, y la lectura seguia, no sin gran fastidio y mortificacion de las damas bordadoras, que hubieran preferido á aquella, para su inteligencia jerga, estraña, una conversacion de amores ó una murmuracion de córte, cosas entrambas vedadas y severamente reprimidas en presencia de la infanta doña Isabel.

Doña Mencía de Padilla continuaba en la ventana, y aquel cuadro, en fin, era, si bien interesante por su aspecto durante un momento, pasado él, monótono y frio.

Asi continuó algun tiempo la situacion de los personages que nos ocupan: pero llegó un punto en que se abrió la puerta de la cámara, y un page dijo desde ella en voz clara y sonora:

—¡Su señoria el rey!

A este aviso las bordadoras y doña Beatriz Galindo, dejando las unas su labor, cerrando la otra su libro, se levantaron y doña Mencía de Padilla irguió el cuerpo que tenia abandonado en la ventana, y se aproximó á la infanta.

—Bastante leccion hemos tenido, doña Beatriz, dijo doña Isabel; podeis retiraros á vuestro aposento y descansad: vosotras, recoged la labor y salid: vos, doña Mencía, preparad mi cena y mi servidumbre: pienso recogerme temprano.

La camarera mayor, el aya y las damas salieron por una puerta á

tiempo que Enrique IV entraba por otra en la cámara.

Su paso era inseguro, sus miradas recelosas se estendian en torno suyo: tenia todo el aspecto de un hombre que tiene poca confianza en salir bien de un empeño que le importa mucho. Acercóse á la infanta que se habia puesto respetuosamente de pie, y la estorbó que hincase la rodilla para besarle una mano.

—No, no, mi buena, mi amada Isabel, dijo el rey sosteniendo á la infanta entre sus brazos y besándola en la frente: quien viene á verte no es el rey de Castilla, sino tu hermano, tu buen hermano Enrique: siéntate, siéntate en tu sillon: yo me sentaré á tus pies en este escabel: aqui tu eres la reina y yo el vasallo... sí... sí... ¡por san Lázaro, mi patron!... como que vengo á suplicarte....

—¿A suplicarme, señor?

—¿Por qué no me llamas hermano?

—Pues bien, hermano mio, ¿qué teneis que suplicar á un vasallo?

—Aun no me tratas como yo quiero, dijo el rey y no te contestaré hasta que me trates como á tu hermano, enteramente como á tu hermano.

—Y bien, ¿qué quieres, Enrique?

—Sentémonos primero; ¡ah! ¡diablo! ¿quién ha estado sentada en este escabel? echa fuego: ¡ah! lo adivino, no puede ser otra: doña Beatriz Fernandez de Bobadilla; esa morena tiene dentro de sí el fuego de un volcan; ¡soberbia moza!... perdona, hermana, perdona.... y no frunzas de ese modo el gesto; nada quiero decir.... pero doña Beatriz.... Vamos, dejemos á doña Beatriz y tratemos de lo que importa: bien sé que eres casi una doctora, que eres valiente como un Cid, severa como Séneca, y quisquillosa acerca de ciertas materias, que no hay mas que pedir: yo tengo de todo; pero me confieso sin trabajo, muy inferior á tí.

—¡Señor!

—¿Volvemos á lo-señor?

—Hermano, no te comprendo bien: hace mucho tiempo que no solo no tengo el consuelo de verte, sino que cuando rara vez te veo, en la córte, en una solemnidad imprescindible, estás severo, casi disgustado conmigo.

—Es que, Isabel, sin quererlo, me estás dando terribles disgustos.

—¿Yo, Enrique?

—¡Sí, tu!

—Quisiera conocer en qué te disgusto para evitarlo.

—Como te decia, hermana, tú con tus pocos años, me aventajas

en magestad y en prudencia, lo conozco; conozco tambien que tú asombrarás con tus grandezas al mundo, como yo le estoy asombrando con mis desdichas, y puesto que tal ventaja me llevas, espero que con tu prudencia y tus virtudes te prestarás á sacar á tu hermano de la situacion mas humillante y miserable en que jamás se ha encontrado rey en el mundo.

—¿Y está en mí sacarte de esa situacion? hermano.

—En tí sola consiste.

—Si mi honra lo permite... dijo la infanta.

Nublóse un tanto el semblante del rey.

—¡Tu honra! ¿y qué podria yo pedirte que no fuera honrado? eres ya una hermosa y casadera infanta, Isabel, y es necesario que pensemos en darte marido.

—Creo, Enrique, que esos asuntos seria mejor que los tratases con mi madre la señora reina doña Isabel.

—Héme aqui ya frente á frente con la melindrosa.

—¿Melindre llamas á reconocer la autoridad materna?

—Es que, Isabel, yo hago á tu lado veces de padre.

—Es verdad... pero...

La infanta se detuvo.

—¿Pero qué? concluye: ¿acaso no he venido á verte lisa y llanamente? no tengas conmigo menos confianza, hermana, que la que tendrias con tu madre. ¿A qué esa resistencia á contraer matrimonio? ¿Acaso crees que no eres para mí una carga pesadísima y que debo desear arrojarla de mis hombros?

—¡Una carga pesada, Enrique!

—Sí por cierto, sí, dijo con impaciencia el rey: mis reinos están dados al diablo: los confederados, los tiranos, como los llama, no sin razon, mi buen coronista Diego Enrique del Castillo, á todo se atreven, á todo: han dado en decir y el pueblo en creerlo, y la corte en rugirlo, que la infanta doña Juana no es mi hija: y toma con que si la reina, y dale con que si don Beltran...

—¡Enrique! esclamó con dignidad doña Isabel: ¡mira con quien hablas!

—Los reyes, Isabel, nunca son jóvenes ni viejos; lo que lastimaria los oidos de la hija de un pobre hidalgo, no puede ni debe jamás lastimar los oidos de una infanta en quien todos piensan para reina, que será reina... sí, sí... serás reina, Isabel... por lo tanto es necesario que sepas cosas que son importantes... demasiado importantes, vive Dios, y que te tocan muy de cerca: pero ya que tus castos oidos,

hermana, de todo se escandalizan, procuraremos dorarte las palabras, y que nos entiendas.

La infanta tenia clavada la vista en la alfombra y estaba encendida como una amapola.

—Es, pues, el caso que mis reinos han dado en la flor de decir, y no solo de decir, sino de demostrar con las armas en las manos, que no quieren por heredera de mis reinos á mi hija.

—Haceos obedecer de vuestros reinos, rey, esclamó con dignidad la infanta: levantad en cada ciudad, en cada villa, en cada plaza, un tajo y una horca: venced en el campo á los traidores, y entregadlos al hacha y al verdugo, gobernad en justicia vuestros pueblos y...

—Sí, sí, todo eso es muy fácil de decir, esclamó el rey: pero difícil, imposible de hacer. Salid al campo, rey... ¿y para qué salimos al campo? podemos muy bien cazar liebres, pero cazar á los confederados es distinto... eso es ya cosa de mayor cuantía... es... esponerse á lo que ha sucedido muchas veces; á ser preso en vez de prendedor. . ¿y sabeis qué resulta á cada una de estas tentativas de fuerza? que damos una prueba mas de que no tenemos ninguna .. ¿y qué quereis que hagamos?..

—Lidiar con fé por el derecho de los reyes, y morir con honra antes que manchar la dignidad real.

—Lo que yo decia á don Beltran: es inútil ir á ella con estas pretensiones; es una pequeña amazona, cuya grandeza de corazon ve siempre pequeño el peligro, una heroina de los antiguos tiempos, mi buen duque, con una firmeza de roca, con una firmeza de fuego. Inútil será que la diga: tú puedes salvar á Castilla.

—¿Que puedo yo salvar á Castilla? dijo la infanta.

—Sí.

—¿Y cómo?

—Casándote.

—Demostradme, señor, que casándome libro á Castilla de sus calamidades y...

—¿Y te casas?

—¡Sí! dijo con acento firme la infanta.

—Pues bien, tu casamiento desarmará á los confederados.

—Siempre los confederados.

—Es que los confederados lo son todo: de ellos el territorio, de ellos la fuerza, de ellos el dinero, los confederados se llaman, Carrillo, Pacheco, Giron, Paredes, Haro, Pimentel, lo mas noble, lo mas rico, lo mas poderoso, en fin, del reino: ellos hacen y ellos desha-

Soldevila inv.º y Litº

Litª de J. Aragon, Madrid.

VIII.

ENRIQUE IV.

Permitid señor que me retire dijo la infanta con indignacion

cen: cuando ellos levantan sus estandartes el reino se estremece: cuando los bajan el reino respira: el rey no es rey sin ellos, sino vasallo, y para ser rey es necesario que les entregue el gobierno.

—¡Baldon é ignominia! esclamó levantándose indignada la infanta. ¿Con que todo ha de ceder ante esa turbulenta nobleza? ¿con que el rey no es mas que un niño que levantan ó sepultan bajo sus estandartes? ¿y hay hombres que consientan en llamarse reyes cuando se ven obligados á ser reyes de farsa, reyes de comedia, cuando son traidos y llevados y se les enseña la leccion para que la canten de coro, y digan lo que ellos, que tienen el látigo en la mano quieren que diga, y esos reyes sufren su vergüenza y la apuran, y se deshonran ante sus reinos, y la vergüenza y la deshonra no los mata, ya que no los mata en noble lucha la espada de los traidores? ¿y hay reinos que dejan que se les insulte de esta manera en la persona de su rey, y se les azote con tributos para llenar las arcas de los rebeldes? ¡oh! ¡ciertamente que rey que tal sufre es digno de pueblo que tal obra!

—Si lo decia yo.... si no habrá medio de entenderse con esta loca... dijo el rey levantándose y poniéndose á pasear disgustado: es cierto: las locuras de su madre se la han metido en el seso, y no hay medio... y luego las intrigas del almirante, de ese poderoso don Alonso Henriquez, á quien Dios maldiga, y los amores con don Fernando de Aragon...

—Dadme licencia para que me retire, señor, dijo con dignidad la infanta.

—¡Retirarte! ¡eh! ¡retirarte! hé ahí que cuando hemos tocado á la cosa, al verdadero punto de la dificultad, no queremos ver, oir ni escuchar: sí, ciertamente: ¡la virtud! ¡vive Dios, con la virtud! ¡la virtud de mi hermana, de mi buena y nunca bien, como se debe, ponderada hermana la señora infanta doña Isabel! ¡ambicion, locura! ya lo creo: el amante es ya rey de Sicilia, á la muerte de su padre don Juan, debe ser rey de Aragon y.... ya lo creo.... ciertamente, tanto consejo ha habido al lado de mi buena y leal y obediente hermana, tanto mensaje, tantos papeles, tantas pinturas y prendas han venido de allá, que nuestra doncellica asustadiza, que se horroriza de oir hablar de adulterio y de mancebías, se ha enamorado de ese don Fernando, á quien Dios confunda, se le ha metido en los cascos casarse con él, y se nos ha declarado rebelde, ni mas ni menos que el otro nuestro buen hermano el infante don Alonso, y sin la disculpa que él tiene de ser niño, porque nuestra hermana es ya una muger, y le sobra el ingenio y sabe latin, y asi, á lo mojigato y á lo ino-

cente, tiene mas picardias que ese zorro con sotana arzobispo de Toledo don Alonso Carrillo. Y nos habla de firmeza, y de hacha, y de combatir contra los rebeldes, y ella propia se nos rebela: pues bien, hermana doña Isabel, vamos á tomar vuestros consejos, y á empezar á ser fuertes con vos.

—¡Que vais á ser fuerte conmigo! ¡buena hazaña! ¡conmigo! ¡sí, pardiez! podeis ser fuerte conmigo, pobre huérfana abandonada, pero os juro que si no tengo fuerzas para vencer, las tendré para resistir.

—Lo veremos.

—Délo por visto vuestra alteza.

—¿Sabeis hermana que cuadra muy mal el tratamiento que me dais con el tono de vuestras palabras?

—¿Y desde cuándo acá han estado mudos los infantes de Castilla para defender su honor y sus fueros?

—¿Y quién toca á vuestro honor? esclamó asustado el rey.

—Tal es el marido que pensais darme que no os atreveis á pronunciar su nombre.

—Hé aqui, hé aqui la muger fuerte, cuya fortaleza se derrumba por el lado de la curiosidad: ¿es decir que estais anhelante por saber el nombre del que va á ser vuestro esposo?

—¡Del que va á ser mi esposo! ¡cómo! ¡y creeis que... que yo... aceptase por marido!..

—Vos, doña Isabel, hareis lo que queramos que hagais: ireis donde os llevemos.

—Sí, todo, todo menos una infamia.

—¿Y quién os pide una infamia, hermana?

—Estoy leyendo esa infamia en vuestra vacilacion, en el temor que se pinta en vuestro semblante: os cuesta trabajo concluir... concluid de una vez: os escucho, os suplico que acabemos.

—Ven, Isabel, ¿ves esas lanzas que se apiñan en la plaza de armas? dijo el rey llevando á la infanta á la ventana donde habia estado asomada doña Mencía de Padilla.

—Hace mucho tiempo que escucho el ruido de sus armas y de sus voces y el relincho de sus caballos.

—Pues bien, tú causas todo eso.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Y cómo? ¿por qué?

—Hoy se nos ha presentado un mensajero de don Juan Pacheco

que con los confederados marcha sobre Avila: ese mensajero traia una intimacion terminante.

—¿Y qué han intimado los confederados á su rey?

—No han sido los confederados, sino don Juan Pacheco, marqués de Villena.

—Y bien.

—El mensajero, despues de haberme presentado unas letras del marqués en que este le autorizaba para tratar *conmigo*, se quedó *conmigo* encerrado en mi cámara y me dijo estas ó semejantes palabras: «Señor rey, las cosas han llegado tan á punto de rompimiento, que, si Dios no lo remedia, darán para las gentes presentes y las venideras, el mayor escándalo que nunca vieron los nacidos.

—¿Y de qué escándalo se trata? le pregunté: de alguno sin duda tan bueno como pensado por don Juan Pacheco.

—Trátase, me dijo, de destituiros, y de poner en el trono que dejareis vacio al príncipe don Alonso, vuestro hermano.

—¡Ah! ¡tratan de destituirme! le dije, conteniendo mal mi cólera: ¿y qué remedio habria para eso? añadí.

—El único remedio que hay es el casamiento de vuestra hermana la infanta doña Isabel con el señor maestre de Calatrava don Pedro Giron.

—¡Mi casamiento... con... don Pedro Giron!... dijo lenta y profundamente la infanta, cuyas megillas se pusieron lividas como á la presencia de la cólera producida por un insulto.

—Sí, eso es: tu casamiento con don Pedro Giron.

—Y vos... ¿qué contestasteis?

—Díjome tanto... me probó de tal y tan clara manera que no habia mas medio que destitucion ó casamiento, que consenti.

—¡Consentísteis!

—Sí, por cierto: siempre será menos escandaloso que tu te cases con un maestre, con un señor poderoso y omnipotente, que el que se destituya á un rey.

—Matad ó morid.

—No mato porque no puedo: no muero porque no quiero: pero puedo casarte y te caso.

En aquel momento se abrió de repente la puerta por donde habian desaparecido las damas, y salió la jóven doña Beatriz Galindo, y se interpuso al rey y á la infanta.

—¿Qué es esto? ¿qué desacato es este? dijo el rey: ¿quién os ha llamado?

—La violencia que se quiere hacer á mi señora: esclamó con valentía doña Beatriz; pero os juro....

—Nada jureis, hija, que sin dificultad os creo, dijo don Enrique: ya sé, ya sé por esperiencia, que teneis la sangre ardiente: ahora bien: no quiero escándalos y os dejo con vuestra señora para que jureis cuanto querais: por lo demas, doña Isabel, tenedlo presente, os lo repito: puedo casaros, y os caso.

Y el rey salió como quien huye de la cámara.

La infanta se echó á llorar amargamente.

—¿Y por qué llora vuestra señoria? esclamó doña Beatriz tan conmovida como la infanta.

—¿No veis mi desventura? contestó la infanta: hija, nieta y hermana de reyes, quiere casarme con ese vil bastardo, con ese miserable don Pedro Giron.

—No permitirá Dios, señora, tan grande maldad, dijo con energía doña Beatriz Fernandez de Bobadilla; mientras yo viva y esté á vuestro lado, no sufriré tal afrenta; antes con este puñal, y mostró uno que sacó de entre sus ropas, daré muerte á ese cruel maestre que se atreva á tanto.

—No será necesario que vos derrameis su sangre: dijo doña Mencía entrando á este tiempo en la cámara. El maestre encontrará el castigo antes de gozar su crímen. Yo velo por vos, señora: os suplico que os recojais, pero no os desnudeis: los asuntos andan demasiado enmarañados para poder confiar.

—¡Ah doña Mencía! en vos confio: dijo la infanta.

—¡Y no confiais en vano! venid, señora, venid.

Y llevó á la infanta á su retrete donde la dejó con su servidumbre, y luego volvió á la cámara y abrió una pequeña puerta.

Tras ella apareció Hernando de Carrillo.

—Ya era tiempo, señora, dijo.

—¿Espera Mosen Pierres de Peralta?

—Está dado á los diablos.

—¿Dónde está?

—Esperando junto al postigo bajo de la galeria de moros.

—Seguidme.

—¿A dónde vamos?

—A los aposentos del alcaide Andrés de Cabrera.

Doña Mencía y Hernando de Carrillo desaparecieron á oscuras en el fondo de la habitacion á que daba entrada aquella puerta.

XXIX.

De como el bandido aprovechó una equivocacion.

Entretanto Diego el Desollador habia llegado al alcázar; en la barahunda que, por decirlo asi, reinaba en el interior, nadie reparó en él á pesar de que, era acaso el único entre todos los hombres que vagaban en el patio y en las galerías que no llevaba ceñida una coraza.

Diego reparó en los indudables aprestos de marcha, en las acémilas que á la luz de antorchas se cargaban en el patio, y en las literas que se preparaban: en las idas y venidas de la servidumbre, en otras cien particularidades, en fin, que anunciaban una próxima partida de la corte.

El bandido atravesó el patio, subió por unas estrechas escaleras situadas en un ángulo , y al llegar al fin de ellas á una galería que aun hoy se llama galería de Moros, preguntó á uno de los camareros del alcázar que atravesaba por ella:

—¿Podreis decirme, hidalgo, cuál es la habitacion en que mora desde ayer en el alcázar su señoría el duque de Alburquerque?

—¿Sois vos el hidalgo á quien espera su señoría? dijo el camarero mirando fijamente á Diego.

—Yo soy, dijo con audacia el bandido.

—En ese caso tened presente esta seña que el señor duque me ha dado para vos.

Y entregó á Diego un papel que guardó en su escarcela.

—Pero decidme ¿por dónde puedo llegar hasta el duque? insistió.

Miró con estrañeza el camarero á Diego.

—¿Qué, nunca habeis estado en el alcázar? dijo.

—He entrado en él pero muy pocas veces, y aun asi acompañado de su señoría.

—No puedo guiaros, dijo el camarero, porque mi obligacion me llama á otra parte, pero os daré señas por las cuales no os podreis perder: ¿veis aquella puertecilla situada al fin de la galeria en el rincon de la izquierda?

—Sí.

—Tras de ella encontrareis un guarda, pero no importa: cuando os detenga decidle con imperio: ¡plaza á la casa del duque!

—¿Esa es una seña?

—Si señor: despues bajareis una escalera, encontrareis un largo

pasadizo y en él otros tres guardas, repetid la misma seña: en ese pasadizo hay tres puertas, pasad la primera, la segunda y llamad á la tercera: os preguntarán: responded lo mismo que á los guardas; cuando entreis vereis otro largo corredor, dejad la primera puerta de la derecha, y llamad á la primera de la izquierda con la misma seña, que por si se os olvida, llevais escrita en ese papel que os he dado, tras aquella puerta encontrareis una antecámara, y en ella la servidumbre inmediata de su señoría. Que os guarde Dios, hidalgo.

Y el camarero dasapareció.

—¿Este hombre se ha equivocado ó no? si no se ha equivocado, el resultado es igual para mí; llego hasta el duque, le hablo con franqueza, le digo el compromiso en que me hallo, porque segun lo que me exige en su carta el marqués de Villena, ha llegado la hora de decidirse, como yo temia que sucediese alguna vez, y ya que el decidirse es preciso, decidámonos por el rey, esto ademas es justo: el rey es don Beltran, y don Beltran me ha dado lo que tengo, mientras el marqués de Villena solo se ha demostrado con ofertas, y ha acabado al fin con amenazas: pues bien: obremos de una vez decididamente: es cierto que me aventuro de una manera terrible; pero ¡bah! cuento con mi buena fortuna y con Tomasa, con mi hermosa Tomasa... adelante pues.

Y se encaminó á la puertecilla situada al fin de la galería.

En el momento en que pisó su dintel, un guarda armado de punta en blanco cruzó por delante de Diego su partesana.

—¡Plaza á la casa del duque! dijo con energía Diego.

El guarda hizo paso, se cuadró y saludó militarmente: el bandido pasó.

Bajó una escalera de ojo, oscurísima, y al llegar al medio de ella, sintió el roce de un vestido de muger: no se escuchaban mas pasos que los suyos.

—Alguna doncella de la servidumbre, dijo Diego y se detuvo.

La muger adelantó, y al fin tropezó con el bandido en la oscuridad.

—¡Ah! ¿quién es? esclamó.

—¡Plaza á la casa del duque! dijo Diego.

—¡Ah! vos sois el que busco, dijo la muger que tenia una voz dulcísima.

—Que me buscais, prenda mia, dijo Diego que comprendió por ciertas particularidades que no se trataba de una dama.

—Sí, ¿no sois vos el señor Alfonso de Leiva?

—¿Qué, no conoceis á ese caballero?

—Perdonad, me he asustado tanto al tropezar con vos, que no he podido conocer que no erais vos el que buscaba por vuestro acento: y sin embargo, habeis pronunciado una seña que solo podia saber el señor Alfonso de Leiva.

—Es que ese caballero me envia, dijo con una gran serenidad Diego embrollándose mas y mas en aventuras.

—¿Pues qué sucede al señor Alfonso?

—Está un tanto enfermo.

—¡Oh! ¡y cómo lo va á sentir doña Guiomar!

—¡Diablo! esclamó para sí Diego: asunto de amores tenemos: se trata de doña Guiomar de Silva: que me emplumen y me azoten si esta cita de amores no tiene que ver algo con los bandos.

—¿Y qué tiene el señor Alfonso?

—Ignoro la gravedad de su dolencia, solo sé que le he dejado en el lecho y que me dijo: me importa que vayais al alcázar: entrad en él: llegad á una puertecilla situada en cierta galería: os detendrá un guarda: pronunciad estas palabras ¡plaza á la casa del señor duque! el guarda os dejará pasar: encontrareis una oscura escalera de caracol, deteneos en ella y esperad: allí irá á buscaros una dama...

—Pues se equivocó el señor Alfonso de Leiva, dijo la muger, yo no soy dama.

—Todas las mugeres, cuando tienen una voz tan dulce como la vuestra, y unas manos tan tersas como las vuestras, pueden llamarse damas.

—Soltad, soltad, ú os dejo, dijo la muger: parece que está de Dios que todas las personas que vienen á buscar á doña Guiomar mi señora, sean atrevidas.

—¡Ah! ¡ah! ¿y todos los atrevidos han encontrado tan mal recibimiento como yo?

—Nada os importa eso, caballero: lo que importa es que me sigais, porque mi señora espera impaciente.

—Sígoos, pues, y alegre con la esperanza de que al fin hallaremos luz y podré admirar vuestra hermosura.

La muger calló, y siguió descendiendo por la escalera.

—¿Cómo os llamais? insistió Diego.

La muger guardó el mismo silencio.

—Qué ¿tan asustadiza sois que ni aun podemos saber vuestro nombre?

—Me llamo Esperanza, contestó con acento seco la jóven.

—Pues desabrida Esperanza sois; sin disputa estais enamorada y os pagan mal.

—¿Quién os ha dicho eso?

—Nadie, pero recuerdo un dicho de un grande amigo mio, que piensa que cuando una muger contesta reciamente á los requiebros, es porque el amor le ha hecho mal.

—Pues vuestro amigo se engaña.

—¡Bah! en asuntos de amor es hombre docto: vos misma me lo concedereis cuando os diga su nombre, porque debeis conocer al tal sugeto.

—¿Que debo conocerle?

—Sí por cierto; como que es mucho, muchísimo de vuestra señora doña Guiomar de Silva.

—¿Y cómo se llama ese vuestrc amigo? dijo Esperanza alentando apenas.

—Se llama el señor Blasco do Campo Riveyra.

—¡Ah! esclamó Esperanza.

Y aquel ¡ah! en la manera con que fue pronunciado era un gemido de dolor.

—¡Calla! ¡calla! ¿acaso el señor Blasco será el hombre de quien estais enamorada?

—¡Yo!.. ¿quién os ha dicho?.. os engañais, caballero, os engañais, dijo con precipitacion Esperanza.

—Muy de prisa y con mucho interés negais para que se os pueda creer. Vamos, esto nada tiene de estraño: mi amigo Blasco es buen mozo, sabe enamorar... y ya se ve... las mugeres son débiles... creen... se enamoran...

Esperanza suspiró profundamente.

—Ya estamos cerca, dijo eludiendo la conversacion; por este corredor llegaremos al aposento de doña Guiomar.

Y se aventuró por una estrecha y solitaria crugía iluminada de trecho en trecho por lámparas.

A su luz, aunque escasa, notó Diego que el talle de Esperanza era muy esbelto, su andar airoso, y hechicero el movimiento de su cabeza; caminaba con rapidez, le llevaba delantera y no habia podido verla el rostro.

—Esperad, esperad un momento, hermosa, dijo el bandido: me canso.

—¿Qué os cansais? dijo con estrañeza deteniéndose y volviéndose Esperanza.

—Sí por cierto, me canso de desear ver la lumbre de vuestros ojos.

Esperanza miró profundamente á Diego.

—¿Sabeis que sois muy hermosa? dijo este.

—Si lo soy es para mi desdicha, esclamó la jóven.

—¡Para vuestra desdicha!

—Sí por cierto: en la corte todos creen que una muchacha de pocos años y no fea, es una prenda de jurisdiccion comun: todos los señores tienen el amor en los labios, y los deseos en los ojos, y esto es una cosa que mortifica á una muger honrada.

—Quisiera hablar con vos, dijo Diego.

—¡Conmigo! ¿y qué teneis que hablar conmigo?

—Necesito haceros algunas preguntas.

—¡Preguntas!

—Sí acerca de una persona á quien vos no debeis querer mucho.

—¿Y qué persona es esa?

—Vuestra señora.

—¿Qué yo no querré bien á mi señora?

—No por cierto: jamás queremos á quien nos causa celos.

—¿Qué mi señora me causa celos?

—Sí por cierto, ¿acaso no es amante del señor Blasco do Campo Riveyra?

—¿Y qué tengo yo que ver con ese caballero? dijo poniéndose notablemente encendida Esperanza.

—Todo me lo ha contado, dijo el bandido aventurando una mentira para sacar en limpio una verdad.

—¿Que os lo ha contado todo?... ¿quién?

—El caballero portugués.

—¿Y qué os ha contado? esclamó aumentando en turbacion y en vergüenza la jóven.

—¡Cuando os digo que me lo ha contado todo, todo lo que ha pasado entre él y vos!

—¡Ah! ¡Dios mio! esclamò Esperanza, cediendo á la seguridad del acento de Diego: ¡y eso hace un caballero!.. ¿se prevale de la debilidad de una pobre muger, la roba su honor, y luego la deshonra en público?

—Ya veis que habeis tenido una doble desgracia en conocer al señor Blasco do Campo Riveyra.

—¡Oh Dios mio, Dios mio! pero él no habrá contado á nadie mas que á vos.....

—Lo menos estábamos veinticinco bebiendo con él en su aposen-

to de la posada del Príncipe cuando contó esa aventura.

—Pero ¿por qué no ha dicho que yo estaba sola con él en un subterráneo del alcázar de Madrid?

—¡Ah! ¿fué en el alcázar de Madrid?

—¡Cómo! ¿no lo sabíais?

—Mi buen amigo solo contó el hecho, pero sin designar el lugar ni el tiempo: ponderónos, sí, vuestras bellezas, vuestras mas deliciosas bellezas; nos dijo que jamás se habia procurado una mujer para servirse de ella de una manera que le contentase mas.

—¿Para servirse de ella?

—Sí por cierto: si el señor Blasco no os hubiese necesitado, hubiera pasado junto á vos sin miraros, porque está acostumbrado á hacer sufrir y desesperarse á nobles, ricas y hermosísimas damas; pero vos érais la doncella de confianza de doña Guiomar de Silva, el señor Blasco estaba recien llegado á la córte, y necesitaba de alguien que fuese un espía de doña Guiomar; os encontró á vos y se dijo: no hay amiga mas fiel que una amante... y os tomó por amante.

—¡Ese hombre es un infame... y me ha engañado y me engaña!.. ¡á mí, que por él he dejado partidos escelentes, que he despreciado el oro!.. ¡pero juro á Dios que me vengaré de él!

—¿Quereis vengaros?

—Sí.

—Pues bien: os vengaré.

—¿Vos?

—Yo.

—¿Y cómo?

—Vamos, vámonos de aqui á otro sitio donde podamos hablar á solas y sin temor de que nadie nos estorbe: por aqui podria pasar alguien.

—¿Pero no venís con recado del señor Alonso de Leiva para mi señora?

—La veré luego.

—Pues bien, venid.

Esperanza sobreescitada, pálida, irritada por el infame amaño del bandido, se encaminó rápidamente al fin de la galeria, abrió una puerta con llave, hizo pasar á Diego, y cerró; atravesaron dos habitaciones oscuras, y al fin entraron en un sencillo dormitorio.

—Sentaos, caballero, sentaos, dijo señalando á Diego una modesta silla; voy á cerrar las puertas de esa habitacion inmediata que comunica con la cámara de mi señora, y desde la cual podríamos ser oidos, y al momento vuelvo.

Esperanza desapareció, y el bandido, entre tanto, examinó minuciosamente la estancia: estaba sencillamente entapizada, su techo era de ensambladura gótico-bizantina, su pavimento de piedra á losas blancas y azules, estendidas en fajas, y su mueblaje se componia de un pequeño, limpio y modesto lecho, á cuya cabecera se veia un Crucifijo de bronce y una pila de agua bendita; de un armario con dobles hojas de pino que estaban cerradas, de un enorme arcon, de varias sillas y de una mesa sobre la cual habia un pequeño espejo de acero, búcaros con flores, un velon de cobre con dos mecheros encendidos, y algunas bujerias de muger.

Aquella habitacion tenia dos puertas y una ventana que estaba cerrada.

Esperanza no tardó en volver: su escitacion era profunda: en sus ojos, la cólera, la vergüenza, el dolor, mostraban su triple espresion, y estaban arrasados de lágrimas.

—¡Os ha dicho á vos y á otros muchos de sus amigos el señor Blasco do campo Riveyra á vueltas de una borrachera, dijo Esperanza con la voz trémula por la cólera y por la vergüenza, que yo soy su querida! ¡se ha burlado de mí, y es necesario que sepais vos, el único á quien tengo delante, de la manera que he podido ser de ese hombre!

Y Esperanza contó á Diego el Desollador ce por be, como suele decirse, lo que le aconteció algunos meses antes con el portugués en los subterráneos del alcázar de Madrid.

—Ese hombre, continuó, como habreis conocido bien, abusó del lugar y de la situacion; tuvo arte bastante para dominarme, para engañarme, y despues con una astucia infinita, me ha hecho creer que me ama.

—Perfectamente: ¿y sin duda vos habeis procurado al señor Blasco la entrada en vuestra habitacion creyendo en su amor?

—Sí.

—¿Y vuestra habitacion ha estado siempre próxima á las habitaciones de doña Guiomar?

—Soy su doncella ó su dama de confianza: como mejor querais.

—¿Y, sin embargo, la habeis vendido?

—Vos lo habeis dicho: tenia y tengo celos de ella.

—Pero ¿cómo habeis podido consentir?...

—¿En ser amante de ese hombre sabiendo que era amante de mi señora?... esto es verdaderamente estraño: y, sin embargo, Blasco me mentia de tal modo... me aseguraba con tan buenas razones, que solo se fingia enamorado de ella para servir al rey de Portugal, arran-

cándola secretos de la córte de Castilla... me repitió tantas veces que despues que hubiese servido al rey su señor se casaria conmigo... se mostraba tan enamorado de mí... y luego veia que Blasco desde mi aposento observaba á doña Guiomar y la escuchaba, sin celos, dejándose enamorar ya del señor Alfonso de Leiva, ya del rey, ya de mosen Pierres de Peralta.... y, ¿cómo, me decia yo, un hombre que ama puede ver estos escándalos sin conmoverse?... no, no, Blasco se sirve de doña Guiomar y nada mas: Blasco no la ama, no: á quien ama es á mí.

—Y sin embargo se servia de vos para poderse servir de doña Guiomar.

—Lo recelé algunas veces: pero un dia en que al entrar Blasco en mi aposento, encontró en él al señor Alfonso de Leiva, á punto que yo le daba salida de la habitacion de mi señora, se recató de modo que no pudo verle el que salia, y aunque yo le dije la verdad, estuvo hosco, silencioso, inquieto... aquellos eran celos, y celos por mí.... quien tiene celos ama.

—El señor Blasco do Campo Riveyra sabe fingir á las mil maravillas el amor; por lo tanto vos debeis vengaros.

—¿Y cómo?

—Ayudadme y la venganza se nos presentará por sí misma.

—¿Y cómo quereis que os ayude?

—Contestadme á lo que os pregunte.

—Preguntad.

—¿Doña Guiomar ama á Blasco?

—Creo que sí, dijo Esperanza.

—¿Que creeis? ¿no teneis mas pruebas?

—Sí; sí por cierto: cuando está triste y le ve de repente se alegra.

—Ciertamente esa es una señal de amor.

—Ademas doña Guiomar da alhajas y dinero á Blasco.

—Otra prueba.

—Hay momentos en que doña Guiomar le abraza frenética y llora de placer entre sus brazos.

—¡Y vos sufrís todo eso!

—Sé que él no la ama.

—¿Sabe Blasco que doña Guiomar recibe á solas al señor Alfonso de Leiva?

—Si se vale de él por consejo de Blasco.

—¡Por su consejo!

—De este modo sabe por ella lo que urden los confederados, por-

que el señor Alfonso de Leiva, que es del partido de don Juan Pacheco, lo sabe todo.

—¡Ah! ¡ah! y decidme, ¿cómo recibe doña Guiomar al condestable de Navarra?

—Mosen Pierres de Peralta hace de un camino dos diligencias: está enamorado de doña Guiomar y se vale de ella para conocer los secretos del rey, la enamora y la da dineros y esperanzas.

—¿Y doña Guiomar?

—Toma el dinero: engaña al condestable diciéndole mentiras que ni aun siquiera ha pensado en decir el rey; y en cuanto á amores le entretiene con esperanzas.

—¿Y el rey?

—El rey está loco con mi señora: ella ha sabido dominarle, y lo ha conseguido hasta tal punto, que no tiene secretos para ella.

—Pero al fin, ¿á quién sirve vuestra señora?

—No lo sé, porque con todos los bandos se trata, á todos los recibe, á todos les miente.

—¿Y de todos recibe?...

—De todos.

—Y mi amigo el señor Alfonso de Leiva, ¿qué parte alcanza en el corazon de doña Guiomar?

—Ninguna.

—¿Ninguna, y sin embargo le llama?

—Habeis de saber que el señor Alfonso de Leiva está fieramente enamorado de doña Guiomar, y ella sabe harto bien, que un mancebo tan noble, tan rico, tan emparentado con los grandes, puede serle muy útil.

—¿Y no sabeis para qué llama doña Guiomar al señor Alfonso de Leiva?

—No: anoche estuvo aqui el rey y habló de una manera recatada y misteriosa con doña Guiomar: solo pude escuchar algunas palabras.

—¿Y esas palabras eran importantes?

—Como que se nombraba mas de una vez á la infanta doña Isabel.

—¡Diablo! ¿y no pudísteis escuchar.... enteraros?...

—Doña Guiomar oponia resistencia.... el rey ofrecia, suplicaba...

—¿Y nada mas oísteis?

—Llegué á entender que se trataba de alguna violencia acerca de la infanta.

—¡De una violencia acerca de la infanta! murmuró para sí Diego: esto no puede venir mas que por parte de don Juan Pacheco: ¿y esas

lanzas que están agrupadas en el alcázar? ¿será que el rey haya dado alguna cita falsa á sus nobles para entretenerlos, para tenerlos encerrados en el alcázar y entre tanto?... ¡oh! ¡oh! es necesario decidirse de todo punto: ¿pero por quién? ¿por Navarra, por don Juan Pacheco ó por don Beltran de la Cueva? ¿cuál de estos es el mas fuerte?

—¿Parece que os habeis quedado pensativo? dijo Esperanza.

—Confieso que me habeis revelado cosas...

—No olvideis el motivo porque os las he revelado.

—No, no por cierto: ya sé que quereis vengaros de doña Guiomar y del señor Blasco do Campo Riveyra.

—¿Y me vengareis?

—Sí: pero será necesario que me sigais ayudando.

—¿Qué mas quereis?

—Quiero permanecer esta noche en vuestro aposento.

—¡En mi aposento!

—Sí: creo que esta noche ha de pasar algo estraño en el de vuestra señora, y quiero ser testigo de ello.

—Pero ¿no veníais á verla de parte del señor Alfonso de Leiva?

—No: puedo fiarme de vos: á quien yo venia á ver era al señor duque de Alburquerque: por una casualidad la misma seña que yo traia me ha servido para vos: esto quiere decir que esta noche hay una conspiracion en el alcázar, y que en ella están metidos Beltran de la Cueva, el rey, Blasco do Campo, Alfonso de Leiva y doña Guiomar de Silva.

—¿Con que me habeis engañado?

—No debe pesaros puesto que os ofrezco venganza....

—Yo no puedo fiarme de vos: esclamó con recelo Esperanza.

—Confiad, confiad, os lo aseguro: ahora ved quién es: paréceme que han llamado á vuestra puerta.

Esperanza prestó atencion: poco despues sonaron tres golpes recatados.

—¡Es el rey! esclamó la jóven.

—¡El rey!

—Sí, si señor: el rey que para evitar escándalos entra en el aposento de su querida por esta galeria á que dá un postigo de sus habitaciones: la entrada principal está por la galeria de los Reyes.

—¿Y vos me habeis traido por el postigo?...

—Yo habia ido á buscar al señor Alfonso de Leiva, y este como amante entra tambien por aqui.

—Id, id á abrir: su alteza se impacienta.

—¿Y vos?

—Yo me esconderé.

—¡Esconderos!..

—Sí, de todo punto... que querais que no: dadme la llave de aquel armario.

—¡Oh! ¡no!

—Ved que estoy ya aqui: que sé vuestros secretos, y que no soy hombre de volverme atras.

—¡Pero Dios mio! me vais á perder.

—¡Ira de Dios! concluyamos: dadme la llave del armario, é id á abrir á su alteza que, segun llama, debe de estar dado á los diablos.

Esperanza se aterró ante la mirada feroz y el acento amenazador de Diego, y sacó temblando una llave de su bolsillo, de la que se apoderó el bandido.

Un momento despues el armario le escondia, y Esperanza turbada, pesarosa de haberse confiado, escitada por sus celos, á un hombre á quien no conocia, fue á abrir la puerta á la que llamaba el rey.

Poco despues apareció Enrique IV.

—¿Has tenido que tomarte tiempo para dar salida á algun amante de doña Guiomar? dijo el rey.

—Señor, no os habia oido: estaba ocupada en mis quehaceres.

—¡Tus quehaceres! ¿eh? ¡maldito si me fio en tus quehaceres! tú y y tu señora sois un par de lechuzas de las cuales es necesario guardarse si no queremos que... en fin, yo me entiendo... acaso tú tambien me entiendes... si así es, me alegro; vé á ver si tu señora está en posicion de darme audiencia.

—Mi señora os espera impaciente, señor; dijo Esperanza.

—Pues bien: procuremos que no se impaciente mas: vamos.

Esperanza y el rey se encaminaron á otra puerta y desaparecieron por ella.

Apenas habian desaparecido cuando Diego abrió el armario y asomó la cabeza retirándola al momento: por la puerta que correspondia á la entrada de la galeria, habia aparecido un hombre.

Aquel hombre era el señor Blasco do Campo Riveyra.

Por pronto que quiso retirarse el bandido Blasco, si no le reconoció, vió perfectamente que un hombre estaba escondido en el armario.

El portugués no era hombre que se detuviese en barras, se acercó al armario y llamó á él.

—Paréceme, amigo mio, el que estais dentro dijo, que no podeis

haberos encerrado ahí mas que por la doncella ó por la señora, y vos supondreis que yo no he entrado aqui mas que por la señora ó por la doncella.

—Tu entras por ambas Blasco, dijo el bandido abriendo el armario y presentándose.

—¡Tu aqui, Diego! esclamó con recelo el portugués.

—Yo aqui, Blasco.

—¿Y cómo te encuentras aqui cuando yo te creia procurándome una entrevista con doña Mencía de Padilla?

—Y no venia á otra cosa: pero yo estoy muy comprometido Blasco: al separarme de ti he tenido un mal encuentro.

—¡Un mal encuentro!

—Sí por cierto, con un escudero del marqués de Villena. Mira:

Y mostró al portugués la carta que el marqués de Villena le habia dado á Ruy Perez.

—¡Cómo! esclamó Blasco: ¿te se manda robar á la infanta doña Isabel?

—Si.

—¿Pero qué medios tienes tu para ello?

—Sí quisiera muchos.

—Pero no quieres.

—No.

—¿Y por qué?

—Vamos claros, Blasco: ¿qué piensas tu de ese robo?

—Está claro: Beltran de la Cueva guarda á la infanta doña Isabel porque es su escudo.

—¡Su escudo!

—Sí por cierto: mientras la infanta doña Isabel esté presa en poder del rey, todas las rebeldías de los confederados se reducirán á hacer una farsa de reinado con el infante don Alonso: pero en el momento en que se apoderen de la infanta, la obligarán con un escándalo á ser esposa de don Pedro Giron, y una vez esposa de don Pedro Giron ¿no adivinas?

—El maestre será omnipotente como cuñado del rey don Alonso XII, cuyo reinado de farsa se consolidará con este matrimonio, que le pondrá bajo la inmediata influencia de los confederados.

—No, te engañas: el maestre de Calatrava seria omnipotente como rey de Castilla.

—Pero para eso era necesario que muriese don Alonso.

—Don Alonso morirá...

—¡Silencio! paréceme que viene Esperanza.

—No importa: héla ahí: ¡ola, muchacha! dijo Blasco.

Esperanza echó á temblar.

—Ve y guarda la puerta por donde he entrado, la dijo, á fin de que nadie mas pueda entrar.

—Iré.... pero...

—Ve, añadió con doble imperio Blasco.

Esperanza obedeció.

—Ahora tu ven conmigo, dijo Blasco á Diego: vamos á escuchar lo que hablan el rey y doña Guiomar.

Y entraron en un aposento oscuro, al fondo del cual habia una puerta cubierta con tapices, al cabo de los cuales se veia una luz.

Aquella luz correspondia á una estensa y magnífica cámara, en ella sentada en un estrado estaba doña Guiomar de Silva, y junto á ella el rey.

—Sí, sí, hermosa mia, decia Enrique IV, mi hermana se me rebela: y en verdad, en verdad que tiene razon: las exigencias de esos hombres han llegado donde podian llegar: se han atrevido á decirme: ó tu corona ó tu hermana, lo que es lo mismo ¡vive Dios! piensan que soy ciego: la intencion de don Juan Pacheco es... lo estoy viendo claro.

—Lo primero que se ve, es la muerte del infante don Alonso, dijo doña Guiomar que reclinada en un ángulo del divan tenia una pierna sobre otra, y apoyaba su hermosa cabeza en la mano izquierda, cuyo brazo descansaba en los mullidos almohadones en una posicion indolente.

—Sí, en verdad; los proyectos de don Juan Pacheco son terriblemente lúgubres: voy á hacerte la cuenta por los dedos, mi buena Guiomar: mira: en primer lugar, la misma destitucion con que me amenazan, si no consiento en el matrimonio del maestre con mi hermana, sucederá en cuanto ese casamiento se efectúe, lo que creo difícil aunque no imposible: ellos tienen mil medios á su alcance, y son demasiado infames para no ponerlos en práctica: demos por efectuado ese matrimonio: acto continuo tentativa de asesinato sobre mí: pero tentativa inútil, porque yo que los conozco, en el momento que mi hermana esté en su poder, iré á encerrarme en mi castillo fuerte de Madrid, con la fidelidad de cuyo alcaide cuento: me rodearé de las personas que están unidas á mí por la enemistad de los rebeldes: tendré sobre mi cuerpo aun en la cama una buena cota de mallas, á prueba del mejor puñal de Albacete, y no comeré ni beberé otra cosa

que huevos, que iré á cojer al gallinero, y el agua corriente de la fuente: matarme es mucho mas dificil y mas largo que destituirme: procurarán, pues, destituirme, y vendré á encontrarme en el mismo caso en que me encuentro ahora: una vez destituido yo, cata ahí á mi hermano el infante don Alonso hecho rey de Castilla: pero como mi hermano no es afecto al maestre, y este por lo tanto no puede ser rey, y estorbará don Alonso, se le sirve el mejor dia un plato emponzoñado, y la corona pasa naturalmente á la infanta doña Isabel. Tenemos, pues, ya á don Pedro Giron convertido de mastre de Calatrava en rey don Pedro II, por la gracia del puñal y del veneno, y por su matrimonio con la reina doña Isabel I. Pero no basta esto: don Pedro Giron es un animal salvaje á quien manejan como quieren su hermano don Juan Pacheco y su tio el arzobispo de Toledo; quien manda verdaderamente á los confederados son ellos, y ellos no quieren dar participacion á nadie: doblarán la rodilla de una manera farisáica ante el rey *don Pedro II* de Castilla, hasta que dicho *ilustrísimo rey* llegue á tener sucesion. Hé aqui lo que se espera. Entonces el *señor rey don Pedro* caerá á su vez: quedará viuda la reina, el pequeño rey necesitará un regente, y lo que se busca es una regencia, una minoría tan larga como la de mi padre el señor rey don Juan, porque todos se acuerdan del gran poder, de la pujanza, de las riquezas del Condestable don Alvaro de Luna, que hasta su muerte fue el verdadero rey de Castilla. Eso es lo que se quiere, eso es lo que se busca; eso es lo que es necesario evitar.

—¿Y lo evitais dándoles la infanta? dijo con cierta ironía doña Guiomar.

—Asi gano tiempo..... y espero los resultados que ellos no han previsto. La ambicion insaciable de esos hombres acabará por apartar de ellos á la mayor parte de sus parciales, que verdaderamente vendrán á robustecer mi bando: entonces podré hacer lo que ahora mismo quiere Beltran de la Cueva.

—¿Y qué quiere el duque? señor.

—El duque quiere que marchemos con nuestras lanzas y las suyas sobre Avila, y presentemos batalla á los confederados.

—El duque piensa como quien es.

—Nunca el duque ha valido mucho que digamos, para asuntos de gobierno: el duque no ve que casi todo el reino ayuda á los confederados, que han sembrado cuanto oro han tenido, que al que no han podido dar le han prometido, que en Castilla, desde hace mucho tiempo las espadas se compran y las honras se venden: presentarles

ahora una batalla, seria ir á buscar una derrota: esperemos, esperemos á que la ambicion de esos hombres los haga temibles á sus parciales, y entonces... entonces no hay necesidad de batalla: se les arma una ratonera, una buena ratonera, en que se pone un buen pedazo de queso ahumado, mi corona, por ejemplo, y cuando estén bien cebados en la presa... entonces tres golpes: tres solos golpes que corten las cabezas del arzobispo de Toledo, del marqués de Villena y de don Pedro Giron; mi hermana queda viuda, y con alguna esperiencia que podrá servirle de mucho si llega á ser reina, y nós quedamos fuertes y temidos.

—¿Y por qué no os habeis apoderado á tiempo de esas tres cabezas?

—No me he atrevido: no tenia seguridad en dar el golpe.

—Lo mismo os sucederá mañana.

—De lo que haya de suceder el tiempo será testigo: lo que ahora importa es conjurar la tempestad que se nos viene encima; y como ya te habia hablado de este proyecto, estraño que no esté aqui esperándome el señor Alfonso de Leiva.

—En verdad, en verdad, dijo doña Guiomar, que yo le esperaba, y no sé en qué puede consistir su detencion.

—¿Pero tu confias en él?

—Y tanto como confio: sin embargo he querido que otros confien tambien, y me he valido del señor Beltran de la Cueva.

—¡Cómo! ¡Beltran de la Cueva!

—Sí por cierto, Beltran de la Cueva anda receloso y guarda como un tesoro á la infanta doña Isabel: y sino, desde la llegada de ese emisario del marqués de Villena que ha entrado en Segovia disfrazado de mendigo, ¿no habeis visto como redobla su vigilancia? ¿quién sino él ha llenado con sus lanzas y con las de su suegro el duque del Infantado los patios y los adarves del alcázar?

—Es verdad.

—Pues bien, ha sido necesario para serviros engañar al señor Beltran de la Cueva.

—¿Y cómo?

—Haciéndoos traicion.

—¿Haciéndome traicion?

—Sí, por cierto: yo le he dicho que vos estábais resuelto á entregar vuestra hermana á don Juan Pacheco.

—¡Me has perdido!

—Os he ganado.

—¿Pues cómo?

—Don Beltran al escuchar esto juró que herizaria de lanzas el alcázar y que seria preciso que pisasen su cadáver para robarle la infanta.

—Y ve si lo ha cumplido en cuanto á lo del herizamiento.

—Pero esas lanzas, señor, no están allí para impedir que vos entregueis la infanta á don Juan Pacheco, sino para robárosla.

—¿Para robármela? ¿con que tambien el señor duque de Alburquerque?... vamos te juro que no sé donde estoy, que no me entiendo.

—Escuchadme y me comprendereis.

—Os escucho.

—Yo hice comprender á Beltran de la Cueva, que por mas que por el momento pudiese evitar la intriga de la infanta, no os habia de faltar una ocasion para ello pronto ó tarde: díjele, y le convencí, de que lo mejor era dar un golpe de mano, robarla, prenderla en vuestro nombre, entregarla á un caballero leal que la condujese con un fuerte resguardo al castillo de Máqueda, que es muy fuerte, y ponerla con una fuerte guardia bajo el amparo legítimo de su madre doña Isabel de Portugal.

—¿Y dices que no me has perdido, Guiomar?

—Dejadme concluir.

—Concluyamos.

—Yo propuse á Beltran de la Cueva, que se valiese de Alfonso de Leiva, de quien tenia gran confianza.

—¿Y el duque aceptó? esclamó asustado el rey.

—No sin dificultad.

—¡Ah! ¿opuso dificultad?

—¡Oh! ¡mucha! díjome que Alfonso de Leiva, aunque leal, no tenia esperiencia, que era muy jóven;—yo le hablé de su valentía.—Es cierto, me replicó: es un buen caballero, pero para estos empeños, todo es necesario, el valor y la prudencia.

—¿Y al fin el duque consintió?

—Sí, y en estos momentos Alfonso de Leiva debe estar hablando con el duque.

—¿Pero está prevenido el Leiva?

—Sí, por cierto: yo le domino.

—Lo que no me agrada mucho: ese mancebo te enamora.

—Ya veis que para servirnos de cierta clase de jentes es necesario engañarlas. En fin, el señor Alfonso de Leiva me ha jurado por el amor que me tiene, dejarse arrebatar en el campo la infanta: ahora

bien: solo falta que venga á avisarnos del resultado de su entrevista con el duque.

Hay coincidencias casuales que parecen medidas para los sucesos: en aquel momento se abrió la puerta y un paje dijo:

—El señor Alfonso de Leiva.

—Adelante, adelante ese caballero: dijo doña Guiomar.

El rey se levantó.

—Permaneced, señor, permaneced: dijo la cortesana; es necesario que ese hidalgo oiga de vuestra boca la confirmacion de cuanto yo le he dicho.

Alfonso de Leiva entró á punto: al ver al rey hizo un movimiento de retroceso, pero se rehizo y adelantando dobló una rodilla en tierra.

—A vuestros pies, gran señor; esclamó.

—Alzad, alzad, caballero: dijo el rey; ciertamente que no esperábais encontrarme aqui.

—Señor, yo venia....

—Sí, ciertamente: ¿vos veníais á poneros de acuerdo con doña Guiomar para cierta empresa que habeis de ejecutar en mi servicio?

—Sí señor.

—¿Habeis visto al duque?

—Sí señor.

—¿Y qué?

—Me ha mandado ir á armarme para ponerme á la cabeza de cuarenta lanzas y cumplir una órden del rey.

—¿Sabeis que órden es esa?

—Lo sé, pero no por boca del duque.

—¿Sabeis que se trata de que, necesitando yo poner á buen recaudo á la infanta doña Isabel y no encontrando vasallos leales que me obedezcan, me veo obligado á poner en práctica una estratagema en la que vos me ayudareis?

—Sí señor.

—Pues bien: cuando salgais de la ciudad en direccion á la villa de Máqueda donde se os mandará ir, adelantad la mitad de vuestra gente como campeadores.

—Lo haré.

—Debilitad cuanto os sea posible el resguardo de la infanta.

—Le debilitaré.

—De modo que cuando os envistan fuerzas muy superiores, podais rendiros sin deshonra.

—Muy bien, señor.

—Para evitar toda esplicacion, haceos prisionero de esa gente.

—Asi lo haré.

—Basta, nada mas tengo que deciros: id á armaros, volved al alcázar y presentaos al señor duque de Alburquerque.

Alfonso de Leiva hincó una rodilla en tierra, besó la mano del rey, y alentado por una mirada de amor que le lanzó á hurtadillas doña Guiomar, salió.

—Y bien, señor, dijo la cortesana: ¿me culpareis ahora porque doy pábulo á las esperanzas de ese galan?

—¡Oh doña Guiomar! ¡eres una joya inestimable! dijo el rey levantándose.

—¡Cómo! ¿os vais ya? dijo con acento de queja doña Guiomar.

—Por muy grata que me sea tu compañia, hermosa, me veo obligado á dejarla; hay conspiraciones en el alcázar, conspiraciones que me veo obligado á prevenir. Y con esto, á Dios: no me detengas.

—Id con Dios, señor, puesto que así lo quereis.

Y el rey salió como quien escapa.

Apenas habia salido el rey cuando se abrió el tapiz de una puerta situada enfrente de aquella tras cuyos tapices escuchaban Blasco y Diego, y apareció un caballero de aspecto grave y altivo continente.

Aquel hombre era el almirante don Alonso Enriquez.

—¿Estais satisfecho, caballero? le dijo doña Guiomar: ¿lo habeis oido todo?

—Todo, señora: contestó don Alonso, y admiro vuestra travesura: habeis armado una maraña admirable.

—Pero os echo al campo á la infanta con poco resguardo: Mosen Pierres de Peralta es valiente: teneis numerosas lanzas, y no serán por cierto ni el rey ni don Juan Pacheco quienes se apoderen de la infanta; he cumplido por mi parte.

—Y yo cumpliré por la mia: os juro que dentro de muy poco sereis la única y omnipotente querida del rey: pero por ahora, perdonarme si os dejo: es necesario que yo me prepare á todo evento, para que no salga mal el golpe de mano que vos habeis meditado.

Y el almirante besó una mano á doña Guiomar y salió dejándola sola.

—¡Oh! es necesario avisar á don Beltran, dijo doña Guiomar: ¿qué me importa el amor del rey? lo que yo quiero es el amor del duque: ¿se ha olvidado esa gente de que yo pertenezco al bando azul?

Y diciendo esto agitó una campanilla.

A su sonido se presentó Esperanza.

—Dame mi manto, le dijo doña Guiomar, y prepárate á acompañarme.

Cuando Esperanza volvió á entrar en su dormitorio, encontró que Blasco y Diego habian desaparecido.

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio! esclamó: creo que he cometido la mayor de mis imprudencias en haberme confiado de un hombre á quien no conocia. Y bien: ¿qué importa? ¿qué puede acontecerme peor que lo que me sucede?

Y defendiéndose con su propia desesperacion, se encogió de hombros, hizo un mohin de desprecio, y saliendo á la cámara, puso sobre la cabeza de su señora un magnífico manto de terciopelo negro.

Poco despues doña Guiomar y Esperanza atravesaban cuidadosamente rebozadas, algunas desiertas y oscuras galerias del alcázar.

XXX.

De lo que hicieron en vista de los sucesos, Blasco de Campo Riveyra y Diego el Desollador.

—Es necesario de todo punto, decia el portugués al bandido, apartado con él á uno de los anchos arcos góticos de la galeria de Moros, impedir que la infanta doña Isabel dé en las manos de los navarros, de los confederados ó de don Beltran de la Cueva.

—Y ¿cómo?

—Adelantándonos nosotros. ¿Cuántas lanzas tienes asoldadas?

—Ciento.

—Y ¿tienes confianza en ellos?

—¡Ira de Dios si la tengo! como que son aventureros, ladrones y rufianes, gente brava y dura, á quien yo he conocido en mi antiguo oficio y que respetan como á su capitan.

—Bien: el almirante no se descuidará en procurarse buena gente: buena será tambien la de Beltran de la Cueva, y no menos brava la de los confederados.

—De la de los confederados por lo menos podremos librarnos.

—¿Cómo?

—Matando al que sin duda es su jefe.

—¿Y quién es?

—Ese Ruy Perez, ese escudero del marqués de Villena, ese maldito que me tiene sujeto.

—Y ¿cómo librarse de él?

—De una buena estocada.

—Y ¿quién ha de darle esa buena estocada?

—Tu: ¿acaso no te atreverás con un castellano tal como el señor Ruy Perez?

—Por atreverme me atrevo con todos los castellanos del mundo: pero el pretesto...

—El señor Ruy Perez vive en una posada.

—¿En cuál?

—En la del Cristo de las Palmas, junto al muro.

—¡Oh! me basta: siempre es fácil armar camorra con un hombre que se encuentra en un meson y con mas facilidad si ese hombre es valiente.

—Eslo el señor Ruy Perez.

—Y ¿será él el destinado á robar á la infanta?

—Sin duda: por otra parte, el señor Mosen Pierres de Peralta anda á socapa disfrazado, metiéndose como un huron donde quiera se encuentra doña Mencia de Padilla: de seguro que el condestable de Navarra estará preparado: pero yo me las entenderé con él; si logras *quedarte de un buen envite* con el señor escudero del marqués de Villena, las lanzas de los confederados no terciarán en el negocio; ademas: si, como supongo, el señor duque de Alburquerque no quiere meterse ostensiblemente en el negocio y me encarga á mí de su gente, podemos contar con que no irá la tal gente al encuentro de la infanta, porque yo tendré buen cuidado de retardarla y de estraviarla: resulta, pues, que puestos fuera de combate, el almirante, los confederados y el duque de Alburquerque....

—Y si tú mandas la gente del duque ¿quién mandará la tuya?

—Tú.

—Me place.

—Pero antes es necesario que despaches á Ruy Perez.

—¿Estará en el meson del Cristo de las Palmas?

—Es probable.

—¿Qué número tiene su aposento?

—El tres.

—La noche está oscura, dijo el portugués y... si... sí... es cosa hecha; ¿dónde me esperas?

—Ahora voy á presentarme al señor duque de Alburquerque: despues te esperaré en este mismo sitio y te llevaré á que veas á doña Mencia de Padilla con quien no estará demas que nos pongamos de acuerdo.

—Oh, sí; pero no perdamos el tiempo: tú, Diego, á la cámara de

don Beltran: yo al meson del Cristo de las Palmas.

Y tras estas palabras los dos bribones se estrecharon las manos.

—Paréceme que voy viento en popa, decia Diego adelantando á lo largo de la galería. Beltran de la Cueva confia en mí, y Blasco do Campo Riveyra no desconfia: pues bien, me afirmo en mi propósito: ya que es preciso decidirse por alguien, me decido por don Beltran que es decidirse por el rey, aunque los asuntos andan algo embrollados: pero al fin las cosas siempre vendrán á parar á un mismo punto: por su parte Blasco quitará de enmedio á Ruy Perez, despues yo entregaré á Blasco mis lanzas, por mejor decir, le pondré preso entre ellos, y cuando llegue el caso no me faltarán cartas *para envidarle el resto*: me disgusta terriblemente el que Blasco se meta en mis asuntos: no ha perdido todavia su tonillo y sus ínfulas de amo para conmigo y siempre querrá dominarme: esto no me conviene: ademas Blasco sabe mi vida y milagros, y no me agradaria el que por él lo supiese la corte... ¡Diablo! no, no señor: arrastraremos de espadas á la primera ocasion con ese estorbo y le quitaremos de enmedio. Vamos á ver al duque.

Pero acontecióle á Diego lo mismo que cuando algun tiempo antes se encontró en aquella misma galería; no sabia dónde estaba situada la cámara que ocupaba Beltran de la Cueva: envistió, pues, por la misma puertecilla por donde habia bajado antes, y como entonces, otro guarda cruzó por delante de él su partesana.

—¡Plaza á la casa del duque! dijo Diego repitiendo la seña que como sabemos le habian dado.

El guarda dejó el paso franco, se cuadró en su puesto y saludó militarmente.

Diego pasó: bajó las escaleras sin tropiezo, se encontró con la misma galería á donde correspondia la puerta de escape de las habitaciones de doña Guiomar y pasó delante de ella; recorrió todo el sombrío corredor, subió una escalera y se encontró en otra galería mas ancha y mejor iluminada: en vano quiso recordar las señas que le habian dado de la direccion de la vivienda de Beltran de la Cueva; las habia olvidado, y en el lugar donde se encontraba no habia nadie á quien preguntar: aquella galería estaba desierta, y la seña que se hacia rendir á la entrada y su aspecto particular, demostraban que aquella era una de las comunicaciones interiores y reservadas del alcázar.

Diego, pues, siguió adelante á la ventura; subió una escalera oscura y al mediarla, tropezó con un bulto que bajaba.

—¿Quién va? preguntó aquel bulto con voz chillona.

—¡Plaza á la casa del duque! contestó Diego.

—¡Ah! ¡ah! dijo la voz displicente: ¿con que la casa del duque se mete por estas angosturas? pase, pase pues.

—Decidme, replicó Diego, ¿por dónde se va á las habitaciones de su señoría?

—Hay tantas señorías en el alcázar, que si no me especificais....

—Busco al señor duque de Alburquerque.

—¡Ah! ¿buscais al señor duque? pues mirad, allá voy yo: si quereis seguirme....

—¿Qué no era este el camino?

—Le habeis dejado atrás: por aqui se sube á ta torre del rey don Juan, á la cámara de la señora infanta doña Isabel.

—¿Y por lo tanto á las habitaciones de doña Mencía de Padilla?

—Cabalmente.

—No lo olvidaré, murmuró el bandido...ahora bien, caballero...

—Perdonad, soy clérigo.

—¡Ah! ¡ya se ve! ¡como esto está tan oscuro!...

—Nada tiene de estraño; pero yo estoy de prisa: si habeis de venir conmigo á la casa del duque, vamos.

—Vamos, pues.

Y Diego y el clérigo incógnito bajaron las escaleras.

Cuando entraron en las galerías, al acercarse á la primera lámpara, entrambos se miraron.

—¡El clérigo que acompañaba esta tarde á Blasco! murmuró el bandido reconociendo al cronista Diego Enriquez del Castillo.

—¡El hombre de la cicatriz! ¡el facineroso ennoblecido! murmuró no sin cierto disgusto el cronista.

—Creo que os conozco, dijo Diego.

—Nada tiene de estraño, yo ando en la corte y vos lo andais tambien.

—Y ambos andamos atareados.

—Sí, en verdad, dijo embozándose en una profunda reserva el cronista: la corónica del señor rey don Enrique es bastante para atarear al mismismo Salustio si resucitase.

— Yo os hablaba de otras tareas.

—Pues no, no; sacándome de mi corónica, soy el hombre mas desocupado del mundo.

—Nadie, sin embargo, lo hubiera creido al veros con el hombre á quien acompañabais esta tarde.

—¡Con el hombre... á quien... acompañaba esta tarde!

—Sí por cierto, casa del corregidor don Gil de Andrade.

—¡Ah! ¡ya! ¡un caballero!

—Ciertamente: un caballero portugués, que pasa en la corte por un fidalgo que se divierte, pero que no es otra cosa que un espía de Portugal: y como vos sois del bando de la reina, nada tiene de estraño que ademas de vuestra corónica os atareen... los asuntos que trae entre manos el señor Blasco do Campo Riveyra.

Tosió tres veces antes de contestar el coronista.

—Ese caballero... es un conocimiento... casual... como el que he hecho con vos: como vos me habeis pedido que os lleve á los aposentos de don Beltran de la Cueva, él me pidió que le llevase á casa de don Gil.

Atravesaban entonces un tramo oscurísimo de la galería.

—Esperad, dijo Diego, me parece que se oyen pasos de muger.

—Y de hombre armado, insistió el cronista.

—¡Y otro hombre!

—Ocultémonos, ocultémonos: dijo Enriquez del Castillo.

—¿Y dónde diablos? no creo que haya por aqui ningun escondite: ¿y luego á qué ocultarnos?

—Cuando yo os digo que nos ocultemos es porque he olido algo... pues... algo de traicion y amaño: ¿no veis que hablan y se detienen y andan un tanto y vuelven á detenerse y no cesan de hablar?

—¿Pero dónde nos ocultamos?

—Aqui en el hueco de esta puerta: no hay luz: no pueden vernos: pero embebeos bien, para que no puedan tocarnos.

—Embébome.

—Y callemos: ya están cerca y pudieran oirnos.

Las tres personas que adelantaban tan lentamente como lo indica el diálogo anterior, llegaron al fin á un sitio donde podian oirse perfectamente las palabras.

—¿Con que decís que el rey no parte de Segovia? dijo una voz áspera y decidida.

—¡Ah! es el señor Mosen Pierres de Peralta, pensó el cronista.

—Nunca ha pensado en partir, contestó la voz de muger, voz dulce, grave y sonora: esa noticia se ha esparcido para que nadie estrañe tal reunion de gentes y de banderas en el alcázar.

—¡Ah! ¡y doña Mencía de Padilla! sobrepensó el cronista.

—En cuanto á lo de la infanta, estamos conformes, dijo Mosen Pierres de Peralta: pasado mañana dormirá en Máqueda, y no pasará mucho tiempo sin que sea esposa del rey de Sicilia, don Fernando

de Aragon: ahora falta llevar á cabo el asunto de la reina.

—¡Ah! ¡ah! pensó el cronista volviéndose todo oidos.

—¿Qué tenemos acerca de eso Hernando? dijo doña Mencía.

—Tenemos preparado el escándalo de los escándalos y....

—¡Callad, callad! eso nos lo direis en nuestra cámara, dijo doña Mencía; aunque este lugar es apartado y solitario, hay cosas que no deben decirse sino cuando se está seguro de no ser escuchados.

—Teneis razon, mi buena esposa: estos malditos callejones del alcázar parece que tienen oidos: todavia me acuerdo del lance del subterráneo de Madrid: de aquellas botas, de aquel porta-espuelas, y sobre todo de aquellos gemidos: apropósito, sabeis que tenemos aqui al tal galan.

—Y tanto como lo sé.

—¿Que lo sabeis?

—¡Ya lo creo! como que me enamora.

—¿Y vos?...

—Dejadle venir: es un espia del rey de Portugal.

Por mas que quisieron seguir escuchando, no pudieron; porque doña Mencía, Mosen Pierres y Hernando de Carrillo, habian pasado, se habian alejado, y solo se escuchaba el murmullo de sus voces.

—Resulta de aqui, dijo el cronista, que se trae entre manos á la infanta, que se piensa dar un escándalo con la reina, y que ese caballero portugués, vuestro conocido, enamora á doña Mencía de Padilla.

—Asi parece, señor cronista.

—¿Pero qué quieren hacer con la infanta? ¿de qué escándalo se trata?... ¿por qué se da tanta importancia á los galanteos de ese aventurero?

—Lástima es que hayan callado tan pronto.

—¡Oh! ¡oh! es necesario avisar al duque: esa doña Mencía es formidable; es la muger mas intrigante que conozco; y está herida, ofendida de don Beltran de la Cueva, de quien tiene un hijo.

—¡Un hijo!.. ¡ella que pasa por una santa!

—Pues ahí vereis: esto es infame; asi son todas las santidades de la corte: ¿y con quién conspira? con ese Mosen Pierres de Peralta; con ese maldito condestable de Navarra que es un lobo: ¿y de quién se vale? de su marido Hernando de Carrillo, que es un animal salvaje, que está furiosamente enamorado de su muger, y que es capaz por darla gusto de cometer una atrocidad: vamos, vamos, apresurémonos caballero: es necesario avisar de esto—de esto que es mas importante de lo que parece—al señor duque.

Diego el Desollador y Diego Enriquez del Castillo, apresuraron el paso y se perdieron á lo largo de la galería.

XXXI.

Como conspiraba Beltran de la Cueva.

Beltran de la Cueva se ocupaba en su cámara de arreglar el despacho diario del rey, cuando se abrió la puerta, y uno de sus criados anunció al cronista y á Diego.

—Hacedlos entrar; hacedlos entrar al momento: dijo Beltran.

Al punto fueron introducidos.

Ostentábase tal y tan avinagrado el cronista, que el duque se sobresaltó.

—¿Qué sucede de nuevo? le preguntó.

—¡Qué ha de suceder! lo que siempre: infamias y no mas que infamias.

—¿Pero de qué se trata?

—Venid, señor duque, venid: con licencia de este caballero.

—Perdonad por un momento, don Diego, dijo Beltran de la Cueva siguiendo al cronista hasta el hueco de una ventana.

—¿Sabeis de lo que se trata, señor?

—Harto en cuidado me teneis, dijo el duque: en estos tiempos hay que temerlo todo.

—Vos, y solo vos, teneis la culpa.

—¡Yo!

—Sí por cierto: ¿por qué sosteneis al lado de la infanta doña Isabel, en el mismo alcázar real, á doña Mencía de Padilla? ¿por qué permitís que Hernando de Carrillo sea capitan de la guarda morisca del rey cuando hace muchos años que debia estar encerrado en una fortaleza?

—Ya os he hablado muchas veces de eso, señor Diego Enriquez, contestó el duque: de doña Mencía no hay que hablar.

—¡La amais todavia! esclamó con intencion el cronista.

Palideció Beltran de la Cueva y contestó:

—No hablemes, no hablemos mas de doña Mencía: os lo suplico.

—Y sin embargo doña Mencía conspira.

—Pero yo deshago sus conspiraciones.

—Cuando podeis, cuando sabeis que conspira.

—Es que siempre que hay conspiracion lo sé: ¿se trata de algo nuevo?

—Sí, dijo con misterio el cronista: he oido hablar de un escándalo acerca de su alteza.

—El rey, por mas que nos pese á sus vasallos leales, siempre los está dando.

—Es que no se trata del rey, sino de la reina.

—¡Un escándalo acerca de la reina! esclamó irritado Beltran.

—Y en que su alteza pagará la costa.

—¿Y quién os ha dicho eso?

—La misma doña Mencía.

—Desconfiad, desconfiad: doña Mencía quiere poneros á prueba engañándoos: doña Mencía, que sabe que sois uno de los mas leales partidarios del rey, no se fiaria de vos.

—Tendriais razon si doña Mencía me hubiera comunicado frente á frente ese secreto.

—¿Pues cómo?

—Lo he oido yo escondido en el vano de una puerta, en el paraje mas oscuro de la galería de Enrique III, á tiempo que pasaban doña Mencía, su marido Hernando de Carrillo y Mosen Pierres de Peralta.

—¡Cómo! ¿está todavia en Segovia el condestable de Navarra?

—Pues ahí vereis.

—¿Pero cómo se atreve ese hombre á entrar en el alcázar? ¿cómo no teme que le reconozcan y fracasen sus proyectos?

—Recordad, señor, que en la galería de Enrique III hay una escalera estrecha que va á dar á un postigo escusado del alcázar, bajo la galería de Moros.

—¿Y por ahí ha entrado el condestable?

—Sin duda.

—¿Y habeis oido?..

—Muy poco; algunas palabras; pero esas palabras valen un mundo: se hablaba de un escándalo preparado á la reina de un golpe de mano acerca de la infanta.

—¿Pero no sabeis mas?

—No, no señor; no pude oir mas; y ha sido una fortuna el que haya oido eso poco.

Quedóse el duque profundamente pensativo durante algun tiempo.

—¿Con que está en el alcázar Mosen Pierres de Peralta? esclamó.

—Sin temor de equivocarme juraria que en estos momentos se encuentra en la cámara de la infanta doña Isabel.

—Vos conoceis perfectamente este alcázar, Castillo.

—Y tanto como le conozco, señor.

—¿Hay alguna salida oculta, alguna mina cuya puerta interior dé á las habitaciones de su señoría la infanta?

—No señor: la salida mas oculta que hay es por el postigo, bajo la galería de Moros.

—Pues bien, tapiaremos ese postigo: ademas tomaremos todas las salidas: vos, como práctico en las entradas y salidas del alcázar, os encargareis de ello.

—¿Y no fuera mejor. mucho mejor, señor duque, irse directamente á los aposentos de su señoría la infanta y prender allí á esos traidores?

—No, no: dejadme hacer: ¡ola! ¡Fernandávalos!

Al llamamiento del duque acudió un antiguo criado de su casa.

—¿Qué me mandais, señor? le dijo.

—¿Están dispuestas mis lanzas?

—Si señor.

—¿Cuántos ballesteros nos quedan ademas en el alcázar?

—¿Ballesteros del rey?

—No; ballesteros mios.

—Unos cincuenta, señor.

—¿De los buenos?

—Toda la gente de vuestra señoría es buena, señor.

—Se trata de un empeño en que puede haber gran peligro.

—No importa, señor: respondo de esos cincuenta ballesteros contra cien hombres de armas.

—Bien, espera: os suplico que no os impacienteis, don Diego: añadió el duque dirigiéndose al bandido, que cansado del largo diálogo de Beltran de la Cueva y del cronista habia tomado posesion de un sillon: antes de un momento soy con vos.

Dichas estas palabras, el duque tomó de sobre la mesa un pergamino en blanco, en el cual Diego creyó ver desde su puesto que habia ya dos firmas y dos sellos: escribió algunas líneas, y entregó el pergamino enrollado á Fernandávalos.

—Toma, Fernan, le dijo: sigue al señor cronista del rey con los cincuenta ballesteros y haz lo que él te aconseje con arreglo á esta cédula que te doy.

—Muy bien, señor.

—Ahora señor Enriquez del Castillo, hacedme la merced de no perder tiempo.

—¿Qué es perder tiempo, señor? os juro que antes de un cuarto de hora...

—Señor, dijo en aquel momento á la puerta un camarero, su alteza el rey manda á vuestra señoría que se presente en su cámara.

—Decid al que ha traido el mensaje, que me apresuro á obedecer á su alteza.

El camarero desapareció.

—Ya lo veis señor coronista, dijo el duque, el momento se acerca: id pues.

—Adios señor duque.

—Guárdeos él, señor coronista.

Diego Enriquez y Fernandávalos salieron, quedando solos Diego y Beltran de la Cueva.

—En otra ocasion me digísteis que queríais obtener mi aprecio, dijo Beltran á Diego.

—Asi es señor, y lo deseo ardientemente.

—Pues se os presenta la ocasion: en el tiempo que llevais de pertenecer vos á la corte, que sois de ingenio despierto, habreis comprendido muchas cosas

—Lo he comprendido todo señor.

—¿Y qué habeis comprendido?

—He comprendido que un hombre verdaderamente leal vale hoy todo el oro que pesa.

—¿Y no habeis comprendido tambien que si ese hombre se encuentra se le paga el oro que vale?

—Lo he comprendido: pero como os he dicho... no quiero que en adelante nos encontremos siendo vos el señor que paga, yo el pobre demonio ennoblecido que sirve; quiero mas que eso: quiero que alguna vez tengais necesidad de estrecharme la mano como á un amigo.

—En el estado en que se van poniendo las cosas, dijo con nobleza Beltran de la Cueva, creo que no podríamos ser mas que cómplices, y jamás lo seremos; si yo pensara como piensa el marqués de Villena, me seria muy fácil asegurarme en el poder, hacerme omnipotente: pero yo jamás cometeré un crímen.

—Los cometeré yo por vos sin que lo sepais.

—Guardaos de eso, dijo el duque, si pretendeis que os aprecie.

—El crímen no se combate sino con el crímen, señor duque.

—Estoy observando en vos una cosa que me maravilla, dijo Beltran de la Cueva.

—¿Qué, señor?

—Que sabeis mas, que estais mas instruido de lo que era de suponer en un hombre, que como vos...

—Ha sido malhechor, aventurero, rufian.... esto consiste, señor duque, en que he sido estudiante en Salamanca en mi juventud, y en que nací de buenos padres: murieron, comíme la poca hacienda que me dejaron, y como no me gustaba la carrera de la iglesia, ahorqué las bayetas y me arrojé á la buena vida: hé aqui la razon por qué acostumbrado á cierta vida honrada, ya cuando vivian mis padres, ya cuando mandaba por fuero propio un centenar de hombres desalmados, me doy buen arte de gran señor: de otro modo y sino me hubiera creido capaz de sostener mi nobleza, no os la hubiera pedido.

—Bien: comprendo ahora, y me parece natural, lo que antes estrañaba. Ahora bien: conociendo, como conoceis, las pretensiones de los bandos, os habeis decidido lealmente á servirme.

—Sí señor: os lo juro por la madre de Dios.

—Voy á poneros á prueba.

—Ponedme en buen hora.

—El rey tiene ciertos proyectos acerca de la reina doña Isabel.

—Sí, el rey tiene miedo á los confederados y ha prometido al marqués de Villena entregarle su hermana, para que la haga esposa del maestre de Calatrava.

—¿Quién os ha dicho eso?

—Basta que yo lo sepa para que conozcais que me intereso por vuestro servicio.

—No insisto en que me reveleis lo que no quereis decirme: pero ya que sabeis lo que el rey piensa acerca de doña Isabel, es necesario que sepais lo que pienso yo.

—Vos sois demasiado noble y leal para permitir que se falte de ese modo á la dignidad de la infanta.

—Me comprendeis: otro hubiera dicho ó pensado que era demasiado ambicioso para permitir que el maestre de Calatrava se engrandeciera por medio de su casamiento con una hija del rey don Juan el Segundo, que puede muy bien llegar á ser reina. Esto es verdad: del mismo modo que evite ese casamiento con el príncipe don Fernando, recientemente enaltecido al trono de Sicilia, porque es una union que no conviene á los intereses de la infanta doña Juana, del mismo modo me opongo á que se la degrade uniéndola á don Pedro Giron: estos dos casamientos traerian tras sí horribles crímenes: pues bien, mientras yo pueda ni uno ni otro se harán: el rey piensa dar un golpe de mano: con el pretesto de que la infanta y su servidumbre conspiran, irán presos esta noche: para cuya prision sin duda me

llama con urgencia el rey: pero en realidad no se piensa en otra cosa que....

—En abandonar con un débil resguardo á la infanta á una acometida de las lanzas de los confederados.

—¿Sabeis tambien?..

—Sí señor; pero el emisario de los confederados, el capitan de esa gente acaso esté muerto á estas horas.

—¡Muerto!

—Nunca falta un pretesto para matar á un hombre á estocadas.

—¿Y quién se ha encargado?...

—Permitidme, señor duque, que yo tambien tenga secretos: por parte de los confederados podeis estar seguro que sus lanzas no acudirán á la cita: en cuanto á los navarros, para impedirles que puedan acudir á su vez y apoderarse de la infanta, vos sois el único que teneis poder y la ocasion se os viene á las manos: Mosen Pierres de Peralta está en el alcázar.

—Os juro que no saldrá de él. Por lo demas veo que me sois leal y no vacilo en servirme de vos para un asunto delicadísimo de que yo mismo no me encargo porque es una conspiracion y no quiero que se me tenga por conspirador al descubierto: vais á poneros al frente de mis valientes lanzas, don Diego.

—¡Oh! me honrais en demasía.

—Pero mis lanzas no llevarán mi bandera ni sobrevesta ni señal alguna por la que se pueda conocer que son de mi casa: procurad vos no llevar otra señal que una banda blanca.

—Muy bien señor.

—Es necesario que vayais á armaros. Asi que esteis armado, salid de la ciudad y encaminaos al sitio llamado el Rollo: allí en una hondonada encontrareis un escuadron, y uno de mis capitanes que se pondrá bajo vuestras órdenes, os dará un pergamino cerrado en que sabreis lo que teneis que hacer: no os doy ahora las instrucciones, porque no sé aun por qué partido decidirme: esto será hijo de las circunstancias. Id, pues, armaos cuanto antes, y sin llevar un solo de vuestros hombres, id al momento al Rollo.

—Asi lo haré señor.

—Yo entretanto iré á ver al rey.

Separáronse dicho esto: Beltran de la Cueva se encaminó á la cámara del rey y Diego se detuvo en la galería de Moros en la ventana en que habia dado cita á Blasco do Campo Riveyra.

XXXII.

En que se descubren nuevas complicaciones.

Entretanto, y mucho tiempo antes, desde que, como sabe el lector, el portugués se separó de Diego, encaminóse el primero al meson del Cristo de las Palmas, y entróse en él, con no menos fueros que habia entrado anteriormente Diego.

El posadero, acostumbrado, como todos los villanos de la época, á sufrir la insoportable altivez de los nobles, al ver el sayo de vellorí de Blasco, orlado de martas cibelinas, su gorra con joyel, sus calzas de grana, y su tabardo orlado, entróle de repente en el cuerpo un respeto muy parecido al miedo, y cuando Blasco le mandó acercarse con acento imperativo, temblaba como un azogado.

—¿Qué me quiere vuestra señoría? dijo con la caperuza en la mano.

—Escucha, bergante, y desecha el miedo, para que puedas contestarme sin vacilaciones. ¿Qué gente aposentas en tu casa?

—Tragineros, pobres tragineros, señor; tratantes en granos y en vinos, contestó el huésped.

—¿Y está ocupado tambien por tragineros el aposento número tres?

Púsose pálido como un cadáver el posadero.

—El número tres...en verdad... el número tres hace mucho tiempo que no se habita; han dado en incomodarse todos los que han estado en él, porque dicen que es un arca de Noé; es decir, que tiene vichos de todas clases, y por lo tanto no le doy á nadie temeroso de disgustar.

—¡Con que está vacío el número tres!

—Sí, sí en verdad; pero no os conviene, señor: no podreis pegar en él los ojos.

—Esto quiere decir, pensó para sí Blasco, que el señor Ruy Perez está aun en la posada, porque si hubiera partido, este desalmado no perderia la ocasion de ocuparlo á pesar de todos sus vichos. Adelante.

Y luego dijo alto:

—¿Tienes tintero?

—Sí señor.

—¿Y papel?

—Como no arranque una hoja del libro de paja y cebada.

—Arráncala, pues, y tráemela con el tintero.

El posadero, algo mas tranquilo, volvió á poco con los objetos pedidos.

Blasco se habia sentado junto á una larga y mugrienta mesa, en un lugar desde donde podia ver á los que entrasen y saliesen, y sin temor á las manchas que con el contacto de la mesa podia recibir su rico trage, y á la luz de una vela de sebo que le llevó el posadero, se puso á escribir lo siguiente sobre un papel negro y ajado.

«Señor Ruy Perez: si quereis servir bien á vuestro amo el mar—»qués de Villena en el asunto del robo de la infanta doña Isabel, y »evitar un mal lance, dejaos ver de un hidalgo, que quiere bien á »vuestro amo, y que, por lo leal que le sois, os aprecia. Quedo espe-»rando vuestra licencia, y yo mismo iré á ofreceros con mi semblante »lo firma de esta carta.»

Cuando esto estuvo escrito, Blasco dobló el papel y llamó al posadero.

—Oye, bribon, le dijo; ya que un cristiano no pueda parar en el número tres de esta posada, que pare en ella este papel.

—¡Este papel!...

—Sí, es un ensalmo que, te uro, que ha de echar fuera á alguno de los vichos de el tal apo .

—Pero....

—Ve, vive Dios, si no quieres que yo te haga ir mas que á paso y con tres costillas menos.

Y Blasco echó ferozmente mano á la empuñadura de su espada, á cuyo ademan el posadero se apresuró á tomar el papel y desapareció por el fondo del patio.

Blasco quedó paseando en el soportal: poco despues oyóse ruido de espuelas, y apareció un hombre armado con un medio arnés, pero cubierta simplemente la cabeza con una gorra de velludo: aquel hombre era Ruy Perez.

—¡Ah! ¡ah! dijo Blasco para sí: el hombre es prevenido.

—¿Quién te ha dado este papel? dijo al posadero.

—Aquel caballero, contestó este.

—¿Habeis escrito vos este papel? dijo con semblante demudado Ruy Perez.

—Sí, yo le he escrito.

—¿Y vos quién sois? esclamó con acento grosero el servidor del marqués de Villena: yo no os conozco.

—¿No es exacto lo que dice mi escrito?

—No comprendo vuestro escrito.

—¿Qué no le comprendeis?...

—No; dijo con gran severidad Ruy Perez.

—¿Me habrá acaso engañado Diego? pensó Blasco.

—Y me estraña, insistió Ruy Perez, el contenido de esta carta.

—Sea como vos querais, dijo con gran aplomo el portugués: si por vuestra culpa, por vuestro recelo servis mal á quien tiene derecho y justa confianza de que le sirvais bien, vuestra será, no solamente la culpa, sino la responsabilidad.

—¡Vuestro nombre!

—Ninguna necesidad tengo de decíroslo.

—¿Quién os envia?

—No es este lugar apropósito para hablar: subamos á vuestro aposento.

—No; salgamos á la calle: cerca de aqui hay un callejon oscuro y solitario donde podremos entendernos sin testigos.

—Vamos, pues.

—Vamos.

Con asombro del mesonero, Blasco y Ruy Perez salieron el uno tras el otro y se encaminaron á un callejon cercano.

—Aqui estamos bien, dijo Ruy Perez.

—No; sigamos, sigamos, contestó Blasco: podríamos hacer algun ruido y ni á vos ni á mí nos conviene que nos sientan.

—¡Cómo! ¿qué es esto? dijo Ruy Perez viendo que Blasco le cortaba la retirada.

—Esto es que os buscaba para mataros, señor escudero del marqués de Villena.

—¡A mí! esclamó ferozmente, echando mano á la espada Ruy Perez.

—A vos.... frente á frente, de solo á solo.

—¿Y podré saber con qué motivo? dijo Ruy Perez conteniéndose, porque la situacion en que se encontraba le obligaba á ser prudente.

—El motivo que yo pueda tener, dijo el prudentísimo Blasco do Campo Riveyra, nada importa: básteos saber que sino matais moris.

—No acostumbro á reñir deliberadamente con quien no conozco, insistió el escudero.

—Eso suelen decir los cobardes.

—¡Ira de Dios! esclamó Ruy Perez: es la primera vez que me insultan de tal modo, sin que el insolente haya recibido el castigo: pero recelo....

—Sí, ya se ve claro que recelais.

—Recelo que os hayan arrojado á mi paso ciertas gentes... don Beltran de la Cueva, por ejemplo.

—Es un asunto personal mio.

—Pues bien; si es un asunto personal y os interesa matarme, emplacémonos para otra ocasion: yo os juro por mi honra y por mi alma acudir al plazo.

—Lo comido es lo seguro, como decís vosotros los castellanos, dijo el portugués: y puesto que os haceis tan reacio, veamos si contestais á los hechos como á las palabras.

Y desenvainando la espada acometió á Ruy Perez, que solo tuvo tiempo para dar un salto atrás y desenvainar la suya.

Trabóse inmediatamente una lucha sorda: ambos contendientes eran muy diestros, porque en un cuarto de hora no pudieron tocarse: rechinaban las espadas y entrambos estaban firmes en sus puestos: Ruy Perez á quien sin duda alguna contrariaba mucho aquel duelo, atacaba de una manera impaciente: Blasco se defendia de una manera impenetrable, y ninguno de los dos pronunciaba una sola palabra: ni en las ventanas de las casas ni en el callejon aparecia alma viviente; en aquellos tiempos eran demasiado frecuentes estos lances, se temia á las averiguaciones de la justicia, si tomaban una parte en ellos, aunque tan inocente como el de querer impedirlos; y los buenos vecinos de entonces, en vez de abrir sus ventanas las cerraban si estaban abiertas, cuando acontecia uno de estos lances, por prudencia unos, por temor otros, lo que no impedia el que se quedasen mirando tras las rendijas.

La riña parecia interminable segun la destreza de entrambos contendientes: al fin en una estocada larga y decisiva, tirada por la impaciencia de Ruy Perez, resbaló, quedó en falso, y antes de que pudiese asegurarse y recobrar la posicion, Blasco le atravesó de parte á parte por el falso del coselete.

—¡Ah, traidor! ¡ah, mal caballero! esclamó el herido, esforzándose por no caer: ¡me has asesinado, infame!

—Te ha asesinado tu impaciencia y tu torpeza, amigo mio: pero era necesario concluir: tardábamos demasiado.

Y al sacar Blasco la espada de la herida, el escudero vaciló un momento; luego se apoyó en la pared, dobló las rodillas y cayó sobre ellas, despues de lo cual guardó un profundo silencio.

—¿Qué es eso? dijo Blasco: ¿os embarga la voz el miedo?

Ruy Perez no contestó y Blasco se acercó á él y le reconoció.

—¡Diablo! ¡está muerto! ¡muerto! ¡no hay duda! pues no ha tardado mucho en salirse el alma del cuerpo. Ya estais servido, señor Diego el Desollador; sin duda os estorbaba demasiado para vuestros

planes este pobre diablo: os ayudo hasta ver claro en los enredos en que andais; despues, cuando yo vea claro, veremos si os ayudo ó no. Ahora hagamos lo que hemos hecho siempre en aventuras de esta clase: registremos el muerto: si tiene dinero no nos vendrá mal, porque en la corte se gasta como el fuego: si tiene papeles nos podrán servir de algo, de mucho acaso.

Y diciendo esto, estendió el cadáver boca arriba con la misma sangre fria que pudiera haberlo hecho un sepulturero ó un médico, y le registró la escarcela.

—Una bolsa repleta y pesada, y una llave, dijo guardándose los dos objetos enunciados: ahora veamos en los bolsillos interiores.

Y abriendo el sayo encontró entre sus forros una larga cartera.

—Pues señor lo tenemos todo; dinero, papeles y á mas esta llave, que no sabemos hasta qué punto puede servirnos. Esta llave es sin disputa la del aposento número tres de la posada del Cristo de las Tinieblas: yo me aventuraria á entrar, pero no es prudente: en estos negocios cuantos menos indicios queden mejor. Abrochémosle ahora el sayo para que nada puedan sospechar de despojo los que encuentren el cadáver, dejemos en su escarcela cuatro ó seis monedas para que no se achaque esto á robo, y hemos concluido.

Blasco lo hizo como lo habia dicho, y luego se alejó del cadáver y rodeando para no pasar por delante de la posada, se encaminó al alcázar.

Entretanto seis hombres con trazas de escuderos hidalgos llegaron á la posada, y sin dar al posadero mas razones que unas exíguas buenas noches, pronunciadas á media voz por uno de ellos, tomaron el patio adelante.

—¿Adónde vais, hidalgos? dijo el posadero.

Los preguntados no contestaron y siguieron adelante.

—Y luego dirán, esclamó el posadero amostazado, que esta es una buena vida: espuesto siempre en estos tiempos de bendicion, á palos, á insultos y á desafueros: ¿y adónde va esa gente? ¿asi se meten en la casa agena como trasquilado por iglesia: ¿quiénes serán? ¿quiénes no serán?

No duró mucho tiempo la incertidumbre del mesonero; apenas habian tenido tiempo los seis hombres de subir las escaleras y de atravesar los corredores cuando volvieron á bajar.

—¿Me quereis decir, preguntó uno de ellos al posadero, qué se ha hecho el huésped del número tres?

Estaban tan embozados en sus tabardos los seis hombres, era tan

brusco el acento del que le habia preguntado, que el posadero creyó que era necesario, para evitar un fracaso, amoldarse á las circunstancias, y ser muy cortés y muy condescendiente.

—¡Ah! mis nobles señores, contestó: ¿me preguntais por el caballero que me ha hecho la merced de aposentarse en el número tres de mi casa? pues bien, ese caballero ha salido con otro que le ha venido á buscar.

—¿Y cuánto tiempo hace que salió? preguntó con recelo el que habia hablado.

—Bien hará una hora.

—¡Una hora! es estraño, dijo aquel hombre, y se puso á hablar aparte con los otros cinco.

—¿Y qué señas tenia el que ha venido á sacarle?

—¡Oh! era un noble y rico caballero en la apariencia, muy galan, muy gallardo, muy mozo.

—¿Pero no le conoceis?

—Nunca le he visto hasta esta noche.

Volvió otra vez el incógnito á hablar con los otros.

—Traednos vino, dijo el que habia hablado al posadero.

Este se apresuró á poner un enorme jarro y seis cubiletes de estaño sobre la mesa.

Cuatro de aquellos hombres se sentaron y empezaron á beber, dejando ver al posadero sus semblantes duros y aviesos: los otros dos se fueron á la puerta, y se pusieron uno á cada lado á manera de centinelas.

—¿Querrá esto decir que estoy preso? murmuró el posadero.

Es verdad que el meson estaba desierto y que no habia en él otras personas que los seis incógnitos y el mozo de paja y cebada, que no teniendo nada que hacer dormia en el pajar.

Los dos hombres de la puerta quedaron inmóviles en sus puestos, y los cuatro que estaban dentro continuaron bebiendo en silencio.

XXXIII.

De como Diego dió nuevas muestras de confianza á Blasco.

Cuando Blasco llegó al alcázar y á la galería de Moros, encontró á Diego que le esperaba impaciente.

—¡Gracias al diablo dijo, que has venido! creí que tendria que partir sin verte.

—¿Tan de prisa estás?

—Como que tengo que presentarme armado y á punto de una espedicion á don Beltran de la Cueva.

—¿Y no sabes qué espedicion sea?

—No: pero no tardaré en saberlo. ¿Y ese hombre?

—¿El escudero del marqués de Villena?

—Sí.

—¡Muerto!

—¡Muerto! páguetelo Dios, Blasco: no sabes qué peso me has quitado de encima. ¿Y nada has averiguado?

—No ha hablado una sola palabra que interese.

—¿Le has matado en riña?

—Frente á frente.

—¿Y se ha enterado alguien?

—Yo sé hacer estas cosas.

—¿Nada has encontrado sobre él?

—Sí, esta llave, que es sin duda la del aposento número tres del meson del Cristo de las Palmas.

—Dámela.

—¿Y para qué la quieres?

—Ese hombre debe tener algo que nos interese en la maleta.

—Toma, pues, la llave; pero te advierto que no es prudente que lo descubras tú mismo.

—Irá por mí la justicia.

—¡La justicia!

—Sí; ¿te has olvidado de que soy muy amigo del corregidor don Gil de Andrade?

—Pero don Gil es corregidor de Madrid.

—Todos los corregidores se conocen, y un lobo á otro no se muerde: déjame hacer. Ahora ven conmigo.

—¿A dónde vamos?

—A mi casa: es necesario que te pongas al frente de mis ginetes.

—¡Ah! es verdad.

—Vamos pues.

Los dos cofrades salieron del alcázar, y concertando lo que debian hacer por el camino, llegaron en poco espacio á la casa de Diego.

Cuando entraron en ella y penetraron en el inmenso patio, Blasco vió agrupados en él, teniendo sus caballos de la mano, como cien hombres de armas.

—¡Ola, alferez Arévalo! dijo Diego.

Presentóse al momento un hombre armado de punta en blanco, que tenia mas trazas de bandido que de alferez.

—¿Está dispuesta la gente? le preguntó Diego.

—Sí señor, contestó el alferez.

—¿Saben que van á un empeño de honra?

—Sí señor.

—Reconoce bien á este caballero.

—Le conozco, señor; le he visto muchas veces en Lisboa, es el señor Blasco do Campo Riveyra, favorito del señor rey de Portugal.

—¡Ah! ¿con que me conoces? dijo Blasco: pues mira, aunque conozco muchos bribones, no te conocia á tí.

—Sin embargo, capitan, hemos estado mucho tiempo viéndonos todos los dias en España, en los montes de Toledo.

—¡Ah! dijo Blasco reparando mas en el alferez, ¿tú eres el Zurdo?

—Sí señor.

—Pues mira: supon que no me conoces, y que nadie sepa.....

—¡Bah! señor, todos esos buenos mozos que están metidos en esos arneses son personas conocidas.

—Pues mejor, mucho mejor; eso quiere decir que tengo á mis órdenes una brava gente.

—Y tan brava, dijo Diego: como que los he hecho buscar y los he asoldado de intento: ahora bien Zurdo, avisa á esos muchachos que esta noche van á ir bajo la conducta de su antiguo capitan; que estén dispuestos para cuando vengamos: sígueme Blasco; necesitamos armarnos.

Blasco y Diego subieron á las habitaciones superiores, y poco despues bajaron armados de punta en blanco.

—Quédate aqui, dijo al portugués Diego, y dentro de un cuarto de hora ponte en marcha: ya sabes el sitio que te he indicado antes: el Rollo: espera mas allá emboscado junto á la fuente; cuando yo pase con la infanta, échate encima: sorpréndeme: por muy buenas que sean las lanzas de don Beltran, yo haré que las tuyas, por mejor decir las nuestras, venzan: cuando el capitan huye, el soldado huye por valiente que sea; y en caso de que no huyan, todo se reducirá á apretar los puños y las lanzas. Con que no te olvides.

—No me olvidaré; dentro de una hora me emboscaré mas allá del Royo, entre los árboles junto á la fuente: ¿conoce el sitio el Zurdo?

—Sí.

—Pues entonces ve descuidado.

—Piensa, Blasco, que jugamos nuestra fortuna.

—Oye, con la infanta irá doña Mencía de Padilla.

—Por supuesto.

—Pues eso solo me haria apretar los puños y ser un leon.

—Maldígame Dios si te entiendo. ¿A cuántas mugeres amas?

—A todas y á ninguna.

—¡Ah bribon!.. pero adios, el tiempo corre, y hago falta en el alcázar.

—Adios. Hasta la vista.

Diego armado y ginete sobre un caballo de batalla, acompañado de dos escuderos, se encaminó al alcázar: aun no habia corrido tres calles, cuando se le presentó delante del caballo un hombre embozado.

—¿Eres tú, Andrés? le preguntó.

—Yo soy, contestó el hombre: ¿qué teneis que decirme para el alferez Nuño Arévalo.

—Escucha lo que le dirás, dijo Diego inclinándose sobre el cuello del caballo para no ser oido de los otros escuderos: importa desacernos del señor Blasco do Campo Riveyra.

—¿Y qué se ha de hacer?

—Esta noche nos encontraremos probablemente uno contra otro, él mandando mi mesnada, yo mandando la del duque de Alburquerque: cuando nos hayamos embestido, procurad darle un lanzazo ó un golpe de hacha; quitarle, en fin, de enmedio.

—Muy, bien señor.

—Sobre todo mucha prudencia.

—No nos faltará.

—Ya sabeis que es astuto.

—Nosotros en cambio no somos lerdos; ¿no teneis nada mas que mandarme?

—Nada mas; vete y no te descuides.

—No temais, capitan.

El embozado desapareció, y Diego siguió hácia el alcázar.

Cuando entró en él vió con asombro que los hombres de armas que antes llenaban la plaza de armas habian desaparecido; el alcázar presentaba un aspecto tranquilo.

—¿Habrá partido la infanta? pensó Diego; ¿habré tardado yo?

Y temblando de impaciencia echó pie á tierra y subió las escaleras con cuanta lijereza le permitia el peso de su arnés.

Cuando despues de atravesar galerias y corredores se encontró en las habitaciones del duque, maravillóle el que su mayordomo le dijese con gran cortesía:

—Mi señor os suplica que espereis.

Diego esperó mal de su grado, y vió con recelo que un hombre de armas se paseaba guardando la puerta de la antecámara por el esterior.

Quiso probar si estaba preso, y se aventuró á salir, pero el guarda se le puso con mesura por delante y le dijo:

—Perdonad, señor don Diego; pero no podeis salir.

Diego conoció en el guarda á un doncel del rey.

XXXIV.

De como tuvo ocasion de hacer de las suyas en Segovia el perinclito corregidor de Madrid.

Sonó el toque de queda y el duque no pareció.

Avanzó el tiempo, luego la media noche y Diego continuó solo.

Al fin el mismo mayordomo que habia intimado á Diego que esperase apareció y le dijo:

—El señor duque siente en el alma el haberos hecho esperar en vano: pero el rey le entretiene.

—¿Y mientras le entretiene el rey ha creido deber tenerme preso?

—¡Cómo preso!

—Sí por cierto: el doncel que guarda la puerta me ha impedido la salida.

—Ha obedecido sin duda á una órden general, y para que os satisfagais oid.

Y llamó al doncel que se presentó á la puerta.

—¿Qué órdenes os han dado, hidalgo? le preguntó.

—Que no deje salir á nadie por esta puerta sin órden especial del señor duque.

—¿Os han prevenido en particular que impidais el paso á alguna persona determinada?

—No señor.

—Volved á vuestro puesto.

El doncel desapareció.

—Ya veis, la órden es general: un olvido sin duda.

—O tal vez una prevencion: se sabia que yo debia venir.

—Lo que acontece esta noche en el alcázar es demasiado grave, y sin duda el duque se ha olvidado de escluiros de esa órden.

—Pues ese olvido me ha perjudicado en gran manera, os lo juro.

—Y yo os afirmo que el duque sentirá mucho el haberos perjudicado cuando lo sepa.

—Por otra parte, el señor don Beltran de la Cueva ha obrado conmigo como puede, y el mayor sentimiento que yo tengo al creer que se me ha detenido es que esa detencion signifique que se desconfia de mí.

—¡Desconfiar de vos! ¡bah! ¡ni por asomo! he oido decir mil veces al duque: ese noble y valiente don Diego Perez es uno de los amigos en quienes mas confio, y á quien entregaria sin dudar la prenda mas querida de mi corazon.

—¿Eso ha dicho? esclamó Diego seducido por el acento de veracidad de las palabras del mayordomo. El duque no se engaña: le debo tanto, que seria un ingrato si no supiese esponer por él mi vida.

—Harto lo sabe el duque, y por eso os aprecia. Ahora, y puesto que la detencion en el alcázar os perjudica, como decís, tened la bondad de seguirme, caballero: os daré salida por otra puerta, puesto que por esa, segun las órdenes que tiene el guarda, no puede ser.

—Vamos, contestó Diego.

El mayordomo hizo atravesar á Diego algunas cámaras, abrió en una de ellas una puerta de servicio, y el bandido se encontró en la galería principal interior del alcázar y junto á la escalera que conducia á la plaza de armas.

Despidióle allí afectuosa y honrosamente el mayordomo de Beltran de la Cueva, cerró la puerta, y Diego bajando las escaleras, encontró en el patio su caballo y sus dos escuderos.

—¡A caballo, dijo, y fuera del alcázar!

Túvole un escudero el estribo, montó, y seguido de sus servidores se acercó á la poterna.

—¿Teneis órden de no dejarme salir? dijo con cierta acritud el bandido al capitan de la guarda.

—Por el contrario, caballero, dijo aquel: vos sois la única persona que puede salir, si os llamais, segun creo, don Diego Perez.

—Asi me llamo.

—Voy pues á mandar alzar el rastrillo y calar el puente.

El capitan dió las órdenes oportunas, y poco despues Diego y los dos escuderos atravesaban la ciudad, que estaba tranquila, silenciosa y oscura, como boca de lobo.

Diego no notó que apenas habia salido del alcázar le habia seguido un hombre rebozado, recatándose de él; con aquel hombre, antes de que se pusiese en seguimiento de Diego, habia hablado el capitan de la guarda algunas palabras.

Ageno el bandido de este espionage, se detuvo en el centro de

una plazuela, por la cual no pasaba alma viviente, y en cuyas casas no se veia una sola luz.

—¿Qué habeis observado en el alcázar durante vuestra permanencia? dijo Diego á sus escuderos.

—Hemos visto entrar y salir hombres de armas.

—¿En mucho número?

—No: uno á uno y de tiempo en tiempo: aquellas gentes eran sin duda correos.

—¿Y qué mas habeis visto?

—Hemos visto.....

El escudero que hablaba se detuvo.

—¡Qué!

—Hemos visto, dijo el otro, á la señora.

—¿De qué señora hablais?

—De vuestra esposa, señor.

—¡Ah! ¡de mi esposa!

—Sí señor. Venia muy bien prendida, y cuando entró salió á recibirla un hidalgo á quien le oimos llamar señor Cáceres.

—¡El mayordomo del rey! dijo Diego para sí. ¿Y luego?

—El señor Cáceres tomó á la señora de la mano y entró con ella por una puertecilla del patio.

—Es estraño, pensó Diego: nada me ha dicho Tomasa: acaso se me engaña: acaso lo que únicamente se ha hecho ha sido tenerme detenido en las habitaciones de don Beltran mientras ella.... y decidme, esclamó alto: ¿ha salido la señora?

—No señor; al menos nosotros no la hemos visto.

—¿Y la señora os vió?

—Creemos que no.

—¿Y no ha acontecido nada mas?

—Sí señor: poco antes de que vos bajaseis entró una litera de camino rodeada de muchos hombres de armas y se entró por el portalon del frente de la plaza de armas.

—Maldito si entiendo una palabra de esto, murmuró el bandido; pero me parece que se me juega con malos naipes: en fin, ello dirá; ¿y adónde voy ahora? ¿á mi casa? no, no: es mas urgente ir á ver si nos apoderamos de algun secreto importante en la posada del Cristo de las Palmas, si aun es tiempo... sí, sí: pero como yo no puedo hacerlo por mi mismo, busquemos al corregidor don Gil de Andrade, de quien haré lo que quiera, porque me teme.

Y sin vacilar mas se encaminó á la casa del golilla, y al llegar á

ella asentó sobre su puerta tres fuertes aldabadas.

—¿Quién sois? ¿qué quereis?respondieron.

—Soy un caballero del rey, y necesito ver urgentemente al señor corregidor, contestó Diego.

—Su señoría duerme.

—La justicia del rey le llama.

—¿Pero no hay corregidor en Segovia?

—Nada os importa eso; avisad á vuestro amo, si no quereis que él mismo cuando sepa que no habeis obedecido, os despida, y decidle que le busca para un asunto importante el señor montero mayor del rey, don Diego Perez.

—Voy á avisarle al momento.

Cerró el doméstico la rejilla, y un cuarto de hora despues, cuando ya llegaba á su colmo la impaciencia de Diego, resonaron pasos en el zaguan, se abrió de nuevo la rejilla y una voz grave y campanuda dijo desde ella:

—¿Sois en efecto, caballero, el señor don Diego Perez, montero mayor de su alteza?

Aquella voz denunciaba al mismísimo don Gil de Andrade.

—Yo soy, amigo mio, contestó el bandido.

—Abrid, al momento; dijo el corregidor.

La gran puerta rechinó, y abriéndose de par en par entró Diego seguido de los escuderos, y pudo ver que tras el corregidor habia algunos alguaciles.

—¡Ah! dijo el bandido mientras la puerta se cerraba de nuevo; ¡no os inspiraba gran confianza mi llamamiento á estas horas!

Y al mismo tiempo desmontó y mostró con gran cortesía al corregidor la mano derecha, de la que habia quitado el guantelete.

—En verdad, señor don Diego, contestó el corregidor con una tirantez, que no podia disimular siempre que hablaba con el bandido, que no son estos tiempos para poderse fiar de nada; el rey, ó mas bien, el señor Beltran de la Cueva, me ha hecho seguir la córte no sé para qué, dejando abandonado mi corregimiento, y temo y recelo: esto es natural.

Subian entretanto las escaleras.

—Pues ha llegado el caso, dijo Diego, de que sepais para qué os necesita el señor duque.

—¿Me traeis alguna órden de su parte? dijo el corregidor llegando en aquel punto á su cámara?

—Orden para vos no, porque don Beltran quiere que en lo que

vamos á practicar domine un gran secreto.

—¿Y qué vamos á practicar?

—Un reconocimiento, y acaso acaso una prision.

—¿En Segovia?

—En Segovia.

—Pero reparad que yo no tengo aqui jurisdiccion.

—Pero al fin sois un alto ministro de justicia en todos los reinos de su alteza.

—Es verdad.

—Teneis con vos alguaciles.

—Es verdad.

—Sois ademas alcalde de casa y córte.

—Y como alcalde de casa y córte es como únicamente puedo prender y embargar fuera de mi jurisdiccion.

—Ya lo sabia don Beltran de la Cueva, y por esta razon os ha hecho acompañar la córte; ¿qué quereis? vuestra lealtad os sentencia á estas fatigas. ¡Hay tan pocos leales en Castilla!

—Y decidme, señor don Diego: ¿es cosa del momento esa diligencia?

—Ya veis: vengo armado y acompañado de dos escuderos armados tambien.

—Es verdad: y algo me hizo temer de importante el veros tan armado y resguardado.

—¿Y vos, cuánta gente teneis con vos?

—Doce alguaciles, un alferez y doce soldados de las milicias de Madrid.

—¡Oh! pues tenemos bastantes, haced armar á esa gente y marchemos.

Don Gil, terriblemente disgustado, pero disimulando su disgusto, llamó, dió las órdenes oportunas, y poco despues Diego, el corregidor, diez alguaciles, un alferez y doce ballesteros, se encaminaban á buen paso á la posada del Cristo de las Palmas.

Daban entonces en el reló del alcázar, único que por aquellos tiempos habia en Segovia, la una de la madrugada.

XXXV.

De como se conspiraba hasta en los mesones.

En el meson del Cristo de las Palmas sucedia entretanto una escena de que no queremos privar á nuestros lectores.

Apenas habian dado las doce de la noche, cuando en la puerta cerrada del meson, resonaron dos fuertes golpes. Al escucharlos los seis hombres malcarados que, como dijimos anteriormente habian ido en busca de Ruy Perez, se levantaron á una, pensando sin duda que no podia ser otro el que llamaba que el escudero del marqués de Villena.

El posadero, que no habia perdido un momento de inquietud desde que tenia en su casa á tan encubiertos silenciosos y amenazadores huéspedes, se levantó tambien de su banquillo en que estaba sentado contrariado y mohino, y dijo á los incógnitos:

—Ya ois, señores, que llaman: ¿qué hago?

Esta pregunta significaba que aquellos seis hombres se habian apoderado despóticamente del meson.

—¿Qué habeis de hacer sino abrir? dijo violentamente uno de aquellos hombres.

En aquel momento volvieron á llamar con mas fuerza, y una voz impaciente de muger, en cuyo acento se notaba que era jóven y principal, esclamó:

—¡Abrid!

Los seis hombres se miraron unos ó otros.

—Pues no es él, dijo el que habia hablado antes.

—Sepamos quién es ella, dijo otro.

—Tal puede ser, señores, dijo el posadero que no os convenga ni me convenga que os vea.

—Sí, sí, teneis razon, aqui puede haber misterio, dijo el primer hombre, nos ocultaremos y vos abrid, maese.

Los seis hombres se entraron en la habitacion del posadero sin pedirle permiso, y este, cada vez mas disgustado, abrió la puerta.

Presentósele una muger cubierta de los pies á la cabeza, con un manto negro, y acompañada de un hombre vestido de negro tambien y cubierta la cara con un antifaz.

—¿Teneis un aposento desocupado en vuestra casa? dijo la dama.

—Tengo muchos.

—Dadme uno. Vos, añadió la muger designando al hombre que

la acompañaba, decid á los de la litera que esperen en uno de los callejones inmediatos.

El encubierto obedeció.

—Y vos, dijo la incógnita al posadero, cerrad y guiad al aposento.

Entró en el suyo el posadero, estúvose algun tiempo, durante el cual la muger creyó escuchar el murmullo de dos voces contenidas, y al fin salió sacando en la mano un velon encendido.

—Estoy á vuestra disposicion, señora, la dijo.

Y atravesó el patio, subió las escaleras seguido de sus estraños huéspedes y abriendo un aposento situado en los corredores, y marcado sobre la puerta blanqueada con un número cinco pintado con hollin, dijo:

—Este es el mejor aposento de mi casa: tiene tres habitaciones y un hermoso dormitorio con buen lecho.

La dama hizo un movimiento de desagrado.

—Tomad, dijo al posadero, dándole cuatro enriques de oro que le deslumbraron: se os paga bien para que sirvais bien.

—Descuidad, señora, cuanto hay en mi casa....

—A propósito: ¿qué gentes hay en vuestra casa?

—Nadie, señora, á escepcion de un hidalgo que tiene la habitacion número tres.

—¿Y ese hombre?...

—Descuidad, dijo el posadero, comprendiendo que á la dama convenia la soledad: ese caballero, en tres noches que lleva en la posada, no ha dormido en ella y está fuera.

—Me pareció haberos oido hablar en voz baja con alguien.

—Sí, ciertamente, con el mozo de paja y cebada, que es un asturiano tan torpe y callado como un poste.

—Cuidad de no abrir á nadie la posada: haceos el sordo, dejad que echen la puerta abajo.

—Pero señora... si la justicia....

—¡La justicia! no habia pensado en ello: ¿tiene vuestra posada alguna salida escusada?

—Sí señora, por las bardas del corral.

—Bien, en ese caso no abrireis á nadie hasta avisarme.

—Muy bien, señora.

—Sin embargo, vendrá alguien á quien abrireis cuando se haya dejado reconocer de mi escudero.

—Muy bien, señora.

—Id vos y velad: ya sabeis la seña, dijo la dama á su criado.

Y tomando el velon de manos del posadero, cerró la puerta.

Los dos que habian quedado fuera bajaron al zaguan.

—¿Quereis alguna cosa: hidalgo? dijo al enmascarado el posadero.

—Nada, contestó secamente aquel hombre, sino que os quiteis de enmedio despues de darme la llave de vuestra puerta.

—Pero...

—¡Vive Dios! esclamó el encubierto echando mano á la espada.

El posadero atortolado, sin acordarse en qué acaso incurria en el enojo de los otros seis terribles huéspedes, entregó la llave al incógnito.

—¿No os he dicho que se me os quiteis de delante? insistió con acento mas duro aquel hombre.

—Sí, mas... ved... se atrevió á decir con acento mas trémulo el posadero.

Por aquella vez el incógnito asió del brazo al pobre diablo y le lanzó con fuerza, haciéndole dar dos ó tres traspieses en direccion á la puerta de su aposento, donde despues de una ligera vacilacion, entró murmurando por lo bajo.

El del antifaz se quedó paseándose á lo largo del zaguan.

—Aqui va á suceder algo, Dios mio, esclamó el posadero que trasudaba.

—Callad, callad, dijo el uno de los seis hombres que habia hablado mas hasta entonces, en una voz tan contenida, que no podia ser oido por el que se paseaba fuera: no sabemos lo que puede ser esto; callad si no lo quereis pasar mal.

Y tras estas amenazadoras palabras que redujeron á un profundísimo silencio al posadero, aquel hombre se puso á observar por las rendijas de la puerta.

El encubierto seguia paseándose. Poco despues se oyó el golpe seco y retumbante de la aldaba sobre la puerta del meson.

Entonces el incógnito fue á la puerta y dijo desde adentro:

—¿A quien buscais?

—A quien me espera, contestó con voz baja un hombre.

—¿Y estais seguro de que os esperan?

—Como está seguro de que yo vendria quien me aguarda.

Abrió entonces el incógnito la puerta, y con él entraron cinco hombres.

—Cerrad, dijo uno de los cinco recien llegados al incógnito, y vosotros esperad aqui: ¿dónde está la señora?

—Arriba.

—¿Ha esperado mucho tiempo?

—No señor.

—Guiad.

Los dos incógnitos, porque el reccien llegado venia tambien tenazmente encubierto, subieron las escaleras, llegaron á la puerta del aposento número cinco, alumbrados por un cabo de sebo que habia tomado el primero del zaguan, y llamaron á la puerta.

—¿Quién es? dijo la dama.

—Soy yo, señora, dijo el segundo encubierto.

—¿Venís solo?

—Con vuestro criado.

Inmediatamente la puerta se abrió.

La dama estaba rígidamente encubierta aun.

—Muchas precauciones guardais, señora, dijo el recien llegado.

—Y aun me parecen pocas.

—Teneis razon; todo hay que prevenirlo. Y sin embargo....

—¡Qué!

—No me parece prudente que hayais elegido este lugar.

—Por el contrario, en estos tiempos, segun he oido contar, son muy frecuentes las citas de cierta clase en los mesones retirados.

—¿Habeis traido con vos?..

—Sí, he traido cuatro de mis mas valientes escuderos.

—¡Oh! pues entonces estamos seguros.

—Dios lo quiera...

—Lo mas que pudiera suceder...

—Podria suceder mucho.

—¿Mucho?

—Sí, lo peor que pudiera acontecernos....

—¿Qué?

—Un escándalo.

—Descuidad: están todos demasiado ocupados para pensar que nosotros.... id, Juan, id, y procurad que no nos puedan sorprender.

El nombrado Juan se retiró y la puerta se cerrò instantáneamente.

Entonces la muger se echó atrás el manto y se quitó el antifaz.

Era doña Catalina de Sandoval.

El hombre se descubrió del mismo modo.

Era Beltran de la Cueva.

—Dejadme, dejadme que os dé las gracias, señor duque, por haber acudido á mi cita: dijo la jóven mirando á Beltran de la Cueva con enternecimiento.

Soldevila inv.º y Litº

Litª de J. Aragon, Madrid

IX.

ENRIQUE IV.

¡Vos aqui Señora!

—¡Ah señora! dijo Beltran, ciertamente que nunca hubiera creido que nos encontrásemos solos en tal sitio y á tales horas.

—Y ¿por qué habeis venido? ¿no ha sido ciertamente?...

—He venido, señora, porque vos me suplicábais que viniese.

—Sí, os he suplicado que vengais... porque... y bien ¿qué importa? porque os amo.

Beltran de la Cueva fijó una mirada llena de desaliento en doña Catalina.

—¡Ah señora! dijo: si verdaderamente me amais, si el interés que sentís hácia mí no es obstinacion, habeis puesto vuestro amor en persona bien desdichada: creedme, doña Catalina, yo no puedo ya amar.... tengo el corazon desgarrado, seco....

—Le teneis desesperado, dijo con despecho doña Catalina: si así no fuese ¿escucharíais de una manera indiferente de los labios de una muger codiciada por todos una confesion de amor? para vos, no hay nadie mas que la reina.

—¡Señora!

—Estamos solos, don Beltran, y bien podremos decir aqui lo que todo el reino sabe: sí, vos no podeis amar mas que á la reina, y.... teneis celos de ella.

—¡Celos!

—No he sido yo quien os he avisado, no por cierto, aunque lo he visto todo, aunque lo he observado todo, porque una muger que os ama como os amo yo, siente las injurias que se hacen al hombre amado; pero existe una muger que os ama tambien, una muger cuya venganza habeis provocado, y esa muger cuyo nombre no quiero pronunciar....

—¡Doña Mencía! murmuró el duque.

—Sí, doña Mencía, afirmó doña Catalina; pues bien: doña Mencía ha tenido medios para introducir al lado de la reina á un hombre terrible: doña Mencía ha logrado pruebas, y ha llevado su venganza hasta el punto de hacer que conozcais esas pruebas, que no podais tener dudas: no he sido, pues, yo quien os ha desgarrado el corazon: y si os he nombrado las traiciones de la reina, es porque vos las sabeis, porque no teneis dudas de ellas.

—Pero por mas que yo no tenga dudas, señora, por mas que la misma conducta de la reina para conmigo me haya convencido, no he podido sorprenderla.

—¿Y si yo os procurase esa sorpresa?

—¿Vos?

—Sí, yo: si os la procurase, ¿creeríais en mi amor?

—Creeria en él, os amaria, os adoraria.

—¡Por los celos de otra muger!

—Creedme, señora: en el estado en que se encuentran las cosas, desprecio á la reina.

—¿Que la despreciais, y teneis el corazon desgarrado?

—La reina era mi vida, mi sueño, y al perderla.... ¡oh! ¡sí! al perderla, porque su liviandad la hace imposible para mí, he sentido un dolor agudo, como aquel á quien se le huye la esperanza de su felicidad: ademas, ademas, terribles dudas han venido á perturbar mi conciencia, porque he observado á la reina, al rey... y he visto...

—Que doña Juana ha sido y es querida de su marido.

—¡Querida de su marido! espresion estraña y que sin embargo es exacta; sí, sí, por Dios: Enrique IV era en la realidad una persona estraña para la reina: su verdadero esposo era yo.... yo fuí el primer hombre á quien verdaderamente amó, á pesar de que tuvo antes galanteos con un aragonés, con un tal Juan Rodriguez del Padron, á quien me ví precisado á matar para arrancarle ciertas prendas que tenia de la reina, y que la comprometian: la presentacion de estas prendas fue un motivo para nuestros mútuos amores: entonces era una doncella alegre, audaz, dada al galanteo, enamorada, pero pura: entonces su corazen valia un amor como el mio, amor al que sacrifiqué cegado por la pasion que me inspiraba la reina, otros amores nobles, dignos....

—Los de doña Mencía de Padilla.

—¡Todos saben esa historia! dijo tristemente don Beltran: ¡todos conocen mis desdichas! pues bien, señora, durante algun tiempo, la reina enloquecida por mis amores, solo vivió para mí; yo era, pues, su esposo, puesto que no habia conocido mas hombre que yo: el rey entonces estaba enloquecido por doña Guiomar de Souza Coutiño, como lo está ahora por vos y por doña Guiomar de Silva.

—¿Por mí?

—Sí, ciertamente: por vos que decís amarme....

—Y ¿no es para vos una prueba de amor el horrible sacrificio que hago de mí misma, recibiendo aun al rey en mis aposentos, fingiendo que no veo su intimidad con doña Guiomar y sus pretensiones á esa Tomasa, á la muger de ese bandido ennoblecido que se llama don Diego Perez? ¿y por quién hago todo esto? por vos: porque necesito veros: velar por vos: intrigar para vos, y para ello estar en la córte: por vos me pongo en situaciones equívocas que podian producir el

enojo de mi tio el conde de Castro y de mis parientes, y podian dar conmigo en un convento; por vos sufro, por vos vivo, ¿y aun me echais en cara mis galanteos con el rey?

—Como os decia, señora, continuó Beltran de la Cueva eludiendo el contestar á doña Catalina: por el tiempo en que la reina enloquecia con mis amores, el rey se entregaba sin reserva á los de doña Guiomar de Souza. Pero llegó un dia en que doña Guiomar salió ruidosamente de la córte despedida por la reina, y fue encerrada en un convento. Esto fue para mí estraño. Desde aquel acontecimiento noté dos cosas gravísimas.

—¡Dos cosas graves!

—Sí por cierto: una de ellas era que el rey no tenia manceba.

—¡Ah!

—Y la otra que el rey tenia para conmigo distracciones y frialdades que en vano pretendia disimular.

—¡Ah!

—Observé, y no pude tener duda: la reina, como vos habeis dicho muy oportunamente, era la querida del rey; doña Juana, al fin era adúltera, pertenecia á la clase de esas mugeres que engañan á un tiempo al marido y al amante. Algun tiempo despues de la intimidad de la reina con el rey, nació la infanta doña Juana.

—¿Y creeis?...

—¡Oh! esta es mi duda, mi horrible duda.

—¿Pero el rey?...

—¡El rey!.. vos habeis tenido hijos del rey, doña Catalina.

—Pero en el tiempo que tuve esos hijos, don Beltran....

—¿Qué?

—Tenia otro amante, dijo ruborizándose doña Catalina.

—Sin embargo, vuestros hijos que, impulsados por mis dudas logré me los mostrasen en Sepúlveda donde se crian, tienen la misma frente, la misma mirada del rey... como las tiene la infanta doña Juana.

—Es verdad, pero he oido decir muchas veces al bachiller Cibdadreal, que era un sabio, que un niño puede parecerse á un hombre que no sea su padre, si aquel hombre afecta la imaginacion de la madre... yo tenia siempre en mi pensamiento al rey... por ambicion, por empeño, no por amor... ¿no podria suceder?..

—Hé aqui la duda, dijo el duque; hé aqui por qué yo, dudando, he defendido y defiendo los derechos de la desdichada á quien llaman la Beltraneja, que acaso no es mi hija, que acaso es la heredera elgítima de estos reinos... ¡qué! creeis que si yo hubiese tenido dudas

acerca de la legitimidad de la infanta, hubiera atentado contra los derechos de los hijos de don Juan el II en favor de una hija mia? no, no, doña Catalina; soy demasiado caballero para descender á tales bajezas... he luchado, lucho y lucharé, no por la madre á quien desprecio, sino por la hija, porque, creedme, señora, á pesar de que todos creen que la infanta doña Juana es mi hija, de que el mismo rey parece seguro de ello, yo tengo una conviccion, una conviccion estraña que apenas tengo una prueba en que apoyarla, de que doña Juana es hija del rey.

—Mirad no os engañe vuestro amor de padre... pero no es ese el motivo que me ha hecho citaros aqui... necesitabais no tener duda de los nuevos galanteos de la reina: pues bien, yo os daré esta misma noche esa prueba.

—¿Esta misma noche?

—Sí; ademas sabedlo, la reina está en cinta.

—¡En cinta! ¿y cómo sabeis?...

—Soy su dama; su dama de confianza: hace mucho tiempo que la reina está separada del rey, de vos, y que recibe misteriosamente á otro hombre.

—¿Y qué hombre es ese?

—¿No os lo dice el corazon?

—Ya os he dicho que nada me dice el corazon acerca de la reina porque la desprecio.

—Mejor dicho, el procuraros doña Mencía de una manera indirecta las pruebas de la traicion de la reina, ¿no os ha revelado su nombre?

—No.

—¿Y no habeis adivinado?

—¡Adivinar! he sospechado que ese hombre puede ser Alfonso de Leiva.

—Y no os habeis engañado.

—Sin embargo, dudaba: ese hombre está ciegamente enamorado de doña Guiomar de Silva.

—Lo que no impide que tambien esté enamorado de la reina.

—¿Y decís que podeis presentarme la prueba esta noche?

—Sí.

—¿Y cómo?

—Ocultándoos en la cámara de la reina.

—¿Y para qué?

—Vereis entrar en ella al señor Alfonso de Leiva; vereis cosas que no os dejarán duda.

—Pero si el señor Alfonso de Leiva estaba destinado para conducir á la infanta...

—Sí, pero ya sabeis que el rey de una manera imprevista ha dado órden de suspender la marcha, y se ha suspendido. Y no adivinais quien ha andado en ello? Pues voy á decíroslo, doña Mencía, el almirante y Hernando de Carrillo, por medio del coronista Alonso de Palencia, que es partidario de la infanta y ha encontrado medio de privar con el rey.

—Esto es un horrible tejido de intrigas...

—Es que no hay una sola persona de quien poderse fiar: los confederados esperaban la salida de la infanta de Segovia para robarla.

—¿Los confederados?

—Sí por cierto: hace algunos dias se han visto en Segovia algunos partidarios de don Juan Pacheco, y uno de nuestros corredores ha escapado por milagro de las manos de algunos centenares de lanzas que estaban emboscadas en las inmediaciones de la ciudad; ha llegado esta noche, lo ha sabido Hernando de Carrillo, por él doña Mencía, y se ha asustado el rey con la noticia de que un ejército del almirante Enriquez, esperaba oculto para apoderarse de la infanta y entregarla al navarro.

—Mosen Pierres de Peralta ha sido preso misteriosamente cuando salia del alcázar por un postigo, el rey lo sabe...

—Sin embargo, ha temido y ha suspendido la marcha de la infanta.

—¿Quién os ha puesto en tales antecedentes, señora?

—Tengo oro y lo gasto: y como le gasto bien, tengo escuchas en todas partes.

—Habia sospechado que os enviasen de espia cierto hidalgo portugués que se halla desde hace seis meses en la corte, que es amante de doña Guiomar de Silva, y amigo de don Diego Perez, en cuya casa se os ha visto entrar mas de una vez encubierta.

—El señor Blasco do Campo Riveyra, me persigue, es verdad, y creo que me ama; pero no ha logrado verme; y aunque es cierto que me valgo de ese don Diego, y que he estado esta tarde en su casa, tambien es cierto que vos habeis tenido preso en vuestra antecámara al tal hombre desde antes que el rey revocase la órden de marcha de la infanta.

—¿Teneis tambien escuchas entre mi servidumbre?

—Téngolas, duque.

—¿Mi mayordomo, acaso?

—No, no por cierto: y en vano será que os devaneis los sesos, ni

el que mudeis de criados: tardaria poco en hacerme un espía entre los nuevos. Y bien mirado, ¿qué os importa esto si yo os escucho para serviros á vos mismo?

—En verdad, en verdad, que yo no creia que hubiese en la córte otra muger que intrigase y que viese, oyese é hiciese tanto como doña Mencía.

—Las dos somos mugeres, y debiérais haber conocido, señor duque, que esto es una guerra de mugeres.

—¿Y puedo contar con vuestra franca y leal ayuda?

—¿Puedo yo contar con vuestro amor?

—Siempre vuestra hermosura, señora....

—No mintais, duque.

—Os juro que siempre me ha enamorado vuestra hermosura, y que si no he procurado poseerla, ha sido por hidalguía.

—¡Por hidalguía!

—Sí; porque lo que yo sentia hácia vos, solo era deseo, y no queria ofender por un deseo á la reina.

—Y ahora, ¿no os inspiro mas?

—Os confieso que me conmueven las muestras de amistad que me dais.

—Pagad mi amor, don Beltran, pagádmelo aunque sea fingiéndome amor. ¿No comprendeis que debo estar desesperada cuando soy para con vos lo que vos debiais ser para conmigo? ¿nada os dice el que yo, muger, sea la que pretende, y el que vos hombre sea el que resistais?

—¡Ah! ¡señora!... esclamó Beltran; conozco que....

—¿Qué conoceis, duque?

—Que vuestra hermosura y vuestra discrecion, que ya me dominan, acabarán por enloquecerme.

En efecto, fuese por fingimiento ó á causa de la situacion, la mirada de don Beltran era una de esas miradas que son inequívocas para las mugeres. Doña Catalina palideció de emocion, se estremeció de placer y estrechó contra su pecho una de las manos de don Beltran, que por su parte estaba fascinado.

En aquel momento se oyó abajo un ruido espantoso, y poco despues llamaron apresuradamente á la puerta del aposento donde estaban don Beltran y doña Catalina.

—¡La justicia! ¡la justicia, señor! esclamó uno de los criados del duque.

—¡La justicia! esclamó aterrada doña Catalina: ¿si me encuentran aqui con vos?...

—Nada temais, señora: la justicia se verá obligada á decirme á qué viene á esta casa.

Y el duque cerrando por fuera con llave la puerta, dejó sola y encerrada á doña Catalina.

XXXVI.

Resolucion de los dos anteriores.

El aspecto que antes de esto presentaba el zaguan de la posada, era altamente monótono; Juan, el criado de doña Catalina, y los cuatro escuderos de don Beltran de la Cueva, estaban sentados el uno en frente de los otros sin decirse una sola palabra; en el aposento del posadero, los seis incógnitos que hemos presentado anteriormente, estaban á punto de desesperarse, y terriblemente cuidadosos por la tardanza de Ruy Perez, con la cual no habian contado, y temiendo por ello que no le hubiese sucedido lo que saben nuestros lectores le aconteció á prima noche á manos de Blasco do Campo Riveyra.

Cuidadosos por esto y por la presencia de los que habian aportado al meson, callaban y callaba el posadero de miedo, y callaban por reserva los cuatro escuderos del duque y el criado de doña Catalina.

Pero de repente se rompió aquel silencio.

Retumbaron fuertes aldabadas á la puerta, y una voz enérgica, la voz de don Gil de Andrade, gritó:

—¡Abrid á la justicia del rey!

A la voz «*justicia*» el posadero salió desolado al medio del zaguan y acercándose rápidamente á los cinco que estaban en él, les dijo:

—Es necesario que os oculteis.

—No tenemos por qué ocultarnos, dijeron aquellos hombres.

Al mismo tiempo los seis que estaban en el aposento salieron con las espadas desnudas, y sin chistar abrieron de par en par la puerta y embistieron con los que llamaban: estaba manifiesta su intencion de escapar por sorpresa.

Pero esto se habia previsto: encontráronse con un muro de partesanas á tiempo que Diego el Desollador y el alferez Montilla, el mismo á quien hemos visto anteriormente en Madrid, cuando se trataba de la prision de Diego en la casa de Santisteban, se abrieron paso á cuchilladas; cargaron los corchetes y en un momento se vieron acorralados, desarmados, maniatados y presos, no solo los seis encubiertos que habian resistido, sino tambien el posadero, el

criado de doña Catalina y tres de los escuderos del duque que no habian hecho resistencia á la justicia: en cuanto al otro escudero, habia escapado la posada adentro y habia avisado del suceso, como hemos visto, á Beltran de la Cueva.

—¡Habeis hecho resistencia, bribones! decia el celebérrimo don Gil; no repuesto aun y mostrando su vara empuñada á los presos: de aqui se desprende que sois criminales; ¡ola! ¡Vencejo! ¡Vencejo!

—¿Qué me manda vueseñoría?

—Mirad si están bien seguros los cordeles de esa gente.

—Estánlo, señor.

—Ahora bien: alferez Montilla, haced que metan en la posada el muerto que hemos encontrado en la calle.

Poco despues cuatro alguaciles entraron con el cadáver de Ruy Perez.

—¿Conoceis á este hombre? dijo el corregidor al posadero.

—No le veo bien, señor: contestó trasudando el pobre diablo.

—Alumbrad, alumbrad al muerto, y vos acercaos; y ahora bien: ¿le reconoceis?

—Sí señor, que le conozco.

—¡Ola! ¿con que le conoceis?

—Como que le tenia hospedado en mi casa, señor.

—¿Que le teníais hospedado?

—Sí señor, puesto que para hospedar gentes y caballeros soy posadero.

—Mesurad vuestras palabras si no quereis que os mande zurrar de lo lindo con un trato de cuerda.

—Perdone su señoría si le he ofendido... el miedo...

—De tener vos miedo á la justicia se desprende que sois un bribon.

—¡Señor!

—¿Cómo se llamaba el muerto?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabeis?

—Ya veis, señor, que lo que á mí me importa es que mis huéspedes paguen.

—Esa ignorancia es sospechosa, maese, y van entrándome deseos de agarrotaros los pulgares para que declareis.

Eran aquellos unos hermosos tiempos: el tormento estaba á la órden del dia: para aplicarlo no eran necesarias máquinas ni potros, ni borceguíes, ni ruedas: este era el lujo, lo supérfluo del tormento: para hacer declarar á una persona, bastaba el sencillo aparato que

llevaba consigo todo ministro de justicia, esto: es un cordel de cortas dimensiones y dos trozos de palo para dar garrotillo: una vez colocados los pulgares de un reo contumaz en el silencio, en aquella especie de potro abreviado, se le apretaba hasta macerarle la carne, hacerle saltar la sangre, ó romperle ó dislocarle los huesos: cualquiera puede hacer un ensayo hasta cierto punto consigo mismo para conocer la suavidad de los medios con que se pretendia llegar á la verdad en aquellos buenos tiempos.

Conocedor el posadero del género de estímulo que queria aplicársele, se estremeció y metió apresuradamente las manos en los profundos bolsillos de sus bragas.

—¿Con que es decir, continuó el corregidor, que os obstinais en callar y nos obligais á usar de severidad con vos?

—¡Ah señor! ese hombre que está muerto ahí, entró en mi casa y se apoderó de ella por la fuerza: aterrándome. Yo no le conocia. Yo no me atreví á preguntarle cómo se llamaba. Pero el aposento número tres en que le hospedé, era un verdadero pasadizo de gentes que iban y venian.

—¿Y no conoceis ninguna de esas gentes?

—Ninguna, señor.

—¡Vencejo! dijo don Gil.

—Señor: contestó el corchete.

—Sacad vuestros trevejos, hijo, y sujetad este hombre á la cuestion del tormento.

Echóse á temblar y á sudar el mísero posadero, pero de repente su rostro se animó, brilló en sus ojos un rayo de esperanza, y estendió la mano á Diego el Desollador, que estaba al lado de don Gil, y en cuyo semblante, turbado por la aparicion de la justicia en su casa, no habia reparado hasta entonces.

—¿Quereis saber el nombre del difunto, señor? esclamó el posadero alentando apenas.

—Y tanto como quiero, dijo don Gil: paréceme que el tormento obra en vos antes de que os le apliquen.

—No, no señor, dijo el posadero: yo no conozco ese hombre, pero conozco á uno que ha venido á buscarle esta noche y que está con vos, señor.

A aquella declaracion del posadero, uno de los seis hombres que habia ido á buscar á Ruy Perez y que le habia esperado, como sabe el lector, se volvió todo ojos y oidos, mientras el corregidor esclamaba:

—¿Que está conmigo un hombre que ha venido á buscar esta noche en vuestra posada al difunto?

—Sí señor.

—¿Y quién, quién es? dijo el corregidor lanzando una penetrante mirada á sus alguaciles.

—Es ese caballero: contestó el preguntado señalando á Diego.

—¿Yo? esclamó el bandido.

—Sí, vos: acordaos de que os entrásteis de rondon en mi casa esta tarde; que cuando os pregunté dónde ibais, me enviásteis con los diablos y despues os encerrásteis con el difunto, que entonces no lo era, y estuvísteis encerrado con él.

—Ese hombre miente, esclamó Diego: mientras, volviéndose al corregidor, le decia en voz baja: andais con esceso preguntador, don Gil: lo que importa es apoderarnos de los papeles de ese hombre.

Entretanto el uno de los seis que hemos indicado murmuraba mirando á Diego:

—¡Ah! ¡ah! ¡habeis sido vos, señor asesino! pues yo os juro que no se me os escapareis.

El corregidor por su parte que habia notado cierta turbacion en el semblante de Diego, y que le tenia, aunque encubierto y solapado, un rencor á toda ley como saben nuestros lectores, creyó llegada la hora, y atrincherándose en las funciones de su oficio, dijo.

—Por mas necesidad que tengamos, señor don Diego, de concluir pronto, mi obligacion, como corregidor y como alcalde, cuando encuentro un hombre muerto á hierro, es la de averiguar quién el tal hombre sea, y no habrá respeto humano que me haga separarme de aqui sin cumplir con mi ejercicio.

—Estais muy importuno, señor don Gil: dijo á esta sazon al oido del corregidor la voz de un hombre que se le habia acercado por la espalda.

Don Gil reconoció en aquella voz al duque de Alburquerque.

—Señor; dijo volviéndose.

—Basta: haceos acompañar de don Diego y seguidme.

Avisó el corregidor á Diego, y los tres entraron en el patio, y poco despues llegaron á la puerta del aposento número tres, alumbrados por una linterna que don Gil habia tomado de manos de uno de los alguaciles.

—¿Quién tiene la llave de este aposento? dijo Beltran de la Cueva.

—Yo, señor: contestó disimulando mal su turbacion Diego.

—Hacedme la merced de abrir, amigo mio.

Diego abrió y entraron.

Era el aposento un verdadero aposento de meson de aquellos tiempos: estension reducida: paredes súcias: techo ahumado; suelo polvoriento: un miserable lecho en un ángulo: dos sillas de formas y altura distintas, y una mesa endeble, súcia y vieja cuanto podia serlo: ademas de este menaje exíguo y desvergonzado, habia en el suelo una maleta, sobre una de las sillas un hábito de mendigo, y sobre la mesa arrojada y abierta la carta que Blasco do Campo habia escrito á Ruy Perez para obligarle á salir de su aposento.

—¡Ah! ¡ah! dijo Beltran de la Cueva: ¿con que el hombre que habitaba este aposento era un emisario de nuestro buen amigo el señor marqués de Villena?

—Asi parece, señor, dijo Diego.

—¿Y vos le conociais, don Diego?

—Sí por cierto; ese es el hombre de quien os hablé esta noche.

—¡Ah! sí, es verdad, recuerdo perfectamente y veo que me sois muy leal, señor don Diego: pero decidme ¿á qué habeis vuelto á esta posada?

—Suponia que sus gentes vendrian á buscar al tal Ruy Perez, y aprovechándome de la estancia en Segovia del señor don Gil, que es mucho vuestro servidor y del rey, me propuse prender á esa gente sin escándalo y entregárosla, señor.

—Habeis cumplido buena y lealmente con lo que debeis al rey, dijo Beltran de la Cueva, tendiendo por la primera vez su mano al bandido, que este estrechó enérgicamente: ahora bien, nada tenemos que hacer aqui: ¡ola! ¡Ginés del Rio! ¡Ginés del Rio! dijo el duque asomándose á los corredores.

Poco despues apareció uno de los escuderos del duque.

—Carga con esa maleta, le dijo este, baja y haz entrar la litera en el patio. Vosotros, mis buenos amigos don Gil y don Diego, id tambien; soltad á mis escuderos que habeis preso por equivocacion, Ginés os dirá quiénes son; en cuanto á los otros partidarios de los confederados, aseguradlos bien, y tenedlos á mi merced; soy al momento con vosotros.

Y Beltran de la Cueva entró en el número cinco.

Doña Catalina le salió anhelante al encuentro.

—¿Qué ha sucedido, don Beltran? le dijo.

—Buenos sucesos: un emisario del marqués de Villena ha sido muerto á estocadas por uno de los mios; me he apoderado de la maleta de ese hombre en que hay acaso importantes secretos: tengo pre-

sos á seis de las gentes de los confederados que deben ser muy de la confianza del marqués de Villena cuando los ha enviado á Segovia: Mosen Pierres de Peralta ha caido en mis manos, es decir, los planes de los confederados y de los navarros están rotos por el momento y de una manera misteriosa, y luego vos me hareis conocer claramente la traicion de la reina.

—Pues para ello, don Beltran, estamos perdiendo el tiempo.

—Pues aprovechémoslo, señora; ya he mandado acercar la litera, y sin que nadie os conozca, podremos trasladarnos al alcázar.

—Vamos, pues.

—Vamos.

Doña Catalina se apoyó en el brazo del duque, y este notó que en la manera de apoyarse ella en su brazo, habia algo de confianza y de posesion.

—Será necesario amar algo á esta muger, pensó Beltran de la Cueva.

—¡Oh! le intereso ya, pensaba al mismo tiempo doña Catalina, y antes de mucho haré tanto por él que me amará.

El bando azul se encontraba por el momento apoderado de los negocios.

El duque y doña Catalina salieron del aposento y bajaron á oscuras las escaleras: Beltran de la Cueva hizo aproximar la litera, y doña Catalina entró en ella en la oscuridad sin ser conocida de nadie.

Poco despues la litera, llevada por dos mulas y conducida por Juan, caminaba hácia el alcázar, bastante adelantada y resguardada por los cuatro escuderos de Beltran de la Cueva. Tras ella, á buena distancia, iban este último, don Gil, Diego, y el alferez Montilla que llevaba maniatados á los seis hombres de los confederados que habian sido desarmados y presos en la posada: últimamente cuatro alguaciles llevando consigo en una escalera el cadáver de Ruy Perez, se encaminaban, para depositarle, á una iglesia cercana.

El posadero se habia quedado triste, asombrado, asustado.

—Hé aqui, hé aqui, lo que es tener meson en estos tiempos, decia lloroso y cariacontecido: me ha ocupado durante dos dias el mejor aposento de mi casa, y se ha ido á la eternidad sin pagarme la costa: esos seis desalmados que se llevan presos se han bebido una pinta de vino gratis; los dos amartelados del número cinco se me han ido con el dinero, dejándome sin duda el cuarto desordenado: me han traido el difunto, me han manchado con sangre el zaguan, y habrá que agradecerles, en fin, el que no me hayan dado tormento

y azotes y llevádome despues á la cárcel: vamos, vamos: será necesario dejar esta vida y tomar la que dejamos; aquella era mas espuesta, es verdad, pero se ganaba algo... pero ahora... he tenido el meson sin que entre por él alma viviente quince dias, y cuando se me ocupa, á poco pierdo el pellejo. Vamos, pues, á dormir, y mañana será otro dia.

Y el posadero, despues de haber atrancado reciamente la puerta, se entró en su aposento murmurando.

XXXVII.

Los amaños del bando azul.

Por lo que dejamos relatado á nuestros lectores, habrán comprendido que la corte del rey don Enrique IV, era un lupanar, un semillero de intrigas embrolladas; producidas por la ambicion de los unos, por el amor de los otros, por las flaquezas de todos: en particular aquellas cuatro mugeres que constituian el llamado bando azul, engañando simultáneamente á todos los que tenian interés directo ó indirecto en los bandos, habian embrollado de tal manera con sus intrigas los negocios, que era muy difícil ver claro á través de ellos.

Venia de muy antiguo en Castilla el que se utilizase á las mancebas de los reyes para los asuntos de gobierno: en otros reinados en que solo habia predominado una querida, los parciales amigos de este lo habian dominado todo, usando por su medio, y de una manera discrecional del poder supremo del rey: pero la veleidad, ó por mejor decir, el tremendo desarrollo á que habia llegado la propension á la muger en Enrique IV, hacia que se midiesen de igual á igual y con una misma fuerza, las gentes que se valian de las cuatro mugeres que constituian el bando azul: eran estas, como saben nuestros lectores, en primer lugar la reina, despues doña Mencía de Padilla, luego doña Guiomar de Silva y al fin doña Catalina de Sandoval.

La reina, cuya fama de princesa galante, antes de su union con Enrique IV, habia decidido al marqués de Villena á elevarla al trono de Castilla, pensando hacerse de ella un instrumento, era una de estas mugeres de pasiones vivas y temperamento enérgico, que necesitan del amor, y del amor satisfecho, para vivir: antes de su casamiento habian hecho célebre su hermosura algunos duelos ruidosos y sangrientos, acontecidos por ella en la córte de Portugal entre los señores mas poderosos del reino; y aunque nada se decia acerca de sus deslices, doña Juana se habia acostumbrado en demasía al galan-

teo, para no estar dispuesta á dar graves escándalos apenas se viese libre y entregada á sí misma al lado de un hombre tan cínico como Enrique IV, y en medio de la corrupcion de la córte castellana.

Abandonada la misma noche de sus bodas por el innoble Enrique IV, que corrió á arrojarse entre los brazos de doña Guiomar de Souza Coutiño, cuya corrompida conducta le hizo obvia y facilísima su conquista, doña Juana se sintió humillada, herida en su dignidad. Sorprendióle casi entre los brazos de su camarera mayor, y hubo entre los dos esposos una escandalosa escena, en la cual entrambos se declararon libres: sin embargo, la reina, aunque ansiosa de amor, y no encontrándole en Enrique IV, se contuvo en los límites del decoro: fueron sus primeros amores en Castilla con un aragonés llamado Juan Rodriguez del Padron; pero estaba escrito, como dicen los musulmanes, que las primicias de los deslices de la reina las cogiese Beltran de la Cueva, enamorado frenético de ella desde el momento en que la vió, y los amores de doña Juana con el aragonés no pasaban de palabras, suspiros y prendas. Llegó el caso en que una imprudencia de Juan Rodriguez arrojando en pública plaza la aficion que la reina le tenia, irritase la dignidad de esta, y como por esta razon le despidiese y le demandase unas alhajas, cabellos y cartas que le habia dado, el amante desdeñado se negó: tuvo ocasion de saberlo Beltran de la Cueva, arrancó al aragonés con la vida aquellas prendas y las presentó ensangrentadas á la reina. Desde entonces Beltran de la Cueva, que no era en la córte mas que uno de los servidores del rey, empezó á medrar de una manera rápida, y á crecer en su privanza con Enrique IV; al fin, todo el mundo supo, porque hay cosas que no pueden estar mucho tiempo ocultas, que Beltran de la Cueva era amante de la reina.

Y ella y él parecian hacer gala de ello: los ojos de la reina eran azules, y azul fue desde entonces el color de preferencia para Beltran de la Cueva, que siempre llevaba algo azul, ya la vesta, ya el sayo, ya las calzas, ya la gorra, ya la limosnera: del mismo modo la reina preferia para su tocado, ya las piedras azules, ya las flores azules, como asimismo los terciopelos, los brocados, los lazos, las cintas.

El color azul en heráldica es símbolo de lealtad: en amor símbolo de celos; tanto y tanto azul, acabó por desarrollarlos y de una manera horrible, en una muger á quien todo lo debia Beltran de la Cueva: ella le habia sacado de Ubeda y de su miseria de noble: ella le habia puesto, poderosamente recomendado en la servidumbre del

altivo maestre de Calatrava don Pedro Giron, y por resultado de las recomendaciones de este y de su hermano el marqués de Villena, habia entrado en la cámara del rey: ella le habia amado como jamás se ha visto amado hombre alguno: se habia sacrificado por él, le habia dado un hijo y ayudado con poderosa influencia.

Esta muger era doña Mencía de Padilla.

Es cierto que jamás, desde que el color azul se habia hecho una divisa, le habia usado ella: pero segun el simbolismo del amor, tenia el corazon azul de celos, y como esto era muy sabido, se la contaba entre el bando azul.

Doña Catalina de Sandoval, la sobrina del conde de Castro, la altiva hermosura, la famosa querida de Enrique IV, no habia podido ver sin conmoverse á Beltran de la Cueva; le amaba, le codiciaba; habiendo vencido á la reina por lo tocante al rey, queria vencerla tambien por lo respectivo al amante; doña Catalina adoptó desembozadamente el color azul, rodeó de intrigas, de seducciones, de lazos á Beltran de la Cueva, y se irritó mas y se empeñó á medida que probaba que sus esfuerzos eran inútiles.

Doña Guiomar de Silva se encontraba en el mismo caso que doña Catalina; enamorada de Beltran como ella; celosa como ella y enemiga de la reina como ella y como doña Mencía de Padilla.

El delito de la reina era ser amada por don Beltran de la Cueva: pero esto era bastante cuando se trataba de tres mugeres enamoradas y celosas.

La reina, pues, y Beltran, se encontraban envueltos en una maraña de intrigas: aquellas tres mugeres eran poderosas: camarera mayor doña Mencía de la infanta doña Isabel; damas de la reina y queridas á un tiempo del rey, doña Catalina y doña Guiomar, conocian la córte, vivian en ella, eran solicitadas por los hombres de los bandos opuestos como otras tantas influencias, y habian sido bastantes con sus amaños á atraer los negocios á un punto desesperado.

Las tres se conocian, pero la mas noble era doña Mencía de Padilla: ella habia sido de Beltran, pero solo de Beltran; y las otras dos no podian ofrecerle mas que su celebridad de cortesanas; sin embargo, estas tres mugeres se comprendian y se ayudaban, como hemos podido ver por los sucesos anteriores; apoyábase doña Mencía en la infanta doña Isabel, y protegia las pretensiones del infante don Fernando de Aragon; servia doña Catalina al rey de Portugal, y favorecia la causa de la Beltraneja, y doña Guiomar esplotaba á un tiempo á los confederados, á los navarros por medio del almirante, y á la

Beltraneja por conducto de Alfonso de Leiva.

No habia, pues, secreto de estado que no se vendiese, intriga que no se debiese á ellas, noble que no fuese corrompido por astucia, dinero ó promesas, proyecto en el cual se pudiese tener seguridad: todo se encaminaba á derrocar á la reina, á venganzas formidables, á rivalidades femeninas; el reinado de Enrique IV; se determina diciendo que era una anarquía fomentada por igual entre rameras y nobles ambiciosos: mancebas impuras en el tálamo real; el favorito amante de la reina, resistiendo los embates de ambiciosos que en ningun medio, por bajo y repugnante que fuese, reparaban, con tal de que les condujese al fin que se proponian: faltaba la fé aun entre los mismos conjurados: se disputaba la corona de Castilla, mal asegurada en la cabeza de un rey indigno, por poderosas fracciones: la familia real estaba disuelta: apoderábanse unos del rey, otros de la reina, estos de la infanta doña Isabel, aquellos del infante don Alonso; ardia la guerra civil; se desangraba al pueblo, se daban cada dia mayores escándalos y se cometian crímenes horribles: jamás, ni en los tiempos de Felipo IV y de Cárlos II, se vió Castilla tan enlodada, tan empobrecida, tan débil: buena prueba y testimonio son de ello, las famosas coplas de Rodrigo de Cota el viejo, llamadas de Mingo Revulgo.

Resultado inmediato de esto habia sido la desunion, y el desórden en cada una de las fracciones que se disputaban el poder: entre el marqués de Villena, su hermano el maestre de Calatrava y su tio el arzobispo de Toledo, jefes de los confederados, habia entrado la rivalidad aunque disfrazada y encubierta; eran tres altivos é indomables señores, que si bien se ayudaban y se unian estrechamente para triunfar, dejaban conocer harto claro que una vez llegado el momento del triunfo, esto es, la destitucion del rey, la proclamacion del infante don Alonso y el casamiento del maestre de Calatrava con la infanta doña Isabel, debian disputarse encarnizadamente el dominio. Por la parte de Navarra, esto es, por el casamiento de la infanta doña Isabel con el infante de Aragon y ya rey de Sicilia don Fernando, hemos visto que el almirante Enriquez y el condestable Mosen Pierres de Peralta obraban de una manera independiente y por distintas vias: habian acabado despues de muchos cruzamientos y vacilaciones en servirse el almirante de doña Guiomar de Silva, Mosen Pierres de Peralta de doña Mencía de Padilla.

Entretanto el bando azul seguia su obra de esterminio contra la reina: Beltran de la Cueva, era por decirlo asi, el yunque: cuantas li-

bertades se permitia por causa de su carácter ligero é irreflexivo la reina, se comentaban, se abultaban, se desfiguraban, se ponian de manifiesto por el lado más odioso, é iban á envenenar bajo la forma de anónimos el corazon de Beltran de la Cueva.

Esto produjo resultados inmediatos: el amor es loco y celoso, y locura y celos juntos, nada pueden producir que bueno sea: Beltran de la Cueva empezó á mostrarse triste, frio y reservado con la reina, á quien del mismo modo cauteloso se hacia diesen celos las apariencias á que por su posicion se veia condenado Beltran de la Cueva; una sonrisa á una dama de palacio, una cita misteriosa, una ausencia no justificada, era esplicadas á la reina por el mismo medio del anónimo como otras tantas infidelidades: llegó á haber tiesura, enojo, separaciones periódicas entre los dos amantes: entonces se arrojaron ante la reina con una habilidad infernal por el bando azul, los hombres mas hermosos, galanteadores y persuasivos de la córte, y si hemos de creer á las crónicas de aquel tiempo, la irritacion, la liviandad ó la sed de placeres de la reina la hicieron cometer mas de un desliz, y tener mas de un amante secundario: sin embargo, esto, que se habia hecho conocer hasta la saciedad á Beltran de la Cueva, habia quedado encubierto, porque lo que queria, en fin, el bando azul, era un escándalo que diese al traste con la reina.

Este escándalo habia sido preparado por el bando azul y habian ayudado á él los confederados y los navarros, porque se necesitaba una declaracion de adulterio de la reina que escluyese de la sucesion á la ya, por su desgracia célebre, Beltraneja.

Doña Guiomar de Silva habia sido la inventora de este escándalo y se creia la única depositaria de su secreto, con el almirante don Alonso Enriquez: pero para preparar este escándalo habia sido preciso valerse de manos secundarias, y estas manos infieles, como lo eran entonces muchas en Castilla, habian vendido el secreto á otras damas del bando azul, tan enemigas de la reina como doña Catalina y doña Mencía. Ya hemos oido hablar de escándalo con respecto á la reina á Hernando de Carrillo, entre la oscuridad de la galería de Enrique III, y á doña Catalina de Sadoval arrastrando aquel escándalo, con pretesto de celos, á Beltran de la Cueva, en el meson del Cristo de las Palmas.

¿Pero qué escándalo podria ser aquel? permítanos el lector que nada mas digamos acerca de este punto, y que pasemos al capítulo siguiente.

XXXVIII.

La reina doña Juana de Portugal.

Era una magnífica y deslumbrante habitacion la cámara que ocupaba en el alcázar de Segovia la reina doña Juana de Portugal: el alarife de don Juan el II que la construyó no se habia satisfecho con labrar la piedra con una bellísima filigrana del género gótico; habia necesitado dorar, matizar, estofar y esmaltar, aquellos calados, aquellos boratereles, aquellas estátuas gentílicas, aquellas vidrieras maravillosas, desde el alto roseton de la clave hasta los múltiples basamentos de las pilastras; todo resplandecia, todo brillaba, todo recreaba y divertia la vista: y como si no hubiera bastado el lujo de la cámara se la habia cubierto de alfombras de seda y oro, de tapices de Persia, de pieles de pantera: se habian colgado de la bóveda lámparas de nacar, de ágata, de topacios y esmeraldas artificiosamente clavadas al aire en una armadura de oro: se habian puesto al rededor de las paredes sillones de alerce incrustrados de marfil y maderas preciosas; se habian colgado de los muros espejos de acero, y colocado sobre la alfombra mullidos y ricos divanes. Todas estas preciosidades y muebles habian sido regalados á la reina por Beltran de la Cueva y mandados traer por este de Granada con gran coste y peligro.

La cámara era prolongada: al un costado tenia tres puertas: la del centro, prolijamente adornada, conducia á la alcoba, recinto en que se habia apurado el lujo: la de la derecha conducia por un pasadizo á las habitaciones del rey, la de la izquierda daba á una galería contigua á las habitaciones de don Beltran de la Cueva, en el otro costado habia tres altas ventanas guarnecidas de vidrieras de colores y cubiertas por grandes tapices moriscos: últimamente en cada uno de los otros dos testeros habia otra puerta: la una conducia por la antecámara á las habitaciones de la servidumbre, la otra á la de la infanta doña Isabel por un estrecho pasadizo.

A hora muy avanzada de la misma noche en que marcha nuestra accion, estaba una dama sentada en un divan, junto á la ventana del centro, negligentemente envuelta en una ancha túnica de brocado, muy semejante en su corte á una bata; peinada en trenzas la hermosa y abundante cabellera rubia, y ceñida sobre ella una ligera corona de oro guarnecida de perlas que parecia mas un adorno que un distintivo: estaba reclinada sobre uno de los almohadones y dejaba ver por entero su mórvido cuello, en cuyo nacimiento se ceñia con un voluptuoso abandono una rica gargantilla, menos nacarada que su tez: sus ojos

estaban medio helados, y su cuerpo, cuyas soberbias formas se adivinaban bajo el ancho ropaje, abandonado sobre el divan.

Aquella dama, que á fé nuestra era muy hermosa, se llamaba la reina doña Juana de Portugal.

Junto á ella, sentada en un cojin, al lado de una especie de velador de esquisito y delicado trabajo morisco y poca altura, habia otra dama, leyendo á la luz de una bujia de cera perfumada, puesta en un candelero de plata, que era la única luz que alumbraba la cámara y que oscilaba al impulso de las brisas de la noche que penetraban por las ventanas, cuyas vidrieras estaban abiertas á causa del calor.

Lo que leia la dama eran unos romances de amores, escritos en dialecto portugués.

La lectora era tan hermosa como la reina y á los aficionados á las formas robustas hubiera parecido infinitamente mas hermosa: ya la hemos descrito: porque aquella dama no era otra que doña Guiomar de Silva.

La sola y pacífica reunion de estas dos mugeres y á tal hora, basta para demostrar el estado de corrupcion en que entonces se encontraba la corte de Castilla: estaban juntas, tranquilas, con aspecto apacible aquellas dos mugeres, una de las cuales era la esposa de Enrique IV, y la otra su manceba: eran aquellas mismas dos mugeres que al principio de nuestro libro hemos visto insultarse de una manera tan escandalosa en un sarao en el alcázar de Madrid; ahora estaban sentadas mano á mano, y esto era natural: el rey tenia en la privanza á su lado lleno de honores y riquezas al amante de la reina: ¿por qué no habia de tener la reina en su servidumbre á una de las mancebas del rey?

Pero bajo de aquella aparente calma, rujian sordas pasiones: la reina no habia podido olvidar la altivez de aquella muger que se habia atrevido á ella de una manera inconcebible; en el rostro de doña Guiomar quemaba aun la bofetada de la reina: á pesar de esto aquellas dos mugeres habian encubierto su odio, lo que no impedia que se hicieran una guerra sorda.

—Dejad, dejad la lectura, doña Guiomar dijo la reina á punto que sonaba la una en el reló del alcázar: tengo sueño y voy á acostarme: llamad á mi servidumbre.

Doña Guiomar se levantó.

—¿Nada mas tiene que mandarme vuestra alteza?

—Nada: dijo la reina mirando fijamente á su camarera como si hubiera creido conocer alguna intencion en sus palabras.

—Que Dios dé á vuestra alteza muy buenas noches.

—El os guarde, doña Guiomar.

Salió esta y á poco entraron dos damas jóvenes y lindas.

—Recogeos, señoras, dijo doña Juana: aun no me acuesto: yo me desnudaré sola: retiraos y acostaos.

Las dos damas se retiraron y salieron: la reina esperó algun tiempo, y poco despues fue á la puerta por donde habian salido las dos damas.

—¡La una, y aun no ha venido! dijo la reina con desaliento.... y yo, yo... sufro, ¡Dios mio! sufro... ese hombre me matará.... ¡cuán desdichada soy! ¡Dios mio!

La reina calló y se asomó á la ventana del centro.

—¡Qué oscura está la noche! ¡ese silencio me oprime el corazon! ¡ni aun se escucha la voz de vigilancia de los guardas! ¡solo el silbido de ese buho! ¿por qué esta noche se me oprime mas que otras el corazon? ¡dicen que el corazon nos avisa de las desgracias! ¡si eso es verdad, alguna terrible desgracia me amenaza! ¡y tarda! ¡tarda! ¡Dios mio!

La reina apoyó su abrasada y hermosísima frente en el alfeizar de la ventana. Dió en el reló la una y cuarto.

Entonces al pie del muro se sintió rodar una piedra.

—¡Ah! ¡él es! esclamó la reina.

Y retirándose precipitadamente de la ventana, atravesó la cámara, entró en su dormitorio, y de entre los colchones de su riquísimo lecho, sacó un cordon de seda, en uno de cuyos estremos habia una llave. Volvió á la ventana y descolgó por el cordon la llave: poco despues el cordon se atirantó, perdió en breve su tension y la reina le retiró.

Luego fue de nuevo al dormitorio, guardó otra vez el cordon, tornó á la cámara y se arrojó en el divan.

Trascurrieron algunos minutos, y al fin se abrió en el muro una puerta secreta: destacóse en el oscuro fondo el contorno de un hombre, y adelantó.

Aquel hombre gallardo y jóven era el señor Alfonso de Leiva.

Detúvose á poca distancia de la reina, y la miró con éstasis.

—¡Qué hermosa sois, señora! la dijo.

La reina miró con severidad al jóven.

—Perdonadme, señora, la dijo; pero creia tener derecho para espresaros cuanto me hace sufrir vuestra hermosura.

—¡Derecho!

—Sí, derecho: un derecho incontestable, dijo con ardor Leiva: hace tres meses ¡de cuan distinta manera me tratábais! entonces era el amante....

—Callad.... callad.... dijo con voz opaca la reina: no me recordeis un momento de olvido, de celos, de frenesí.... ¿qué importa que haya sido vuestra un dia y otro?... ¿que vos hayais tomado por amor lo que no era otra cosa que venganza?... sí, venganza: ¿no comprendeis que una muger injuriada, escarnecida, se vengue del hombre que la injuria, que la destroza el alma, arrojándose en los brazos de otro?... pues bien.... eso ha sucedido porque puede suceder; pero no, no os amo...

—Y sin embargo, llevais...

—¡Leiva! esclamó la reina.

—No, no lo negueis, señora: me lo ha dicho con cierta complacencia doña Guiomar...

—¡Doña Guiomar!

—Sí, esa muger á quien finjo amor para serviros.... esa muger que si alguna vez me enamoró, desde el dia en que lució para mí la primera sonrisa de vuestros labios, la olvidé.... la olvidé para no pensar mas que en vos que sois mi vida; ¿por qué, señora, la primera vez que mis ojos se atrevieron á fijar una mirada enamorada en los vuestros, no me rechazásteis?... ¿por qué, cuando alentado por vos en una solitaria audiencia os declaré temblando mi amor, no le rechazásteis?... ¿por qué despues esa oculta entrada se ha abierto para mí?... ¡acordaos! ¡noches divinas de misterio y de amor, en que yo me engrandecia en vuestros brazos, en que esperaba una felicidad de los cielos! ¿Dónde están aquellas inolvidables noches?

—Olvidad, olvidad, esclamó la reina dominada por el acento apasionado de Leiva: olvidad esos fatales momentos como si no hubieran existido.

—¿Y cómo olvidarlos? no, no señora: entonces.... entonces me amábais.... vuestra mirada se apagaba en mi mirada despues de haberme abrasado el alma....

—Mi mirada os engañaba... esclamó la reina: os engañaba: es que he nacido maldita de Dios: es que hay momentos en que un velo impuro se despliega sobre mi alma y lo olvido todo.... pero despues.... despues.... yo no he amado mas que á un solo hombre... y si os he alentado ha sido para que fuéseis el espía, la sombra de ese hombre, porque ese hombre me despreciaba... yo creia que me despreciaba... pero nó, no: yo he visto á ese hombre esta noche al cru-

zar una galería del alcázar: su mirada se ha encontrado con la mia: yo he leido el amor, la desesperacion, los celos de esa mirada... y os esperaba.... os esperaba con ánsia para que me dijéseis: me he engañado: ese hombre no ama á doña Catalina de Sandoval: es mentira...

—Pues no puedo decíroslo, señora.

—¿Que no podeis decirmelo?

—No, porque tengo una prueba en contra.

—¿Una prueba de que don Beltran de la Cueva ama á doña Catalina de Sandoval?

—No solo de que la ama, sino de que es su amante.

—¡Su amante! esclamó palideciendo intensamente la reina.

—¿Conoceis la letra de doña Catalina, señora?

—Sí, sí: la conozco demasiado; contestó la reina alentando apenas.

—Pues bien, señora: tomad y juzgad.

La reina tomó con mano trémula el papel que Leiva la mostraba, le desdobló, se acercó á la luz y leyó:

«Os espero esta noche, don Beltran, en el meson del Cristo de las »Palmas. El escudero que lleva esta os instruirá de la seña. ¿Duda»reis ahora de mi amor?—Vuestra, doña Catalina.»

La reina arrugó furiosa entre sus manos la carta; palideció, tembló y miró de un modo terrible á Leiva.

—¿Cómo os habeis hecho de esta prueba?

—A fuerza de oro y por un milagro.

—Esplicadme, esplicadme ese milagro.

—He dicho por un milagro, porque el duque me habia mandado prepararme esta noche para una empresa arriesgada.

—Y ¿qué empresa era esa?

—Yo no tengo secretos para vos, señora: debia resguardar de órden del rey á la infanta doña Isabel y dejármela arrebatar por gentes de don Beltran en el camino.

—¿Cómo? ¿quién os ha dicho que debian arrebatárosla gentes de don Beltran?

—El mismo.

—¿Y para qué queria el duque á la infanta?

—Para evitar que el rey la entregase al marqués de Villena, y ponerla bajo el amparo de la reina doña Isabel en Maqueda.

—¿Con que es decir que el duque conspira contra los intereses de su propia hija la infanta doña Juana?

—¡Callad! ¡callad! señora: esclamó asustado Alfonso de Leiva; si alguno de vuestra servidumbre escuchase esas imprudentes palabras.

—¿Acaso son mas prudentes las vuestras?

—Pero yo las pronuncio en voz baja, señora: seria preciso estar tras esos tapices para escucharlas, pero vos gritais...

—Teneis razon, debo callar: debo callar por mi hija, por nuestra hija.... pero ¿y cómo si debíais marchar no habeis marchado?

—Cuando me presenté armado al duque, este me dijo: es inútil... retiraos, caballero: no partireis.—¿Acaso no teneis confianza en mí, señor, le repliqué.—Sí, sí por cierto, me dijo: pero hay muchos lobos en acecho, y acaso acaso moriríais inútilmente viéndoos obligado á dejaros arrebatar la infanta por los confederados ó por los navarros cuando mañana veais á la infanta doña Isabel en el alcázar, no pensareis que he desconfiado de vos: la infanta no partirá.

—¡Ah! esclamó la reina.

—Me retiré á mi casa, esperaba ansioso que llegase la hora de acudir á vuestra cita: cuando se presentó en mi casa uno de los camareros del duque que tengo á mi devocion, y me dijo:—Tomad y agradecedme esto: hé aqui la prueba de que mi señor es amante de doña Catalina de Sandoval. Esta noche han llevado esta carta á don Beltran, que, poco despues de recibirla, salió: dejóla, por descuido sin duda, sobre la mesa de su cámara, y cuando yo entré á retirar las luces la ví y os la traigo.

—¿Con que don Beltran de la Cueva, el bueno, el noble, el hidalgo, el caballero, ama á esa prostituta, á esa miserable doña Catalina de Sandoval? ¡y me escarnece á mí y me insulta!.... ¡y yo le amo todavia!.... no, no; yo no le amo... mentira... ¡amarle yo!... ¡le pisaria como piso esta carta!.. y luego ¿por qué aflijirme?.. no; ¿no me amais vos que sois tan noble como él, tan hermoso como él, mas galan y mas jóven que él? ¿acaso no me habeis dado mas pruebas de amor que no él?.. ¡oh! sí, sí, ¡sed mi amante! ¡satisfaced la sed de placeres que os inspira mi hermosura!.. pero vengadme... vengadme....

—Os juro, señora, que os vengaré.

—Y yo os juro ser vuestra, vuestra hasta la muerte, y haceros tan grande, tan poderoso como le he hecho á él.

Y la reina delirante de celos y de rabia, pero sonriendo á Alfonso de Leiva se arrojó en sus brazos.

En aquel momento se abrió la puerta situada á la derecha del dormitorio de la reina, y apareció un hombre que adelantó rápidamente hácia el grupo que se veia abrazado en medio de la cámara y le separó violentamente: en el marco de aquella puerta, y levantando el tapiz que la cubria con una mano trémula, habia quedado una muger.

Aquel hombre era Beltran de la Cueva: aquella muger doña Catalina de Sandoval.

Al ver á Beltran de la Cueva, la reina dió un grito de espanto y Alfonso de Leiva se retiró dos pasos atras en ademan amenazador.

Doña Catalina permaneció inmovil y tenblando en la puerta.

XXXIX.

El escandalo de los escándalos.

Por algun tiempo los tres personages que ocupaban el centro de la cámara guardaron una actitud en que dominaba la impresion del momento; la reina apoyada en el respaldo de un sillon se cubria el rostro avergonzada, con las manos: Beltran de la Cueva miraba alternativamente á doña Juana y á Alfonso de Leiva, y este posaba en él una ardiente y provocadora mirada.

—¡Oh! sí, sí: yo habia creido en el vicio, en la impureza, en la traicion, pero no habia creido nunca que se disfrazara de una manera tan miserable, esclamó el duque.

—¡Beltran! ¡Beltran! esclamó la reina volviéndose llena de angustia hácia él.

—¿Acaso miento, señora? ¿acaso no habeis confesado en vuestra conversacion con este miserable?...

—¡Don Beltran! gritó Leiva echando mano á su espada.

—Sí, miserable, miserable hasta la infamia. Teneos y ved dónde estamos, dijo don Beltran conteniendo con una poderosa mirada al jóven que habia dejado ver fuera de la vaina la mitad de su espada; lugar tendremos para entendernos fuera de aqui.

—¡Entendernos fuera de aqui! esclamó la reina: ¿qué quereis decir? ¿quereis dar un escándalo?

—¿Y qué os importan los escándalos, señora, esclamó Beltran de la Cueva: á vos adúltera al esposo, adúltera al amante, á vos que sois la irrision, la befa de Castilla?

—¡Mentís! gritó fuera de sí Alfonso de Leiva, dando un paso hácia el duque.

—¡Que miento! ¿y eres tu quien te atreves á decirme que miento? ¿tu, infame traidor que me has fingido amistad y te has constituido en espia para servir á una ramera coronada?

—¡Mentís! gritó con doble cólera Leiva, y adelantando fuera de sí hácia el duque, le dió una bofetada en el rostro.

Soldevila inv.ª y lit.ª

Litª de J. Aragon, Madrid.

X.

ENRIQUE IV.

sinò mirad aquella puerta....

Beltran de la Cueva lanzó un rugido de cólera, echó mano á la espada y envistió á Leiva: en aquel momento doña Catalina de Sandoval adelantó desalada, con intencion de ponerse en medio de los dos nobles, á tiempo que la reina caia desvanecida sobre un divan.

Pero doña Catalina llegó tarde: apenas se habian cruzado las espadas, cuando Beltran de la Cueva, furioso por el ultrage que habia recibido, demudado, terrible, partió de una estocada el corazon de Leiva que cayó sin exhalar un solo grito y manchó con su sangre la alfombra.

Doña Catalina quedó muda de terror: luego al ver la sangre que salia á borbotones del pecho del cadáver, la reina desmayada, Beltran pálido y sombrío con la espada sangrienta en la mano, rompió á gritar pidiendo socorro.

—Callad, callad, señora: esclamó Beltrán asiéndola de una mano y arrastrándola consigo: ellos lo han querido, dejémolos abandonados á su suerte.

—¡Oh! ¡pero el escándalo!... ¡ese cadáver!...

—Venid, venid, señora: ¿no quereis que os agradezca, salvándoos del lance que sobrevendrá, lo que acabais de hacer de mí, poniéndome al descubierto las traiciones y las impurezas de esa muger... de esa muger á quien tanto he amado?..

Y arrastrando consigo á doña Catalina salieron por la puerta que les habia dado entrada.

Apenas habian desaparecido de la cámara, cuando se oyeron golpes á la puerta principal de ella: la reina pareció volver en sí: se puso al fin de pie y miró entorno suyo con la vista desencajada.

—¡Ha sido un sueño horrible, un sueño del infierno! esclamó la reina: Beltran ama á doña Catalina.... y aquellas espadas.... ese cadáver.... esa sangre... ¡no, no ha sido un sueño!

Y la reina lanzó un grito agudo, y corrió hácia una de las puertas laterales, pero antes de llegar á ella retrocedió aterrada como si hubiera visto un fantasma.

Aquella puerta se habia abierto y habia aparecido en ella doña Mencía de Padilla.

Al verla la reina, retrocedió como hemos dicho, y lanzó un grito de terror.

—¡Ah! ¿estábais vos ahí tambien? esclamó.

—Sí, yo tambien estaba, dijo doña Mencía con acento reconcentrado: necesitaba poner en claro vuestra liviandad, y por lo mismo no estaba sola; cuanto habeis hablado creyéndoos sola, ha sido oido

por un escribano y algunos nobles testigos; mirad: (y doña Mencía señalaba con un dedo inflexible el oscuro fondo de la puerta por donde habia salido, y en el cual se veian algunas sombras confusas) y si no bastan esos testigos, oid como llaman á la puerta de vuestra cámara.

—¿Qué vais á hacer? dijo la reina.

—Voy á abrir.

—No, no abrireis; no llevareis á tal punto vuestra venganza.... no... matadme.... matadme, pero no me sonrojeis mas.

—¡Que no te sonroje! (y doña Mencía se encaminaba hácia la puerta donde resonaba impaciente la voz del rey, mientras doña Juana pugnaba por contenerla) ¡que no te sonroje! ¿y qué te importa? ¿no aceptaste mi venganza y los resultados de tu falta cuando me robaste á Beltran?

Y doña Mencía pronunciaba estas palabras con acento tan opaco que solo podia oirlas la reina.

—No, no abrais: no fuí yo quien os robó á Beltran... fue él... él que me sedujo... que me enloqueció...

—Pues bien: ahora me vengo de tí: esclamó doña Mencía; y lanzó de sí con un violento empuje á la reina. Mañana me vengaré de él.

Y abrió la puerta.

Inmediatamente entraron en la cámara el rey, el cronista Diego Enriquez del Castillo, doña Guiomar de Silva y la mayor parte de la servidumbre, al mismo tiempo que por la puerta por donde habia entrado doña Mencía, aparecian el almirante, el conde de Benavente, el de Haro, el de Paredes y el secretario del rey Pero Rodriguez Delena ya muy entrado en años, que mostraba en la mano un rollo de pergaminos.

—¿Qué es esto? dijo el rey: ¿por qué tanta gente en vuestra cámara, señora, y á tal punto de la noche? ¡un hombre muerto!..

—Esto es, señor... esclamó la reina, y se turbó.

—Esto es el escándalo de los escándalos: dijo el almirante.

—¡Ah! ¡estábais vos tambien ahí, mi buen primo! dijo el rey: pues ya no estraño que haya escándalos; no, no, por san Lázaro... y este es bueno.... espadas en el cuarto de la reina.... riña.... muerte... sin duda alguna traicion....

—Sí, una horrible traicion: esclamó la reina mirando con los ojos desencajados de cólera á doña Mencía.

—Afortunadamente, dijo esta, hemos llegado á tiempo, y el señor duque de Alburquerque ha pagado como bueno lo que debia á su alteza la reina.

—Sí, sí: se apresuró á decir el rey; nuestro buen duque siempre está donde le llama el servicio de sus reyes... pero ya que esto ha acontecido, y que la reina está aterrada.... de una manera que es muy natural... id, id, doña Guiomar y acompañad á su alteza á otra de sus cámaras: vosotros, añadió dirigiéndose á la servidumbre, no nos haceis falta, retiraos. Al momento seré con vos, señora. Tened la bondad de esperar, doña Mencía: y vosotros, tambien mis nobles condes; y tu tambien, mi viejo secretario Delena... ¿Qué es esto, señor coronista Enriquez, nos dejais? Quedaos, quedaos tambien: puede acontecer que oigais algo que os sea muy de provecho para vuestra coronica.

Entretanto decia esto el rey, la reina y doña Guiomar habian salido por una puerta de la cámara, mientras la servidumbre habia salido por otra: solo habian quedado el rey, los condes de Haro, de Benavente y de Paredes, el almirante, doña Mencía de Padilla, el cronista Enriquez, el secretario Pero Rodriguez Delena, y á mas el cadáver de Alfonso de Leiva, arrojado sobre la alfombra.

—Y bien: ¿qué significa esto, mis nobles señores? he oido hablar de escándalos; y en verdad en verdad que escandaloso ha sido lo que he visto y oido desde hace poco. Figuraos que yo velaba por el calor, cuando siento llamar á mi cámara precipitadamente, abren mis camareros, se me presenta doña Guiomar de Silva, y me dice que la reina está en peligro: sigo á doña Guiomar de prisa, llego á las puertas de esta cámara, oigo pasagero ruido de espadas, palabras rápidas: llamo: no me contestan: abren al fin, y encuentro... no hay para qué deciros lo que he encontrado... ese muerto... la reina turbada... doña Mencía irritada, y vosotros, mis buenos y leales condes, á quienes yo de cierto creia allá cerça de Avila con los confederados... y con ellos á vos mi buen primo Enrique. Ahora bien: ¿quereis decirme qué significa esto?

—Esto significa que la reina ha recibido esta noche á un amante en su aposento, y que ese amante ha sido muerto por otro; contestó doña Mencía de Padilla.

—Ved lo que decís, señora; esclamó con energía y con cólera don Enrique que veia venir la tormenta, y procuraba librarse de ella.

—Viéralo la reina que lo ha confesado, esclamó doña Mencía.

—¡Que la reina ha confesado su deshonra!

—¡Señor rey! dijo el almirante con el altivo acento que le caracterizaba: nosotros hemos asistido ocultos tras aquellos tapices (y señalaba una de las puertas) á la mayor de las vergüenzas posibles.

—Pero.... y bien.... todo lo que decís...: en verdad que no entiendo tanto embrollo, esclamó el rey que queria salirse á todo trance de la situacion.

—Ese que llamais embrollo, señor rey, dijo con rudeza el conde de Benavente, está aclarado aqui en estos pergaminos que tiene enrollados en la mano Pero Rodriguez Delena.

—Concluyamos, concluyamos, señores, y ahorremos palabras inútiles: es ya muy tarde....

—Nunca es tarde para que resplandezca la verdad, dijo con energía don Pero Fernandez de Velasco.

—Quiero decir, mi buen conde de Haro, dijo el rey, que ya está muy avanzada la noche, ó por mejor decir, la mañana, porque pronto amanecerá: que es tarde, pues, para todos, porque creo que ninguno hemos dormido y que era mejor dejar este asunto para mañana...

—Es que el asunto es muy sencillo... dijo el conde de Paredes; se trata....

—Y bien: ¿de qué se trata? dijo rindiéndose el rey.

—De la ilegitimidad de la infanta doña Juana, dijo bruscamente el almirante.

—¡Ah! esclamó el rey: de la ilegitimidad de mi hija.... ¿y os habeis atrevido, traidores?

—Aqui no se trata de traiciones, sino de hechos, señor rey: dijo el almirante: á vuestros pies teneis un noble muerto á estocadas; ese noble ha entrado á deshora en la cámara de la reina, lo que la reina ha hablado con ese noble, y despues con don Beltran de la Cueva, escrito y testimoniado está por el señor Pero Rodriguez Delena: nosotros autorizamos ese escrito como testigos y estamos dispuestos á sostener nuestro dicho á todo trance, aunque sea necesario recurrir á la fuerza de las armas.

—¡Pero esto es escandaloso! terriblemente escandaloso, esclamó con su chillona voz el coronista Enriquez, que no pudo guardar por mas tiempo el silencio.

—Teneis razon, señor Diego del Castillo, esclamó el conde de Benavente; y por lo mismo queremos poner remedio á ese escándalo.

—Y bien; ¿qué remedio encontrareis, mis buenos señores? dijo el rey: concluyamos, concluyamos; porque como os he dicho es ya muy tarde.

—El remedio es escluir á la infanta doña Juana.

—Duro remedio, durísimo remedio me proponeis.... me parece que no podremos avenirnos tan pronto.... mañana, pues.

—No; necesitamos ponernos en salvo: tenemos cubierta la retirada; pero mañana no nos aconteceria lo mismo, dijo el conde de Paredes.

—Os daré un seguro.

—El mejor seguro es el de nuestras lanzas, esclamó Benavente; ahora bien; elegid; ó escluís á doña Juana, ó el reino sabe el escándalo de esta noche.

—¿Y quién me sucederá?... esclamó temblando de cólera el rey.

—El infante don Alonso, contestó el almirante; y si este muere, la infanta doña Isabel.

—¡Ah! ¡ya dimos en ello! ¡la infanta doña Isabel! ¡y os habeis unido todos los traidores!...

—Ved que no es traidor el vasallo valiente, porque tenga valor para decir la verdad frente á frente á su rey.

—¡Ay de vosotros si un dia me apodero de vuestras cabezas!

—Ved ahí, repuso el almirante, por lo que queremos una decision pronta. ¿Destituís á la infanta; sí, ó no?

—Lo pensaré.

—Bien: continuó el almirante; os dejamos tres dias para pensarlo.

—¡Tres dias! esclamó con alegría mal encubierta el rey.

—No os alegreis demasiado pronto señor, repuso el almirante; porque si dentro de tres dias no habeis resuelto la esclusion de doña Juana, vos sereis destituido.

—Muy seguros debeis estar de vuestras fuerzas cuando obrais asi; esclamó el rey: pero si os engañais....

—Sufriremos la pena.

—Bien, bien: puesto que os he ofrecido pensarlo, dejadme en paz.

—Aun tenemos que pedir.

—¿Qué mas?

—Entregadnos presa la reina de vuestra órden.

—¿Y á quién la entregaré?

—Al arzobispo de Sevilla, don Alonso de Fonseca que solo espera autorizacion de vuestra alteza para prenderla.

—Bien.... venid á mi cámara....

—Es inútil, señor.... el real ordenamiento de prision está estendido.

—¡Ah! murmuró el rey: las mugeres, y siempre las mugeres; ¡esa doña Mencía de Padilla! ¡ese maldito bando azul! ¡esa infame doña Guiomar, que me ha traido á esta emboscada!

—¿No os resolveis, señor, á entregar á la reina al arzobispo de Sevilla? dijo el almirante.

—Pero mandar prender la reina es acusarla.

—Si vos no lo haceis lo haremos nosotros.

—¿Y dónde pensais llevar á la reina?

—Al castillo de Soria que es de su alteza.

—¿Y la tratareis como conviene á su estado?

—La trataremos como reina, señor.

—Dadme, pues, ese pergamino.

Pero Rodriguez Delena estendió sobre una mesa un escrito, y el rey tomó la pluma y firmó.

Mientras el rey firmaba, Diego Enriquez del Castillo se escurrió de la cámara aprovechando la concentracion de todas las miradas en el rey; y ganando una puerta, se escurrió por un pasadizo.

—Es necesario, necesario de todo punto, salvarla de este escándalo de los escándalos... decia: ello podrá ser su alteza lo que quiera: ya lo sabia yo: pero ante todo es necesario salvar la dignidad del trono.

Y empujando una puertecilla cercana se metió dentro.

XL.

De como la casualidad protegio al cronista.

Tras aquella puerta, y en una cámara menos rica, encontró el cronista á la reina llorando desconsoladamente: estaba sola: doña Guiomar la habia abandonado á su vergüenza y á su desesperacion despues de haberla dicho con acento cruel.

—Acordaos, señora, de la bofetada que me disteis cierta noche delante de la corte en el alcázar de Madrid: ha llegado mi hora, y me vengo: sabed que yo he sido quien ha producido el escándalo de esta noche.

La reina, pues, tenia mucha razon para llorar y para estar desesperada; cuando entró el cronista Diego Enriquez del Castillo, estaba tan abstraida en su dolor que no le sintió.

—Alzaos, alzaos, señora, de ese estrado y venid, no hay que perder un momento, la dijo el cronista asiéndola una mano y acompañando la accion á la palabra.

—¿Qué me quereis? ¿quién sois? dijo la reina.

—El rey os manda prender, señora, y os entrega á los confederados, que es lo mismo que entregaros al demonio.

—¡Dios mio! esclamó asustada la reina.

—Por lo mismo, si quereis salvaros, seguidme.

—Pero ¿podeis vos salvarme?

—Lo intentaré: afortunadamente estais sola, allá se entretendrán todavia algun tiempo, y si logramos adelantarnos... mirad, aqui hay un manto de doña Guiomar.

—¡Un manto de esa muger! esclamó con horror la reina.

—La capa del diablo tomaria yo para encubriros.

Y puso aquel manto sobre la cabeza de la reina y tiró de ella, que al fin se dejó arrastrar por el clérigo.

—Encubrios bien y andad: por esta escalera bajaremos á la galería de Enrique III y llegaremos al postigo que está bajo la galería de Moros: yo cuento con sobornar al guarda, y despues hallaremos medio para llegar antes del amanecer á lugar seguro: andad, señora, andad.

La reina siguió temblando asida del brazo del cronista.

De repente se detuvo.

—Pero esta fuga me condena, dijo.

—Seguid, señora, seguid; mas condenada sereis si os quedais: se sabe todo, hay testimonio, escribano de por medio, testigos.

—¡Dios mio!

—¡Y si os acusan!

—¡Una acusacion de adulterio!

—Callad, callad, por Dios, señora: lo hecho no tiene remedio.... pero yo no creo, en fin...

—Sí, sí, creedlo; todo cuanto digan es verdad: ese hombre me ha perdido... porque le amo, le adoro... y él ¡Dios mio! ¡él!.. tiene razon... yo he sido una insensata... debe despreciarme.

No podian pronunciarse junto al cronista palabras que mas le atormentasen: su pudor clerical sufria un tormento indecible, sus afecciones realistas un golpe de muerte: él habia cerrado los ojos para no ver, los oidos para no oir: habia logrado al fin convencerse de que todo lo que se decia de la reina, eran miserables intrigas de los bandos: pero aquella noche, por mas que habia querido cerrar los ojos y los oidos, se habia visto obligado á ver y á oir, y por último, la misma reina le confesaba el adulterio.

Apresuró, pues, el paso, procurando no oir las esclamaciones que hacia la reina, y llegó al fin á un postigo junto al cual dormitaba un guarda.

—¡Quién va! dijo aquel, volviendo en sí cuando le movió el cronista.

—Gente de quien nada teneis que temer, buen amigo; dijo del Castillo.

—¡Ah! sí; ya os conozco, dijo el guarda: vos sois el señor Diego Enriquez del Castillo: ¿qué quereis á estas horas por estos sitios y con esa dama?

—Esa dama y yo quisiéramos salir al campo.

—¡Salir al campo!...

—Sí por cierto, contestó haciendo un formidable esfuerzo el cronista: algunos señores jóvenes de la servidumbre han llegado á vislumbrar que esta dama estaba en mi aposento y andan minando el alcázar para dar un escándalo si nos encuentran... esta dama, que es casada, y yo que soy clérigo....

—Teneis razon, señor coronista... pero...

—¿Pero qué?

—No puedo dejaros pasar por aqui.

—¿Qué no podeis? esclamó sudando de angustia el cronista.

—Tengo órden del señor duque de Alburquerque de no dejar salir á nadie.

—¡Pero el duque no sabrá!...

—Tomad este anillo, dijo la reina disfrazando la voz, y mostrando al guarda una riquísima sortija, que lanzó vivos destellos al ser herida por la luz de la lámpara que iluminaba aquel reducido espacio.

El ballestero tomó la sortija, la miró y la remiró, y al fin dijo:

—Abrid.

—¡Que abramos! dijo asustado el cronista: pues qué, ¿no teneis la llave?

—¡Yo! no señor, y si vos no la traeis inútil será...

—¡Dios mio! esclamó la reina.

—Pero se puede forzar esta barra que la cierra, con vuestra maza de armas; dijo el cronista.

—De eso me guardaré yo muy bien, dijo el ballestero.

—¿No abrireis por compasion á una dama? esclamó doña Juana.

—No, ni por cien damas, contestó el guarda: no quiero dar en la horca.

—Pues bien, si no abris á una dama, abrid á vuestra reina.

Y doña Juana se echó atrás el manto, y se presentó ante el ballestero ceñida la cabeza por la corona que hemos descrito en su peinado, y deslumbrante con su túnica y sus joyas.

Aquello era ser valiente hasta la temeridad.

—¿Qué habeis hecho, señora? esclamó aterrado el cronista.

—Dejarme ver, para que me ampare, de un vasallo leal.

—¡La reina! esclamó turbado el ballestero.

—¿Abris ó no? esclamó con irritacion doña Juana.

—Sí, sí señora... contestó el ballestero balbuceando y asombrado por la para él estraña situacion de encontrarse delante de la reina.

Y sin decir mas palabra introdujo el ástil de hierro de su maza de armas entre el enorme cerrojo, y con unas fuerzas dignas de un toro, le descerrajó: otro tanto hizo con dos fuertísimos candados que saltaron ó se torcieron al rudo esfuerzo del ballestero.

El postigo se abrió rechinando.

—Gracias, gracias, amigo mio, dijo la reina despojándose apresuradamente de su rica gargantilla y presentándola al ballestero.

—No la tomaré, señora: dijo con cierta nobleza el soldado: ni este anillo tampoco: añadió sacando de su bolsa el que antes habia recibido; ¡no faltaba mas sino que mi reina y señora creyese que yo la habia obedecido por interés!

—Juro hacerte noble cuando tenga poder para ello: dijo la reina conmovida por la lealtad del ballestero; pero entretanto guarda esas joyas como un recuerdo del aprecio de tu reina.

El ballestero guardó entonces las joyas: si la reina hubiera sido vieja y fea, no sabemos si el soldado hubiera consentido en forzar el postigo: pero mas que el respeto supersticioso que los reyes imponian por sí mismos á los vasallos, le habia dominado la enérgica mirada de la reina, y el poderoso fluido emanado de sus magníficos ojos garzos.

—Partamos, partamos, señora, dijo en voz baja á la reina el cronista temeroso de alarmar al ballestero con sus palabras: tal vez ya han ido á prenderos, y no habiéndoos encontrado os buscan.

—Sí, sí, partamos: ¡pero solos!... ¡por esos campos!... ¡sin conocer el terreno!...

—Conózcolo yo, señora, dijo el cronista: pero, sin embargo... y bien: acompáñanos y resguárdanos; dijo el cronista al ballestero.

El soldado no vaciló: se echó la maza de armas al hombro, apretó sobre su pecho el talabarte de su ballesta, y se acomodó al costado la venablera para poder marchar con mas desembarazo.

—Vé delante y descubre: le dijo el cronista.

—¿Y á dónde vamos, señor?

—A la alqueria de Perafan.

—¿La que está mas allá del Rollo?

—¡Cómo! ¿la conoces?

—Sí señor: en la alqueria de Perafan venden vino puro y barato.

Y el ballestero empezó la marcha dirigiéndose hácia el camino,

mientras el cronista daba el brazo á la reina, que temblaba.

—Espera, espera, dijo Diego Enriquez al ballestero: ¿vas hácia el camino?

—Si señor.

—Por el camino podriamos tener un mal encuentro. ¿No sabes alguna senda que nos lleve á la alqueria de Perafan á campo atraviesa?

—Sí que sé: un atajo que por los encinares guia al valle.

—Pues toma por el atajo.

El ballestero retrocedió, y en medio de la oscuridad encontró, no sin mucho trabajo, un estrecho sendero, por el que se aventuró.

La reina y el cronista le siguieron.

Los débiles chapines de la primera, apenas bastaban para defender sus delicados pies de las asperezas, de los pedernales y de los abrojos del terreno: y sin embargo aquella desventurada hermosura, acostumbrada á pisar muelles alfombras, no sentia la fatiga, ni los abrojos que á veces la punzaban; ni el áspero sonido del cardo silvestre que á veces arrastraba sobre el sendero asido á la ancha orla de su túnica: los dolores de alma lo dominaban todo: se encontraba en una de esas situaciones de que aterrorados, muerta la esperanza, nos dejamos arrastrar sin resistencia por la fatalidad. ¿Adónde iba ella, reina deshonrada por sus liviandades y por las intrigas de una corte corrompida, de noche, sola, sin mas proteccion que la lealtad del viejo cronista, y el esfuerzo aislado de un ballestero que bajo su dura corteza ocultaba un corazon generoso? La reina no lo sabia ni aun pensaba en ello: huia de una manera fatal de la vergüenza, y acaso del escándalo de un juicio, de la ignominia de una sentencia, y de las aflicciones de una prision.

Y sobre todo esto don Beltran de la Cueva, el único hombre á quien habia amado y á quien amaba, se presentaba á sus recientes recuerdos, indignado, cruel, sorprendiéndola entre los brazos de un hombre á quien habia hecho su amante sin amarle: luego veia el cadáver ensangrentado de aquel mismo hombre, y sobre él la figura fatídica de doña Mencía que la mostraba la sonrisa sarcástica de la venganza.... luego el rey.... aquellos hombres testigos de su afrenta.... la reina tenia fiebre, una fiebre interna que la devoraba y partia con dolores agudos sus sienes: su pecho no tenia suspiros, en sus ojos se habian secado las lágrimas: jamás muger alguna espió de una manera tan terrible una falta.

Seguian en tanto marchando y siguiendo á buen paso al ballestero

que empezaba á internarse por un espeso encinar. Diego Enriquez del Castillo se sentia orgulloso por la magnitud de su empresa y se decia con un entusiasmo y un valor que le honraban:

—Esta desdichada ha nacido en mal hora para ser juguete de la fortuna: su crianza ha sido mala.... pésima....y el egemplo.... con mejores egemplos hubiera sido muy diferente de lo que es... y luego su hermosura.... esto de estarse oyendo llamar hermosa, cada dia, cada hora, cada minuto: ver el asombro y el deseo en todos los ojos que la miran.... y ese rey, ese rey tan descuidado de la hacienda propia, y tan buscador de la agena.... para que se hubiera librado de la corrupcion de la corte de Castilla era necesario que esta pobre niña (el afecto del cronista exageraba la juventud de la reina que ya tenia en aquella fecha veintisiete años, aunque representaba muchos menos.) era necesario que esta pobre niña hubiera sido una santa, y por desgracia no lo es: Beltran de la Cueva... sí... es preciso al fin creer en la intimidad de la reina y de don Beltran... es un caballero digno por todos conceptos de ser amado: ya no tiene remedio: por lo pronto Dios ha querido que yo pueda salvarla, y acaso esta huida evitará un escándalo: cuando yo la deje segura en poder de Perafan, de quien confio, volveré al alcázar y veré.... veré lo que puedo hacer.... doña Mencía no es de mármol.... los rebeldes solo quieren la esclusion de la infanta doña Juana; ¡de la Beltraneja! será necesario al fin escuchar sin indignacion ese apodo.... pues bien, dobléguese el rey, dobléguese don Beltran, déjese pasar la tormenta, y luego... la reina puede volver... lo principal es evitar un proceso... y acaso lo lograré: si no lo consigo á la primera ocasion, y de una manera recatada, enviaré á la reina á su hermano el rey de Portugal: para ello me valdré de ese hidalgo; de ese señor Blasco do Campo Riveyra que ayer me dió una carta de dicho señor rey.... vamos, todo el mal que puede suceder ya esta hecho: no puede pasar mas allá, porque la reina se ha escapado, y consiento perder mis órdenes, si una vez en casa de Perafan dan con ella.

Prescindiendo de lo que contrariaban al cronista los vicios que habian quedado al descubierto en doña Juana de Portugal, la aventura en que se encontraba metido le enorgullecia: halagaba su vanidad estar casi constituido en árbitro de una gran situacion, siendo dueño de la persona de la reina, y le tardaba verla á cubierto de cualquier peligro eventual que la pudiera sobrevenir antes de que llegasen á casa de Perafan.

—¿Queda mucho del sendero, amigo? dijo al soldado.

—Dentro de poco, dijo este, habremos salido del encinar y estaremos en el Rollo.

—Pues seguid; seguid, y vos, señora, tened algun tanto de resistencia: es necesario ponernos cuanto antes á cubierto.

—¡Oh! no temais, dijo la reina: andaré cuanto sea necesario andar.

—Ya estamos cerca, señora; pero ¿por qué os deteneis? preguntó el cronista al soldado que habia interrumpido su marcha de repente.

—He sentido muy cerca el golpe del pie de un caballo.

—Algun nido que se ha desprendido de los árboles, dijo el cronista estremeciéndose.

—Acaso, acaso, dijo el ballestero sujetando la maza de armas en su cinturon y armando un venablo en la ballesta que habia descolgado de sus espaldas.

En aquel momento sonó sobre el sendero el relincho de un caballo.

—¡Oh! ¡Dios mio! esclamó la reina: ¿qué es esto?

El cronista no respondió: el miedo, no por sí mismo, sino por la reina, le habia embargado la palabra.

—No tembleis, señora, dijo el ballestero: si es un ginete solo, pasaremos por cima de él: si son muchos, no llegarán á vuestra grandeza sin pasar por cima de mí.

—Retrocedamos, retrocedamos, dijo la reina.

—Sí, retrocedamos, el relincho ha sonado por delante, dijo Castillo.

El ballestero retrocedió obedeciendo de una manera pasiva, pero murmurando entre dientes:

—Mejor fuera esperar inmóviles hasta ver lo que esto era: parécemе que estamos cercados.

En efecto: apenas habian retrocedido seis pasos, cuando se dejó oir el paso de un caballo, el crugir de un arnés y luego una robusta voz que dijo:

—¿Quién va?

—¡Silencio! ¡silencio, ó somos perdidos! dijo el cronista: internémonos en el encinar: sin duda son gentes de los confederados.

Pero por desgracia era tan tupida la maleza que orlaba á ambos costados el sendero, que no pudieron apartarse de él.

Entre tanto se oian las pisadas del ginete que se acercaba.

—¿Quién va? repitió una voz mas áspera entre la oscuridad.

—Es inútil callar mas tiempo, dijo el cronista: probemos el último recurso.

—Somos unos labriegos, dijo, que vamos á nuestra labor: la hacienda está lejos y el dia se acerca; dejadnos pasar, caballero.

—Tan caballero soy yo como vosotros labriegos, bribones; buena voz de labriego teneis, don bergante: ¿qué diablos haceis en este bosque y á estas horas?

—Os repito que...

—Seais quien fuereis, entregaos y se os reconocerá.

—¿Y quién ha de reconocernos?

—Nuestro capitan.

—¿Quién es vuestro capitan?

—¿Qué os importa? ea, acercaos y esperad á que nuestro capitan, que no está lejos de aqui, venga.

—Avisad pues, á vuestro capitan.

—¡Ah de la guarda! gritó á su vez la voz distante.

Y trasmitió el aviso á otro ginete.

—¡Ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamaba entre tanto la reina á media voz estrechando estremecida el brazo del cronista.

Este no sabiendo qué contestar á aquel miedo, que no era mayor que el suyo, calló: el ballestero lanzaba votos y juramentos por lo bajo.

Poco despues se oyó el paso apresurado de otro caballo en el sendero.

Cuando estuvo próximo, dijo.

—¿Dónde están esos detenidos?

—Nos hemos salvado: esclamó al escuchar aquella voz el cronista. Adelantad,adelantad, hidalgo, añadió en alta voz: Dios os envia.

—¡Ah, voto á!.. ¿vos por estos andurriales y á estas horas? dijo con asombro el recien llegado, que en el crugir de su arnés se conocia que habia echado pie á tierra.

—Sí, sí señor, yo por aqui y bien acompañado. ¿Sois el capitan de esta gente?

—Sí, sí por Dios.

—Pues bien, acercad: lo que tengo que deciros no es cosa para que la escuche nadie.

Acercóse el capitan, y á tientas llegó hasta el cronista y le asió una mano.

—¿Qué es esto, señor Diego Enriquez del Castillo? dijo: ¿por qué andais por aquí?

—Traigo conmigo á la reina, señor Blasco do Campo Riveyra: contestó el cronista.

—¡A su alteza! esclamó con alegria el portugués.

—Sí, sí: y vos estais en disposicion de salvarla.

—¡De salvarla! ¿pues qué sucede?

—¡Ha habido un escándalo!

—¡Un escándalo! ¿la han encontrado acaso encerrada con don Beltran?

—Peor que eso: don Beltran la ha encontrado con otro: ha matado al nuevo amante: ha sobrevenido doña Mencía, el rey, algunos señores conjurados que han aterado al rey, le han arrancado una órden de prision contra la reina: yo apenas he tenido tiempo de salvarla, y vos podeis completar la obra.

—La completaré.

—¿Cuánta gente teneis con vos?

—Cien hombres de armas.

—¿Buenos?

—No pueden ser mejores.

—¿Podeis contar con ellos?

—Afortunadamente, sí.

—Pues bien: entregaos de la reina y conducidla á vuestro amo el rey de Portugal: decid á ese señor rey lo que yo he hecho....

—Se ofrece por el momento una dificultad.

—¿Una dificultad?

—Sí. Lo que menos esperaba yo en este apostadero era la presencia de la reina.

—¿Pues qué esperábais?

—El paso de la infanta doña Isabel para salvarla de los confederados.

—¿O para entregarla al rey de Portugal?

—Acaso, acaso.

—Pues bien: afortunadamente para la infanta y para el reino, no podeis dar vuestro golpe de mano. La infanta no saldrá de Segovia, ni se separará del rey.

—¡Dios de Dios! esclamó Blasco.

—Pero en cambio teneis ocasion de salvar á una reina desgraciada y de llevarla al rey de Portugal que os agradecerá este servicio.

—Teneis razon. ¿Dónde está su alteza?

—A algunos pasos de mí.

—Llevadme á ella: dijo Blasco.

—Venid, venid, señora: añadió en voz baja acercándose á la reina: en vez de hallar un peligro hemos hallado un salvador.

—¡Un salvador!

—Sí, por cierto: uno de los mas leales vasallos del rey vuestro hermano.

—Sí, sí señora: un hombre que os ha hablado alguna vez; dijo Blasco.

—No recuerdo, caballero, quien sois.

—Me llamo Blasco do Campo Riveyra.

La reina se estremeció, porque tenia motivos para estremecerse.

—¿Y sois vos quien me habeis de salvar? dijo con voz trémula.

—Yo, señora, me pongo á vuestras órdenes con cien hombres de armas.

La reina meditó un momento, y luego dijo:

—Acepto vuestros servicios, caballero.

—En ese caso, señora, dijo Blasco do Campo Riveyra, partamos: el dia se acerca y no será prudente que nos encuentren en el campo.

—Y ¿cómo he de ser conducida?

—Ciertamente, señora, no os esperaba: y habreis de honrarme aceptando un lugar en mi caballo.

Volvióse á estremecer la reina, pero recordó el conflicto de que huia y dijo:

—Bien, marchemos, caballero.

—¿Y vos señor cronista? dijo Blasco.

—Yo me vuelvo á Segovia.

—¿Que os volveis á Segovia?

—Sí: lo mas que puede haber sucedido es que hayan sospechado que yo he sido la causa de la fuga de su alteza. Pero no tienen pruebas: nadie lo sabe mas que un buen ballestero que nos acompaña....

—Y que os suplico admitais entre vuestros soldados, caballero: dijo la reina.

—Vuestra alteza, señora, manda: no suplica.

—Pues bien: ese ballestero nos seguirá.

—Gracias, señora, gracias; dijo conmovido el soldado.

—Ahora marchemos: en cuanto á vos, señor Diego Enriquez, voy á mandar á uno de mis ginetes que os lleve á la grupa hasta cerca de Segovia.

—Os lo agradezco, señor hidalgo, porque estoy cansado sobre manera: nada tengo que advertiros acerca de la reina: esto seria ofender vuestra lealtad.

—¡Oh! descuidad, señor Diego Enriquez, su alteza sabe muy bien que puede disponer de mi vida.

La reina se estremeció de nuevo.

—Y tú ¿cómo te llamas, ballestero? dijo Blasco.

—Llámome Juan Bravo, señor, contestó el soldado.

—Pues bien, desde hoy estás en mi servicio; y ya que has contribuido á salvar á la reina, despues que yo haya cabalgado, ayúdame á ponerla sobre el arzon. ¡Ola guarda!

—¡Señor! contestó el hombre de armas cercano.

—Tomad á grupas á ese caballero, llevadle á buen paso hasta Segovia, dejadle junto á la ciudad y volved á escape á este mismo sitio.

Poco despues el cronista y la reina habian cabalgado: el primero rodeaba con su brazo el rudo talle revestido de hierro de un hombre de armas: por el contrario, Blasco do Campo Riveyra oprimia con el suyo mas de lo que parecia consentirlo el respeto, el flexible y redondo talle de la reina.

—Al fin señora al fin; la dijo Blasco con voz ardiente y opaca.

—¡Callad! ¡callad! y respetad mi desgracia, contestó con dolor la reina.

Despues resonaron sobre la senda las dobles pisadas de los caballos y la fuerte y apresurada marcha del ballestero que los guiaba.

XLI.

De como empezó á aprovechar Blasco do Campo Riveyra la aventura anterior.

Durante algun tiempo anduvieron entre los encinares. La reina se estremecia de terror y se asia convulsa á la vesta de Blasco, que no cesaba de estrechar dulcemente su cintura.

—Creo que traeis manto, señora; la dijo.

—Sí, sí, traigo manto: contestó la reina.

—Pues cubrios bien con él; vamos á encontrarnos con gentes que no quisiera que os conocieran.

La reina se cubrió enteramente con el manto.

Poco despues salieron del encinar, y al separarse el cronista dijo á Blasco:

—En vos confio, caballero, y en que guardareis fielmente el precioso depósito que os he confiado

—Descuidad caballero, descuidad, contestó Blasco: os juro que en mis manos esta bien guardada.

Y picando al caballo se encaminó á un grupo compacto de ginetes que se veian de una manera indecisa á los primeros albores de la mañana.

—¡A caballo, amigos mios, á caballo! dijo Blasco.

Escuchóse inmediatamente el áspero crugir de los arneses de la gente que montaba.

—¡Ola! ¡señor Nuño Arévalo! dijo Blasco.

Presentóse el alferez.

—Creo que nos entendemos perfectamente, dijo Blasco.

—Sí por cierto, capitan

—Vos debeis conocer este terreno.

—Conózcolo tanto como que le he medido á palmos.

—Pues bien, nos vemos por el momento obligados á ocultarnos.

—Ya habia yo pensado en ello.

—¿Y habeis elegido lugar?

—Sí señor, en las quebraduras de Guadarrama.

—Pero Guadarrama está lejos.

—Dos buenas leguas, pero por caminos de atraviesa, y sin que puedan encontrarnos mas que labriegos, llegaremos en dos horas.

—Pues guiad.

El alferez rompió para adelante, y Blasco le siguió llevando tras sí á los demas hombres de armas; habiendo dejado uno apostado para que indicara la ruta cuando volviese, al que habia ido á conducir á Segovia al señor Diego Enriquez del Castillo.

La reina miró con terror todo lo que la rodeaba: en primer lugar la gente que la servia de escolta no era lo mas á proposito para tranquilizarla: como hemos dicho anteriormente, Diego el Desollador habia formado su mesnada de rico-hombre, con todos los bandidos que habia podido haber á las manos: Diego sabia por esperiencia que estos bandidos, en su mayor parte aventureros, eran gente práctica en la guerra, callados, obedientes, dispuestos á todo, cuando sabia hacerse respetar el capitan que los tenia á sueldo; y sobre todo, cuando este sueldo era bueno y buenos tambien los arneses y los caballos: Diego conocia á la mayor parte de ellos por haber formado en otro tiempo parte de la banda de salteadores del señor Blasco do Campo Riveyra, por lo que este los conocia tambien. Diego anduvo, pues, poco acertado en poner tales gentes á las órdenes de su antiguo capitan: él supo hacerse reconocer y respetar de ellos; les puso ante los ojos cuanto era mejor en el estado de que se encontraba Castilla una vida libre y lucrativa de bandidaje que enmohecer las espadas en la corte, y debilitarse con el ocio: Blasco, pues, robó su mesnada á Diego el Desollador sin pasar á considerar los resultados que podria tener aquel robo.

En fin, cuando Blasco, despues de haber esperado toda la noche, despues de haber creido que la infanta habia sido conducida por otro camino, despues de haber estrañado la larga ausencia de Diego,

llenósele el alma de alegria cuando se vió apoderado de la reina.

En sus inquietos pensamientos de ambicion, Blasco habia pensado en llegar á los altos puestos de la corte, al favor, á las riquezas por medio de los amores de la reina; ya en mas de una ocasion se habia puesto á su paso, y aun se habia atrevido á declararla una pasion, que no sentia, con sus ojos de una manera audacísima: la reina con su fuerza de imaginacion habia comprendido que aquel hombre era un demonio, se habia estremecido ante su mirada, no habia podido olvidar á aquel hombre que habia llegado á constituirse como una fatalidad en su pensamiento, y por eso cuando se sintió estrechada por el audaz brazo del aventurero, se estremeció, se aterró, sintió casi el no haber arrostrado todos los peligros de su permanencia en el alcázar, y no era por cierto la gente que la rodeaba lo mas á propósito para calmar su terror: rostros bronceados y curtidos á quienes hacia mas sombríos la sombra proyectada sobre ellos por las celadas de encaje; cuerpos membrudos, voces roncas, juramentos y blasfemias á cada paso; tal era el aspecto y el carácter que presentaba aquella guardia accidental de la reina.

El dia habia esclarecido y Blasco arrojó una avarienta mirada al semblante de la reina: porque Blasco, como la generalidad de los hombres, era apasionado por la hermosura: y la de la reina era incomparable: pero doña Juana llevaba el manto enteramente echado sobre su semblante, y Blasco vió frustrado su deseo.

—Debeis sofocaros yendo tan cubierta, señora, la dijo.

—No, no por cierto, caballero; dijo con precipitacion doña Juana: al contrario, la mañana está fresca y el manto me defiende. Ademas quisiera evitar que esa gente me conociese.

—De seguro esa gente no conoce á vuestra alteza: son pobres soldados, aunque valientes, y no han estado en la córte: habeis guardado ademas una clausura tal en Segovia, que las mismas gentes que bien os quieren, vuestros mas leales partidarios, no han podido tener la gloria de ver la luz de vuestros ojos. Esa gente, pues, no os conocerá.

—Si yo me descubriese me conocerian.

—Verian que vuestra alteza es la reina de la hermosura, pero eso no es razon para que conociesen en vos á la reina de Castilla.

—Os digo que no podrian menos de conocerme.

—Lo evitaremos pues, señora, tomando una buena delantera.

Y Blasco picó, y el caballo partió al galope.

—Adelantad alferez, dijo Blasco, hasta el viso cercano.

—El alferez partió á escape, y cuando hubo llegado al sitio prefijado por el portugués paró su caballo: puso tambien el suyo al paso Blasco, y á vanguardia y retaguardia quedó separado del alferez que le guiaba, y de la gente que le seguia á dos tiros de arcabuz.

—Nada podeis temer ya, señora, dijo Blasco: la mirada de esa gente no puede llegar hasta nosotros.

La reina guardó silencio, y continuó con el manto echado sobre el rostro.

—Juro á Dios que te descubrirás, dijo para sí Blasco do Campo.

Y aplicando los acicates al caballo y refrenándole al mismo tiempo, le hizo dar un bote violento.

Sucedió lo que Blasco habia previsto: la reina se sintió despedir del arzon, se asió fuertemente al portugués, y en aquel movimiento violento, el manto cayó sobre sus hombros dejando descubierta la cabeza.

Blasco lanzó un grito de admiracion.

—Teneis razon, señora, dijo: traeis ceñida sobre los cabellos vuestra corona real.

—¡Oh! sí: ¿y de qué me sirve esa corona? esclamó con amargura la reina.

—Os hace doblemente hermosa: ó por mejor decir, vuestra divina frente da majestad á esa corona.

—Podrá favorecerme, caballero, dijo la reina con un despecho mal encubierto, pero no me hace mas respetada.

—¿Qué no os hace mas respetada? para haceros respetar no necesitais del brillo de esa corona: ¿acaso, no tiembla mi voz al hablaros?

—¿Y por qué tiembla vuestra voz, hidalgo? esclamó la reina fijando en Blasco una severa mirada.

El portugués la miró de una manera tan profunda, tan dulce, tan radiante de deseo, que la reina por mas que quiso no pudo soportar aquella mirada: bajó los ojos y se cubrió de rubor.

—¡Yo os amo! dijo al fin el portugués con acento ardiente y opaco.

—¡Oh! no, vos no me amais cuando así me despreciais, esclamó con dolor la reina.

—¿Que os desprecio yo, señora?

—Sí, sí, porque...

—¿Por qué, decid?

—Os creeis autorizado para decirme vuestro amor... y teneis razon, sí: ¿sois vos menos que otros?...

—¡Señora!

—Pero si no podíais respetar á la reina porque la reina se ha ol-

vidado de lo que era, debíais respetar á la muger desgraciada.

—¿Y si esa misma desgracia fuese la que impulsase mi amor?..

—¡Cómo!

—¿No habeis comprendido, señora, antes de este momento que yo os amaba?

—He comprendido que erais audaz.... en pretender una muger que sabíais que estaba enamorada.

—Pero enamorada de un hombre indigno de su amor.

—¡Qué decís!

—¿Acaso lo ignorais, señora? ¿no sabeis que ese hombre ama?...

—¿A quién? decid: ¿á quién?

—Sábelo toda la córte: sabeíslo vos.

—¿Doña Mencía?

—Sí, sí señora, doña Mencía de Padilla.

—No, no: esclamó la reina, cuyos celos no querian creer las palabras de Blasco: él no la ama, no la ha amado nunca, no: si la hubiera amado, no la hubiera abandonado por mí.

—Don Beltran, señora, lo ha sacrificado todo á su ambicion: ha sido traidor á doña Mencía de Padilla abandonándola, ofendiéndola: ha sido traidor haciéndoos creer en su amor, y obligándoos á concederle un amor que no merecia: despues, cuando ha llegado á la cumbre de la grandeza por vuestro medio....

—¡Oh! ¡dejadme, dejadme!.. respetad mi dolor, caballero: no respeteis en buen hora á la reina que se ha degradado por su desdicha, pero respetad la desgracia de la muger.

—¿Y si yo os ofreciera, señora, un amor desinteresado, un alma leal? ¿si yo no os pidiese en premio de la adoracion que os rindo mas que una noble confianza en mí... si os dignáseis aceptarme como un salvador, como un vengador?...

—¿Me vengaríais, caballero?

—¡Que si os vengaria! ¿qué podeis desear vos, señora, que no sea un precepto supremo para mí?

Meditó la reina un momento.

—¿Dónde me llevais? dijo al fin.

—Por ahora á un lugar donde podeis ocultaros.

—¿Y despues?...

—Despues sereis árbitra.

—Entonces me llevareis á Portugal.

—Y el rey de Portugal encontrará un nuevo motivo para otorgarme su proteccion.

—¡Cómo! ¿mi hermano os proteje?

—Alcanzo su privanza, señora.

—¿Y habeis venido á la córte de Castilla?...

—Escuchad: el señor rey don Alonso, vuestro hermano, me dijo: Blasco, mi buen Blasco: dicen que mi hermana da escándalos en la córte de Castilla: que concede sus favores á don Beltran de la Cueva: estas murmuraciones producen el que se dispute acerca de la legitimidad de mi sobrina la infanta doña Juana; ve, observa, mira: cuéntamelo todo: que yo pueda tomar un partido decisivo.—Vine, observé y ví... que amábais en efecto á don Beltran de la Cueva, que habia ciertamente indicios de que la infanta doña Juana no fuese hija del rey....

—¿Y habeis dicho todo eso á mi hermano? esclamó trémula de terror la reina.

—He escrito á vuestro hermano que erais la reina mas desgraciada del mundo.

—¡Oh! ¡y no habeis mentido, caballero!...

—Le he dicho que enlazada á un esposo indigno, os habeis visto abandonada....

—¡Tambien eso es verdad!

—Que Beltran de la Cueva es un vasallo valiente y leal....

—¡No habeis mentido!

—Y que ni os ama, ni vos le amais.

—¡Oh! sí, sí: eso es mentira: pero os agradezco una mentira que salva mi reputacion delante de mi hermano: proseguid, caballero, proseguid.

—Le he jurado por mi honor, que todo lo que se decia acerca de los tales amores, eran calumnias de los bandos... que érais una mártir, con la cual se ensañaba la fortuna.

—¿Y mi hermano?...

—Vuestro hermano lo ha creido, porque no puede creer que yo le engañe, y me ha contestado en una carta que podré mostraros: «Si la »reina mi hermana, se encuentra sin fuerzas para resistir los indig»nos tratamientos del rey; si necesita de ayuda y de proteccion, pre»séntala esta carta, por la que la autorizo para que valiéndose de una »industria cualquiera, se acoja contigo á nuestro reino de Portugal.» Ya veis, señora, que esa ocasion ha llegado: no podeis estar mas injuriada que lo estais: os encontrais fugitiva, y solo la Providencia de Dios ha podido traeros á mis manos, que os salvarán. Pero si yo tanto he hecho por vos...

—¿No decís que os satisfaceis con mi amistad?

—Oid, señora: hay una pasion en el alma que á todas las domina, que no conoce gerarquías, que todo lo iguala: esta pasion es el amor: ¿no habeis vos amado á un caballero pobre y sin nombre olvidándoos de que érais reina para ser solo muger?

—Yo he amado por la primera y por la última vez á don Beltran: cuando fuí suya, no lo habia sido de nadie.... y si despues.... ¡oh! caballero: tened compasion de mí y no me oblgueis á sonrojarme: si me amais, como decís, esperad.

—¡Oh! me dais una esperanza.

—No, no os la doy, pero tampoco puedo quitárosla.... ¿quien ha llegado hasta el fondo del corazon? ¿quién sabe si mañana me veré obligada á amaros?...

—Pero entre tanto...

—Estoy en vuestro poder: mi desdicha no puede ser mayor de lo que es ya: si quereis hacer de mí una cortesana, sin defensa, estoy en vuestras manos: pero si quereis mi amor, será necesario que os hagais amar; y creedme, no será vuestra audacia, vuestra falta de respeto lo que os conquisten mi aprecio... procurad que os mire como un amigo y no como un tirano.

Y diciendo esto la reina se cubrió de nuevo el rostro enteramente con el manto y calló.

Blasco la sintió llorar en silencio.

—¡Oh! ¡oh! dijo para sí: es preciso que seas mi escalon, y lo serás: esa doña Mencía de Padilla me tiene loco: doña Catalina de Sandoval empeñado: las dos son tus enemigas, las dos te aborrecen: te aborrece tambien doña Guiomar que me ama; pues bien: tu me darás con doña Mencía mi primer amor, con doña Catalina mi empeño, y doña Guiomar en pago de tu humillacion, pondrá en mis manos al rey de Castilla ¡Oh reina! ¡reina! tu eres un tesoro para mí.

El aventurero continuó abismado en su pensamiento: poco despues el alferez que guiaba empezó á aventurarse por las quebraduras de la sierra.

Blasco se detuvo entonces.

—¿Ha venido el hombre que llevó á Segovia al clérigo?

—Sí señor: contestó un hombre de armas.

—Hacedle venir.

Poco despues el soldado estaba delante del aventurero.

—¿Qué ha sido de la persona que os entregué? le preguntó Blasco.

—Le llevé hasta la ciudad y le dejé.

—¿Nada os dijo?

—Sí tal: me encargó que os dijese que no olvidáseis su encargo: me dió un escudo de plata, se alejó hácia las puertas y yo me volví.

—¿Habeis notado algun movimiento en la ciudad?

—Ninguno, señor.

—¿Y no habeis tenido ningun encuentro?

—No señor, solo he visto sobre el camino de Avila á lo lejos un escuadron de lanzas.

—¿Habeis podido conocer su divisa?

—No señor, pero algunos traginantes á quienes pregunté, me digeron que eran gentes de los confederados.

—¿Vísteis si entre las lanzas iba alguna litera, mula ó hacanea?

—Iban solas y bien de prisa, señor.

—Volved á vuestro puesto.

El soldado volvió grupas y se perdió en el grueso de la fuerza.

—¿Queda mucho trecho para llegar á donde vamos, alferez? dijo Blasco al guia.

—Aun queda una legua, señor: pero una vez entre las quebraduras, podremos marchar despacio.

—Seguid adelante.

El alferez siguió.

Poco despues la montaña absorvió entre sus quebraduras al alferez, á Blasco y á la reina, y, al fin, al escuadron.

Por algun tiempo se escuchó el ruido de las herraduras de los caballos y el rechinar de los arneses; luego solo se oyó el estridente graznido de las águilas que anidaban en las rocas.

XLII.

El buen cronista del señor rey.

Diego Enriquez llegó á Segovia, á punto que asomaba el sol en el horizonte. Entróse rebozado en sus bayetas de clérigo, y como quien se desliza, por la puerta mas inmediata, escogió las calles mas solitarias para llegar al alcázar; y cuando llegó á sus puertas se escurrió dentro como se habia escurrido en la ciudad.

El buen cronista del rey era entonces un gato.

Por fortuna suya, el alcázar estaba desierto y silencioso: habia trasnochado harto todo el mundo, y se dormia, ó al menos si se velaba, era cada cual encerrado en su aposento.

En cuanto á lo de velar nos referimos á los principales personajes: solo habia uno de ellos que dormia, y este era el rey.

El cronista tuvo tiempo de llegar á su departamento, de encerrarse y meterse en la cama: apenas lo habia hecho, cuando llamaron á su puerta.

—¿Será esta la primera vez que llaman, se dijo, ó habrán llamado otras muchas veces? pues bien; si han llamado, necesito finjir.... finjamos....

Volvieron de nuevo á llamar de una manera mas impaciente.

El cronista no contestó.

A la tercera vez los golpes se hicieron formidables.

El cronista creyó llegada la hora de abrir, y se levantó despues de haberse restregado fuertemente los ojos para que aparecieran cargados; luego fué á la puerta, y dando á su voz una entonacion soñolienta, dijo con acento gruñon.

—¿Quién anda? ¿qué quieren?

—Hacedme la merced de abrir, amigo mio, respondieron.

—¡Ah! sois vos, señor don Diego! contestó el cronista, reconociendo por la voz al bandido.

—Sí señor, yo soy, y me urje hablaros.

—Callad pues.

Abrió Enriquez del Castillo y se presentó á los ojos del bandido con un gorro de lana negro, una almilla azul y unas calzas pardas, enjuto y seco como un mimbre

—Mucho os habeis dormido hoy, dijo Diego, para vuestra fama de madrugador.

—Yo soy un hombre muy metódico, y como anoche trasnoché....

—Pues yo aun no me he acostado.

—¿Qué no os habeis acostado? ¿pues qué habeis hecho?

—¿Que he haber hecho sino darme al diablo?

—Daros al diablo; ¿y por qué?

—Lo que me sucede....

—No puede ser mas estraño que lo que nos sucede á todos; pero entrad, entrad, y hablaremos.

Diego, en cuyo semblante se notaba un disgusto sombrío, entró; cerró el cronista la puerta y condujo á su visitante al mismo aposento donde el dia anterior habia recibido á Blasco.

Una vez allí presentó un sillon á Diego, que se sentó en él distraido, sin reparar que no habia otra silla en la estancia, y el cronista se sentó, no sin cuidado y miramiento en un rimero de infolios.

—Decis que estais dado al diablo, dijo el cronista; estas son vuestras propias palabras, que no deben tolerarse en los labios de un

cristiano, sino cuando el estado en que se encuentra le tiene fuera de sí; ¿qué os sucede?

—¡Sucederme! ¡nada! ¡poca cosa! como si dijéramos una broma; pero la broma va haciéndose demasiado pesada.

—Pero señor....

—Voy, voy al asunto, señor cronista: yo tenia una esposa.

—¡Cómo! esclamó el cronista: ¿ha muerto mi señora doña Tomasa?

—¡Morir! acaso será en lo que menos piensa.

—Pues no entiendo por¡qué decís tenia, en vez de decir tengo: yo creo que el vínculo del matrimonio es indisoluble.

—Y sagrado y respetable, ¿no es verdad?

—Quién lo duda.

—Pues bien; mi esposa se burla de ese vínculo y le rompe apartándose de mí.

—¡Un divorcio!... vamos, vos tendreis la culpa.... habeis sido la piel del diablo, mi querido señor don Diego, y....

—¿Y quién trata de divorcios? digo que mi esposa se separa de mi porque se ha unido á otro.

—¡A otro!..

—Y como el matrimonio no consiente la union de dos hombres que viven á un mismo tiempo con una muger, hé aqui por qué digo yo que mi esposa...

—¿Y con quién se ha unido vuestra esposa?

—Preguntadselo al mayordomo Cáceres, á quien os juro he de cortar las orejas.

—¡Ah! ¡es cosa del rey!

—Sí señor. Para hablar claro: mi esposa entró anoche en el alcázar muy prendida y muy bizarra: salióla á recibir el señor Cáceres, se la llevó por el portalon de la plaza de armas, y este es el momento en que no ha vuelto á mi casa: ¿quereis saber de una manera mas clara que mi esposa es la querida del rey?

—¡La querida del rey! y bien podrá ser: ¡pero señor, señor! ¿á cuántas trae su alteza al retortero?

—Podeis juzgar si esto no es cosa para que un hombre como yo se dé al diablo: porque habeis de saber que yo amo mucho á mi muger: y no soy hombre que sufra tales cosas; y ¡voto á tantos, que me he de vengar!

—Pero, y bien, esclamó el cronista que empezaba á mirar con cuidado la escitacion de Diego, ¿para qué habeis venido á buscarme? creo que no estais lo suficiente sereno para recibir consejos.

—Ni yo os los pido: yo sé demasiado lo que debo hacer: á lo que vengo es á que como de el alcázar, y conocedor de toda la servidumbre, averigueis....

—¡Que averigue!...

—Sí; sí señor: que averigueis dónde ha pasado la noche mi esposa.

—¡Yo!.. vamos.... no señor.... no puede ser que vos hayais pensado en emplear á un sacerdote en tales oficios.... ¡bueno fuera!.. no.... no señor.

—Bien; en ese caso yo diré á doña Mencía de Padilla: anoche, en la galería de Enrique III, el señor cronista Castillo, oyó la conversacion que llevabais con el condestable de Navarra y con vuestro marido el capitan Hernando, y él ha sido quien ha causado el que no marche la infanta y el que se prenda al condestable Mosen Pierres de Peralta, avisando de todo al señor Beltran de la Cueva: y en efecto, vos habeis sido quien ha causado todo esto, señor cronista, como tambien el que yo estuviese detenido anoche hasta las doce largas en la cámara de su señoría.

Escuchaba el cronista al bandido con tanta boca abierta.

—Ya veis que el tal Mosen Pierres no es hombre que se para en barras, continuó Diego: de la misma manera que doña Mencía no es muger que olvida nunca cierta clase de jugadas.

—Teneis una manera de pedir las cosas que ofende, don Diego: dijo el cronista, que no agradándole el jiro que tomaba el asunto, capitulaba.

—Y vos las negais de un modo que irrita.

—Entendamos: ¿vos quereis?....

—Yo quiero saber lo que ha sido de mi esposa.

—¡Ah! ¡bien! pues no hay cosa mas natural: decís que entró en el alcázar.

—Y que no ha salido de él.

—Eso es lo que no sabemos, pero no tardaremos en saberlo. Voy voy á....

Detúvose el cronista: en aquel momento le cortó la palabra un furibundo golpe que dieron á su puerta.

—Otro mensagero sin duda: perdonad, voy á abrir.

Y salió.

Poco despues volvió á entrar precipitadamente.

—Esperad, esperad un momento, decia: no estoy en traje conveniente para dejarme ver de damas.

Pero sin dar tiempo al cronista mas que para encajarse mal y de

mala manera la sotana, una muger entró en el aposento donde estaba Diego.

Al ver á este se detuvo y pareció contrariada.

Aquella muger era doña Catalina de Sandoval.

—No importa, dijo al fin, todos nos conocemos. Decidme, señor cronista, ¿dónde habeis estado esta noche despues que os escurrísteis de la cámara de la reina?

El cronista á pesar de su astucia y de su sangre fria, no pudo dominar su organismo y se puso pálido, muy pálido.

—Ya sabeis señora, contestó, procurando dominar su voz y hacerla serena, aunque sin lograrlo completamente, que mi estado y mi carácter, me impiden presenciar ciertas escenas: se trataba de un escándalo; se imponian leyes al rey y aproveché una ocasion para escurrirme.

—Y salvar á la reina....

—Si la hubiera salvado lo confesaria con orgullo, señora.

—¿Y si no fuisteis á salvar á la reina dónde os escondisteis?

—¿Dónde?.. víneme á mi aposento, y acosteme....

—Mentís descaradamente....

—Ved señora lo que decís.... mirad que soy un sacerdote.

—Por lo mismo son odiosas en vos la cobardia y la mentira.

—¿Y quién os dice que miento?

—Pues qué, ¿no he enviado yo continuamente á mis doncellas desde hace cuatro horas á que llamen á esta puerta?

—Por lo mismo no he contestado; porque eran doncellas: porque, al fin, una visita de doncella á la media noche, es peligrosa.

—¿Y el postigo que da á la Cava Baja que se ha encontrado forzado?... ¿y el guarda de ese postigo que ha desaparecido? ¿y tres perlas que se han encontrado junto al postigo, que se han reconocido por su tamaño como de la reina?

—¿Con que se ha escapado.... la reina? dijo el cronista que habia logrado por fin dominarse, afectando una admirable candidez: pues mirad, me alegro.

—¿Que os alegrais? pues bien: alegraos cuanto querais: pero no teneis motivo para ello.

—¿Que no tengo motivo para alegrarme de que su alteza haya escapado de manos de sus enemigos?

—No por cierto: el rey está furioso contra vos.

—Estélo en buen hora: ¡á fé á fé, como me paga tambien mi sueldo de cronista es de temer perderlo!

—Habeis producido un escándalo que podrá traer sobre vos peores consecuencias que perder esa renta que no os pagan.

—¿Que he causado un escándalo?

—Sí por cierto. Figuraos que el rey á fuerza de concesiones habia logrado de los tiranos, como dicen que vos llamais á los confederados en vuestra coronica, que consienten en no hablar una palabra del adulterio de la reina....

—Ved lo que decís, señora, en cuanto á la honra de su alteza.

—Yo no digo sino lo que el mismo rey ha dicho: dejadme proseguir: el almirante y demas gente habian prometido callar: habian cedido de su empeño de que se prendiese á la reina, y todo iba á las mil maravillas, cuando hé aqui que entra doña Guiomar de Silva azorada y diciendo que la reina habia desaparecido, llevándose su manto, lo que demostraba que su intencion habia sido salir del alcázar; buscósela y buscándola se encontró forzado el postigo de la Cava Baja, el guarda desaparecido, las tres perlas arrojadas por tierra: enviáronse ojeadores de confianza, y nada lograron saber: al fin acaba de venir uno que ha dicho haber visto en el Rollo, junto á la fuente, un escuadron de lanzas, que un capitan llevaba sobre el arzon una muger cubierta con un manto, que, últimamente, un hombre de armas, os llevaba á la grupa, á vos, señor cronista, en direccion á la ciudad.

—Ese hombre ha visto visiones, esclamó Diego Enriquez.

—Esperad, esperad, señora: ¿decís que se ha visto en el Rollo un escuadron de lanzas? preguntó Diego.

—Sí por cierto.

—¿Y os interesa encontrar á la reina?

—¡Que si interesa! ya lo creo; me vá en ello mas de lo que creeis.

—Pues bien, señora: os juro que la encontraremos.

—El rey y don Beltran de la Cueva os recompensarán.... pero si teneis un medio... al momento, al momento.

—Pues bien, señora: os juro por mi honor que yo traeré á la reina al alcázar; pero para que se logre será necesario que me dejeis solo con el señor Diego Enriquez.

—No comprendo...

—El señor coronista, aunque haya salvado ó perdido á la reina, nada os dirá mas de lo que os ha dicho, mientras á mí....

—Pues no me quedo solo con vos, dijo Enriquez del Castillo: eso seria confesar

—Vamos, entendámonos, que todos tenemos por qué entendernos:

creedme, señora; dejadme solo, y yo os respondo de doña Juana de Portugal.

—Os dejo, pues: pero no os olvideis de lo que voy á encargaros, señor Diego Enriquez: en cuanto concluyais con ese caballero id á presentaos al rey.

—Iré, y hubiera ido sin ese motivo, contestó el cronista.

—En cuanto á vos, don Diego, dijo doña Catalina, no os olvideis de irme á ver antes de partir en busca de la reina.

—Iré, señora, iré: sois demasiado hermosa para que yo me apresure á serviros.

—Cuento, pues, con vos, y me alegro de que esteis metido en este negocio. Adios; os dejo libres.

—Pero yo no necesito de esa libertad.... lo que he dicho es cierto.... esclamó el cronista.

—¡Adios! ¡adios! repitió doña Catalina, y salió.

—Pero esto es monstruoso, inaguantable, terrible; esclamó el cronista: os habeis empeñado en comprometerme.

—Vamos claro, señor Diego Enriquez, dijo el bandido: habladme, la verdad, porque nos interesa saber á qué atenernos. ¿El hombre que llevaba á la grupa á la reina es el señor Blasco do Campo Riveyra?

El cronista negó tozudamente el hecho.

—Es que la reina está perdida en manos del portugués, dijo Diego.

—¡Perdida! esclamó el cronista.

—Sí, sí por cierto: es un hombre que porque le hacia sombra la querida del rey de Portugal, que tuvo la mala suerte de enamorarse de él, la envenenó.

—¡La envenenó!

—Sí por cierto: á doña Teresa Carbalho: si le importa envenenaros para que calleis y no podais decir que la reina está en su poder, os envenenará.

Dió un salto el coronista.

—¿Pero tan malo es ese hombre? dijo olvidándose de su negativa.

—¡Confesais al fin!

—Yo nada confieso, dijo reponiéndose Diego Enriquez: pregunto solo si es tan criminal ese hidalgo.

—Seamos francos: vos sabeis lo que yo he sido antes de ser lo que soy.... pues bien: Blasco do Campo Riveyra, mi antiguo capitan y amigo, es peor, infinitamente peor, cien mil veces peor que yo.

—¡Pero Dios mio, yo no sé donde estoy! esclamó el cronista.

—Fiaos de mí: sepamos, pues, si el señor Blasco do Campo Riveyra

es el hombre á quien habeis entregado la reina.

—Pues bien, sí, dijo el cronista: él es.

—¿Y le obedecia la gente?

—Sí, por cierto; y le llamaban capitan.

—¡Infame! murmuró entre dientes Diego.

—¿Y decís que vos salvareis á la reina?

—Os lo juro.

—Mirad no sea una añagaza de doña Catalina; recordad que es del bando azul.

—Aunque fuera del bando verde ó del bando negro os juro que no me engañará y que obraré como deba obrar.

—Pues id, id al momento: esto me tiene ansioso.... ¡pobre señora!.. ¿y decís que ese hombre?....

—Será capaz de abusar de su posicion para con la reina.

—¡Dios mio! ¡pobre señora! .. ¡desdichada reina! ¡muger la mas infeliz de las mugeres! ¿y sabiendo eso, y pudiendo como decís evitarlo, os estais cruzado de brazos?

—Y no me menearé hasta que me traigais noticias de mi esposa.

—Pues vuelo, corro á indagar, á revolver el alcázar.

Y uniendo la accion á la palabra cojió el manto y el sombrero y salió como una exhalacion.

Diego se quedó paseando en la cámara y murmurando:

—Veamos en qué para este enredo.

XLIII.

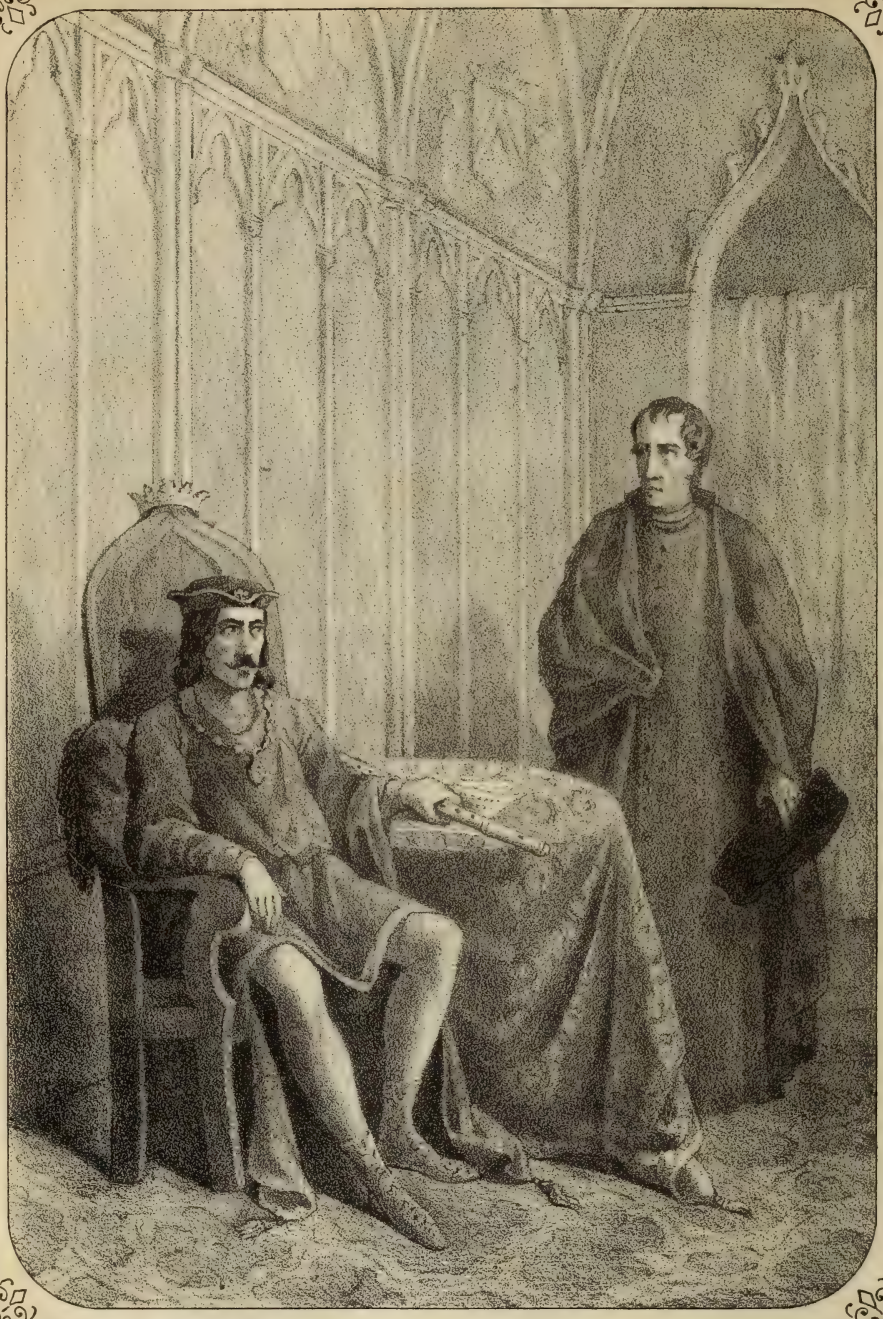
Continúa el cronista.

Nunca sabueso venteador buscó con mas afan un rastro que el buen Diego Enriquez del Castillo buscó á doña Tomasa de Luque, esposa del noble caballero don Diego Perez, en todos los aposentos mas retirados y escondidos del alcázar: no puede ponderarse cuánto preguntó y mintió, por supuesto, con el laudable objeto de servir á Diego, para que incontinente se pusiese en demanda de la salvacion de la reina.

Pero, por mas que hizo, no pudo dar con la doña Tomasa, y apeló al último y supremo recurso: se fue á ver al rey.

Encontróle, gratamente entretenido tocando la flauta, á cuyo instrumento procuraba concertar una guitarra morisca su mayordomo Cáceres.

—¡Ah! ¿eres tú, Enriquez, eres tú? dijo el rey con un acento le—



Soldevila inv.° y lit.°

Lit. de J. Aragon, Madrid.

XII.

ENRIQUE IV.

Pues mira, no tengo maldito el humor de divertirme.

vemente sarcástico aprovechando un instante en que tomaba aliento: espera, espera á que concluya estas folias que he compuesto hace poco; nos quedaremos solos y nos tiraremos de las orejas.

—¿Que nos tiraremos de las orejas, señor? dijo el cronista procurando templar la situacion, echando á barato las primeras palabras del rey.

Enrique IV no contestó: con los carrillos inflados y rojos tocaba á mas y mejor la flauta.

Asi continuó algun tiempo no sin grande impaciencia del cronista: pero como todo tiene fin en este mundo, acabóse la tarea musical, y el rey entregó la flauta á Cáceres y le despidió.

—Tú estrañarás, dijo el rey, que despues de lo que ha pasado anoche, me entretenga con folias.

—En verdad, señor, que...

—Pues mira, no tengo maldito el humor de divertirme: ya sabes que cuando el español canta... es cierto que no canto, pero tanto da cantar como tocar, todo es música: hágolo ademas por disimular, y estoy levantado por disimular tambien, aunque me caigo de sueño; pero es necesario finjir, engañar á las gentes, cubrir las apariencias: ¿quién ha de creer que un rey que por la mañana temprano se entretiene con músicas como los pájaros acaba de escluir á su hija, y tiene á su esposa por esos mundos de Dios corriendo aventuras?

—¡Cómo! ¡señor! ¿su alteza no está en el alcázar? ¿la han preso al fin?... ¿se han atrevido?

—¡Diego Enriquez! esclamó el rey, ¿será preciso que yo te haga sentir mi enojo?

—¡Vuestro enojo, señor!

—Tú dejándote llevar de tu miedo....

—Yo no tengo miedo, señor.

—Lo que te su sucede es que el miedo te hace hacer valentías y cometer imprudencias.

—¡Señor! ¡señor!

—¿No sabes que perro que ladra no muerde?

—¡Pero señor!

—Si el almirante y los buenos condes vendidos á Navarra amenazaban con la prision de la reina, solo era para sacar partido.... yo lo conocia demasiado... pero regateaba porque no queria que me hiciesen pagar demasiado caras las liviandades de la reina. En fin, todo se habia arreglado, el escándalo se habia quedado reducido al

bando azul, cuando hé aqui que tú te llevas sin chistar ni avisar á nadie á la reina.

—Yo, señor, fui á encerrarme en mi aposento por no presenciar un escándalo: yo no sabia que la reina se habia perdido.

—¡Que no lo sabias!

—Pero ahora que lo sé, os digo, señor, que si la reina no parece muy pronto, vos tendreis la culpa.

—¡Yo!

—Sí, vos.

—Esplícate.

—Hay un hombre que encontraria á la reina aunque se hubiese metido bajo siete estados de tierra.

—Y ¿qué hombre es ese? esclamó con ansia el rey.

—Ese hombre es don Diego Perez.

—¡Ah diablo! sí, tienes razon: el tal don Diego es un bribon muy á propósito: dicen que en otro tiempo ha sido facineroso y aventurero.... llámame, llámame á ese hombre.

—¡Que le llame! es inútil: le habeis ofendido.

—¿Que le he ofendido y le he hecho noble, rico-hombre y mi montero mayor, con escándalo de la corte?

—Pero don Diego se queja furiosamente de que le habeis hecho otra cosa.

—¿Que yo le he hecho otra cosa? ¡pues si no veo al tal hombre mas que cuando voy de monteria! es verdad que entonces me divierte, porque sabe unos cuentos muy raros: que ojea bien, que sabe su oficio, como si no hubiera nacido para otra cosa sino para montero mayor: sabe encontrar un rastro aunque en un coto no haya mas que una sola pieza.

—Por eso mismo él sabria encontrar el rastro de la reina.

—Y ¿por qué no ha de buscarlo?

—Para eso será necesario que le satisfagais.

—Pero ¿en qué le he ofendido?

—El señor Diego dice que su esposa....

—¡La esposa del señor Diego!... pues mira: es una muger como no he visto muchas, rolliza; colorada, fresca, alegre, con unos ojos capaces de resucitar á un muerto.

—¡Señor! ¡señor! vuestra incontinencia irrita á Dios, y os pone en estos aprietos.

—Pero la doña Tomasa.... ¿sabe acaso Don Diego que yo regalo perlas y alhajas á su muger?

—El don Diego dice que doña Tomasa entró anoche en el alcázar y que aun no ha salido de él.

—¿Y con quién ha pasado la noche en el alcázar doña Tomasa? esclamó el rey con los ojos inflamados.

—Don Diego cree que la ha pasado con vos.

—¿Conmigo?... no lo ha querido Dios: de una manera mucho mas desagradable la he pasado.... ¿y es esa la queja que tiene de mí don Diego? pues vé y dile que yo digo que hace tres dias que no he visto á su muger.

—Tiene pruebas.

—¿Y qué pruebas son esas?

—Vuestro mayordomo Cáceres salió á recibirla, la tomó de la mano y la introdujo en el alcázar por el portalon de la plaza de armas.

—¡Cáceres! ¡Cáceres! gritó el rey: ven aqui bribon, ven.

Apareció Cáceres maravillado por el epiteto con que le honraba el rey.

—Dime, desalmado, continuó Enrique IV, ¿á qué dama introdujiste tu anoche en el interior del alcázar por el portalon de la plaza de armas?

Diego Enriquez notó que Cáceres se habia conmovido ligeramente á la pregunta del rey.

—Yo no he entrado á ninguna dama: dijo resueltamente el mayordomo.

—Recuerda bien, Cáceres, recuerda: una dama muy bizarra, muy prendida.

—Que me prenda Satanás si he visto anoche una sola dama, fea ó hermosa, jóven ó vieja.

—No maldigas, Cáceres, y dí la verdad: ten en cuenta que te pregunto yo.

—Pues juro á vuestra alteza que no miento: y sino, recuerde vuestra alteza: no me separé de su lado casi en toda la noche.

—Y es verdad, sí, mucha verdad: por lo tanto don Diego se engaña: don Diego debe de ser celoso y ha visto visiones. Vete, Cáceres, vete: estoy segurísimo de que esto es una equivocacion.

Cáceres salió.

—Ya ves que el tal don Diego, continuó Enrique IV dirigiéndose á Castillo, se engaña de medio á medio: Cáceres no miente.

—Lo creo, señor, pero no habrá medio de convencer á don Diego.

—¿Y nos es enteramente indispensable ese hombre? ¿no podrias tu decirnos dónde está la reina?

—Es decir, señor, que creeis que yo....

—Ni creo, ni dejo de creer, porque nada he visto, porque nada veo, porque no sé donde estoy: pero todos te acusan, mi buen Enriquez.

—Tambien don Diego os acusa....

—¡Vuelta á don Diego! es cierto que su esposa me enamora: tiene un desenfado, un gracejo.... una cosa, en fin, que no se encuentra en cualquier dama: pero te lo juro, Castillo, te lo juro, te lo afirmo bajo mi palabra real: aun no he tenido el gusto de ofender á don Diego.

—Me voy, señor, dijo con una gravedad heróica el cronista.

—¿Que te vas?

—Sí por cierto. Necesito á todo trance encontrar á doña Tomasa: no la encuentro aqui y me voy á otra parte.

—¿Con que es decir que te interesa encontrar á doña Tomasa mas que encontrar á la reina?

—Es que he encontrado á la reina en cuanto haya encontrado á doña Tomasa.

—¡Oh! pues si eso es asi, si tan unidas van la pérdida de la reina y de doña Tomasa y no puede encontrarse á la una sin la otra, ve, ve, busca á la robusta y hermosa muger de don Diego, y si la encuentras, avísame: yo entretanto, y ya que he mostrado á mi servidumbre mi contento haciéndoles oir mi flauta, me voy á dormir, que bien lo he menester.

Y se escurrió hácia la alcoba.

—¡Y hay quien tenga lástima de ese hombre! dijo el cronista: ¡bah! el señor don Enrique el IV es el rey mas feliz de todos los reyes.

Y el cronista saliendo de la cámara, se detuvo en la antecámara, y como no viese en ella á Cáceres, dijo á un paje.

—Decidme, hidalgo, ¿sabeis qué se ha hecho el señor mayordomo particular del rey?

—Se ha ido á descansar, y me ha dejado encargo de que le avise si le llaman.

—Pues id, id, mi querido niño, y decidle que el rey le llama.

Partió el paje, y el cronista quedó en la antecámara paseando y meditando la manera de acometer á Cáceres y sacarle la verdad del cuerpo.

Poco despues apareció el mayordomo apretándose las agujetas de la almilla.

—¿Habeis dicho á este paje que su alteza me llama? dijo.

—Sí, sí señor, pero quien verdaderamente os llama soy yo.

—¡Vos!... ¿y en qué puedo serviros señor coronista?

—Ya sabeis que yo os estimo.

—Lo sé y os lo agradezco.

—Que no puedo querer nada malo para vos.

—¿Quién piensa en eso?

—Que me interesan vuestros aumentos.

—Sí, sí, ya lo sé... pero me teneis con curiosidad.

—Necesito que me contesteis verídicamente á una pregunta que voy á haceros.

—Si puedo os contestaré.

—Y tanto como podeis.

—¿Y qué es ello?

—Decidme, ¿por qué os turbasteis cuando el rey os preguntó qué dama habiais introducido anoche en el alcázar?

—Si el rey me hubiera preguntado con mas lisura, acaso le hubiera contestado.

—¿Con que es verdad?

—Sí, pardiez: figuraos que anoche habia en la poterna ciertas órdenes que rezaban con las damas.

—¿Con las damas?

—Ciertamente, el duque de Alburquerque habia hecho al rey dar una órden de que no se dejase entrar ni salir á ninguna dama en el alcázar

—¡Ah! y vos teniais sin duda interés en que doña Tomasa...

—No por cierto, no era yo.

—¿Pues quién?

—Doña Mencía de Padilla.

—¡Ah! ¿Teneis tratos con esa intrigante?

—Por lo mismo que es intrigante, es necssario estar bien con ella, y os aconsejo que lo procureis por vuestra parte.

—¡Yo!...

—Vos y todos en la corte necesitamos estar bien con doña Mencía: pero volviendo á nuestro asunto, voy á deciros lo que sé de él. Anoche llegó ya tarde á las puertas del alcázar doña Tomasa, y el guarda, con arreglo á la órden que tenia, la negó la entrada: entonces, y como la prohibicion no se estendia á los hombres, doña Tomasa envió un escudero á doña Mencía, avisándola de que no la dejaban pasar: entonces doña Mencía me llamó y me dijo: es necesario que una dama que viene á buscarme entre en el alcázar. Como á doña Mencía no se la

puede negar nada, fuí á la guarda, dije al alferez que el rey mandaba que se dejase entrar aquella dama, pero con gran sigilo, y doña Tomasa entró y yo la introduje.

—Es necesario conceder al señor Diego que tiene razon: las apariencias al menos eran terribles. ¿Y está doña Tomasa aun en la cámara de doña Mencía?

—Esto es lo que no os puedo asegurar.

—Me basta con lo que me habeis dicho. Idos, idos á descansar, señor Cáceres. Muchas mercedes por vuestra confianza.

—Inútil creo deciros que quiero que esto no se sepa.

—Descuidad descuidad, señor Cáceres, y adios.

—Adios, señor coronista.

Diego Enriquez se encaminó apresuradamente á su aposento.

—¡Ya la tengo! ¡ya la tengo! dijo.

—¡Cómo! ¿sabeis lo que ha sido de mi esposa?

—Sí: y vuestros celos no dejan de ser celos ridículos, á no ser que los tengais de doña Mencía de Padilla.

—¡De doña Mencía de Padilla! ¿está con ella mi esposa?

—Al menos á ella fué á quien vino á ver al alcázar.

—Gracias, gracias, señor cronista, esclamó Diego: voy á ver á doña Mencía.

—Cuidad de no acordaros siquiera de la galería de Enrique III.

—¡Oh! no me habeis dado motivo para que me acuerde.

—Cuento con que despues que encontreis á vuestra esposa os pondreis en demanda de la reina: el rey sabe que vos os encargais de ello, y está impaciente.

—Os juro que antes de mucho la reina estará en el alcázar, y adios.

—Adios, señor don Diego.

El bandido salió: el cronista atrancó su aposento y se encaminó á su dormitorio.

—No sé dónde estoy, dijo: esto se embrolla cada vez mas: las cosas están mas que á punto de rompimiento... y nada se me ocurre; nada que pudiera evitar... es verdad, estoy cansado, tengo sueño... cuando se está asi, la cabeza se niega á pensar: pues bien: desnudémonos, descansemos, dejemos venir los sucesos... y... en fin, mi oficio es escribir la historia, no hacerla.

Y tras esto, lanzando un largo bostezo, el cronista se echó en la cama sin quitarse siquiera la sotana, y al poco espacio se durmió.

Bande Lito. y Lit.

Dª. MENCÍA DE PADILLA.

XLIV.

De la terrible manera con que doña Mencía de Padilla servia los amores de la infanta doña Isabel y los proyectos del rey de Navarra.

El círculo morado que rodeaba los ojos de doña Mencía, su palidez, su cansancio, demostraban que habia pasado toda la noche en vela: sin embargo, brillaba en sus labios lívidos una alegria siniestras habia dado un golpe terrible á la reina, á su mortal enemiga, á la muger que la habia robado su amor; es cierto que no habia recobrado el amor de Beltran de la Cueva, pero al fin, saboreaba el amargo placer de la venganza.

No la bastaba esto: era necesario que la hija de aquellos perdiese enteramente la posibilidad de llegar al trono de Castilla: no la bastaba tampoco la esclusion firmada y reconocida por el rey, ni el reconocimiento del príncipe don Alonso como heredero, porque en aquellos tiempos se deshacia al dia siguiente lo que se habia hecho el anterior. Era preciso, pues, robustecer el partido enemigo de la Beltraneja, y nada podia robustecerlo mejor que el casamiento de la infanta doña Isabel de Castilla con el rey de Sicilia, príncipe de Aragon, don Fernando.

Para que este casamiento tuviese una influencia directa con los negocios públicos, era necesario contar con la muerte del infante don Alonso, á quien por esclusion de la Beltraneja correspondia la corona. Doña Mencía no pensaba tomar parte ni directa ni indirectamente en aquella muerte, pero preveia que la reina de Navarra, la terrible doña Juana Enriquez, se encargaria de ella, para que la corona de Castilla viniese á recaer en la cabeza de la esposa de su hijo don Fernando, cómo, para que este heredase la corona de Aragon y de Navarra, se habia encargado de la muerte de don Cárlos de Viana y de doña Blanca de Navarra.

Doña Mencía no podia impedir los amaños de doña Juana Enriquez, pero previéndolos, procuraba hacer, como hemos dicho, que la Beltraneja tuviese en aquella reina un enemigo formidable.

Y nombramos bajo tal aspecto á la reina doña Juana Enriquez, porque su esposo el rey de Navarra y de Aragon, don Juan, viejo ya, ciego y enfermo, era en sus manos un dócil instrúmento.

Doña Juana, pues, conocedora del talento de doña Mencía y de sus enemistades con la reina, la escribia llamándola su querida amiga, y sostenia continuamente á su lado dos poderosos agentes: era el

uno su hermano el almirante: el otro el condestable Mosen Pierres de Peralta.

El almirante tenia á su cargo la cuestion política; el condestable de Navarra la mision de amores; en una palabra: era el tercero entre los infantes doña Isabel y don Fernando, y estaba continuamente á caballo trayendo y llevando cartas, ya de doña Isabel á su madre la reina viuda, ya de esta á doña Juana Enriquez, ya del rey don Fernando á la infanta.

Aquellos amores estaban, pues, muy adelantados: se habian cambiado retratos y prendas, y aun se habian hecho entre la reina viuda doña Isabel de Portugal y Mosen Pierres de Peralta como plenipotenciario del rey de Sicilia, las capitulaciones matrimoniales.

Estas capitulaciones eran honrosísimas y ventajosas para doña Isabel, y como tenemos espacio para ello, vamos á estractarlas á nuestros lectores:

«Obligábase don Fernando á servir y obedecer á Enrique IV, y á tenerle, hasta su muerte, por rey y señor de Castilla.

A tener por madre á la reina viuda doña Isabel de Portugal.

A ayudar al rey de Castilla á hacerse obedecer de sus reinos, con todo su poder.

A guardar concordia con don Enrique, siempre que este la guardara con la infanta su hermana.

A permanecer en los reinos de Castilla despues de consumado el matrimonio con la infanta.

A no separar de ella los hijos que tuvieran.

A que, si el reino de Castilla venia á la infanta, las cartas y escrituras reales y cualesquier otro documento, se firmasen y encabezasen por entrambos, como reyes propietarios, guardándose la misma forma y derecho en los reinos que tuviera don Fernando.

Que no emplearia, en tal caso de ser reina doña Isabel en sus reinos, otros que no fueren naturales de ella.

Que doña Isabel recibiria los pleitos homenages de cualquiera ciudad, villa ó fortaleza de sus reinos y señoríos, como señora propietaria.

Que guardaria las mercedes hechas por doña Isabel á cualquiera de sus reinos.»

Estos eran los principales artículos de las capitulaciones, por los que se ve que se miraba en doña Isabel mas á una reina que á una infanta.

Verdad es que por muerte ó esclusion de la Beltraneja y del infante don Alonso, doña Isabel era la heredera natural de Enrique IV;

pero esto se habia declarado harto minuciosamente en las capitulaciones para que indicasen por sí mismas que se procuraria, por cuantos medios fuesen posibles, que doña Isabel heredase á Enrique IV.

Doña Isabel no era ambiciosa, y no pensaba en ser reina: pero era muger, tenia una alma entusiasta y grande, habia encontrado en el retrato de don Fernando de Aragon un ser que le era estremadamente simpático, y se habia enamorado de él con toda su alma.

Contribuian á este enamoramiento, las continuas alabanzas que oia del príncipe, á quien presentaban como un modelo de caballeros: la imaginacion romancesca de doña Isabel se enalteció con la relacion de las hazañas que ya honraban la juventud de don Fernando, y hubiera sido mas fácil arrancarla la vida que su amor.

Pero de repente habia surgido un obstáculo imprevisto, en el empeño de Enrique IV por casar á su hermana con don Pedro Giron.

Fácil era de conocer que este proyecto, por mas degradado que estuviese el rey heria su orgullo, y que solo su miedo á los confederados podia hacerle consentir en él: pero este miedo era tal, que todo se temia del rey.

Añándase á esto las tentativas del rapto de la infanta, varias veces repetidas, y se concebirá el que, creciendo el recelo, se pensara en defenderse de una manera estrema.

Si por desdicha la infanta era arrebatada y entregada á don Juan Pacheco, fácil era de concebir, que se la obligaria por medio de un escándalo, y por cubrir su honor, á casarse con el maestre: esto era preciso impedirlo, y el mejor medio de impedirlo era cometer un crímen mas, sobre los que ya en aquella época funesta se habian cometido.

Mosen Pierres de Peralta fué el primero que pensó en ello: comunicó su pensamiento al almirante y el almirante á doña Mencía.

Esta se estremeció: pero era un espíritu fuerte, y meditó que la muerte de don Pedro Giron era un acto de justicia.

Doña Mencía opinó, pues, que el maestre debia morir.

Pero el medio.... la fecunda imaginacion de doña Mencía le encontró. Ningun hombre mas apropósito que Diego el Desollador.

Pero era menester atraerle, seducirle, empeñarle: doña Mencía supo que Diego amaba exajeradamente á la Tomasa, y se propuso abordarle por medio de ella.

La Tomasa fué llamada por doña Mencía y esta era la razon por qué se encontraba en el alcázar.

Apenas, como sabemos, lo supo Diego, cuando se encaminó á la torre de don Juan, donde vivia, como camarera de la infanta doña Isabel, doña Mencía.

En otra ocasion hubiera sido muy difícil á Diego hacerse recibir de la altiva dama, que se hacia tratar casi como una reina; pero entonces apenas se hizo anunciar respetuosamente Diego, cuando fué introducido.

Encontró sola á doña Mencía, pálida y ojerosa, como hemos dicho, pero alegre: al verle, el semblante de la dama se animó con una espresion sombria, que causó miedo al mismo Diego.

—Os esperaba, dijo doña Mencia.

—¿Que me esperábais, señora? contestó el bandido.

—Sí por cierto, puesto que amais á vuestra esposa.

—Mi esposa ha pasado la noche en vuestras habitaciones, señora: dijo Diego con un acento ambiguo.

—Sí por cierto: vuestra esposa recibió un cariñoso mensaje mio, en que la suplicaba que viniese á verme: vos estábais fuera de vuestra casa, y no pudo pediros permiso; suponiendo que vos no se lo negaríais, vino á verme sin él: las cosas que han pasado esta noche, me han impedido avisaros; iba á hacerlo, cuando vos os habeis anticipado; esperaba, pues, vuestra venida, porque amando, como amais, á la hermosísima doña Tomasa, no habiendo estado esta noche en vuestra casa, era natural que la buscárais; y como su venida al alcázar no ha sido un misterio...

—En efecto, señora, ha sido tan pública, que me ha contrariado en estremo: muchas personas han visto que quien salió á recibir á mi muger fue el mayordomo del rey, Cáceres.

—En efecto: Cáceres me hizo el favor de procurar la entrada en el alcázar á vuestra esposa: fue necesario valerse de ese medio... ¿y ha sido Cáceres quien os ha dicho que estaba aqui doña Tomasa?

—No señora: ha sido el coronista del rey, Diego Enriquez del Castillo.

—¡Ah! ¡Diego Enriquez!

—Sí por cierto.

—Bien, nada importa: dijo doña Mencía que habia quedado un tanto pensativa: la verdad del caso es que vuestra esposa ha estado noblemente guardada: que mi servidumbre y la de la señora infanta doña Isabel la han visto á mi lado desde que vino, y que nadie podrá creer que en esto ha habido nada de que pueda resentirse vuestra honra.

—Pues os juro, señora, que me habeis dado muy mal rato llamando á mi esposa y deteniéndola á vuestro lado.

—¡Ah! ¡sois celoso! dijo con una intencion particular doña Mencía.

—Todo el que quiere bien tiene celos.

—Pero vuestra esposa es muger de mucho injenio y de mucha honra. ¿Sabeis don Diego que si os dejais guiar por ella podeis ser mucho hombre?

—Sí, si es verdad: mi muger es oro puro: ¿pero dónde está?

En aquel momento una de las damas de doña Mencía llamó á esta de parte de la infanta.

—No puedo estar mas tiempo con vos, don Diego, dijo doña Mencía: las atenciones de mi oficio me llaman: la señora infanta va á la capilla á oir su misa de costumbre: adios, pues, esperad aqui á vuestra esposa: para que salga como debe salir y vos con ella, mis escuderos os presentarán una litera, que os ruego conserveis: es muy cómoda, muy fuerte, y muy á propósito para un viaje. Adios don Diego: oid lo que tiene que deciros vuestra esposa, y hasta la vista, que creo que tardará algun tiempo.

Doña Mencía salió de la cámara dejando asombrado á Diego: ¿qué tendria que decirle Tomasa de parte de aquella muger?

Antes de que volviese Diego de su asombro, se levantó un tapiz y apareció Tomasa deslumbrante de hermosura y magnificamente engalanada. Su semblante estaba un tanto ceñudo, aunque se notaba en él un afecto profundo y especial por Diego.

—¿Querrás decirme lo que has venido á hacer al alcázar, Tomasa? la dijo el bandido.

—Tenemos mucho que hablar, marido mio, contestó con desenfado la toledana: y como en estos alcáceres todo son tapicerías y escondites, no diré una palabra hasta que estemos muy seguros en nuestra casa.

—Pues si asi ha de ser, sea cuanto antes: ¿quién nos ha de sacar fuera?

Volvióse la Tomasa á la misma puerta por donde habia entrado, y dijo en alta voz con cierto impertinente acento de mando:

—¡Doña Juana!

—Señora: dijo apareciendo una jóven.

—Decidnos por donde hemos de salir: contestó con el mismo acento imperativo la Tomasa.

—¡Garcés! dijo la doncella de doña Mencía yendo á otra puerta, en la cual apareció instantáneamente un escudero: guiad á estos se-

ñores: ya sabeis que la litera de camino que está abajo....

—Lo sé.

—Este escudero os guiará: dijo la doncella y desapareció.

—Cuando gusteis, señores: dijo Garcés levantando el tapiz de la puerta para que pasaran.

Diego y Tomasa pasaron: el escudero les guió por una galeria, bajaron unas escaleras, y llegaron á un patinillo, donde habia una hermosa litera sostenida por dos mulas: en las portezuelas se veian pintadas las armas de los Padillas, y dos palafreneros fueron á tener las mulas, mientras el escudero abria la portezuela.

—Entrad, señores, si gustais: dijo á Diego y á Tomasa.

Cuando hubieron entrado, Garcés dijo al palafrenero de la mula delantera:

—A la calle de san Juan, casa del noble señor don Diego Perez.

Y tras estas palabras, precediendo á la litera, abrió un portalon que comunicaba con la plaza de armas, la atravesó, habló al llegar á la poterna con el alferez de la guarda, y la litera salió.

Poco despues entraba en el zaguan de la casa de Diego; apenas habian salido de la litera él y la Tomasa, uno de los palafreneros dijo á Diego, gorra en mano:

—La señora nos ha mandado que permanezcamos á vuestro servicio con esta litera y estas mulas.

—Bien, dijo Diego: llevad las mulas á las caballerizas, subid despues á la cocina y que os den de almorzar.

Despues subió velozmente las escaleras por las que le siguió gentilmente con una rapidez casi hombruna la Tomasa.

Cuando estuvieron solos y encerrados de modo que nadie podia oirlos, Diego se volvió con acento amenazador á su muger.

—Y bien, dime, esclamó: ¿qué quiere decir todo esto?

—Esto quiere decir Diego, que yo he estado en el alcázar porque he querido, como tu has estado donde mejor te ha venido á cuento.

—Yo me he ocupado en el servicio de don Beltran.

—Tu eres un bribon, Diego.

—¡Tomasa!

—No, no me asusto: ya sabes que á pesar de estos brocados y de que me llaman la noble señora doña Tomasa de Luque, soy siempre la misma, la mismísima Tomasa la toledana, y vive Dios que no he de sufrir yo lo que piensas que no veo: no, no señor, y que si tu te andas con tapadas, yo me andaré á la descubierta con personas que

te peguen la lengua al cielo de la boca si te se ocurre decir esta boca es mia.

—¿De qué tapadas hablas?

—Ayer tarde despues de que doña Catalina de Sandoval estuvo en mi cámara, se entró rebozada y como quien no hace la cosa en la tuya.

—Dejémonos de celos necios, Tomasa: si yo recibí á doña Catalina, era porque me importaba para mis negocios.

—Pues bien: si yo he ido al alcázar, era porque me importaba para los mios.

—¿Para los tuyos?

—Sí por cierto: ¿crees tu que yo no sirvo tanto como tú para cualquier cosa?

—Ya lo creo: y lo que temo es que sirvas demasiado.

—¿Desde cuándo acá te has hecho celoso, palomo mio?

—Desde que tengo dinero bastante para querer ser marido de mi muger y que nadie tenga que decir....

—¿Y quién tapará la boca de la gente que nos conoce?

—De modo que lo pasado...

—Hablo por lo que ha de suceder: ¿qué te parece que dicen los señores de la córte que me conocen, cuando me ven asi tan hueca, con estos blasones bordados y estos arrumacos? pues mira: muchos me han dicho al oido: Tomasa: estabas mucho mas hermosa con tus toquilla, y tus arracadas de perlas, y tu gargantilla, y tu jubon, y tu manteo: veíantese los hombros y los brazos y los pies: con esas gruesas túnicas pareces una paloma embuchada: y en vano es que yo me ponga séria y grave porque me conocen muchos, y por ellos los que no me conocian, y todos me señalan con los ojos, y me requiebran y dicen: mirad á la muger de don Diego Perez: ¿no es verdad que estaba mas hermosa cuando?..

—¡Calla, Tomasa, calla! esclamó colérico Diego.

—¿Y por qué he de callar, si es la verdad? ¿crees tú que á mí se me da ningun cuidado de eso? ¿por mas que me doren y me llamen doña, dejaré de ser la hija de mi padre el zapatero Marquillos-el-Malo y de mi madre la tia Mari-Paez la Bruja? ¿crees que tampoco te conoce nadie? pues mira como te dan de lado todos los nobles: ¿quién viene á tu casa? esa doña Catalina: solo doña Catalina que á pretesto de los bandos se encierra contigo y quiere engañarme hablándome del marqués de Villena.

—¿Que te habla del marqués de Villena?

—Y no es ella sola: doña Mencia me ha hablado tambien del marqués de Villena.

—¿Y qué tienes tú que ver con el marqués?

—Toma: bien saben esas dos señoronas que yo he sido su querida.

—Me harás perder la paciencia, Tomasa.

—Pues ármate de paciencia, queridito mio, porque todavia queda mas.

—¡Qué! ¿queda mas?

—Sí por cierto: ¿qué creerás que hame dicho que te diga doña Mencia?

—No lo sé.

—Pues bien: me ha dicho: es necesario que vuestro noble esposo se pase al bando de los confederados: y al decirme vuestro noble esposo, lo decia con un retintin que me abrasaba la sangre.

—¡Que me pase al bando de los confederados!... es decir.... que haga traicion al duque de Alburquerque.

—Pues mira, es preciso.

—¿Que es preciso?

—Sí, preciso. Y sino, dime: ¿no estás muy contento con tus rentas, con tu nobleza, con tu oficio de montero mayor, oyéndote nombrar don Diego aqui, don Diego allá, teniendo soldados, pages, escuderos, y, sobre todo viendo á tu Tomasa, haciendo morir de envidia á las damas de la corte?

—Sí, sí, es verdad.

—Pues bien: todo esto lo tenemos por el rey: pues bien el dia que el rey no sea rey....

—¡Ah! esclamó Diego: bien puede ser que llegue ese caso.

—Yo no sé si puede llegar ó no: lo que sé es que doña Mencía, que, como tu sabes, es una muger que puede mucho, me ha dicho redondamente, sin andarse en rodeos, y apeándome el tratamiento: tu eras una muger perdida, y tu marido un bandido: por ciertos servicios hechos á don Beltran de la Cueva habeis llegado á ser lo que sois: pero si no me servís yo puedo hacer que lo perdais todo.

—Y doña Mencía es muy capaz de ello.

—Y tanto como es capaz, dijo la Tomasa: por lo mismo yo la oia, como si sus palabras hubieran salido de la boca de un santo: tu marido, está loco por tí, me decia, y es necesario que le seduzcas, para que en el momento parta contigo á Cardeñosa, donde están los confederados.

—¡Contigo! ¿y para qué?

—Ya sabes que el marqués de Villena está loco por mí.

—Pero yo no puedo permitir, Tomasa....

—¿Y quién te ha dicho que permitas? A mas de eso yo soy ahora una dama noblemente casada.... entretendré al marqués, tu aparentarás servirle y tendrás ocasion de hacer lo que quiera que hagas doña Mencía.

—¿Y qué quiere doña Mencía que yo haga?

—No lo sé porque me ha dado un pliego cerrado para que te le entregue, y en el tal pliego, segun me ha dicho, están las órdenes de doña Mencía.

—¡Las órdenes! ¡las órdenes! dame ese pliego, Tomasa.

—Doña Mencía es casi una reina, dijo la ramera sacando un pliego de la escarcela y entregándole á Diego.

Diego le abrió y le leyó: era una larga carta en que le ponia de manifiesto los peligros á que se esponia no ayudando con todas sus fuerzas á la infanta. «Quieren casarla, decia un periodo de aquella carta, con »el maestre de Calatrava don Pedro Giron, y tales están las cosas que »si Dios no lo remedia ese casamiento se hará: entonces, obrarán de »modo los confederados que la infanta doña Isabel será reina de Casti»lla: claro, es pues, que no habiéndolos vos servido, os quitarán cuan»to el rey os ha dado, y aun pasarán mas adelante: esto lo sabeis dema»siado: no podeis salvaros sirviéndoles, porque no necesitan vuestros »servicios, por lo tanto debeis impedir que ese casamiento se haga: »vos sois de buen ingenio y comprendereis que esto os conviene. Evi»tad, pues, ese matrimonio de la única manera que os es posible. Los »muertos no pueden casarse. Es necesario pues que muera don Pedro Giron.»

Quedóse pensativo Diego, y leyó y releyó esta carta.

—Pues es que doña Mencía tiene razon, y ha tenido un tino infernal para servirse de mí; me pone entre la espada y la pared.... pues bien, me decido.... asi como asi la vida de aventuras me gusta, y luego, esto tendrán que agradecérmelo Beltran de la Cueva y el rey: doña Mencía tiene razon: don Juan Pacheco es hombre de poca fé ó ninguna: si ese casamiento se hace... y cuando doña Mencía echa mano de estos tan estremos recursos es porque hay gran peligro de que se haga; si ese casamiento se hace es muy posible que toda mi fortuna se vuelva humo: el marqués de Villena no ha podido olvidarse todavia de que yo le he quitado la querida... pues bien: me decido; vamos allá... ¿quiere que sea hoy mismo?.. bien, saldré de Segovia ahora mismo, no sin llevarme mi dinero y mis alhajas: nadie me impide

detenerme en cualquier pueblo de los alrededores, para cumplir mi encargo de buscar á la reina, y sobre todo al señor Blasco do Campo Riveyra, que me ha hecho traicion quitándome mis ginetes. Pues bien; adelante Tomasa, hoy mismo marchamos; arregla tus cofres y los mios: dentro de dos horas hemos de estar fuera de Segovia.

XLV.

En que se ve lo buen montero que era Diego el Desollador.

Aun no era el medio dia cuando Diego, acompañado de cuatro criados á caballo y de otros seis montados en acémilas cargadas con grandes cofres, entraba conducido en la misma litera que Tomasa en uno de los pueblecillos cercanos á Segovia.

Poco antes habia dicho Diego á Tomasa.

—Doña Mencía nos ha hecho acompañar por dos de sus criados, y esto me indica que estos dos hombres están destinados para observar lo que hacemos: si nos detenemos sin motivo, nos esponemos á que doña Mencía lo sepa, y sospeche y desconfie, y no sabemos hasta qué punto podria sernos dañosa su desconfianza. Es necesario que te pongas mala, Tomasa.

Tan bien supo fingirse enferma, que el rapista de la villa, único representante en ella del arte de curar, dijo y afirmó y juró que aquella noble señora no podia moverse, ni caminar sin grave peligro de la vida. Una de dos: ó los palafreneros no eran otra cosa que lo que sus libreas marcaban, ó eran testigos puestos por doña Mencía para observar todas las acciones de las gentes á cuyo servicio se habian puesto y supieron obrar de tal modo, que Diego, á pesar de su cuidado, no pudo apercibirse de nada.

Dejó pasar el dia sin abandonar el lado del lecho donde Tomasa se fingia enferma, y cuando llegó la noche y todo parecia tranquilo en el meson donde se encontraban, se descolgó por una ventana del aposento á un corral, y saltó las bardas que, por su poca altura, no le ofrecieron dificultad.

Diego antes de salir de Segovia se habia procurado un vestido completo de montero de oficio: asi es que, con su aspecto semisalvaje, sus ropas, su ballesta y su venablera, nadie le hubiera tenido por otro que por un cazador de monte.

Diego conocia perfectamente el terreno y tomó sin equivocarse el camino de Guadarrama; la noche era apacible, y aunque no hacia luna, la oscuridad no era densa.

El bandido adelantó á buen paso hasta llegar á las primeras vertientes de la sierra.

—Hace seis meses, dijo, que tenia por estos andurriales mas de una docena de buenos camaradas: ¿estarán ó no por este sitio? veámoslo.

Diego hizo sonar un toque de monteria con su bocina.

Nada, sin embargo, contestó.

—Pues no están por aqui, dijo: subamos á otra cumbre mas alta.

Y siguió ascendiendo.

Cuando hubo llegado á la cumbre á donde se dirigia, tañó de nuevo la corneta.

Poco despues en las profundidades de un valle, de entre la espesura de un encinar, contestó á lo lejos otra corneta.

—¿No lo decia yo? esclamó el bandido: conozco el que me ha contestado, en la manera de tocar: es Melendo.

Y descendió rápidamente en la direccion en que habia sonado la corneta.

Cuando hubo llegado á la mitad del descenso, tocó de nuevo.

Contestó la otra corneta, pero mucho mas cerca: era indudable que se acercaban á él.

Diego siguió bajando con rapidez: cuando llegó al pie del monte tocó otra vez.

La corneta contraria contestó ya muy cerca.

—¿Eres tu, Melendo? gritó Diego.

—Sí, yo soy: ¿Y tu eres don Diego?

—¡Calle! murmuró el bandido: ¡por aqui ha llegado tambien la fama de mi engrandecimiento! sí, yo soy, añadió gritando.

—Pues toma por el sendero de los Ciervos si hemos de encontrarnos, contestó Melendo: de otra manera nos separa el barranco.

Diego, desandando un trecho, bajó al alveolo de una rambla, y poco despues se aventuró por un sendero, en el que á los pocos pasos se encontró con Melendo.

—¡Vive Dios! dijo el bandido de la montaña al bandido de la córte, como si dijéramos el raton campesino al raton de despensa: ¿te ha sucedido algun percance y vuelves al oficio?

—No, no, Melendo: es verdad que mis asuntos están un poco embrollados y necesito de no aturdirme para salir bien de ellos. Me veo obligado á servir contra mi voluntad á muchos señores á un tiempo; pero, en fin, con ingenio y prudencia....

—Oyes, dijo Melendo: ¿es verdad que eres rico-hombre de Cas-

tilla y señor de vasallos, villas y castillos, y que eres montero mayor del señor rey?

—Todo eso es cierto.

—¿Pero el rey no sabrá quién eres?

—Tanto lo sabe, como que me ha indultado: pero vamos andando que el tiempo urge.

—¿Y hácia dónde vamos?

—Tú me dirás á donde debemos ir.

—¡Yo! ¿que yo te diré á dónde has de ir? ¿pues qué, tu no lo sabes?

—Como que vengo en busca de cierta cosa que se ha perdido esta mañana por estas montañas.

—Pues ya sé lo que buscas.

—¿Que lo sabes?

—Si: una dama.

—Tienes razon: ¿has visto tu esa dama?

—La he visto y no la he visto: es decir: bajaba yo esta mañana por la ladera para ir á buscar el abrevadero de los ciervos, (porque has de saber que ha dado en resguardarse tanto la gente que camina, que para vivir es necesario andar por estos andurriales con la ballesta al hombro en busca de una pieza); iba como decia, cuando hé aqui que al bajar una ladera oigo pisadas de caballos sobre las peñas: retírome, ocúltome detras de una carrasca, y veo.... un ginete muy gallardo y al parecer buen hombre de armas; llevaba entre sus brazos delante de su arzon una muger enteramente cubierta con un manto, de modo que ví á la dama y no la ví, puesto que no se puede decir que se ha visto á una muger, cuando no se la ha visto el rostro: pero debia ser muy dama y muy principal porque debajo del manto se veia una falda de seda bordada de oro, y debajo de la falda unos pies tamañitos, calzados con chapines moriscos.

—¿Cómo era el caballo en que montaba el ginete?

—Alazan rodado.

—¿Y el paramento?

—Leonado con chapertas doradas.

—¿Y la armadura del ginete?

—Arnés tranzado de Milan; yelmo de encaje, con visera de regilla; penacho leonado y adarga de cuero lisa, sin mote ni blason.

—Pues él es á quien busco.

—¿Que buscas á ese hombre? ¿y vienes solo á buscarle?

—No importa: aunque sé que le acompaña gente brava.

—Cien lanzas de las buenas y á mas un ballestero del rey.

—¿Y dónde ha ido á parar ese hombre?

—A la quebrada honda, á la casa de las *Voces*, donde alguna vez solíamos ocultarnos.

—¿Vive ahora alguien en la casa de las Voces?

—Sí, un santo religioso que no teme á las voces temerosas, y que Dios me condene si no es un demonio que goza á su placer, aunque escondido en estos breñales, del mundo y de la carne.

—¿Y con ese hombre se ha entendido el que llevaba á la dama?

—Asi debe de haber sido, puesto que allí han parado.

—¿Y continúan?

—Como no me importaba, aunque por curiosidad y por lo que pudiera dar de sí la aventura, les seguí á la larga, los dejé al fin.

—Pues es necesario ver si permanecen alli.

—Pronto, pues, lo sabremos: pero mientras llegamos, satisface mi curiosidad, Diego. ¿Cómo diablos has hecho para que el rey te indulte?

—Anduvo en ello una dama.

—¡Ah! pues si la dama era hermosa.... siempre has tenido suerte, Diego. ¿Y ha sido la misma dama la que te ha procurado esos honores y haciendas?

—Sí tal.

—Ya se vé: los que andan en la córte... dijo con envidia Melendo

—¿Y quién quita que tu no andes tambien?

—¿Yo?

—Sí, tú: lo mismo que á mí me ha indultando te indultarán á tí.

—Si lograras eso Diego, y consiguiera un oficio que me diera buenamente para vivir, te juro que habia de ser el hombre mas de bien del mundo.

—¿Quieres ser mi alferez, Melendo?

—¿Que si quiero ser tu alferez?... sí, por cierto.... ya sabes que soy buen hombre de armas.

—Sí, que lo sé.

—Pero ¿no tienes alferez?

—Le tenia, y cien buenos hombres de armas: pero me los han robado.

—¿Que te los han robado?

—Sí, por cierto.

—Pues no te entiendo.

—Pues me entenderás cuando sepas que mi alferez era Nuño de

Arévalo, el Zurdo; que todos mis hombres de armas son conocidos nuestros, y que el hombre que me los ha robado es nuestro antiguo capitan de los montes de Toledo.

—¿El portugués?

—Sí, Blasco do Campo Riveyra.

—¡Dios de Dios! esclamó Melendo; me pareció reconocerle aunque llevaba la visera calada, porque el corazon me decia que allí iba un enemigo mio; por eso le seguí: despues me dije: es verdad que encuentro algo de estraño que me hiere en ese caballero... ¡pero bah! ¿quién sabe quién es? dejémosle con sus asuntos, y vamos á los nuestros.

—¿Conque Blasco do Campo Riveyra es tu enemigo?

—¡A muerte!

—¿Y por qué?

—Yo tenia una rapaza en la Puente del Arzobispo: tu la conociste.

—Inés: es verdad; y por cierto que era una buena moza.

—Y honrada y rica; una prenda de deseo: pues bien: la Inés me queria á mí y yo la queria á ella....

—¿Y el señor Blasco?...

—La encontró un dia, apacentando su ganado en la ribera, en el mismo lugar donde yo la habia conocido, y....

La voz del bandido temblaba.

—Te la quitó....

—Me la quitó matándola....

—¡Ah!

—Sí, la muchacha resistió á sus palabras, á sus ofertas y á sus amenazas.

—¿Pero cómo supiste tu?...

—Iba á verla y llegué poco despues; yo me habia encontrado al capitan en el camino y recuerdo que se me sonrió de una manera cruel: yo no lo estrañé, porque ya sabes que Blasco sabe mandar á la gente brava, y jamás se le veia la risa en los labios: pero nada sospeché: poco despues encontré á Inés revolcándose en su sangre, herida con tres puñaladas en el pecho y espirando: apenas tuvo tiempo para decirme que un hombre la habia asesinado, y para darme algunas señas de aquel hombre; ademas, la escarcela de Blasco habia quedado allí, arrancada casualmente por Inés en la lucha con el infame, y le reconocí por ella.—Cuando ví muerta á Inés, no sé lo que pasó por mí: solo recuerdo que me separé á duras penas de aquel sitio para evitar que me creyesen el asesino, y que estuve muchos

dias enfermo entre la vida y la muerte en la choza de unos pastores. Cuando volví al sitio donde soliamos reunirnos, nadie acudió: yo estaba solo: busqué en vano al capitan y á la compañía: no pude dar con ellos.

—Sin duda mientras tu estuviste enfermo, fué cuando nos retiramos de los montes de Toledo, y te se tuvo por perdido ó preso. Pero despues yo te he encontrado en Guadarrama y nada me has dicho.

—Procuro hablar lo menos posible de este lance, pero conservo la escarcela de Blasco con la esperanza de podérsela presentar un dia, y coserle despues á puñaladas.

—Este hombre me servirá fielmente: dijo para sí Diego, porque siente contra Blasco dos pasiones que ni se venden ni perdonan: el odio y la venganza. No miente, no: este hombre me servirá.

—¿Oyes, Diego, el zumbido del torrente? dijo Melendo con la voz conmovida aun.

—Sí.

—Pues eso quiere decir que estamos cerca de la casa de las Voces.

—Blasco, como de costumbre, dijo Diego, tendrá puestas escuchas.

—No importa, contestó Melendo: llegaremos hasta la casa si es preciso sin que nos sientan.

—Oye Melendo: ¿cuántos camaradas tienes contigo?

—Yo no tengo camaradas.

—¡Cómo! dijo con desaliento Diego.

—Digo que no tengo camaradas: soy capitan de mi gente, y ya sabes que el que manda no es camarada del que obedece.

—¡Ah! ¿y tu gente es buena?

—Dura, sufrida y práctica.

—¿Y son muchos?

—Ciento.

—¿Querrán servirme?

—¿Y por qué no?

—¿Los conoce la justicia?

—Son monteros libres.

—Pues bien: necesito conocer á tu gente.

—La conocerás.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche si quieres.

—Sí que quiero: ¿y dónde?

—Vamos á saberlo.

Melendo tocó levemente su corneta: poco despues se acercó un bandido.

—¿Qué quiere vuesamerced, señor capitan? dijo.

—¿Cuál es el lugar donde se encuentra mas cerca la gente?

—La rambla alta.

—Pues bien: á la media noche todos en la Rambla alta. Vete.

El bandido desapareció.

—¿Tienes gente apostada detrás de cada peña Melendo? dijo Diego: apenas has hecho la señal cuando han acudido.

—Yo nunca voy solo, contestó Melendo: pero hé aqui que desde esta cortadura vemos la casa de las Voces de la parte de acá del torrente: mira, se ve luz tras aquellas vidrieras de colores y de cuando en cuando pasa la sombra de un hombre por detrás de ella: ademas hay luces en el piso bajo y sale humo por la chimenea: nuestras gentes no se han movido, y no podrán moverse ya sin que sepamos á donde van.

Melendo tañó de nuevo su corneta.

—¡Oh! ¡eso es una imprudencia! ¡si nos han oido!

—En la casa de las Voces no se oye mas que el torrente. ¡Ola Fortun! dijo Melendo á un bandido que habia aparecido de repente: quédate aqui; y mira si se mueve la gente que está en aquella casa: si ocurre en ella alguna novedad avísame. Estoy en la Rambla alta. Vamos Diego, vamos: si quieres conocer á mi gente.

Y los dos bandidos, el de campo y el de corte, se perdieron entre las quebraduras.

XLVI.

En que se esplica por qué llamaban á aquella casa la de las Voces, y suceden otras muchas cosas importantes.

La casa de que nos ocupamos era un macizo edificio cuadrado de piedra de enorme estension, cubierto por una bóveda chata y tan atrevida por lo inmensa, que solo podia ser obra de los romanos, los mejores cortadores de piedra habidos y por haber.

Pero si la habian construido los romanos, se habian apartado en ella de su arquitectura usual; aquel edificio no pertenecia á ningun género; sus muros estaban cubiertos de esculturas grotescas en que no se encontraba ni dibujo ni forma adaptable á ningun ser viviente, ni pensamiento, ni objeto: eran estas esculturas semejantes á los caprichosos cortes que la naturaleza hace en las rocas: sus ventanas al-

tas, estrechas y rasgadas, estaban guarnecidas con vidrieras góticas de colores, y su puerta forrada de hierro, estaba siempre cerrada.

Aquella casa estaba situada en el fondo de un valle pedregoso sobre una roca que lamia un torrente, despeñándose con violencia sobre su pendiente y escabroso lecho; por accidente del terreno ó de la construccion del edificio, el continuo bramido del torrente repetido por un eco incansable, remedaba voces humanas, aunque inarticuladas, unas veces; otras rugidos de fieras, truenos lejanos, zumbidos del viento; ora parecia oirse estruendo de batalla, son de clarines, relinchos de caballos, rodar de carros; ora gemidos profundos de agonía, gritos de dolor, alaridos de rabia; el eco tomaba las entonaciones mas caprichosas, se reproducia, se multiplicaba, y la gente ignorante de la montaña no pudiendo esplicarse este fenómeno tan natural, creyó que la casa estaba encantada y la llamó, por lo que mas afectaba su imaginacion, la casa de las Voces.

Creyósela maldita y habitada por fantasmas y espíritus maléficos, y todos huyeron de ella: jamás los pastores llevaban sus rebaños por el valle donde estaba situada: los transeuntes se apartaban de su camino, aunque tuviesen que rodear por otros desfiladeros para no encontrarla á su paso, y se hacia callar á los chiquillos llorones del contorno amenazándolos con llevarlos á ella.

Pero Melendo y sus bandidos, como hemos visto, no la tenian tanto respeto, acaso porque creian que no debian asustarse del diablo, puesto que siempre estaban en pecado mortal, y sabemos ademas que habia seres vivientes que moraban en ella sin temor alguno.

Acerquémonos á aquella casa si queremos seguir el hilo de nuestra historia y conocer algunas singularidades: para ello será necesario que bajemos por el estrecho sendero de una escarpadura, que atravesemos el estéril valle, y que subamos despues otro estrecho sendero, abierto en la roca y que termina en una pequeña plataforma delante de la puerta de la casa.

Su puerta es rebajada, profunda, maciza, semicircular, orlada de cabezas de mónstruos estraños, de animales no descritos por Buffon; defiéndela una fuerte puerta de hierro, y en ella no hay cerradura ni llamador; os vereis precisados á llamar con una piedra, pero esto será inútil porque solo os contestará el eco con variaciones caprichosas. En vano seria que pretendiéseis forzarla, porque no encontrariais un solo punto por donde introducir una palanca: aquello es una chapa de hierro adaptada por dentro y cubierta en sus bordes por el dintel y el marco de la puerta.

—¿Quién podia vivir alli en aquel tétrico y maldito edificio? solo un santo ó un demonio. Que estaba habitada la casa, lo demostraban sus vidrieras de colores y la columna de humo que salia todos los dias á ciertas horas por un boqueron abierto en uno de sus muros y que la servia de chimenea.

Nadie sabia quién vivia alli, porque nadie, como hemos dicho, se atrevia á llegar á la vista de la casa: para evitarlo y torcer á tiempo el camino, les servia de aviso el ruido del torrente.

Y decimos nadie con respecto á la generalidad, porque alguien habia que conocia al morador de aquella casa, y le hablaba y casi le trataba: esta gente eran los bandidos de la montaña, monteros libres por otro nombre, lo que venia á ser lo mismo.

Estos señores sabian que el morador de la casa de las Voces era un viejo venerable, pero entero y fuerte, que vestia un hábito de san Benito, y usaba una larga y blanquísima barba que le llegaba á la cintura.

Este hombre, cuando salia de la casa misteriosa montado en una mula, en el momento en que salia de la demarcacion maldita, le conocia todo el mundo: aquel santo varon era nada menos que el receptor de los monjes benitos de la abadía de Guadalajara.

Erase un honrado personaje, muy considerado en la órden, muy respetado por sabio, pero del cual se decian ciertas cosas un tanto opuestas á su ortodoxia: hablábase, aunque recatadamente, de cábalas y de conjuros y de no sé qué de piedra filosofal, cosas que hubieran comprometido á cualquier otro monje que no hubiese tenido su fama tan bien sentada como el buen receptor don fray Anselmo de Alcolea, que este era el nombre de nuestro venerable.

Y que algo habia de verdad en lo que rugia el vulgo acerca de la nigromancia, y la quiromancia, y la cábala, y la alquimia, lo demuestra el que, el bendito padre, aprovechando la libertad que le daba su oficio de receptor, pasase de los doce meses del año ocho en aquella temerosa y maldita casa.

Hemos dicho que los bandidos le conocian, se trataban y hablaban con él, y es necesario que hagamos justicia al buen monje: siempre que su palabra se cruzaba con la de la dicha gente *non sancta* era para encaminarlos al bien por medio de edificacísimos sermones, de los cuales aprovechaban los bandidos lo que podian en la parte que no tenia relacion con sus latrocinios y su caza libre.

Ya hemos oido decir á Melendo que el monje penitente de la casa de las Voces era una de dos: ó santo ó demonio.

Si Blasco do Campo Riveyra llevó á aquella casa á la reina, no fue ciertamente sino por medio del conocimiento de un bandido; y si don fray Anselmo recibió en ella á la reina sin saber que ella era, á Blasco y á su gente, no fue sino despues que el bandido hubo hablado durante un largo espacio con él.

Cuando el venerable oyó hablar de una dama encubierta que venia resguardada de un centenar de lanzas, á quienes mandaba un caballero, y que venia ademas un ballestero del rey, recogióse un tanto en su interior, y despues de murmurar algunas palabras tales como esta:

—¡Bien puede ser!.. los negocios del rey se complican... muchas veces me han hablado de que su alteza estaba dispuesto á consultar las estrellas... acaso... acaso... bien... nada arriesgamos en franquear nuestra casa: esa gente no me conoce, y sobre todo con ponerme mi máscara... sí, sí; eso es...

Y despues de haber murmurado estas palabras, dijo al que le hablaba de parte de Blasco.

—Decid á ese caballero que puede venir cuando quiera.

Poco despues bajaban por la pendiente cuesta que conducia al fondo del valle, Blasco, la reina y los ginetes, amen del ballestero, que muy luego treparon por la escarpadura, sobre la cual estaba situada la casa.

Antes de llegar á ella se abrió como por ensalmo de par en par y apareció en el dintel el monje, con la larga capucha de su negro hábito, calado sobre la cabeza, con todo el aspecto de un mago de los antiguos tiempos.

—¡Oh! ¡qué morada tan horrorosa! dijo la reina estrechándose contra Blasco do Campo.

—Nada temais señora: el mismo horror de esta casa os defiende, puesto que se la cree maldita.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡y ese fraile que está en la puerta!..

—Es nuestro huésped: tranquilizaos, señora; y procurad que si ese hombre os ha visto alguna vez, no pueda reconoceros.

Tras estas palabras Blasco desmontó, y tomando despues á la reina en sus brazos, la puso en el suelo.

Tras la puerta habia un espacio lóbrego y negro, ornamentado con las mismas esculturas que el esterior y alumbrado por la opaca luz de una lámpara de cuatro mecheros, pendiente de una cadena de hierro de la clave de la bóveda.

Al frente se abria una ancha escalera de mármol alumbrada en el

primer tramo por otra lámpara.

No se oia en el interior otro ruido que la repercusion del eco causado por el torrente, ni se veia mas persona que el monje.

—¿Sois vos el caballero, dijo á Blasco que conservaba la visera calada, que me ha pedido hospitalidad por algun tiempo?

—Yo soy, contestó Blasco; y os agradezco el que me la hayais concedido.

—Siento en el alma, dijo don fray Anselmo, que mi hospitalidad no pueda ser completa: en cuanto á mantenimientos tendreis que procurároslos, porque yo, que vivo aqui solo, no tengo mas que algunas escasas y frugales provisiones.

—No paseis pena por eso, santo penitente, dijo Blasco: yo me procuraré viandas para esta dama y para mi gente: por lo demas decidnos donde hemos de aposentarnos.

—Haced que vuestra gente entre en la casa.

Blasco hizo que todos entrasen: entonces el monje cerró la puerta, corrió los cerrojos, dió vueltas á las llaves y las entregó á Blasco.

—¿Y para qué me dais esto?

—Sois desde ahora, dijo el monje, el alcaide de esta fortaleza, y como tal la proveereis de guardas: justo es que podais entrar y salir sin necesitar de mí.

Blasco tomó las llaves y las entregó á Nuño de Arévalo que inmediatamente estableció un guarda, despues de lo cual, el monje condujo por las anchas escaleras á la reina y á Blasco á las habitaciones superiores.

Despues de haber atravesado galerías y cámaras oscuras y alumbradas por lámparas, el monje abrió una ancha puerta y entró en otra cámara inundada por la brillante luz del sol que penetraba á través de las vidrieras de colores de tres ventanas.

Aquella cámara era magnífica: desaparecian en ella las monstruosidades de las formas esteriores de la casa y de las habitaciones anteriores para reemplazarlas por cuanto mas bello y de mejor gusto se conocia entonces: tapices, alfombras, muebles, todo era rico, maravilloso. Ademas, allí no retumbaba el eco maldito, y sin duda por combinaciones de formas opuestas á las que producian el eco, allí no se escuchaba ni aun el ruido del torrente: aquella cámara respiraba voluptuosidad y misterio, tanto que la reina no pudo menos de lanzar una esclamacion de asombro, ni Blasco dispensarse de decir al monje:

—Si de tantas comodidades se rodean los penitentes, padre. no

tengo yo reparo en ser anacoreta por toda mi vida.

—Yo no habito aqui, dijo con acento lleno de uncion don fray Anselmo: mi tumba, como yo llamo á mi celda, porque verdaderamente lo es, respira horror: si quereis verla....

—No, contestó Blasco; me basta con ver lo mejor de vuestra casa.

—Pues aun hay algo mejor mas adelante.

—Pues digoos que lo que sea mejor que esto debe ser una maravilla.... por lo mismo muy rico debeis ser cuando tales preciosidades habeis acumulado en estas habitaciones.

—¡Ay! ¡no señor! cuando hace dos años, cansado de la vida, y enseñado por la esperiencia buscando un lugar solitario para retirarme del mundo, oí hablar de esta casa y oí decir que estaba maldita, me dije: si verdaderamente está maldita ningun lugar mejor para poner á prueba la fuerza del alma poniéndola en lucha con Satanás: si no lo está, su fama, que debe hacerla solitaria, me defenderá de las tentaciones del mundo: vine.... encontré la puerta abierta, las llaves puestas en ella.

—Pues es estraño: ¿y estaba abandonada?

—Sí; pero en los subterráneos, en el lugar que he elegido para mi tumba en vida, encontré el cadáver de otro anacoreta.

—¿Y aquel anacoreta era el que habia sin duda adornado estas habitaciones?

—No lo sé: solo puedo deciros que las encontré tales como están, y que vosotros sois los primeros que han entrado en ellas desde que vivo en esta casa. Ahora bien, y puesto que ya estais aposentados, permitidme que os deje: tengo algunas obras de misericordia que hacer entre los pobres habitantes de la montaña, que me tienen por su padre, y á quienes yo amo cual si fueran mis hijos. Guárdeos, pues, Dios, y aunque no volvais á verme no paseis pena: vuestro es cuanto aqui se encierra, y podeis usar de ello á vuestro antojo.

Y despues de estas palabras el monje salió.

Quedaron solos la reina y Blasco.

—¿Qué significa esto, caballero? dijo la reina: ¿conoceis á este hombre?

—No señora, contestó Blasco: jamás le he visto: he venido aqui por consejo de uno de los hombres que nos acompañan, y todo lo que veo me maravilla.

—¿Y no desconfiais de un sacerdote que tan ricas habitaciones posee?

—Aquí hay algun misterio que no podemos comprender: pero no importa; mi gente es brava, y yo haré que no os pierdan de vista.

—¡Ah! no, no; me conocerian, y es preciso que eso no suceda: cuanto antes, esta misma noche, partiremos.

—No es prudente, señora, dijo Blasco: estais muy escitada, y vuestra salud...

—El mejor remedio para mis padecimientos corporales será saber que me acerco á Portugal.

—Ademas de eso, es de temer que el rey haya enviado corredores por todos los caminos, y si nos encontrasen...

—Yo cabalgo bien, caballero; procuradme un vestido de page y un caballo; estamos en la estacion de los calores, y nadie verá en el antifaz que me pondré otra cosa que un reparo á los rayos del sol.

—Sois demasiado hermosa, señora, para que, por mas que os disfraceis, no reconozca el mas torpe, bajo vuestro disfraz, una muger.

—¡Ah, Dios mio!

—Ademas, vuestro estado...

La reina se sonrojó.

—Lo mas prudente, señora, continuó Blasco, es permanecer aquí. Ademas, nadie sabe ni puede pensar que estais en mi poder; por lo tanto puedo ir sin peligro á Segovia. Allí me informaré, tomaré lenguas; acaso no sea tan desesperada vuestra situacion como creeis; el rey consentirá en todo con tal de evitar el escándalo de la prision de su esposa. Estad tranquila, señora; os guarda un caballero.

—¡Oh! ¡sí!

—Y á mas un caballero que os ama.

La reina calló, no sabiendo qué contestar á aquel hombre que la tenia en su poder, y á quien no se atrevia á irritar, y fijó la vista en la alfombra.

—Por el momento voy á ocuparme de lo mas urgente: segun parece esta casa no está provista mas que de tapices y muebles riquísimos: pero eso no basta: afortunadamente los valles cercanos abundan en caza; voy, pues: es necesario procurar que conozcais lo menos posible la falta de vuestra servidumbre.

—Id, id, caballero: dijo la reina que deseaba quedarse sola lo mas pronto posible.

Blasco salió: apenas habia salido, cuando se abrió una puerta al fondo y apareció el monje; pero no llevaba calada la capucha ni puesto el antifaz.

Al verle la reina lanzó un grito.

—¡Ah! ¿don fray Anselmo, sois vos?

—Sí, sí, afortunadamente soy yo, señora.

—¿Pero qué haceis aqui? ¿qué casa es esta?

—Ya sabeis que el arzobispo de Toledo no es muy amigo mio, dijo el monje sentándose con un aire harto mas desembarazado y mundano de lo que convenia á sus hábitos.

—Sí por cierto: y no sé por qué el arzobispo de Toledo os tenia ojeriza; lo que recuerdo es que hablaba de vos cosas espantosas.

—Sí, por Dios: decia que era brujo y nigromante, y no sé que mas lindezas, pero no era esta la razon del odio que me profesaba su señoría: no por cierto: yo conocia sus planes, sus ambiciones, y no me prestaba bien á servirle; yo tenia y tengo muchos amigos, entre los cuales se cuenta, y no es de los menores, don Beltran de la Cueva.

Palideció la reina.

—¡Por él, esclamó con angustia, me veo en este estado!

—Don Beltran de la Cueva no diré que os ama....

—¡Oh! sí, sí, teneis razon, esclamó la reina: don Beltran nunca me ha amado.

—Sí, es cierto, porque os ha adorado siempre: y adorar es mas que amar.

—¿Que me ha adorado y sin embargo?...

La reina contó á don fray Anselmo lo que habia pasado la noche anterior con todos sus antecedentes, que no queremos repetir á nuestros lectores.

—¿Y un hombre que tal ha hecho me ama? dijo la reina.

—Un hombre que tiene celos y que ve á otro en hora muy avanzada de la noche en la cámara de la muger que adora, ¿qué quereis que haga?... la culpa ha sido vuestra, enteramente vuestra... vuestro amor ha tenido un terrible enemigo en otra muger, que aunque sea vuestra enemiga, señora, es necesario confesarlo, no merece la suerte que sufre.

—¡Doña Mencía! esclamó con amargura, pero sin odio, la reina.

—Sí: doña Mencía que es una gran muger: doña Mencía que no merece la suerte que sufre: doña Mencía que es enérgica, terrible y se venga.

—Pero su venganza es cruel: ¿qué culpa tengo yo de haberle amado?

—Debísteis haber escuchado la voz de la razon.

—El amor es una locura.

—Sin embargo una muger casada....

—¿Y no lo era ella?...

—Pero dicen que Hernando de Carrillo no hace vida íntima con su muger.

—¡La hacia yo con el rey?

—Vos sois reina.

—Ella es dama.

—Vos habeis impuesto una heredera ilegítima á un reino.

—¡Oh! ¡sábelo Dios!

—¡Cómo, señora!... ¡el rey!...

—¿Me creereis, señor? dijo la reina.

—¡Oh! sí os creeré, porque podeis ser desgraciada, irreflexiva: pero no malvada.

—Pues bien.... no puedo deciros yo misma si doña Juana es hija del rey ó de don Beltran: añadió la reina sonrojándose.

—Pero todos sabemos que el rey.... su divorcio con doña Blanca de Navarra....

—El rey tiene muchos hijos bastardos....

—De modo que....

—Doña Juana puede ser, y acaso lo sea, la legítima heredera de la corona: ademas don Beltran de la Cueva jamás con otras mugeres ni con su esposa ha tenido hijos.

—¡Oh! pues esto es distinto: dijo don fray Anselmo: os juro, señora, que esto se arreglará: en caso de duda debemos estar por lo favorable á la infanta.... voy, voy ahora mismo á Segovia, y allí... me importa poco que el señor arzobispo de Toledo se indigne ó no contra mí cuando sepa que yo he andado en el negocio... vos entretanto no os movereis de aqui.

—Pero estoy á merced de ese hombre.

—Ese hombre que os ha traido aqui debe ser un villano, un miserable.

—¡Cómo!

—Sí por cierto: si no lo fuera no se haria acompañar por bandidos.

—¡Por bandidos!

—Todos los que le acompañan lo son.

—¿Y vos por qué conoceis á esa gente?

—La conozco por necesidad; esta casa es solitaria, y el mismo terror que inspira á las gentes sencillas de la comarca, hace que esté mas espuesta á los ataques de los bandidos que no la temen....

—¿Pero esta casa?..

Sabatevila imv.ª y lit.ª

lit. de J. Aragon, Madrid.

XI.

ENRIQUE IV.

Por aqui, Señora.

—No es otra cosa que una casa que por efecto de su construccion, ó por casualidad, responde con ecos estraños al ruido del torrente: yo tuve noticia de ella, y me dije: mi respetable abad, el señor arzobispo de Toledo y otros prelados, llevan muy á mal el que yo me dedique á la hermética, ciencia que me enseñó, cuando era su page don Enrique de Villena, infante de Aragon, á quien dieron en llamar las gentes ignorantes el hechicero, cuando solo era un sabio. Esos imbéciles no creen que un hombre puede hacer oro sino valiéndose del diablo. Yo necesito un lugar donde el humo de mis hornillos no escandalice á nadie: yo estoy seguro de llegar hasta el arcano de la piedra filosofal: alegréme, pues, de encontrar un retiro oculto y misterioso donde pasar con mis retortas y con mis crisoles una parte del año: transigí con los bandidos, y como aqui nadie puede verme, cuando estoy en estos lugares vivo á mi manera... tengo ricos muebles.... porque en mi juventud gocé del mundo.... me agrada lo hermoso, y ya que por mi edad y por mi estado no puedo amar la hermosura de la muger, amo la hermosura de la naturaleza, y despues de ella la hermosura de las obras de los hombres. Pero volviendo á lo que importa, decia á vuestra alteza que ese hombre en cuyas manos habeis tenido la desgracia de caer, es un miserable... por lo mismo es necesario libraros de ese hombre.

—¡Y cómo! yo necesito cuanto antes volverme á Portugal.

—El rey de Portugal os prenderia, os encerraria en un convento como aquí, si no se impide que se dé un escándalo.

—El escándalo ha sucedido ya.

—Pero acaso no haya trasminado.... creedme, señora: fiad en mí; aqui estais segura.

—Pero ese hombre....

—Ese hombre que os ha traido no os volverá á ver.

—¿Y cómo?

—Venid.

Don fray Anselmo se encaminó á la puerta por donde habia aparecido y la reina le siguió. Encontróse en una habitacion mas rica que aquella que acababa de dejar: en ella el monje apretó un resorte entre la tapiceria, y se abrió una puerta secreta por donde entraron la reina y el monje que cerró tras sí la puerta.

—Hé aqui que hemos llegado á un lugar prevenido por mi prudencia por temor á los bandidos, dijo el benedictino: aqui, por mas que el resto del edificio estuviese ocupado, seria imposible que encontraran

una persona que estuviese escondida: aqui tampoco faltará quien os sirva. ¡Ola, Andrea!

Presentóse una muger ya de edad madura, vestida con un hábito y una toca, que al ver á la reina con su riquísimo trage de brocado y su resplandeciente diadema retrocedió.

—¿Qué es esto? dijo.

—Esto es Andrea, que os traigo una señora.

—¡Una señora! dijo con acento un tanto irreverente la dueña; ¿y qué quieren decir esa corona y esas galas?

—Esto quiere decir, esclamó con acento que de propósito hizo un tanto dramático el monje, que esta noble dama, es vuestra reina.

—¡La reina! esclamó temblando de emocion Andrea.

—Sí; su alteza la reina doña Juana de Portugal, muger del señor rey don Enrique el IV de Castilla.

—¡Ah, señora! perdóneme vuestra grandeza: dijo la dueña cayendo de rodillas; pero yo creia....

—Ea, alzad vieja loca: dijo el monje.... vos creisteis que al cabo de mis años me habia vuelto loco... eso era bueno para mis mocedades, por los tiempos en que vos erais hermosa y no tan flaca y tan regañona.

—¡Señor!

—Ved como cuidais á su alteza.

—¡Oh! nada temais señor; haré milagros.

—Haced lo que podais y habreis hecho bastante, porque para esto de cuidar á una persona os pintais sola.

—¿Va á pasar aqui su grandeza el dia?

—Y la noche, y tal vez la semana, y puede ser que el mes.

—¡Oh! no lo quiera Dios, esclamó la reina.

—Descuidad, descuidad, señora; en este momento parto á Segovia, y en cuanto al hombre que os ha traido ya procuraremos asegurarle.

—En vos confio, señor.

—Y podeis confiar: aunque retirado algun tiempo de la corte, creo poder seros útil en ella. Adios, señora, adios.

—El os guie y os proteja, don fray Anselmo.

El monje besó la mano á la reina y salió. Cuando se encontró sola y segura la reina se arrodilló, levantó los ojos al cielo y oró.

—¿Qué sucederá á la reina? dijo Andrea, que asi reza y asi llora.

Y sin duda por no estar de pie mientras la reina estaba arrodillada se arrodilló tambien y se puso á rezar entre dientes.

XLVII.

De como Blasco do Campo Riveyra se vió obligado á ir por sus propios asuntos á la corte.

Poco despues el señor Blasco entraba en la cámara donde habia dejado á la reina, y al ver que no estaba en ella se dijo:

—Muger y siempre muger; por grave que sea la situacion en que se encuentran siempre son curiosas: habrá ido á ver si las demas habitaciones son tan bellas como esta.

Y pasó á la cámara inmediata.

Pero tampoco se encontró allí á la reina.

Siguió adelante y recorrió otras cuatro habitaciones volviéndose á encontrar en la primera, de donde habia partido para ver las demas.

—¡Oh! ¿qué es esto? esclamó: la reina no parece; ese monje...

Una súbita sospecha asaltó el pensamiento de Blasco.

—Sin duda la reina desconfia de mí... he sido demasiado imprudente para hablarla de amor antes de tiempo.... he sido un necio.... ¿para qué queria yo el amor de la reina? ¿puedo levantarme á su sombra?.. ¡imbécil! la reina no tiene poder ninguno: y sin embargo habrá seducido á ese monje... sin duda esta casa maldita tiene alguna salida oculta.... el monje tan poco parece.... ¡oh! ¡oh! pues bien... haremos todo cuanto nos sea posible hacer... acaso acaso ese monje misterioso cuente con la ayuda de los bandidos de la montaña: acaso tenga medios para envolvernos, para vencerme... pues, bien, precabámonos... ¿y cómo? ¡ah! por medio de doña Mencía de Padilla.... si ella aborrece de muerte á la reina.... pues bien... Segovia está cerca... el caballo en que he venido es fuerte: con un guia dentro de cuatro horas estoy en Segovia... si encuentro á Diego, le haré creer lo que quiera, y en todo caso una estocada á tiempo me librará de él.

Y sin pensar mas, Blasco do Campo, abandonó la cámara, bajó las escaleras y se encontró en el piso bajo entre sus bandidos.

—¡Ola! dijo dirigiéndose á él: ¿ha salido alguien de la casa?

—No señor, capitan: dijo.

—¿Has puesto atalayas fuera?

—Si señor, sobre las rocas inmediatas, á dos tiros de ballesta á la redonda.

—Ve á recorrer esas atalayas y pregúntalos si han notado alguna novedad.

El alferez-bandido salió, y volvió poco despues.

—Los atalayas, señor capitan, dijo, no han visto alma viviente.

—Escucha, mi buen Nuño, dijo Blasco: aqui se nos hace traicion.

—¡Que se nos hace tracion!

—Si; por lo tanto, es necesario vigilar mucho; la casa es nuestra desde ahora: es decir, nos hemos apoderado de ella: guarda riquezas que son nuestras, puesto que se nos desafia.

—¡Ah! esclamó con alegría el bandido; os conozco al fin capitan.

—La casa es fuerte; está en buena situacion, y puede servirnos de castillo.

—¡Ah, bien!

—Desde este castillo podemos en todo caso imponer condiciones á la comarca.

—Bien: muy bien.

—Pero para eso es necesario valor y fidelidad.

—Contad con ellas.

—Ahora bien, Nuño: si por un acaso se presenta entre vosotros el monje le prendeis.

—Le prenderemos.

—Ahora haz que me acompañe uno que pueda servirme de guia hasta Segovia.

—¡Roque! gritó el alferez.

—Acudió un bandido.

—Trae el caballo del capitan y el tuyo: vas á guiarle á Segovia.

Poco despues Blasco salia de la casa de las Voces precedido por un ginete.

Era el medio dia.

Si sus caballos hubieran podido caminar por aquellas espesuras mas de prisa que la mula en que cabalgaba el sapientísimo don fray Anselmo, de seguro le hubiera encontrado Blasco, y al encontrarle le hubiera sucedido alguna negra aventura, porque es de advertir que el bueno del monje habia sido en su juventud, cuanto podia ser en aquellos tiempos un mozo valiente y casquivano, aunque de buena sangre, tenia esperiencia de las cosas y se habia hecho acompañar por ocho bandidos hasta la salida de la vertiente del Guadarrama.

Los tales bandidos eran feroces, llevaban sendas ballestas al hombro y bien provistas venableras, y de seguro Blasco ó hubiera tenido que pasar de largo ó hubiera sido muerto ó preso, solo con querer entrometerse con el buen monje en cualquiera exigencia ó desafuero.

Afortunadamente don fray Anselmo, que habia salido por una mina oculta, llevaba mucha delantera: su mula acostumbrada á las asperezas del terreno, marchaba con rapidez, y poco despues del me—

dio dia llegó á Segovia acompañado de un lego, caballero en un asno que habia recogido de uno de los pueblecillos del camino.

Don fray Anselmo se fue en derechura al alcázar y preguntó en él por el cronista Enriquez del Castillo.

Dejóse ver nuestro hombre, aunque con un tanto de repugnancia, porque la fama de nigromante de don fray Anselmo habia cundido, y el cronista era crédulo en ciertas materias; sin embargo, recibió cortesmente al receptor de los benedictinos de Guadalajara, hízole sentar en su sillon y tomó asiento en un taburete que sacó de su dormitorio.

—¿A qué debo la honra de ver en mi pobre albergue á una persona tan sabia? dijo con acento un tanto seco el cronista.

—Tráeme al que vos llamais humilde albergue, á pesar de ser una de las cámaras del alcázar de Segovia, y magnífica por cierto, contestó el monje mirando á la alta ensambladura escultada; tráeme un asunto gravísimo: ¿sabeis dónde se encuentra su alteza la reina?

Miró el cronista con una espresion de mal encubierto recelo al receptor, y contestó:

La reina debe estar indudablemente en su cámara.

—¿Cree eso mismo la corte?

—¿Y por qué no ha de creerlo?

—Pudiera suceder que alguien os hubiera visto esta madrugada en los bosques cercanos sirviendo noblemente de amparador á la reina.

Turbóse de una manera visible el cronista.

—¿Quién os ha dicho?.. yo no me he movido del alcázar..

—Debió, pues, ser el diablo en vuestra figura, mi buen señor Enriquez. De mí os sé decir que puedo afirmaros que habeis entregado la reina á un aventurero, á un mal hombre, fiando imprudentemente en sus palabras.

—Concluyamos, señor don Anselmo, dijo el cronista: los dos somos hombres de iglesia; estamos apartados de las vanidades mundanas y debemos tratarnos con lisura: ¿quién os ha dicho todo eso?

—La reina.

—¡La reina!

—Sí por cierto: en estos momentos guardo yo á la reina de una manera tan segura que no habrá medio de que me la arrebaten.

—¿Será cierto lo que se dice de vos, señor receptor? dijo Castillo.

—¿Y qué se dice de mí?

—Ya sabeis que el arzobispo de Toledo y otros prelados...

—Tuvieron la audacia de decir que yo era hechicero, solo porque conozco algo de la ciencia humana, y sobre todo, porque soy amigo de don Beltran de la Cueva... pues os juro que de la manera mas natural ha venido la reina á mi poder. Ahora bien, aprovechemos el tiempo, porque las circunstancias son graves: ¿se ha hecho público el escándalo de anoche?

—Afortunadamente, irritado Beltran de la Cueva con la reina, ha consentido en todo; se anda en negociaciones; se ha echado tierra al negocio y al cuerpo de Alfonso de Leiva, á quien se ha sacado en un cofre del alcázar: todo por el momento está contenido; pero no hay medio de reducir á doña Mencía de Padilla.

—¿Consiste en ella todo?

—No solo en ella, sino en don Beltran de la Cueva: porque por mas que don Beltran crea tener motivos para estar ofendido de... de su alteza la reina... (me cuesta un trabajo infinito entrar en el pormenor asqueroso de estos asuntos, para los cuales he estado cerrando los ojos muchos años, y creyendo que no existian, porque me repugnaban....)

—Debilidades del corazon, señor Diego del Castillo, con el cual, nosotros, ministros del Señor, debemos ser mas caritativos que nadie.

—Sí, sí, decis bien, don fray Anselmo; pues, como decia, aunque el duque está ofendido, y con razon, de la reina, la ama con toda su alma.

—¡Ah! esclamó con alegria el receptor.

—Pues maldito si á mí me alegra esta circunstancia, repuso el cronista comprendiendo la esclamacion del monje, porque este amor de don Beltran, que le hace apartarse de doña Mencía, irrita á esta... y creedlo: doña Mencía puede mucho, y mientras ella no quiera no habrá órden ni concierto.

—Pero en fin, ¿nadie sabe aun que la reina está fuera del alcázar?

—No.

—Pues entonces aun tenemos esperanzas de un arreglo. Necesito ver al momento al duque, despues al rey, luego á doña Mencía.... alguna vez habia de servir para algo bueno la fama de nigromante y de hechicero que me han echado encima mis enemigos.

—Pero en verdad, no hay nada de cierto en esa fama.

—Si yo fuera hechicero, señor coronista, dijo con gran mansedumbre y benevolencia el monje, os juro que no andarian las cosas como andan, y que ya hubiera dado un susto á don Alonso de Carrillo, al arzobispo de Sevilla y algunos mas, porque lo que han hecho conmi-

go ha sido infame: creedme: yo no tengo de hechicero mas que el nombre, pero pienso aprovecharme de él. Anunciadme, pues, al duque.

—Venid, venid conmigo, don Anselmo, y quiera Dios iluminaros para que podais sacarnos con bien de tanto embrollo.

Dicho esto levantáronse monje y clérigo, y poco despues estaban en las antecámaras de Beltran de la Cueva hablando con su mayordomo.

—Su señoria, les dijo este, va á marchar, y creo que sale desterrado de la corte: por lo mismo creo que no será muy fácil verle.

—Pues veniamos cabalmente, dijo el receptor, á indicarle un medio para que no se burlasen de él sus enemigos.

Apenas oyó estas palabras el leal mayordomo, cuando su semblante se dulcificó, y dijo:

—Pues en ese caso, y suceda lo que sucediere, pasad señores, pasad.

Y abrió una mampara que comunicaba con las habitaciones interiores.

—Pasad vos solo, señor coronista, y anunciadme; dijo el receptor.

—Diego Enriquez del Castillo pasó, y poco despues llegó hasta la habitacion del duque, pero al ir á abrir la mampara, escuchó una voz de muger conmovida.

—¡Ah! ¡Beltran, Beltran! decia aquella muger: al fin Dios ha tenido compasion de mí: al fin he logrado tu amor.

—¡Diablo! esclamó el cronista; no se puede dar un paso por la corte de Castilla sin dar de bruces con el amor: y doña Catalina de Sandoval... ese Beltran de la Cueva es la manzana de la discordia... ¡y oir esto, vive Dios!.. ¡retirémonos!

Diego Enriquez se retiró á tiempo; sonaron pasos hácia la puerta y el cronista apenas tuvo tiempo de esconderse tras un tapiz.

Poco despues aparecieron asidos de las manos Beltran de la Cueva y doña Catalina de Sandoval: ella estaba radiante de alegria, de felicidad: él se mostraba profundamente enamorado.

Diego Enriquez del Castillo, que era en el fondo cándido, se escandalizó al notar aquella espresion de amor en el rostro de don Beltran de la Cueva.

—Ese hombre, dijo, es un miserable: puede tenerse indulgencia por una sola pasion; pero primero doña Mencía, despues la reina.... y fresquito, fresquito, arma un escándalo en que ha habido sangre, amores con doña Catalina.... vamos, no me arrepiento de lo dicho:

el señor duque de Alburquerque es un hombre sin fé y sin corazon.

Confirmóse en su opinion el cronista cuando con gran rubor suyo presenció la tiernísima manera con que se despidieron doña Catalina y el duque, que abrió por sí mismo una puerta de servicio para que saliese su nueva amante.

Pero apenas habia salido, apenas se creyó solo Beltran de la Cueva, cuando el amor y la alegria se borraron de su semblante, reemplazándoles una espresion de cansancio, de desesperacion, de hastio. Atravesó la estancia para entrar en su cámara, y al pasar, Diego Enriquez le oyó esclamar:

—¡Oh! Señor, Señor: ya no puedo mas: dadme fuerzas y valor.

Y entró dando un violento portazo.

—¿Qué es esto? esclamó Diego Enriquez: pues no, no: el duque no ama á esa muger, finge y nada mas: ¡Dios mio! todo es apariencia en estos tiempos!... y luego creerán que es fácil escribir una corónica. Pues señor, sea lo que fuere, cumplamos nuestro encargo, pero procuremos que el duque no pueda sospechar que hemos visto nada.

Y saliendo de su escondite de puntillas, salió de la antecámara y luego volvió á entrar dando un portazo y tosiendo de una manera tenaz, y abrió la mampara de la recámara del duque que estaba arrojado en una actitud de desaliento en un sillon.

—¡Ah! ¿sois vos, señor Diego Enriquez? dijo con alguna estrañeza: ¿qué me quereis?

Turbóse un tanto con aquel recibimiento el cronista, que antes de contestar fingió una tos tenaz.

—Enfermo estais, mi buen amigo, dijo el duque dulcificando su acento.

—¿Y qué quereis que se cojan mas que pasmos, señor don Beltran, cuando se trasnocha y se anda por esos campos de Dios á la madrugada? eso no importa; al fin la reina....

—No me hableis de la reina, Castillo: dijo con impaciencia el duque: dentro de pocas horas partiré de la corte, y pienso no volver á ella. Necesito olvidar.

—Cabalmente solicita veros un sugeto que creo que si le escuchais, no solo no partireis, sino que....

—Deseo partir.

—Sino que vencereis á vuestros enemigos que no se burlarán de vos.

—¿Y quién pretende hacer ese milagro?

—Un hechicero.

—¡Un hechicero!

—Sí, por cierto. Y ese hechicero está ahí.

—¿Quién es?

—Don fray Anselmo de Alcolea, receptor de....

—¡Ah! que entre, que entre al momento: dijo el duque sin dejar de concluir al cronista: si don Anselmo no es hechicero, es un sabio, y un hombre de virtud y de esperiencia: hacedle, hacedle entrar al momento, mi buen señor Castillo, y recibid mi gratitud, por haberme anunciado á tan buen amigo.

Diego Enriquez del Castillo corrió en busca del monje.

—El duque está perfectamente preparado para recibiros, le dijo.

—¡Oh! eso ya lo sabia yo.

—Pues entrad; pero para lo que pueda convenir, sabed que he sorprendido al duque enamorando de una manera rendida á una muger: porsupuesto que por lo que he visto despues, su amor era fingido: no hay que deciros que el dûque no me ha visto ni sabe que yo le he cogido en el secreto.

—¿Y habeis conocido á la muger?

—Y tanto... no conozco otra cosa en la corte; era doña Catalina de Sandoval.

—¡Doña Catalina de Sandoval! bien: no lo olvidaré.

—Os espero en mi aposento.

—Allí iré cuando termine mi comision.

—Pues hasta luego.

—Hasta luego.

El monje entró seguidamente en las habitaciones del duque.

XLVIII.

De la manera que sirvió el monje á la reina.

Esperábale el duque impaciente en la puerta de su cámara: en la manera que tuvo de recibirle conocíase que eran dos buenos y antiguos conocidos.

Sentóle Beltran de la Cueva en un estrado, sentóse con él, y teniendo una de sus manos entre las suyas, le dijo con acento afectuoso.

—¡Oh! ¡cuánto os he echado de menos, mi anciano amigo, en ocasiones bien tristes y azarosas!

—¡Qué quereis! mis enemigos, no sé por qué, me han arrojado de la corte.

—¿Y cómo es que os atreveis á venir á ella cuando esos vuestros enemigos, que tambien lo son mios, están pujantes y me arrojan de mi privanza?

—¡Bah! por lo mismo, yo que no quiero que suceda eso, he venido en vuestra ayuda: y me hubiera dejado ver algun tiempo antes si no hubiera sabido que estabais amorosamente entretenido.

—¿Quién os lo ha dicho? esclamó con estrañeza el duque.

—Mi espíritu familiar, don Beltran, contestó con acento ligero el benedictino.

—Es que yo no creo en lo que de vos se dice.

—Creedlo, cuando os diga que la tal dama que hace un momento salió de aqui, es la famosa querida del rey doña Catalina de Sandoval.

—Es estraño que lo sepais, dijo el duque: porque ella misma no sabia que habia de ser mi amante hace muy poco tiempo: nadie la ha visto entrar aqui, nadie la ha visto salir.

—Nadie sabe que finjis amor á esa muger y que ella lo cree porque necesita creerlo.

—Me hareis creer en que poseeis un poder superior.

—Creed, amigo mio, en mi espíritu familiar.

—Preciso es creer en algo: pudiera suceder que alguno de mis criados hubiese visto entrar ó salir á doña Catalina, y os lo hubiese revelado, porque tengo traidores en mi servidumbre; pero á mas de que no ha habido tiempo para ello, un espía no podia haberos dicho que yo cedia á la fuerza á los amores de doña Catalina: eso no lo sabe nadie mas que yo: y si he cedido os juro que ha sido por agradecimiento: esa muger me ha consagrado su alma entera, me sirve de una manera noble, por ella sé cosas que importan mucho.... mucho... tanto como la vida de algunas ilustres personas.

—¡Cómo!

—Escuchad: anoche en una cita, en un meson apartado á donde me habia llamado doña Catalina, encontré seis hombres de los de mas confianza de don Juan Pacheco: por una reunion de circunstancias que seria largo de referir, aquellos hombres fueron presos, y ocupados por mí los papeles de su gefe que habia sido muerto á estocadas poco antes por uno de los bribones que me sirven.

—¿Y esos hombres?..

—Amenazados por el tormento me lo han revelado todo.

—¿Y qué os han revelado?

—Ya sabeis que el gran empeño ahora de los confederados es

el casamiento de la infanta doña Isabel con el maestre de Calatrava.

—Pero ese casamiento es muy difícil, si no imposible.

—Así lo cree don Juan Pacheco.

—La infanta doña Isabel jamás consentirá.

—Por lo mismo se piensa en obligarla.

—Pues no encuentro el medio.

—Esa gente en nada se para.

—Pero sin embargo, retrocederán rechazados por la firmeza incontrastable de doña Isabel.

—Que al fin es una muger.

—Pero una muger con alma de hombre.

—Desgraciadamente no tiene las fuerzas de un gigante, y si se ve en poder de los confederados, entregada á don Pedro Giron, á ese brutal bastardo...

—¡Una violencia!

—Sí, una violencia.

—La infanta se mataria para salvar su honor, pero no se casaria.

—Hé ahí cabalmente lo que yo he querido evitar, dijo Beltran de la Cueva: el rey, aterrado por los confederados, consintió en entregarles la reina, como, aterrado anoche por el almirante, ha consentido en cuanto han querido: esto es: en la esclusion de la infanta doña Juana, en la prision de la reina, en mi salida de la corte.

—Pues es necesario evitar todo eso.

—¿Y cómo? dijo Beltran de la Cueva.

—Por medio de doña Mencía de Padilla.

—¡Yo! ¡suplicar yo á doña Mencía!

—Ved que vuestro orgullo puede traer fatales consecuencias.

—Yo doblegaria mi orgullo, porque he luchado ya tanto que me voy acostumbrando á doblegarme: pero seria inútil.

—Seguid mis consejos; sed dócil.

—¿Y qué he de hacer?

—Primero poned en libertad á esos seis hombres de los confederados.

—Ya lo están.

—Del mismo modo soltad á Mosen Pierres de Peralta.

—Ya le ha soltado el rey.

—Pues bien: solo falta que vos os finjais enamorado de doña Mencía.

—Doña Mencía está demasiado ofendida para creerme.

—Dejadme hacer; yo hablaré de la manera mas natural del mun-

do con doña Mencía: yo la prepararé: ahora presentadme al rey: despues cuando yo os avise con Castillo, id á ver á doña Mencía.

—Me será muy difícil.

—Id: sed valiente, venceos.

—Porque no podais acusarme mañana, don Anselmo, haré lo que me decís, pero vos mismo os convencereis de la inutilidad. Vamos á ver al rey. ¿Pero con qué pretesto?

—Ya lo pensaremos por el camino. Vamos.

El duque y el monje salieron conversando, y poco despues entraban en las habitaciones del rey por una comunicacion reservada para el duque.

Nadie los habia visto entrar.

Enrique IV, cerca de una ventana, tocaba á mas y mejor la flauta, lo que segun he dicho, significaba que continuaba su mal humor.

—Aquí os dejo, dijo Beltran de la Cueva: gobernaos con el rey como mejor podais.

—Adios, don Beltran: id á esperar á vuestra cámara al buen Enriquez del Castillo, y cuando él os diga de mi parte que podeis obrar, obrad.

Dicho esto el duque se alejó y el monje entró en la cámara.

El rey estaba solo, y por algun tiempo no reparó en el monje.

XLIX.

De como entre su ciencia contaba el receptor la de la intriga.

Cuando estuvo el monje á poca distancia del rey, sacó un pañuelo y se limpió las narices con estruendo.

El rey volvió el rostro con sobresalto.

—¡Ah! dijo Enrique IV al ver al receptor: piensan mis buenos vasallos que me queda ya poca vida y me envian un agonizante.

—¡Cómo! ¿no me conoceis ya, señor?

—¡Ah! ¡ah! dijo el rey dejando su flauta sobre la mesa y mirando con asombro al monje: ¿quién te ha engañado, mi buen don fray Anselmo?

—¿Que quién me ha engañado, señor?

—Sí por cierto: ¿quién te ha dicho que se han muerto los arzobispos de Toledo y de Sevilla?

—En verdad, en verdad, señor, que yo me ocupo muy poco de esos dignísimos prelados.

—Pues yo estoy seguro que ellos se ocuparian muy mucho de tí

si te encontrasen en mi corte; por lo que creo que debias andarte muy despacio mientras estuviesen vivos: y lo estan, ¡vive Dios! lo estan: mas vivos que nunca, y con mas poder: como que para no acordarme de ellos hace tres horas que estoy tocando la flauta.

—¡Bah! tocad otra cosa, señor, y os será mas provechosa.

—Y... ¿qué quieres que toque?... ¿sabes tu si hay entre tus hechizos algun amuleto que tenga la virtud de hacerme respetar de mis vasallos solo con tocarle?

—Sí, por cierto, señor.

—¿Y qué amuleto es ese? ¿dónde está?

—Ese amuleto, señor, es el hacha del verdugo.

—¡Ta! ¡ta! ¡ta! ¡el hacha del verdugo! ¿pero dónde está el brazo para levantarla?

—Herid sin mirar á quién.

—¡Calla!.. ¡calla no nos oigan! dijo el rey: yo te aprecio mucho... pero si te descubren esos buenos prelados, particularmente el arzobispo de Sevilla que está en el alcázar, tendré que abandonarte á tu suerte, porque yo no quiero entrometerme en cosas de la iglesia.

—He venido á aconsejaros, señor.

—¡A aconsejarme!.. te lo agradezco, y escucharé tu consejo.... pero ante todo ¿quién te envia? sepamos.

—Enviame, señor, la situacion en que os encontrais.

—Pues mira, mi situacion no es mala... no por cierto: los confederados me han hecho proposiciones de avenimiento...

—Con la condicion de que escluyais á la señora infanta doña Juana, vuestra hija legítima.

El rey, que hasta entonces, como han visto nuestros lectores, habia hablado de una manera ligera, se puso de repente serio y grave.

—Ahora mas que nunca necesito saber quién te envia, dijo.

—Vengo por mi propio motivo, señor, dijo el monje.

—¿Y nadie te ha dicho?..

—No por cierto.

—¿Y cómo sabes?..

—¿Lo que ha sucedido anoche?.. no en vano quieren echar sobre mí las censuras de la iglesia los reverendos prelados de Toledo y de Sevilla: soy algo hechicero.

—Es que yo creo mas en las intrigas y en las malas artes de los hombres que en las hechicerías, dijo el rey.

—Pues creed, señor, creed cuando sepais que no solo lo sé, sino que tambien sé el remedio de cuanto sucedió anoche.

—¿Y qué remedio es ese?

—Arrancar al almirante y á los confederados, que por esta vez han hecho causa comun, el testimonio de adulterio de la reina; hacer que el escribano Pero Rodriguez Delena queme el protocolo; y cuando todo esté hecho, se prende al almirante, se encierra al arzobispo de Sevilla, se hace otro tanto con la mayor parte de los señores que estan en la corte, se envian de abadesas á dos monasterios á doña Guiomar de Silva y á doña Catalina de Sandoval, se destierra á doña Mencía de Padilla....

—¡Silencio! ¡silencio, imprudente! esclamó el rey tapando aterrado la boca al monje: ¿no sabes que las paredes de los alcázares tienen oidos, y especialmente este maldito alcázar de Segovia?

—Lanzaos de una vez, señor.... y sobre todo, ahora no se trata de eso: ¿me prometeis que si os presento destruido el testimonio de Pero Rodriguez Delena, obrareis con energía?

—¡Oh! si obraré... porque si he consentido en cuanto ellos han querido ha sido obligado por las circunstancias.

—Pues bien, señor: os juro que os vereis libre: estad dispuesto á obrar: y esperadme.

—Mal haya si os entiendo: ¿os vais?

—Sí por cierto: voy por ese testimonio escandaloso.

—¿Que vais por ese testimonio?

—Sí por cierto, señor: voy por él á la cámara de la infanta doña Isabel.

—¡Ah! ¿pretendeis ablandar á doña Mencía de Padilla?... si lo conseguis nos hemos salvado; pero os advierto que esa dama es mas dura que una roca... tiene ciertas enemistades con la reina.... pero á propósito de la reina: tú que eres hechicero, ¿sabras dónde su alteza se encuentra?... importa que parezca para que el escándalo no se haga público... se la busca... pero nada.... parece que se la ha tragado la tierra.

—La reina parecerá, señor, cuando el testimonio haya sido destruido y los traidores estén presos.

—Pues si crees que has de lograrlo eso, ve, ve, mi buen don Anselmo, que yo te juro si lo consigues hacer que el papa te haga obispo.

—Pues esperad buenas nuevas, señor, y adios.

—Escucha: ve con cautela con doña Mencía, no sea que queriendo servirme empeores mis negocios... es la muger mas ladina que conozco. Pero ve, ve: prueba fortuna... hace mucho tiempo que estoy esperando un milagro para salir de mi atolladero.

—Pues hasta la vuelta, señor: que os guarde Dios.

—Que él te ilumine: ¿pero por dónde vas á la torre del rey don Juan?

—Creo conocer bien el alcázar, señor.

—No, no: le conozco yo mejor que tú: por esta escalera llegarás mas pronto; y, sobre todo, no te verán salir de mi cámara: ¡quiera Dios que no te hayan visto entrar!

Y el rey abrió una pequeña puerta de escape, por la que entró el monje.

Don Enrique volvió á cerrar la puerta y permaneció por un momento inmoble, con la mano puesta en el fiador.

—¿Quién sabe? dijo: acaso, acaso ese buen hechicero tenga medios para hacerse entender de doña Mencía... ello es que esto no puede continuar asi.... la cuerda está muy tirante y es fuerza que salte: pues bien; Dios quiera que no salte por nosotros.

Y el rey despues de esto fué á la mesa, tomó la flauta, se sentó en un sillon y siguió tocando las folías.

L.

De como doña Mencía de Padilla á pesar de su reserva no pudo disimular su alegría por dos plausibles noticias.

Doña Mencía en Padilla se ocupaba en arreglar algunos papeles y cartas que leia de tiempo en tiempo con los ojos arrasados en lágrimas, cuando la anunció uno de sus lacayos que un monje deseaba hablarla.

Doña Mencía no despreciaba ningun incidente por insignificante que fuese: otra, en la situacion en que ella se encontraba, hubiera despedido al visitante, pero doña Mencía mandó que le introdujesen en su cámara, guardó los papeles en un pequeño cofre que guardó á su vez en otro mayor, se enjugó las lágrimas, dió un ligero, pero maestro toque á su peinado y á su traje, y serena, tranquila como si nada hubiera pasado por ella, entró en la cámara.

Don fray Anselmo habia sido muy conocido en la córte en sus tiempos, y doña Mencía al reconocerle, adelantó hácia él como se adelanta hácia un antiguo amigo á quien no se ha visto en mucho tiempo.

—¡Ah, mi buen don Anselmo! dijo: ¡vos por aqui! ¿os ha levantado el entredicho el señor arzobispo de Toledo?

—Si su señoría se descuida, podrá suceder muy bien que nosotros

le pongamos en estrecho, mi buena señora.

—¡Nosotros! os referís sin duda á algunos de vuestros amigos.

—Y como os cuento en ese número, señora, ese nosotros os comprende á vos.

—Pues mirad: me encuentro en muy buen estado de amistad con el señor arzobispo de Toledo.

—¡Bah! todo consiste en que no andais muy bien con el señor duque de Alburquerque.

Por mucho que fuese el dominio que tuviese sobre sí misma doña Mencía, no pudo evitar la intensa palidez que cubrió su semblante, al oir el nombre de Beltran de la Cueva.

—Le ama, le ama con toda su alma: esclamó el sagaz y esperimentado monje.

—¿Decís que todo consiste en que el... señor duque de Alburquerque y... yo, no nos entendemos muy bien? dijo sobreponiéndose doña Mencía: ¿y cuándo nos hemos entendido?

—Cuando no habia hechizos de por medio.

—¡Hechizos! esclamó doña Mencía: no comprendo: pero ¡ah! ¡sí! ¡sí! ahora recuerdo que todo el pretesto de que se valieron algunos prelados, que por cierto no os querian muy bien, para haceros salir de la córte, mi buen padre, fueron sospechas de que érais algo astrólogo ó nigromante. Habladme, habladme, pues, de esos hechizos.

—Os decia, que mientras el duque de Alburquerque no estuvo ligado por hechizos á la voluntad de otra persona, todo iba bien entre nosotros.

—En efecto, dijo doña Mencía ocultándose bajo su impenetrable fondo de reserva: hubo un tiempo en que don Beltran y yo fuimos muy buenos amigos: despues...

—Cuando fue hechizado...

—Hechizado ó no pensamos de distinto modo...

—¿Y dejasteis de ser amigos?

—No, no tanto como eso.

—Sin embargo, se dice que sois enemigos.

—Murmuraciones de corte.

—Se alegan hechos.

—Hechos falsos.

—Podrán serlo, pero han producido funestas consecuencias.

—No es mia la culpa...

—¿De que la reina y Beltran de la Cueva hayan sido muy amigos?

—¡Hayan sido! ¿pues qué, no lo son? dijo doña Mencía reclinándose con indolencia en los almohadones de su estrado, con acento indiferente y jugando con el cordon de oro que ceñia su traje de terciopelo negro.

—¡Pse! don Beltran ha conocido, dijo el monje con la mayor naturalidad, que la amistad de la reina era mucho menos leal, menos preciosa que la vuestra, y al conocerlo ha desaparecido el encanto.

El receptor notó que el alto seno de doña Mencía se agitaba violentamente, y casi creyó escuchar los fuertes latidos de su corazon.

—¿Y os han enviado á que me digais eso, don Anselmo? dijo la hermosa dama dominándose.

—No por cierto: contestó con una gran naturalidad el monje: pero anoche me ocupaba yo en mi retiro de ciertas esperiencias cabalísticas, y me acordé de vos... mi buen amiga: quiero saber, me dije entonces, lo que en este momento hace doña Mencía... preparé el espejo mágico, pronuncié algunos conjuros.

—¿Sabeis que parece increible lo que me estais diciendo, don Anselmo?

—En efecto, es maravilloso: pero Dios á veces permite estas y mayores maravillas.

—Indudablemente, el poder de Dios es infinito. ¿Y qué visteis en el espejo?

—Os vi entrar en la cámara de la reina demudada, pálida: hablasteis con ella algunas palabras...

—¿Y recordais aquellas palabras?

—Habia hecho mis conjuros para ver, pero no para oir.

—¡Ah!

—Pero por vuestro aspecto, por el terror que se pintó en el semblante de la reina, adiviné que aquellas palabras eran terribles.

—¿Y nada mas visteis?

—Sí por cierto, un hermoso mancebo, el señor Alfonso de Leiva, muerto, ensangrentado sobre la alfombra.

—Y á mas...

—Esto me horrorizó y me aparté del espejo. Luego...

—¡Qué!

—Luego quise saber lo que era de don Beltran de la Cueva.

—¿Y... qué visteis?

—Le ví en su cámara demudado, colérico: abrió un pequeño cofre y sacó de él unos papeles.

—¡Unos papeles!

—Sí por cierto, y como habia fulminado los conjuros bastantes para ver, ví que aquellos papeles eran cartas de la reina.

Doña Mencía no dijo una sola palabra, pero se la alteró el color.

—Despues Beltran de la Cueva arrolló entre sus manos, pisó, rasgó aquellos papeles, y últimamente los fue quemando uno á uno, y con una calma horrorosa.

—¡Ah! esclamó sin poder contener su alegria la dama.

—Luego, continuó el monje, fue á otro cofre, sacó una cajita, y de la cajita un retrato.

—¿Y le pisó tambien?

—No, primero, por largo espacio le estuvo contemplando pálido, con los ojos arrasados en lágrimas; luego puso aquel retrato sobre su corazon, y al fin le besó apasionadamente y le cubrió de lágrimas.

—Y aquel retrato... ¿de quién era?

—Era el vuestro.

—¡El mio!

—El vuestro, señora, el vuestro: esto me consoló: don Beltran de la Cueva y doña Mencía, me dije, volverán á ser buenos amigos, y el reino gozará de paz.

—¿Sabeis, don Anselmo, dijo doña Mencía disimulando mal su profunda agitacion, que vuestra ciencia os hace ver cosas increibles?

—Y sin embargo, señora, esto es tan cierto, como que dentro de poco os vendrá á ver el mismo don Beltran.

Doña Mencía, vencida al fin por la emocion, no pudo disimular por mas tiempo.

—¡Oh! me estais haciendo padecer horriblemente, dijo: en vano es que yo quiera mostrarme agena á cuanto me decís: vos lo sabeis todo: vos sabeis cuánto le he amado: cuánto le amo... no, no, nadie sabe cuánto le amo mas que Dios, nadie mas que él conoce lo doloroso de mi agonía... hablemos, pues, francamente: ¿os envia don Beltran?

—No, no señora, vengo yo.

—¡Oh! sí: venís, porque sin duda teneis un objeto: comprendo cuál puede ser: Beltran de la Cueva no se acercaria á mí sino fuese porque ella está amenazada... en peligro...

—No, no señora: don Beltran está desengañado: ¿no os digo que don Beltran ha cedido á una fascinacion?

—Acaso en eso digais la verdad, don Anselmo; pero esa fascinacion ha durado tanto tiempo, que debe ejercer sobre él el dominio de la costumbre.

—Vos sabeis cuánto os ha amado don Beltran... vos teneis para él la ventaja de la pureza: entre este torbellino de mugeres corrompidas y de nobles infames, vos sois la única que puede decir: no he amado mas que á un hombre, no he pertenecido á otro que á él: y creedme, cuando una muger ama como vos amais á don Beltran: cuando una muger es tan hermosa como vos lo sois: cuando su talento es tan grande como el vuestro, y tanta como la vuestra su valentía, puede estar segura de ser siempre amada por un hombre que vale tanto por todos conceptos como don Beltran.

—Y sin embargo...

—Ha tenido amores con la reina... ambicion... pura ambicion.

—La reina no podia darle lo que yo le he dado... por mí es grande... por mí es fuerte.

—Pues bien: supongamos que le ha arrastrado la vanidad.

—Ninguna muger ha sido mas combatida, mas asediada, mas importunada que yo desde lo mas rico y grande de la corte, empezando por el rey, hasta el último hidalgo, que se ha creido en posicion de decirme amores.

—Pues bien: la fatalidad, la fatalidad señora.

—¡Oh! sí, la fatalidad que ha hecho que yo haya amado á un ingrato.

—Y de que hayais obrado con demasiada dureza impulsada por vuestros celos.

—Una muger que ama como yo amo, no sufre una injuria á su amor sin vengarse.

—Pero vuestra venganza ha espantado, ha irritado á don Beltran: os habeis puesto el uno frente á frente del otro, empeñada la vanidad, en una lucha terrible: los escándalos y los crímenes se han sucedido unos tras otros en Castilla, y al fin entrambos estais cansados; volveis la vista atrás y la apartais de lo pasado, os atormenta lo presente, y no os atreveis á mirar á lo que ha de venir. Pues bien: olvidad lo pasado, acudid al remedio del mal presente, y arrojaos con confianza en los brazos del porvenir.

—¡Don Anselmo! ¡don Anselmo! vos sabeis cuanto mi alma está sedienta de su amor; vos sabeis que por él seria capaz de todo... y cuando esa muger se ve en peligro, en un peligro horroroso á que la he conducido yo con mi odio, venis á imponerme condiciones, seguro de que yo las aceptaré por duras que sean: no os habeis engañado: que venga don Beltran, que venga cuando quiera... él siempre ha podido venir... una sola palabra de amor, y yo habria sido su

esclava... lo hubiera consentido todo... ¡pero despreciarme!.. ¡porque él me ha despreciado!

—El, señora, ha podido lanzaros de la corte... ha podido prenderos....

— ¡Tendremos que agradecerle aun que no haya hecho mas que lo que ha hecho!

—Si don Beltran no hubiera guardado para vos un amor profundo en el fondo de su alma, hubiera obrado de otro modo: creedme, señora, vos misma al primer movimiento de celos os habeis separado de él... le habeis retado... él es altivo y ha aceptado el reto...

—Y se rinde al fin.

—Se rinde á una dama; á una muger cuyo valor no ha conocido bien sino cuando la ha comparado con esa otra muger á quien ha visto anoche en los brazos de otro.

—Esa muger se ha engañado como yo... esa muger ha tenido celos... pero no hablemos mas de esto: que venga cuando quiera don Beltran.

—Yo no he visto á don Beltran ni le veré; solo he venido á deciros que don Beltran vendrá: y estad segura de que no tardará mucho. Por lo tanto os dejo, señora: conozco bien que esta es una situacion solemne para vos y necesitareis dominaros, prepararos.

—¡Ah! ¡don Anselmo! ¿habrá habido en el mundo una muger tan desventurada como yo?

Y doña Mencía rompió á llorar.

—Olvidad lo pasado, señora, olvidad, y unios para no volveros á separar mas.

—Dios quiera que eso sea posible.

—Lo será. Y adios, señora, adios.

—¿Pero volvereis?

—Sí: sí volveré. Dios os proteja, señora.

—El os pague, don Anselmo, el bien que habeis venido á hacerme.

Salió el receptor dejando sola á doña Mencía.

—Le ama, le ama, pensaba este, y si sabe doblegarse, hará de ella cuanto quiera, y él... me parece que él la ama tambien y no sé cómo han podido separarse: enviemos, pues, nuestro aviso al señor don Beltran de la Cueva.

Y entrándose en las habitaciones de Diego Enriquez del Castillo, le envió al duque, á quien dijo estas solas palabras.

—Ya es hora.

Beltran de la Cueva luchó mucho antes de decidirse á ir á do-

blegar su orgullo ante aquella muger que tanto habia ofendido: pudo al fin en él mas la razon que la pasion, atavióse un tanto para parecer galan, y envió su mayordomo á pedir licencia á doña Mencía para ir á despedirse de ella.

A poco volvió el mayordomo y dijo á su señor:

—He dado el mensaje de vuestra señoría á doña Mencía de Padilla y queda esperándoos.

Beltran de la Cueva hizo un poderoso esfuerzo aun, y al fin por una comunicacion de servicio, se encaminó á las habitaciones de su antigua y ofendida amante.

Entretanto esta no habia perdido el tiempo.

—Desesperado de vencer por sí mismo, se dijo, doblega su orgullo, y me busca: esto significa, una de dos: ó que el amor de esa muger le enloquece y le obliga á todo, ó que desengañado por sus liviandades, vuelve á mí como el hijo pródigo: si es lo primero, yo le probaré, que no se me engaña tan fácilmente; si lo segundo... ¡Dios mio! si vuelve arrepentido á mis brazos ¿qué podré hacer mas que olvidar y abrirselos y gozar mi ventura? ¡Oh! ¿ha amado jamás una muger como yo le amo?

Y tras estas palabras doña Mencia concedió algunos momentos al arreglo de su traje y de su peinado, se sentó en su cámara despues de haber cerrado cuidadosamente todas las puertas desde las cuales pudiera escucharse ó verse lo que se hablara ó hiciera en la cámara, y esperó, dominada por esa impaciencia que hace sufrir como un agudo tormento.

LI.

De como un amor que se cree apagado puede estallar de nuevo con la fuerza de un volcan.

Reclinada lánguidamente en un sillon junto á una ventana, teniendo un libro que debia servirla para afectar una situacion de indiferencia, esperó como hemos dicho, doña Mencía, sufriendo el tormento de la impaciencia.

Al fin se abrió una mampara y una doncella dijo:

—El señor duque de Alburquerque.

—Haced que pase, dijo doña Mencía procurando en vano dominar la conmocion que se revelaba en lo apagado y trémulo de su voz.

Entró Beltran de la Cueva, adelantó, se detuvo á cierta distancia de doña Mencía, y la miró con encogimiento; ella levantó hasta

él los rutilantes ojos, y entonces, una mirada que en vano intentaríamos describir, se cruzó entre los dos; pero fué tal y tan elocuente aquella mirada, que entrambos se pusieron pálidos, temblaron y no encontraron por el momento palabras que decirse.

Y es que hay situaciones en que el lenguaje no basta para espresar lo que el alma siente, y lo dicen los ojos, lumbreras del alma por donde aquella se exhala. Doña Mencía y Beltran habian contado con mas valor del que respectivamente tenian para recatarse mútuamente sus afectos: Beltran nunca habia dejado de amar á doña Mencía, y si la habia faltado, habia sido deslumbrado por la reina; pero la reina habia sido impura ó desgraciada lo bastante para desencantarle, y aunque comprimido, por decirlo así, por las faltas y, áun si se quiere, crímenes amorosos que habia cometido contra doña Mencía, su amor habia vuelto sublimado, puesto á prueba, robustecido por la comparacion del amor de la reina: doña Juana, tratada friamente por Beltran se habia irritado, y arrastrada por la liviandad de su carácter, sin dejar de amar á Beltran de la Cueva, habia dado pasos indisculpables: doña Mencía, por el contrario, habia guardado su amor puro como un fuego sagrado, y solo se habia vengado conspirando de una manera terrible contra su rival.

Doña Mencía en vez de curarse de sus amores con el desden, se habia obstinado, y su amor habia llegado á un límite imposible de concebir. Asi es que cuando aquellas dos almas laceradas se encontraron en una mirada, recordaron en un solo punto toda su historia de amores, y á despecho de los séres á quienes alentaban, se unieron sin dejar la mas leve cabida al disimulo.

Aquello, pues, fué una explosion: Doña Mencía miró por un momento pálida como un cadáver á don Beltran, y luego dejó caer el libro, se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar.

Beltran arrastrado por aquel llanto, se acercó á doña Mencía de una manera involuntaria, natural, precisa, como se acerca el acero al iman, y cayó de rodillas á los pies de doña Mencía, la apartó las manos del rostro y la miró frente á frente.

Aquellos dos semblantes estaban divinizados en aquel momento por el amor.

—¡Oh! ha sido un sueño, un sueño horrible, dijo Beltran.

—¡Un sueño que ha durado diez años! esclamó doña Mencía, cuyos ojos lanzaban un fuego sublime en medio de su espresion de dolor, á través de sus lágrimas.

—¡Pero nos amamos! esclamó Beltran.

Soldevila inv.° y lit.°

Lit. de J. Aragon, Madrid.

XIII.

ENRIQUE IV.

Oh! ha sido un sueño... un sueño horrible,

—¿Y cómo no habiámos de amarnos? esclamó doña Mencía levantando á su amante entre sus brazos.

—Sí, nuestras almas habian nacido para vivir unidas... la fatalidad...

—Ni una disculpa, Beltran, dijo doña Mencía: sin duda Dios ha querido ponernos á prueba: despues de esa prueba, nuestro amor vive... esto basta. Ahora siéntate y dime: ¿cuando venias á verme sentias lo que ahora sientes?

—¿Y tu cuando me esperabas, sentias de otro modo?

—Yo necesitaba saber si aun era amada.

—Yo no podia creer que fueses tan generosa.

—Yo no podia vivir sin tí: algun tiempo mas de desprecio y de abandono, y la muerte...

—¡Oh Dios mio! ¿y he podido yo ofenderte?

—Olvidemos, olvidemos. Ahora pensemos en lo que importa. El rey te ha mandado salir de la córte.

—¿Y qué importa? donde quiera que vaya me acompañará tu amor y el pesar de no haberle apreciado como ahora.

—No basta eso: es necesario que no nos separemos: que olvidemos entre las delicias de nuestro amor los tormentos pasados: no partirás; seguirás siendo el privado omnipotente del rey: que todos esos ambiciosos y altivos nobles respeten tu poder, le teman y huyan de tí, ó se inclinen á tu presencia.

—Pero eso es imposible, Mencía, imposible de todo punto.

—¿Que es imposible? vas á juzgar de ello. ¡Ola!

Apareció una doncella.

—Haced buscar al secretario del rey Pero Rodriguez Delena.

La doncella desapareció.

—¿Qué piensas hacer? dijo Beltran de la Cueva.

—El rey no puede moverse mientras esté en poder del almirante y de los confederados, la declaracion del escándalo que anoche dió esa muger en su cámara. Pues bien: el escribano Delena me la entregará.

—¿Y entonces?...

—Entonces, un rápido golpe de mano: el almirante, los condes de Haro y de Benavente y otros señores, están en Segovia: prendelos.

—Prender al conde de Haro es lo mismo que producir la destitucion del rey.

—Destitúyanle en buen hora, esclamó doña Mencía: eso no será otra cosa que un escándalo mas, cuyo castigo robustecerá el poder

real, que es el tuyo: al anudar nosotros nuestra rota amistad, firmamos la paz de Castilla.

Abrióse de nuevo la puerta y la misma doncella dijo:

—El señor Pero Rodriguez Delena.

—Que entre.

Poco despues entró el viejo secretario.

Al ver sentados mano á mano, y con muestras de conmocion é intimidad á Beltran de la Cueva y doña Mencía, asombróse; pero viejo y esperimentado cortesano, disimuló su asombro y saludó del modo mas natural á Beltran de la Cueva y á doña Mencía, despues de lo cual, invitado por esta, se sentó.

—Os he llamado para un asunto importante, señor Pero Rodriguez, dijo doña Mencía.

—Sabeis que soy vuestro humilde criado.

—Y os he llamado delante del señor duque de Alburquerque, porque importa.

—El señor duque sabe de antiguo que le profeso un sincero afecto.

Inclinó la cabeza el duque, sonriendo como saben sonreirse los grandes señores.

—Ahora bien: ¿teneis en vuestro poder el testimonio que librásteis anoche?

—Se habia convenido en que yo le guardase hasta ver en que paraban las promesas del rey.

—¿Y teneis algun reparo en entregarme ese testimonio original y su copia?

—Ninguno, señora: vos me mandásteis....

—Yo os supliqué.

—Vuestras súplicas son para mí mandatos: me mandásteis, pues, que testimoniase de lo que viese, testimonié: vos me pedis ahora ese testimonio, y cabalmente, como es tal su importancia, le guardo conmigo: tomad, señora, tomad.

Y el escribano sacó del bolsillo interior de su jubon una cartera, y de la cartera dos pergaminos escritos á lo largo, que entregó á doña Mencía.

Esta los examinó: eran el testimonio original de lo que habia acontecido la noche anterior en la cámara de la reina y su copia.

—Tomad, señor duque, dijo doña Mencía dando á Beltran de la Cueva aquellos pergaminos. Ahora bien, añadió volviéndose al secretario: supongo que vos, por mas que os lo pidan, no librareis nuevo testimonio.

—No por cierto: á no ser que me lo pidais vos.

—Pues bien: ahora necesito que me otorgueis otra merced, señor Pero Rodriguez.

—Decid, señora.

—Id y preparaos para dar testimonio de unas prisiones.

—Muy bien, dijo el secretario levantándose. Adios quedad, señora: adios señor duque.

—Guardeos él, mi buen Pero Rodriguez.

—Adios, amigo mio: dijo Beltran de la Cueva levantándose y dando la mano al viejo cartulario á quien acompañó hasta la puerta.

—Deshago lo que hecho: ya lo ves, Beltran, dijo doña Mencía: ahora es necesario que tu no te descuides: lleva ese terrible testimonio al rey, y que se tranquilice; despues toma algunos hombres de armas y prende á todos tus enemigos que estén en Segovia.

—¡La guerra civil! esclamó Beltran.

—La guerra civil se vencerá en una batalla.

—Y... ¿qué hacemos de esa muger? dijo Beltran.

—Buscarla y traerla á la córte.

—¿A la córte?...

—Sí: ¿y qué me importa?...

—Yo creia...

—¿Que mis celos me obligarian á desterrarla?... ¿y qué me importaria que estuviese lejos ó cerca si tu la amases?

—¡Oh cuán grande eres, Mencía!

—Me engrandece ó me envilece tu amor: ámame siempre, y resplandecerá en mí la virtud... pero si de nuevo me ultrajas... ¡oh! entonces no repararé para vengarme en crímenes ni en horrores.

—¡Amarte, amarte! ¿y cuándo he dejado de amarte?

Y el duque asió una mano de doña Mencía y la llevó á sus labios.

—¡Oh! ¡qué es esto! dijo una voz admirada á la puerta.

Volviéronse entrambos amantes y encontraron ante sí á Hernando de Carrillo.

—Permitidme que me maraville, señor duque, dijo el capitan del rey: hacia tanto tiempo que no honrabais nuestra casa, que en verdad... y bien, ¿no marchais por lo visto?

Y el buen Hernando adelantó mas y tendió la mano al duque.

—El rey ha variado de opinion, dijo doña Mencía, y don Beltran no sale de la corte.

—Pues mirad, don Beltran, dijo Hernando de Carrillo sentándose

sin ceremonia: mirad dónde y cómo poneis los pies, porque se os acecha.

—Descuidad, descuidad, señor capitan: y á propósito, ¿cuántas lanzas moriscas y castellanas tenemos en el alcázar?

—Quinientas, sobre poco mas ó menos.

—Pues id á armaros y á caballo esas lanzas: tenedlas dispuestas para dentro de media hora en la plaza de armas. Antes de que pueda verse un solo soldado armado, mandad al alcaide Cabrera, de órden del rey, que no permita salir á nadie del alcázar... pero sin escándalo.

—Muy bien: ¿y entrar?

—A todo el mundo.

—¡Ah! comprendo perfectamente: una ratonera.

Beltran de la Cueva estaba visiblemente violento delante del esposo de doña Mencía, y aprovechó el pretesto que tenia de ver al rey para salir.

En cuanto quedaron solos los dos esposos, Hernando de Carrillo se frotó las manos y puso la cara mas contenta del mundo.

—Pues me alegro, sí, ¡vive Dios! me alegro mucho, muchísimo, mucho.

—¿Y de qué os alegrais tanto, Hernando? dijo con acento impaciente doña Mencía.

—¿De qué ha de ser? ¡vive Dios! por lo que parece habeis vuelto á ser buenos amigos vos y el señor duque de Alburquerque.

—Interesa al bien del reino.

—Ya lo creo, si interesa, y sobre todo, al bien mio: como que asi no tendré que andar tanto con el arnés acuestas, puesto que vuestra enemistad era tal, que nos daba á todos trabajo bastante para reventar.

—Pues es muy posible que haya lanzadas en campo abierto.

—Pues mejor, mucho mejor: prefiero dos, tres, cinco batallas á un solo dia de intrigas, ¡uf! aquello era insoportable, y una vez que habeis hecho las amistades el duque y vos, me prometo que no volverá á suceder.

—Acaso, acaso.

—¡Ah! con la sorpresa he olvidado el asunto á que venia.

—¿Y á qué veniais?

—¿Os acordais de aquel fidalgo portugués... el del porta-espuelas, y el pañuelo y los gemidos?

—¡Ah! el señor Blasco do Campo Riveyra.

—Pues, aquel á quien por vos dí yo una valiente estocada.

—Sí, ¿y bien?..

—Espera en vuestra antecámara.

—¡Que espera! nunca se ha atrevido ese hombre á hablarme, ni menos á visitarme.

—Pues ahí vereis: hoy es el dia de las cosas raras: os pide una audiencia.

—Pues concedida; decidle que puede entrar: veremos qué quiere: vos, entre tanto, id á cumplir lo que os ha mandado el duque.

—Adios, señora, adios... y me alegro, me alegro.

Y soltando una sarta de plácemes el capitan del rey, salió á la antecámara y dijo al portugués que esperaba:

—Mi esposa os aguarda, caballero.

Y siguió adelante hácia las galerías murmurando.

—Sí, sí, me alegro como si me arrancaran las entrañas: ¿con que es decir que otra vez?.. y ya se la conoce... la felicidad, el contento, la rebosan por encima de los cabellos... de sus hermosos y negrísimos cabellos.. ¿y que yo sufra esto y no tenga valor para romper por medio?.. pero bien mirado... ¿qué derecho tengo? ella no me engaña... no... ella no es mi muger.

Y pasándose la mano por la frente como si hubiera querido arrancarse de ella una pesadilla, se perdió á lo lejos de la galería.

LII.

En que doña Mencía se aprovecha de una manera admirable de Blasco.

Entretanto el portugués habia entrado en la cámara de doña Mencía: habia tardado mucho mas que el receptor, aunque habian salido casi al mismo tiempo de la casa de las Voces, porque Blasco, que no habia podido eximirse del general tributo de enamoramiento que todos los señores de la corte rendian á doña Mencía, habia querido presentarse á ella de una manera mas conveniente que con su arnés de guerra.

Habíase, pues, detenido algun tiempo á atabiarse en la posada del Príncipe, y al fin, resplandeciente de galas, estaba delante de doña Mencía.

Hemos indicado mas de una vez el empeño que Blasco tenia por la hermosa dama, pero tambien hemos indicado que no la habia hablado nunca: contentábase con rondar sus miradores, con lanzarla

miradas que eran comprendidas, aunque no contestadas por doña Mencía, con esas mudas demostraciones, en fin, á que se ve reducido un amante que no tiene medios de acercarse al objeto de su amor.

Bien hubiera podido declararse á ella mas esplícitamente por medio de una apasionada y poética carta: pero este medio desagradaba á Blasco que sabia muy bien que papeles son prendas, y no queria comprometerse con prendas de ninguna clase.

Por su parte, doña Mencía no era muger que desaprovechase nada: sabia muy bien por esperiencia, que no hay hombre, por desagradable que sea, que no sirva para algo, y por lo tanto nunca contestó con semblante severo á las atrevidas miradas del portugués. Podia suceder que algun dia necesitase á aquel hombre, y no queria irritarle.

Colocados en tal situacion respectiva doña Mencía y Blasco, no dejaba de tener cierto interés aquella intempestiva visita.

Sin embargo, doña Mencía le recibió con toda la soltura, con toda la cortesania á que estaba acostumbrada, y como si aquella no fuese la primera vez que se hablasen.

—Estrañareis, sin duda, señora... dijo el portugués despues de haberse inclinado profundamente en un respetuoso saludo.

—Sentaos, caballero, sentaos y decidme en qué debe consistir mi estrañeza, dijo doña Mencía.

—Mi visita...

—No es cosa que puede estrañarme conociéndonos como nos conocemos: es cierto que no nos hemos tratado: pero yo por mi oficio vivo en el alcázar en donde vuestra presencia es frecuente, y si no habeis entrado antes en mis habitaciones, ha sido, sin duda, porque no habeis pensado en ello: mis puertas, caballero, están abiertas para todo, el que, como vos, es noble y cortés.

—Os he mirado con respeto: mejor diré, con miedo.

—¿Miedo?

—Sí, por cierto. Tratándoos, esperaba perder mas que ganar.

—No os comprendo.

—Solo una necesidad, y una necesidad imperiosa, ha sido, señora, la que me ha obligado á pediros vénia para hablaros.

—¿Una necesidad imperiosa?...

—Sí, por cierto: y juzgareis de ella cuando os diga que su alteza la reina está en mi poder.

—¡Ah! esclamó doña Mencía: ¿su alteza... la reina... está en vuestro poder?

—Por mejor decir, estaba.

—¿Que estaba? ¿y cómo ha ido á vuestro poder la reina? ¿quién os la entregó? ¿á quién la habeis entregado?

Blasco entonces contó á doña Mencía cuanto le habia acontecido desde que Diego Enriquez del Castillo le entregó la reina, hasta que la perdió en la casa de las Voces.

—¿Y con qué objeto habeis venido á mí y no á otro con vuestra necesidad, caballero?

—Confio mas en vuestro poder y en vuestra discrecion, que en los de otro cualquiera.

—Gracias, caballero: ¿pero, en fin, qué quereis que yo haga en ese negocio?

—Desconfio de la gente que me rodea, desconfio de todo: yo pensaba llevar á la reina á Portugal, pero habiéndola perdido, pesa sobre mí una gran responsabilidad... responsabilidad que con vuestra ayuda pienso salvar, señora.

—Decidme el medio.

—Vos teneis mil medios á vuestro alcance, y sin duda que encontrareis alguno mejor que todos cuantos pudiera yo haber pensado.

—¿Está muy lejos de Segovia esa casa misteriosa?

—Cuatro leguas, señora.

—¿Y decis que en esa casa mora un monje benedictino de larga barba blanca á quien no habeis visto el rostro?

—Sí, sí, eso es: un monje encubierto.

—¿Y ninguna mas gente habeis visto?

—Nadie mas.

—Pues bien: necesito de un guia para esa casa.

—Os serviré yo de guia, señora.

—Acepto: entonces estad dispuesto para esta noche.

—Lo estaré.

—Esperadme fuera de Segovia camino de Guadarrama.

—¿A qué hora?

—Despues que haya oscurecido.

—A esa hora estaré esperándoos, señora.

Y dicho esto, el portugués se levantó.

—¿Os vais?

—Sí, por cierto: no quiero robaros mas vuestro precioso tiempo.

—En verdad, en verdad, que mi oficio de camarera mayor de la infanta doña Isabel, me trae muy ocupada... esto no impide el que cuando querais vengais á verme sin encogimiento: como si fuérais

un antiguo amigo, puesto que yo os tengo por tal.

—¡Oh! gracias, señora, gracias, dijo el portugués besándola una mano con profundo respeto y sin salir en un ápice de lo que en aquellos tiempos podia llamarse etiqueta, despues de lo cual se despidió y salió.

—Este hombre, dijo doña Mencía cuando se encontró sola, no carece de talento: ha comprendido perfectamente que en una primera vista no ha debido hablarme de amor: sin embargo, su encogimiento, perfectamente afectado, su mirada cobarde; cien pequeñeces, en fin, me demuestran que ese hombre pretende parecer enamorado... ha venido á ofrecerme ademas la persona de la reina... ¡ah, señor Blasco, señor Blasco! yo aprovecho vuestros proyectos: habeis comprendido que quien ha alzado á Beltran de la Cueva puede alzar á otro hombre, y os consagrais á mí.... pero habeis llegado tarde.... en otras circunstancias me hubiera dejado enamorar de vos.... os hubiera hecho concebir esperanzas, os hubiera enloquecido, convirtiendo en veras lo que vos fingís por ambicion... pero ahora os usaré de valde... y os pagaré dejándoos la reina, de la cual podeis enamoraros como gusteis.

Despues de esto doña Mencía llamó á una de sus doncellas.

—Haced, la dijo, porque venga al momento mi marido.

Pero la doncella volvió con la contestacion de que el señor Hernando de Carrillo, acababa de salir del alcázar con el duque de Alburquerque y un centenar de lanzas.

—En ese caso, haced que venga el señor cronista Enriquez del Castillo.

Algun tiempo despues el clérigo estaba delante de doña Mencía.

—¿He tenido la alta honra de que me hayais llamado, señora?

—Sí por cierto, señor libertador de damas, contestó doña Mencia.

—¡Yo... libertador... de damas!

—Sí, sí tal... pero no importa: nos habeis hecho un buen servicio y os estamos agradecidos: ahora bien: vos érais en otro tiempo muy conocido, muy amigo de don fray Anselmo, el actual receptor de los benedictos de Guadalajara.

—Sí, sí, es verdad; pero desde que dieron en hablar de ciertas cosas....

—¿De los hechizos del buen don Anselmo? vamos, no os escandalíceis, señor Castillo: vos sabeis mejor que nadie que el tal receptor es un bendito hombre, muy virtuoso y muy recto: el tal acaba de hablar conmigo graves, gravísimas cosas, y aun nos quedan muchas

que hablar. No ha podido salir del alcázar porque acaba de darse órden de que no se deje salir á nadie: vos conoceis perfectamente todos los escondrijos y mechinales del alcázar, hacedme, pues, la merced de buscar á don Anselmo y traedmele por la galería de Enrique III.

Y sin decir mas doña Mencía saludó con mucha gracia al cronista y se encaminó á la cámara de la infanta.

—Esta, muger dijo el cronista, que habia quedado absorto, tiene el diablo en el cuerpo: todo lo sabe, para ella no hay secretos y de todo el mundo se sirve: pues bien, vamos á avisar á don Anselmo que doña Mencía le necesita: ¡diablo! ¡diablo! voy creyendo que ese buen benedictino es hechicero.... haber logrado, segun yo mismo he visto, puesto que he andado en ello, que se hablen doña Mencía y don Beltran, y que hagan las paces, como parécelo indicar lo que acaba de decirme el secretario Delena... destruido el testimonio de adulterio; encontrada la reina... vamos, no tendrá nada de estraño que esta avenencia amorosa traiga la paz de Castilla... y de estas flaquezas penden muchas veces, el reposo y la prosperidad de las monarquias: bien dijo el sabio rey que dijo: *vanitas vanitatum et onmia vanitas*.

Y murmurando estas palabras llegó á su encumbrado aposento, abrió con llave y dijo á don Anselmo que le salió al encuentro:

—Hacedme la merced de seguirme, amigo mio.

—¿Adónde, señor cronista? contestó el monje.

—Doña Mencía os llama.

—¿Que me llama doña Mencía?

—Sí, queria sin duda daros las gracias.

—¿Y de qué?

—¿De qué? de nada. Pero ciertamente que desde que habeis venido está radiante de felicidad.

—¡Ah! se han entendido.

—Pues esto era de esperar, y mas vale así: la guerra que traian entre estos dos señores, era la guerra civil y la destruccion de Castilla. ¡Miseria humana!

—Sí, sí; teneis razon, señor Castillo: ¡miserias humanas! pero vamos á ver á doña Mencía.

Poco tiempo despues, doña Mencía recibia al monje, con el que estuvo encerrada hablando largo tiempo.

LIII.

De como Diego entre otra clase de gente hacia lo que podia por su parte.

Digimos anteriormente que Diego, guiado por el bandido Melendo, se encaminaba á la Rambla honda entre las quebraduras del Guadarrama.

Cuando llegaron, Diego reconoció el sitio: era una hondonada tétrica, una especie de embudo entre dos montañas, surcada por un pendiente arenal seco y árido, que en el momento en que caia de las nubes la mas escasa lluvia, se convertia en un rio.

En el centro de aquel embudo habia como un centenar de hombres alumbrados por el reflejo de una hoguera que habian encendido para tener luz únicamente, porque ya sabemos que los sucesos de que nos ocupamos acontecian en verano.

Todos aquellos hombres eran de aspecto feroz: todos tenian rostros de bandidos: todos ellos vestian trajes de monteros libres.

Aquella reunion, en aquel sitio y á la luz de la hoguera, tenia mucho de salvaje y de fantástico.

Algunos atalayas avanzados, puestos por precaucion, detuvieron y reconocieron á Melendo y á Diego.

Al fin estos se encontraron entre los bandidos.

—¡Diego el Desollador! ¡el valiente Diego el Desollador! gritaron algunos.

—¡El capitan!

—¿Dónde habeis estado, señor capitan?

—¿Os venís otra vez con nosotros? gritaron á un tiempo todas aquellas voces.

—En círculo, en círculo á mi alrededor, á fin de que todos podais oirme: dijo Diego.

Inmediatamente los bandidos formaron círculo.

—Escuchadme, valientes, esclamó Diego: ¿quereis servir á sueldo mio?

—Sí, sí, sí, gritaron todos.

—Pero tened en cuenta que habreis de dejar estas breñas.

—Y bien, dijo uno tomando la palabra por todos: cansados estamos de esta vida: con lo empobrecido que está el reino y lo resguardados que andan los viandantes, las presas están por el cielo y nos vemos reducidos á vivir de la monteria, lo que no es muy divertido.

—Se trata de que sirvais como hombres de armas en mi mesnada.

—Sí, sí, ya sabemos, porque nosotros desde estos andurriales lo sabemos todo, que el rey os ha hecho por vuestros servicios rico-hombre y su montero mayor: dijo el que habia tomado la voz.

—Pero, en fin, ¿qué contestais?

—Camaradas, dijo aquel hombre: ya veis la vida que traemos: el oficio se hace cada vez peor: como hombres de armas de un capitan tal como don Diego, y ahora que hay guerra, tendremos con mucha frecuencia botin y sangre: ¿quereis entrar en su servicio?

—Sí, sí, sí, gritaron.

—Si alguno hay que no quiera, que lo diga.

Nadie contestó.

—Es decir que desde ahora sois soldados mios.

—Sí, sí, sí, contestaron todos.

—Pues bien, valientes, añadió Diego; yo habia comprado arneses armas y caballos; pero esos arneses y esas armas y esos caballos, me los han robado.

—Vos comprareis otros, dijo el que hasta entonces habia hablado por todos, puesto que como sabemos sois rico.

—No hay necesidad de comprarlos sino de rescatarlos.

—¡De rescatarlos!

—Sí, por cierto: todos esos arneses, teniendo dentro un hombre, están encerrados en la casa de las Voces.

—Pues á la casa de las Voces: gritaron todos poniéndose en movimiento.

—Esperad, esperad, dijo Melendo que hasta entonces no habia hablado: ya sabeis que la casa de las Voces es muy fuerte.

—La asaltaremos, gritó uno.

—La pondremos fuego, añadió otro.

—La demoleremos: esclamó un tercero.

—El asalto es mejor, dijo Melendo: pero es necesario que tengamos en cuenta una cosa.

—¿Cuál?

—El capitan que manda esa gente es el portugués Blasco do Campo Riveyra: todos me habeis jurado esterminarle en el momento que le hayamos á las manos.

—Le esterminaremos.

—Pues entonces, amigos mios, adelante: tomemos el camino de nuestra cueva para sacar de ella los garfios y las escalas, é introducirnos por las ventanas. Ballestas al hombro y en marcha.

Todos aquellos hombres que pasaban de ciento, siguieron á Die-

go y á Melendo: despues de haber recogido en las guaridas algunos útiles de asalto de que se servian para acometer alguna vez castillos mal defendidos, llegaron en silencio á lo alto de la cortadura en donde habia quedado de atalaya Nuño.

—¿Ha acontecido alguna novedad? le preguntó Melendo.

—Ninguna: nadie ha entrado ni salido de la casa, ni se ve luz mas que en aquella vidriera.

Y Nuño al decir esto señaló una ventana que se veia al norte iluminada por el reflejo de una luz.

—¿Y no se ha oido ningun ruido? insistió Melendo.

—Ninguno.

—Pues entonces por alli es nuestro ataque: dijo Diego señalando la ventana iluminada. Ahora descendamos en silencio: la noche es oscura y el ruido del torrente ocultará nuestros pasos. Esto es una sorpresa, amigos mios, pero os advierto que os las vais á haber con gente dura.

—No importa.

—¡A la casa!

—¡Al asalto! esclamaron todos.

—Pero es la casa del buen monje, dijo otro.

—Y bien, añadió Melendo: nosotros no haremos daño alguno en esa casa, salvo la vidriera que habremos de romper para entrar. Con que adelante. Tu, Nuño, quédate aqui, y avísanos con tu corneta si se acerca alguien.

Despues de esto todos aquellos hombres descendieron por las escarpaduras, y al poco tiempo rodeaban la casa de las Voces.

LIV.

El asalto.

En aquellos momentos la reina llorosa y pálida, estaba sentada en un sillon en un pequeño retrete, al lado de una mesa en que ardia un velon de cobre.

Al otro lado de la mesa, la dueña á quien la reina habia alentado para que no alterase por ella sus costumbres hilaba un copo de lino.

Frente á la mesa habia una ventana guarnecida con vidrieras de colores.

Nada se escuchaba allí, ni aun el ruido del torrente, porque como hemos dicho, aquella casa por sus accidentes de construccion, de la

misma manera que por algunos de sus lados multiplicaba y aumentaba los sonidos, por otros los estinguia.

No se oia, pues, mas que los suspiros que de tiempo en tiempo lanzaba la reina y el murmullo monótono y gutural de la voz de la vieja que rezaba entre dientes.

La reina callaba por que tenia demasiado concentrado el espíritu y su pensamiento estaba muy lejos del lugar en que se encontraba: la vieja callaba tambien, ó por mejor decir, se circunscribia á su rezo por el respeto que le inspiraba la reina, que fuera por olvido ó por otra cualquier causa, conservaba ceñida su rica diadema: aquello imponia que de tiempo en tiempo lanzaba una mirada á la ilustre dama, y bien hubiera querido entablar con ella larga y detallada conversacion.

Y como un deseo largamente contrariado acaba al fin por dominarnos y hacernos arrostrar por todo, la vieja, tomando pretesto de lo avanzado de la hora se atrevió á decir suspendiendo su rezo:

—Es ya tarde, y el señor don fray Anselmo tarda demasiado. ¡Quiera Dios que no le haya sucedido alguna mala aventura en el camino!

La reina estaba tan abstraida que no oyó, y por lo tanto no contestó á la observacion de la dueña.

—Pero eso no quita, añadió esta sin darse por vencida, el que no nos abandonemos tambien por acá: vuestra alteza aun no ha comido, y ya hace mucho tiempo que vino.

Tampoco contestó la reina.

—Y no es prudente, ni Dios manda, el que nos abandonemos asi; añadió la tenaz vieja dando mas fuerza á su voz.

—¿Qué decís? preguntó la reina, volviendo en sí como quien despierta de un sueño.

—Digo señora, contestó la dueña que por grandes que sean las penas no debemos tratarnos con tanto descuido: ademas, que yo estoy segura que vuestra alteza no echará de menos en casa de don fray Anselmo al cocinero del alcázar.

—¿Conque vive aquí don fray Anselmo?

—Os diré, señora, contestó la vieja, contenta ya, porque al fin habia logrado entablar una conversacion cualquiera: don fray Anselmo vive aquí por pequeñas temporadas, aunque estas se repiten con frecuencia: ya se ve, su oficio de receptor de los monjes benedictinos de Guadalajara le permite ir y venir. Yo soy la que vivo aquí continuamente: al principio me asustó esta casa; pero despues que don

Anselmo me esplicó en lo que consistian sus ruidos, me acostumbré á ellos, y casi casi estoy por decir que no me encontraria en otra parte: aqui tengo cuanto he menester; huerta, algunos criados que me sirven, y que no os verán, porque asi lo ha mandado el amo, gallinas y vacas, y vivo á mi gusto... ya soy vieja, estoy cansada, pero cuando era jóven me he divertido mucho y he estado en la corte en los buenos tiempos de don Alvaro de Luna, cuando acababa de casarse con la infanta doña Maria de Aragon el rey don Juan, y estaba aun hermosa la reina viuda doña Catalina de Lancaster, la que vino de Inglaterra, allá en los tiempos de don Juan el Primero, visabuelo del señor rey vuestro esposo: todo esto lo sabe al dedillo don Anselmo, como que entonces no era monje, ni pensaba en serlo, y visitaba mi casa, y... en fin, aquellos eran unos muy buenos tiempos.

—Que no se parecen ciertamente á estos.

—De todo habia: habia bandos y lanzadas y carreras, y se tocaba cada dia á rebato, y andaba la paz por el coro, y se prendian y se degollaban nobles, y al que menos se le desterraba por un tantico; y se decia que doña Catalina, que era muy bizarra, y muy matrona, y muy rubia, y muy blanca, y asi, acompañada de carnes como vuestra alteza, estaba amancebada con don Alvaro, y dijose otrosí mas adelante que el tal don Alvaro habíase amancebado tambien con la reina doña María: ¡si hubiérais conocido á don Alvaro!... yo, que era entonces moza y garrida, le conocí mucho: era un señor á quien no se podia negar nada: ya veis que si bien se mira, aquellos tiempos eran iguales á estos. Me acuerdo tambien de cierta ocasion en que la reina doña María estuvo escondida y á salto de mata, como....

Contúvose la vieja, conociendo, aunque tarde, que iba á decir una barbaridad.

—Sí, sí, como yo me encuentro ahora, dijo la reina con amargura: pero continuad, continuad: por el ejemplo de lo que ha pasado podemos esperar lo que ha de sucedernos: ¿qué aconteció á la reina doña María? creo que estuvo algun tiempo presa en el castillo de Soria.

—Sí; sí por cierto, señora: dijo la vieja: el condestable estuvo tambien desterrado de la corte, en la villa de Escalona; pero en el momento que volvió á la gracia del rey, la reina doña María volvió con mas pujanza que nunca al alcázar; todo por obra de don Alvaro.

—Don Alvaro era un buen caballero, que no podia dejar en la desgracia á quien sufria por él.

—Y no faltarán en Castilla caballeros tan buenos como don Alvaro.

Por lo tanto, debeis esperar señora...

—¿Y qué tengo yo que esperar de ningun caballero? esclamó con severidad la reina, cortando el vuelo á la charla de la vieja que iba entrándose en terreno vedado.

—Quiero decir, señora, que no faltan buenos y leales caballeros que aconsejarán al rey... y que... en fin... esto no impide el que cuideis de vuestra salud... y...

—Sí, sí; id y traedme algo, dijo la reina: mas bien que por apetito, por quedarse sola, y la vieja salió murmurando:

—¡Como si no supiéramos que está enamorada, perdida, de don Beltran de la Cueva como lo estaba la reina doña María de don Alvaro de Luna! ¡pero bah! es necesario sostener el orgullo, y que todos callen, aunque las cosas se vean claras como el sol.

Y lentamente fué trayendo al aposento donde se encontraba la reina una blanquísima manteleria, y una pesada y antigua servidumbre de plata, con la que cubrió una ancha mesa; luego trajo algunos manjares humeantes, algunos fiambres y algunas conservas: despues de lo cual sirvió á la reina el aguamanil, segun costumbre de aquellos tiempos, y de una manera igual á como pudieran habérselo servido en el alcázar.

La reina apenas probó dos platos, mortificando con esto la vanidad de la vieja que, habiendo sido hermosa y codiciada en su juventud, habia venido á parar en su vejez entre tarteras y cacerolas.

—Vuestros guisos son escelentes, dijo la reina para consolarla un tanto; pero no tengo apetito: lo que mas me aqueja es el cansancio y el sueño.

—Querrá quedarse sola, dijo para sí la vieja: y luego añadió alto: pues si descansar quiere vuestra alteza, dispuesto está todo, tambien como ha podido hacerse de repente.

Y tomando una lámpara de plata llevó á la reina á una habitacion inmediata.

—¿Quiere vuestra alteza que la desnude? dijo.

—No, no, se apresuró á decir la reina: yo me desnudaré sola. Que os guarde Dios y os dé muy buenas noches amiga mia.

Esto era despedir á la vieja que lo comprendió así, y salió.

La puerta solo quedó encajada, sin que la asegurase por adentro ningun fiador: la reina ni aun reparó en la habitacion en que se encontraba; pero si lo hubiera hecho hubiera visto un precioso retrete tapizado con damasco azul, de techo de ensambladura dorada y pintada, con una arcada gótica tallada de madera y dorada, tras la cual

se veia uno de esos magníficos lechos de encina escultada, que nos han quedado como recuerdo del mueblage de la edad media.

Pero la reina no reparó en nada de esto: estaba demasiado preocupada y su pensamiento harto lejos de aquel lugar, para volver su atencion á otros objetos.

Beltran de la Cueva despreciándola; doña Mencía de Padilla dejándola conocer la espresion feroz de su venganza; doña Guiomar de Silva insultándola; Alfonso de Leiva muerto á sus pies; el rey, los nobles rebeldes acusándola, sonrojándola: todo esto se revolvia como un torbellino, y de una manera incesante, en su cabeza calenturienta: y sobre estos pensamientos de amor, de celos, de desesperacion, de vergüenza, se levantaba el recuerdo de su hija la infanta doña Juana: ¿qué habia sido de ella? acaso no habiendo podido los traidores apoderarse de la madre se habian apoderado de la hija.

Cosas eran estas capaces de volver loca á una persona de cabeza mas firme que doña Juana: esta se sentia dominada por un vértigo: oraba á veces, lloraba otras; se desesperaba las mas, y entre tanto su organizacion se resentia, la pesaba la cabeza: un dolor lento, continuo, comprimia sus sienes; su boca estaba seca y amarga, y la pesaban los párpados.

De una manera instintiva, involuntaria, la reina se acercó al lecho y se echó sobre él vestida: á poco de haberse acostado se durmió.

Pero su sueño fue inquieto y terrible: reprodujéronse en él todos los acontecimientos anteriores, pero agrandados por la imaginacion, llenos de terror y de angustia: el sueño de doña Juana de Portugal, mas que descanso, era entonces un tormento. Es verdad que hacia mucho tiempo que sus sueños eran inquietos, sombríos, llenos de pronósticos; pero nunca tan implacables como entonces.

Parecíala que se veia en un pais nebuloso, opaco, tristísimo, en el que se encontraba sola, enteramente sola: que su corazon la arrastraba hácia un ardiente horizonte donde en una estrecha ráfaga de luz parecia brillar opaca é indecisa la estrella de la esperanza: pero sus pies entorpecidos apenas podian adelantar, y aquel distante astro iba convirtiéndose en rojo hasta teñir de sangre todo el horizonte: parecíala entonces escuchar estridor de combate, alaridos de hombres, relinchos de caballos, son de clarines y atambores, y gritos de agonía: despues pasaban delante de ella, mirándola de una manera amenazadora, sombras envueltas en largos y repugnantes sudarios. Y la reina conocia á aquellas sombras, las conocia todas: unas llevaban las se-

ñales lívidas del tósigo en el semblante; otras los pechos desgarrados por anchas heridas, de las cuales brotaba negra sangre; aquellos demacrados, terribles, con los ojos hundidos en las órbitas, mostrando todas las señales del hambre. Doña Juana no conocia á ninguno de estos últimos: eran viejos, mugeres, niños, hombres, mancebos, todos del pueblo. Al cabo una larga procesion de monjas puestas en dos hileras con hachas de cera amarilla encendidas en las manos, llevaban algunos objetos estraños sobre bateas cubiertas con bayetas negras: primero llevaban una corona de flores blancas, despues una corona de rey, luego una larga crencha rubia que parecia acabada de cortar de una cabeza de muger: sucesivamente joyas, trages de brocado, velos riquísimos; despojos, en fin, de la grandeza mundana: tras las feas, pálidas y magras monjas, y entre otras no menos horribles, iba una doncella hermosa, pálida, triste, vestido un sayal penitente, y con la cabeza tonsurada, rodeada de otra multitud de aquellas arpías, que entonaban con voz gangosa salmos penitenciales: últimamente, y personificados con cuanto horror puede fingirse la imaginacion, iban el dolor, la tristeza, la rabia, los celos, la envidia, la maledicencia; digno cortejo y acompañamiento de monjas.

La reina reconoció con horror en la hermosa jóven motilada que iba entre aquella gente á su hija la infanta doña Juana, aunque de mucha mas edad que la que tenia en los momentos del sueño de su madre.

¿Era aquel un sueño hijo del terror ó un sueño profético? ¿aquella corona de flores blancas y aquella corona de oro, llevadas y como arrebatadas al peinado por aquellas momias humanas, significaban que la desdichada Beltraneja debia perder su corona de inocencia y de pureza, y su corona de reina?

Y para colmar el terror de doña Juana, veíanse tras esto las banderas de Portugal llevadas á rastra sobre el polvo por soldados castellanos, mientras otros llevaban arboladas otras banderas rojas y resplandecientes, en las cuales se veian enlazados y ceñidos los blasones reales de Castilla y de Aragon.

No sabemos hasta dónde hubiera llegado el sueño simbólico de la reina, si, como ella misma relata en sus memorias, no hubiera venido á sacarla de él un grito agudísimo que resonó en la habitacion inmediata.

Incorporóse la reina mal despierta aun, sobre el lecho, pero nada oyó: dominaba el mas profundo silencio.

—¿Será ese grito cosa de mi sueño? dijo; pero no, yo he creido

conocer la voz de doña Andrea.

En aquel momento la reina se estremeció; habia escuchado distintamente pasos de hombres en la habitacion inmediata.

Poco despues, y no sin gran terror de la reina, que se arrojó precipitadamente de la cama, rechinó la puerta, se abrió y apareció un hombre con traje de montero y con una lámpara en la mano.

—¡Tranquilizaos! ¡tranquilizaos, señora! dijo apresuradamente aquel hombre: nada teneis que temer del mas leal de vuestros vasallos.

—¿Qué vos sois el mas leal de mis vasallos? esclamó la reina con estrañeza.

—¿Acaso no me conoceis en este traje? repuso el hombre.

—Creo reconoceros... esperad: ¡vos sois el montero mayor de mi esposo!

—Sí, sí señora: yo soy don Diego Perez.

—¿Y os envia el rey?

—Nadie me envia, señora: solo una casualidad es la que me ha hecho saber que vos estabais aqui, contestó don Diego: el terror de esa vieja á quien hemos sorprendido, nos lo ha revelado todo, y hemos sabido que estabais aqui.

—De modo que no veniais por mí á esta casa.

—No por cierto, señora, sino por asuntos particulares mios: pero se os busca con afan...

—¿Para prenderme?

—No por cierto, señora, sino para que no se eche de menos vuestra falta en el alcázar: lo he sabido esta misma mañana, y aun se me ha encargado por el rey que os busque.

—¿Pero vos ignorais que estoy en casa de un amigo?

—¿Llamais amigo al señor Blasco do Campo Riveyra?

—No por cierto.

—Pero os encontrais en poder de ese hombre, que guarda esta casa con su gente.

—¡Que la guarda! sin embargo, él no podrá dar conmigo.

Y la reina contó á Diego de qué manera don Anselmo la habia sustraido del poder de Blasco.

—¡Ah! ¿con que todo consiste en una puerta secreta? ¡débil reparo! esclamó Diego: yo conozco bien á la gente que acompaña á Blasco, y sé bien que no dejarán si es preciso piedra sobre piedra para encontraros: golpearán las paredes: demolerá alli donde suene hueco, y.... aqui estais en peligro, ó por mejor decir, estabais, porque con la gente que me acompaña, os juro que nada teneis que temer. ¿Y decís que

estas habitaciones se comunican con el resto de esta casa por una puerta secreta?

—Sí, por cierto, segun me ha dicho don Anselmo: ¿pero para qué necesitais vos esa puerta?

—Para salvaros, señora.

—¡Para salvarme! ¿pues no me decís, no habeis dicho al fin, que el rey os envia?

—Es verdad, pero está apoderado de vos, á pesar de todo, ese maldito Blasco, á quien es necesario enseñar á ser mas respetuoso con los reyes de Castilla.

—¿Y no temeis que ese hombre?...

—Nada temo, señora: venid, venid y juzgad.

Y señaló á doña Juana la puerta por donde habia entrado.

La reina fué á aquella puerta.

En la habitacion inmediata, que era bastante estrecha, vió agrupados como hasta cien hombres.

—De rodillas, amigos mios, de rodillas, dijo Diego: saludad á vuestra reina.

—¡Viva la reina! gritaron los bandidos arrodillándose.

—Alzad, alzad, soldados, dijo doña Juana: vuestro capitan me ha respondido de vuestra fidelidad, y yo confio en ella.

—Sí, sí; dijeron los bandidos alzándose entusiasmados por la enérgica hermosura de doña Juana.

—Ahora bien, caballero: ¿decís que necesitais saber dónde existe la puerta de comunicacion?

—De todo punto, señora, si he de atender á la seguridad de vuestra alteza: contestó Diego.

—Pues bien, doña Andrea os lo dirá: dijo la reina señalando á la vieja ama de gobierno de don fray Anselmo, que miraba todo aquello con ojos espantados.

—Esta gente se nos ha entrado como los murciélagos, por la ventana: dijo la vieja; y hay que fiar muy poco de ella, señora.

La reina sentia en verdad fuertes recelos, pero comprendia que Diego tenia la fuerza y preferia afectar confianza y dejarse llevar de la situacion á resistir esponiéndose á un desacato.

—No, no; dijo doña Juana: á pesar de que los veis con estas apariencias, este caballero que veis á mi lado es montero mayor del rey mi esposo, y estas honradas gentes soldados de su mesnada.

—Sí, sí; todo eso será verdad pero....

—Os suplico doña Andrea que mostreis á don Diego la comunica-

cion con el resto de la casa.

La vieja por idénticas razones que la reina, temiendo un atropello, cedió, y dijo á Diego, aunque con acento avieso:

—Seguidme, caballero, seguidme.

—Vos, señora, dijo el bandido; quedaos en el aposento donde os he encontrado, y confiad. Vos, honrada dueña, guiad.

La reina se encerró en el dormitorio, donde cayó de rodillas y se puso á orar en tanto que doña Andrea conducia á Diego y á los suyos á través de algunas habitaciones hasta una puerta oculta en la ensambladura, que abrió oprimiendo un resorte.

—Quedaos tambien, buena madre, dijo Diego, porque la zambra que va á armarse dentro de poco, no es cosa que pueda agradaros mucho. Alferez Melendo, añadió nombrando ya á su antiguo camarada por el nombre de su nuevo oficio: quedaos aqui con diez hombres y resguardad á su alteza: vosotros seguidme.

Los cuatro bandidos restantes siguieron á Diego, que, cuando todos estuvieron fuera, cerró la puerta.

Entonces notó que esta era tan disimulada, que era imposible, no conociéndola bien, dar con ella, y para no perderla dejó allí uno de sus hombres.

Despues de esto se perdió silenciosamente con los restantes en las habitaciones sucesivas.

LV.

De como no hay peor cuña que la de la misma madera.

Tan recatadamente marchaban, que era casi de todo punto imposible que fueran sentidos; sin embargo, como la gente con quien iban á habérselas era tan vigilante y tan despierta como ellos, uno de los atalayas que el alferez Nuño Arévalo tenia al pie de las escaleras, dió la voz, ó por mejor dicho, el aviso de alerta.

—Paréceme, dijo con algun tanto de pavor, que andan arriba muchas personas ó muchas almas del otro mundo, dijo al alferez.

—¡Personas! dijo Arévalo. ¿Y por dónde han entrado? ¡almas del otro mundo! ¿y qué quiren con nosotros?

El Zurdo, que ya sabemos que este sobrenombre tenia el alferez Nuño Arévalo, calló de repente: habia oido en medio de los ecos que producia el bramido de las aguas un ruido tan continuo semejante al que producen en el follage en una selva esas primeras y perezosas ráfagas que preceden á la tempestad.

—¡Ah! ¡vive Dios que tienes razon Artal! pasos de muchos hombres que se acercan, que bajan las escaleras: ¡ola! ¡arriba! ¡arriba todos! ¡á las armas!

A las voces del Zurdo los bandidos, que estaban echados acá y allá, se levantaron haciendo crugir los arneses.

—¡Vuestras lanzas! ¡tomad vuestras lanzas! esclamó el Zurdo: formemos una muralla de acero y veamos qué quieren con nosotros.

Inmediatamente una masa compacta de hierro que brillaba á la opaca luz de las lámparas que iluminaban el estenso zaguan, se formó delante de los triples arcos de las escaleras, en cuyo primer tramo apareció al fin Diego con los suyos.

Los dos bandos eran fuertes: los bandidos que habian hecho traicion á Diego para seguir á su antiguo capitan Blasco, no tenian armas arrojadizas, mientras que los que seguian á Diego, tenian fuertes venablos y enormes ballestas; pero en cambio si los de abajo, despues de la primera descarga, asaltaban las escaleras, tenian sobre los de arriba la ventaja de sus armaduras, ventaja inmensa trabándose un combate cuerpo á cuerpo.

Diego lo comprendió esto á primera vista, y del mismo modo que el Zurdo al reconocer á Diego comprendió que no podia esperar de él otra cosa que una terrible venganza por su desercion.

Los dos enemigos se contemplaron por algun tiempo frente á frente.

Al fin Diego comprendió que era mejor valerse de la astucia que de la fuerza.

—¡Ola! ¿me conoceis? dijo adelantando de los suyos, á quienes contuvo con un ademan, y dirijiéndose á los que habian sido sus soldados.

Nadie le contestó.

—¿Qué quiere decir vuestro silencio? esclamó con energía Diego: ¿acaso el miedo os embaraza la voz delante de vuestro capitan á quien habeis vendido?

El Zurdo no pudo contenerse.

—Escucha, Diego, le dijo: ni tenemos por qué tenerte miedo, ni puedes decir que te hemos vendido: tú eres el que nos has engañado.

—¿Que os he engañado yo? esclamó con doble cólera Diego: ¿no os he pagado puntualmente vuestras soldadas? ¿no vestís arneses y preseas que son mios? ¿no veo allá tras vosotros caballos que me habeis robado de mis caballerizas?

—¡Concluyamos! dijo con altanería el Zurdo: tú nos habias ofrecido que tendriamos ocasion de andar en guerras y en espediciones donde tendriamos botin: esto no se ha cumplido: nos has tenido seis meses mano sobre mano, ociosos, atenidos á un miserable sueldo: nosotros no hemos nacido para eso: ademas, hemos encontrado á nuestro antiguo capitan y le hemos seguido porque nos ofrece mas ganancias y mejor vida que la que tu nos has dado.

—Y le habeis seguido robándome mis armas y mis caballos.... es decir, armándoos á mi costa.

—Hemos tomado esto á cambio de las presas que tu no nos has dado.

—Es decir que quieres tu, Zurdo, que se vierta sangre.

—Viértase en buen hora.

—Ya lo ois, camaradas, esclamó Diego dirigiéndose á sus desertores: ese hombre que os ha engañado, vendiéndoos al portugués, á ese jactancioso capitan Blasco, en nada tiene vuestra libertad y vuestra vida.

—¿Quién es mas jactancioso que tú? dijo el Zurdo.

—Yo puedo reduciros á gigote en cuanto quiera.

—Pruébalo, pues: contestó adelantando el Zurdo.

—Para probaros lo que puedo, basta el que me veais en este lugar: estais vendidos, camaradas, esclamó con sarcasmo Diego: por esta puerta, yo con estos valientes muchachos, os acorralo: por fuera os cercan las lanzas del rey.

A aquella falsa noticia aventurada por Diego, oscilaron los bandidos de Nuño, y algunos de ellos corrieron á la puerta.

—Sí, sí; dijo Diego: os habeis metido sin precaucion en la trampa y estais encerrados en ella: procurad, procurad abrir la puerta: aunque lo logreis solo será para dar en las manos de los que os aguardan, y de ellas en la horca.

El Zurdo vió con desesperacion que un terror pánico empezaba á cundir entre los suyos, y quiso en vano alentarlos: algunas voces sediciosas aclamaban á Diego.

—Haceis bien en acojeros á mi, hijos mios, dijo este: solo de este modo podreis salvaros: habeis cometido un enorme crímen: habeis robado á la reina.

—¡A la reina! esclamaron algunas voces.

—¡Era la reina la dama que llevaba sobre el arzon el capitan! gritaron otros.

—Sí, sí, hijos mios: la reina doña Juana de Portugal, esposa del muy poderoso y temido señor rey de Castilla; esclamó Diego: delito

por el cual sereis ahorcados si yo no os protejo.

Volvieron los bandidos aterrados á aclamar á Diego, y algunos adelantaron con visible intencion de pasársele.

El Zurdo se puso delante de ellos blandiendo su pesada maza de armas.

—El que dé un solo paso mas, gritó con voz terrible, es muerto.

—Prended, prended á ese hombre, amigos mios, gritó Diego: solo trayéndomele preso podré recibiros: ¡prendedle! es un traidor que os ha engañado.

La ausencia de Blasco, la superioridad que Diego tenia sobre el Zurdo, y sobre todo, el terror que sentian los bandidos creyéndose cercados, decidieron la situacion: arrojáronse sobre el Zurdo y le prendieron, pero no sin sostener antes un combate encarnizado con él, que solo se rindió agoviado por el número.

—Adelantad para entregarmele solo ocho de vosotros, y sin armas, dijo Diego.

Ocho de aquellos hombres arrojaron las espadas y los puñales y subieron en peso hasta el primer tramo de las escaleras al Zurdo, á pesar de sus fuerzas y de sus rugidos de rabia.

Apenas se apoderó Diego del Zurdo, cuando aconteció una cosa horrible: atado aun con su misma banda, con que le habian sujetado los bandidos, Diego se arrojó sobre él y le cosió á puñaladas, asentándole seis golpes por encima del encaje de la gola y de la coraza. La sangre corrió á surtidores de cada una de aquellas profundas degolladuras, y el Zurdo cayó rodando muerto por las escaleras abajo.

Aquella fué la señal de una carniceria horrorosa: sabia demasiado Diego que aquella gente, sin gefes, aterrada, sobre la que pesaba su influencia, se defenderia mal en caso de que se defendiese, y gritó á á los suyos.

—¡Vamos, hijos mios; vamos por nuestros arneses y por nuestras armas!

El combate fué de poca duracion: batíanse bandidos alentados contra bandidos aterrados, y á pesar del fragor del combate cubrianlo los ecos del torrente: poco despues solo habia allí cien cadáveres ensangrentados, sobre los cuales se inclinaban otros cien seres vivientes deshebillándoles las armaduras. De los que acompañaban al Zurdo, solo habia quedado un hombre vivo: aquel hombre era el ballestero del rey, que como sabemos, habia protegido la fuga de la reina y del cronista Enriquez del alcázar de Segovia, y que habia debido la vida á los colores de su vesta, que le mostraban como soldado del

rey. Diego habia tropezado con él y le habia salvado.

Cuando hubieron rematado con una crueldad feroz hasta el último herido, ó como decia Diego, cuando se hubo completado el castigo de los traidores, volvióse este á sus nuevos soldados.

—Aun no hemos concluido, los dijo: hemos rescatado nuestros arneses y nuestras armas y nuestros caballos; pero esos arneses y esas armas estan teñidas de sangre y es necesario lavarlas: ademas, es preciso tambien que no quede aqui ningun rastro de esta matanza: hemos entrado por la ventana.... salgamos por la puerta.

—Pero esa puerta está fuertemente cerrada, capitan: dijo Melendo.

—¿Y qué, no sabremos nosotros ya abrir puertas cerradas? contestó Diego: ¿habremos acaso olvidado el oficio?

Pareció picar aquella observacion en el amor propio de los bandidos, y todos corrieron á la puerta y la examinaron: poco despues fueron falseados cerrojos, fiadores y barras, y la pesada puerta se abrió rechinando.

—Ahora hijos, esclamó Diego, lleve cada cual su arnés al borde del torrente y lávele, despues arrojad á ese mismo torrente esas carroñas (y señalaba los cadáveres): cuando esté hecho esto procurad que no quede ni una sola señal de sangre en el pavimento.

Los bandidos se dedicaron á esta fúnebre tarea: arrojaron los cadáveres al torrente, que los arrastró bramando consigo, y luego sirviéndoles las celadas de cántaro, arrojaron tanta agua al pavimento sobre el que habia tenido lugar el combate, que no quedó ninguna señal de sangre.

Hecho esto, Diego se armó con el arnés del Zurdo, y los demas se armaron con los restantes arneses, que bastaron hasta para el ballestero del rey; porque es de advertir que aunque iban ciento con tra ciento, habian muerto en la refriega dos de los de Diego.

—¡Fuera de la casa y á caballo! dijo este á aquella gente: esperad en la Rambla, pero tenedme aqui un caballo para mí y para su alteza, á quien vamos á devolver al rey su esposo.

En efecto, poco despues la reina maravillada de la metamorfosis operada en los hombres de Diego, caminaba, llevada por este sobre el arzon de su caballo, hácia Segovia.

LVI.

De lo que hicieron en vista de lo que sucedia en la corte los confederados.

Cuatro dias despues de estos acontecimientos, una hermosa mañana de verano, á punto que salia el sol, y en el momento en que don Juan Pacheco, marqués de Villena, abrió la ventana de su dormitorio en el castillo de Burgohondo, notó el novilísimo marqués que por la parte de Avila se levantaba densa nube de polvo, ante la cual se veian reflejos de armas y un pendon flotante.

—¿Qué podrá ser aquello? se dijo con algun cuidado. Lanzas, nuestras no pueden ser, porque las hemos reconcentrado todas al rededor de Avila: lanzas del rey... no, no; el señor Beltran de la Cueva, á pesar del golpe que nos ha dado, no se atreveria á tanto: embajadores acaso: esto es mas posible.... pues bien, creo que llegan tarde, muy tarde: serán lanzas de los nuestros: no, tampoco; no tenian órden de moverse.

Distrajo al marqués de su soliloquio el ruido de una puerta que se abrió.

—Mucho duermes, hermano: dijo una voz áspera desde la puerta.

Volvióse don Juan Pacheco y vió delante de sí á su hermano el maestre de Calatrava, que traia un pergamino enrollado en la mano.

—¿Y qué es eso don Pedro? dijo el marqués.

—Que ha de ser sino noticias de nuevos obstáculos: Perdrarias de Avila nos escribe desde Segovia.

—¿Y qué nos dice nuestro buen amigo?

—Malas nuevas: la infanta doña Isabel, ha quedado en Segovia bajo la guarda de doña Mencía de Padilla.

—¿Y es esa una mala nueva?

—Doña Mencía y Beltran de la Cueva, están ahora mas amigos y mas enamorados que nunca.

—¡Que doña Mencía... y don Beltran... se han avenido!.. vamos, esto es imposible....

—Lee hermano, lee.

—Es verdad; aqui lo dice claramente... pero la reina...

—La reina ha estado perdida dos dias, aunque nadie mas que algunas personas allegadas lo saben, al fin ha parecido y ha sido enviada presa al castillo de Alahejos, bajo la guarda de un hidalgo portugués, privado de su hermano el rey de Portugal.

—La prision de la reina significa mucho en nuestro favor.

—La prision de la reina no significa otra cosa sino que doña Mencía ha vuelto á apoderarse enteramente de Beltran de la Cueva.

—¡Y aun no ha venido ni escrito Ruy Perez! dijo el marqués de Villena: ni ese Diego, ese don Diego maldito nos avisa de nada; y el mismo silencio guardan los condes de Benavente, de Haro y de Paredes.

—Paréceme, hermano don Juan, que será necesario tomar un partido estremo.

—Esperemos, esperemos aun, hermano don Pedro, dijo el marqués: nunca la impaciencia ha producido buenos frutos.

—Creo que si estamos tan en los principios, hermano, es porque no nos hemos atrevido á dar un golpe seguro.

—Pues de esta vez creo que nos vamos á ver obligados á darle; pero sin embargo esperemos aun: ¿no crees tu que aquellas lanzas que se aproximan lentamente deben traernos algunas noticias seguras?

—¡Lanzas! ¡si en verdad! y un hermoso escuadron por cierto: ¿no viene una litera entre aquellas lanzas, don Juan?

—Mi vista no es tan buena como la tuya, hermano.

—Sí, sí; esclamó con alegria el maestre: viene una litera: puede ser que á pesar de lo que dice esta carta, venga en esa litera la infanta doña Isabel: ¡oh! ¡y si eso fuera cierto!

—Eso, sin la esclusion de la Beltraneja, hermano, no haria otra cosa que hacerte esposo de una infanta de Castilla... y de una infanta muy pobre: ademas que creo... y no te irrites, hermano, que por mas que hagamos no serás tú marido de la infanta.

—¿Que no lo seré? ¿y si en aquella litera viniese doña Isabel?

—Eso lo veremos muy pronto, dijo el marqués. ¡Ola, Ferrante! ¡Blas! el caballo del señor maestre y el mio, que se armen y cabalguen un capitan y seis ginetes. ¡Ah! por lo que pueda suceder, mandad que alcen el puente y calen el rastrillo.

Algun tiempo despues los dos hermanos á caballo, seguidos de un alferez y algunos ginetes, salian de la villa de Burgohondo, y salian al encuentro de las lanzas que se avistaban en el camino, y bastante lejos aun.

Pero antes de pasar por un camino de atraviesa, vieron venir por él seis hombres á caballo, que sin duda debieron conocerlos, por que apretando á sus corceles llegaron y saludaron al marqués y al maestre.

—¿Cómo venís solos? dijo el marqués mirándolos severamente: ¿os envia acaso el señor Ruy Perez?

—¡Ah, señor! dijo uno de aquellos hombres: el señor Ruy Perez no puede enviarnos, porque...

—¿Por qué?

—Porque está en la eternidad.

—¡En la eternidad!

—Sí señor: le mataron hará seis dias á hierro en Segovia.

—¡Que le mataron á hierro! ¿y quién? ¿cómo?

—Debe haber andado en ello el señor Beltran de la Cueva, por medio de un hombre, cuyo nombre no sabemos, pero á quien hemos visto.

—¡Muerto por Beltran de la Cueva!... ¿y vosotros qué habeis hecho que no me habeis avisado?

—Hemos estado presos.

—¡Presos!

—Nos prendieron la misma noche en que fué muerto el señor Ruy Perez en la posada del Cristo de las Palmas.

—¿Y quién os prendió?

—El corregidor de Madrid.

—¡Ah, don Gil de Andrade!.... el bueno de don Gil de Andrade.

—¿Y los papeles y las prendas de Ruy Perez? esclamó el maestre.

—Debió apoderarse de ellos don Beltran de la Cueva, que estaba en la posada cuando nos prendieron, y á quien acompañaba una muger.

—¡Una muger!... ¿y no visteis á esa muger?

—Estaba muy encubierta.

—¡Oh! ¡oh! doña Mencía de Padilla que nos vende. Id, id al castillo de Burgohondo y esperad á que volvamos: id.

—Es que, señor, traemos para vos una carta que nos ha dado el señor Beltran de la Cueva despues de habernos tenido presos una noche.

—Dadme esa carta.

Uno de aquellos hombres dió una carta al marqués de Villena, que los despachó.

Aquellos seis hombres eran los mismos que hemos visto en uno de los capítulos anteriores en la posada del Cristo de las Palmas en Segovia.

Cuando se hubieron alejado, el marqués mandó hacer alto á su resguardo, y apartándose á un lado del camino con su hermano, rompió la nema de la carta y la leyó en voz baja.

A medida que leia, su semblante se demudaba: al fin esclamó con cólera:

—No hay otro medio: ¡la destitucion! ¡la destitucion! y despues de la destitucion la guerra.

—¿No nos queda otro recurso, hermano? dijo con ansiedad el maestre.

—Lee y juzga: le dijo el marqués dándole la carta.

—Ya sabes que yo leo con bastante trabajo, don Juan: léemela tu que eres un hombre de letras.

—Leo, pues: y haste todo oidos, hermano; porque esto es gravísimo.

Acto continuo don Juan Pacheco empezó de esta manera.

«Alto y poderoso señor marqués de Villena don Juan Pacheco: »recordando los buenos tiempos de nuestra comun amistad, me atre»vo á tomar la pluma para escribiros y probar un medio de remediar »tanto escándalo, y tanto mal hecho, que fueran tal vez fáciles en »cortar, si como yo fueseis de avenibles: el estado en que se encuen»tra Castilla no puede ser mas deplorable: la digninadd del rey está »ofendida; el reino alborotado; dividida la grandeza, la justicia en »suspenso: las rentas reales menguan mas cada dia que pasa, y los »pueblos, fatigados ya con tributos, sienten el hambre, y todas las ca»lamidades de la pobreza: no es cristiano, ni leal, ni noble, que pu»diendo vos, señor marqués, evitar esta ruina, porque vos sois el alma »de los confederados, no la eviteis: yo espero que pensareis deteni»namente en todas estas miserias, y que os avendreis á su remedio: »á nadie se oculta, y á mí menos que á nadie, los motivos de vuestra »oposicion al rey y á los caballeros que le sirven: quereis ocupar »junto al rey el lugar que ocupabais junto á su alteza cuando era »príncipe; ¿y quién os lo impide? doblegaos á lo que es justo y razo»nable, privad en buen hora: ¿quereis el maestrazgo de Santiago? yo »por mi parte no tengo reparo, en que continúe en su posesion el »señor infante don Alonso, y vos tengais su administracion: pero lo »que no puedo daros, ni permitiré que tomeis, es la corona del rey: »esa la defenderé con cuantas fuerzas tengo: vos habeis creido obli»garme, por medio del amaño que hizo que las noches pasadas diese »la reina un grave escándalo; pero Dios, que vela por los reyes, ha »hecho que vuestros intentos salgan fallidos: el emisario que envias»teis á Segovia ha sido muerto, no se sabe por quién, á estocadas: yo »he ocupado sus papeles, y lo que no me han dicho ellos, me lo han »dicho á la vista del tormento los hombres que acompañaban á vues»tro escudero Ruy Perez: uno de esos hombres os entregará esta »carta, y os devuelvo los otros para que puedan informaros del estado

»en que quedan las cosas: por si esto no basta, á pesar de haber teni-
»do presos en mi poder al almirante, á los condes de Haro, Paredes,
»Benavente y Plasencia os los envio, aunque bien debiera haberles
»hecho degollar, lo que no he hecho por dos razones: primera, porque
»me repugna verter sangre noble; y segunda, porque ellos mejor que
»nadie, podrán deciros que toda vuestra máquina se ha venido á tier-
»ra: ni una prueba tendreis de lo que habeis querido demostrar: solo os
»queda el recurso de la guerra civil, y os advierto que tengo gente y
»aliento bastante para salir al campo en vuestra busca, si no os ave-
»nis á mis buenas y amistosas proposiciones, y para haceros entrar en
»razon por fuerza de armas. Ruego, pues, á vuestra señoría, que des-
»pues de conocido que en último caso no nos queda otro remedio que
»venir á un rompimiento, en que el reino perderia mucho, y en que
»no ganarian nada los confederados, deponga todo ese aparato de guer-
»ra, entregue al rey el príncipe don Alonso, su hermano, y se venga
»á nosotros amigablemente. Debe conocer vuestra señoría, que lo que
»pide es demasiado para que pueda otorgársele: la deshonra de una
»reina, la esclusion de la legítima heredera del reino, y el casamien-
»to de la señora infanta doña Isabel con el señor maestre de Calatra-
»va....

Aqui no pudo contenerse don Pedro Giron, que interrumpió á su hermano.

—Pues yo os digo, esclamó como si se dirigiese á Beltran de la Cueva, señor motilon, elevado por nuestra imprudencia, y ensober-becido por vuestra locura, que ese casamiento se hará, mal que os pese, aunque para ello sea necesario quitaros de enmedio como un obstáculo importuno.

—No es tan fácil como parece vencer á Beltran, á nuestro amigo Beltranico, si es cierto cuanto nos han dicho los hombres y cuanto relata esta carta: nuestro poder es mas bambolla que fuerza, y mejor podremos espantar que hacer: si, como sospecho, se ha unido doña Mencía con don Beltran, lo hemos perdido todo.

—Por mucho que valga doña Mencía....

—Ya la conoces, hermano: intriga, corrompe, seduce; se apodera de secretos y usa de ellos con una habilidad diabólica: interesa á unos en daño de otros; mete la division entre sus enemigos, y sobre todo está apoderada de la infanta doña Isabel y protejida por el oro y la influencia de Navarra: esto es grave, muy grave.

—¿Pero qué mas dice la carta?

—En sustancia nada mas: repite las amenazas....

—Pues contestémoslas de una manera enérgica.

—Preciso será de todo punto probar el último estremo: por lo tocante á nuestras intrigas de corte, doña Mencía nos ha vendido y estamos desarmados: adelante, hermano, adelante: aun nos queda que saber qué lanzas y qué litera son aquellas que se aproximan.

Siguieron su camino, y antes con mucho de que llegaran al escuadron á cuyo encuentro salian, vieron que se adelantaban á él algunos ginetes.

—¿Serán campeadores? dijo el maestre.

—No por cierto, dijo el marqués de Villena: los que se acercan cabalgan en mulas, y solo traen algunos hombres armados á la ginela para resguardo.

—Pues si siguen á ese paso, pronto los tendremos encima, hermano: seamos prudentes: no sabemos quiénes son; y traen mas resguardo que el nuestro; ganemos esa venta que se ve próxima, y en todo caso nos será mas fácil defendernos.

Encontró el marqués prudente la observacion del maestre, y se encaminaron con los suyos á una pequeña venta cercana, en la cual penetraron con los suyos, hicieron cerrar la puerta, y despues de esto se pusieron de atalaya en una ventana.

Poco despues llegaron los de las mulas, que eran seis personages principales, á juzgar por su porte, y al ver al maestre y al marqués en las ventanas, se acercaron y se quitaron los antifaces que llevaban puestos por resguardo al polvo y á los rayos del sol que les daban de frente.

Los dos hermanos lanzaron un doble grito de sorpresa: los que se habian dado á conocer y les saludaban, eran el arzobispo de Sevilla don Alonso de Fonseca, el almirante don Alonso Enriquez, los condes de Haro, Paredes, Benavente y Plasencia, todos hoscos, todos disgustados, y en los cuales se comprendia que venian harto contra su gusto.

Diéronse mútuamente á conocer, abrióse la puerta de la venta, y poco despues los dos hermanos y los seis magnates, ocupaban un reducido aposento.

Cruzáronse preguntas con preguntas y respuestas con respuestas: certificaron los que venian la verdad de los hechos que Beltran de la Cueva habia consignado en su carta, y aun añadió el almirante:

—Ello es que nos han dado un golpe de misericordia: la esclusion de la infanta y la declaracion de adulterio de la reina eran cosas que

necesitábamos todos: pero ese Beltran, esa Padilla, han vuelto á unirse á pesar de los amaños de las otras aventureras doña Guiomar y doña Catalina, y será milagro si os casais con la infanta doña Isabel, amigo don Pedro Giron.

Picóse el maestre del acento de zumba del almirante, y esclamó con ese acento incisivo del que pretende devolver por un golpe duro otro mas duro aun:

—Ello bien podrá ser que á pesar de todo mi amor, de todo mi empeño, esa noble señora no sea mi esposa: pero paréceme tambien muy dificil, sino imposible, el que lo sea de vuestro sobrino el señor rey de Sicilia don Fernando.

—¡Bah! dijo con su acostumbrada reserva el almirante; hace un siglo que estoy oyendo hablar de ese proyectado matrimonio, y hasta ahora nada sé de seguro, ni de que mi hermana la reina de Navarra haya pensado en ello.... allá, allá se las compongan con esos asuntos en que yo no me tomo interés alguno: no digo que la infanta doña Isabel no pueda convenir como esposa á mi sobrino: pero no faltan princesas mejor herederas que ella entre las que puede escoger sin vacilar y sin temor de ser desairado, mi sobrino el rey don Fernando.

—Pues hay quien dice, señor almirante, esclamó con acritud don Pedro Giron, que estais tan interesado en ese matrimonio, que os habeis venido por él á nuestro bando, cuando antes vos con los de Navarra formabais un bando á parte.

—¡Bah! quien dice eso miente, contestó con su imperturbable sangre fria el viejo y esperimentado don Alonso Enriquez.

—¿Y si yo lo dijera? preguntó, dejándose arrastrar de su bravía rudeza el maestre.

—Si vos lo digeseis, os diria que os engañabais, contestó el prudentísimo cortesano.

—Pues mirad, lo digo.

—No teneis razones para ello.

—¿Que no las tengo? quereis quitar de en medio todos los obstáculos que se oponen á que la infanta doña Isabel reine en su dia, esclamó dejándose arrastrar de su violencia el maestre: preferís valeros de manos agenas, y os unis á nosotros cuando se trata de destituir al rey; despues os separareis de nosotros....

—Teneis un enorme defecto, don Pedro, dijo el almirante con su inalterable aplomo.

—¿Y quereis decirme cuál es ese defecto, á fin de corregirle? dijo el maestre.

—De muy buena voluntad: recelais de todo, amigo mio, y nunca veis claro en nada.

—Mi hermano, dijo el marqués de Villena terciando en la conversacion para evitar un rompimiento con uno de los señores mas poderosos del reino, en unas circunstancias en que aquel rompimiento podria ser fatal: mi hermano se deja arrastrar de su corazon, que es noble y leal, y se engaña con facilidad: en cambio yo, señor almirante, sé demasiado que vos como nosotros nos confederamos porque no podemos vivir decentemente bajo la tutela de Beltran de la Cueva: de un hombre que todos sabemos como ha crecido.

—Beltran de la Cueva, sin embargo, dijo el arzobispo de Sevilla con un tanto de sarcasmo, ha obrado con nosotros generosamente: solo nos ha tenido presos un dia, y al fin nos ha dejado en libertad para que vengamos...

—A referirnos que se ha perdido todo.

—No creo yo tal, dijo el conde de Haro: todo consiste en que nuestros asuntos se retrasan.

—Los avanzaremos á lanzadas: dijo con energía el conde de Plasencia.

En aquel punto uno de los escuderos del marqués dijo á la puerta:

—Señor, un caballero que acaba de llegar, pide hablar á vuestra señoría.

—¿Y quién es ese caballero?

—Soy yo, vuestro amigo y servidor, señor marqués de Villena, que vengo desterrado de la corte con mi esposa: dijo á la puerta Diego el Desollador.

—¡Oh! adelante, adelante, amigo mio: dijo el marqués.

—Sí, sí por cierto, dijo Diego entrando: desterrado ni mas ni menos que vosotros señores, con la diferencia de que á vosotros os han embargado vuestras lanzas y yo he podido salvar las mias, porque estaban por un acaso fuera de Segovia.

—¡Ah! vuestras lanzas estaban fuera de Segovia.

—Sí, sí pardiez: armadas, montadas y en acecho.

—¿Y á quién acechaban?

—A cierta cosa que el rey me habia mandado arrebatase del camino al señor duque de Alburquerque y viniese á entregarla al señor maestre de Calatrava: ¿pero qué quereis? la tal cosa no salió: el duque se apoderó de mí y doña Mencía de Padilla de mi esposa; y de tal modo variaron los asuntos, que sin permitirnos volver á nuestra

casa, metieron á mi esposa en una litera de la misma doña Mencía, el capitan Hernando de Carrillo me hizo montar en el caballo de uno de sus moriscos, y bizarramente escoltados nos pusieron fuera de las puertas de Segovia. Háme acontecido todo esto por haber querido servir, mas de lo que convenia á mis intereses, al señor marqués de Villena; y, si puedo presentarme á él, y decirle: disponed, amigo mio, de mis lanzas (que son cien formidables lanzas), débese, como he dicho, á que mis lanzas estaban apostadas fuera de Segovia.

—¿Traeis con vos cien lanzas? preguntó el marqués de Villena.

—Sí, por cierto: mi mesnada y mi estandarte.

—A tales tiempos hemos llegado, dijo el almirante, cuidando poco de recatarse, que todos tienen en Castilla estandartes y mesnada.

—Y esa mesnada y ese estandarte, continuó Diego desentendiéndose de las palabras del almirante, como si no las hubiera escuchado, están á vuestra disposicion, señores.

—¿Y qué noticias traeis de Segovia?

—Nada sé mas que lo que vosotros mismos sabeis, señores; porque creo que nos han tratado de una manera parecida.

—Ello es, amigos mios, que nos vemos obligados á grandes empeños, dijo el marqués de Villena: pero no es este el lugar á propósito para meternos en pensar como saldremos de ellos: volvámonos á la villa, y despues que hayais descansado lugar tendremos de pensar en lo que conviene.

Pareció razonable la proposicion del marqués, y saliendo primero del aposento, y luego de la venta, aquel pequeño ejército se encaminó á Burgohondo.

LVII.

De como ha sido siempre fatal á los hombres la aficion á las mugeres.

Durante el camino desde la venta á la villa, que seria como de legua y media, el marqués de Villena no cesó de mirar á hurtadillas á la litera en que sabia que era conducida su antigua manceba Tomasa la toledana.

Pero estaban tan discretamente corridas las cortinillas que el marqués no pudo descubrir nada absolutamente en el interior.

Cuando pasaron de la puerta de la villa cada cual de aquellos señores, se despidió de los otros y tomó por distinta via en busca de alojamiento: Diego en razon al volúmen de su mesnada, se vió obli—

gado á decidirse por una casa pública; y al fin se aposentó en un meson que tenia por título el simbólico nombre del Gallo muerto.

Y efectivamente que contándose siempre con un gallo muerto no era el meson uno de los hospedages mas despreciables.

Encontróse lleno á poco, de la gente de Diego, que entró en él, acomodáronse los demas donde pudieron, y la Tomasa apoderada de uno de los mejores cuartos, se lavó, se atavió, porque sin duda esperaba recado ó visita, despues de lo cual se dedicó á satisfacer la necesidad mas imperiosa de las mugeres: la curiosidad.

Habia frente por frente de un balcon de palo, defendido del calor por una estera, una casita de piedra de ese bello género gótico, compuesto de ojivas caladas, de balaustres cincelados, de bellísimas claravoyas y torrecillas voladas: aquella casa era un pequeño alcázar.

En uno de sus balcones, cubierto con una cortina de seda labrada, se veia de tiempo en tiempo asomar la magnífica figura de una muger vestida de blanco y ceñido el talle con un cordon de seda azul.

La Tomasa sintió cierta envidia al verla; la incógnita era tan corpulenta, tan desarrollada, tan buena moza, en fin, como ella, y la llevaba la ventaja de cierta distincion en las maneras, de cierta posesion de sí misma, de cierta modestia, como que no eran en verdad las prendas mas recomendables de la Tomasa.

—¿Quién será esta muger? ¿quién no será? se dijo la toledana.

Y para observarla mas á sus anchas, se ocultó tras la estera de su balcon y se puso á mirar por los intersticios.

Durante mucho tiempo nada vió la Tomasa: la posicion no era ventajosa, la estorbaba la cortina de la incognita: pasó el dia con gran curiosidad, y no poco cuidado, por la ausencia de Diego que apenas habia cambiado de trage habia salido de la posada: en fin, allá á media tarde presentóse un viejo criado del meson y la dijo:

—Señora, una honrada dueña quiere hablaros.

—¿Sabe esa dueña quién soy yo? dijo con acento impertinente Tomasa.

—Sí, por cierto: sabe que sois esposa del caballero que ha tomado para sí todo el meson.

—¿Y qué quiere esa dueña?

—Dice que es viuda, que tiene un hijo mozo, y que quisiera que vos la escuchaseis en caridad para pediros ayuda para la colocacion de su hijo.

—¡Ah! ¡ah! pues si de obras de caridad se trata, dijo la Tomasa, que entre la buena dueña.

Poco despues entró la vieja de las viejas, que tal podia llamarse la estantigua que se presentó á Tomasa.

—¡Caspita, madre! esclamó la ramera: ¿qué quereis de mí? pensais que no asusta el presentarse á las gentes con esas narices pimentudas y esa boca de barranco seco: vamos, ¿qué quereis? porque pensar que vos teneis un hijo, seria dislate á no ser de que Dios haya querido echar al mundo endriagos.

—Pues mira, hija, dijo la dueña con una irreverencia que maravilló á Tomasa: ten en cuenta que como te ves me vi, y como me veo te verás; porque la vida que has traido y traes, no es para menos, y ahora son las glorias y despues vendrán los lloros, que en el mundo nada hay eterno, y á cada uno llega su hora; y no digo mas por no cansarte, que bien pudiera, como que te conocí tamañita, y era algo parienta de tu madre, y con ella hice procesion de penitencia en Toledo, con coroza de plumas y acompañamiento de azotes: y fuí mucho de tu tia la buena Ambrosia, la que hace seis meses quemaron en Toledo, por no se qué autos que la encontraron; con que ya ves que si yo te hablo asi, liso y llano, bien puedo hacerlo, y aun darte un consejo que no te vendrá mal, hija.

Quedóse maravillada y como estática la toledana al encontrar tan de repente y tan sin aviso un parentesco tal; y haciéndose de nuevas dijo.

—Sin duda os equivocais, buena madre, que ni á mi madre emplumaron ni azotaron, ni hubo mas plumas en su casa que las de su lecho....

Interrumpió aqui la vieja sin ceremonia á Tomasa, y sentándose en un escabel dijo:

—Es verdad, que si plumas tuvo en el lecho tu madre, fueron plumas de monte, de esas que se llaman atochas en Castilla, y que en lecho estuvo tan bueno, que la hizo cantar mas de lo que sabia y queria: digo del potro, que es un lecho tan bueno como cualquiera, y que por poco que se esté en él, no se olvida en todos los dias de la vida: porque has de saber, hija, que de tus parientes y habientes, no hay ninguno que no esté en el cielo, porque todos sufrieron persecuciones y martirios por la justicia; ni hay sangre mas purificada que la suya porque mas de una vez la quemaron; y si tu no te guias por mi esperiencia, bien podrá suceder que acabes como tus parientes, lo que yo no quisiera, porque aunque tu no quieres reconocerme por de tu sangre, cariño te tengo; á tu madre amé; con buena armonia viví con tu padre, y no es razon que con tal parentesco te deje yo sola y

abandonada á ti misma en este mundo, y entregada á la vanidad, que es el peor fuelle del diablo: asi es que si tu quieres, escúchame y aprovechemos el tiempo, y no haya réplica ni mentiras, ni disputas, que yo sé quien eres, como sé quien soy, y todo lo que procures hacerte estraña de mi será en valde, y ni te conviene, ni yo lo sufriré, porque á lo que vengo vengo, y es menester que no me vaya sin respuesta.

—Ya que os habeis empeñado en vuestro tema, sea lo que vos querais para ahorrar tiempo y palabras; y sepamos á qué venis, dijo la Tomasa.

—Arrima, hija, arrima, dijo la vieja sacando una cajilla forrada de terciopelo carmesí: tienes un cuello de tórtola enamorada, y quiero ver si es tan blanca como él esta gargantilla.

—¡Hermosa prenda! dijo la Tomasa, que aun no habia perdido la aficion á los regalos.

Y sacó una magnífica de la caja.

—Pues es para ti, y á ti la destina una persona que por tus ojos muere.

—¡Ay! madre, que si eso es, no me pondré alhaja que pudiera creerse por quien me la da que era argolla de esclavo que me ponia al cuello: y no me vendo yo por perlas, que perlas tengo bien venidas, ni por todo el oro del mundo, que para hacerme servir y romper galas y andar en litera, oro tengo sobrado, y mas que sobrado, madre.

—¿Díceslo de veras, hija?

—Tan de veras lo digo que si á eso solo habeis venido, ya podeis levantaros é iros; sino es ya que quereis que llame á mis escuderos para que conozcais que no soy la que habeis creido.

—Orgullosicos somos, dijo la vieja: engordado habemos, y con la grosura hemos perdido la memoria... pero no importa... mas vale asi, mi parienta eres: yo no he menester regalos, que á Dios gracias tengo el riñon cubierto, y pláceme que ya que te has casado, seas lo que no ha sido tu madre, buena muger para su marido: siéntolo solamente porque el marqués de Villena es aquí el rey, y está tan empeñado en que vuelvas á su cariño, que si se desespera será capaz de hacer cualquier despropósito ó atropello.

—¡Ah! esclamó la Tomasa, ¿con que el señor marqués de Villena quiere?....

—Y tanto como quiere: ¿crees tu que se puede haber gozado de tu cielo y olvidarse de ello? vamos, hija: tu eres como tu madre,

Soldevila lith.º y lit.º

lit. de J. Aragon, Madrid.

XIV.

ENRIQUE IV.

No me vendo por perlas, que perlas tengo y bien venidas.

y como yo misma he sido: el que una vez caia en nuestros brazos, no salia sino estrujado.

—Vamos claros, madre Brígida, dijo la Tomasa.

—¡Ola! ¿con que sabes mi nombre?

—Se lo oí varias veces á la tia Ambrosia, y segun las señas que me dais, no podeis ser otra.

—En verdad que no te has engañado: soy la madre Brígida, prima por parte de tu abuela materna de tu madre, y por lo mismo puedes hablar sin recelo.

—Pues bien, escoged: ¿á quién quereis servir: al marqués de Villena ó á mí?

—No te entiendo.

—Oro tengo y manos largas, tia Brígida; el marqués os paga una querida, y yo os pago un marqués.

—¡Ah! ¡ah!

—El marqués es viudo.

—¡Ah!

—Pues bien, yo quiero ser marquesa: solo de ese modo pasaré por sus cabellos blancos y sus dolencias y su vejez.

—Pero tu eres casada, hija.

—¿Y qué importa, pues qué una casada no puede ser viuda?

—Ya... sí... pues, cierto... conócetese que eres de la familia: ingenio tienes, hija: bien lo miras: casarte quieres con un marqués viejo: hijos sabrás darle: tu te vienes ahora al mundo, como que eres una niña... y en siendo marquesa viuda, lo que si consigues tu intento, no puede tardar mucho, porque el marqués está cascadillo, gozarás del mundo libre y á tus anchas, sin marido que te empache, y sin pobreza que te oprima... ahora te conozco, hija; y por mi fé que he de ayudarte con todo mi poderío de vieja esperimentada.

—Por de contado que será necesario mucha discrecion.

—¿Discrecion me pides? no me conoces: conociérasme y confiaras. Harto prudencia me ha metido en el cuerpo la penca del verdugo, y sacádome han las locuras á puros golpes de las espaldas: descuida, hija; que en buenas manos está el pandero, y no ha de faltarle son si se toca, y segun lo que el marqués por ti se afana, ya te cuento por viuda y marquesa.

—Pues seamos rigorosas, porque rigores aumentan amores.

—Déjame hacer, hija, que no echaré á malos el asunto: diréle al marqués que te he encontrado mas dura que una piedra y mas firme en guardar fidelidad á tu marido y á no separarte de él, ni aun

en pensamiento, que la yedra en enlazarse al olmo: y añadiréle que tu dices que si en otros tiempos fué otra cosa, otro era tambien tu estado, y que no han de ablandarte dádivas, ni conmoverte promesas, que la muger firme mejor se prueba cuanto es mas combatida, y haré tanto que el marqués te quiera mas por honrada que por hermosa, y aconsejaréle y le buscaré medio para que buena y limpiamente pueda alcanzar sus deseos, que son el goce de tu hermosura, y á fé á fé que tan hermosa eres, hija, que aunque tu madre lo era y mucho, no servia para descalzarte.

—Y... decidme, ¿el marqués tenia mucha confianza en que yo recibiria su regalo y volveria á sus amores?

—El bueno del marqués, lo daba por tan hecho, como que me dijo: encargadla que me espere esta noche: ya tendré yo pretesto para que su marido esté bien ocupado fuera de la posada, y aun á algunas leguas de Burgohondo.

—Pues ya veis que es necesario que el señor marqués pierda esa confianza: la muger que no se sabe hacer valer no vale nada: los tiempos que pasaron fueron otros tiempos, y aun asi no le costó poco trabajo... y aun creo que sino hubiera andado de por medio la tia Ambrosia, se hubiera quedado con el deseo, á pesar de su oro. Para que el marqués me conozca mejor devolvedle esa gargantilla.. pero decidle que venga esta noche... que yo haré por estar sola... que tengo que hablarle.

—Cuenta con lo que haces hija: mira que el marqués es atrevido y que anda hambriento.

—No ha de valerle su osadia, madre, os lo juro. Decidle eso, y descuidad... yo sé lo que he de hacer: ahora venid conmigo.

Y Tomasa llevó á la vieja al balcon y la hizo mirar por los resquicios de la estera al mirador de enfrente.

La hermosa vecina estaba casualmente al balcon, mirando con interés á un page que estaba en la esquina inmediata, avizorando el mirador.

—¿Conoceis á esa muger? dijo Tomasa á la vieja.

—¿Que si la conozco? ¡vaya si la conozco! es doña María de Castro.

—¿Y quién es esa doña María?

—Hala traido consigo el abad de san Martin de Madrid, la llama sobrina suya, y anda que bebe los vientos por ella el maestre de Calatrava.

—¿Y ella..?

—¡Ella! ella dicen que está enamorada de otro.

—¿Y quién es ese otro?

—Ese otro, es una alta persona.

—¿Pero quién? dijo con impaciencia Tomasa.

—La persona de quien está enamorada doña María de Castro es... el infante don Alonso.

—¿Pero si el infante don Alonso es un niño?

—No tan niño, no tan niño: está espigado y crecido que es una bendicion, y aunque solo tiene catorce años parece ya un hombre: cabalga á la gineta que no hay mas que pedir; es muy hermoso, y luego, siempre está tan triste... vamos, no tiene nada de estraño que doña María se haya enamorado de él... ademas se ha procurado, no solo que doña María se enamorase del infante, sino que el infante se enamorase de ella.

—¿Y quieren dominarle cuando sea rey por medio del amor de esa muger? pero lo que no entiendo bien es cómo el maestre está enamorado de esa muger, de quien parece servirse para tales asuntos.

—Cosas de estos tiempos, hija: cosas de estos tiempos: solo Dios sabe lo que sucede: en cuanto á mí nada me importa: ni pongo ni quito, sirvo á quien me paga, y Dios con todos. Con que quédate en paz y hasta otra vez, que creo tendremos mucho de que hablar.

—Id en paz, buena madre, y no olvideis ni una sola palabra de lo que os he encargado acerca del marqués.

—Descuida, hija mia, descuida, que nada olvidaré. Y adios que urge la diligencia.

—Id con él.

La vieja salió, y apenas hubo salido cuando se abrió una puerta de comunicacion con otro aposento y apareció Diego.

—¿Qué piensas tu hacer con el marqués, Tomasa? la dijo con acento lúgubre.

—¡Ah! ya sabia yo que estarias escuchando, cordero mio: y bien: ¿qué te parece lo que he dicho á la vieja?

—Creo que te metes en demasiadas honduras, Tomasa.

—Y yo creo que no podia haber tomado mejor camino... ya verás... ya verás... enciérrate esta noche en ese aposento y escucha: sobre todo nada de celos; porque has de saber, palomo mio, que tu Tomasa no ama á nadie, á nadie mas que á tí.

Y despues de pronunciadas estas palabras, se fue al balcon y se puso á observar á doña Maria de Castro.

Esta permaneció en el balcon hasta que adelantó el paje que estaba en la esquina á una seña de la dama, y se acercó á una reja del

piso bajo: doña María se quitó del mirador: poco despues Tomasa vió que el page introducia por la reja un billete y se alejaba: aquel page llevaba en el pecho y en la espalda el blason real de Castilla, lo que demostraba que era de la servidumbre del infante don Alonso.

A poco apareció tras la cortina del mirador doña María con el billete, que leia conmovida: cuando acabó de leerle le besó, bien agena de que habia quien fuese testigo de su arrobamiento.

LVIII.

De como el fingimiento es un don natural en las mugeres, y de como el marqués de Villena creyó que Tomasa se habia convertido.

Era poco despues del oscurecer de aquel mismo dia: la toledana, vestida con suma negligencia y con un gusto que era de estrañar en ella, atendiendo su educacion y sus antecedentes, estaba sentada junto á una mesa, arreglando en un cofrecillo riquísimas joyas y en gran número. Cuando las hubo arreglado, llamó.

—¡Ola, Garcés! dijo.

Abrióse la puerta que correspondia á la galería y entró un escudero.

—¿Qué me mandais, señora? dijo Garcés.

—Decid á la persona que ha traido este billete (y le mostró uno que estaba sobre la mesa,) que mi esposo ha salido, pero que siendo muy urgente el asunto de que se trata le recibo yo. Id.

El escudero salió murmurando para su capote:

—¿Tendremos amante en campaña? pues guarda: será preciso avisar al capitan.

Y se perdió á lo largo de la galería.

Al poco tiempo se oyeron pasos, se abrió la puerta y el escudero dijo á un hombre que le acompañaba:

—Podeis entrar: la señora os espera.

El hombre entró, y el escudero cerró la puerta y se oyeron sus pasos al alejarse.

El hombre que entró, á pesar de lo caloroso de la estacion, venia rebozado y encubierto con una capa: es verdad que aquella capa era de seda.

Descubrióse cuando vió que estaba sola la toledana y dejó ver que era el marqués de Villena.

—Bien venido seais, señor marqués, dijo con cierta noble soltura la toledana.

—Tu bien venida, Tomasa, cuadra mal con el mensaje que acabo de recibir, dijo el marqués; yo te habia escrito directamente, y tu me recibes en nombre de tu marido.

—Es la única manera con que me es permitido recibiros: ya os habrá dicho la persona que me enviasteis esta mañana...

—Me ha dicho una multitud de cosas que no he entendido bien, y me ha devuelto no sé qué regalo que yo te envié con ella.

—Siempre habeis sido espléndido y generoso, señor marqués, dijo la toledana: y lo prueba lo que se encierra en este cofrecillo.

—¡Ah! ¡ah! ¿y qué se encierra ahí, vida mia?

—Todas las alhajas que me habeis regalado.

—¡Diablo! ¿y á qué las tienes ahí, sobre la mesa, espuestas á que las vea alguno de los que sirven á tu buen marido, que por cierto no es gente honrada, y suceda una mala ventura?

—Nos escusaremos de ello, porque vos don Juan os las vais á llevar.

—¡Yo!

—Sí por cierto: no os he llamado para otra cosa.

—¿Con que sales ahora con eso, y con tal serenidad? vamos: esto es increible: yo recuerdo que en otro tiempo eras muy interesada.

—Entonces señor marqués, eran otros tiempos; nada tenia, y teniendo vos tanto y diciéndome que me amabais, justo era que me probaseis de algun modo vuestro amor...

—¡Otros tiempos! ¿con que es decir que ahora? ..

—Las cosas han variado: soy casada, señor marqués.

—Pero tu marido....

—Sobre todo, es mi marido.

—No te conozco, Tomasa.

—Yo nunca he sido mala: mientras fuisteis mi amante no os engañé: ahora que me he casado no he de engañar á mi marido, y no es tampoco justo, ni decente, que yo conserve vuestras joyas, ni vuestras cartas: si quereis que yo os conserve la estimacion que siempre os he tenido, llevaos esas joyas don Juan, y ved que no lo hago por desprecio, sino porque debo hacerlo.

—¿Hablas de veras Tomasa?

—Tan de veras, que sino os llevais esas joyas, mañana mismo las envio al obispo de Avila para que las venda y reparta su valor entre los pobres.

—¿Esto es ponerme á gran precio, ó despreciarme? esclamó con irritacion el marqués.

—Ni lo uno ni lo otro: bien sé, que si quisiera, os arruinariais por mí, si era preciso, porque todo lo que teneis de prudente para vuestros asuntos, lo teneis de loco cuando se trata de mí: sé que estais enamorado de mi poca hermosura, y sé que á todo llegariais por ella... tampoco os desprecio: sé que valeis demasiado, que podeis mucho para que sea justo ni prudente despreciaros: no, no: os engañais don Juan: solo mi deber...

—Tu vienes amaestrada, Tomasa: dijo con recelo el marqués.

—¡Amaestrada!... ¿y por quién?

—Paréceme que á ti y á tu marido os envia junto á mí para cosas que sin duda no me convienen, doña Mencía de Padilla.

—¡Vaya un recelo estrafalario! esclamó riendo la Tomasa: siempre habeis sido mal pensador.

—Piensa mal y acertarás, dice el proverbio.

—Tambien hay otro proverbio que dice: piensa el ladron....

—Por lo mismo Tomasa que quien las hace las teme, yo, que lo temo todo de esa muger, pienso que vosotros la servís.

—¿Pero qué pruebas teneis de ello?

—Has venido en una litera de doña Mencía: su blason pintado en ella lo declara.

—¡Oh! ciertamente: esto no quiere decir otra cosa sino que hemos sido presos dentro del alcázar, desterrados sin dejarnos tiempo para nada....

—Y sin embargo te has traigo tus joyas.

—Detuvímonos mi marido y yo, con pretesto de enfermedad mia en una villa cerca de Segovia, y Diego encontró medio de traerse las joyas.

—Todo eso será muy cierto, pero...

—Sí, ya sé que sois receloso; y bien: nada me importa.

—Sin embargo, recelar de tu marido cuando asi se nos vende....

—¿Mi pobre marido os estorba acaso, señor marqués?

—Me estorba todo lo que está á tu lado, Tomasa.

—Pues os aviso que os guardeis muy bien de tender lazos á Diego, porque lo que conseguiriais seria cambiar mi estimacion en odio.

—¡Oh! no, no, por cierto: me contentaré con tu estimacion.

—Sí, pero no confieis mucho en esa estimacion, señor marqués.

—Tu misma me obligas á recelar.

—Quiero decir que no creais que mi estimacion sea la puerta por donde entreis al lugar que ocupabais antes.

—¿Nos escucha alguien? dijo con intencion el marqués.

—Basta con que me escucheis vos, señor marqués.

—¿Con que al fin?...

—Al fin, os suplico que no volvais á enviarme mas la vieja de esta mañana.

—¿Pero?..

—No hay pero que valga.

—¿Estás decidida?

—De todo punto.

—¡Oh! ¡será necesario envidiar á ese hombre!

—Buscad otros amores y os consolareis.

—¿Y dónde encontraré una muger como tu?

—Muy cerca.

—¿Dónde?

—Ahí en frente.

Y la Tomasa señaló en direccion de la casa frontera.

—¡Ah! dijo el marqués. ¿Ahí hay una muger hermosa?

—Hermosísima.

—No la conozco.

—Pues debeis conocerla.

—No alcanzo la razon.

—Esta mañana ha venido á traerla un billete un page del infante.

—¡Un page del infante! ¡ah! ¡ah! parece que eso está mas adelantado que lo que parece, ¡ah! ¡ah! ¡pues me alegro! ¡miren la doña María!

—¿Con que la conoceis al fin?

—Sí, sí la conozco; por el momento te negué que la conocia, porque creí que podrias tener celos.

—Pues mirad, os habeis engañado: y esa vanidad es muy reprensible á vuestros años.

—¡Ah! ¡ah! desde que eres rica hembra, desde que te llamas doña Tomasa, te parezco viejo y feo: antes me llamabas la luz de tus ojos.

—Ya lo creo, como que vuestro dinero me alumbraba, don Juan: ¿qué quereis? entonces como entonces y ahora como ahora: y ya que me habeis llamado rica hembra y lo soy (no me importa cómo) quiero que me trateis como tal. Mi marido ha venido á serviros y es necesario que no le pagueis sus servicios ofendiéndole. Esto no es justo. Don Diego me ama, y si ha cerrado por mi amor los ojos á lo que ha sido antes, no los cerrará ciertamente á lo que sea despues: os aviso, por tanto de que nada alcanzareis de mí, nada; ni aun

verme, si os obstinais en vuestras pretensiones.

—Esta bribona conoce que estoy enamorado de ella, y se prevale de su posicion, dijo para sí el marqués de Villena; pero yo soy mas astuto que tu, prenda, y te juro que he de sacar de tí mas partido que el que crees.

—Paréceme que os habeis quedado pensativo, señor marqués: dijo la Tomasa.

—Mucho que sí, vida mia; contestó el marqués: y esto nada tiene de estraño: eres la misma perla preciosa que yo desenterré del desvan de la tia Ambrosia, y con el tiempo que llevas en la corte has adquirido mas brillo: ¿qué quieres? es para mí cruel recordar que en otro tiempo me sonreias y me dabas amores, y verme ahora contenido, deshauciado....

—¡Qué quereis! los tiempos no son siempre los mismos... vos teneis la culpa... yo os tenia aficion, porque á pesar de vuestros años, sois todavia un caballero gallardo....

—¡Gracias! ¡muchas gracias, reina mia!

—Pero teneis un grave defecto.

—¿Cuál?

—Por mejor decir, dos graves defectos.

—¿Cuáles?

—Sois celoso.

—Todo el que ama lo es.

—Egoista.

—Todo el que tiene un tesoro le guarda como un judio.

—No me quejo yo de eso: dígoos que sois celoso, no como lo son todos los hombres, sino como lo son todos los viejos.

—¡Ah!

—Pues; celoso hasta la ridiculez: uno de esos hombres que rodean á una muger de espias insufribles, que clavan las ventanas de los miradores para que no pueda asomar la cabeza á la calle, que las engalanan para ellos solos. ¿Cómo queriais que yo apreciara vuestros regalos si no podia lucirlos?

—Pero tu nunca me dijiste que el recato te disgustaba.

—Si yo os hubiera dicho algo, hubiera sido lo mismo que deciros: desconfiad, porque los viejos desconfian de todo. Ved aqui por qué os digo que sois un viejo celoso.

—Y tenia motivos para serlo. Al fin y al cabo llegó un dia en que, á pesar de guardarte tanto, desapareciste y no te volví á encontrar sino casada con ese hombre, ennoblecida no sé como: nada te he

preguntado acerca de esto ni á tu esposo, porque sé demasiado que no me hubierais dicho la verdad. He preferido saberla por mí mismo.

—¿Y la habeis sabido? dijo la Tomasa ocultando el cuidado en que la habian puesto las últimas palabras del marqués tras una burlona sonrisa.

—Te confieso que no he tenido grande interés en ello.

—¡Pobre marqués! esclamó la Tomasa.

—Sí, muy pobre de tu amor.

—Desengañaos: si hubierais sido menos celoso y menos egoista, no me hubiera separado de vos, y acaso acaso os amaria como una loca.

—Y dime: ¿qué hubiera sido necesario para ello? lo haré si es preciso.

—Es ya tarde.

—¡Tarde!

—Sí, puesto que estoy casada.

—Hay tantas mugeres casadas que....

—No conozco ninguna desde que tengo marido.

—¡Ah! esclamó el marqués: ¿con que para que tu me hubieras amado hubiese sido preciso?..

—Que os hubierais casado conmigo, señor marqués, dijo resueltamente la Tomasa.

—¡Casarme contigo! ¡yo! ¡el marqués de Villena! esclamó con asombro el marqués.

—¿No se ha casado conmigo don Diego Perez?

—¡Un rufian!

—Vamos, señor marqués: al que tiene oro no se le encuentra tacha: Diego, rico-hombre, por merced del rey, su montero mayor, señor de villas y lugares, hubiera encontrado mas de una rica noble y hermosa doncella con quien casarse si hubiera querido; y sin embargo, se casó conmigo... ved ahí por qué le amo: si vos me hubierais amado como él, os hubierais casado tambien conmigo, tanto mas cuanto sabeis que vos habeis sido el primer hombre con quien he tenido amores.

—Sí, sí, es cierto; pero tu padre era Marquillos-el-Malo, tu madre Mari-Paez, la bruja, judia, hechicera y encubridora, y tu tia Ambrosia ha merecido de la justicia y del señor arzobispo de Toledo que la quemaran viva.

—Si vuestro amor hubiera sido de ley no hubiera reparado en esas niñerias: yo hubiera conocido ese amor y le hubiera pagado en

buena y limpia moneda, como pagué el de Diego, á quien os juro que ni quiero, ni pienso engañar.

—¿Con que esa es tu resolucion definitiva?

—Sí, señor marqués.

—¿Sin apelacion?

—Sin apelacion.

—Ten en cuenta que no hay nada que tanto me empeñe como los imposibles.

—Empeñaos en buen hora.

—Por empeñado. Y adios.

—¿Os vais?

—Sí por cierto: ¿qué he de hacer aqui?

—No lo digo porque os quedeis, señor marqués, dijo Tomasa; sino porque no quiero que os vayais con las manos vacias.

—No te entiendo.

—Quiero decir que sabiendo que ibais á venir á verme he sacado las joyas que me regalasteis en otro tiempo para que os las lleveis: yo no puedo decentemente ponerme joyas que no me ha comprado mi marido.

—En verdad, en verdad, que mucho has cambiado Tomasa: dijo el marqués abriendo el cofrecillo y mirando las joyas que habia dentro: no te conozco; aqui hay un caudal y te deshaces de él sin dolor.

—Qué quereis, señor marqués; no quiero que podais decir que he sido vuestra por codicia. Soy otra, enteramente otra que la que conociais. Asi, pues, llevaos esas joyas y pensad en que siendo yo muy diferente de lo que pensabais, es muy posible que todo vuestro empeño se estrelle contra mi amor y mi fidelidad á mi marido.

—Pues mira, acepto: dijo con cierto cinismo el marqués, tomando el cofrecillo y guardándosele bajo su capa de seda: toda guerra trae gastos, y quiero hacer la que te he declarado con tus mismas armas: adios, hija mia, adios

Y el marqués salió despues de haber recibido á quema ropa una magnífica sonrisa de la toledana.

Apenas se habian perdido en la galería los pasos del marqués, cuando se abrió una puerta y apareció Diego, que abrazó transportado de placer á Tomasa.

—¿Estás satisfecho de mí, hijo mio? dijo la Tomasa dejándose caer indolentemente entre sus brazos.

—Sí, vida de mi vida, esclamó Diego: escucha: cada dia te amo mas: en otro tiempo cuando yo era rufian, me hubiera importado muy

poco el que hubieras sido querida de ese hombre con tal de que me hubieses amado; pero hoy... no, no: si tu me engañases te mataria....

—Pues oye, querido mio: es necesario que tengas una poca de paciencia.

—¡Paciencia!

—¿A qué hemos venido aqui?

—A servir á don Beltran de la Cueva y á doña Mencía de Padilla.

—Pues bien: para que les sirvamos bien, será necesario que me permitas jugar un poquito á la pelota con el señor marqués de Villena.

—¿Y no habrá peligro en ese juego?

—¡Bah! no: el señor marqués es vano y soberbio: le gusto: está enamorado de mí, de mis ojos, de mi cuello, de mi talle: pero nunca me ha amado: si yo cediera á su capricho me abandonaria mas pronto ó mas tarde; pero no cediendo, sabiendo manejarle, se enamorará furiosamente de mí; es decir me amará; será capaz de hacer cualquiera locura: pues bien, lo que precisamente necesitamos es que el señor marqués empiece á hacer disparates.. yo me encargo de ello, no tengamos celos, ni disputas... déjame hacer y te juro que doña Mencia y la infanta doña Isabel tendrán mucho que agradecernos.

—Valiera mas, ya que hablas de la infanta doña Isabel, que se hubiera enamorado de ti el maestre de Calatrava.

—Déjame hacer: si no se enamora de mí se enamorará de otra.

—¿Y dónde encontrará esa otra?

En aquel momento, saliendo del mirador de la casa vecina, se escuchó una voz dulcísima que cantó un romance de amores.

—¡Hermosa voz! dijo Diego: enamoradísima muger, si hemos de creer á su romance. Si es tan hermosa, como apasionado y dulce su canto, debe ser un prodigio.

—Lo es Diego: sobre todo tiene unos cabellos negros que dan envidia.

—¿La conoces?

—Sí: es doña María de Castro.

—¡Ah! la vecina de quien has hablado con el marqués.

—Ciertamente: pues hé ahí la muger de quien se enamorará el maestre de Calatrava, si ya no se ha enamorado.

—Muy ligera andas en asegurar....

—Doña María está enamorada del infante don Alonso; y por algunas palabras ocultas que he sorprendido al marqués, se cuenta sin duda con ella para apoderarse por su medio de ese pobre niño, á

quien piensan hacer rey: te aseguro que me bastaria con menos para mis proyectos.

—Bien, bien: allá tu, Tomasa; pero te advierto que no se me engaña tan fácilmente.

—Y yo te advierto que si das en la flor de ser celoso, no habremos hecho nada y nos esponemos á perderlo todo.

—Bien: haré lo que sea necesario hacer.

—Por el momento es necesario que procures hacerte conocido y amigo de las gentes que guardan ó acompañan á doña María: yo por mi parte, como vecina, me introduciré con ella: pero suenan pisadas en la calle.

Y la Tomasa se acercó al balcon.

—¿Qué sucede?

—Un mancebo se ha acercado á una reja de la casa de enfrente, y dos escuderos guardan la esquina. Diego, es necesario saber quién es ese mancebo.

—Lo sabremos: dijo Diego.

—¿Esta misma noche?

—Esta misma noche; y para no perder tiempo voy á poner los medios.

Y Diego salió de la habitacion; poco despues Tomasa le vió salir de la posada y llegar á los dos escuderos que estaban en la esquina.

Uno de ellos desapareció con él, y el mancebo de la reja estaba tan embebecido en su plática con la muger cuya voz recatada se sentia dentro, que no reparó en aquella ocurrencia.

Media hora despues el escudero apareció de nuevo en la esquina, y Diego entró en la posada, y al fin en el aposento de Tomasa.

—Sospecho quién es ese mancebo: dijo la toledana.

—Veamos si te engañas.

—Tanto le resguardan que no puede ser otro que el infante don Alonso.

—En efecto, es su señoría: palabras y oro me ha costado, pero al fin he sacado la verdad al escudero.

—Ya lo decia yo.

—¿Pero qué nos importa eso?

—¡Oh! ¡mucho!

—Pero amando esa muger á un mancebo tal, tan ilustre, tan hermoso, ¿cómo puede enamorarse del maestre de Calatrava?

—Yo no te digo que se enamore: lo que te juro es que se fingirá de tal modo enamorada del maestre, que este lo creerá y se enamo-

rará á su vez: seria necesario que don Pedro Giron fuese de mármol si no se enamorara de doña María con poco que ella pusiera de su parte.

—¿Con que tan hermosa es esa muger?

—Es... tan hermosa como yo: dijo la toledana sonriendo de una manera hechicera á Diego.

—¡Tan hermosa como tu! ¡imposible! mas hermosa que tu no hay mas que una, y esa está en el cielo. Tu, Tomasa, eres la mas hermosa de la tierra.

—Para ti.

—Para mí eres una diosa. Y adios.

—¿Te vas?

—Sí, voy á ver al señor marqués de Villena al castillo.

—Adios, palomo mio, adios: no tengas celos entre tanto. Tu Tomasa, nunca, tenlo por seguro, te engañará mas que de burlas. Con que mucha prudencia, queridito mio. Que el marqués no pueda sospechar nada, y adios otra vez.

Diego salió y Tomasa se encaminó al balcon despues de haber llevado la luz á otro aposento para no ser observada.

El infante don Alonso seguia asido á la reja y continuaba escuchándose la voz opaca, ardiente y contenida de doña María.

LIX.

De como llegaron las cosas entre el rey y los confederados á punto de rompimiento.

Apenas eran de esto pasados dos dias, cuando el marqués de Villena, el arzobispo de Toledo, el maestre de Calatrava y los demas caballeros de su bando, se trasladaron á Avila, llevando consigo, y como prisionero, al infante don Alonso.

Inútil es decir que seguian á aquella especie de corte Diego, la Tomasa, doña María de Castro, y otras damas y dueñas á quienes su parentesco ó sus amistades con algunos de los rebeldes llevaban tras ellos.

La marcha era mas precipitada que lo que convenia al orden, y si queremos saber la causa, nos bastará oir el diálogo que se entabló en el camino entre el arzobispo de Toledo y su sobrino don Juan Pacheco, en el momento que la mula del prelado alcanzaba al corcel de batalla del marqués.

—¿Me querreis decir, señor sobrino, qué significa esta marcha y rebato súbito, que ni aun tiempo habeis tenido para avisarnos la causa?

—Mi venerable tio, dijo el marqués: hanme llegado corredores que me avisan de que el señor duque de Alburquerque viene sobre nosotros: la villa no es fuerte: el castillo con las pasadas guerras está aportillado, y háme parecido prudente que esperemos á nuestro comun enemigo en Avila, donde está el grueso de nuestra hueste.

—¡Ah! ¡ah! ¿con que Beltranico, el buen Beltranico, se atreve?... pues será necesario dar una leccion á ese hombre, sobrino.

—Dársela pienso, y tal, que no la olvidará en mucho tiempo. Pero lleguemos á Avila que Dios dirá, y dejemos la conversacion, tio, que hay quien escuche; y aguijemos porque importa la diligencia.

El marqués espoleó su caballo, el mozo de mulas arreó la del arzobispo, y lanzas, acémilas, literas, bagages y peones, apresuraron su marcha para Avila.

Llegaron á aquella poblacion á la media noche, alojóse la gente, cerráronse las puertas, pero de una manera no tan estable que no se volviesen á abrir al poco tiempo, dando paso á algunas carretas de bueyes, cargadas de tablas y algunos hombres que se encaminaron á un estenso campo, situado delante de los muros por la parte del camino de Madrid.

Cerráronse de nuevo las puertas apenas salieron los hombres y carretas, y poco despues en el centro de aquella llanura, y á la luz de hachas de viento, se vieron algunos carpinteros construyendo un cadalso.

Un hombre embozado en una capa de seda, paseándose á cierta distancia y comunicando sus órdenes á los trabajadores por medio de personas secundarias, parecia dirigir la obra, aquel hombre, enteramente desconocido para los trabajadores, y tan cuidadosamente encubierto, no era otro que nuestro antiguo conocido, don Juan Pacheco, marqués de Villena.

Concluida la armazon, los carpinteros fueron despedidos, quedando solo los hombres que sostenian las antorchas, y algunos soldados, el marqués de Villena y sus intermediarios.

El cadalso era de gran altura y estension, cuadrado, y en cada uno de los lados se apoyaba una ancha graderia: en el centro del tablado habia un estrado levantado sobre cuatro gradas y rodeado de una balaustrada con una abertura en el centro de cada uno de sus lados: era evidente que aquel cadalso se habia levantado para un auto

público y no para una egecucion de muerte, puesto que faltaba el tajo.

Además de este tablado, y al rededor de él, se habian construido otros muchos de grandes dimensiones y en forma de anfiteatro: últimamente llegaron algunos carros cargados de tapices y los tablados fueron revestidos por ellos: el cadalso del centro, el cadalso principal, fué adornado con mayor ostentacion: en sus ángulos se veian astas en que ondeaban banderas con el blason real, y sobre el estrado del centro un dosel de terciopelo carmesí franjeado de oro, salpicado de castillos y leones, y bajo el dosel una silla dorada.

Aquel era el trono, el trono castellano alzado sobre un cadalso, y anunciando por sí mismo que en medio de aquel campo, y sobre aquel cadalso, debia acontecer algun hecho estraordinario.

A la salida del sol los preparativos estaban terminados y una guarda numerosa de hombres de armas cercaba el lugar en donde estaban levantados los tablados.

La vista de este aparato imprevisto, habia llamado la atencion pública, y desde muy temprano una inmensa multitud se apiñaba en la llanura: á medida que avanzaba el tiempo iba aumentando la gente armada: al fin antes de medio dia todos los hombres de armas, ginetes y peones de los confederados con sus máquinas de guerra, ingenios y lombardas, estaban formados en muestra de batalla delante de las murallas de Avila.

Antes del medio dia empezaron á atravesar la multitud ostentosos trenes de la nobleza y damas hermosas y feas, jóvenes y viejas: pero todas, adornadas y empavesadas, salieron de sus literas ó desmontaron de sus hacaneas servidas por caballeros, y fueron á colocarse debajo de los toldos que cubrian en parte los tablados particulares, y que muy pronto se vieron llenos por una deslumbrante multitud.

En uno de los tablados mas próximos al cadalso real, bajo un toldo, defendiéndose del reflejo del sol, con un ventalle ó abanico de plumas, ataviada con un lujo y una riqueza singulares, y doblemente hermosa por sus galas, estaba Tomasa, causando la envidia de las viejas y la desesperacion de las jóvenes mas seguras de sus encantos: pavoneábase junto á ella, hidalga y ricamente vestido, Diego el Desollador, que observaba con delicia las miradas y los cuchicheos envidiosos de las damas, y las aspiraciones ansiosas de los hombres á la vista de la Tomasa, de quien nuestro hombre estaba enamorado como un loco: la antigua cortesana, no lo estaba menos de Diego, y le abrasaba en sus miradas, le sonreia, desesperaba con sus languideces y sus ademanes, un tanto estraños en una muger legítima para con

su esposo, á sus aspirantes, y era, en fin, el señuelo en que estaba fija la atencion local.

—¿Tardará mucho esto, palomo mio? dijo la Tomasa á Diego, impaciente ya por una espera de cinco minutos: nos han dicho que vamos á presenciar una cosa nunca vista ni oida, y esto me tiene ansiosa.

—Cuando yo vine de casa de don Juan Pacheco estaban acabando de ataviar al rey, ya le habian puesto el manto de púrpura forrado de armiños y solo faltaba ponerle la corona: afortunadamente su alteza no se impacientaba, porque no podia impacientarse.

—¡El rey! ¿pero está aqui el rey? dijo la Tomasa.

—Sí, sí, señora de mi alma: en Avila está el señor rey don Enrique el IV de Castilla y de Leon.

—¡Oh! me engañas: ¡venir el rey á entregarse á los confederados!

—¿Que te engaño? pues pronto vas á ver la verdad: porque mira, mira, la gente se agita, murmura, abre calle, los estandartes ondean enarbolados y la procesion se acerca.

En efecto, por la parte de la ciudad resonaban instrumentos bélicos tocando marcha, ondeaban estandartes y se veian sobre la multitud los reflejos de las armaduras de los hombres de armas y caballeros, sus penachos y sus lanzas.

Por el momento solo se vió aquello en globo, por decirlo asi, de una manera confusa: pero cuando la comitiva entró en el espacio despejado que rodeaba al cadalso, pudo verse aquella especie de procesion con todos sus detalles.

Venian delante y á caballo, trompeteros, ministrales, pífanos y atabaleros; seguía el escuadron de lanzas del marqués de Villena, y tras ellas una estátua de rey con manto, corona, cetro y espada, llevada en andas por cuatro rico-hombres y rodeada de donceles ó escuderos hidalgos á caballo, armados de todas armas: seguia despues un aparato de corte, y entre ella, sobre un caballo blanquísimo con las crines trenzadas y sujetas con lazos y cordones de oro, con paramentos rojos de brocado, venia el infante don Alonso hermoso y gentil, aunque triste, vestido con magníficas ropas de brocado: los condes de Plasencia y Venavente llevaban las bridas del caballo; el alferez mayor desplegaba delante de él el estandarte real; cuatro rico-hombres á los lados llevaban el yelmo, el escudo, la espada y la lanza: cabalgaba á su derecha el marqués de Villena con el birrete y el gran manto capitular de la órden de la caballería de Santiago sobre las armas, y á la izquierda don Pedro Giron, investido asimis-

mo de las insignias del maestrazgo de Calatrava: iban despues cuatro rico-hombres sobre poderosos caballos con las insignias de condestable, almirante, gran escudero y alcaide de los escuderos hidalgos, y, entre ellos, como gran canciller, don Alonso de Carrillo, arzobispo de Toledo, bajo palio, revestido de ricos ornamentos pontificales, y seguido del clero catedral, y de muchos obispos y abades mitrados, entre los cuales se veia á don Ferrante de Silva, abad de los benedictinos de san Martin de Madrid: seguian los escuderos, los pages y los alféreces de todos los nobles confederados con sus estandartes señoriales: venian en pos el maestre de Alcántara, el obispo de Soria, el arzobispo de Sevilla, los condes de Medellin, Haro, Alva, Paredes, y otros muchos títulos, Diego Lopez de Estúñiga con todos sus parientes, y otros muchos caballeros hidalgos y gentiles-hombres; cerraban, en fin, la marcha, algunos escuadrones de lanzas y ginetes, y algunas mangas de ballesteros y piqueros.

Como se ve, no podia darse aparato mas magnífico: allí estaban representados todos los brazos del reino: la nobleza, el clero, las universidades y el comun. Sin duda que se trataba de un grande hecho, cuando se habia desplegado de una manera tan ceremoniosa tanto lujo y tanto aparato.

Adelantó, pues, el cortejo, y llegó al cadalso, al pie del cual se veian ya los alabarderos reales, sobre él y á los pies del estrado los heraldos y reyes de armas, entre los cuales se encontraba el conocido Avanguarda y Gracia Dei, que solo era entonces persevante, y que debia ser despues rey de armas de los señores Reyes católicos.

La estátua de rey fué subida al trono en hombros de los rico-hombres que hasta allí la habian conducido, y sentada en la silla real sobre el dosel: hecho esto, el infante don Alonso fué conducido por el marqués de Villena, el maestre de Alcántara, el conde de Medellin, el comendador Gonzalo de Saavedra y el secretario Alvar Gomez, á gran trecho del cadalso, á donde subian á la sazon dos trompeteros, dos secretarios, el alférez mayor, el arzobispo de Toledo, el conde de Plasencia, el de Venavente y otros muchos funcionarios y caballeros.

A poco el arzobispo de Toledo dió un pergamino rodado y sellado al rey de armas Monreal, mandándole que le pregonase en alta voz.

Sigamos en esta parte á nuestro buen cronista Diego Enriquez del Castillo, que llegando á este lugar en su crónica dice de esta manera:

«Y entonces los otros señores subidos en el cadahalso se pusieron

»al rededor de la estátua: donde en altas voces mandaron leer una »carta mas llena de vanidad, que de cosas sustanciales, en que seña- »ladamente acusaban al Rey de cuatro cosas. Que por la primera »merescia perder la dignidad Real: y entonces llegó Don Alonso Carri- »llo, Arzobispo de Toledo, é le quitó la corona de la cabeza. Por la »segunda, que merescia perder la administracion de la justicia: asi »llegó Don Alvaro de Zúñiga, Conde de Plasencia, é le quitó el esto- »que que tenia delante. Por la tercera, que merescia perder la gober- »nacion del reino: é asi llegó Don Rodrigo Pimentel, Conde de Bena- »vente, é le quitó el baston que tenia en la mano. Por la cuarta, que »merescia perder el trono, y asentamiento de rey: é asi llegó Don »Diego Lopez de Estúñiga, é derribó la estátua de la silla, en que »estaba, disciendo palabras furiosas é desonestas. ¡Oh subbitos vasa- »llos! no teniendo poderíos ¿cómo descomponeis el ungido de Dios?» (Y aqui sigue el buen Castillo con una sarta de esclamaciones llenas de sentimiento y de indignacion, hasta que desfogada la cólera y anudando el roto hilo del relato continúa) «Luego que el abto de la »estátua fué acabado, aquellos buenos criados del rey, agradesciendo »las mercedes que de él rescibieron, llevaron al Principe Don Alon- »so hasta encima del cadahalso. Donde ellos, é los otros Perlados é »caballeros, alzándolo sobre sus hombros é brazos, con voces muy »altas dijeron, Castilla por el Rey don Alonso. E asi dicho aquesto, »las trompetas é atabales sonaron con gran estruendo. Estonces todos »los Grandes que allí estaban, é toda la otra gente llegaron á besalle »las manos con gran solemnidad, señaladamente el marqués de Ville- »na y los criados del Rey que seguian sus pisadas. ¡Oh crianza desa- »gradecida! ¡Oh fechura sin bondad!»

Y hasta el fin del capítulo en que de esto trata, y no menos que en una buena página, sigue el cronista Enriquez declamando contra la iniquidad de los confederados, y apostrofándolos con harta razon, puesto que la destitucion de Avila ha sido considerada por la histo- ria, y lo será siempre, como un acto sedicioso, incompetente, y re- pugnante, de los confederados.

Verdad es que los delitos, como ellos decian, de que acusaban al rey, eran tales y tantos, que Castillo, partidario, como sabemos, de Enrique IV, no se atrevió á consignarlos en su crónica: acusaban los confederados al rey de injusticias, cohechos, dispendios y dolos, y le declaraban incapaz de reinar por cuatro causas: primera, por injuriar la justicia y los fueros del reino, permitiendo que se come- tiesen desafueros de todo género, por los que estaban apoderados

de su favor: segunda, por haber hecho declarar su legítima heredera á la infanta doña Juana, cuando por la sentencia del tribunal eclesiástico sobre el repudio de la princesa doña Blanca, su primera muger, por impotencia que no habia sido contradicha, la infanta no podia ser su hija: tercera, porque estando escandalosamente empeñadas las rentas reales y repartidas en mercedes entre hombres bajos, se cargaba al reino con tributos, para poder continuar en nuevas mercedes: y cuarta, por tener entregados su poder y su honor á don Beltran de la Cueva, que abusaba de ellos, sin recibir por el abuso castigo.

Todas estas acusaciones eran ciertas: pero tambien lo es que hecha por un corto número de nobles que no tenian carácter de diputados del reino, ni otro apoyo que sus lanzas, con las cuales sostenian la guerra civil, la destitucion de Avila fué un acto abusivo, rebelde, incompetente, desprovisto de toda fuerza moral: un golpe de mano, en fin.

Téngase presente el espíritu de aquel tiempo: el prestigio que en él tenia el principio monárquico, que podia ser suficiente para hacer respetado al rey, pero á cuyo nombre se hacia todo, y se concebirá que la mayor parte de los que presenciaron aquel hecho se escandalizasen, y le acogiesen con el silencio del asombro y del terror.

La misma Tomasa, á pesar de sus costumbres, que la habian alejado de todo lo noble y lo grande, no pudo libertarse de este mal efecto.

—¿Sabes, Diego, dijo á su marido, que me parece que todo lo que han hecho esos señores no pasa de ser una bribonada escandalosa?

—Allá, allá se las compongan, dijo Diego: ellos verán como salen del atolladero: de seguro que despues de las burlas vendrán las veras: el señor duque de Alburquerque y doña Mencía de Padilla, á quienes servimos, verán cómo toman este negocio: en cuanto á nosotros, con hacer lo que nos mandan, estamos cumplidos: pero mira, ¿no es doña María de Castro aquella dama que sube tan engalanada al estrado real, y va á besar la mano al nuevo rey?

—Sí por Dios.

—¿Si pensará en ser reina?

—No; no por cierto.

—¿Y qué sabes tu de eso?

—¿Piensas que cuando una muger como yo trata á otra y la habla, y la comunica, no la comprende? ya te he dicho que la doña Ma—

ria, ama con toda su alma al infante, y que de la misma manera le amará mañana que se vea precisado á huir y á andar á salto de mata, pobre y desnudo, que ahora que es rey.

Estas palabras demostraban que Tomasa se habia ingerido en el trato de la hermosa vecina: habíase valido para ello de esos mil recursos que tienen las mugeres; primero el saludo, despues la sonrisa, el elogio de un prendido, el deseo de verlo..... Tomasa habia ido gradualmente avanzando, hasta el punto de ser en poco tiempo una especie de amiga de doña María. Habia averiguado, con no poca astucia y talento, que habia sido como ella, una cortesana: que conocia de una manera mas íntima que por simple amistad al abad de san Martin de Madrid, don Ferrante de Silva, y que se la habia arrojado ante el jóven infante don Alonso, contando con su hermosura, para que le enamorase, le fascinase, y le distragese de los negocios. Se tomaban las cosas con tiempo: en el niño se atacaba ya al hombre. Doña María se habia enamorado de una manera profunda de aquel mancebo, en el cual lo físico y lo moral se habia desarrollado de una manera prematura. Esto mismo la habia hecho mas peligrosa para el jóven que, separado de su familia, necesitaba un amor en que apoyarse, y doña María habia llegado á ser su primer amor.

Tomasa, pues, y Diego, habian encontrado un buen elemento en aquella muger para cumplir el encargo capital de doña Mencía de Padilla: esto es, la muerte del maestre de Calatrava.

Tomasa vió con sumo interés, no solamente la imprudencia con que el nuevo rey recibió el homenage de la hermosa aventurera, sino tambien la mirada de asombro con que el maestre de Calatrava devoraba la hermosura de doña María.

—Don Pedro Giron, dijo, acabará por enamorarse locamente de esa muger, y una vez enamorado... vamos, vamos... el maestre de Calatrava es hombre muerto.

Y viendo que el acto se habia concluido y que el infante se retiraba, se levantó y bajó la gradería del estrado en que se encontraba.

El pueblo se dispersó descontento: permítasenos repetir lo que hemos dicho en otro de nuestros libros, al tratar este mismo acontecimiento: *hay una intuicion que habla á las naciones y las revela como un instinto supremo cuanto atenta á sus derechos, y aquella intuicion les decia, que aquella traicion de la nobleza era un insulto hecho al pueblo: al pueblo, en quien reside de una manera invariable la soberanía nacional: al pueblo, en quien refluyen directamente los*

males ó los beneficios de una administracion: la destitucion de Avila está reconocida por la historia como un acto abusivo, como una rebeldía, como un desafuero. El pueblo lo sentia asi, asi lo han sentido las generaciones subsiguientes, y el rey don Alonso XII, elevado á un trono fantástico por la faccion de don Juan Pacheco, no ha logrado ser inscrito en la cronología castellana.

Tal fue la destitucion de Avila; la mayor de las afrentas que pudieron hacerse á un rey y á un pueblo, por una nobleza, sin nobleza, ambiciosa y turbulenta; tal el estado en que se encontraba el trono, desprestigiado, dominado enlodado por sus mismas hechuras; tal la corrupcion de aquellos tiempos, en los cuales cuando se creia que la inmoralidad, el crímen y el desacato habian llegado al último límite posible, nunca faltaba un nuevo esceso; tal, en fin, la condicion social que esclavizaba y desangraba al pueblo, deshonraba al trono, y mancillaba cuanto de mas noble tiene el corazon humano: la lealtad y el honor.

LX.

Algo de historia que el autor cree indispensable.

Hé aqui cómo cuenta Enriquez del Castillo, con su ordinario calor, los resultados de la destitucion de Avila.

«Sabida la novedad y el caso tan feo que los caballeros avian fe»cho en Avila, el Rey con mucho reposo, sin tomar alteracion dijo: »Agora podré yo descir lo que dijo el Profeta Isaias en persona de »Dios contra el pueblo de Israel cuando idolatrando se apartaron de »él para seguir los Idolos de los gentiles. Crié hijos é púselos en grand »estado, y ellos menospreciáronme. Pero puesto que aquellos mis »criados é los otros caballeros como desleales pensaron ofenderme, »con aquel corruto traslado de la estátua de mi persona, que asi des»compusieron, apartándose de mi servicio, para conseguir sus orde»nadas tiranías, no podrán tanto hacer, que el original verdadero, »que soy yo, no se quede muy sano para sacarlos mentirosos: espero »de la soberana voluntad de mi Redentor Jesu-Cristo, como justo »Juez de los Reyes, que su maldad será destruyda, é mi limpia ino»cencia manifestada; por cuanto ahora se glorifican de ser traidores, »vengan despues con mayor dolor, y lloren porque nascieron.»

Claro se ve aqui que quien habla es el cronista Enriquez del Castillo, que, como sabemos, tenia una energía tal, que á haberla te-

nido semejante el rey, de otro modo hubieran andado las cosas en su tiempo: pero la verdad del caso es, que el rey don Enrique abrió mucho los ojos cuando supo que sus buenos y magníficos señores le habian destituido en estátua, y apeló como siempre, en los recursos estremos, á don Beltran de la Cueva.

Las circunstancias eran graves; el rey intruso, ó mejor dicho, don Juan Pacheco, se dió tal prisa en repartir mercedes, que muy pronto el bando de los confederados se aumentó considerablemente, atrayendo á muchos la codicia. Ademas, Burgos y Toledo habian levantado pendones por don Alonso, y declarádose por él, aprobando la destitucion y volviéndose contra su señor natural.

Doña Mencía de Padilla, no muy segura aun de que el amor que habia existido entre Beltran y la reina no se renovase á pesar de la prision, necesitó un medio para separarlos á mayor distancia, aconsejando al rey que enviase á la reina con la infanta doña Isabel al rey de Portugal pidiéndole socorro: pero aparte del buen recibimiento que don Alonso les hizo, no alcanzaron otra cosa que promesas.

Era necesario, pues, poner coto, contando con las propias fuerzas, á los confederados, y Beltran de la Cueva envió contra ellos á Juan Fernandez Galindo, con tres mil caballos á socorrer á Simancas, á la cual tenian cercada los rebeldes. Galindo hizo levantar el sitio, entró en la poblacion, y á la vista del enemigo, que aun no se habia retirado, hizo arrastrar la estátua del arzobispo de Toledo. Pequeño alivio de la afrenta hecha al rey en Avila, dice Mariana, y satisfaccion muy desigual, asi por la calidad de los que hicieron la befa, como del á quien se hacia.

Sin embargo, el rey se consoló algo con este pequeño desagravio, y mucho por saber que la vuelta de Toro venia en su ayuda un poderoso ejército fuerte hasta ochenta mil peones y catorce mil ginetes. Este ejército encontró entre Tordesillas y Simancas á los confederados que se retiraban del sitio, hubo una pequeña escaramuza, en la cual fue herido y preso un capitan de los rebeldes llamado Juan Carrillo. A punto de espirar llamó al rey y le reveló en secreto que habia urdida una conspiracion para matarle, y se le hizo confesar los nombres de los conjurados, nombres que el rey encubrió por temor ó por política.

Siguió el rey con aquel ejército adelante, y levantó sus reales delante de Valladolid, que tambien se habia sublevado; pero no pudo tomar la ciudad, porque sus defensas eran fuertes, mucha las

gentes que la defendian, y muy poco el deseo de pelear de los suyos, á lo que les inclinaba la flojedad y descuido del rey.

Las cosas iban de mal á peor: unos y otros, el rey y los confederados, se temian: hubo, pues, nuevos tratos de avenimiento. Prometióse mucho por ambas partes, y logró convencerse al rey que licenciase su ejército, puesto que no tenia dinero para mantenerle. Don Juan Pacheco prometió, que el infante don Alonso, dejado el nombre de rey, se reduciria á su servicio con los demas grandes, y que todo volveria á su antiguo y pacífico estado.

Licenciáronse, pues, en consecuencia de este convenio, asi las tropas del rey como las de los confederados: estos últimos se retiraron á Arévalo, llevándose como preso al infante don Alonso que queria desde el momento volver al servicio del rey, y por lo cual, para imponerle miedo, le amenazaron con la muerte.

Seguian entretanto los tratos de paz; pero los confederados no consentian en ella, si no se efectuaba el matrimonio de la infanta doña Isabel con el maestre de Calatrava, y la salida de la corte del duque de Alburquerque.

Con gran asombro de don Juan Pacheco, del arzobispo de Toledo y del maestre de Calatrava, el rey consintió en ello. Beltran de la Cueva salió de la corte, doña Mencía de Padilla se retiró al convento de las Ursulinas de Jaen, la reina doña Juana fué enviada al castillo de Alahejos, y don Pedro Giron fué llamado á la corte para efectuar el matrimonio.

El maestre de Calatrava dejó apresuradamente la villa de Almagro, que era de su señorío, y dirigióse apresuradamente á la corte.

Pero estaba escrito que habia de tener un tropiezo en el camino.

LXI.

De como todo tiene remedio menos la muerte.

Poco antes de que el maestre se pusiese en camino, llegó á la villa de Ocaña, donde se encontraba don Juan Pacheco con el infante don Alonso, un ginete encubierto y con gran prisa, que dió un rodeo sin embargo, antes de entrar en la villa, sin duda para no causar sospechas.

Era ya entrada la noche y estaba oscura: el ginete dejó el caballo en un meson, y se encaminó á través de algunas calles tenebrosas á una plazuela, en cuyo fondo se alzaba uno de esos antiguos casero-

nes solariegos que ennoblecidos con un enorme escuson de piedra berroqueña, subsisten aun con toda su venerable antigüedad en nuestros pueblos pequeños.

El incógnito dejó caer sobre la puerta su enorme llamador, y poco despues se abrió un ventanillo, y un sirviente preguntó al recien llegado lo que queria.

—Necesito ver al momento al señor don Diego Perez: le dijo.

—¿Cómo os llamais?

—Cáceres.

Aquel hombre era, pues, el mayordomo íntimo del rey.

Inmediatamente se abrió la puerta.

Cáceres subió por unas anchísimas escaleras, y solo se detuvo en una cámara destartalada, donde Diego el Desollador y la Tomasa cenaban al lado de una inconmensurable chimenea en que ardia media encina.

—¡Ah! ¡ah! dijo Diego levántandose y haciendo poner una silla al mayordomo: bien venido seais; traed, traed servicio para este caballero: las ventas del camino son malas y bien habreis menester alimento y descanso.

Trageron lo pedido, y Cáceres dijo á Diego:

—Haced que quedemos solos, vuestra esposa, vos y yo.

Diego hizo salir al criado que los servia.

—Cerrad las puertas, don Diego: dijo el mayordomo.

—¿Tan importante es lo que teneis que decirme?

—Importantísimo.

Levantóse Diego y cerró.

—Ya sabeis, dijo Cáceres, que el casamiento de la infanta doña Isabel vuelve á tratarse, y que de esta vez parece que va de veras.

—¡Bah! pero ese casamiento no se hará, dijo la toledana.

—Quiera Dios que no se haga, replicó Cáceres.

—Pues os aseguramos, repuso Diego, que ese matrimonio no se hará.... á no ser que el rey, y sobre todo, don Beltran de la Cueva, quieran que se haga.

—Ni uno ni otro lo quieren.

—Sin embargo, el rey ha desterrado á don Beltran.

—Pero nunca ha estado mas asegurado en su privanza el duque.

—Segun eso siguen en buena armonia doña Mencía y don Beltran.

—Edifica el verlos, caballero... yo creo que con el tiempo y si entrambos enviudan, acabarán por casarse.

—¿Y no se acuerda don Beltran de la reina?

—Cómo si no la hubiera jamás conocido.

—¡Diablo! ¡diablo! ¡y á pesar de todo, y del poder que se atribuye á doña Mencía, se ven obligados á doblegarse á los rebeldes!

—Doblegarse no es romperse, don Diego; y de esta vez nos doblegamos de tal suerte que al levantarnos haremos pedazos á esa gente.

—¿Y dónde dejais al rey?

—En Arévalo.

—¿Y qué cara pone la infanta á este casamiento?

—La infanta será capaz de todo antes que casarse con ese hombre; pero se quiere evitar un escándalo. Doña Mencía se ha acordado de vos, doña Tomasa, y antes de marchar para el convento de las Ursulinas de Jaen...

—¡Cómo! ¿ha dejado el servicio de la infanta?...

—Ha pedido licencia únicamente por un mes... como os decia, antes de marchar á Jaen me dijo: señor Cáceres, yo tengo una buena amiga en Ocaña: puede que el rey os envie allá, y esa mi amiga es esposa del caballero á quien el rey y don Beltran de la Cueva os envian: tomad y llevadle esta espresion de mi afecto.

Dióme una cajita de terciopelo cerrada (que no sé lo que contiene) y yo os la entrego.

La toledana tomó la caja y la abrió. Dentro habia un magnífico collar de gruesas perlas con broche de oro y esmeraldas, y unas arracadas y una diadema de rica-hembra cubiertas de diamantes de valor.

—¡Ah! ¡doña Mencía me avergüenza!.. dijo la Tomasa; me compromete á no poderla corresponder dignamente á este regalo.

Y miraba las alhajas de una manera tal, como si toda su vida hubiese estado acostumbrada á aquellas riquezas.

—¿Decís que el duque os habia dado una carta para mi? dijo Diego.

—Sí, por cierto: contestó Cáceres, y aqui está.

Y dió á Diego una carta que sacó cuidadosamente de su pecho.

Diego rompió la nema y la leyó.

—¡Diablo! ¡diablo! dijo únicamente.

—El duque me dijo, insistió Cáceres, que esperaba que cumplirias con el encargo que os hace.

—El señor duque pide las cosas demasiado tarde, cuando casi no hay tiempo; pero en fin... en fin... se hará, aunque para ello sea necesario... se hará.

—En ese caso permitidme que os deje y vaya á llevar vuestra contestacion.

—¡Cómo, señor Cáceres! ¡á esta hora... con una noche tan oscura! ¡sin descansar!

—Descansaré en una venta del camino... allí estaré mas seguro que aqui .. con que á Dios don Diego, añadió levántandose.

—Esperad, esperad, voy á daros salida por parte mas oculta que por donde habeis entrado; pudiera conoceros alguien al salir y todo se perderia, porque aqui, bueno es que lo sepais y lo digais al duque, se me trata con mucho recelo.

—Vamos, pues, don Diego: doña Tomasa, adios.

—Adios, señor Cáceres, no os olvideis de decir á doña Mencía cuando la veais, cuánto he agradecido su regalo.

—Tendré la honra de decir á doña Mencía, que su memoria os ha agradado.

Y tras estas palabras Diego y el mayordomo del rey salieron.

Apenas se quedó sola la toledana abrió de nuevo la caja y dijo contemplando las alhajas:

—Valen muchos miles de escudos; paréceme que esto es el precio de la vida del maestre. ¡Oh! ¡oh! yo no sé por qué me repugna este negocio... pero en fin... don Pedro Giron es un malvado... su muerte es precisa... no solo precisa: justa. ¿Pero cómo haremos esa muerte?.. ¡ah!... doña María de Castro... sí, sí por Dios... doña María....

Apenas habia acabado la Tomasa de formular este pensamiento cuando apareció en la cámara Diego.

—Escucha, escucha, la dijo, lo que me escribe el duque.

Y leyó en voz muy baja lo siguiente.

«Los asuntos han llegado á punto de sangre. Matad como podais »al maestre de Calatrava, porque con su muerte salvais á un reino. »Matad y tened por segura toda la recompensa que querais.»

—Y no firma: dijo la toledana:

—Ordenes como estas no se firman, ni se escriben con letra usual: el duque ha desfigurado la suya que no hay mas que pedir... y es preciso, sí; de todo punto preciso... nos conviene servir al duque... una puñalada... esto no es seguro... jamás va solo... es espuesto además... hay que dar la cara... con veneno... un veneno es mejor... como lo teniamos pensado... escucha: ¿doña María se deja enamorar por el maestre?

—Don Pedro Giron va todas las noches á su casa, y está cada dia mas enamorado de ella.

—¿Y doña María está predispuesta?

—Doña María adora al infante.

—Es necesario que vayas esta misma noche á ver á doña María.

—Iré.

—Procura convencerla.

—La tengo convencida... pero encuentro una gran dificultad.

—¿Cuál?

—El veneno.

—Le tendremos mañana.

—¡Habrá que comprarlo! esclamó palideciendo la toledana que amaba á Diego y temia que se espusiese con su imprudencia.

—No, no; le haré yo... en todas partes hay yerbas ponzoñosas; mañana por la mañana saldré á caballo, recorreré solo los campos vecinos, y lo demas corre de mi cuenta. Ahora ponte el manto y vamos.

La toledana se puso el manto, Diego tomó su tabardo, su espada y su gorra, y llevando á su muger por unas escaleras escusadas, abrió con llave un postigo y se aventuraron por callejas estrechas, tortuosas y oscuras.

Ocaña era en aquellos tiempos de mayor estension que hoy, y sus calles no estaban en mejor estado. Despues de muchas vueltas, revueltas y tropezones, se detuvieron en una calleja y delante de un postigo, al que llamó tres veces la toledana.

Al fin, despues de reconocerla, abrieron el postigo, y Tomasa entró sola, despues de encargaar á Diego que volviese por ella dos horas despues.

LXII.

Doña María de Castro.

Mucho antes de que hubiesen llegado á aquel postigo Diego y la Tomasa, se acercaron dos hombres envueltos en tabardos, llamaron, les abrieron y entraron.

A la luz que traia la dueña que habia bajado á abrirles, pudo conocerse que aquellos dos hombres eran el infante don Alonso, ó como le llamaban los confederados, el rey de Castilla, y su adjunto el marqués de Villena, que hacia mucho tiempo no se separaba de su persona, haciendo con él las veces de carcelero.

La dueña parecia acostumbrada á estas recepciones, puesto que despues de un respetuoso Dios guarde á vuestra alteza, encaminado al jóven infante, y otro no menos respetuoso Dios guarde á vuestra

señoría, dirigido al marqués de Villena, tomó por una de esas misteriosas y estrechas escaleras góticas de caracol, al fin de la cual abrió una puerta secreta é introdujo al infante y al marqués en una cámara entapizada, en medio de la cual habia una mesa de despacho.

—Id y avisad á doña María que aqui está su alteza: dijo el marqués de Villena á la dueña.

Esta se encaminó á una puerta inmediata, la abrió y desapareció por ella.

El marqués se sentó junto á la mesa, abrió uno de sus cajones, sacó de él algunos papeles y se puso á ojearlos, despues á leerlos y luego á adicionarlos y corregirlos.

—¿Cómo es eso, marqués? aun aqui te dedicas al trabajo? dijo el infante.

—Qué quereis, señor, contestó don Juan Pacheco: mi lealtad me obliga á acompañaros todas las noches, y es preciso no perder el tiempo.

—¡No perder el tiempo! ¡no perder el tiempo! ¡para una hora que se me permite estar al lado de doña María!

—Una hora, señor, vale mucho para el que sabe apreciar el tiempo: durante esa hora, puede darse la última mano á cartas como estas, que son muy importantes, os lo afirmo.

—¿Y de qué tratan esas cartas?

—Bueno será que sepais de qué tratan, puesto que habeis de firmar alguna de ellas... que va encaminada á vuestra hermana, la noble infanta doña Isabel.

—¡Ah! dijo palideciendo el infante: ¿y de qué tengo yo que hablar á mi hermana?

—Acerca de su casamiento con el maestre de Calatrava, que es ya cosa convenida con vuestro hermano don Enrique.

—Pues no esperes que yo firme esa carta, marqués: dijo con energía el infante.

—Vos la firmareis, señor: dijo con cierta insinuante firmeza don Juan Pacheco.

—¿Qué firmaré yo la deshonra de mi familia? esclamó con indignacion el infante. No hablemos mas de esto, marqués: ya te lo he prohibido repetidas veces: si mi hermano el rey don Enrique se olvida de tal modo de quién es; si mi hermana consiente en un casamiento que la humilla, y no se deja matar primero; si os atreveis... ¡poder de Dios! que aunque jóven, vive en mí toda la valiente sangre de mis abuelos, y os mataré, ú os vereis obligados á matarme.

Bendiz dib.º y lit.º

D. JUAN PACHECO, MARQUÉS DE VILLENA.

—Te mataremos si no te domesticas, leoncillo: murmuró de una manera ininteligible el maestre; y viendo aparecer de nuevo á la dueña añadió: ved, señor, que vienen á avisaros que vuestra doña María está dispuesta á recibiros.

—Adios marqués, adios, hasta luego: dijo el infante, á cuyo rostro asomó un color febril al saber que iba á ver á la muger que amaba con su amor de niño.

Doña María le esperaba en un pequeño retrete bella y ricamente alhajado: parecia que de intento se habia procurado dar un digno escenario á aquella muger que era muy hermosa, y cuya descripcion vamos á procurar hacer á nuestros lectores.

Doña María de Castro era una muger de estatura aventajada y casi épica, robusta, fuerte, bella, esbelta, con una cabeza magestuosa, un cuello voluptuoso, unos hombros de la mas dulce redondez, un alto y turgente seno, una cintura de sílfide y unos brazos, unas manos y unos pies incomparables: tenia el andar de reina, la sonrisa de ángel y la mirada de fuego: era pálida, pero con esa palidez nacarada é incitante de la pasion: sus negros ojos eran rasgados, grandes, hermosísimos, de mirada pura y sublime: su boca levemente sonrosada, hacia pensar en las dulzuras del amor, y su voluminosa cabellera, agrupada en trenzas, negra, densa y brillante como el ébano pulimentado, parecia la corona de hermosura que la naturaleza habia dado á aquella muger magnífica.

Vestia un sencillo, pero rico trage de terciopelo negro, que hacia resaltar la blancura deslumbrante de sus hombros y de sus brazos desnudos, y, como por desden, no habia en su tocado ni una joya ni una flor.

Comprendíase que aquella muger inspirase una de esas pasiones, que gastan la vida, y como que parece que han de sentirse en la tumba.

Nada tiene, pues, de estraño que el infante don Alonso, que ya frisaba en los catorce años, y cuyo desarrollo físico y moral habia sido muy prematuro, estuviese locamente enamorado de ella, con un amor poético, puro, primer amor del adolescente, divino amor que no empañan ni enlodan los deseos materiales, semejante al fuego de una lámpara de oro alimentado por aceite aromático; el infante no conocia en doña María mas que á la noble y virginal sobrina de su tia doña Hermegunda, vieja embustera que seguia la corte representando el papel de una noble y honrada dueña quintañona, tia de su sobrina doña María de Castro, y prima en segundo grado por ello, del conde de qué se yo cuántos.

Fácil, muy fácil habia sido hacer creer esto al infante, á quien ni aun siquiera se le habia ocurrido dudarlo: doña María, como hemos dicho, era lo mas puro, lo mas entusiasta, lo mas noble que darse puede: su fingida tia doña Hermegunda era una dueña acartonada, grave, tiesa, angular, ceremoniosa, una especie de bribona que llevaba á las mil maravillas su papel de tia engañada: el infante creia que entraba en aquella casa y que veia á su amada á tras mano de su tia, y que si esta seguia á los confederados era por sus antiguas enemistades con los caballaros leales al rey.

En cuanto á las libertades que se permitia en la parte posterior de aquella casa el marqués de Villena, atribuíalo don Alonso al buen precio que se daba á la dueña protectora de aquel fraude.

Pero en realidad, ni doña María era doncella, ni doña Hermegunda se llamaba tal, ni era tia de su llamada sobrina ni por asomo: la jóven, que contaria unos veinticuatro años, habia vivido ocho de ellos entregada á una vida de vicio y abandono, y si no se reflejaban en su semblante sus costumbres, era porque aquella espresion de pureza era resultado del conjunto de sus formas y de la manera que tenia de ver las cosas.

Doña Hermegunda, por su parte, era una de esas viejas terceras y encubridoras, tan abundantes por desgracia, en todos los tiempos; harpía llena de picardías y de esperiencias, y que sabia representar á maravilla cualquier ficcion que se la encomendase.

Tal muger, y con tal adherente, habia buscado el marqués de Villena, para pervertir al infante, degradarle, y entregarle en su poder, bastardeado, sin fuerzas, sin digninad; habia seguido, en fin, con el infante, la misma línea de conducta que con don Enrique cuando era príncipe y él su favorito.

Pero la Providencia habia velado por el infante, y habia encontrado su salvacion alli mismo donde se habia buscado su ruina.

De ello van á juzgar muy pronto nuestros lectores por el diálogo que se entabló inmediatamente á la llegada del infante.

Al verle doña María se levantó, y le llevó al estrado: la hermosa jóven estaba mas pálida que de costumbre y sobreescitada: fijaba en el bello rostro de don Alonso una mirada curiosa que le devoraba, y en aquella mirada se comprendia cuidado, pena, terror.

—¡Oh! ¡qué hermosa estais, señora! la dijo don Alonso: cada dia me pareceis mas hermosa.

—¿Es verdad que os parezco hermosa, señor? esclamó con ansiedad María.

—No me llameis, señor, dijo el infante: ya sabeis que eso me incomoda, me aflige.

—¿Que os aflige?

—Sí por cierto: es un tratamiento muy respetuoso: llamadme de otro modo: vuestro don Alonso, vuestro amigo, vuestro hermano.

—Es que yo os amo mas.

—¡Oh! y yo os amo tambien cuanto pudiera amaros: tanto como á mi hermana, y un poquito menos que á mi madre.

María sonrió al infante con una de esas sonrisas sensuales, ardientes, por decirlo así, que son la mejor caricia, la mayor muestra de fruicion que puede dar una muger al hombre que ama: una de esas sonrisas, al lucir las cuales se acerca á nuestro rostro un rostro demudado por la emocion: pero María se contuvo y se pasó la mano por la frente como pretendiendo arrancarse de ella un sueño tentador.

—¿Que me amais, que me amais tanto como á vuestra hermana, y un poquito menos que á vuestra madre? repitió con acento hechicero María: pero ¿sabeis vos lo que es el amor?

—¡Oh! ¡si lo sé! amar es desear tener siempre á nuestro lado á la persona que amamos.

—¿Y nada mas?

—Alegrarse con su vista, con su acento, con su perfume...

—¿Y nada mas?

—Pensar siempre en ella, vivir para ella...

—¿Y es eso todo lo que me amais?

—Y qué, ¿se puede amar mas?

—Sí, sí, se puede amar hasta el punto de que no haya para nosotros en la tierra mas que el ser amado: se puede amar hasta el punto de querer confundirnos con él en un solo ser: se puede amar hasta morir de amor.

—Yo os amo asi tambien, María: dijo el infante bajando los ojos y ruborizándose como una doncella.

—No; vos no me amais asi; no...

—¿Que no os amo asi?.. pues, escuchad, escuchadme, señora, y juzgad.

—Os escucho: dijo con estrañeza María.

—¿Pensais que no sea pesada una corona?

—Sí; ciertamente: muy pesada para algunos; pero para vos que jóven aun sois un noble y valiente rey...

—Yo no soy rey: dijo el infante.

—La guerra civil terminará con un par de batallas.

—Ya no se darán batallas: está decidido el casamiento de mi hermana la infanta doña Isabel con el maestre de Calatrava.

María se puso sumamente pálida.

—Es necesario que ese casamiento no se haga, señor... ¡oh! si ese casamiento se hiciera... seria horrible... vos... no, no... imposible!

—Para evitar ese casamiento solo tengo un medio.

—Al fin sois rey.

—Ya os he dicho que no soy rey: lo soy solo en el nombre; pero en realidad soy esclavo.

—¡Esclavo!

—¿No me tiene contínuamente preso el marqués de Villena, sin separarse un solo momento de mi lado? Pero sin embargo, yo he llegado á entender que ese casamiento se hará con la condicion de que deje yo de ser rey y me someta á su servicio. Yo, bien lo sabeis, señora, no he dicho ni sí ni no: me arrebataron una noche del lado de mi hermana y me llevaron consigo: otro dia arrojaron la estátua de mi hermano de un trono y me pusieron sobre aquel trono. Levantaron pendones por mi: ¿y qué habia yo de hacer?... esclavo, siempre esclavo... yo no quiero ser rey... luego mi hermano el rey don Enrique, no tenia necesidad de sacrificar á mi hermana y de mancillar nuestra estirpe real casándola con don Pedro Giron: yo me pondré bajo el dominio de mi hermano, se lo contaré todo, y le pediré que castigue á los traidores que de tal manera han abusado de mi nombre y de mi soledad.

—¡Callad! ¡callad, señor!... ¡si os os oyesen!...

—Pienso valerme de vos para alcanzar mi libertad.

—¡De mí!

—Sí, sí, ciertamente: huiremos juntos.

—¡Juntos! esclamó María con un asombro profundo.

El infante interpretó mal aquel asombro y se apresuró á decir:

—No, no juzgueis ligeramente María: no he querido ofenderos: cuando os digo que huiremos juntos, es como deciros que sereis mi esposa.

María se levantó pálida, conmovida, convulsa.

—¡Vuestra esposa! ¡vuestra esposa yo! esclamó con acento desgarrador: y luego dejándose caer como desplomada sobre el estrado se cubrió el rostro con las manos.

—¿Por qué esa desolacion, señora? ¿acaso seria una desgracia para vos ser mi esposa?

—Yo no puedo ser vuestra esposa, señor: vos sois rey... yo... yo soy una pobre muger... demasiado infeliz.

—Yo no seré rey, María: dijo el infante.

—¿Que no sereis rey?

—No; yo no quiero ser rey como lo es mi hermano don Enrique: yo no podria sufrir las faltas de justicia, los delitos, los desafueros: para ser rey me veria obligado á doblegarme á infamias, y yo jamás llegaré á ese punto. Soy muy jóven, es verdad, pero la esperiencia me ha enseñado: si resistiese esas infamias, esas ambiciones sordas con sus infames y ocultos manejos, harian conmigo lo que hacen con el rey: se ensañarian contra mí; me disputarian la corona, me obligarian á una guerra miserable y vergonzosa. No, no, soy caballero, y como caballero viviré, renunciaré á todo derecho que pueda tener algun dia á la corona de Castilla y me casaré con vos.

—¡Conmigo! ¡eso es imposible!.

—Lo quiero yo, y tengo harta voluntad para que se cumpla mi deseo: no puedo vivir sin vos, y me sonroja este fraude vergonzoso que se hace á vuestra tia.

—Nos separa una inmensa distancia, señor.

—Escuchad y vereis de qué manera puede desaparecer esa distancia.

—¡Oh! es que no conoceis aun el abismo que nos separa.

—Mi amor le llenará.

—Os doblo casi la edad, señor.

—Solo teneis diez años mas que yo.

—¡Es imposible!.. ¡imposible! esclamó con desesperacion María.

—Escuchadme, escuchadme, y juzgad despues de mi proyecto: nos casaremos secretamente delante de vuestra tia: lo tendremos preparado todo y huiremos, yendo á refugiarnos al reino de Navarra: mi tia la reina doña Juana Enriquez protejerá nuestro casamiento y le publicará para imposibilitarme de pretender la corona: esto la convendrá demasiado, como que está tratado el casamiento de su hijo el rey de Sicilia, don Fernando, con mi hermana la infanta doña Isabel: vos sois noble: de una noble se hace una rica-hembra, y un infante puede tomaros por muger: ¿qué era mas que una rica-hembra la reina doña Juana Enriquez?

—¿Pero no mirais al bien del reino?

—Si la felicidad de ese reino consistiese en que yo fuese su rey, me sacrificaria; pero no es asi: hoy el rey nada supone en Castilla: mande yo, mande otro, será lo mismo; porque por desgracia está

demasiado profundamente arraigada la traicion en la nobleza. No pudiendo ser rey respetado, prefiero ser feliz siendo vuestro esposo.

—¡Os repito que eso es imposible! añadió María pálida como un cadáver.

—¡Imposible! ¿y por qué? dijo el infante.

—Porque yo no puedo engañaros.

—¡Engañarme!

—¿Me jurais, señor, no interrumpirme, escucharme hasta el fin?

—Os lo juro.

—Pues bien, escuchadme.

—Os escucho.

Doña María, despues de un momento de silencio y de confusion, empezó de esta manera.

LXIII.

Que es muy breve, porque solo contiene la historia de la hermosa María, que es brevísima.

Una mañana, hace veinte y cuatro años, el sacristan de las monjas de Santo Domingo el Real de Madrid, encontró en el torno metida en una cesta, debajo de un repostero, y envuelta en ricas ropas, una niña recien nacida. Junto á ella, en la misma cesta, habia un pergamino enrollado, en el que se leia lo siguiente:

«Noble abadesa: recojed esa niña, criadla y educadla para que »sirva á Dios: es hija de un caballero que se mostrará agradecido á »lo que hagais por su hija, y atenderá á su subsistencia. En el fondo »de la cesta en que la encontrarán hay un bolsillo lleno de oro. Es»tá bautizada y se llama María.»

La abadesa me recogió, hizo que me criasen, porque yo era aquella niña, cuidó de mí como una madre, y me destinó para esposa del Señor.

Mi padre enviaba todos los años la renta suficiente para mi manutencion y vestido, renta que la noble y generosa abadesa me conservaba, para que me sirviese de dote, ya quisiese ser monja, ya me casase, lo que no era fácil, puesto que difícilmente podrian verme en el convento ojos de hombre.

Entretanto crecia yo, y se desarrollaba en mí esto que llaman mi hermosura: á los doce años era ya una muger formada, y á los diez y seis tenia el mismo aspecto que tengo ahora: la abadesa se habia esmerado en mi educacion; sabia leer y escribir, decoraba el la-

tin, y hacia, ademas, á la perfeccion todas las tareas mugeriles. Pero lo que no pudo recabar de mí la abadesa fué que me decidiese á ser monja.

No sé por qué aquel silencioso convento donde me habia criado, donde habia crecido, me repugnaba, me entristecia, pesaba sobre mí como una cárcel sobre sus prisioneros. Y sin embargo, yo nada habia visto mas que aquello: la huerta, cercada de altas tapias; el claustro silencioso, con sus severas imágenes de santos, y las celdas sombrías, estrechas, desnudas. Pero mi alma habia visto mas: yo habia leido las Sagradas Escrituras: ellas me dijeron que Dios habia criado un mundo lleno de montañas, de mares, de llanuras, de desiertos: que la muger habia nacido para el hombre y el hombre para la muger: habia visto al pueblo de Israel en sus largas peregrinaciones, en sus sangrientas guerras: habia saboreado historias de amores; habia visto á los esposos del cantar de los cantares, y ciertamente las altas y lúgubres arcadas góticas del claustro y el pequeño huerto de aquel convento, no eran ese espacio infinito, esas montañas azules, esos estendidos montes: yo de toda esa inmensidad no veia mas que un estrecho giron de cielo, ya azul, ya cubierto de nubes, y mi corazon se comprimia, se llenaba de lágrimas, deseaba, y mis deseos no estaban en el claustro. Muchas veces, medio desnuda, me miraba en la tranquila superficie de la vasija en que me lavaba, y me admiraban mis ojos, mi frente, mi seno, mis cabellos: mi mirada sobre todo, se fijaba en mi mirada, se dilataba, ardia: yo era Eva; pero Eva , no en el Paraiso, sino en un triste encierro. Eva sin un Adan.

Yo amaba, como debió amar la primera muger con el vírgen impulso de la naturaleza: pero mis amores no tenian objeto en que fijarse: todos los hombres que yo veia eran viejos, casi decrépitos, venerables monjes, á los cuales solo veíamos á través de las rejas del locutorio ó del confesonario. Ninguno de aquellos era mi Adan.

Pero llegó un dia en que un ser jóven, y sino hermoso, simpático, se presentó de repente á mi vista. El viejo sacristan de las monjas habia muerto y aquel jóven le sustituia.

Vernos, mirarnos y comprendernos, todo fué obra de un momento: mi Adan habia aparecido, aunque envuelto en las humildes bayetas de sacristan.

El amor es ingenioso y encontramos medios de entendernos: él me escribia, yo le contestaba: al fin me indicó que él tenia medios

para sacarme del convento, y yo, que no deseaba otra cosa, respondí que estaba dispuesta.

Avisóme, pues, de que la fuga seria por un postigo del huerto mientras la comunidad estuviese en maitines; y llegada la noche de la cita, abandoné la celda de la abadesa, me deslicé por los oscuros claustros, bajé al huerto y adelanté por él.

Pero á poco sentí en la calle ruido de espadas: temí que mi amante hubiese sido acometido, y me acerqué al postigo; pero en aquel momento se abrió este y apareció un caballero con una espada en la mano.

Quise huir, pero aquel hombre que habia visto mi blanco vestido, merced á la luna que brillaba con una claridad estraordinaria, me rogó que me detuviera.

No sé que imperio egerció sobre mí aquella voz galante, dulce, y á un mismo tiempo firme, que me detuve.

Entonces el caballero se acercó á mí. Era un hombre hermoso, como de treinta á treinta y cuatro años, bizarramente vestido, y de mirada chispeante y profunda, que me turbaba dominándome: me acuerdo perfectamente de sus palabras:

—¡Hermosa rapaza! esclamó: ¡hermosísima á fé mia! ¿Y qué venias tú á hacer junto á un postigo que estaba abierto, paloma mia?

Yo no supe qué contestar, pero me avergoncé.

—¡Ah! dijo el caballero: sin duda el primer paso, algun galanzuelo... vamos, ¿no es verdad que esperabas á un hombre?

—Sí, señor: contesté.

—¿Y es esta la primera vez que le esperas? insistió.

—Sí, señor: repetí.

—Y... ¿quién era ese afortunadísimo galan?

—Era Tadeo: dije toda turbada.

—¡Tadeo!.. ¿pero quién ese Tadeo? me preguntó.

—Tadeo es... el sacristan del convento: dije dominada por aquel hombre.

—¿Y vas á huir con él? me preguntó.

—Sí, señor: le contesté: me habia prometido casarse conmigo.

—Pues bien, puesto que Dios lo ha hecho así, me dijo asiéndome de una mano, conmigo será con quien te cases, no con un sacristan: tú no has nacido para eso.

Díjome no sé qué mas, me arrastró consigo y me llevó á su casa. No fuí la esposa de aquel hombre, porque no podia serlo, pero fuí su manceba.

Durante algun tiempo parecia aquel hombre enloquecido conmigo, me puso una casa ostentosa, me rodeó de servidumbre, y solo venia á verme de noche y en secreto. No os digo su nombre porque nada importa. Yo no le amaba, le habia seguido engañada, habia sucumbido á sus deseos de una manera inocente, habia gozado sus amores de una manera material; pero mi corazon estaba libre. Al fin él regalándome se hastió de mi como yo me habia hastiado de él, y me dejó; pero la casa que me habia puesto, y una fuerte suma de dinero.

Desde entonces acá, señor, he corrido tras el amor sin encontrarle, y en siete años he tenido muchos amantes, he vendido mi cuerpo por necesidad, y he alternado en fiestas escandalosas: si no he sido una moza de partido, he sido una cortesana, y si ahora he dejado de serlo lo debo á que en vos he encontrado lo que habia buscado en vano tanto tiempo: el amor... y el amor, me ha salvado.

No me llamo, pues, Maria de Castro, ni la que pasa por mi tia lo es, ni tengo parientes: el marqués de Villena ha hecho que me conozcais y que os enamoreis de mí para poder dominaros por mi medio: pero yo no os haré traicion, os lo juro: os amaré siempre, siempre, como mi esperanza, pero jamás os engañaré.

Ved ahora, señor, si es posible que yo me case con vos.

Y terminando de esta manera su historia Maria, inclinó la cabeza avergonzada y guardó un profundo silencio.

LXIV.

De los temores que concibió doña Maria de Castro acerca del infante don Alonso.

Durante el breve relato de Maria, el semblante de don Alonso fue el espejo de sus cien encontradas pasiones que se revolvieron en su alma: la desesperacion, los celos, la vergüenza, la cólera: últimamente, cuando Maria concluyó, quedó anonadado, confuso, con la vista fija en la alfombra, y tan sonrojado como ella.

Pero de repente alzó el rostro iluminado con una radiante espresion de esperanza, y esclamó:

—No; no, doña Maria: vos me habeis engañado: vos no habeis sido lo que decís.

—¡Pluguiera á Dios que os hubiese engañado, señor! esclamó la jóven con los ojos arrasados de lágrimas.

—Sí; sí, me engañais; es imposible... imposible de todo punto:

vuestra mirada, vuestro semblante rebosan pureza.

—Es que vuestro amor me ha purificado.

—¡Mi amor!

—Sí; vuestro amor que ha sido la llama sagrada que ha consumido cuanto habia en mí de impuro... vuestro amor que me inflama y que me dice...

—¡Qué! esclamó con ansia el infante.

—Que si no puedo ser vuestra esposa, puedo ser vuestra amante, vuestra esclava; entregaros esta infausta hermosura, y vivir para vos; solo para vos.

Y Maria se arrojó en los brazos del infante, enloquecida, trasportada, con los ojos inflamados de pasion, y le estrechó llorando de placer entre sus brazos.

Pero de repente se retiró, se dominó, y apareció en su semblante una espresion glacial.

—¡Ah, doña Maria! no os comprendo: esclamó el infante maravillado por aquellas dos acciones contradictorias.

—¡El marqués de Villena! esclamó Maria.

En efecto, el marqués de Villena habia aparecido poco antes á la puerta.

—Duéleme, señor, dijo al infante, separaros de doña Maria en tan hermosos momentos: pero sois rey y el bien de vuestros reinos os pide un sacrificio.

—Sí, sí, seguid al señor marqués, dijo Maria: un rey no pertenece mas que á su reino.

—Ademas, señora, hemos de partir esta misma noche.

—¡Que va á partir su alteza!

—Asi es preciso que suceda: don Enrique quiere avistarse con nosotros y es necesario salirle al encuentro.

—¡Partir! ¡y nada me habiais dicho! esclamó el infante.

—Ha sido cosa del momento.

—¿Pero doña Maria partirá tambien?

—Doña Maria os esperará aqui.

—Partid, señor, partid, dijo doña Maria: el señor marqués de Villena es vuestro mas leal vasallo, y su esperiencia, sin duda, le obliga á violentaros: y no debeis violentaros por mí: ¿qué importo yo cuando hay en contraposicion un reino entero?

Don Alonso inclinó la cabeza abatido, y mas obediente á las insinuaciones de doña Maria que á las prescripciones del marqués, dijo al fin despues de algunos momentos de silencio:

—Marchemos.

Luego tomó una mano de doña Maria, la besó, miró á la jóven de una manera desesperada y se dirigió á la puerta con el corazon oprimido.

—Adios, doña Maria, adios, dijo don Juan Pacheco: no olvidaré nunca que sois una gran muger.

—Id con Dios, señor marqués, contestó Maria: y sed siempre como hasta ahora: un vasallo fiel y un prudente consejero de su alteza.

El marqués estrechó la mano de doña Maria, sonrió sutilmente, y contestó en voz baja.

—Descuidad, señora, descuidad: os volveremos á vuestro amante sano y salvo, y mas rey que sale de aqui.

Dicho esto salió con don Alonso.

Doña Maria quedó aterrada por un presentimiento, vago, frio; uno de esos presentimientos que ennegrecen el alma, y la hacen pensar en desdichas ignoradas: sin saber esplicarse la razon de ello, levantábase en su pensamiento delante de la figura de don Alonso, cuyo recuerdo estaba perenne en su imaginacion, un velo fúnebre.

—¡Oh! esclamó escuchando la voz de sus temores: le apartan de mi lado: nunca ha sucedido esto desde que me le dieron á conocer... y esa sonrisa acerada y fria del marqués... las noticias que corren de que el maestre de Calatrava ha sido llamado por el rey para efectuar su casamiento con la infanta doña Isabel... ¡oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! serian capaces para dejar espedito el trono á la infanta...

Doña Maria no se atrevió á concluir su horrible pensamiento; cerró los ojos aterrada y se estremeció.

En aquel momento una viejísima dueña entró recatadamente, y acercándose á ella la dijo en voz baja y misteriosa.

—La señora doña Tomasa de Luque, vuestra amiga, ha venido por el postigo y desea hablaros.

—Que entre, que entre al momento, dijo doña Maria.

La dueña salió, y poco despues entraba en la habitacion la Tomasa.

LXV.

De como esplotó la Tomasa los amores de doña Maria.

—¿Nos escucha alguien? dijo la aventurera.

—¿Tanto importa lo que teneis que decirme, amiga mia? contestó sobresaltada la jóven.

—Tanto importa, que no hablaré una sola palabra mientras no esté segura de que nadie pueda escucharnos.

Doña María se levantó y cerró las puertas de las habitaciones anteriores por uno y otro lado, despues de lo cual vino á sentarse en el estrado frente á la toledana, y asiéndola las manos la dijo con acento anhelante:

—Hablad.

—¿Cómo vais de amores con el maestre de Calatrava? dijo Tomasa.

—¿Y es importante que sepais?..

—Lo es tanto, que si no habeis seguido mis consejos estamos perdidos.

—¡Perdidos!

—Sí por cierto; y digo que estamos perdidos porque está perdido don Alonso.

—Esplicaos.

—En vos consiste que se salve ó no.

—¿Que consiste en mi?

—Sí por cierto, y en la influencia que podais tener con el maestre de Calatrava.

—Don Pedro Giron está perdidamente enamorado de mi.

—¿Enamorado hasta el punto de cometer una locura?

—¿Pretendeis acaso que por mí deje de casarse con la infanta doña Isabel?

—No pretendo eso: sé demasiado que la ambicion es la pasion que mas arrastra á los hombres: solo quiero decir que si creeis que el maestre se fiará de vos en estos momentos, y creerá en vuestro amor.

—¡Ah! sí.

—Pues es preciso que me sigais.

—¡Que os siga! ¿y adónde?

—Es necesario tender una red al maestre, y que no salga de ella sino muerto.

—¡Muerto! ¿y quién le ha de matar?

—Vos.

—¡Yo!

—Si; vos, embriagándole, engañándole, confiándole hasta el punto de que beba sin recelo un tósigo.

—¡Un asesinato!

—Un asesinato preciso para evitar otro mas horrible.

—¡Otro asesinato!

—Si; el de don Alonso.

—¡Cómo! ¡se atreverian!..

—¿Qué, no comprendeis que despues del casamiento de don Pedro Giron con la infanta doña Isabel, pretenderán deshacerse de don Alonso?

—¡Oh! ya lo habia pensado: pero habia rechazado ese horrible pensamiento.

—Pues no le desecheis, porque son capaces de todo.

—¡Dios mio!

—Ahora bien: ¿amais al rey don Alonso?

—¡Que si le amo! le amo como una madre: mas aun, porque le amo tambien como una amante.

—Pues sino matais al maestre de Calatrava le perdereis.

—¿Pero cómo puedo yo hacer eso?

—Por lo mismo os he preguntado si el maestre....

—Sí; si está loco por mi.

—Pues entonces es cosa hecha.

—¡Hecha!

—Sí, huid de Ocaña é id á encontrar á don Pedro Giron en Villarubia.

—Pero recelará.

—Ya os instruiremos para que no recele.

—Estoy rodeada de espias.

—Cerraremos los ojos á esos espias.

—Doña Hermegunda, la que pasa por mi tia, está vendida á esa gente.

—Ya la compraremos á mas precio, y para ello, mañana mismo la verá mi esposo.

—Guardaos de cometer una imprudencia, porque esa muger es muy astuta.

—Lo que esa muger quiere sobre todo, es oro, y por él serviria á Satanás: creedme, doña María, y decidios: el maestre os ama: hacedle confiar y matadle, porque sino le matais, don Alonso muere.

—Mataré, dijo roncamente doña María, cuyo semblante de angel se descompuso, hasta adquirir un aspecto horrible.

—Pues matad cuanto antes.

—Pero don Pedro Giron va camino de Arévalo.

—Le saldreis al encuentro en el camino... con cualquier pretesto... escuchad, dijo despues de haber meditado un tanto la toledana: don Juan Pacheco y don Alonso es probable que partan mañana

de Ocaña: quedaos vos aquí con pretesto de enfermedad.

—No me creerán.

—Ya encontraremos medio de que todos los médicos de la villa declaren, si es preciso, que estais enferma de peligro y que no podeis marchar sin que se esponga vuestra vida. Con que, quedamos acordes: tenedlo todo dispuesto para marchar secretamente mañana á la noche.

—Estaré preparada.

—Pues entonces adios: hace algun tiempo que he oido silvar á mi esposo, avisándome que me espera.

En efecto, por largos intérvalos se habian oido algun tiempo antes tres agudos silvidos.

Levantóse la Tomasa, besáronse recíprocamente en las megillas las dos aventureras restauradas, y la toledana salió guiada por la dueña que la habia introducido, y encontró en la calleja á Diego.

—¿Consiente? la dijo este.

—En todo.

—¿Está resuelta?

—Mañana partirá.

—Para que ella parta mañana, es necesario que nosotros partamos, es decir, que nos escondamos esta noche.

—¡Cómo!

—El infante y don Juan Pacheco parten mañana, y naturalmente el marqués, que recela un tanto de mí, querrá llevarnos consigo... ademas está empeñado en tus amores.

—Por lo mismo, el único que debe de perderse eres tu: yo me quedaré, recibiré al marqués, me mostraré afligida por tu ausencia, á la que daré alguna causa dolorosa... el marqués querrá consolarme...

—¿Y tu?...

—Yo hasta cierto punto me dejaré consolar.

—¡Tomasa!

—Nada temas, corderito mio: es necesario fascinar al marqués, y yo le fascinaré, sin que por eso pierdas tu nada... pero vamos á casa que tenemos que hablar y combinar mucho para mañana.... ademas, no es prudente hablar en la calle, y en una noche tan oscura, que no se ven los dedos de las manos.

—Tienes razon, Tomasa, tienes razon; es necesario confesar que eres mas discreta y mas prudente que yo.

Y los dos esposos siguieron en silencio hácia su casa.

Al dia siguiente, un hombre embozado habló en secreto en una capilla de una iglesia de Ocaña, con una muger encubierta con un manto: á vueltas de las palabras murmuradas en voz baja, oyóse sonido recatado de oro en gran cantidad.

Aquel hombre era Diego; aquella muger doña Hermegunda, la tia fingida de doña María.

Esta se puso de repente mala, y dos médicos que envió don Juan Pacheco, declararon que la hermosa dama estaba atacada de una fiebre nerviosa, y que su vida peligraba si se ponia en camino.

Don Juan Pacheco la dejó, pues, en Ocaña, confiada á doña Hermegunda, pero se llevó consigo á la toledana, sin cuidarse gran cosa de la ausencia de Diego, y creyendo que podia aprovecharla para sus amores.

Aquella misma noche, Diego y doña María de Castro, salieron secretamente de Ocaña y se encaminaron hácia el castillo de Villarrubia, que era de don Pedro Giron, y donde debia parar dos dias.

Es de advertir que aquella mañana habia estado buscando Diego ciertas yerbas en el campo.

LXVI.

De como no pudo ser que el maestre de Calatrava fuese marido de la infanta doña Isabel.

Han pasado dos dias.

Era una noche de tempestad: el viento zumbaba contra los aleros de un miserable casucho donde, sentado junto á un hogar, al calor de una hoguera, habia un hombre armado y como de viaje.

Aquel hombre era Diego el Desollador.

Uno de sus soldados, el fiel Melendo, el alferez de su mesnada, arrojaba de tiempo en tiempo algunas astillas en el hogar para sostener el fuego.

Era muy tarde.

No se oia otra cosa que el continuo y grueso gotear de la lluvia, el zumbido del viento y el chascarar de las astillas que se quemaban.

Diego se mostraba inquieto: su torba mirada se revolvia como evitando un objeto de terror: al fin no pudo contenerse.

—¿Si habrá concluido eso ya? dijo.

—Aun no ha venido Mosen Pierres de Peralta, contestó Melendo.

—¡Mosen Pierres! ¡Mosen Pierres! esclamó Diego con disgusto: la

intervencion de ese hombre en mis negocios me tiene inquieto: cuando íbamos á partir de Ocaña, se nos reunió como llovido del cielo... esto es que se desconfia de mí.

—Esto es que se ponen en práctica todos los medios posibles. Mosen Pierres tiene las entrañas de hierro... y luego está tan bien pagado, segun decís, por la reina de Navarra...

—¿Qué entiendes tu de eso, Melendo? dijo no sin gran cuidado Diego.

—Vamos, capitan, contestó Melendo: entre nosotros bien se puede partir un secreto.

—¡Un secreto!

—Sí, sí por cierto... un secreto tal como la muerte del maestre de Calatrava.

—¡Melendo! ¿quién te ha dicho eso? ¿Acaso se ha vuelto loca doña Maria?

—No; no por cierto: doña Maria no me ha dicho una palabra: pero recordad: yo fui quien llevó la carta de doña Maria al castillo.

—¿Y te has atrevido á leer aquella carta? dijo con acento de amenaza Diego.

—No me gusta entrar á ciegas en ningun negocio... á veces los que la arman tienen poco cuidado en mirar por la salida de los que les ayudan, y siempre es bueno saber á qué atenerse: yo debia ofenderme de que no hayais tenido confianza conmigo, capitan, cuando sabeis que os sirvo lealmente, y que no es cosa que me asuste el saber que va á despacharse para el otro mundo á un prójimo, sea de la manera que fuere.

—¿Con que sabes?...

—Ya lo creo: apenas salí de aquí me metí en una taberna, y como el pergamino estaba enrollado y sin cerrar por los estremos, y la carta era corta, pude leerla.

—¡Cómo! ¿sabes leer?

—Sí por cierto; lo bastante para mi gobierno. El que manda á gente brava debe saber algo de letras: yo lo comprendí eso, y el buen penitente de la casa de las Voces, á quien se lo supliqué, me enseñó á leer y aun á escribir.

—Y bien: no recuerdo que la carta tenga nada que pueda hacer pensar que se trata de dar salvo-conducto para el otro mundo al maestre.

—Atemos cabos, capitan: y no os enfadeis, porque me haya tomado esa libertad: ya veis que soy franco y que os lo confieso: sabeis

ademas que soy callado en lo que importa, como un muerto: vamos, como decia, á cuentas: cuando salió don Juan Pacheco de Ocaña se decia que doña Maria de Castro no podia seguir la corte porque quedaba peligrosamente enferma, y ahora resulta que doña Maria de Castro es la dama que vino con nosotros: yo no conocia á esa señora, pero la carta que he leido á fuerza de maña y trabajo, lo canta. ¿Cómo, pues, se ha puesto tan pronto buena una muger que estaba peligrosamente enferma? ¿por qué se la ha traido tan recatada, mediando por último en el negocio el condestable de Navarra, Mosen Pierres? ¿por qué en esa carta que he leido, dice doña Maria, que viene á ampararse del maestre, por insultos y amenazas que habia recibido de don Juan Pacheco, cuando esto es mentira? ¿no se murmuraba ademas en los reales que don Pedro Giron, á pesar de su casamiento concertado con la infanta, andaba que bebia los vientos por la hermosura de doña Maria? ¿no se decia ademas que doña Maria era el primer amor del rey don Alonso?

—¡Melendo tú nos has hecho traicion! esclamó levantándose con acento amenazador Diego.

Melendo continuó arrojando astillas al hogar de una manera impasible, y contestó:

—No por cierto; si os hubiese hecho traicion, hubiera avisado al maestre: por el contrario, llevé la carta al castillo, y vine á avisaros de que el maestre esperaba á doña Maria.

—Esa no es una prueba: puedes haber avisado al maestro que acaso en este momento lo hace confesar todo á doña María... y tanto es de sospechar esto, como que tarda demasiado... ¡si nos hubieras vendido!...

—Descuidad, doña María vendrá, á no ser que la hayan sorprendido con el delito en las manos; pero estoy seguro, casi seguro, de que el maestre es hombre muerto á estas horas.

—Te queda de vida Melendo, lo que tarde en tener el mas leve indicio de tu traicion.

—Pues paréceme que pronto vais á salir de dudas, porque oid; llaman á la puerta.

Y era verdad, llamaban y con impaciencia.

Veamos quiénes eran los llamadores.

Consistian en un grupo compuesto por un hombre atlético y una muger rebozada en un manto.

Eran doña María y Mosen Pierres de Peralta.

Tras ellos se agrupaban algunos hombres embozados.

Cuando se oyeron los pasos en el interior de la casa de la persona que venia á abrir la puerta, dijo Mosen Pierres á doña María:

—Os dejo, señora, y os pregunto por última vez si la noticia que me habeis dado es exacta.

—Sí, si; no hablemos mas de eso por compasion, señor Mosen Pierres: ha sido horrible, mas de lo que podeis pensar: podeis decir de seguro á la reina de Navarra, doña Juana Henriquez, que el maestre de Calatrava no se casará con la infanta doña Isabel, porque los muertos no pueden casarse.

Y al decir esto, la voz de doña María temblaba á impulsos del horror.

—Adios señora, adios, dijo Mosen Pierres: voy á llevar esa grata noticia á mi noble ama: ya abren la puerta, adios.

Cuando Diego abrió la puerta encontró sola á doña María.

—¿Y Mosen Pierres de Peralta? la dijo.

—Acaba de separarse de mí, dijo doña María entrando: pero cérrad, cerrad: el horror y el miedo me matan.

Diego cerró, y dijo volviéndose á doña María con voz insegura:

—¿Y el maestre?

—Muerto.

—¡Muerto!

—Sí, sí, y es necesario partir al momento, evitar.

—¿Pero cómo habeis podido escaparos?.. ¿no os han visto?..

—Dejadme, dejadme ahora: volvámonos á Ocaña, á Ocaña, al momento... cuando esté mas serena os contaré... os lo contaré todo.

Y doña María, entró anhelante en la habitacion del hogar.

—Arriba Melendo, y á caballo, dijo Diego: que preparen la litera para esta dama.

—Antes de todo, capitan: ¿creeis que yo sea traidor?

—No, no, Melendo: solo has sido demasiado curioso.

—¿Con que ese hombre?..

—Ya no es hombre.

—Pues entonces salgamos cuanto antes de Villarrubia, porque no sabemos las vueltas que pueden dar estas cosas.

Y Melendo salió, despertó á algunos hombres de armas que dormian al otro estremo de la casa que estaba deshabitada, y les mandó armarse y montar á caballo.

Media hora despues, y con *sorderas* puestas en los cascos de los caballos para no ser sentidos en la villa, salieron de ella, una litera y diez hombres de armas.

Era cerca del amanecer y seguia lloviendo y ventiscando.

LXVII.

Averiguaciones inútiles.

Tres dias despues recibió el marqués de Villena una noticia aterradora: la de la muerte de su hermano el maestre de Calatrava, acaecida de una manera repentina en el castillo de Villarrubia

Don Juan Pacheco dejó el cargo de los negocios y la custodia del infante-rey á su tio el arzobispo de Toledo, y sin descansar ni un momento llegó al castillo de Villarrubia.

En su *sala rica,* entre blandones amarillos estaba don Pedro Giron investido con las grandes insignias del maestrazgo de Calatrava, en un ataud de roble sobre un lecho de honor.

Lo primero que miró con una atencion escrupulosa el marqués, fué el rostro del cadáver.

Ninguna señal particular encontró en él que le indicase que habia muerto por tósigo.

El aspecto del cadáver era vulgar, nada se encontraba en él de estraño.

Don Juan Pacheco se volvió armado de su profunda é inalterable astucia al alcaide.

—¿Cómo ha acontecido esta desgracia? le dijo.

—No lo sabemos, señor: contestó todo trémulo el alcaide.

—¿Que no lo sabeis, señor Alvar Diaz? ¿acaso no estabais en el castillo?

—Sí, sí señor que estaba.

—¿Y cómo no sabeis?..

—Voy á deciros todo lo que sé, señor.

—Hablad.

—Hace cinco dias llegó al castillo su señoría, al parecer con cabal y fuerte salud: mandó aprestar algunas galas y preseas que habia enviado antes, y me dijo tuviese dispuestos para que le acompañasen en su marcha al dia siguiente algunos hombres. Descansó, y á la noche, al toque de queda, cuando su señoria estaba jugando á las tablas con su capellan, llegó un hombre á la poterna, llamó y dijo que traia una carta importante para el señor maestre. Le dimos parte y su señoria mandó que se recibiese aquella carta. Despues que la hubo leido, su señoría despidió al capellan y me dijo:

—Id, señor Alvar Diaz, y decid al que os ha entregado esta carta, que la persona que en ella reza, puede venir. Poco despues entró

en el castillo una dama y se encerró con su señoria.

—¿Conocisteis á la tal dama?

—No señor, venia muy encubierta.

—¿Y no teneis antecedentes?

—Os diré, señor, y perdonadme si en estas circunstancias, revelo algunos de los secretos de su señoria.

—Veamos.

—Siempre que ha parado algun tiempo el maestre en el castillo, ha venido á verle misteriosamente alguna muger; solo que ha entrado por una mina, que del castillo va á una casa de la villa.

—¿Este castillo tiene minas?

—Es de moros, señor, y ya sabeis que los moros....

—Sí, sí por cierto; los moros son muy minadores... dijo con ademan pensativo el marqués. Pero al asunto: ¿nunca han entrado mugeres por la poterna?

—Sí; sí señor, pero han estado poco tiempo con el maestre, que siempre las ha despedido. Pero cuando esto acontecia, el maestre me decia:

—Haz que me sirvan la cena en mi cámara. Se le servia, y nunca la servidumbre asistia á estas cenas. Muchas veces he visto yo por la mañana dos sillones junto á la mesa, dos cubiertos en ella y señales indudables de haber comido en ella dos personas. Era de creer que las mugeres entraban por la mina sin que nadie las viese, y salian por ella.

—¿Y sucedió lo mismo últimamente?

—Sí señor.

—¿Y cuándo murió su señoría?

—Debió morir aquella misma noche.

—¡Cómo que debió! ¿pues no le visteis morir?

—No señor: le encontramos muerto.

—¡Que le encontrasteis muerto! esplicadme eso.

—Como de costumbre, dijo todo trémulo Alvar Diaz, pasó la noche sin que nadie entrara en la cámara del maestre: al dia siguiente esperábamos que llamase á su servidumbre porque habia mandado que todo estuviese dispuesto para marchar muy temprano: pasó el tiempo y llegó el medio dia: entonces yo, estrañando tanto silencio, me atreví á llamar: llamé una, dos y tres veces, primero quedo, despues mas fuerte, luego á grandes golpes: nadie me contestó: volví á llamar, y viendo que no recibia contestacion llamé al señor capellan, á los escuderos de su señoría, á toda su servidumbre, les dije lo que

sucedia, y el señor capellan, como persona mas autorizada, despues de haber llamado como yo y de no haber recibido contestacion, mandó abrir la puerta, forzándola, lo que estuvo hecho en un momento. Entonces entramos y... vimos á su señoría en el suelo, inmóvil, entre los despojos de la mesa que habia caido por tierra: su señoría estaba muerto, frio: por el momento el terror, el dolor, nos embargó los sentidos: despues, algo repuestos, reparamos en que habia dos sillones, y que en el suelo habia un guante de muger.

—¡Un guante de muger! esclamó el marqués: ¿y dónde está ese guante?

—Aqui, señor: le guardé y le conservo para presentárosle.

Y el alcaide sacó de su escarcela un guante que entregó al marqués.

Este le tomó y le examinó con ansia, esperando encontrar en el guante algun blason bordado, alguna señal que le revelase quién habia sido la muger que habia acompañado aquella noche á su hermano: pero nada encontró en él, mas que su pequeñez, su finura y su perfume, señales todas que demostraban, á mas de la hechura de aquel guante, que estaba rígidamente ajustado á la moda, que pertenecia á una dama de la corte, que tenia las manos pequeñas y delicadas.

¡Pero habia tantas que las tenian tales! don Juan Pacheco se perdia en un dédalo de deducciones, ninguna de las cuales tenia el mas leve fundamento.

—¿Y no teneis mas indicios de quién fuese la dama que pasó la noche con mi hermano? dijo ya desesperado el marqués.

—No señor: contestó el alcaide.

—¿Nadie la vió salir?

—Nadie: debió salir por la mina.

—Llevadme á esa mina.

El alcaide llevó al marqués al dormitorio del maestre, párose delante de la pared en un lugar en que la tapicería representaba el escudo de armas de los Girones, apretó uno de los florones de la corona del marqués que timbraba el escudo, é inmediatamente se abrió una puerta rechinando y dejó descubierta una oscura entrada.

El alcaide se habia provisto de una linterna, la encendió, y precediendo al marqués, bajó con él unas escaleras, recorrió una mina, y al fin de ella oprimió en otra puerta otro resorte, y se encontraron en un casaron deshabitado, y despues de haberle recorrido, vieron que la puerta esterior estaba cerrada con llave.

—¿Esta casa pertenece á la encomienda de Villarrubia? dijo el marqués.

—Si señor: contestó el alcaide.

—¿Y qué pretesto hay para tenerla deshabitada?

—En la villa creen que esta casa tiene duende.

—¡Ah! dijo el marqués: y luego añadió para sí: hé aqui el resultado de los vicios: cuando menos lo pensamos, sus consecuencias se ponen á nuestro paso y nos desvian de nuestro camino. Esa muger... ¿quién será esa muger? doña Mencía está separada de la corte... ¡si fuera ella! pero no, no puede ser. Es cierto que mi hermano estuvo un tiempo enamorado de doña Mencía... enamorado hasta el punto de hacer una locura: pero ella no hace estas cosas por sí misma... alguna aventurera... ¡juro á Dios que si la descubro, me he de vengar cruelmente del golpe que con su infamia ha dado á nuestros proyectos!... á unos hermosos proyectos enteramente destruidos... será necesario empezar de nuevo... pues bien: empezaremos con mas fuerzas... y estoy ya cansado... y luego nos falta la ayuda y la influencia de mi hermano, cuando mas la necesitábamos... ¡imprudente!... ¡imprudente!... ¡dejarse matar asi como un pelon, en la víspera del gran dia!... ¡perder un trono, por algunos momentos de placer miserable! ¡Ira de Dios!

El marqués, poseido de una rabia fria y reconcentrada, se volvió al castillo por el mismo camino subterráneo, y no satisfecho aun, mandó llamar al médico de la villa, que egercia al mismo tiempo el oficio de albeitar y barbero, y le mandó reconocer el cadáver esterior é interiormente, y que procurase ver si habia muerto por tósigo.

El bueno del bachiller Canales, que asi se llamaba nuestro hombre, hizo como pudo la diseccion cadavérica y declaró que solo habia encontrado las señales de una muerte por indigestion, sin que se notase el mas leve indicio de tósigo: no sabemos si el bachiller no alcanzó á conocerlo, ó si estaba pagado, que todo pudo ser. Por último, don Juan Pacheco se vió obligado á resignarse con aquella desgracia, que Dios ó el diablo, le enviaban, y enteramente convencido, á pesar del dictámen del médico, de que su hermano habia muerto asesinado, salió del castillo murmurando:

—¡Juro á Dios que yo he de saber quién le ha muerto y me he de vengar!

El cadáver del maestre fué trasladado con gran pompa á Calatrava, y enterrado en un sepulcro de piedra con su estátua yacente en su capilla particular.

En vano don Juan Pacheco buscó á la dueña del guante abandonado en la cámara fatal: doña María de Castro estaba verdadera y gravemente enferma, y doña Mencía de Padilla enteramente retirada del mundo en el convento de las Ursulinas de Jaen.

Solo le quedaba entre sus conocimientos una persona de qué sospechar: la Tomasa; pero esta habia seguido la corte de don Alonso, y aun habia concedido en Arévalo una entrevista al marqués la misma noche en que habia acontecido la muerte del maestre.

Don Juan Pacheco se resignó á que la casualidad le presentase el asesino de su hermano, porque su astucia y su recelo le decian claro que don Pedro Giron habia sido asesinado.

Por otra parte, los partidarios de doña Isabel creyeron, segun lo cuenta Mariana, que las plegarias muy devotas de la infanta, que aborrecia aquel casamiento, alcanzaron de Dios que por aquel medio la librase.

LXVIII.

De como las gentes del rey y la de los confederados vinieron á las manos en Olmedo.

No podian haber servido mejor los intereses de doña Mencía de Padilla, que era lo mismo que servir los de los reyes de Navarra, Diego y la Tomasa. Estos habian sabido alejar de sí toda sospecha, y el bandido se encontraba con su bandera y sus hombres de armas, cuya pujanza ya conocemos, formando parte del ejército de los confederados que habia vuelto á organizarse.

Y se habia organizado, porque con la muerte del maestre habian cambiado enteramente los sucesos: Beltran de la Cueva, la reina y doña Mencía de Padilla volvieron á la corte, y á su presencia, don Juan Pacheco, que se habia unido al rey en virtud del convenido matrimonio entre su hermano y la infanta doña Isabel, se separó de nuevo, recurrió á los descontentos, y como hemos dicho poco antes, organizó su ejército.

Volvieron los odios, las colisiones, los trastornos; el rey obligado á levantar un nuevo ejército, recurrió á las mas violentas exacciones para obtener el dinero necesario: los pueblos que creian habia llegado la hora del descanso, se encontraron de nuevo azotados y oprimidos: brotaron acá y allá las sediciones y las rebeldías; aumentóse el bandidaje con los necesitados, y fué preciso que las ciudades, para evitar los robos y todo género de atropellos que se cometian en los

caminos y aun en las poblaciones pequeñas, ó mal defendidas, se uniesen y resucitasen la antigua institucion conocida con el nombre de Santa Hermandad, que no era otra cosa que un ejército popular ó de las comunidades, como se decia entonces, sujeto á los ayuntamientos, y que siempre, en circunstancias estremas, habia contrapesado el doble poder del rey y de la nobleza.

Era, pues, la Santa Hermandad, una especie de milicia municipal, con fueros propios, jurisdiccion aparte y grandes esenciones: su único objeto era perseguir á los malhechores en los caminos, y algunas veces habia traslimitado este objeto sirviendo de amenaza, y como de freno, al poder del rey.

Sus leyes especiales, respecto á los malhechores, eran severísimas: por cualquier leve delito tenian lugar las mutilaciones, las quemas de ojos ó los azotes á sangre, rigorosos hasta el punto de inutilizar al paciente cuando no le mataban. La pena de muerte se aplicaba con poco motivo, y por delitos comunes, que generalmente eran penados en otras circunstancias de una manera leve, y bastaba muy poco para que se impusiese prision perpetua.(1)

Pero al levantarse de nuevo esta institucion popular, la nobleza que anteriormente habia visto en ella un enemigo y la habia soterrado, por decirlo asi, al ver de nuevo armado y potente á aquel enemigo que restringia sus abusos y sus brutalidades, se opuso fuertemente á su restablecimiento, ofendiéronse las ciudades, cuya hija era la Santa Hermandad, y por consecuencia apareció en la escena política un bando que hasta entonces no existió: el bando popular.

Como dicen que á rio revuelto ganancia de pescadores, don Juan Pacheco al separarse violentamente del rey, aprovechó el estado precario del reino, influyendo con el papa y con los caballeros de la órden de Santiago, y se hizo nombrar maestre de la órden, á pesar de que el maestrazgo le tenia el infante don Alonso, y solo era administrador don Juan Pacheco.

Pero no era lo mismo ser administrador que maestre; el administrador se veia sujeto á restricciones mientras el poder del maestre sobre la orden era casi absoluta: don Juan Pacheco conocia bien cuanta era la preponderancia de las órdenes militares, necesitaba fuerza, y arrojó en la balanza de los negocios, el formidable peso de la orden de Santiago.

(1) Las leyes decretadas en varias ocasiones por las córtes del reino para la Santa Hermandad están recopiladas en un código que se sancionó en 1485 en las cortes de Torrelaguna.

Por su parte el rey, ó mejor dicho Beltran de la Cueva, no se descuidaba: reconocióse de nuevo solemnemente como heredera de la corona á la infanta doña Juana, convocóse á la nobleza afecta al rey, y ya en posicion de resistir, y antes de empezar de nuevo la guerra, se entablaron algunas negociaciones; pero inútilmente tuvieron entrevistas el rey y don Juan Pacheco, por una, dos y tres veces en Coca, en Madrid y en Palencia: las condiciones eran humillantes, irritóse la nobleza partidaria, determinóse apelar á la decision de las armas, y en su consecuencia el rey se retiró á Segovia, y don Juan Pacheco se posesionó de la villa de Olmedo, mientras su tio el arzobispo de Toledo, con el resto de los confederados, se apoderaba de la Mota de Medina.

Apesar de que se habian unido al rey el conde de Haro, el de Medinaceli, el duque del Infantado y el obispo de Calahorra con todas sus gentes, tenia Enrique IV tanto miedo á los amaños de los confederados que entregó al duque del Infantado su hija para que la guardase en la fortaleza de Buitrago. Despues de lo cual Beltran de la Cueva se dispuso á ir con un poderoso ejército en busca de los confederados.

La adhesion de parte de la nobleza costaba al rey mercedes y mas mercedes: para encontrar espadas que contrastasen á las de los rebeldes era necesario pagarlas á peso de oro, aconteciendo con mucha frecuencia que un noble despues de haberse vendido al rey se ofreciese en venta á los confederados y volviese á revenderse: no se miraba lo justo ó lo injusto de la causa, sino la recompensa que habia de producir el defenderla: y tal andaba la inmoralidad y la poca vergüenza, que aquel tenia mas soldados que los pagaba mejor.

Hemos dicho soldados, y hemos dicho mal: los soldados eran la carne del pueblo, y se les creia bien pagados con darles una racion de carne, otra de vino, algunos maravedises y licencia para ser licenciosos. A este precio se les metia en combate, se les entregaba sin compasion, en lances imprudentes y descabellados, á la punta de las lanzas y al fuego de las lombardas enemigas, se cubria con sus cadáveres el campo de batalla, y se les trataba, en fin, como carne de perro.

El pueblo, pues, lo pagaba todo: el dinero y la sangre: nada le tocaba en el vencimiento, mas que la parte amarga y dolorosa; á un mal estado de cosas sucedian otras cosas peores, y sin embargo el pueblo no se sublevaba ni aun se defendia, porque está escrito, que el pueblo pague, sufra y calle.

Esto sucedia entonces, esto ha sucedido siempre y esto sucederá hasta el fin del mundo. Cuando el pueblo sirve de bandera, la bandera queda rota y enlodada; cuando sirve de auxiliar es una máquina, que sale de su tarea rota y destrozada.

El hambre, la peste, la injusticia, cuantas miserias puede sufrir un pueblo, pesaban sobre Castilla: inútilmente clamaban las ciudades por la diminucion de los impuestos: los que se representaban eran presos y tratados como traidores: en vano la madre presentaba á su hijo pequeñuelo, moribundo por falta de alimento: el infeliz niño moribundo en conmover á los recaudadores, y el gergon de la infeliz era vendido: algunas veces un pueblo desesperado se sublevaba, llevando por gefe y por bandera al hambre, y arrastraba á algun cobrador de impuestos: los que habian cometido aquel delito eran ahorcados: y entretanto la guerra civil ardia, no se veian por los caminos otra cosa que lanzas, estandartes y corazas, y no tenia aquello aspecto de acabarse nunca, porque para sostenerlo habia de una y otra parte ambiciones vivas é insaciables.

Pasó asi algun tiempo en este estado deplorable hasta que llegó el 10 de agosto 1467.

Al amanecer de este dia se vió un campo que se ponia en movimiento á la falda del monte Iscar, á media legua de Olmedo; plegábanse precipitadamente las tiendas y los escuadrones se ordenaban en el llano, mientras en una pequeña altura se levantaba un altar de campaña, en el cual el obispo de Avila debia celebrar una misa ante el ejército del rey.

Porque aquellas formidables masas de caballeria, sobre las cuales descollaban bosques de lanzas, penachos y estandartes: aquellas pesadas lombardas, tiradas por bueyes, aquellas largas mangas de peones arcabuceros, ballesteros y piqueros, constituian el ejército del rey que yendo á socorrer á la villa de Medina del Campo, que estaba cercada por los confederados, se veia obligado á pasar por Olmedo, donde los confederados tenian en posicion otro ejército.

Solo quedaba una tienda en pie, tienda magnífica que por los colores y estandartes que la coronaban, demostraban claro que era la tienda del rey. En ella Enrique IV, soñoliento y malcarado, no repuesto aun de la fatiga de los dias anteriores, se dejaba armar de mala gana por sus escuderos.

—¿Acabarás de enhevillar el coselete, Dávalos, y tú de lustrar el puño de mi espada, Sancho?... vamos... concluyamos de una vez: ¿no veis que ya mi ejército forma en el llano, y el buen obis-

po de Avila está revestido para celebrar la misa?

—Se pone tan pocas veces el arnés vuestra alteza, dijo Dávalos con acento un tanto audaz por lo epigramático, que el hevillage está premioso y se resiste.

No sabemos lo que hubiera contestado el rey, porque en aquel momento vino á llamar su atencion un caballero que entraba en la tienda empenachado y cubierto de galas y cintas sobre la armadura.

Aquel caballero era Beltran de la Cueva.

—¡Ah! ¿eres tú, Beltran? le dijo el rey: dime: ¿á qué diablos nos hemos levantado tan temprano?

—Era necesario, señor, ponernos en muestra de pelea, dijo el duque: de otro modo los rebeldes nos hubieran atacado en vuestros mismos reales.

—¿Con que es hoy al fin?

—Sí, sí por cierto, señor: hoy vencereis con la ayuda de vuestra razon, y de los Santos Santiago y San Lázaro.

—Pues mira, duque: yo al verte entrar tan bizarro, con tal vesta y tan bordada, con tanto penacho y lazos, creia que mas que de una batalla se trataba de un torneo. ¿Y vas á entrar en batalla Beltran?

—En la primera corneta de ginetes, señor.

—Pues haces mal, muy mal: dijo el rey palideciendo, porque amaba verdaderamente á Beltran de la Cueva.

—¿Que hago mal en entrar en batalla, señor? esclamó con estrañeza el duque.

—No, no digo que hagas mal en ponerte en el primer puesto; lo que he querido decir es que haces muy mal en señalarte de ese modo: entre los confederados hay muchos que te aborrecen, tus galas son un señuelo, todos van á saber donde estás, y te van á matar, duque.

—Sin embargo, para eso, para que me conozcan, me he puesto estas divisas.

—¿Pero estás loco, Beltran?

—No, no señor; pero he recibido una carta que me obliga á señalarme.

—¡Una carta!

—Sí señor.

—¿Y cuándo?

—Esta mañana.

—¿Y de quién?

—Trájomela un faraute de parte de don Alonso de Fonseca.

—¡Ah! ¡ah! ¿tambien el buen arzobispo de Sevilla se vuelve contra nosotros sin acordarse que él fué quien me casó con la reina, y cuando por ello no le he echado ninguna maldicion? ¿Y qué te dice en su carta?

—Deciame que procurase no entrar en batalla señalado, porque mas de cuarenta caballeros del enemigo habian jurado matarme en la batalla.

—Pues mira, te quiere mas de lo que yo pensaba el buen arzobispo.

—Y yo se lo agradezco, señor,

—Pero no aprovechas ese aviso.

—Ya veis si le aprovecho, señor.

—Pero eso don Beltran, no pasa de ser una temeridad.

—*Nunca es temerario conservar la honra intacta, señor.* (1) Yo he enviado á esa gente con el faraute las señales de mis armas por escrito, y les he retado á que procuren matarme: veremos si pueden.

—¡Y luego dicen que ya no hay valientes en Castilla! dijo con cierto orgullo el rey.

—Miente quien lo dice: todos los que os sirven lo son, y por desgracia todos los traidores que se vuelven contra vos: las guerras civiles nos cubren de luto, señor, pero tambien nos cubren de glorias porque una batalla en que todos son castellanos es una lucha de leones contra leones.

—Pues mira Beltran: maldita la gracia que me hace eso: se derrama demasiada sangre, y las madres, las mugeres, y particularmente las queridas de los muertos, arman un clamoreo infernal que nos hace mucho daño. ¿Pero qué trompetería es esa? dijo el rey poniéndose intensamente pálido.

—Es nuestra gente que se mueve para acercarse mas á la eminencia donde está el altar, señor.

—¡Ah! pues si eso es, y puesto que ya han concluido mis escuderos, movámonos tambien y concluyamos. Vamos, vamos pues, y si lo creeis conveniente, despleguemos nuestro estandarte real.

—Tratándose de rebeldes, no me parece decente que se despliegue vuestro estandarte, señor. Ademas, en vuestra casa no teneis mas lanzas que la guarda morisca de ese buen Hernando de Carrillo.

—En verdad, en verdad, tratándose de rebeldes... y á propósito del capitan de mi guarda morisca: ¿sabes Beltran que será donoso que

(1) Histórico.

se encuentren en batalla el buen arzobispo de Toledo y su sobrino Hernando de Carrillo?

—Su señoría el arzobispo de Toledo, dijo un personage que entraba á la sazon en la tienda, terciando bruscamente en la conversacion, no se pondrá en riesgo de que le toquen las lanzas.

Aquel hombre era el condestable de Navarra Mosen Pierres de Peralta que venia pesadamente armado de guerra.

—¡Ah! ¡señor condestable! dijo el rey; en verdad, en verdad, no creia que todavia estuvieseis en los reales.

—¿Y cómo quiere vuestra alteza que yo deje de servirle y resguardarle durante la batalla?

—Es que yo nunca he entrado en batalla, señor condestable, y hareis bien en estar á mi lado porque no correreis el menor peligro: mis buenos vasallos cuando están bajo mi estandarte no me permiten entrar en la pelea, y cuando están en el bando contrario, es decir, cuando son rebeldes respetan mi vida; ya vereis, ya vereis, si pasa una sola saeta junto á nosotros, señor Mosen Pierres: yo creo que á todos les hago falta y que no sabrian que hacerse si yo muriese: todo podrá reducirse á que os prendan conmigo, y no debeis temerlo: nos tratarán muy bien: nos darán cuanto queramos menos la libertad, á no ser que la adquiramos, con duras condiciones. Con que asi, vamos señores, vamos, y concluyamos.

El rey salió con su comitiva, montó á caballo su guardia y se dirigió al altillo donde á la puerta de una magnífica tienda estaba levantado el altar.

A la falda estaba tendido el ejército en formacion cerrada, y las gentes de los caballeros que seguian el estandarte real. El rey, Mosen Pierres de Peralta, Beltran de la Cueva con toda su servidumbre, el cronista Diego Enriquez del Castillo, y los altos oficiales de la casa real, se colocaron á la derecha del altar: en seguida todas las trompas, atabales y añafiles del ejército, rompieron en un estruendo semibárbaro, en medio del cual salió el obispo de Avila vestido de pontifical y celebró una de esas sublimes y poéticas misas de campaña, en que millares de hombres, preparados para la muerte y el estrago, doblegan sus cabezas ante el sublime sacrificio de Jesus.

Los rebeldes, que mucho tiempo antes de esto se habian presentado en batalla bajo los muros de Olmedo, avanzaron cuando aun no habia terminado la misa: acabóse esta de prisa y corriendo, como suele decirse; levantóse el altar y luego la tienda, que fueron llevados al lugar donde estaba el bagage; el obispo de Avila trocó los ornamen-

tos por el arnés, y el rey, por consejo de Beltran de la Cueva, que veia que los enemigos estaban aun á media legua de distancia, adelantó hácia el frente de sus escuadrones, y rodeado de ellos les encaminó esta arenga que trae testualmente en su crónica Diego Enriquez del Castillo:

«Sin dubda, caballeros, mucho me pluguiera que el rigor de la »batalla fuera hoy escusado, asi porque las muertes, de donde mayor »enemiga recrece, se quitaran; como porque de la guerra nunca pro»cede amistad, ni concordia. Pero considerando la poca templaza, é »menos acatamiento del Arzobispo de Toledo, é de los otros caballe»ros é Grandes que están en Olmedo contra mi servicio, é visto co»mo quieren mostrar mas sobervia que obediencia, é mas presuncion »que cortesia, sin venir en conocimiento de sus yerros, que con tan»ta fealdad han ensayado, quiero contra mi grado dar lugar al rom»pimiento que hoy se espera. E pues que vosotros, como leales, »haciendo lo que debeis, ó pagando la debda de vuestra nobleza, soys »alegres é contentos con la batalla, yo conformándome con vuestro »deseo y animoso querer, doy á ello mi consentimiento con protesta»cion que hago, tomando á Dios por juez y testigo, que me desplace »de ello, y que seria mas contento con su obediencia, que con la re»beldía que tienen, permaneciendo como están en su daño propósito »de deslealtad. Por tanto ordenad vuestras batallas é vamos contra »ellos; porque soy cierto é tengo tal seguridad de la grande bondad de »Dios, que nos dará hoy vencimiento contra su sobervia: de tal ma»nera, que serán abatidos los enemigos y nosotros prosperados.»

Despues de esta arenga el rey mandó á don Pedro Velasco, conde de Haro, que fuese el primero contra los enemigos, y los demas caballeros tras él. El ataque se ordenó de esta manera: el conde de Haro llevaba tres batallas; á su derecha iban sus hermanos don Luis de Velasco y don Sancho con una escuadra de trescientos ginetes: á la izquierda don Juan de Velasco y su primo el señor de Siruela con otra batalla en que iban trescientos hombres de armas: despues iba don Diego Hurtado de Mendoza, duque del Infantado, marqués de Santillana, con dos escuadras: el mismo mandaba la una, compuesta de doscientas lanzas: el Obispo de Calahorra y don Juan y don Diego Hurtado de Mendoza, sus hermanos, mandaban la otra escuadra, en número de ciento cincuenta ginetes: el comendador Juan Fernandez Galindo, mandaba otros trescientos ginetes, de los que se llamaban de las guardas y mal armados, por lo que se determinó que se pusiesen á la izquierda del marqués de Santillana: en pos iba don Beltran de la

Cueva, duque de Alburquerque, con dos batallas, él mismo mandaba una de ciento cincuenta hombres de armas y don Pedro Velasco la otra de doscientos ginetes.

Asi adelantaron en muestra de acometer á los enemigos, mientras el rey con Mosen Pierres de Peralta, Hernando de Carrillo y algunas lanzas de la guarda morisca, se quedaba en el lugar de los bagages.

Los confederados avanzaban tambien: en la primera batalla, compuesta de seiscientos ginetes, bajo las órdenes del arzobispo de Toledo, y del conde de Luna, don Diego de Quiñones, iba el infante don Alonso revestido con sus insignias de rey. Enmedio de aquella gente se veia una lombarda armada, y de esta misma batalla eran *sobresalientes*, como se decia entonces, el conde de Rivadeo y Pedro de Ontiveros, capitan de las gentes de armas del conde de Plasencia: estos dos caballeros llevaban doscientos ginetes. Al lado de esta batalla iba otra de cuatrocientos hombres de armas, mandados por don García de Padilla, clavero de la órden de Calatrava, y con ella otros quinientos cincuenta rocines que les habian enviado diversos caballeros: estos rocines los mandaba don Fernando de Fonseca, hermano del arzobispo de Sevilla.

Tales eran las fuerzas y los capitanes de los dos ejércitos: ambos poderosos, pujantes, llenos de saña y mandados por los mas poderosos y valientes caballeros de Castilla: sin embargo, aunque no se notaba ventaja de una ni otra parte, los confederados, queriendo evitar la batalla, enviaron dos frailes, pero ya era tarde: antes de que los frailes pudieran decir su mensage, los caballeros de la parte del rey, que ardian en saña contra los del bando contrario, en los cuales veian sus enemigos personales, rompieron contra ellos con las lanzas en ristre, y con la rabia de embestir, y no cuidándose de otra cosa, dejaron abandonado el fardage, las acémilas, y el mismo rey, que se vió obligado á huir con los acemileros y mozos de espuela, quedando el bagage en poder de los enemigos.

Esto, sin embargo, no era mas que un accidente aislado, causado por imprevision, á pesar del cual los dos ejércitos cerraron el uno contra otro con un valor increible: el marqués de Santillana fué el primero que envistió contra el clavero don García, cuya gente, revuelta con la de don Juan Fernandez Galindo, fué deshecha al primer choque, y de tal manera, que cuando el marqués y el comendador recargaron sobre ella, no hallaron gente con quien pelear. Al mismo tiempo don Juan de Velasco, primo del conde de Haro, envistió con cincuenta lanzas la batalla en que iban el infante don Alonso y el

arzobispo de Toledo y la pasó de parte á parte llevándose de paso el pendon real. En seguida entró don Pedro de Velasco con otras dos batallas y acabó de decidir la derrota, llevándose á los enemigos de arrancada hasta los muros de Olmedo, en donde se encerraron en desórden.

En este brevísimo lance fué herido en el brazo izquierdo el arzobispo de Toledo, lo que contra la opinion de Mosen Pierres de Peralta demostraba, que don Alonso de Carrillo, á pesar de su mitra, era hombre de armas tomar: el conde de Luna fue preso bajo su palabra por don Juan de Velasco. El duque de Alburquerque, que habia envestido en las gentes del arzobispo, don Alonso de Fonseca, se vió en tal apuro por sus divisas, que estuvo á pique de ser muerto ó preso, librándose solo, merced al esfuerzo de su brazo y á la ayuda del duque del Infantado su suegro, puesto que los que se habian juramentado para matarle ó prenderle, le habian cogido enmedio y martillaban sobre él, rompiéndole las galas que le señalaban. En esta ocasion, tropezó don Beltran con Hernando de Fonseca, hermano del arzobispo, y le dió una estocada entre la babera y la celada, hiriéndole en el rostro, de cuya estocada murió á los cuatro dias.

La batalla, en fin, se ganó con horrible pérdida de los confederados, cuyas gentes quedaron miserablemente tendidas y destrozadas en el campo y con muy poca pérdida de las gentes del rey.

Sin embargo, para que todo aconteciese de una manera estraña para Enrique IV, sucedió que como en la revuelta del primer encuentro los enemigos se apoderaron del bagage, haciendo huir al rey, á Mosen Pierres y á las guardas, el condestable de Navarra, mas inclinado á los confederados que al rey, hizo creer á este que sus enemigos habian vencido, y que si no se apartaba de allí, él mismo corria gran riesgo.

No era el valor la virtud mas recomendable del rey, y creyendo las traidoras palabras de Mosen Pierres, volvió grupas á la batalla, y acompañado del condestable no paró de correr hasta media legua de allí, en una aldea llamada Pozal de Gallinas, donde se estuvo paseando en las heras todo hosco y mohino, esperando de un momento á otro noticias de la derrota.

Diego Enriquez del Castillo, que valerosamente habia estado presenciando la batalla, desde el momento en que vió que se ganaba, se puso en demanda del rey.

Hé aqui como el mismo cuenta aquella aventura:

«Estonces yo, que como coronista habia estado presente, é visto

»los trances de la pelea hasta el fin; é como ví que los enemigos »quedaban desbaratados é vencidos, busqué al Rey, pensando que »estaba allí donde se había quedado á mirar, é falle, que por »falsa relacion mentirosa se avia absentado del campo, de que sin »dubda fuí maravillado. E asi sabido su apartamiento fuílo á buscar á »grande priesa por el rastro hasta el aldea donde estaba, y hallándo»le le dije: ¿Cómo los Reyes que son vencedores, é pelea Dios por »ellos, ansi se han de arredrar de su hueste que tan varonilmente »han alcanzado la gloria de su triunfo? Andad acá, señor, que sois »vencedor, é vuestros enemigos quedan vencidos, é destruidos. E »cuando el Rey oyó lo que asi le decia, con alegre risa me dijo: co»ronista, si con tan sanas entrañas como las vuestras, me aconsejara »el condestable de Navarra, que aquí estaba aconsejándome, é ha»ciéndome crer lo que él deseaba, é no el efecto de la verdad, ni yo »me apartara de donde estaba, ni vos tomárades el trabajo de venirme »á buscar; mas bien parece cuanta diferencia hay de vuestro leal de»seo á su dañada voluntad que él en son de tratar de paz, vino »como parcial de los traidores, é vos como leal y verdadero servidor »me traeis nuevas placenteras é de tanta gloria: é asi despedido el »condestable de Navarra se torció á Olmedo mas avergonzado que »con placer. Estonces el Rey salió al encuentro de sus leales que »venian con tan próspera victoria: é vistos escribió una carta para »los de Medina, é mandóme que yo fuese á mas andar á notificarles »el suceso de la batalla y que los aposentasen aquella noche lo me»jor que pudiesen.»

Tal fué resultado de la célebre batalla de Olmedo: batalla sangrienta en que se encontraron los ejércitos de aquellos dos reyes, degradado el uno, ilegítimo el otro; batalla sin resultados prósperos para el reino, puesto que, como veremos mas adelante, los disturbios siguieron y siguieron las traiciones y los bandos mas encarnizados, porque no era una batalla la que debia decidir aquella guerra.

¿Qué importaba á los confederados algunos centenares de hombres muertos, teniendo vasallos con que reemplarzarlos?

Sin embargo, tuvo por el momento un gran prestigio moral; los confederados salieron huyendo de Olmedo, el rey entró en la villa antes rebelde al repique de campanas, y aquella noche durmió en Medina.

LXIX.

De cómo andaban las cosas algun tiempo despues.

Han pasado dos años. La batalla de Olmedo no habia producido ningun resultado favorable á la paz y á la prosperidad del reino: por el contrario habia empeorado mas y mas los negocios: entrambos bandos se habian atribuido la victoria: el rey, no conoció mas ventajas que las aclamaciones, las fiestas, y las luminarias con que le acogió la villa de Medina del Campo; y en cuanto á los confederados, la batalla no significó otra cosa que un lance indeciso que podia subsanarse con otro afortunado.

No habia, pues, medio de avenirse ni de entenderse: seguian por una y otra parte las ambiciones y los intereses privados: en cuanto á los públicos continuaban desatendidos; y á pesar de la Santa Hermandad y de los esfuerzos de las comunidades, continuaban los caminos infestados de salteadores; los señores feudales cometian toda clase de violencias y atropellos con sus vasallos; el clero se desbordaba; los jueces seguian vendiendo la justicia; y el rey, debil, descuidado, cobarde, mal escarmentado con la destitucion de Avila, y acaso impotente, seguia dejándose arrastrar de las circunstancias, sin oponerse ni aun con el pensamiento á ellas.

Entreteníase, para divertir su fastidio, en cazar, tocar la flauta y galantear á doña Guiomar de Silva y doña Catalina de Sandoval, sin dejar por esto de hacer de vez en cuando el papel de marido arrepentido con la reina, que habia vuelto á la córte, no sin gran fastidio de la misma reina y sin grandes celos y disgustos del buen don Beltran de la Cueva, que aunque por decoro, y despues de su ruptura con ella, la amaba en secreto, aunque en público se mostraba enamoradísimo de doña Mencía de Padilla, lo que hacía poner un gesto de todos los diablos al buen Hernando de Carrillo, y murmurar al cronista Enriquez, que apartado al parecer de los negocios, se dedicaba única y esclusivamente á su crónica.

Por otra parte don Juan Pacheco, muerto su hermano el maestre de Calatrava, perdida por lo tanto la esperanza de asegurarse en el poder por medio del matrimonio de don Pedro Giron con la infanta, pensó en servirse de ella misma, y marchando á Segovia, donde se encontraba doña Isabel, con todas sus fuerzas, atacó la ciudad y el alcázar, y merced á la traicion de Pedrarias de Avila, su alcaide, se apoderó de la infanta doña Isabel y la llevó consigo.

Asido á esta nueva presa, continuó en su rebeldía, mas tenaz

cuanto mas viejo en alcanzar un poder que tantas veces se le habia escapado de las manos cuando ya le creia asegurado, y su negro pensamiento empezó á madurar el plan que mas tarde conocerán nuestros lectores.

Doña Mencía de Padilla, á quien interesaba demasiado la solucion de los proyectos del marqués de Villena, siguió á la infanta como su camarera mayor, mas para estar á la vista de don Juan Pacheco, que para servir á doña Isabel: la astuta cortesana tenia medios para engañar al marqués de Villena, que, creyéndola al fin de su partido, se regocijó con la esperanza de un triunfo próximo.

Doña Mencía al separarse de la córte del rey habia hecho un penoso sacrificio: quedaban en ella la reina y don Beltran de la Cueva: es cierto que la reina se habia deshonrado mas y mas: decíase que en el tiempo que habia estado presa en el castillo de Alahejos habia dado á luz dos hijos, que unos atribuian á un jóven pariente del alcaide, otros al señor Blasco do Campo Riveyra que se habia separado muy poco de la reina, desde que el cronista la habia puesto en sus manos: doña Mencía pagaba espléndidamente á Blasco, y Blasco servia á doña Mencía con una fidelidad infinita por interés y por amor.

Porque es de advertir, que Blasco estaba locamente enamorado de doña Mencía, y que esta esplotaba á las mil maravillas los amores del portugués.

La situacion estaba, pues, mas embrollada que nunca, y próxima á un rompimiento: las fuerzas estaban equilibradas y divididas: en la córte, que estaba en Madrid, se encontraban el rey don Enrique, entregado como hemos dicho á la música, á la caza y á los galanteos de las dos hermosas rameras que se disputaban el puesto de favorita esclusiva: doña Guiomar y doña Catalina: estas dos mugeres, rivales por el favor del rey, éranlo tambien por Beltran de la Cueva, que arrastrado por las circunstancias, trataba de igual modo á la una y á la otra, visitándolas en altas horas, y sirviéndose de ellas como de una policía femenina, la mas terrible de las policías conocidas: la reina, triste, sola, estaba dominada por el terrible portugués, relegada á las habitaciones mas retiradas del alcázar, sufriendo la afrenta de ser servida por doña Catalina y doña Guiomar: el cronista Enriquez, como hemos dicho, observaba todas estas cosas, lo de adentro, lo de afuera, lo de cerca, lo de lejos, y lo trasladaba á su crónica, desfigurando la verdad, encubriendo las torpezas, dando á perpétuo olvido los escándalos, todo en servicio y provecho, por ante la posteridad, del señor rey don Enrique, y de tal modo lo hacia, que sin su antagonista Alonso de

Palencia, y algun otro cronista posterior, no se tendrian hoy las degradantes noticias que se tienen del rey don Enrique el IV y solo se le consideraria como un monarca débil y desgraciado, combatido por la rebeldía de sus grandes vasallos. Formaban la córte del rey toda la larga familia de los Mendozinos, enlazados con Beltran de la Cueva por su muger doña María de Mendoza, y las hechuras y criados del mismo don Beltran.

Por la parte opuesta, constituian la córte del titulado rey don Alonso, el marqués de Villena, el arzobispo de Toledo, los condes de Treviño, Alva, Benavente, Haro, Paredes y otros; el almirante don Alonso Enriquez, Mosen Pierres de Peralta, el arzobispo de Sevilla don Alonso de Fonseca y otros prelados y caballeros, entre los cuales estaban como presos los infantes don Alonso y doña Isabel, doña Mencía de Padilla y Hernando de Carrillo.

Ademas, habia una persona en la córte de don Alonso de que no debemos olvidarnos: doña María de Castro, cada dia mas enamorada, mas loca por el infante, y asistida y aconsejada por Diego el Desollador y por la magnífica toledana, que engañaba al marqués de Villena, le entretenia, le obligaba á hacer locuras y servia de una manera admirable á doña Mencía de Padilla, que contaba con la fuerza moral de su espionage, y con la material de las lanzas de su esposo y de Diego.

En entrambas córtes nadie se fiaba de nadie: si se hacia una alianza era por interés mútuo, y en cuanto la comunidad del interés desaparecia, la alianza quedaba deshecha; se intrigaba de una manera feroz: corrian por entrambas partes el oro y las promesas, y todo esta intriga, todo este laberinto, estaba sostenido por el amor, por la impureza, por los vicios de algunas mugeres. De causas tan inmundas, tan miserables, suele á veces depender la suerte, la conservacion, la integridad de un gran pueblo.

Con tales elementos de gobierno, ó mejor dicho de anarquía, de rebelion, de fraude, de injusticia, empobrecíase á cada momento mas el reino, crecian los vagos y los bandidos, prostituianse mas y mas las mugeres: el altar y el trono se mostraban cada vez mas manchados, mas profanados por los hombres que los ocupaban; el escándalo era permanente, la ruina pública cada vez mas próxima, y sobre todo esto la peste negra habia vuelto á descargar con toda su furia sobre Castilla.

Y podia decirse que la peste, aunque fuese un azote originario de Dios, estaba sostenida por el estado miserable en que se encon-

traba el reino: el hambre, la desnudez, lo insalubre de los alimentos, el hacinamiento de seres humanos en espacios, que mas bien eran establos que habitaciones, la falta de policia, las desdichas de todo género que pesaban sobre el pueblo, hasta el mismo estado de los espíritus, tenian predipuestas á las poblaciones, y parecia que en vez de ir á ellas la peste, era llamada, provocada, irritada, resultando que se ensañaba en las víctimas con una recrudescencia insaciable, horrible.

El único remedio que se aplicaba á este formidable azote, era tambien horrible: reducíase á cortar las comunicaciones, pero de un modo que ninguna razon puede justificar: cuando se declaraba la peste en alguna poblacion, á la primera noticia corrian á circumbalarla, gentes de las poblaciones inmediatas, que establecian un verdadero sitio al rededor del pueblo apestado, al que no permitian llegar á nadie, y cuando salia de la poblacion un desdichado, acosado por el hambre ó aterrado por la peste, al rebasar aquella especie de cordon sanitario, los hombres que le componian lanzaban sobre él flechas envenedadas, de las cuales moria en el acto, por leve que fuese la herida. Quedaba allí el cadáver, al que nadie, por no infectarse se acercaba, corrompíase al aire libre, y como eran numerosas las víctimas, los miasmas pútridos inficionaban la atmósfera y aumentaban el contagio.

Por otra parte el que escapaba de la peste, daba en los bandidos, y el que de los bandidos y la peste no escapaba de los receptores del rey, ó de los receptores del marqués de Villena, que en el distrito que dominaba, cobraba tributos á nombre del rey don Alonso XII.

España, y los estados vecinos, tenian fijos los ojos en Castilla, esperando el próximo momento, en que, falta del último resto de fuerza y gastados por consecuencia todos sus elementos de unidad se disolviera por sí misma.

Nunca se vió un reino en estado tan miserable, tan abyecto, tan precario, como se vió Castilla bajo el reinado de Enrique IV, especialmente en su última periodo.

Y si se quieren desentrañar las causas de esta miseria, se encontrarán: primero, en la incapacidad del rey, en sus repugnantes vicios y en los de su familia; en la lucha en el antagonismo de la nobleza, en su ambicion sin límites, en la corrupcion del clero, y en la prevaricacion de los magistrados: se encontrará un pueblo, con el sentimiento de sus necesidades, pero sin el conocimiento de sus derechos:

un pueblo saqueado y azotado, primero por los señores de horca y cuchillo, despues por los arzobispos, obispos y abades, luego por el trono; porque el trono no arrancaba al pueblo mas que el pellejo pelado, que le habia dejado la nobleza y el clero, despues de haberle quitado sus ricas vestiduras; mejor dicho, el clero y la nobleza con sus privilegios, sus derechos, sus usurpaciones, sus coacciones de todo género, devoraban la carne del pueblo; luego venia el trono y le chupaba los huesos. Y esto no es exagerado, no es pintar como querer, por el contrario, no alcanzamos á decir toda la verdad de los hechos: como comprobacion ahí están las crónicas y los documentos contemporáneos; crónicas y documentos que tenemos á la vista.

Es una verdad innegable, sancionada por la historia, que es la esperiencia, que nunca han sido mas fuertes y respetados los tronos, que cuando los pueblos han sido respetados y fuertes: el trono, digan lo que quieran los que se apoyan en ese absurdamente llamado derecho divino, es una institucion popular; la soberanía de que está revestido no es otra cosa que la resuncion, la concretacion, la centralizacion de la soberanía nacional: el trono ha nacido del pueblo, no el pueblo del trono: por lo tanto son dos poderes que marchan unidos, que se apoyan el uno en el otro, que se defienden mutuamente: nunca son los tronos mas fuertes que cuando el pueblo sobre que se elevan es feliz, fuerte, poderoso, digno; cuando el trono se corrompe, cuando hace trizas los lazos que le unen al pueblo que es su base; cuando la tirania, y la codicia, y el egoismo, bajan del dosel á las masas, el pueblo que se encuentra esclavizado, robado, escarnecido, empieza á germinar en su corazon el ódio, y esa gota de hiel, corrosiva, lenta, terrible, va desgastando una á una todas las fibras del sentimiento; acaba por dejarle árido, seco, duro, dispuesto solo á la venganza, venganza terrible que estalla al último esfuerzo de la tiranía, por sacar jugo de un cuerpo esprimido ya, desangrado, en el que no queda mas que un álito de vida.

Si el trono y el pueblo son el padre y el hijo, cuando dejan de serlo, la fuerza decide: ó el trono esclaviza, ó el pueblo destituye.

En este estado, pues, se encontraba Castilla en la situacion que nos ocupa del reinado de Enrique IV. El trono era débil y el pueblo le aborrecia: magnates insaciables se disputaban de una manera infame el mando y las facultades de devorar los últimos restos de la existencia pública, y si Castilla no se disolvió entonces, fué porque hay una Providencia que vela por los pueblos, que los castiga dura-

Barrio dibº y litº.

LA REINA Dª JUANA DE PORTUGAL.

mente, á veces, es verdad, pero al fin les permite levantarse poderosos heróicos y fuertes de su lecho de miseria.

El reinado infame de Enrique IV debia ser sustituido por el magnífico, noble, valiente, incomparable, sin igual en la historia, de los Reyes católicos.

LXX.

Continúan las desdichas de la reina.

Era ya tarde en una noche de verano: la del veinte de junio de 1468. Hacia un calor sofocante, y ni una sola ráfaga de viento agitaba las ricas colgaduras de las ventanas de una estensa cámara del alcázar de Madrid. No se oia otro ruido que la voz de alerta de los vigias desde las torres, y cuando estas voces cesaban, el alcázar quedaba envuelto en el mas profundo silencio.

Dentro de la cámara á que nos hemos referido, sentada junto á una mesa, y escribiendo á la luz de una lámpara de plata, habia una muger hermosísima, mas hermosa por la dolorida espresion de su semblante y por las lágrimas que lentamente surcaban sus megillas.

Aquella muger era jóven, puesto que apenas demostraba su semblante treinta y un años: sin embargo, algunas canas brillaban ya como plata bruñida, entre sus cabellos color de oro: estaba sencillamente vestida con un trage negro de raja de Florencia, abierto y descuidado en los hombros, que eran magníficos y como esculpidos en alabastro, descuido que disculpaba la soledad de la cámara y lo intenso del calor.

Aquella muger era la reina doña Juana de Portugal.

No en valde habian combatido su corazon tantas pasiones: su palidez, la contraccion de su boca, lo triste y anhelante de su mirada, demostraban que era víctima de un padecimiento agudo y continuo, mientras las lágrimas que derramaba demostraban que no se habian secado aun en su corazon las fuentes del sentimiento: la reina doña Juana de Portugal, á pesar de sus violentas pasiones contrariadas, reprimidas, heridas de muerte, aun no se habia vuelto loca, puesto que lloraba.

Sus lágrimas caian sobre el papel en que escribia, con esa rapidez del que siente de una manera profunda y fija lo que escribe: al poner un nombre sobre aquel papel, que era una carta, pareció como que el semblante de la reina se descomponia mas; sus

lágrimas se hicieron mas abundantes, suspendió su escritura, sus ojos se elevaron al cielo, y sus labios murmuraron una oracion. Luego se levantó como en un movimiento irreflexivo y espontáneo, tomó la lámpara y fué en paso lento y casi solemne á una puerta, entreabrió los tapices y entró.

Era un magnífico dormitorio: en él habia dos lechos: el uno grande, alto, colocado sobre un estrado, cubierto por cortinages de seda rojos, salpicados de castillos y leònes; en el mismo estrado habia otro lecho pequeño y mas bajo, pero tambien cubierto por colgaduras iguales á las del lecho mayor: la reina abrió las colgaduras del pequeño, penetró dentro la luz de la lámpara, y apareció dormida una de esas criaturas que parecen ángeles, y que mas bien son ángeles que se llaman niños.

Era una hermosísima niña que aun no llegaba á los seis años: blanca, gruesecita, con esa bellísima redondez de formas de los niños hermosos, sonrosada, riente, en ese envidiable estado de la infancia, en que deben los niños soñar con el cielo: sus cabellos, desordenados en blondos y brillantes rizos, parecian de oro como los de su madre, aunque de un color mas claro. Y hemos dicho de su madre, porque aquella niña era la infanta doña Juana; la apellidada por la opinion pública la Beltraneja; la víctima destinada á espiar las locuras de su madre.

Una dulcísima é indescribible sonrisa lucia en su boca dormida: las largas pestañas negras de sus ojos cerrados, determinaban una suave sombra sobre sus megillas aterciopeladas, y su pequeña cabecita se apoyaba en uno de sus brazos, mientras el otro se veia abandonado y desnudo sobre el riquísimo brocado del repostero.

La pobre niña sudaba copiosamente á impulsos del calor, y sin embargo, rendida al profundísimo sueño de los niños, aquella incomodidad no la despertaba.

Doña Juana puso la lámpara sobre un mueble, juntó sus hermosas manos, se arrodilló delante de la cuna de su hija, como pudiera haberse arrodillado delante de un altar, y contempló á la infanta de una manera ansiosa, anhelante.

Sus lágrimas corrian en abundancia: algunos sollozos ahogados demostraban lo intenso que era su dolor; su mirada fija en la infanta era una mirada inerte.

Por algun tiempo permaneció en aquella actitud, doblegada, insensata, en silencio, llorando y ahogando sus sollozos: al fin se pasó la mano por la frente, apartándose las pesadas bandas de sus cabellos,

como quien quiere lanzar de sí una pesadilla.

—No, no puede ser, esclamó: tu madre no lo consentirá, no lo permitirá él; ¡arrancarte la corona!... ¡á tí, ángel mio!... ¡no! ¡no!... las desgracias de tu madre no deben pesar sobre tí.

Y conmovida, trémula, se inclinó sobre el sonrosado semblante de su hija y la besó tímidamente, como si hubiera temido despertarla.

Entretanto un hombre habia entreabierto los tapices del dormitorio, habia entrado en él y se habia detenido á poca distancia de la reina: la contempló durante algun tiempo con semblante frio é impasible, y luego la asió de una mano y la trajo á sí.

La reina se volvió asustada, y al ver al hombre, palideció, tembló, y se puso de pie.

—¿Qué me quereis? le dijo.

—Seguidme, señora: contestó el hombre, que no era otro que Blasco do Campo Riveyra.

—¿Qué os siga? dijo la reina: ¿y á dónde?

—A vuestra cámara.

La reina tomó la lámpara y salió, siempre asida por Blasco, que la trataba con muy poca ceremonia.

Cuando llegaron á la mesa y la reina puso la lámpara sobre ella, Blasco reparó en el papel que habia quedado á medio escribir.

La reina quiso ocultarle, pero Blasco se lo impidió, apoderándose de él.

—¡Escribiais á don Beltran! la dijo Blasco con acento de reconvencion y casi de amenaza.

—Es mi última esperanza, dijo temblando visiblemente la reina: le escribia por mi hija.

—¿Y para interesarle por vuestra hija llamais infames á vuestros buenos amigos? esto no es justo, doña Juana, no, de ningun modo... amigos que os adoran... que no os abandonarán nunca, como os ha abandonado ese miserable don Beltran.

La reina habia llegado al último punto del sufrimiento, y sobreponiéndose á su terror contestó.

—Yo no tengo ningun amigo.

—¿Que no teneis ningun amigo? ¿y qué soy yo para vos, señora?

—Vos... vos sois para mí un hombre fatal... me habeis deshonrado.

—Creo, señora, dijo con su acostumbrada audacia Blasco, que no soy yo vuestro primer amante, y acaso no sea el último. Cuando erais doncella, mas de cuatro hidalgos midieron sus espadas y aun se

mataron en la córte de Portugal, escitados por vuestros galanteos: y si no disteis mayores escándalos, fué porque os guardó demasiado vuestro hermano: despues de casada, habeis amado á Juan Rodriguez del Padron, despues á Beltran de la Cueva, luego á Alfonso de Leiva, despues á mí: de cada uno de estos tres hombres habeis tenido un hijo: de don Beltran esa infanta: de Alfonso de Leiva un niño que disteis á luz en Alahejos, y cuya suerte no sabeis...

—¡Ah! ¡por piedad! esclamó la reina cubriéndose el rostro con las manos.

—Dejadme, dejadme continuar, señora, porque ha llegado para vos un momento de prueba: despues, guardándoos yo en el castillo de Alahejos, fuí tambien vuestro amante...

—Pero es infame abusar así de una débil muger, esclamó desesperada la reina.

—Vos habeis abusado del trono y del reino, continuó con una horrible sangre fria Blasco: vos habeis querido imponer á la corona una heredera, hija del adulterio, y si hubierais continuado en el alcázar, hubierais hecho pasar por infantes al hijo de Leiva, al mio: afortunadamente para vos, aunque se murmura en la córte que habeis sido madre dos veces durante vuestra prision, no hay pruebas: pero las pruebas las tengo yo, y si me faltara alguna bastaria esta que tengo en la mano.

Y mostró á la reina la carta que habia dejado á medio escribir sobre la mesa.

—¿Pero vos no sereis capaz?...

—¡Oh, sí por cierto! de lo que no me siento capaz es de perder por una tonteria, de la que os aseguro que estoy muy libre, las ventajas que á las pruebas que ya tengo puede añadir esta carta: la dirigiais al señor duque de Alburquerque; en ella le hablais de arrepentimiento, de amor, y sobre todo, le pedis que socorra con toda sus fuerzas á su hija... la infanta... aquí está escrito de vuestro puño: su hija...

—Pero esto es imposible... imposible de todo punto, Blasco... no puede haber un hombre tan infame, que mienta de tal manera... ayer mismo, recordadlo, gemiais de amor junto á mi; me jurabais que nunca habiais amado de tal modo, y yo...

La reina se sonrojó y calló.

—Vos me engañabais como yo os engañaba, dijo con su odiosa desvergüenza Blasco.

—¿Qué os engañaba yo?...

—Esta carta es la prueba... en cuanto á mí, la prueba de que nunca os he amado, está en que antes de ser vuestro amante, amaba con locura á una muger que es la mas hermosa, la mas noble, la mas pura, la de mas talento de Castilla... esa muger ha comprendido mi amor y se ha servido de él como ha querido; me ha hecho su esclavo; por agradar á esa muger, por obligarla, he sido vuestro guardian en Alahejos: os he seducido, os he deshonrado... porque esa muger os aborrece, doña Juana.

La reina estaba consternada y pálida como si hubiera estado difunta: adivinaba el nombre de la muger de quien estaba enamorado Blasco; aquella muger que la aborrecia, y no se atrevia á pronunciarlo. El portugués veia con placer el estado de escitacion y de terror en que se encontraba la reina.

—Esa muger, continuó Blasco, que antes era imposible para mí, ha dejado de serlo tanto, porque esa muger que hace algunos dias era casada, ahora es viuda.

—¡Que es viuda doña Mencía! esclamó la reina.

—Sí, dijo con cierta negligencia cruel Blasco; ha sido una muerte violenta, consecuencia de otra muerte violenta, causada en una persona de vuestra familia.

—¡En una persona de mi familia!

—Sí por cierto, porque yo creo que sea de vuestra familia vuestro cuñado el infante don Alonso.

—¡Que el infante don Alonso ha muerto!

—Sí por cierto, merced á una trucha que le ha dado el cocinero del marqués de Villena.

—¡Oh Dios mio, Dios mio! pero esto es infame, esto es imposible; esclamó la reina estremecida de horror; ¿qué daño habia hecho á nadie ese pobre niño?

—Ahí vereis: el infante don Alonso estorbaba á los reyes de Navarra, y como las capitulaciones matrimoniales, entre el hijo de los nobles reyes, don Fernando, ya rey de Sicilia, con la infanta doña Isabel están concluidas, don Alonso ha muerto.

—¡Oh, qué horror!

—Así lo han sentido todos: doña Mencía, que acompañaba la córte del infante don Alonso, como camarera de la infanta doña Isabel, se horrorizó tambien y pensó en tomar venganza: ya sabeis que doña Mencía es enérgica: empezó á averiguar, descubrió que el abad de San Martin de Madrid, que acompañaba á don Juan Pacheco, habia tenido parte en la muerte, le llamó á sus habitaciones y

le entregó á su esposo Hernando de Carrillo para que le matará: el buen capitan, acostumbrado á obedecer las mas leves insinuaciones de su muger, cerró con el buen abad, y como la suerte de los combates es tan varia, resultó que si bien el abad murió, murió tambien Hernando de Carrillo.

—¡Viuda doña Mencía! esclamó la reina. ¡Viudo tambien Beltran de la Cueva! En efecto, algunos meses antes habia muerto, atacada por la peste, la jóven doña Mencía de Mendoza, esposa de Beltran de la Cueva,

Hubo un momento de solemne silencio entre los dos interlocutores: al fin le rompió Blasco.

—La situacion no puede ser mas endiablada, señora, dijo: todos estamos empeñados, los unos por los otros: vos amais á Beltran de la Cueva, y aborreceis á doña Mencía, que le ama tambien; y por lo mismo os aborrece; yo amo, á pesar de todo, á doña Mencía, porque tengo esperanzas y la sirvo: ha llegado, pues, el caso de que me muestre á vos tal cual soy: tengo pruebas bastantes para perderos, pero no quiero usar de ellas.

—¡Ah, Blasco, Blasco! esclamó la reina alentando una esperanza.

—Prefiero á una medida violenta el que vos, convencida de que debeis hacerlo, firmeis una renuncia á la corona á nombre de vuestra hija.

—¡Jamás, jamás!... esclamó con energia la reina.

—Espero convenceros aun: continuó el implacable portugués: ¿supongamos que os resistis de todo punto á firmar esa renuncia?

—Dadlo por cierto.

—Supongamos que yo hago uso de las pruebas que tengo.

—Dios, que ha protegido á mi hija en otras situaciones terribles, la defenderá tambien ahora.

—En caso de que las pruebas de que puedo usar se destruyan, aunque logreis inutilizarme, esterminarme, lo que es muy dificil, siempre quedan ahí los reyes de Navarra, don Juan Pacheco y Mosen Pierres de Peralta.

—¿Que quereis decir?

—Quiero decir que los que no han dudado en envenenar al infante don Alonso, encontrarán mil medios de deshacerse del mismo modo de la infanta doña Juana.

—¡Matar á mi hija!... ¡que matarán á mi pobre hija! esclamó la

reina con acento rugiente, encaminándose al dormitorio.

—Esperad, señora, esperad: dijo Blasco deteniéndola; vos mejor que nadie podeis defender á vuestra hija.

—¡Defenderla! ¿y cómo?

—Prestándoos dócilmente á firmar la renuncia á la corona en su nombre.

—¡Pero desheredar á mi hija!

—No la desheredais, puesto que es hija de Beltran de la Cueva.

—No, no es su hija: esclamó fuera de sí la reina: es hija del rey, hija de Enrique IV, os lo juro por la salvacion de mi alma; no puede ser hija de otro hombre que del rey: cuando me sentí en cinta de ella, don Beltran hacia poco tiempo que estaba en la córte: sí, estoy segura de que doña Juana es hija del rey.

—Y sin embargo, haceis creer á Beltran de la Cueva que es su hija.

—Porque la proteja, porque la ame.

—Vuestras liviandades, señora, han dado motivo á que nadie os crea.

—¡Ah, Dios mio! esclamó con acento desesperado la reina.

—El reino entero llama á vuestra hija la Beltraneja.

—El reino se engaña.

—Vos habeis desheredado á vuestra hija.

—¡Blasco, Blasco! tened compasion de mí; esclamó la reina arrojándose á sus pies: muchas veces me habeis dicho que soy hermosa, que os enamoro, que os vuelvo loco.

—He mentido, contestó friamente Blasco.

—Pedidme cuanto querais; oro, amor, mi cuerpo, mi alma: pero defended á mi hija.

—La estoy defendiendo de vos misma, que con vuestra obstinacion la vais á matar.

La reina se levantó colérica, inmensa.

—Salid de aqui, dijo: no os conozco: yo soy aun la reina: yo sabré defenderme y defender á mi hija: salid, ó llamo á mi guarda.

—Sí, sí; dijo Blasco con sarcasmo: saldré, pero llevándome esta carta, en que de vuestro puño y letra confesais que la infanta es hija de Beltran de la Cueva.

—No, no, esperad, esperad; sed generoso; perdonadme: estoy loca, no sé lo que digo... lo que hago... no, no; yo no os arrojo de mi estancia, permaneced en ella....

—Concluyamos, doña Juana; dijo el portugués con una inalterable calma: os he aconsejado lo que me parece que debeis hacer para

evitar mayores males: si os obstinais; si no bastan las pruebas escritas para la esclusion de la infanta doña Juana, os lo advierto, apelarán al tósigo. Yo no tengo en ello mas interés que servir á una muger en que está cifrada toda mi ambicion, esa muger que os aborrece, solo quiere la esclusion de vuestra hija; pero creedlo, jamás cometerá el odioso crímen de matarla: le cometerán los que han matado al infante don Alonso: ¿no veis en esa muerte un objeto que es en igual modo amenazador á vuestra hija?

—Pero dejadme al menos tiempo para reflexionarlo.

—Una hora mas y acaso será ya tarde: ó renuncias, ó muere vuestra hija.

—Pero esa renuncia... ¿cómo hacerla? se necesita un secretario, testigos, la presencia del canciller; no puede ser ahora, dijo la reina procurando ganar tiempo.

—Todo eso está hecho, señora: dijo Blasco sacando un pergamino enrollado de su escarcela.

—¿Y qué es eso? dijo la reina, alentando apenas.

—Leed, señora, leed: contestó Blasco entregándola el pergamino.

—¡La declaracion que me pedís estendida ya!

—Y autorizada por el canciller arzobispo de Toledo, y por todos cuantos deben autorizarla; solo falta vuestra firma: firmad.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó la reina anonadada.

—Firmad, ó temblad por vuestra hija: dijo, impasible siempre, el portugués.

La reina hizo un violento esfuerzo, tomó la pluma y firmó con mano firme, y un arranque nervioso.

Luego dió el pergamino á Blasco, y señalándole la puerta le dijo con la voz trémula por la cólera:

—Salid.

—Antes permitidme, señora, que os deje esta carta que podeis concluir y enviar en buen hora al duque: dijo Blasco arrojando la carta sobre la mesa.

—Salid, repitió la reina, y que no os vuelva yo á ver en todos los dias de mi vida, infame.

Blasco salió sonriendo de una manera infernal.

Entonces la reina entró en el dormitorio, tomó frenética á la infanta entre sus brazos y esclamó cubriendo su semblante de besos y lágrimas.

—¡Hija mia! ¡hija mia! ¡los vicios de tu madre acaban de arrebatarte una corona!

LXXI.

El rey se divierte.

Blasco siguió adelante por las torcidas y oscuras galerías del alcázar y llegó á la cámara del rey.

Enrique IV, á causa del calor, estaba asomado á uno de los balcones de la cámara.

Al sentir los pasos de Blasco se volvió, y reconociéndole le dijo:

—¿Hemos concluido ya?

—Si señor: contestó inclinándose Blasco.

—¿Con que ha firmado?

—Sí, señor.

—Pues mira, nunca lo hubiera creido, la tenia por mas valiente.

—Las circunstancias son terribles, señor.

—Y el marqués de Villena, y quien no es el marqués saben aprovecharse de ellas á las mil maravillas.

—¿El marqués de Villena?...

—Es un ambicioso, un bribon: ¿qué le importa á él la salud del reino? lo que él quiere es mandar, enriquecerse mas que se ha enriquecido, ser el verdadero rey de Castilla: desde muy antiguo anda en rebeldías el señor marqués: cuando yo era príncipe y él mi favorito, me hizo rebelarme tres veces contra mi padre: despues que he sido rey, él ha confederado contra mí la nobleza, y todo porque Beltran de la Cueva ha sido mas valiente y mas fuerte que él: lo mismo que hizo que yo me rebelase contra mi padre, él ha hecho que se rebele contra mí, mi hermano... despues el pobre niño le ha estorbado, y...

—¡Señor! ¿creerá vuestra alteza?...

—Yo nada creo, sino que la peste negra ha matado á mi hermano en Cardeñosa: dijo el rey sonriendo de una manera terrible.... ello es que yo tengo la culpa: cuando he podido ser rey, no he querido serlo, y ahora que quiero no puedo: bien; muy bien; adelante: pero me parece que detrás de mí vendrá quien arregle esto y quien siente la mano, y de una manera muy pesada, al señor marqués de Villena y al señor arzobispo de Toledo. ¡Mi hermana la infanta doña Isabel, casada con el rey de Sicilia don Fernando de Aragon!... ¡ah! ¡ah! yo impediré cuanto pueda este matrimonio, pero si llega á efectuarse... ¡ah, señores nobles! ¡poderosos señores! parece que no jugareis con ellos como habeis jugado conmigo.

—Yo creo, señor, que ese matrimonio es difícil.

—Yo no daré nunca mi licencia... pero en fin, yo tengo muy poco poder: ve, ve, mi buen Blasco, lleva esa renuncia infame á don Juan Pacheco: al fin ya tiene mi hermana el camino espedito al trono: mi hija la infanta doña Juana ha sido desheredada, el infante don Alonso ha muerto... bien; muy bien... ve y no tardes... el marqués debe esperarte impaciente.

—Aun me falta saber, señor...

—¿Y qué te falta que saber?

—Si vuestra alteza consentirá en ir á avistarse con su hermana la infanta doña Isabel.

—¿Y por qué no he de ir? ¿acaso no amo yo á mi buena hermana? dijo el rey repitiendo su amarga sonrisa: iré, iré... ¿pero dónde he de ir?

—Al monasterio de Gerónimos de los Toros de Guisando, señor.

—Pues di á nuestro buen vasallo el marqués, que pasada una semana estaremos en los Toros de Guisando.

—Ademas, señor...

—¿Aun quedan condiciones?

—No, no son ciertamente condiciones... pero si ha de venir la infanta doña Isabel á la córte á vivir á vuestro lado, es necesario que salgan del alcázar ciertas gentes.

—¡Ah! pues no habia caido en ello. Es necesario... que salgan del alcázar ciertas gentes.... comprendo... la reina...

—La reina indudablemente, señor... pero ademas...

—¡Ah! sí... me habia olvidado del bando azul... doña Guiomar, doña Catalina....

—Cabalmente, señor.

—Pues mira, esta ya no es cosa del marqués, sino de doña Mencía de Padilla.

—Ignoro, señor...

—Puede, puede ser que yo piense mal... pero en fin, yo no puedo hacer eso.

—¿Qué no podeis desterrar ó encerrar en un convento á esas dos mugeres?

—Temo terriblemente á las mugeres, señor Blasco, y á esas particularmente.

—Decid, señor...

—No digo nada... nada absolutamente, señor Blasco: estoy cansado, hastiado de ellas, terriblemente hastiado... pero esas mugeres,

en el largo tiempo que han estado en la córte al servicio de la reina, se han hecho un partido, partido que me cuesta el dinero que no me haga la guerra y que me la hará en el momento que toque á esas dos damas: ese partido le forman sus parientes, sus hermanos, sus amantes... las temo, señor Blasco, las temo; y luego ni aun pretesto tengo.

—Si os falta pretesto yo os le daré, señor.

—¡Tú!

—Sí; yo que soy el amante antiguo de doña Guiomar de Silva, yo á quien ella, á pesar de todo, ama antes que á nadie....

Mordióse los labios el rey, contrariado, ofendido por la cínica insolencia del portugués.

—En efecto, señor, doña Guiomar se vende á vos, y está empeñada por Beltran de la Cueva por orgullo... por lo mismo debeis arrojar de vos á una muger que os engaña... yo os presentaré la ocasion.

—¿Y cuándo? dijo el rey dominándose.

—Esta misma noche, dentro de un momento: una doncella de doña Guiomar os avisará.

—No hay que dudar que sois uno de mis mas leales servidores: pero quiero saber si era absolutamente necesario el escándalo que preveo.

—Necesario de todo punto, señor: pero ese escándalo pasará entre nosotros solos, y aun será necesario que os enfurezcais conmigo.

—¿Te queda aun alguna condicion que imponerme?

—No he hecho mas que daros consejos como vasallo leal, señor.

—Bien: ¿han concluido ya tus consejos?...

—Sí, señor.

—Pues bien, no pretendo detenerte mas tiempo. Puedes irte cuando quieras.

—Guarde Dios la preciosa vida de vuestra alteza, señor.

—Para egemplo de reyes; como debe guardar la tuya para egemplo de vasallos.

—Adios, señor: dentro de poco os enviaré á vuestra alteza la doncella de doña Guiomar... que es una hermosa doncella.

Y Blasco, inclinándose servilmente, salió de la cámara, dejando solo al rey.

Enrique IV quedó paseándose lentamente y profundamente pensativo.

—Me ponen en tutela, dijo: hacen de mi lo que quieren: yo mismo,

yo, he hacinado estas humillaciones sobre mi cabeza, y cuando quiero librarme de ellas no puedo: me han robado, me han saqueado, han reducido á la nada mis rentas; me han quitado el poder y ni aun mis guardas me dejan: gobernarán en mi alcázar, me acompañarán á todas partes, y no me matarán... no... porque dónde van á encontrar un rey mas blando, mas inútil, menos terrible que yo... ningun poder tengo, porque no tengo dinero... los pueblos me aborrecen, y si yo les dirigiese mi voz se mofarian de ella... pues señor... tomemos lo que nos dejan; conformémonos y olvidemos.

Y acercándose á la mesa tomó la flauta y se puso á tocarla indolentemente.

Es cierto que nunca tocaba mas la flauta Enrique IV que cuando estaba dado á los diablos.

LXXII.

De como Blasco procuró al rey la ocasion de dar un nuevo escándalo.

El portugués siguió adelante por las oscuras galerias del alcázar, y al fin de una de ellas, llegó á una pequeña puerta, y dió en ella tres ligeros golpes con el puño de su daga.

Nadie contestó por el momento.

—¿Habrá olvidado mi seña?... ¡ya se ve! ¡hace tanto tiempo que no la veo! pero se mostraba perdidamente enamorada de mi. Acaso no haya oido; repitamos.

Y Blasco volvió á llamar.

Poco despues se oyeron leves pasos en el interior; el crugido leve de un trage de seda, y luego el ligero ruido que causó la puerta al apoyarse en ella un cuerpo humano.

Pero nadie habló.

Blasco llamó de nuevo.

—¿Sois vos? dijo una voz contenida y trémula tras la puerta.

—Sí; yo soy: contestó en voz baja el portugués.

—¿El señor Blasco do Campo Riveyra?

—El mismo.

—¿Y qué quereis?

—Abreme.

—¿Que os abra? ¿y para qué?

—Tengo que hablarte.

—¡Ah! ¿teneis que hablarme despues de dos años largos?

—Eso prueba que no te he olvidado.

—Muchas gracias; dijo con cierto sarcasmo la muger.

—¿Me abres ó no?

—Ya sabeis que yo quiero siempre lo que vos quereis. Pero esperad, voy á ver si mi señora duerme ó vela.

Y la muger se separó de la puerta.

Poco despues volvió, rechinó suavemente la puerta, se abrió, su mano suavísima buscó la de Blasco, la encontró y asiéndole de ella le introdujo en un aposento oscuro.

La puerta se cerró en seguida.

—¡Cómo! ¿no tienes luz, Esperanza? dijo Blasco á la muger.

—¡Luz! ¿y para qué la quereis?

—Para ver si estás tan hermosa como la última vez que te ví.

—Si entonces estaba hermosa, dijo Esperanza, ahora debo estarlo mas.

—¡Mas! ¿y por qué!

—Porque desde que no os veo tengo menos cuidados, y cuando no se tienen cuidados se engorda.

—¡Oh! en verdad que estás mas lozana: dijo Blasco rodeándola un brazo á la cintura.

—Vamos estaos quedo, ó grito: dijo Esperanza escurriéndose de entre los brazos del portugués.

—Tu tienes algun amante, la dijo Blasco.

—Solo he tenido uno, y tal me ha dejado ese, que he jurado...

—¿Hacerte monja?

—Mirad, todo podia ser; y si mi señora no me lo estorbase...

—¿Con que tu señora no quiere perder tus servicios?

—No tal: como que me ha dicho: si quieres ser monja, Esperanza, espera á que yo sea abadesa del convento de San Gerónimo del Paso.

—¡Ah! ¿con que ha pensado en esa buena prevenda doña Guiomar?

—Y dice que se la concederá el rey cuando se fastidie de ella.

—Se conoce que lo entiende doña Guiomar... ¡San Gerónimo del Paso! ¡una abadia en despoblado, donde se hospedan continuamente hidalgos y caballeros! ¡buenos andan los tiempos! ¿y dices que doña Guiomar desea esa abadia?

—Sí por cierto; y si no la ha solicitado ya, es por no dejar á doña Catalina de Sandoval dueña del favor del rey.

—Oye, Esperanza: ¿cuando recibe mis cartas doña Guiomar, qué hace?

—¿Y teneis valor para preguntarme eso?

—Sí, sí; ya sé que tu me amas, que no has amado á nadie mas que á mí.

—Y moriré con mi amor: dijo conmovida Esperanza.

—¿Y acaso yo no te amo?

—Nunca me habeis amado: no habeis hecho mas que serviros de mí.

—Te engañas, Esperanza: eres muy hermosa, muy fiel, muy honrada y algo noble. Tu no serás monja, Esperanza.

—¿Pues qué seré?

—Mi amiga, mi amante...

—¡Ah! esclamó la jóven.

—Pero es menester que me ayudes. ¿Quieres ayudarme?

—Ya sabeis que yo quiero todo lo que vos quereis.

—Pues bien: contéstame á la pregunta que he hecho: ¿qué efecto causan mis cartas en doña Guiomar?

—Doña Guiomar os adora: dijo suspirando Esperanza.

—¡Ah! ya lo sabia yo: esclamó con acento de triunfo Blasco.

—Besa vuestras cartas, las lee llorando, tiene celos....

—¡Ah! ¿tiene celos?...

—Sí, sí señor... y yo los tengo tambien.

—¿Y de quién teneis celos, señoras?

—De doña Mencía de Padilla.

—¡Doña Mencía de Padilla! ¡bah! una dama que está ciegamente enamorada de don Beltran de la Cueva.

—¿Y qué importa? no tenemos celos de que ella os ame, sino de que vos la amais.

—¡Yo!

—Sí, por cierto: ¿pues qué, mi señora no tiene quien la avise de lo que pasa entre las gentes del marqués de Villena? sí, sí señor: de tiempo en tiempo, y aun cuando estabais guardando á la reina en el castillo de Alahejos, ibais á visitar á doña Mencía de Padilla: y ella os recibia á solas, no sin gran disgusto de su esposo el señor Hernando de Carrillo, á quien os aconsejo que guardeis el bulto.

—Yo no temo á los aparecidos, Esperanza.

—¿Cómo á los aparecidos?

—El capitan de la guarda morisca del rey ha muerto de mano airada.

—¿Con que doña Mencía es viuda?

—Enteramente viuda.

—¡Ah, Dios mio! cuando lo sepa mi señora va á tener dobles celos.

—¡Celos de mí!

—Vos sois mozo, y ella viuda....

—Os juro que en lo que menos piensa doña Mencía, es en casarse conmigo.

—Doña Mencía es muy rica, muy hermosa, vos la servís...

—¡Que la sirvo yo!

—Apuesto que solo por ella habeis venido á buscarme.

—Piensas muy mal.

—¿Que pienso mal? pues bien: sepamos á qué venis.

—A poca cosa: á que dés esta carta á tu ama.

—¿De parte de quién? dijo Esperanza tomando á tientas la carta que la daba Blasco.

—De parte de nadie.

—¿Cómo de parte de nadie?

—Ni mas ni menos.

—¿Pero cómo quereis que yo haga creer á mi señora que esta carta ha venido por sí misma?

—De la manera mas sencilla.

—Veamos.

—Supon que en vez de ser yo el que ha llamado á tu puerta, hubiera sido un desconocido.

—Suponiendo eso es necesario suponer tambien que yo no le hubiera abierto.

—Bien, pero supongamos: llega un hombre á tu puerta, llama: tu preguntas quién es, y el hombre sin pretender que le abras te dice solamente: tomad esta carta que os doy por debajo de la puerta y llevadla á vuestra señora, que la interesa mucho.

—Comprendo.

—Es bien sencillo: eso es lo único que debes decir á tu señora.

—¿Y cuándo?

—Ahora mismo. Si está acostada...

—Lo está.

—Pues bien.... mientras se viste, mientras se prepara, tengo tiempo... ¿Con que quedas en lo que has de hacer?

—¿Os vais?

—Sí, por cierto: tengo negocios urgentísimos.

—No habeis, pues, venido á verme sino porque os hago falta.

—Cumple con mi encargo, Esperanza, y créeme: yo te amo, te aprecio: lo que es mas, deseo tenerte libremente á mi lado; pero

para eso necesito arreglar mis asuntos: esa carta es urgentísima para ello, ayúdame entregándola á doña Guiomar, y entretanto, para que tengas fé en mis palabras, toma.

Y la dió un bolsillo.

—¡Como! esclamó Esperanza, rechazándole: ¿me dais dinero? ¿creeis que he sido vuestra por interés? ¿creeis que por interés entregaré esta carta á mi señora? os engàñais: me he deshonrado por vos, porque teneis para mí no sé qué que me hace querer todo lo que vos quereis: sé que no me amais, que pretendeis engañarme para que entregue esta carta, que debe importaros mucho, á doña Guiomar: pues bien, se la entregaré, sabiendo que para nada puedo contar con vos.

—Piensas muy mal de mí, Esperanza.

—Bien podrá ser: pero guardad vuestro dinero: idos cuando gusteis, no pretendo deteneros.

—Sabe Dios que si me voy es porque á ello me veo obligado, Esperanza mia; pero yo volveré, y....

—Si volveis os recibiré como siempre, si no volveis no lloraré porque ya hace mucho tiempo que conozco lo que puedo esperar de vos y me he resignado á todo.

—Yo te probaré que te engañas, Esperanza: una muger como tu merece, no digo yo un caballero, sino un rey. Entretanto adios, vida mia, y hasta muy pronto.

Blasco estrechó apasionadamente entre sus brazos á Esperanza y la besó en la boca. Esperanza dió un grito ahogado, un grito de dolor, se desasió de Blasco y abrió la puerta.

—Salid, salid, le dijo con voz entrecortada.

—Adios, Esperanza mia, adios, dijo el portugués: ya volveré.

Y se alejó á lo largo de la oscura galería.

Esperanza cerró la puerta y esclamó:

—Es un bribon, un infame que me engaña, y á quien no debia amar, y le amo, Dios mio: le amo y hago todo lo que quiera que haga. ¡Y esta carta, esta carta!.. ¿qué dirá esta carta? Yo no sé leer, pero podria guardarla y hacérmela leer por una persona de confianza: pero no, no: Blasco quiere que vaya á manos de mi señora, ha hecho confianza de mi, y bien sabe Blasco que puede hacerla. Llevemos, pues, la carta. Es ya la media noche; pero no importa, mi señora se duerme tarde... adelante.

Esperanza atravesó el oscuro aposento en que se encontraba, atravesó otro asimismo oscuro, y al fin entró en una hermosa habitacion,

iluminada opacamente por la blanda luz de una lámpara de noche.

Al fondo de aquella habitacion habia un magnífico lecho, cuyos pesados cortinajes de seda estaban enteramente corridos: Esperanza fué al lecho, levantó una de las cortinas y miró: en el lecho habia una muger medio desnuda, hermosísima, y con su desnudez y su descuido mas hermosa.

Era doña Guiomar de Silva.

Estaba profundamente dormida y en su boca lucia una sonrisa sensual, producto sin duda de un sueño de amor. Esperanza la contempló durante algunos segundos, y comprendiendo su sonrisa, murmuró:

—¿Con quién soñará?

—¡Blasco! ¡Blasco mio! ¡ven! barbotó entre sueños doña Guiomar como respondiendo á la pregunta de Esperanza.

La pobre jóven sintió un doloroso impulso de celos, porque ella tambien amaba á Blasco.

Sobrepúsose, sin embargo á ellos, y poniendo una de sus pequeñas manos en el blanquísimo hombro de doña Guiomar dijo:

—¡Señora! ¡señora!

La cortesana despertó sobresaltada por aquella voz y por aquel movimiento.

—¿Quién es? dijo incorporándose. ¿Quién me llama? ¡ah! ¿eres tu, Esperanza?

—Sí, sí señora; yo soy.

—¿Ha venido acaso el rey? dijo con una espresion de supremo fastidio doña Guiomar.

—No; no señora.

—¿Y entonces á qué me has despertado? añadió con un marcado acento de disgusto la cortesana: me has quitado un hermoso sueño.

—Lo siento señora; pero...

—Soñaba que era abadesa de San Gerónimo del Paso, y que habia ido á hospedarse á ella un amigo mio... con que vete, déjame que procure anudar de nuevo mi sueño: ya sabes que los sueños son profecias.

—Pues mirad, puede ser que esta carta tenga que ver algo con vuestro sueño.

—¡Una carta! ¿y qué carta es esta?... dijo doña Guiomar tomando la carta que Esperanza la presentaba.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿quién te la ha dado?

—Un hombre.

—¿Pero qué hombre era ese?

—No le he visto.

—Esplícate mejor, no te comprendo.

—Pues es muy sencillo: iba yo á acostarme y ya habia apagado la luz cuando sentí que daban recatadamente tres golpes á la puerta que da á la galería: creí que fuese el rey; me eché precipitadamente un vestido, fuí á la puerta, y segun costumbre, pregunté en voz baja quién era: entonces una voz desconocida para mí me dijo: tomad esta carta que os doy por debajo de la puerta, y llevadla al momento á vuestra señora, que la importa mucho. Busqué bajo la puerta la carta, la encontré, y entretanto el hombre desapareció.

—Trae, trae la lámpara, Esperanza: dijo con ansiedad doña Guiomar dando vueltas á la carta.

Esperanza trajo la lámpara, y doña Guiomar leyó el sobreescrito, que únicamente decia: «á la hermosa doña Guiomar de Silva.»

—Yo no conozco esta letra, dijo la jóven rompiendo precipitadamente la nema y arrojando una mirada ansiosa sobre el contesto de la carta.

A medida que leia se ponia sucesivamente roja y pálida, se descomponia su semblante y temblaba toda, pero con un temblor colérico.

—Yo tengo la culpa, yo: dijo arrojando furiosamente la carta cuando la hubo leido: yo he podido hacerla pedazos, y la he despreciado: y se atreve ahora á insultarme frente á frente. ¡Oh! ¡oh! pues guarda, guarda, yo soy siempre doña Guiomar de Silva, la muger á quien mas ha amado el rey.

—¿Qué dirá esa carta que asi la ha enfurecido? murmuró para sus adentros Esperanza.

—Escucha, la dijo doña Guiomar mirándola frente á frente: tu eres muy amiga de las doncellas de doña Catalina de Sandoval.

—Como somos vecinas... y nos vemos todos los dias...

—¿Tienes confianza con alguna?

—Sí; conozco á Elvira Hernando.

—¿Y esa Elvira?...

—Posee la confianza de doña Catalina como yo poseo la vuestra, señora.

—Pues pronto... vísteme, Esperanza, vísteme: mi mejor túnica, lo entiendes; mi toca mas rica... es necesario que tu amiga Elvira nos introduzca en el aposento de doña Catalina.

—Elvira acaso.....

—Elvira y tu no desdeñareis la ocasion de adquirir algunas perlas, algunos diamantes. Vísteme, vísteme pronto, Esperanza: arréglame de cualquier modo el cabello, y para disimular el descuido pónme la redecilla de perlas y rubíes. Vamos... ¿no te digo que te dés prisa?

Esperanza vistió en un momento á doña Guiomar con tal arte, que no parecia sino que se habia ataviado detenidamente con intencion de causar un gran efecto. Cuando estuvo dispuesta abrió un pesado cofre, sacó de él un pequeño puñal y un estuche con joyas, y salió con Esperanza por la misma puerta por donde habia entrado Blasco.

La carta que habia motivado la cólera de doña Guiomar contenia estas solas palabras:

«Blasco do Campo Riveyra, vuestro antiguo amante, el que »posee todos vuestros secretos; el hombre á quien amais, os engaña: »para convenceros de ello procurad introduciros esta noche á las »doce en la habitacion de vuestra rival doña Catalina de Sandoval. »Allí le encontrareis: quien bien os quiere y os avisa.»

LXXIII.

De lo que pasó en el aposento que tenia en el alcázar doña Catalina de Sandoval.

No le fué difícil á doña Guiomar penetrar en el aposento de doña Catalina: la doncella Elvira, convencida por una parte por Esperanza, y mas convencida por otra por las joyas de doña Guiomar, consintió en colocar á esta en un acechadero, desde donde podia oir y ver sin ser vista.

No se ocultaba á la doncella traidora que por su traicion podia ser despedida, pero prefirió á continuar en su fidelidad y su pobreza, arrostrar la cólera de su señora, puesto que el precio era casi exhorbitante.

Antes de ponerse en acecho doña Guiomar, quiso tener algunos pormenores.

—Decidme, preguntó á Elvira: ¿habeis visto alguna vez á ese caballero que está con vuestra ama?

—Le he visto muchas.

—¿Ha pasado mucho tiempo de una á otra vez?

—Algunos meses, antes, desde hace algunos dias, viene con frecuencia.

—¿No pudisteis saber, no escuchasteis nunca?

—Sí, señora: he oido que ese caballero venia del castillo de Alahejos.

—¿Y qué hacia allí?

—Guardar á su alteza la reina.

—¿Despues que su alteza la reina ha vuelto de su prision, decís que ha venido con mas frecuencia?

—Sí señora.

—¿Y á qué horas viene?

—Siempre de noche.

—¿Y pasa mucho tiempo? dijo temblando de celos doña Guiomar.

—Algunas noches sale al amanecer.

—¿Luego es amante de vuestra señora?

—Creo que sí.

—¿Creeis? ¡qué! ¿no lo sabeis de cierto?

—Obran con mucho recato, señora.

—¿Con mucho recato? y pasa las noches enteras en el aposento de vuestra ama ese caballero.

—Hablan mas de cosas de gobierno que de amores, escriben mucho: el que mas enamorado está es él: ella parece que resiste.

—¡Que resiste! ¿no le ama?

—No lo sé, señora, no lo sé.

—¿Le espera con impaciencia?

—Sí.

—¿Le recibe con interés?

—Sí.

—¿Pasa el dia inquieta?

—Si, sí señora.

—¿Y decís que no le ama?

—Yo no digo nada de eso, señora: digo solo que doña Catalina resiste, porque yo he oido al señor Blasco, porfiar, rogar...

—¿Y ella?...

—Ella le ha dicho siempre: sed mi esposo.

—¿Y él, consiente?

—Alega dificultades.

—¡Oh! ¡oh! es necesario que yo averigue por mí misma. Llevadme donde pueda verlo todo, oirlo todo.

—¿Pero sereis prudente, señora?

—Descuidad, pero llevadme: si quereis mas, si no basta lo que os he dado, tomad.

Y quitándose una magnífica gargantilla que llevaba puesta la entregó á la doncella.

En las cortes todo se compra y se vende, y este último precio desvaneció todos los escrúpulos de Elvira, que vendió á su señora, sin meterse á considerar las consecuencias que podia tener su traicion.

Doña Guiomar de Silva se encontró colocada en el hueco de una puerta, detrás de unos tapices enteramente corridos. Muy cerca de ella estaban sentadas dos personas: Blasco y doña Catalina. Doña Guiomar los veia perfectamente: doña Catalina estaba vestida con gran sencillez: un trage blanco sin adornos, liso, pero ancho y flotante, daba mayor realce á su hermosura, y el único adorno que tenia eran dos hermosos claveles rojos, puesto el uno en los cabellos y el otro en el cierre del vestido sobre el pecho.

Blasco asia amorosamente las dos manos de doña Catalina que se las tenia abandonadas, y todo en ellos revelaba dos amantes que están satisfechos el uno del otro.

Sin embargo, esto no era mas que apariencia. Doña Catalina, cansada ya de los amores del rey que la producian muy poco, conociendo que ninguna influencia podia prestarla un rey como Enrique IV, dominado por sus vasallos rebeldes, empobrecido, nulo, impotente, circunscrito á lo que querian darle: habia empezado á pensar en lo positivo: se habia convencido de que todo su empeño por Beltran de la Cueva seria inútil, porque doña Catalina no era muger que se hacia ilusiones: comprendia ademas que ya tenia edad para pensar en casarse y dejar la situacion precaria en que se encontraba; creia conocer perfectamente á Blasco; era hermoso, sabia enamorar, y sino el corazon podia llenar cumplidamente los deseos de la antigua cortesana: ademas, nadie que no fuese un aventurero cínico, sin dignidad, sin decoro, podia consentir en casarse con ella, y doña Catalina, al fingirsele enamorada, no hacia mas que aceptar el marido menos malo que podia presentársele.

Blasco do Campo, por su parte, no hacia mas que servirse de doña Catalina, empeñarla en sus amores y prepararla para dar un golpe de gracia á sus proyectos: asi es que colocados aquellos dos bribones de distinto sexo en una situacion recíproca de doblez y astucia, consumados los dos en el arte del fingimiento, y agradándose mútuamente, en cuanto á lo material, no podia darse una conversacion mas enamorada, y al parecer, mas sincera que la suya.

—Me parece un sueño, Catalina de mis ojos, la decia el aventurero; que al fin dentro de muy poco tiempo, vas á ser mia, enteramente mia.

—Y qué, ¿acaso no lo soy ya? contestó doña Catalina lanzando sobre el portugués una mirada tal, que hizo á doña Guiomar palidecer de rabia.

—¡Oh! ¡sí! ¡somos el uno del otro, enmedio de un delicioso misterio! pero no basta eso, necesito que todo el mundo sepa que eres mi esposa.

—¡Tu esposa! sueño me parece tambien; ¿por qué en verdad para vencer tantas dificultades como se oponen á nuestro casamiento?...

—¡Dificultades! no encuentro ninguna.

—Todo el mundo sabe que soy querida del rey.

—Pero todo el mundo sabe que no le amas, porque todos saben que nadie ha amado á Enrique IV, ni aun la difunta doña Blanca de Navarra, que era una santa: por tu amor han conspirado cuantos caballeros hay en la corte, y ninguno le ha tenido; todo el mundo sabe que eres rica, que yo soy pobre... luego pudiendo escoger entre mil hidalgos por marido, escogiéndome á mí, me honras y me haces envidiable.

—No es esa la única dificultad, Blasco.

—¡Ah! ¿hay mas dificultades?

—Sí por cierto: hay en la córte una muger hermosísima, una muger muy codiciada, amiga del rey tambien, rica, mas rica que yo, y esa muger te ama, te ama, con toda su alma; comete por tí locuras, y tu, tu aun visitas á esa muger.

Alegróse el portugués de que hubiese llegado este punto, y suponiendo que ya les estarian escuchando en una puerta doña Guiomar y en otra el rey, con quien estaba en connivencia, dijo:

—¡Ah! ¡doña Guiomar de Silva! ¿teneis celos de ella? ¿de esa montaña de carne? ¿de esa muger repugnante? ¡hermosa doña Guiomar! los afeites la hacen parecer bella, pero no tiene, como tu, esa hermosura vírgen aun del soliman y del colorete, ni ese talle que nada debe al justillo: y sobre todo, no tiene tu corazon: es una ramera... te juro que jamás la he amado, y si he dejado que digan en la córte que es mi amante ha sido por orgullo.

Cuando una muger se adoba y embadurna, para ocultar los destrozos que el tiempo ó los desórdenes han hecho en su piel, se irrita cuando se ponen al descubierto sus faltas, y mucho mas cuan-

do esto sucede delante de una rival: pero cuando estos defectos son falsos; cuando la acusacion de ellos es una calumnia; cuando se ve tratada de tal modo una muger tan hermosa, tan jóven, tan brillante, tan irresistible, por decirlo asi, como doña Guiomar de Silva, es necesario conceder la razon á esta muger, si se irrita hasta un punto increible, si se abandona á la cólera y obra de una manera inconveniente.

Y esto fué lo que aconteció á doña Guiomar: ya antes de sentirse injuriada y maltratada, al oir palabras de amor entre Blasco y doña Guiomar habia dado un paso adelante para presentárseles y anonadarlos con su presencia: pero se habia contenido; mas cuando se sintió tratar de aquella manera infame por el único hombre que habia amado, que habia sido su seductor, que la habia arrancado su velo de inocencia y abiértola el camino de su vida de cortesana, á la que debia muchos dolores, su cólera, sus celos, todas sus enérgicas pasiones estallaron, y antes de que doña Catalina hubiera tenido tiempo de contestar á Blasco, abrió los tapices, adelantó, se arrojó furiosa sobre ellos, separó violentamente sus manos, y asiendo del portugués esclamó:

—Ven conmigo, Blasco, ven; quiero que sepa esa vanidosa que si tu la has dicho amores ha sido solo porque te conviene, no sé por qué, engañarla. Ven, y dejémosla con su rey don Enrique, que yo por mi parte se le dejo y se le cedo con las costas.

Hubo un momento de estupor fingido por parte de Blasco, verdadero por parte de doña Catalina.

Por un momento permaneció sentada mirando con ojos espantados á doña Guiomar; despues se levantó, pálida, letal, y avanzó hácia doña Guiomar, que, como prenda en cuestion, tenia tenazmente asido á Blasco.

La escena que siguió pueden suponerla nuestros lectores: fué una de aquellas escandalosas reyertas, de que hacia tanto tiempo estaba siendo teatro el alcázar de Madrid; una escena repugnante en que dos nobles y altas rameras se disputaban á un hombre, y en la que este mismo hombre hacia esfuerzos poderosos , desesperados, para que no viniesen á las manos; pronunciáronse allí palabras que no se encuentran en ningun diccionario, ni aun en el de los gitanos: hubo puñal en mano y muebles por el aire; cuanto podia esperarse, en fin, de dos mugeres que habian perdido enteramente el pudor, que hacia mucho tiempo que eran rivales, que se odiaban, y que disimulaban su odio.

En vano Blasco procuraba ponerlas en paz: los insultos, los improperios, las amenazas, las frases mas escandalosas, se sucedian sin interrupcion: y esto á grito herido, sin cuidarse de si eran ó no escuchadas: la cólera, el odio, los celos, la vanidad, habian inyectado en sangre aquellos ojos; habian puesto espumantes de rabia aquellas bocas, en fin, aquellas dos mugeres que podian contarse entre las mas hermosas de la córte de Castilla, donde abundaban las hermosuras, eran entonces dos bacantes, dos furias, dos harpías.

Pero faltaba el toque maestro del cuadro; la peripecia, la escena final, de aquella comedia, digna de rufianes, en que un rey de Castilla habia aceptado su papel y le habia ensayado; tocaba al rey la salida, y aunque trassudando y tragando saliva, como un actor que sabe que su papel es desairado, salió de repente á la escena por una puerta lateral, en el momento en que el escándalo subia de punto, y andaba su nombre harto mal parado, saliendo como un proyectil de la boca de aquellas dos mugeres.

—¡Ola! ¿qué es esto? dijo el rey adelantando hácia el centro de la cámara: no esperaba yo ciertamente encontrar esto tan animado. ¿Qué haceis vos aquí, señor Blasco? ¿y vos doña Guiomar? ¿es esto una conspiracion?

—¿Qué os importa lo que esto sea? dijo doña Guiomar arrojando fuego por los ojos, sobreescitada y ronca: hace mucho tiempo que veis, ois y callais; seguid haciendo lo mismo, y dejaos de lo que no os importa.

—¡Ah¡ ¿con que no me importa, traidora? ¿con que es decir que yo os he enriquecido, os he levantado, os he puesto en disposicion de haceros valer y decís que nada me importa? vosotras sois, no mis queridas, sino mis esclavas; á lo menos debiais serlo, porque os he dado y me habeis chupado mas de lo que valeis vosotras y ciento como vosotras. Pero no importa: esto era necesario que concluyese alguna vez y concluirá. ¡Ola! ¡alferez Bustamante! ¡alferez Bustamante! ¡entrad!

Al ver que el rey tomaba las cosas tan por lo serio, que llegaba hasta una prision; las dos cortesanas se aterraron y Blasco fingió aterrarse tambien.

El alferez Bustamante, que era un hidalgo como de cuarenta años, de semblante magro y apicarado, y que estaba en el item, como quien dice, entró en la cámara seguido de algunos ballesteros.

—¿Pero qué es esto, señor? esclamó doña Catalina, amansándose

ante aquel golpe de firmeza del rey, apoyado por la fuerza.

—Sí, sí; ¿qué es esto, señor? dijo con mas descaro doña Guiomar.

—Esto es, dijo el rey, que quiero premiar los buenos servicios que habeis hecho á su alteza la reina mi noble esposa. Esto es que cuando yo debo una gracia me apresuro á pagarla: esto es, en fin que os he hecho abadesas, mis buenas señoras.

Y el rey sacó de su escarcela dos pergaminos.

—¡Abadesas! ¡monjas! esclamaron doña Catalina y doña Guiomar, desconcertada la una, sin poder ocultar su alegría la otra.

—Sí, sí por cierto, mi buenas señoras, dijo el rey: su alteza la reina se retira de la córte, (por su gusto) para consagrarse al recogimiento de una vida contemplativa, en la que no necesita tanta servidumbre: justo es, pues, que no se os despida con las manos vacías. Vos, doña Guiomar, vais á partir ahora mismo al monasterio de San Gerónimo del Paso, en el que profesareis al momento, por dispensa de noviciado que espero del Papa: vos, doña Catalina, sereis asimismo abadesa del monasterio de Benitas de la villa de San Martin de Valdeiglesias: son dos hermosos y ricos señorios alodiales, con derecho de horca y cuchillo, de pendon y de caldera: sus dos viejas poseedoras acaban de morir y yo os hago merced de ellos. Alguna vez el rey irá á visitaros, mi buenas abadesas. Con que muy buenas noches. El señor alferez Bustamante, que está presente, lo tiene todo dispuesto de mi órden y partireis esta misma noche, para aprovechar el fresco de la mañana: seguidme, señor Blasco do Campo Riveyra, y vos, señor alferez Bustamante, cumplid mis órdenes.

Y el rey salió con Blasco, dejando asombradas á sus dos queridas.

—¿Estais ya satisfecho, señor portugués? dijo Enrique IV, entrando en su cámara.

—Estad seguro, señor, de que yo no soy mas que un enviado.

—Que de seguro teneis mucha parte en el negocio.

—¡Yo, señor!

—Sí ciertamente. Dicen en la corte que estais enamorado de doña Mencía.

—En caso de que fuese cierto, doña Mencía es viuda ..

—Sí, sí: ya sé que al pobre capitan de mi guarda morisca me le han quitado de enmedio. Si os casais con doña Mencía, y quereis ser capitan de mis moriscos... ¡bah! á qué es ofreceros nada: si os casais con doña Mencía sereis todo lo que querais ser, porque ella es aqui la omnipotencia: ya veis, no se ha contentado con disponer de mi co-

rona, con quitarme mis dos queridas, sino que hasta me ha quitado mi esposa que podia servirme de algun consuelo. Procurad, pues, ser marido de doña Mencía, pero os anuncio que teneis que vencer una gran dificultad.

—¿Cuál, señor?

—La dificultad consiste en que don Beltran de la Cueva es tambien viudo.

Y tras estas palabras el rey se entró en su cámara.

—¡Que don Beltran de la Cueva es tambien viudo! esclamó el portugués: eso ya lo sabia yo, señor rey; pero podrá suceder tambien que el señor duque de Alburquerque no sea ni casado ni viudo dentro de muy poco tiempo.

Tras estas palabras el portugués echó á andar las galerias adelante, salió del alcázar, montó á caballo, y poco despues salia de Madrid.

LXXIV.

Los Toros de Guisando.

Llámanse Toros de Guisando á cinco simulacros de piedra que aun existen hoy mutilados. Están situados en Castilla la Vieja, á igual distancia casi de Talavera, Segovia y Toledo, entre las villas de Cadalso y Cebreros.

Estos toros colosales, que algunos creen que deben representar elefantes, están del mismo modo en cuestion, en cuanto si son de origen fenicio ó romano; en la historia se les cree por toros y por romanos. Sea como fuere, en nuestros tiempos se les tiene por monumentos de honor, atendidas las inscripciones latinas que dicen tenian, y de las cuales solo queda una profundamente grabada en uno de estos simulacros.

La inscripcion dice así:

LONGINUS
PRISCO–CALA
ETIO–PATRI–FC (1)

Las inscripciones de los otros cuatro toros, si las tuvieron, están borradas, y no se puede dar crédito á la autenticidad de las que se les atribuyen. Sea como quiera, esto nada nos importa, puesto que no somos arquéologos, sino novelistas; y por lo tanto, sin distraer–

(1) Longino puso esta memoria á Prisco Calecio, su padre.

nos en cosas que no son de nuestro propósito, sigamos con nuestro asunto.

Era la salida del sol del dia 19 de setiembre de 1464.

En una ventana ogival de la cámara del prior del convento de San Gerónimo de Guisando, habia un hombre que se hacia todo ojos, mirando al cercano camino de Castilla.

Aquel hombre era el rey don Enrique IV.

Lo que el rey esperaba era ver asomar la comitiva de su hermana la infanta doña Isabel, con la que debia avistarse en la venta de la Tablada, que se veia al lado del camino frente al monasterio, en cuya venta debian arreglarse definitivamente los negocios de Castilla.

El rey estaba impaciente, y se volvia con frecuencia á los cortesanos que le rodeaban.

Eran estos Beltran de la Cueva, su suegro el duque del Infantado, marqués de Santillana, con don Diego Hurtado de Mendoza, el arzobispo don Pero Gonzalez de Mendoza, Juan Galindo, Juan de Tovar y otros muchos caballeros: acompañábale tambien su inseparable cronista Diego Enriquez del Castillo, que estaba echado junto á él cerca de la ventana, avizorando del mismo modo, y á la puerta de la cámara armado de todas armas, y con su dalmática de heraldo de los reinos de Castilla y de Leon, se veia al señor Avanguarda, que estaba ya bien entrado en años.

Los cortesanos y caballeros, reunidos en grupos, hablaban acaloradamente acá y allá en la estensa cámara: todos estaban ostentosamente engalanados: los caballeros con sus arneses y sus sobrevestas de córte; los prelados con sus hábitos morados; los pages con sus vestidos de sedilla y oro, y el rey con un sayo de camelote leonado franjeado de oro con forros de martas cibelinas, y con un estoque dorado al lado, su baston en la mano, su manto sobre los hombros y su corona en la cabeza.

La única persona, negra y oscura como la noche, en su trage, por decirlo asi, era el cronista Diego Enriquez del Castillo, á quien era dificilísimo sacar de su jubon raido, de sus calzas y de su lustrosa hopalanda.

En los claustros del monasterio habia algunos ballesteros y peones, y fuera, al pie de los muros, un escuadron de lanzas reales, mandados por Martin Dávila, que habia reemplazado en la guarda del rey al malogrado Hernando de Carrillo.

Pululaban ademas por las dependencias del monasterio los pages,

escuderos y palafreneros de los señores que acompañaban al rey y las caballerizas estaban llenas de caballos, acémilas y bagages.

El respetable prior, cuyo nombre no ha conservado la historia, pero que debia ser un escelente sugeto, segun vemos en unos apuntes, se esmeraba por complacer á sus novilísimos huéspedes, y andaba de acá para allá, atendiendo á todo, auxiliado de sus monjes que no reposaban un punto.

En la cocina, sobre anchas hornillas, causaban un estruendo chirriante y apetitoso, ricos fritos; se asaban cuartos de venado: hervian enormes tarteras; la despensa, en fin, del monasterio de San Gerónimo de Guisando, habia recibido uno de esos golpes de que no se reponia un monasterio en mucho tiempo, golpe que habia alcanzado tambien al corral y al vivero.

Por los preparativos, pues, se podia juzgar de que se preparaba un gran acontecimiento, y hacíalo sospechar mas la impaciencia marcada con que Enrique IV miraba al camino de Avila.

Al fin descubrióse en él una pequeña nube de polvo, y poco despues dos ginetes, pasando cerca de la inmediata villa de San Martin de Valdeiglesias, llegaron al repecho sobre que está situado el monasterio, echaron pie á tierra y entraron.

El rey supo por aquellos caballeros que su hermana la infanta doña Isabel se acercaba, é inmediatamente dió órdenes para salirla al encuentro. Púsose, pues, en movimiento toda su comitiva, salió con ella del monasterio, montó á caballo, montaron sus caballeros, y precedidos por trompeteros, timbaleros y maceros, y seguidos de lanzas y peones, salieron al encuentro de la infanta.

Pero apenas habian llegado á la venta de la Tablada, que estaba resguardada por un capitan y algunos ballesteros de don Juan Pacheco, cuando por el mismo camino que habian traido los mensageros, se vieron venir, envueltos en una inmensa nube de polvo, muchos mas que adelantaban á buen paso: al fin se dejaron ver distintamente los objetos: oyéronse las trompetas y los timbales de los que se acercaban, y poco despues llegaron delante de la venta y se formaron en batalla detrás de los toros de piedra, para dejar llegar la comitiva.

Venian primero á caballo don Juan Pacheco, marqués de Villena, y el arzobispo de Toledo, uno á cada lado de una hermosa litera, cuyas mulas llevaban del diestro, como palafreneros, dos hidalgos: venian despues otras tres literas mas sencillas flanqueadas asimismo por caballeros, y luego una cabalgata compuesta de pre-

lados y magnates, á los que seguian sus pages y sus escuderos: últimamente otra numerosa fuerza de ginetes y peones, fué á unirse con la que anteriormente se habia formado tras los toros, mezclada con la gente del rey.

Era, pues, indudable que no se trataba de una batalla, sino de un acto mas pacífico. Apenas paró la primera litera cuando el marqués de Villena y el arzobispo de Toledo echaron pié á tierrra: acercóse entonces el rey, que tambien habia desmontado, y seguido de Beltran de la Cueva y de los Mendozas, fué á la litera y la abrió por sí mismo.

Poco despues una hermosa jóven como de diez y siete años, de cabellos rubios, frente pura, ojos tranquilos y pensadores, vestida con riqueza, pero con severidad, salió de la litera y se arrojó en los brazos del rey, que la recibió en ellos y la besó conmovido en la frente: aquella jóven era la infanta doña Isabel, hermana del rey.

Una leve nube de tristeza, daba á su semblante una languidez encantadora: la cita á que acudia la recordaba la muerte de su hermano don Alonso, la esclusion de la Beltraneja y las desdichas de su patria.

Entró, llevada de la mano por el rey, en la venta, y seguida de Beltran de la Cueva, de don Juan Pacheco, del arzobispo de Toledo, de los Mendozas, del legado del papa don Antonio de Veneris, obispo de Leon, de los obispos de Burgos y de Coria, y de otra multitud de prelados y caballeros.

Entretanto un hombre fué á la segunda litera y la abrió: de ella salió una muger: aquel hombre era Blasco do Campo Riveyra: aquella muger doña Mencía de Padilla.

Dióla el brazo el portugués y entraron en la venta, al mismo tiempo que despues de haber abierto las otras dos literas se adelantaba en la misma direccion Diego el Desollador, llevando otras dos mugeres: era la una la Tomasa: la otra doña María de Castro.

Esta última mostraba en su semblante una espresion profundamente sombría y letal, y estaba rigorosamente vestida de luto: cuando entraron en el aposento que se habia destinado en la venta para las vistas del rey y de su hermana, al ver á don Juan Pacheco, el semblante de doña María se nublo de una manera horrible, y se estremeció toda: pero nadie en aquellos momentos reparó en la conmocion de la hermosa doña María, porque la atencion general estaba circunscripta á objetos de mayor interés.

El lugar en que las dos cortes se encontraban era una estensa

habitacion, cuyos techos, paredes y pavimentos, se habian ennoblecido con tapices y alfombras llevadas del cercano monasterio de San Gerónimo: al fondo se habia levantado un dosel real con dos sillas: delante del dosel habia una ancha mesa cubierta con un tapete blasonado con las armas reales, y sobre la mesa recado de escribir y algunos pergaminos.

Sentáronse en el dosel el rey y la infanta á su derecha; colocáronse á ambos lados del dosel los prelados, caballeros y damas; y esto hecho, el rey, desde su asiento, dijo:

—Tomad esta nuestra carta, señor secretario Martin Yañez, y leedla en alta voz para que de ella se enteren cuantos de mis vasallos están presentes.

Acercóse el secretario al dosel, dobló la rodilla en sus gradas, y tomando el pergamino enrrollado que el rey le daba, se levantó; y puesto de pie junto á las gradas, leyó lo siguiente.

«Don Enrique, por la gracia de Dios, rey de Castilla, de Leon, »de Asturias, de Galicia, de Sevilla, de Córdova, de Murcia, del Al»garve, de Vizcaya y de Molina, á todos los que las presentes »vieren y entendieren, sabed: por cuanto mis reinos, y por ellos »los Prelados y caballeros de mi corte y alcázar, me han suplicado »por el bien de la paz y por la concordia de mis reinos y señoríos, »quisiese mandar jurar por princesa y sucesora mia, á la señora »infanta doña Isabel, mi hermana, vengo en condescender con el »espresado deseo de dichos Prelados y caballeros, y declaro que »lo hago con entera, libre y contenta voluntad, porque la guerra »civil que aflige á estos reinos cese, y con ella los escándalos, »muertes y robos, y renazca la seguridad y el reposo de todos y »cada uno de mis vasallos. Por tanto, juro en manos del maestre »don Juan Pacheco, tener por hija y única y legítima sucesora en »mis reinos, despues de mis dias, á la dicha señora infanta doña »Isabel, mi hermana; y ruego y mando á los prelados y caballeros »aqui presentes, y á todos los demas de mis reinos, que la tengan, »juren y obedezcan por sucesora mia.»

Esta carta está fechada en el mismo dia, en el monasterio de San Gerónimo de Guisando.

Apenas leida esta carta el obispo don Antonio de Veneris, legado del papa, tomó la palabra y dijo:

—Señor rey, señora princesa, prelados y caballeros que la carta real habeis oido leer por este secretario; yo, en nombre de nuestro Santísimo Padre Paulo II, de quien soy legado en estos reinos, por

cuanto los juramentos y concordia que en esa real carta se otorgan y hacen, atienden á la paz y seguridad de los reinos de Castilla y Leon y escusan muchas muertes, robos y escándalos que de lo contrario se seguirian; yo, en virtud del poderio y autoridad que traigo del soberano Pontifice romano, relajo y doy por ningunos cualesquier juramentos, que antes de aquellos, por el mismo caso, hubiesen sido hechos, y solamente confirmo y apruebo, y tengo por buenos, los que aqui se hacen para jurar y obedecer á la infanta doña Isabel, que está presente, y para tenerla por princesa heredera y sucesora de estos reinos despues de los dias del señor rey.

Despues de esto adelantó don Juan Pacheco, y acercándose á la mesa, tomó un largo pergamino que sobre ella estaba, y leyó con voz clara, sonora y acentuada lo siguiente:

«Capitulaciones que se hacen entre el señor rey don Enrique »el IV de Castilla y de Leon, y la señora princesa doña Isabel, su »hermana, como su heredera en estos reinos.—Primeramente: el rey »concede olvido general, por todos los delitos de traicion y re- »rebeldía que se hayan hecho en estas guerras, y jura y promete no »castigar, ni procesar á nadie por ellos.—Item: La reina doña Jua- »na, muger del dicho señor rey don Enrique, cuya deshonestidad y »escesos son notorios, queda divorciada del señor rey don Enrique y »será enviada á Portugal á poder de su hermano el señor rey don »Alonso.—Item: se dará á la señora princesa doña Isabel el principado » de Asturias que han tenido por patrimonio hasta ahora los prínci- »pes herederos de estos reinos, con renta y acostamiento bastante »para sostener con decoro su estado.—Item: tendráse por heredera »única y esclusiva de estos reinos á la dicha señora princesa doña »Isabel.—Item: se convocarán las córtes del reino dentro del tér- »mino de cuarenta dias para que reconozcan el derecho de dicha se- »ñora princesa, y hagan leyes nuevas que aseguren la paz y la tran- »quilidad de estos reinos.— Y finalmente: no podrá obligarse á la »señora princesa doña Isabel á casarse contra su voluntad, ni dicha »señora princesa lo hará sin consentimiento del señor rey don En- »rique su hermano.»

Despues de esta lectura el marqués de Villena se volvió al dosel y dijo con voz solemne:

—Señor rey de Castilla y de Leon, ¿está vuestra alteza conforme con las capitulaciones que he tenido la honra de leer?

—Sí lo estoy.

—¿Jura vuestra alteza respetarlas, como si fuesen una ley he-

cha en córtes, con arreglo al fuero del reino?

—Sí juro.

Despues el marqués de Villena dirigió las mismas preguntas á la infanta doña Isabel, que respondió del mismo modo.

Acto contínuo el rey y la infanta se levantaron, fueron á la mesa, firmaron: refrendó las capitulaciones el secretario Martin Yañez; sellólas y testimoniólas el canciller arzobispo de Toledo; confirmáronlas los prelados y caballeros presentes, despues de lo cual, don Juan Pacheco tomó pleito-homenage al rey, y él y los demas prelados y caballeros juraron uno por uno al rey y á la princesa y les besaron las manos, cuyo acto, apenas concluido, el rey de armas Avanguarda, de órden del rey, mandó sonar por tres veces los clarines y los atabales, y á tiempo que el alférez mayor del rey, don Juan de Silva, conde de Cifuentes, ondeaba el estandarte real gritó lleno de gravedad con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Castilla! ¡Castilla! ¡Castilla por la señora princesa de Asturias doña Isabel!

Contestaron todos los atambores, trompetas y pífanos del ejército enmedio de aclamaciones frenéticas, soltáronse algunos tiros de lombarda en señal de alegría, y el acto quedó concluido; el memorable acto que hacia heredera de la corona de Castilla á la que fué despues la mas noble y grande de las reinas.

En seguida el rey con la nueva princesa de Asturias y toda su comitiva, se trasladaron á la villa de Cadalso, á donde se vieron obligados á llevar la comida que habian preparado en su monasterio los monges Gerónimos, temerosos de que no se echase á perder por falta de consumidores.

Todos estaban alegres, alegrísimos: se creia llegado el momento de que el sol de la paz, de la justicia y de la prosperidad luciese sobre Castilla.

Todos creian que el pleito-homenage rendido por el reino á doña Isabel, como á su princesa heredera, aseguraria un estado aceptable uniendo de una manera indisoluble á los bandos.

Pero aun quedaban gérmenes fecundos de desdichas, que se demostraron inmediatamente. El arzobispo de Toledo que habia creido que doña Isabel quedaria bajo su guarda y potestad, desde el momento en que vió que le habia sido arrebatada por el rey, sin disimular su enojo, en vez de seguir la corte á Cadalso, se retiró con los obispos de Búrgos y Coria, sus parciales, á la cercana villa de Cebreros.

Mas adelante veremos la influencia que tuvo en los asuntos públicos la disidencia del arzobispo de Toledo.

LXXV.

De lo que pasó en Castilla hasta el casamiento de don Fernando y doña Isabel.

No era solamente el arzobispo de Toledo el que habia salido disgustado de la junta de los Toros de Guisando, sino tambien toda la familia de los Mendozas, que abrazó abiertamente el partido de la reina doña Juana, á quien aconsejaron que interpusiese una apelacion enérgica por ante el Pontífice: ínterin esto se hacia, los Mendocinos fijaron un cartel secretamente por la noche en la casa que habitaba la infanta doña Isabel, en que se protestaba contra el acto en que se la habia jurado heredera de la corona, y se la hacian terribles amenazas.

Sin embargo, don Juan Pacheco no dió ningun valor á aquella protesta, pero sí mucho á lo que tras ella podia sobrevenir de la union de los prelados y caballeros que se habian puesto de parte de la reina: por lo tanto, todos sus esfuerzos se encaminaron á disipar aquel nublado, y sabiendo que el duque del Infantado, el obispo de Sigüenza, y sus hermanos, esto es, toda la familia de Mendoza con don Pedro de Velasco, conde de Haro, se habian retirado á Madrid, jurando restablecer los derechos de la infanta doña Juana la Beltraneja, que tenian en su poder, procuró verse con ellos y atraerlos á su amistad y partido. Logró que se concertase una entrevista en Villarejo, lugar de la órden de Santiago, donde concurrieron con él el arzobispo de Sevilla y el conde de Plasencia: de la otra parte acudieron don Pedro Gonzalez de Mendoza, obispo de Sigüenza y don Pedro de Velasco, conde de Haro: el resultado de esta entrevista, despues de largas discusiones, fué arreglar entrambos intereses del modo siguiente: que la infanta doña Isabel casase con el rey don Alonso de Portugal, y con el hijo heredero de este la infanta doña Juana, con la condicion de que si la infanta doña Isabel no tuviese hijo varon del rey de Portugal, y lo tuviese el hijo de este de la infanta doña Juana, que este hijo heredase entrambas coronas. Determinóse, ademas, para dar fuerza á estos tratados, que el rey de Castilla y su esposa fuesen á verse con el rey de Portugal.

Pero estas vistas no tuvieron efecto, porque temiendo la reina que si se efectuaban la dejarian en poder de su hermano, se negó á ir.

Habia, ademas, otra dificultad y de no pequeña monta: la infanta doña Isabel, enamorada desde hacia mucho tiempo del rey de Sicilia, príncipe de Aragon don Fernando, se negó enteramente hasta á escuchar consejos que fueran encaminados á su union con el rey de Portugal; y cuando la amenazaban decia: Dios, que me ha librado del maestre de Calatrava, me librará tambien del rey don Alonso.

En vista de esta negativa de la infanta, don Juan Pacheco, temeroso al poder del bando de la reina doña Juana, se alió secretamente con el rey, y siempre falto de fé, siempre ambicioso, le aconsejó que no cumpliese ninguno de los capitulos de los Toros de Guisando.

Por otra parte, el arzobispo de Toledo, ambicioso tambien, pero mas perspicaz que don Juan Pacheco, comprendió que era ya imposible oponerse á la marcha de los sucesos; vió que el matrimonio de doña Isabel con don Fernando era cosa inevitable, presintió el reinado de doña Isabel y se puso desembozadamente de su parte, arrastrando consigo á Beltran de la Cueva, que estaba cruelmente ofendido de la reina.

Nadie hubiera podido pensar, que don Beltran de la Cueva hubiera tomado partido por la princesa doña Isabel, contra una infanta que pasaba por su hija; pero esto mismo le decidió: Beltran de la Cueva era un caballero: mientras tuvo dudas de si la infanta era hija suya ó del rey, sostuvo los derechos de doña Juana; pero cuando no pudo tener duda acerca de las liviandades de la reina, su conciencia rechazó toda idea de proteccion hácia una advenediza, marcada ya con un signo de reprobacion por el mismo reino, cuya corona se pretendia poner sobre su cabeza.

Arrastraban de otra parte á don Beltran, y sin que él mismo lo conociese, las injurias que habia recibido de la reina y las intrigas de doña Mencía de Padilla, que habia logrado inflamar de una manera volcánica el corazon de Beltran de la Cueva, que siempre la habia amado.

En fin, apoderado don Juan Pacheco del rey, y don Alonso de Carrillo de la infanta y de Beltran de la Cueva, divididos mas que nunca los bandos, se faltó por una y otra parte á las capitulaciones de los Toros de Guisando: el rey no habló una sola palabra en las córtes acerca de su reconocimiento de la infanta doña Isabel como princesa heredera de Castilla; y doña Isabel, por su parte, acompañada de su madre, con la que habia ido á reunirse á Madrigal, empezó desembozadamente los últimos tratos para llevar á efecto su casamiento con don Fernando de Aragon.

Entretanto el rey marchó á Andalucía con un ejército llamado por el escándalo que daban los sangrientos bandos particulares sostenidos en Córdova y en Sevilla por el duque de Medinasidonia y el conde de Arcos.

En mal hora el marqués de Villena se separó tanto de lugares en que quedaban gentes poderosas interesadas en el casamiento de doña Isabel y don Fernando: nada se supo en algun tiempo, pero al fin el rey recibió un dia una carta en que don Fernando y doña Isabel le anunciaban su casamiento, hecho y consumado en Valladolid; le pedian perdon por haberle efectuado sin su consentimiento, y se venian á su vasallage.

Don Juan Pacheco se creyó presa de un sueño: en efecto, el casamiento se habia verificado con tanta diligencia y secreto, que no habia podido llegar á su noticia: el rey de Sicilia, don Fernando, acompañado del conde de Treviño, de su primo don Fadrique Henriquez y de otros caballeros, habia entrado disfrazado de mozo de mulas en Castilla y habia llegado á Valladolid, donde inmediatamente se habia hecho el casamiento.

El rey por toda venganza no contestó á la carta de los régios esposos, y don Juan Pacheco, juró vengarse de aquella mala pasada que le habian hecho á una, el arzobispo de Toledo, el de Sevilla, Beltran de la Cueva, doña Mencía y el condestable de Navarra, Mosen Pierres de Peralta.

Este casamiento solo dió por resultado en la corte del rey, el que dejados á medio componer los asuntos de Andalucía, se viniese á Madrid, donde permaneció á la vista de los acontecimientos, y buscando marido para su hija la infanta doña Juana.

LXXVI.

De como don Juan Pacheco encontró en mal hora el guante compañero del que en otro tiempo habia encontrado junto al cadáver de su hermano el maestre de Calatrava.

Hacia mucho tiempo, ó mejor dicho, hacia largos años que la suerte se mostraba aviesa y dura con don Juan Pachecho: siempre en rebeldías y malas artes, jamás habia logrado llegar á su objeto, que era mandar como favorito en Castilla, como mandaron en sus tiempos los condestables don Ruy Lopez Dávalos y don Alvaro de Luna.

Estaba, pues, de continuo el buen señor irritado y hosco, vién-

dose sujeto de piés y manos por gentes que en otro tiempo le habian ayudado y que entonces medraban á costa suya y en su contra: es verdad que gobernaba á su placer la casa del rey, pero la verdadera casa real no era entonces la de Enrique IV, sino la de don Fernando y doña Isabel, á cuyo alrededor se agrupaba la nobleza, presintiendo que muy pronto seria reina de Castilla.

El arzobispo de Toledo era un poder que ascendia: por el contrario, don Juan Pacheco era un planeta que se eclipsaba.

Aunque la situacion del marqués de Villena era una de esas situaciones en que debe suponerse la carencia de todo deseo que no sea el de adquirir la perdida posicion, era el buen marqués un hombre que no sabia olvidarse de sus vicios, ni pasar sin ellos.

A pesar de su situacion particular, repetimos, no habia podido olvidarse de la Tomasa, cuya enérgica hermosura escitaba sus sentidos; y que le habia dejado, como suele decirse, con tres palmos de narices, cuando no necesitó engañarle para servir á doña Mencía de Padilla. Don Juan, pues, con gran dolor de su ánima, se vió obligado á renunciar á la toledana, pero consolóle muy pronto cumplidamente otra muger, tan hermosa como la perdida, mas espiritual, mas dama, mejor educada, preferible por todos conceptos á ella.

Esta muger era doña María de Castro

Ansiosa esta de vengar la muerte del infante don Alonso, habia seguido á don Juan Pacheco, le habia asediado con sus miradas; le habia tendido, en fin, un lazo, y tan hechicero habia sido este lazo, que don Juan Pacheco, á pesar de haberse casado poco tiempo hacia con la hermosa y jóven condesa de Santisteban, hija del conde don Juan de Luna, y nieta del condestable don Alvaro de Luna, cayó en los amores de doña María de una manera descubierta y escandalosa.

Pero doña María hubiera preferido entregar su alma á Satanás á entregar su hermosura al asesino de su real amante: escitóle, pues, dióle esperanzas, le empeñó, y hé aquí la escena que pasó una noche, en una casa de la Caba Baja de San Miguel en Madrid, donde vivia recatadamente bajo la guarda de su tia doña Hermegunda, la hermosísima María.

Era una estancia severa, enteramente blanqueada: en el suelo se veia una estera de esparto: en las paredes cuadros de devocion con marcos negros: un velon de cobre sobre una mesa; junto á la mesa, sentada en un sillon de baqueta, una muger jóven, pálida, pero hermosísima, leyendo un libro místico.

Al otro lado de la mesa, una vieja, teniendo un larguísimo rosario en las manos, rezaba entre dientes.

La jóven era doña María de Castro; la vieja doña Hermegunda.

Entrambas estaban vestidas del mismo modo, con hábitos negros y tocas blancas, con la diferencia de que las tocas hacian mas hermosa á doña María y mas repugnante á la vieja.

Estuvieron por algun tiempo en silencio hasta que la vieja, dando de mano á su rezo, dijo á doña María:

—Pensando he estado mientras rezaba, hija, en que miras muy poco por lo que te conviene: no sé que piensas hacer: nuestras monedas se acaban, á pesar de que por escusar gastos pasamos muy mala vida: no tenemos un solo criado: debemos dos meses de alquileres, y ya el señor Tadeo nos ha amenazado con arrojarnos á la calle.

—¿Y qué quereis que yo haga? contestó tímidamente doña María.

—Ya que en otros buenos tiempos no has hecho lo que debias hazlo ahora.

—¿Y cuándo no he hecho lo que debia, madre?

—¿Cuándo? cuando tus amores con aquel malhadado infante. Muger que se enamora no vale para nada. El enamorarse es necesario dejarlo para las mugeres ricas, pero las que como tu no tienen mas caudal que su hermosura, no deben querer mas que á quien las paga, y las paga mejor. No te conozco, otra eres: en otro tiempo el hombre que se acercaba á tí quedaba desplumado y eras mas dura de corazon que una peña. Vuelve en tí, hija, y á tu oficio vuelve, ahora que eres jóven y hermosa; mira que la juventud y la hermosura pasan como la estacion de las flores, y que una vez pasada, no vuelve: es verdad que siempre se conoce la que fué rosa, pero nadie coje una rosa seca y deshojada. Abre los ojos, hija; piensa en la vejez, y atiende que si yo me veo asi, fué porque como tu me enamoré á ojos cerrados de quien gastó mi hermosura, sin gastar conmigo dos maravedises; mira que de escarmentada te hablo, y de avisada te aviso: con que asi manos á la enmienda, y déjate de lloriqueos, que no han de resucitar á don Alonso, y ten presente aquello de: el muerto al hoyo y el vivo al bollo, y no seamos tontas, que los males ellos mismos se vienen, y la muerte nos asalta cuando menos pensamos.

—¿Y qué quereis que yo haga?

—Qué, ¿no tienes ahí al señor marqués de Villena que bebe por tí los vientos, y tiene riquezas sobradas para hacerte rica sin quedarse pobre?

Pintóse una espresion tal de repugnancia en el rostro de María al escuchar el nombre del marques de Villena, que la vieja se apresuró á decir:

—En verdad, en verdad, que don Juan Pacheco...

—Es viejo...

—Sí, sí por cierto; pero...

—Es repugnante...

—Tiene oro...

—El oro...

—El oro, hija, hace hermoso al feo, jóven al viejo, discreto al simple... el oro...

—El oro es vil: el oro no hace mas que aumentar lo repugnante de un contrato de vicio entre una ramera y un viejo vicioso.

—¿Pues entonces á qué recibes al marqués y le enamoras?

—Me conviene...

—Y no tomas un cornado suyo.

—Asi me conviene.

—Pues no lo entiendo.

—Basta que lo entienda yo.

—Sí, sí; pero el casero y el panadero...

—Esta noche saldré de esta casa.

—¿Y á dónde vas?

—Os juro que tendremos dinero; por mejor decir, vos le tendreis, porque yo no le necesito.

—¡María, María! no te entiendo, hija.

—Pronto me entendereis; pasais por mi tia.

—Cierto que paso.

—Pues bien: esta noche os hablará el marqués...

—Me ha hablado ya tantas veces...

—¿Y vos qué le habeis contestado?

—Como no podia contar contigo, me he mantenido dura como una peña.

—Pues ablandaos esta noche, y ved el mejor partido que sacais; porque no me volvereis á ver.

—¡Cómo que no te volveré á ver!

—Como lo ois: pero creo que llaman á la puerta; bajad á abrir, y tenedlo presente: aprovechaos lo mejor que podais del marqués.

Habian efectivamente llamado á la puerta con alguna impaciencia.

La vieja bajó á abrir, y doña Maria, que habia llegado hasta la

escalera, la oyó hablar largo tiempo con gran interés y en voz baja con el marqués de Villena.

Al cabo de un largo espacio el marqués subió.

—Gracias á Dios que os encuentro sola, la dijo.

—Pedid á Dios, señor marqués, que no os arrepintais alguna vez de mi condescendencia.

—¿Con que consentís? dijo con una alegria infinita don Juan Pacheco, á quien estimulaba de una manera punzante la hermosura de doña María.

—He pensado mucho en vuestras últimas proposiciones, señor; contestó la jóven: he meditado que estoy sola en el mundo, y que vos podeis servirme de amparo.

—¿Y no ha tenido alguna parte en vuestra resolucion, no digo el amor, que bien sé que á mis años no puedo inspiraros, sino el cariño?

—Y el amor tambien, dijo ruborizándose por el repugnante papel á que se veia obligada doña María.

—No me engañeis, porque es muy doloroso á mi edad un desengaño.

—No, no miento, señor: os amo tanto, aprecio en tanto vuestra vida, que nadie podrá separarme de vos hasta que la muerte nos separe.

Don Juan Pacheco no podia comprender el doble sentido de las palabras de doña María, ni por qué aquellas palabras eran tan ardientes y apasionadas, como hijas de un sueño de venganza.

—Pues bien: ¿qué quereis de mi? dijo el marqués.

—Sacadme de esta casa donde yo pueda entregarme á vuestro amor sin testigos importunos que me sonrojen. Apartadme del mundo....

—Os apartaré... ¿pero estais resuelta de todo punto á seguirme?

—¡Oh, si señor! pero mi tia....

—Nada temais por vuestra tia.

—¡Ah! ¡no sabeis, señor!...

—Vuestra tia se hará ciega, sorda y muda... y sino probad....

—¿Pero quién os ha dicho?...

—El oro que de nada ha servido para vos ha servido de mucho para vuestra tia.

—¡Ah, señor! ¡cuántos sacrificios haceis por mí!

—Menos sin duda de los que mereceis: pero ya que los creeis

sacrificios, dadme una prueba de agradecimiento.

—¿Cuál?

—Seguidme ahora mismo.

—¡Ahora!

—Sí; recoged únicamente vuestras joyas: ropas no las habreis menester.

—¡Mis joyas, señor! hace mucho tiempo que las vendí para comer, y en cuanto á ropas, las tengo puestas todas.

—¡Cuánta desdicha! esclamó fingiéndose conmovido el marqués.

—Sin embargo, esas desdichas van á cesar, puesto que al fin sereis mio.

Y el acento de doña Maria era, como anteriormente, un encendido acento de venganza.

—Pues si tan feliz os creeis con mis amores, dijo el marqués engañándose de nuevo, y tan resuelta estais, tomad vuestro manto, señora, y seguidme.

Doña María tomó su manto, se rebozó en él, se asió del brazo del marqués, y poco despues salió de la casa.

. . . . . .

Ha cambiado enteramente la decoracion.

Estamos en una magnífica cámara: por todas partes se ven muebles dorados, ricas mesas, hermosos cuadros, bellas tapicerías: en el centro hay una mesa redonda, cubierta de un blanco mantel con servicio de plata: el marqués de Villena estimula la actividad de algunos criados, que traen y ponen sucesivamente sobre la mesa manjares y vinos. Al fin, terminado el servicio, el marqués despide á los criados, cierra las puertas de la cámara, va á otra mas pequeña, la abre, y entró en la cámara doña María rebozada aun en el manto.

—Perdonad, señora, la dijo, si os he hecho esperar algun tiempo: era necesario que los criados no pudiesen decir qué clase de amigos venian conmigo: ya sabeis soy casado.

—¡Ah! ¿me habeis traido á vuestra misma casa? dijo con sobresalto doña Maria.

—Transitoriamente: ¿y á qué mejor lugar pudiera haberos traido?

—Es decir, que estoy ahora bajo el mismo techo que vuestra esposa.

—¿Y qué os importa? ¿no sabiais ya que era casado?

—Nada me importa por mi parte, pero sí mucho por la vuestra, porque os amo, don Juan, y quisiera ahorraros disgustos domésticos...

—¡Oh! nada temais...

—Sí que temo... habeis cerrado las puertas de esta cámara, pero de seguro no habeis cerrado las de mas allá, de modo que puede llegar cualquiera, escitado por la curiosidad, mirar por el ojo de la llave...

—En mi casa nadie me espía, señora.

—Tened presente que estais recien casado.

—Voy á daros gusto porque os tranquiliceis únicamente: voy á cerrar, no solo una puerta, sino tres mas allá de las de esta cámara, y de esta manera podeis estar segura de que, por mucho que griteis, nadie oirá, ni aun el murmullo de vuestra voz.

Y don Juan Pacheco salió.

Doña María permaneció inmóvil por un momento: luego, cuando creyó que don Juan Pacheco no podia verla, sacó un pomo de oro de su seno, se acercó rápidamente á la mesa, miró dos jarros de plata que habia en ella, y en el que contenia el vino, vertió, fatal y terrible el contenido del pomo.

—A muerte ó á vida, esclamó: él mató al infante don Alonso por medio de un tósigo, y es necesario que muera del mismo modo.

Escuchábase entonces el ruido de una llave en una puerta que cerraba el marqués: doña María se quitó el manto y se sentó serena, y contenta en la apariencia, en un sillon al lado de la mesa.

Poco despues volvió el marqués y la contempló profundamente y de una manera ansiosa, durante algunos segundos.

—¡Oh! ¡qué hermosa estais, señora! la dijo: nunca os he visto asi; pareceis mas que una muger; nunca he sido mas feliz.

—Con poca felicidad os satisfaceis, señor: esclamó doña María.

—Cenemos, señora, cenemos: estamos enteramente en libertad, pero no os asusteis, dijo el marqués notando un movimiento de doña María: habeis logrado inspirarme respeto, y sois para mí una señora absoluta.

—¡Ah, señor marqués! dijo doña María doblegándose aun á la situacion: ¿cómo podré pagaros tanta bondad?

—Amándome: pero cenemos; bebamos.

Don Juan Pacheco contaba con los efectos del vino para hacer mas comunicativa á doña María, y llenó una ancha copa de plata, que presentó á la jóven. Esta ni palideció ni tembló, á pesar de que el vino que el marqués la presentaba era del mismo que habia emponzoñado.

—Nunca bebo mas que agua, señor marqués, dijo.

—Probadlo al menos: dijo el marqués de Villena mirando de una manera ambigua á doña María.

Esta sabia demasiado que el marqués era receloso y llevó la copa á sus labios, pero los apretó de tal modo, que ni una sola gota del licor emponzoñado entró en su boca.

Don Juan Pacheco, creyendo que doña María habia bebido se tranquilizó; la jóven se apresuró á limpiarse los labios, y don Juan Pacheco bebió una gran cantidad del vino envenenado, enteramente desvanecido su recelo.

El semblante de doña María se animó con una alegría infinita: la alegría de la venganza satisfecha.

El marqués se equivocó acerca de aquella alegría.

—Vamos, dijo para sí; esta es como todas, se hará la difícil para que se la pague mejor.

—Miserable asesino, murmuró para sí, y sin dejar de sonreir al marqués, doña María: ha sonado la hora de la venganza y vas á morir como murió entre mis brazos don Alonso; como murió, arrastrándose á mis piés, tu hermano el maestre de Calatrava.

Doña María se estremeció á aquel recuerdo: don Juan Pacheco notó aquel estremecimiento y la dijo:

—Verdaderamente sois una muger singular, doña María: luchais con vos misma, y vuestra virtud ¡diablo! vuestra virtud es una cosa que disuena en estos tiempos. ¿No veis que todos se esfuerzan por embellecer cuanto pueden su vida? ¿y qué manera mejor de embellecerla que con los placeres, con el lujo, con la opulencia? Si no fuese por esto, ¿cómo podríamos resistir esta vida de lucha, de sobresaltos?... ¿cómo pasar por las cosas del rey, por la lucha con Beltran de la Cueva, por el casamiento de la infanta doña Isabel, por ese maldito casamiento? vamos, señora, comamos, bebamos, regocijémonos, olvidémonos, aunque no sea mas que por un momento, de tanta miseria, de tanto trabajo como nos rodea: aprovechemos nuestro tiempo... ¿quién sabe si la muerte nos acecha escondida debajo de la mesa?

Era altamente dramático en aquella situacion el último pensamiento del marqués, que nunca menos que entonces temia la muerte.

Sirvió del mas esquisito de los manjares á doña María, sirvióse el mismo, llenó de nuevo la copa y la ofreció otra vez á doña María.

—Ya lo he probado una vez por daros gusto, señor marqués: pero, os lo repito, el vino me hace daño: dijo la jóven rechazando la copa.

—Basta; contestó el marqués: no quiero violentaros: beberé yo solo: y beberé mucho; os lo advierto para que no lo estrañeis: necesito en estos momentos olvidarme de todo: para olvidar lo eno-

joso, no hay nada como el vino. No quiero pensar en otra cosa que en vos: el vino provoca al amor.

Y envasó de un solo trago el contenido de la copa.

—¡Oh, y quién pudiera olvidar como vos, señor marqués! dijo doña María haciendo esfuerzos para comer del plato que la habia hecho don Juan Pacheco.

—¡Cómo! ¿vos tambien teneis dolores?

—Mi historia es muy triste.

—¡Vuestra historia! á fé á fé, yo creia que vuestra historia era muy sencilla.

—Vos sabeis que yo me he criado en un convento; ¿pero nada os ha dicho vuestro hermano el maestre de Calatrava, acerca de una niña y un convento?

—¡Cómo! esclamó el marqués: ¿acaso?..

—Vuestro hermano tuvo una hija de una pobre bailarina, que andaba por plazas y corrales.

—¡Es verdad! ¡es verdad!

—Vuestro hermano envió á aquella niña al convento de Santo Domingo el Real de Madrid.

—¿Y esa niña?..

—Esa niña, señor marqués de Villena, soy yo.

El marqués retiró de sus labios la copa que habia apurado por tercera vez.

—¡Que vos sois... mi sobrina!..esclamó con asombro.

—Sí; señor marqués.

—¡Pero las pruebas, las pruebas! ¿quién os ha dicho eso?..

Doña María observaba profundamente al marqués de Villena, en cuyos ojos empezaba á notarse la embriaguez.

—Las pruebas... ¡oh! las pruebas son horrorosas.

—¡Horrorosas! no os comprendo... ¡ah! sí, esclamó el marqués riendo de una manera un tanto insensata: mi hermano os solicitaba como os solicito yo... ¡ya se vé... sois tan hermosa!..

Y el marqués pretendió levantarse de su sillon, pero volvió á caer sobre él sin fuerzas.

—Es estraño, dijo, nunca me ha sucedido esto: siento la cabeza pesada y el corazon ardiente: decididamente señora... vos sois para mi algo mas que una muger.

—Sí, sí, dijo doña Maria viendo que el tósigo empezaba á causar efecto: yo soy para ti algo mas que una muger: soy un demonio vengador.

—¡Un demonio vengador! esclamó el marqués puesto sobre sí, en cuanto se lo permitia su estado, por el aspecto amenazador, terrible, vengativo, de María que se habia levantado y rodeando la mesa se acercaba á él: ¡vos mi demonio vengador! ¿y de quién teneis que vengaros? ¡ah! ¡me habeis envenenado! lo conozco... arde mi cabeza, me ahogo...

En efecto, la voz del marqués se apagaba; queria levantarse del sillon y no podia.

Doña María sacó entonces un pequeño guante blanco de su seno y le mostró al marqués.

—¿Conoces esto? le dijo: es el guante compañero de otro que me dejé olvidado en la cámara donde murió tu hermano, tu hermano que era mi padre.

—¡Tu padre!

—Sí; infame, sí; ¿no es verdad que es horroroso que una hija haya asesinado á su padre?

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! esclamó retorciéndose en su sillon el marqués.

—Y tu fuiste la causa de ese crimen: yo amaba al infante don Alonso: y yo sabia que si el maestre de Calatrava se casaba con la infanta doña Isabel, tras aquel casamiento seguiria la muerte del pobre niño, quise evitarlo y maté al maestre...

—¡Justicia de Dios! esclamó el marqués.

—¡Oh! sí ¡justicia de Dios! y en medio de aquella terrible aventura supe, sin poderlo dudar por las revelaciones del maestre que me contaba su historia, que él era el hombre que me habia espuesto pequeñita en la porteria del convento de Santo Domingo el Real... ¡saber que aquel hombre era mi padre, y no poder salvarle!.. porque el tósigo que le corroia las entrañas, era mortal como el que ahora corroe las tuyas...

—¡Ah! esclamó el marqués: ¡socorro! ¡socorro! ¡al asesino! á mí: ¡socorro!

Pero sus gritos eran opacos y se perdian en su garganta, de tal modo, que no podia oirlos su servidumbre.

—¡La muerte, la muerte para tí, infame asesino! tambien el infeliz infante don Alonso, se revolvia entre mis brazos antes de morir y pedia socorro, y su voz se ahogaba como la tuya, ¡y le asesinaste tu, infame!.. pero yo juré vengar su muerte, y la vengo! te quedan pocos momentos de vida... pero lo bastante para que apures la agonía.

Lo que despues sucedió allí fué horroroso: una de esas escenas lúgubres que la pluma se resiste á describir: una muerte por tósigo, una agonía lenta, horrible: una venganza cruel que se satisfacia: una muger jóven y hermosa convertida en verdugo, llorando unas veces con una alegria insensata, otras con una desesperacion profunda.

Aquella agonía duró mucho tiempo: la terrible jóven la apuró entera; cuando ya, muy avanzada la noche, no quedó del marqués de Villena otra cosa que un cadáver repugnante, doña María se inclinó sobre él, y esclamó:

—Me he vengado, miserable asesino: has muerto como murió él: ahora solo me resta morir, porque mi venganza no puede devolverme al infante don Alonso.

Dichas estas palabras, abrió la escarcela del marqués, sacó de ella una llave, tomó una de las bugías que estaban sobre la mesa, abrió una tras otra algunas puertas, bajó unas escaleras, llegó á un postigo, apagó la luz, abrió con la llave que habia quitado al cadáver, y envolviéndose en su manto salió dejando el postigo abierto.

Empezaba á amanecer: doña María, abrasada la cabeza por la fiebre, atravesó las desiertas calles de la villa y llegó al convento de Santo Domingo el Real, llamó y pidió ver á la abadesa.

Las puertas del claustro se abrieron de nuevo para ella, y túvose entre las monjas por milagro de Dios que la oveja descarriada hubiese vuelto al rebaño.

Es verdad que las monjas se engañaban, puesto que lo que habia llevado á doña María al reposo del claustro no era el arrepentimiento, sino la desesperacion.

Al dia siguiente encontróse al marqués muerto: junto al maestre de Calatrava se habia encontrado un guante de muger: junto á don Juan Pacheco se encontró otro. Pero nadie supo quien habia sido aquella muger, nadie mas que el autor de la crónica, de donde sacamos nuestros apuntes.

LXXVII.

De como los frutos de la venganza son siempre amargos.

Han pasado algunos meses: estamos en Ubeda, patria de Beltran de la Cueva, y en una magnífica casa, situada junto á la puerta de Santa Lucía, en una ancha plaza, que en otro tiempo tuvo el título de vergel del Galgo Cojo.

Aquella casa parecia no contar muchos años de construccion, y asi era la verdad: cuando Beltran de la Cueva creció en el poder del rey, y llegó á ser duque de Alburquerque y maestre de Santiago, aquella casa se habia levantado sobre las ruinas de otra antiquísima y destartalada, á la que no podia darse buenamente otro nombre que el de barraca.

Sea como quiera, el zaguan de aquella casa estaba lleno de una espléndida servidumbre, sus caballerizas de caballos, y en cuanto á sus cámaras, decíase que eran un tanto mas ricas y lujosas que las de los alcázares del señor rey.

En aquella casa vivia don Beltran de la Cueva.

Otro sí; en una plazuela llamada del marqués, á causa de existir en ella la casa del marqués de Santillana, y en la tal casa, vivia una muger, á la cual iba á visitar cuotidianamente, y mas bien de noche que de dia, el señor duque de Alburquerque.

Aquella Jama era doña Mencía de Padilla, viuda del buen caballero Hernando de Carrillo, y esposa prometida y enamorada, segun el decir de las gentes, del señor duque de Alburquerque.

Los que la habian conocido en otro tiempo admirábanse de que su hermosura se conservase tal y tan maravillosa á pesar de los años, porque es de advertir, que en 1474, época en que marcha nuestra accion, doña Mencia de Padilla contaba ya cuarenta años.

Pero era una de estas dueñas cuarteronas, como se decia entonces, en las cuales se conserva la hermosura enérgica, poderosa, ardiente, en las que no se conoce la edad, sino por lo grave y esperimentado de la mirada, por cierta indolencia de formas, si se nos permite esta frase, y por alguna indiscreta cana, que apenas nace desaparece arrancada por una mano cuidadosa.

Doña Mencía conservaba la riqueza de los cabellos, lo turgente y mórvido de las formas, lo aéreo del talle, lo brillante de los ojos, los labios frescos y rojos, y su admirable cuello de cisne: doña Mencía era una maravilla: una de esas mugeres que parece han nacido para no ser nunca viejas, y que en su edad madura, tienen mas encantos, mas bellezas, que algunas hermosas adolescentes.

Notábase solo en la mirada de doña Mencía, cierta sombra opaca, cierto vapor de disgusto; como si dijéramos, de remordimiento: de ordinario estaba pensativa: sus negrísimos ojos se fijaban como en un objeto colocado fuera de la vida, de la inmensidad: algunas veces se estremecia como á la presencia de un fantasma, vacilaba su mirada, y se pasaba las manos por la frente co-

mo pretendiendo arrancarse de ella una pesadilla.

Entre su servidumbre vivian dos personas que nos son muy conocidas.

Diego el Desollador, que en calidad de amigo adjunto, administraba sus bienes, quedándose para sí, por via de comision, como diriamos hoy, con las dos terceras partes, y doña Tomasa de Luque, la magnífica toledana, que habia dado un noble y robusto heredero á Diego, y á quien la maternidad, regenerándola, habia dado un aspecto decente y noble que la hacia parecer mas hermosa.

Pero como las primeras semillas se estirpan difícilmente del alma, acontecia que el antiguo bandido y la antigua ramera, aunque educados, y casi casi regenerados, eran en el fondo, y tal vez sin que ellos mismos lo conociesen, dos insignes bribones.

Esto no impedia el que habiendo muerto casi todos los que conocian su pasado, y estando ausentes los pocos que le conocian, Diego y Tomasa fuesen tenidos por un honrado caballero y una noble dama.

Pavoneábase Diego orgulloso y contento, por haber dejado su descarada vida de pícaro á trueque de una vida decente de pícaro encubierto, y la Tomasa desesperaba con rigores y crueldades á mas de un noble mancebo de Ubeda, no porqué la Tomasa fuese en el fondo honrada, sino porque estaba enamorada de Diego, que la hacia sentir de contínuo disgustos y celos, enamorando con un éxito sorprendente á las doncellas de doña Mencía.

Beltran de la Cueva trataba con cierta distincion á Diego, y aun le admitia con frecuencia á su mesa: llegó, en fin, un dia en que las entrevistas del noble duque y del ennoblecido bandido se hicieron mas frecuentes, y susurróse, no sabemos con cuánto fundamento, que el señor Diego Perez, administrador y representante de doña Mencía de Padilla, andaba como intermediario en los tratos de casamiento de aquella señora con don Beltran de la Cueva.

Nada tenia esto de estraño, puesto que viuda era doña Mencía, y viudo tambien Beltran de la Cueva.

Un dia que Diego se encaminaba á casa de este último, viniendo de casa de la primera, acompañado de un escribano alto, seco y grave, vió que por la puerta de Santa Lucía, ginete en un poderoso cuartago, venia un caballero acompañado de dos lacayos.

—¡Diablo! dijo para sí; aquel hombre es Blasco.

Y le salió al encuentro.

En efecto, aquel hombre era el señor Blasco do Campo Riveyra.

—Bien venido seas, amigo mio, dijo el bandido: no parece sino que te llaman con bocina; á buena ocasion vienes, y tanto, como que podrás comer del pan de la boda.

Y el bandido miraba de cierta manera fisgona á su antiguo capitan.

—¡Cómo! dijo este: ¿pues quién se casa?

—¿Quién se ha de casar sino nuestra comun amiga la señora doña Mencía?

Púsose notablemente pálido y hosco el portugués al oir esta noticia, pero dominándose instantáneamente dijo:

—¿Y con quién se casa esa hermosa señora?

—¿Con quién ha de ser sino con el señor duque de Alburquerque?

—¡Ah! ¡el señor duque está en Ubeda!

—Sí, por cierto: en su casa solar, á la cual me encamino con este honrado escribano, á fin de que su señoria firme ciertos autos acerca del matrimonio.

—Pues en ese caso, Diego, dijo Blasco, vé á tu negocio: ¿vives sin duda con doña Mencía?

—Sí, pardiez.

—¿Luego doña Mencía está en Ubeda?

—Sí.

Apretó el portugués las espuelas á su caballo, entró por la calle Real, rodeó algunas callejas, y fué á dar en la plazuela del marqués.

Echó pie á tierrra, arrojó las bridas del caballo á sus criados y llamó á la puerta de la casa donde habitaba doña Mencia.

Poco despues entraba en la cámara donde esta se hallaba.

Miróle con ansiedad doña Mencía.

—¿Cómo habeis dejado á la reina? le preguntó.

—Loca en el convento de San Francisco el Grande de Madrid, contestó Blasco.

Quedóse doña Mencía profundamente pensativa: estaba tan hermosa en su abstraccion, que Blasco que, como saben nuestros lectores, estaba profundamente enamorado de ella, no pudo contener un suspiro de dolor.

—Y vos, amigo mio, dijo ella que comprendió que debia ser cortés con aquellos que la servian de instrumento y preguntarles al menos por la salud.

—Yo estoy loco, tambien señora, dijo el portugués.

Nublóse la hermosa frente de doña Mencía y dijo con frialdad.

—Si estais loco, os compadezco.

—Es que vos sois la causa de mi locura, señora; insistió el portugués.

—¡Yo!

—Sí, vos: ¿no sabeis que os amo?

—¿Os he dado alguna vez esperanzas?

—No; pero habeis alentado mi amor, con esos mil medios que tiene á su alcance toda muger para enloquecer á un enamorado.

—Vos habeis visto lo que habeis querido, Blasco.

—Yo he visto que habeis usado de mi para deshonrar mas de lo que estaba á la reina: para hacerla imposible para don Beltran.... con quien os vais á casar; me habeis hecho vuestro instrumento.

—En ese caso he pagado espléndidamente vuestros servicios.

—¿Y qué significa el oro, cuando se ama como yo os amo? si yo he aceptado dinero vuestro, era porque para serviros necesito presentarme como un caballero... pero lo que yo he ansiado ha sido vuestra posesion, señora... me enamorais como jamás me ha enamorado ninguna muger: por vos he sacrificado á la reina, á doña Guiomar de Silva, á doña Catalina de Sandoval: por vos, por vuestro amor, me he parado en el camino de mi ambicion, lo he olvidado todo... solo he pensado en vos... ¿y os casais con otro?

—Blasco, dijo doña Mencía con acento dulce: tuviérais razon si yo eligiese para mi marido uno de los muchos que solicitan desde mi viudez mi mano; pero tratándose del duque de Alburquerque...

—¿Y qué me importa que sea el duque ó nó, si al fin os pierdo?

—Creo no haberos autorizado para tanto.

—Pero no os perderé: sereis mia, ¡vive Dios, mal que os pese!

—¡Cómo!

—Y cuando os digo que sereis mia, quiero decir que tendreis que consolaros ó desesperaros con el recuerdo de vuestros pasados amores con don Beltran, porque no os casareis con él: yo os lo afirmo.

—¡Que no me casaré! ¿y quién sois vos para impedirlo? ¿sabeis que se han puesto delante de mi estorbándome mi amor obstáculos mas poderosos, y los he roto lo mismo que rompo este ventalle?

Y doña Mencía en su cólera hizo pedazos contra el brazo de su sillon el rico abanico que tenia en la mano.

—En buen hora: dijo Blasco do Campo Riveyra; pero os anuncio que no me rompereis con la misma facilidad, señora.

Y diciendo esto, salió colérico, celoso, rugiente, bajó á saltos las

escaleras, montó á caballo, se encaminó á un meson, y se encerró en un aposento con su maleta.

Entretanto doña Mencía que sabia que no debian despreciarse las amenazas de un hombre tal como Blasco, llamó á uno de sus escuderos.

—¡Ferran! le dijo; vé á buscar en el momento á casa del duque al señor Diego Perez y dile que venga.

Ferran partió: doña Mencía quedó paseándose impaciente por la cámara.

Ferran tardaba en volver; el dia declinaba y entraba la noche á buen andar.

Al fin Ferran volvió y con él Diego.

—¿Habeis visto al duque? le preguntó con ansia doña Mencia.

—De allí vengo; y no hubiera vuelto tan pronto, si vos no me hubierais llamado.

Palideció doña Mencía.

—¡Qué! ¿ha puesto pretesto don Beltran para no firmar las escrituras?

—Por el contrario, señora: las firmó al momento. Pero el señor duque estaba tan complaciente conmigo, que de buena gana hubiera permanecido algun tiempo mas á su lado.

—¿Y las escrituras?

—Aqui estan, dijo Diego, sacando del pecho unos papeles y entregándolos á doña Mencía, que los examinó con ansia.

—¡Ah! esclamó respirando, como aquel á quien alivian de un gran peso: ¿con que todo está dispuesto, y mañana?...

—Mañana á las diez, despues de la misa mayor, os casareis con el duque de Alburquerque en la Colegiata.

—Escuchad, dijo doña Mencía; estoy satisfecha de vos; pero necesito que me hagais un último servicio.

—¿Cual, señora?

—Hay en Ubeda un hombre que me estorba.

—¿Y qué hombre es ese?

—Le conoceis mucho y es vuestro amigo... ó podrá serlo.

—Muchas cosas parecen que no son. ¿Cómo se llama ese hombre?

—Blasco do Campo Riveyra.

—¡Ah! ¿el capitan portugués! ¿y os estorba ese hombre?

—Mucho. ¿Teneis inconveniente en librarme de él?

—Ninguno, señora: en efecto, hay cosas que parecen lo que no son: por egemplo, yo parezco muy amigo de Blasco, y sin embargo

deseo tener con él ciertas esplicaciones que no he tenido hasta ahora, porque creia que vos os serviais de él y le apreciabais.

—Sí, sí; pero ese hombre ha llegado á hacérseme molesto. Haced porque yo no le vuelva á ver mas.

—En ese caso dadme licencia para que me dedique desde el momento á vuestro encargo.

—¿Sabeis dónde para ese hombre? Acaba de venir.

—Sé donde está ahora mismo: como que cuando yo salia de la cámara del duque entraba él.

—¡Ah! esclamó doña Mencía: id, volad, sacadle de allí con cualquier pretesto... ese hombre...

—Pero...

—Ni una palabra mas: id, sacadle y... ya sabeis... concluid de una vez... yo respondo de todo.

Y empujó hácia la puerta á Diego que salió.

—¿Qué diablos habrá hecho mi amigo Blasco á doña Mencía? decia para sus adentros el bandido bajando las escaleras... ello es que Blasco la enamoraba... y... la reina por otra parte... Blasco ha deshonrado cuanto ha podido á la reina... Beltran de la Cueva la ha amado, y acaso la ama todavia: doña Mencía ama á don Beltran... este es un enredo, un enredo de los diablos; pero á pesar de su enmarañamiento veo claro, muy claro... el señor Blasco, sabe sin duda que doña Mencía va á casarse con el duque... esto no le conviene... acaso tiene medios para evitar ese casamiento, y doña Mencía quiere quitarse de encima ese peligro: pues bien, quitémossele. Aun no he podido olvidarme de que el señor Blasco me robó mi gente de armas en Segovia y se apoderó con ella de la reina: pues bien, entre dos hombres que se deben algo, tarde ó temprano llega la hora de ajustar cuentas. Ajustémoslas con el señor Blasco, pero con prudencia.

Y meditabundo, y escogitando el mejor medio para tender á Blasco de una estocada, porque sabia que el portugués era diestro y valiente, se encaminó al vergel del Galgo Cojo, y se puso en lugar desde donde podia ver al que entrase y saliese de casa de Beltran de la Cueva, sin dejarse ver él mismo.

Era la noche oscura, y por lo mismo le fué fácil el no ser observado, esperó algun tiempo, y la espera se prolongó hasta hacer perder la paciencia á Diego.

Retrocedamos ahora al punto en que Blasco entró en la cámara de Beltran de la Cueva.

Este tenia en la mano una carta abierta en que se veian muy po-

cas frases: aquella carta decia únicamente:

—«Si quereis tener noticias ciertas de su alteza la reina, y saber cosas que os importan mucho, dadme audiencia en el momento, señor duque.—Blasco do Campo Riveyra.»

Beltran de la Cueva recibió esta carta cuando estaba allí Diego el Desollador.

Apenas salió este cuando por órden del duque entró Blasco.

El portugués estaba pálido, desencajado, trémulo y necesitó hacer un gran esfuerzo para disimular el ódio que sentia hácia el hombre que era amado con tal frenesí por una muger que él amaba como no habia amado á ninguna.

—¿Habeis escrito esta carta, caballero? le dijo Beltran de la Cueva.

—Sí señor; contestó Blasco.

—Decís en ella que teneis que hablarme acerca de la reina. ¿Qué órdenes os ha dado para mi su alteza?

—La reina, señor duque, no os prescribe órdenes; la reina os suplica.

—¡Que me suplica la reina!

—Sí por cierto, señor duque; la reina os suplica que tengais compasion de ella.

Evidentemente esta conversacion contrariaba á Beltran de la Cueva: guardó durante algunos minutos silencio, y luego dijo con dificultad y casi con vergüenza:

—Entre la reina y yo, caballero, no existen mas vínculos que los de señora y vasallo: y eso hasta cierto punto, hasta donde me lo consientan los empeños que he contraido

—La reina muere, si no os compadeceis de ella, señor duque.

—¿Qué estais diciendo? esclamó con mal fingida estrañeza Beltran.

—Dejemos á un lado la reserva : su alteza sabe que vais á casaros con doña Mencía

—Debeis comprender que esto es un asunto enfadoso, caballero, dijo de mal talante el duque.

—Lo comprendo perfectamente, don Beltran: contestó con grande aplomo el portugués: pero he prometido á su alteza llevarla la vida, y no volveré sin ella.

—En una palabra: ¿qué quiere la reina?

—Quiere que deshagais los conciertos de matrimonio que teneis hechos con doña Mencía.

—Eso es imposible: decid á su alteza que no la creo con derecho á mandarme que no me case con doña Mencía: el corazon me

lo pide, la conciencia me lo aconseja, y mañana será mi esposa doña Mencía.

—No lo será, dijo el portugués sonriendo de una manera tal, que heló la sangre á Beltran de la Cueva.

Aquella sonrisa era acerada, llena de seguridad y de sarcasmo.

El duque se levantó: Blasco se levantó tambien.

—Paréceme, caballero, que habeis dicho que doña Mencía de Padilla no será mi esposa. ¿Con qué autorizacion os habeis permitido ese insolente dicho?

—Recojo para mas adelante la palabra insolente, y voy á deciros con qué autorizacion he dicho que no os casareis con doña Mencía. Para ello cuento con vuestro propio corazon.

—¿Con mi corazon?

—Sí por cierto; porque vos nunca, os conozco bien, sereis cómplice de una infamia.

—¿A qué infamias os referís?

—A infamias cometidas con la reina.

—¿Y quién ha cometido infamias con su alteza? dijo Beltran de la Cueva lívido de cólera, porque creyó que aquella acusacion se dirigía á él.

—No habeis sido vos, dijo el portugués.

—¿Pues quién ha sido?

—Doña Mencía.

—Mentís.

—Uno este segundo insulto al primero que me habeis hecho, y para convenceros de que no miento, os suplico que leais una por una estas cartas.

Y sacando de su coleto un paquete de cartas atadas con un cordon, las presentó al duque.

—¿Y qué cartas son estas?

—Son cartas que doña Mencía me ha escrito en varias ocasiones: particularmente, cuando estaba en Alhaejos guardando á su alteza, bajo las órdenes del arzobispo de Sevilla.

—¡Que os ha escrito doña Mencía! esclamó atónito don Beltran.

—Vos debeis conocer la letra de esa señora; abrid cualquiera de esas cartas y os convencereis.

Beltran de la Cueva abrió una de aquellas cartas y al ver su escritura se inmutó.

—En efecto, dijo dominándose: esta carta está escrita por doña Mencía.

—Como las otras.

—Y bien; ¿qué tengo yo que ver con esto? dijo el duque devolviendo las cartas á Blasco.

—Leedlas, don Beltran, leedlas; dijo el portugués, y os convencereis de que doña Mencía ha cometido infamias contra la reina y que esta tiene sobrada razon y derecho para suplicaros que no os caseis con doña Mencia.

Beltran de la Cueva se sentó y leyó una tras otra las cartas: eran terribles: en ellas se veia claro que Blasco do Campo Riveyra estaba al servicio de doña Mencía al lado de la reina para deshonrarla, para prevalerse de su debilidad y de su aislamiento: Beltran de la Cueva leyó con un profundo horror consejos dignos de Maquiabelo; vió, que vacilando Blasco, se le estimulaba, se le pagaba, se le decian amores, se le daban esperanzas: descubrió, en fin, una de esas horribles y miserables intrigas femeniles, que darian hastio y disgusto al mismo espíritu del mal: vió en aquellas cartas el corazon de la reina despedazado, ensangrentado, y á doña Mencia cebándose en él; y al ver todo esto, la compasion, la misericordia, que siempre son compañeras del amor, renacieron en su corazon para la reina, al mismo tiempo que doña Mencía se presentaba á sus ojos con el mismo aspecto de un fantasma implacable, vengativo, cruel: leyó y releyó una y cien veces aquellas cartas con un profundo placer de parte de Blasco, que presenciaba la lucha sorda á que se hallaba entregado don Beltran; y cuando ya no pudo dudar, cuando vió manifiestamente comprobadas las asechanzas, las infamias de doña Mencia contra la reina, se volvió letal, terrible, á Blasco y le dijo:

—La mitad de estas infamias, de estos crímenes, son vuestros, le dijo.

—No lo niego, contestó con un descaro irritante Blasco: he cometido esas infamias porque tenia un gran interés en cometerlas, en poseer á la reina, ya lo sabeis: es muy hermosa: una dama muy apetecible: en segundo lugar doña Mencía es mas hermosa que ella, tiene un alma como á mí me gusta que tengan el alma las mugeres, y la amo.

—¡Que la amais!

—¿Pues por qué sinó, me hubiera yo prestado á servirla de instrumento? desengañaos, señor duque, nadie hace una cosa sino porque le interesa.

—Yo creo que estais desesperado: dijo con acento de amenaza Beltran de la Cueva.

—Tan desesperado estoy que he venido á provocaros.

—Pues bien, señor Blasco do Campo Riveyra, dijo Beltran de la Cueva; mañana me caso. Despues de casarme os mato.

—En buen hora. Y... ¿dónde nos veremos?

—Esperadme mañana á las once fuera de la Puerta de Santa Lucía á pie y sin mas armas que una daga y una espada.

—¿Y no me devolveis las cartas?

—Mañana os las devolveré.

—Pues hasta mañana, señor duque.

—Hasta mañana, caballero.

Dicho esto, el señor Blasco do Campo Riveyra salió, y Beltran de la Cueva tomando una capa, una gorra y una espada, abrió una puerta de servicio, bajó una escalera escusada, abrió con llave un postigo, salió, cerró, atravesó el vergel del Galgo Cojo y se encaminó á la casa de doña Mencía.

LXXVIII.

De cómo se vieron por última vez Blasco y Diego.

Blasco do Campo Riveyra, salió de casa de Beltran de la Cueva, dominado por una impresion dolorosa, fria, aguda: una de esas impresiones que no podemos arrojar de nosotros, que nos dominan, que nos torturan, que nos despedazan el corazon y nos inflaman la cabeza con un fuego sombrío: se vengaba, es verdad, del desden de doña Mencía; pero esa venganza era una de esas venganzas desesperadas que se vuelven contra el mismo que las ejecuta, como sucede siempre que, desesperados, hacemos daño á la persona que amamos, rompemos violentamente con ella y hacemos imposible todo avenimiento, toda composicion.

—No se casará, decia: Beltran de la Cueva la rechazará, la tratará severamente, la hará infeliz, me vengará, en fin, de una manera cruel de el escarnio, del uso odioso que esa muger ha hecho de mi amor: ¿pero por eso seré yo feliz? ¿podré olvidarla? ¿podré lograr al menos que me sea indiferente? No. Mi venganza cae sobre mi mismo. Acaso... si hubiera tenido mas calma... si la hubiera dejado casarse con ese hombre... tal vez mañana... no, no: doña Mencía le adora: Beltran de la Cueva es su vida, sin él no puede vivir... pues bien, que muera ó enloquezca ¿qué me importa? ¿no estoy desesperado? mañana... ¡oh!... mañana acabaré de vengarme, porque mañana

mataré á Beltran de la Cueva... sí, le mataré... le ódio lo bastante para que mi ódio solo no pueda matarle.

Blasco do Campo Riveyra contaba con el dia siguiente, sin conocer hasta dónde llegaban la perspicacia y la firmeza de doña Mencía.

Distraido iba en estos pensamientos cuando de repente se le puso delante un bulto y le acometió de una manera tan ruda y tan imprevista, que por muy pronto que saltó atrás, no pudo evitar una estocada que le tocó en un hombro.

El ataque no podia ser mas traidor, mas silencioso, ni mas decidido; sin embargo, la herida habia sido leve, el portugués era agil y valiente y en un momento tuvo al aire su espada y se puso en defensa.

A los primeros ataques, por su manera, por sus circunstancias especiales, por sus raterías, por decirlo asi, Blasco conoció quién le atacaba, como conocemos á veces al autor de un anónimo por la letra, á un hombre embozado y encubierto por el talante, á una persona á quien no vemos, por la voz.

—Tú eres Diego, dijo el portugués sin dejar de defenderse y de atacar al mismo tiempo.

El encubierto calló y redobló el ataque.

—Doña Mencía de Padilla te ha pagado para que me mates, insistió el portugués con la voz ronca y amenazadora.

Continuó el mismo silencio.

—Pues te advierto, Diego, que vas á morir á mis manos.

—Toma, dijo el bandido hablando por la primera vez, y dando una formidable estocada en el pecho al portugués: toma y vuelve por otra.

—¡Ah traidor! esclamó Blasco: allá voy: aunque me has muerto, aun me queda vida para matarte.

Y se arrojó como un tigre sobre Diego.

—Hé aqui unos brios muy mal empleados, dijo el bandido dando otra estocada al portugués: mas valiera que desde antiguo me hubieras tratado con mas lealtad.

Blasco lanzó un rugido de rabia, vaciló y cayó.

—¡Ah! esclamó Diego: paréceme que hemos concluido, mi capitan.

—¡Infame! murmuró con voz apagada Blasco.

—Dejémonos de tonterías, camarada, y estate quieto para que yo pueda dar con seguridad el golpe de remate: ¿no comprendes que esto es una riña á muerte?

—¡Diego! ¡Diego! esclamó el portugués: déjame que viva, si Dios ó el diablo quieren, para que pueda vengarme.

—Guardaréme yo muy bien de hacerlo.

—Te juro serte leal.

—Lo mismo me digiste tiempos atrás, y sin embargo me robaste mi gente y me comprometiste. Te tenia unas ganas furiosas, y á no ser por doña Mencía...

—¡Doña Mencía! esclamó el portugués con voz moribunda.

—¡Pues calla! dijo Diego: creo que hemos concluido, mi buen camarada; paréceme que tienes tanta vida como yo lástima de tí.

Blasco no contestó.

—Veamos si esto se ha concluido, dijo Diego inclinándose sobre Blasco: pero sí, sí, vive Dios: está mas muerto que mi abuela. Por mi parte creo que esta es mi última faena: registrémosle.

Y abriéndole el jubon y palpándole por todas partes, le registró con mas primor que pudiera haberlo hecho un alguacil; pero á pesar de lo escrupuloso del registro, no encontró mas que el pañuelo del portugués y su bolsa medianamente provista.

—Pues señor, dijo Diego, ni un papel, ni nada que huela á lo que recela sin duda doña Mencía. Lo principal está hecho: hemos matado al lobo: vamos á llevar la noticia á la leona.

Y se encaminó á casa de doña Mencía.

Veamos entretanto llega lo que acontecia en aquella casa.

Doña Mencía, sentada en un estrado tenia junto á sí á Beltran de la Cueva; entrambos disimulaban el estado de su espíritu: ella su ansiedad: él el horror que le causaban las infames intrigas cometidas contra la reina.

Ambos estaban acostumbrados al disimulo y se engañaban recíprocamente.

—¡Oh! me parece un sueño, Beltran dijo doña Mencía, que al cabo de tantos afanes, de tantos dolores, de tan horribles celos, vas á ser mi esposo y mi señor.

—Sí, sí, sueño parece; dijo tristemente Beltran de la Cueva.

—Pero no lo es, no, dijo doña Mencía; mañana la religion unirá nuestros destinos; despues iremos á la córte: el rey está enfermo... la muerte libre acaso muy pronto de ese fatal monarca á estos desgraciados reinos, y don Fernando y doña Isabel les harán grandes, respetados y felices: es necesario, Beltran, que te levantes con esa grandeza: que seas el primer noble de Castilla; que gobiernes con don Fernando y doña Isabel.

—Con esos nobles señores no gobernará nadie...

—Nadie; ¿y por qué?

—Porque gobernarán ellos solos.

—¡Bah! ahí está el arzobispo de Toledo, á quien debe doña Isabel cuanto es, y á quien deberá cuanto pueda ser.

—El arzobispo de Toledo caerá.

—Y bien: ¿qué nos importa eso? pensemos en nosotros mismos. ¿No es verdad que eres muy feliz, Beltran mio, con ser mi esposo?

—¡Oh! sí, muy feliz: dijo preocupado Beltran de la Cueva.

—Me lo dices de un modo... parece que estás triste.

—¡Triste yo, vida mia! dijo Beltran de la Cueva, haciendo un poderoso esfuerzo sobre él mismo: ¡triste yo cuando al fin voy á gozar en paz los amores de toda mi vida! ¡triste yo, cuando al fin va á consolidarse de una manera sagrada un amor que si alguna vez no ha brillado con la fuerza que debia por una serie de *lamentables equivocaciones*, renace con mas fuerza que nunca! No, no estoy triste, sino dominado por mi felicidad; por mi felicidad que me agobia, me vuelvo loco: en prueba de ello te pido licencia para dejarte por esta noche.

—¡Dejarme! ¡tan pronto!

—¿Olvidas que es necesario que nos preparemos al sacramento del matrimonio con la confesion ámplia de nuestras culpas? ¡Hemos cometido tantas, Mencía.

—Sí, sí, es verdad, dijo doña Mencía: necesitamos prepararnos, hemos cometido muchas faltas.

—Adios, pues, Mencía, y hasta mañana: no nos volveremos á ver hasta que nos veamos en la iglesia y no saldremos de ella sin que se haya decidido nuestra suerte comun.

Dicho esto Beltran de la Cueva se despidió de doña Mencía y salió.

Esta atribuyó su gravedad á lo solemne de los momentos que preceden á todo enlace: por otra parte, entrambos necesitaban quedarse solos para pensar respectivamente en sus negocios.

Apenas se encontró sola doña Mencía, cuando llamó á una de sus doncellas.

—Id á informaros, la dijo, si el señor Diego Perez está en casa.

Salió la doncella, y poco despues volvió.

—El señor Diego Perez acaba de llegar, dijo, y espera vuestra licencia, señora.

—Que entre al momento, dijo doña Mencía.

A poco el bandido entró.

—¿Y ese hombre? le preguntó ella.

—Muerto: contestó con una profunda calma Diego.

—¡Muerto! ¿estais seguro?

—Tan seguro como lo estoy de que yo mismo he de morir.

—¿Habeis encontrado algo sobre el cadáver?

—Nada.

—Bien: os doy las gracias: dejadme sola y preparaos para acompañarme mañana por la mañana á la iglesia.

Diego se inclinó y salió.

Doña Mencía quedó sola y murmurando:

—¡Oh! es la última sangre que vierto por mi amor; por ese amor que tanto me cuesta.... y sin embargo, no sé por qué estoy inquieta, por qué me aflige un presentimiento funesto.

Despues doña Mencía llamó á su confesor y pasó conferenciando con él toda la noche.

LXXIX.

De cómo concluyeron doña Mencía y Beltran de la Cueva.

Al dia siguiente la colegiata de Ubeda, estaba ricamente colgada, iluminada, y como dispuesta para una solemne ceremonia.

Eran las diez del dia. A aquella hora, una litera, acompañada de una espléndida servidumbre, llegó al vestíbulo de la iglesia, y de la litera salió una dama espléndidamente ataviada.

Aquella dama era doña Mencía.

Habia pasado la noche en vela, y su palidez, su espresion de cansancio y de ansiedad, hacian su hermosura resplandeciente, con la cual contrastaban de una manera magnífica su riquísimo trage y sus joyas, dignas de una reina.

La iglesia estaba llena de curiosos llamados por la novedad del caso, y tan hermosa iba doña Mencía, que no hubo una sola persona que no dijera:

—Bendita sea, y qué hermosa es.

Sin embargo de lo simbólico de esta esclamacion, las mugeres sentian una voraz envidia por aquella insolente hermosura que se burlaba de los años; y la misma envidia roia el corazon de los hombres porque no podian llamarla suya.

Doña Mencía atravesó lentamente por entre la multitud: acompañábala su capellan, escoltábala, por decirlo así, al frente de sus

escuderos Diego el Desollador; la toledana capitaneaba á la falange de doncellas y damas, y dos pagecillos rubios y espléndidamente vestidos llevaban la cola del traje de doña Mencía.

Beltran de la Cueva esperaba ya en el presbiterio rodeado de su servidumbre: al verle doña Mencía palideció, y no sin motivo; Beltran de la Cueva sombrío, y pálido estaba rigorosamente vestido de luto.

Todos se preguntaban la razon de aquel estraño luto, sin poder esplicársela, hasta que corrió una voz, vaga al principio, y despues clara y determinada: decíase que el rey habia muerto en Madrid.

Esta misma contestacion habia dado Beltran de la Cueva á doña Mencía.

—Acaba de llegar un correo, la dijo, con la noticia de la muerte del rey, por lo que es necesario que concluyamos: dícese que el rey ha muerto sin hacer testamento, y de seguro habrán sobrevenido dificultades en la sucesion: mi deber de caballero me llama, y partiré en cuanto hayamos concluido.

Las palabras del duque eran frias y huecas.

—¡Que partirás! esclamó doña Mencía.

—Es mi voluntad irrevocable.

—¡Pero ese luto! podriais haberlo dejado para despues.

—Este luto, señora, es ademas en conmemoracion de los difuntos que nos han abierto camino para llegar hasta aquí; repuso fatídicamente Beltran de la Cueva.

—¡Oh! mas valiera no haber llegado, dijo doña Mencía, porque...

—Nada temais, señora; al llegar vos, he hecho avisar al arcediano, y vedle, vedle ya á la puerta de la sacristía.

Doña Mencía, al ver al sacerdote, se tranquilizó, adelantó el arcediano, hizo á los contrayentes que se diesen las manos y empezó la ceremonia.

A medida que adelantaban, la ansiedad y la palidez de doña Mencía se hacian mas visibles. Al fin el arcediano se dirigió á Beltran de la Cueva.

—Señor don Beltran de la Cueva, dijo, duque de Alburquerque, conde de Ledesma, del consejo y cámara del rey, ¿quereis por esposa á la noble señora doña Mencía de Padilla?

Beltran de la Cueva se puso sumamente pálido y no contestó: doña Mencía fijó en él una mirada inesplicable.

Volvió á repetir su pregunta con estrañeza el arcediano.

—¿Me preguntais, si quiero por esposa á esta muger? dijo Beltran de la Cueva con acento letal.

—Eso os he preguntado, señor duque, contestó atónito el arcediano.

—Pues bien, dijo Beltran de la Cueva, rechazando con desprecio la mano de doña Mencía: no quiero.

Y aquel *no quiero* fué pronunciado, de una manera tan enérgica, y con tal entonacion de desprecio, que se oyó en todos los ámbitos del templo, causando una estrañeza general.

—¡Que no quereis! esclamó con voz rugiente doña Mencía.

—No, no quiero: repitió Beltran de la Cueva, con mas decision.

—¿Y por qué no quereis? gritó enteramente descompuesta doña Mencía.

—Ahí teneis la razon de mi negativa, dijo Beltran, entregándola las cartas que la noche antes le habia dado Blasco do Campo Riveyra.

La desdichada abrió precipitadamente una de las cartas y al reconocerla lanzó una suprema mirada de dolor y de desesperacion á Beltran de la Cueva y cayó al suelo desmayada.

. . . . . .

. . . . . .

Beltran de la Cueva salió frenético del templo, y poco despues de Ubeda en direccion á la córte.

LXXX.

De cómo fué la muerte del señor rey don Enrique el IV. de Castilla y de Leon.

Aunque ya nos hemos referido á la muerte del rey don Enrique, permítannos nuestros lectores que volvamos un tanto atrás para decirles de qué manera fué aquella muerte.

Parecia como que la muerte del marqués de Villena habia causado gran impresion al rey, agravando la enfermedad de que ya adolecia, que era una especie de cólico tenaz, cuya continuacion le habia demacrado y llevado á tal grado de debilidad, que estaba á las puertas de la muerte.

Las circunstancias en que se encontraba el reino eran las mas apropósito para agravar la enfermedad del rey, irritándole de continuo, y teniéndole en un estado de escitacion indecible: la infanta doña Juana se encontraba presa, y como en rehenes, en poder del nuevo marqués de Villena, llamado don Diego Pacheco, por cuya razon el rey no se atrevia á apartar de su lado á este nuevo favorito: la reina deshonrada, apartada de la córte, estaba en el

convento de San Francisco el Grande de Madrid: su hermana la princesa doña Isabel, con su esposo don Fernando, estaba en Segovia, y la mayor parte de los grandes le aconsejaban que para evitar guerras y muertes nombrase su heredera á la princesa, puesto que sabia cuan sospechosa era al reino la legitimidad de la infanta doña Juana, á quien llamaba su hija. Disimulaba el rey el mal efecto que le producian estas cosas, andábase en dilaciones, y decia que séria razonable y justo buscar algun medio por el cual entrambas partes quedasen contentas y avenidas y se ahorrasen desgracias y escándalos.

Pero esto era imposible; la grandeza, aunque dividida, era, en su mayor parte, partidaria de doña Isabel, y como el nuevo marqués de Villena era uno de los mas ardientes partidarios de la infanta doña Juana, el conde de Osorno, partidario de doña Isabel, con el pretesto de unas vistas para tratar de su avenimiento, le citó en el Villarejo, le tendió un lazo y le prendió, llevándole desde allí á la fortaleza de Fuentidueña.

Esto irritó al rey que, débil siempre, y siempre necesitado de un favorito, amaba al nuevo marqués de Villena, y cuidadoso de su libertad tomó la vuelta de Estremadura y procuró verse con la condesa de Osorno: pero aunque se vieron, anduvo esta señora tan dura, que nada pudo recabar el rey acerca de la libertad del marqués.

Volvióse el rey á Madrid, tuvo vistas en Villaverde con el arzobispo de Toledo, y este se convino en servirle: entonces el rey y el arzobispo, con alguna gente de armas, pusieron cerco á Fuentidueña, tratáronse vistas con la condesa de Osorno, y habiendo ido á ellas esta señora con un hijo suyo, prendiólos Lope Vazquez de Acuña, hermano del arzobispo, en represalias de la prision del marqués.

Esto produjo las consecuencias necesarias: primera, que el marqués fué puesto en libertad con ciertas condiciones, y segunda que el rey, gastado con tantas fatigas, se volvió medio muerto á Madrid.

Era entonces el invierno crudo: el rey estaba flaco, pálido débil, convertido en un espectro, resistió algun tiempo la enfermedad, pero al fin se postró decididamente en el lecho.

Pero hacia ya mucho tiempo que se hallaba postrado su espíritu; hacia mucho tiempo que comprendia que el estado en que se encontraba el reino habia de traer una tempestad sobre su cabeza; en efecto, entonces no se trataba simplemente de que este ó el otro bando perdiese el poder para entregarle á otro bando vencedor, las

reacciones y los monopolios de todo género que habian venido sucediéndose durante veinte años desde el advenimiento de don Enrique al trono, monopolios y desafueros que habian recaido sobre desafueros y monopolios anteriores, pasando como una tradicion, como una herencia funesta de uno á otro reinado, habian llevado las cosas á tal punto, que hasta los mismos monopolizadores habian comprendido que aquel estado de cosas era imposible: y esto era asi porque se habian secado las fuentes de la riqueza pública, se habia enervado el patriotismo, se habian eclipsado las virtudes, y era tan abyecto el pobre, como infame el rico; tan cobarde el uno como imprevisor el otro: habian tratado la riqueza pública como prenda agena, la habian esplotado hasta las raices, sin cuidarse de beneficiarla, y habia llegado, en fin, el dia en que no era posible sacar una sola gota de sangre mas de las venas del pueblo exhausto: las turbulencias brotaban por todas partes, la avaricia de cargos públicos se desbordaba,y en tanto el pueblo miraba con ojos ávidos la riqueza de los que le habian desollado, y maldecia roncamente y amenazaba con terribles escesos, que tuvieron lugar en el siguiente siglo y por idénticas causas en el reinado de Cárlos I de Austria durante la famosa guerra de las comunidades. Las necesidades materiales, en fin, habian disuelto los partidos y no habia mas que una opinion: la de levantar al reino de su estado de miseria y de ignominia, opinion como hemos dicho general, á escepcion de unos pocos que apegados aun á los antiguos desafueros que habian enriquecido á sus predecesores, luchaban aun, adheridos al débil y vergonzante poder de Enrique IV.

Pero estos hombres desprestigiados, aborrecidos por el pueblo, en vez de sostener al rey, eran un peso insoportable, una influencia perniciosa, que gravaba fatalmente sobre un trono que no habia querido ó no habia podido sostener su dignidad, su independencia y su justicia.

Al ver aquellos miserables agrupados en derredor del trono, arrancando á su nombre y con su autoridad usurpada, los últimos restos de existencia al pueblo, hicieron recaer sobre el rey una odiosidad y un desprecio que nadie se cuidaba de encubrir, que conocia por lo tanto el rey, y que le hacia temer un dia en que se repitiese un acto como el de la destitucion de Avila, pero no practicado por unos pocos facciosos, sino por el reino entero: veia que lo que él perdia lo ganaban de una manera precisa los príncipes don Fernando y doña Isabel, en los cuales estaba representada la esperanza, no ya

de los reinos que poseia Enrique IV, sino tambien de los de Aragon y Navarra, es decir, de la España entera; pensábase con entusiasmo en la union de tantos estados divididos, en la reunion en una sola corona de todo el territorio comprendido entre los dos mares y el Pirineo: soñaban para el porvenir con la adhesion de Portugal, por medio del casamiento de un descendiente de don Fernando y doña Isabel con otro descendiente del rey de Portugal, y este pensamiento deslumbrador que ponia á España en la posicion de un reino fuerte, rico, invencible, no habia corazon español en que no tuviese eco, en que no causase un vivo entusiasmo y una sed ardiente de que se llevase cuanto antes á cabo.

Estos pensamientos de regeneracion y de grandeza escluian precisamente á Enrique IV; él, que habia sido la última degradacion de la dinastía de Trastamara; él, que habia permitido la ignominia dentro de su mismo alcázar, en su misma cámara; él, que no habia tenido oidos, ni corazon, ni voluntad mas que para sus placeres y sus vicios; él, que habia visto pasar bajo las gradas de su trono un pueblo pobre, hambriento, enfermo, esclavizado, robado, degradado, desesperado, en fin, no era el hombre en quien se podian fijar los ojos del pueblo, sino con una espresion de desprecio y de amenaza.

Ha habido reyes infames que han sabido robustecer su autoridad con un principio fuerte, ya haya sido este principio el fanatismo, la supersticion ó la ignorancia: ha habido reyes como Felipe II, que han sabido ser déspotas y sostener, siéndolo, la grandeza de su reino: grandeza de las armas, es verdad, sostenida por la sangre y el dinero del pueblo, pero grandeza, en fin: reyes que han respetado la parte material, aunque hayan sofocado bajo su cetro de hierro la vida moral de sus reinos: estos reyes han dejado al menos á la nacion que los han sufrido el orgullo de la victoria y el goce de la satisfaccion de las necesidades materiales: pero Enrique IV no habia sido siquiera rey: él habia sido el primer esclavo de su nulidad y de su miseria.

Enrique IV comprendia demasiado que estaba á merced de un azar, que una ráfaga bastaba para lanzarle del trono como una hoja seca y podrida y el temor continuo, sordo, implacable, las continuas contrariedades á que se veia reducido, bastaron, agravando las causas físicas, para ponerle á punto de muerte, á pesar de que su edad y su complexion le hubieran concedido en otras circunstancias una vida dilatada.

Atacóle un dolor agudísimo en el costado, y de tal manera, que los médicos que le asistian, dijeron que era preciso que se prepara-

ra á la muerte, porque solo le quedaban tres horas de vida.

Cuando los médicos decian esto, eran las cinco de la tarde del dia once de diciembre de 1474.

Al lado del lecho estaban don Pedro Gonzalez de Mendoza, y el Arzobispo de Toledo, y en la antecámara, los reyes de armas, preparados para la proclamacion del nuevo rey, con el condestable, el conde de Benavente, el marqués de Villena y otros muchos hidalgos y caballeros, porque ya se sabia que don Enrique iba á morir.

Notábase en aquella reunion de cortesanos esa ansiedad sorda, que precede siempre en las cortes á la muerte de los reyes; luchaban alli cuantos intereses mezquinos pueden agitar el corazon humano á vueltas de grandes pasiones. El que poseia temia ser desposeido, y el que esperaba heredado, por el nuevo órden de cosas que sucediese á la muerte del rey. Aquel era el prólogo de una sangrienta y acaso dilatadísima guerra civil, para la cual habia hacinados suficientes combustibles. Teníase de una parte en la infanta doña Juana, una aspirante al trono de origen dudoso, comprometida mas por las liviandades de su madre, que por la existencia de pruebas acerca de su legitimidad: la carencia de estas pruebas hacian que hombres como el arzobispo don Pedro Gonzalez de Mendoza y su dilatada familia, estuviesen decididos á sostener á todo trance, aunque fuese necesario en campo abierto pendon contra pendon y lanza contra lanza, la legitimidad, y por lo tanto los derechos á la corona de la infanta doña Juana, á quien tenian en su poder.

La familia de Mendoza, los Mendocinos, como se les llamaba entonces, eran poderosísimos, singularmente en Asturias: ellos solos podian poner en pie de guerra, y en poco tiempo, valiéndose únicamente de sus vasallos, un poderoso ejército, y mas de una vez el peso de esta familia habia influido notablemente en la balanza de los negocios públicos.

Uníanse ademas á los Mendocinos, por relaciones de interés ó de parentesco, otros muchos rico-hombres poderosos, y tenian en su abono el rígido decoro, la pureza de costumbres, la propension á lo justo y el amor á la patria, que siempre habia distinguido á la familia de los Mendozas.

Pero si esta era una influencia poderosa, no era menor la que se oponia por parte del terrible, intrigante, activo, y si se quiere revoltoso arzobispo de Toledo.

Don Alonso Carrillo fue, sin disputa, el hombre mas importante

de los tiempos de Enrique IV en autoridad como arzobispo de Toledo, primado de las Españas, al que estaba anejo el cargo de canciller de Castilla, las enormes rentas de aquel arzobispado, los señoríos á él unidos como un patrimonio, hacian que en otro tiempo los arzobispos de Toledo tuviesen una influencia poderosa y mas.

Pero don Alonso Carrillo era uno de los arzobispos de Toledo que supieron hacerse mas temibles, y al que solo podia compararse aquel Tenorio que floreció en los tiempos del rey don Pedro, político profundo y sagaz, conocia el momento preciso de abandonar sin desprestigiarse una causa en el momento en que aquella causa se heria ó era herida de muerte: asi es que durante el reinado de Enrique IV se le vió muchas veces al lado del rey, otras ayudando á los confederados, apoderándose mas tarde del infante don Alonso, adhiriéndose al fin á la infanta doña Isabel y casándola con don Fernando de Aragon.

Despues de este casamiento se le habia oido decir muchas veces:

—Yo he casado á doña Isabel, y yo la haré reina; si quiero, mañana como la haya elevado la derrumbaré.

Esto, traducido limpiamente en romance queria decir:

—Yo soy el rey de Castilla.

Lo que por cierto era mucha soberbia ó demasiado poder.

Sea como quiera, todos tenian sobre el hombro al tremendo arzobispo, inclusos los Mendocinos, que á pesar de su poder, de sus riquezas y de sus miles de vasallos, sabian cuánto era el poder, el talento, la astucia, y sobre todo, la fuerza de voluntad del arzobispo.

Habia allí tambien en la misma antecámara muchos de esos hombres verdaderas veletas que á todos vientos giran, especie de camaleones que se transparentan sobre todos los colores y que se deciden siempre por la estacion dominante.

Hablaban en corrillos, pero sin recatarse los unos de los otros, y se cruzaban palabras tan graves como las siguientes.

Por ejemplo, el arzobispo Mendoza decia:

—Faltando, como faltan, las pruebas de la ilegitimidad de la princesa doña Juana, nada hay que aventurar mas que un lance de armas.

—Lance en que terciarán indudablemente Aragon y Navarra, decia otro.

—No importa, reponia el arzobispo: nosotros tendremos de nuestra parte á Portugal.

—¡La guerra civil! esclamaba un concienzudo: ¡otra vez la guerra civil! acabaremos por llegar al caso de que se levanten hasta las piedras de Castilla, para rechazar ese azote que hace tanto tiempo y tan sin fruto nos aflige. Castilla acabará por decidirse en la contienda, y prestar su ayuda al rey que mas la convenga.

—Eso ha sucedido siempre cuando los reinos han llegado á un estado estremo, insistió el arzobispo Mendoza, pero que es lo que conviene mas á Castilla.

—Don Fernando y doña Isabel, esclamaba con calor un partidario de la union ibérica: ¿acaso no declaró el rey su heredera á su hermana en los Toros de Guisando? ¿acaso no le decidimos allí todos pleito-homenaje como princesa de Asturias?

—Yo no; ninguno de mi familia: contestaba con calor don Pedro Gonzalez de Mendoza.

—Entonces, insistió el partidario de la union hispánica, los Mendozas estabais apoderados, no solo de la reina doña Juana, sino tambien de su hija la Beltraneja, á la cual teneis aun en vuestro poder.

—Nadie puede, sin desacato y calumnia, llamarla Beltraneja á la princesa doña Juana, esclamaba un adepto de los Mendozas.

Y contestaba ágriamente el aludido, y replicábasele con mas dureza, y era necesario que mediasen personas de respeto para evitar un conflicto.

Como se ve, la guerra de sucesion habia empezado ya antes de la muerte de Enrique IV á la misma puerta de su cámara mortuoria.

—Poner en el trono á la hija de esa ramera, á quien ha sido necesario lanzar de la córte y sujetarla á prision: decia el arzobispo de Toledo, ¿y quién pretende eso? ¿los Mendocinos? bravo nido de estorninos atontados, parécele á mi buen hermano su éxito, don Pedro Gonzalez de Mendoza que para este negocio basta meter en el juego algunas lanzas: ¡ah! ¿por San Lázaro, mi patron, y por la Vírgen de los Reyes, mi madrina: yo les probaré que ademas de las lanzas, es necesario tener algo que valga sobre el cielo de la boca para salir bien de estos negocios? Contra mí vas, cleriguillo, pues yo te juro que como ahora soy tu primado, mañana seré tu señor: ¡ah! ¡ah! señores Mendocinos, ya os daremos un repelon tal cuando llegue el caso, que no quedeis con ganas de volver á levantar estandartes por la Beltraneja.

Inútil es decir que el arazobispo decia para sí todas estas cosas: por lo demas, manteníase sério y grave, sentado en un sillon á un

estremo de la antecámara, sin hablar una palabra, y reservado como siempre.

En este estado de cosas, penetremos en la cámara del rey y veamos lo que acontecia en ella.

Por una gran ventana, y á través de los vidrios de colores, penetraba un rayo del sol poniente, y reflejaba pálido y frio, sobre el semblante del real enfermo, en que solo quedaban huesos y piel arrugada y árida como si hubiera sido la de un anciano, á pesar de que Enrique IV solo contaba cuarenta y cinco años; un médico viejo asia una mano del rey, y le contemplaba con el interés de la ciencia que, á pesar de sus esfuerzos, vé que la muerte le arrebata su presa.

—¿Con que es decir que me muero? dijo el rey, cuya cabeza se conservaba firme, aunque con voz debilitada por la enfermedad.

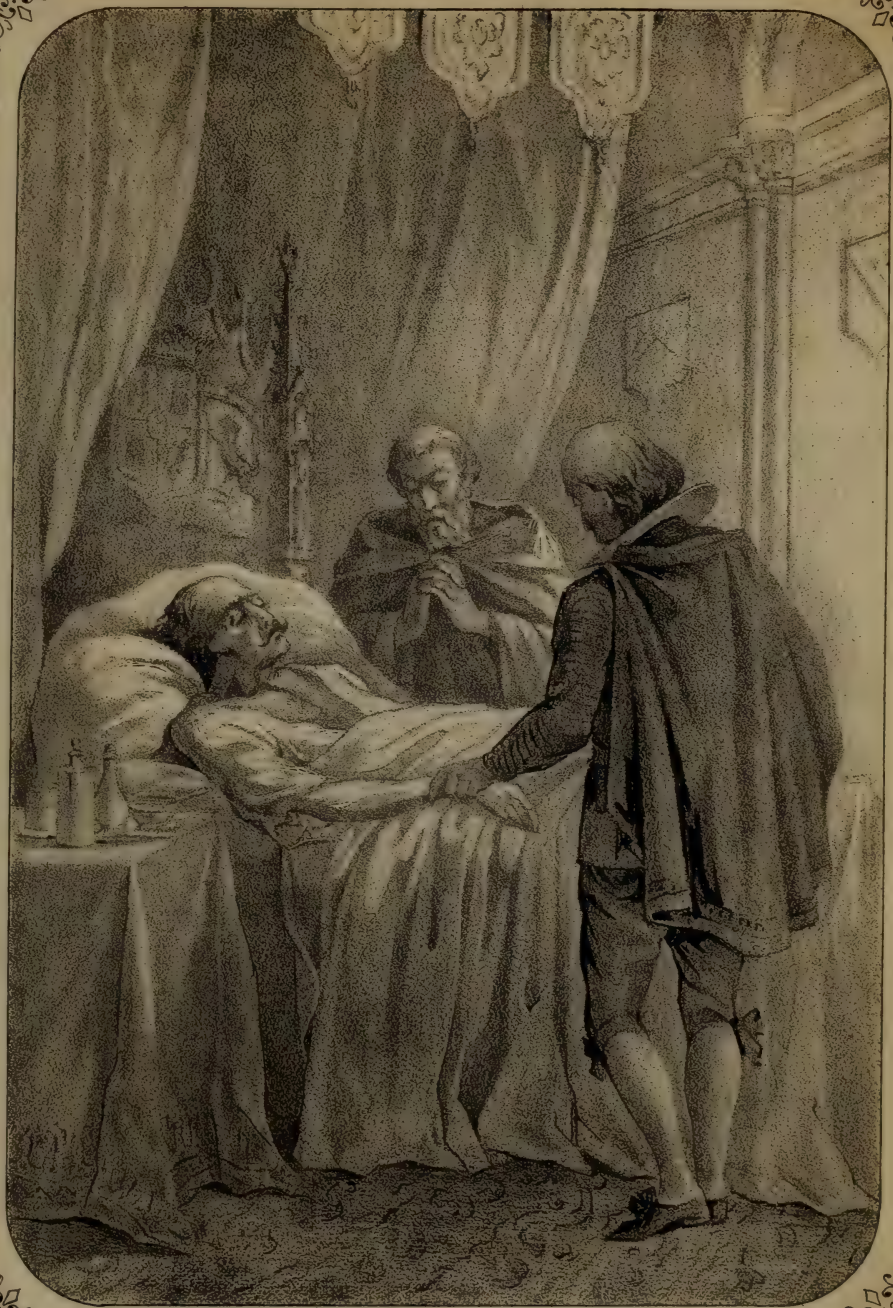
—Desde que nacemos, tenemos á nuestro lado la muerte, señor, contestó gravemente el médico, cuyo nombre no sabemos, porque los cronistas de aquel tiempo, en muchas ocasiones, creian que, como ellos conocian á los personages que trataban, habia de conocerlos todo el mundo, por cuya razon se dejaban con mucha frecuencia importantísimos nombres en el tintero, dando con esta punible omision mucho que ojear, que buscar y que desesperarse á los escritores sucesivos, principalmente á los novelistas: esto no quitaba que fuesen pródigos y aun difusos en recoger las palabras que el tal personage anónimo dijo, y en adivinar las que no dijo y entrometerse en el terreno sagrado de las intenciones.

Asi es que ponemos el diálogo auténtico, y no hemos podido dar con el nombre por mas que lo hemos procurado, y nos hemos desesperado y llegado casi al estremo, por esta y otras no menores dificultades, de poner punto final, antes de tiempo, á nuestra verídica, aunque novelada historia.

Lo cierto del caso es que tanto apretó el rey, y tan resignado con la muerte le vió el médico, que al fin le dijo dando mayor gravedad aun á su semblante:

—Pues siendo así, señor, que vuestra alteza se halla tan cristianamente resignado á ese forzoso tránsito porque hemos de pasar todos los mortales, bueno será que aunque el cuerpo no corra un próximo é inminente peligro, pensemos en la salvacion del alma, lo cual nunca está de mas, ni sobra.

—Sí, sí; dices bien, bachiller: y por lo tanto que llamen á fray Pedro Mazueclo, mi confesor, y que me dejen solo, á fin de que



Soldevila inv.° y lit.° Lit. de J. Aragon, Madrid.

XV.

MUERTE DE ENRIQUE IV.

pueda meterme en mí mismo; pero quédate tu, aunque un tanto alejado por lo que acontecer pudiera, que me encuentro mas enfermo y quebrantado que nunca, y sírveme algo de alivio el verte, porque el médico es ya una medicina, y como que parece que ha de tener miedo de él la muerte.

Salieron todos, escepto el bachiller, que se retiró hácia la ventana, de la cual habia desaparecido el último rayo del sol, quedando solo en ella la débil y menguada luz del crepúsculo.

El rey se encerró dentro de su conciencia, acaso por la primera vez en su vida: esto consistia en que siempre habia tenido miedo á su conciencia, y si entonces la declaraba dueña absoluta, era porque tenia mas respeto que á ella, á las penas del infierno.

Dígase lo que se quiera, el rey don Enrique era muy cristiano y creia como debia, en todos los misterios y revelaciones de la iglesia católica.

Y no era pequeña la cuenta que despues de tantos años tenia que ajustar con su conciencia; habia sido mal hijo, mal esposo, mal rey: sucesivamente, de una manera fantástica y aterradora, fueron pasando por delante de su memoria, como los espectros de una linterna mágica delante del lienzo ó de la pared donde se reproducen, todos los actos importantes de su vida: presentósele su padre el rey don Juan el II, severo, no como lo era en vida, que todos sabemos cuán débil fué en sus dias aquel pobre rey, sino severo, como convenia á un espíritu que ya se habia libertado de la torpe cárcel de la carne: don Enrique le vió aparecer pálido y ceñudo y escuchó su ronca voz que decia:

—¡Hijo rebelde! ¡hijo infame! tú ambicionaste en vida la corona de tu padre, tú levantaste contra él aleves pendones, tú le moviste dificultades y bandos que se unieron para cometer injusticias, y tuvieron mucha parte en el mal gobierno de sus reinos. Prepárate, hijo desnaturalizado y cruel, porque vas á comparecer ante el tribunal de Dios que ve en las conciencias y no puede engañarse ni ser engañado.

Cerró los ojos el rey por no ver la terrible sombra que se habia colocado á los pies de su cama, pero por mas que los cerró no pudo dejar de oir la voz de un padre que gritaba en lo mas recóndito de su conciencia:

—Te tardaba ser rey para entregarte á tus escesos, á tus prodigalidades, y me arrancaste la corona de las sienes moribundas, sin

esperar siquiera á que se enfriase mi cadáver: hiciste arrancar de mi lado á mi noble esposa y á mis hijos pequeñuelos que lloraban. ¿Qué has hecho de mi esposa? ¿qué has hecho de mis hijos?

Y la voz se alejó repitiendo hasta perderse en la distancia:

—¡Ay mi hijo don Alonso! ¡ay mi pobre hijo don Alonso!

Abrió el rey los ojos despavorido y como si la voz del padre hubiera evocado la sombra del hijo, vió en el mismo lugar que antes ocupaba el espectro del rey don Juan el II, el espectro de su hermano el infante don Alonso.

El pobre niño mostraba en su semblante las lívidas señales del tósigo, y su mirada lúcida, fija en su hermano moribundo, era dulce y melancólica.

—Yo era feliz, hermano, le dijo: yo no era ambicioso; yo no queria ser rey; sin embargo, me entregaste cobardemente á tu favorito el marqués de Villena, que puso la mitad de tu corona en mi cabeza, y me tuvo esclavizado, y vendió mi sangre cuando le fué necesaria mi muerte. Tu me entregaste al carnicero, hermano, como habias entregado antes al ódio de doña Juana Henriquez, tu noble esposa la princesa doña Blanca de Navarra.

Lanzó el rey un grito de dolor, y, como si aquel grito le ahuyentara desapareció el espectro del infante, pero en su lugar quedó otro mas terrible, que hizo cubrirse al rey el rostro con sus débiles manos.

Aquel espectro era el de su primera esposa doña Blanca de Navarra.

Como el del infante, su rostro estaba manchado con señales lívidas.

—¡Oh, qué horror! esclamó el rey.

—Tu quisiste hacer de mí una prostituta, dijo severamente doña Blanca, y no lográndolo, me hiciste la mas desgraciada de las esposas: despues, arrojando sobre mí la vergüenza de un defecto que solo era tuyo, adquirido por tus vicios, me repudiaste, me lanzaste con el corazon herido y desgarrado fuera de tus reinos, y me entregaste al furor de mi infame madrasta la reina doña Juana Henriquez: tu pudiste haberme protegido, pero me abandonaste y el tósigo royó mis entrañas: morí sola, triste, desesperada, abandonada de todos, y la culpa es tuya, Enrique.

—¡Tambien en el otro mundo se vengan! esclamó el rey, sin conocer en su delirio que quien se vengaba de él era su conciencia, por tanto tiempo dominada y escarnecida.

Quiso don Enrique lanzar de sí aquella terrible pesadilla y no pudo; quiso llamar á su médico, y no encontró voz: una mano de hierro le tenia sujeto sobre la almohada, y sus ojos, escandencidos por la fiebre y por el delirio, veian pasar sin cesar sombras informes y amenazadoras á los pies de su lecho.

De repente oyó un estruendo, semejante á veces á una tempestad: otras al sordo mugido de un torrente. Presintió que se acercaba algo terrible, quiso cerrar los ojos y no pudo.

Empezaron á pasar sombras agrupadas en una multitud inmensa, como si se hubiera tratado del juicio universal; inundó la cámara el resplandor lívido de los ojos de aquel millon de sombras producian una atmósfera fosforescente é impura. Gritaban, ahullaban, rugian todos á la vez, y, sin embargo, el rey oia clara y distintamente cada uno de aquellos gritos, de aquellos ahullidos, de aquellos bramidos.

—¡Tu nos has robado, cargándonos con tributos, el pan de nuestros hijos.

—¡Tu has hecho que nuestras hijas y nuestras esposas se prostituyan!

—¡Tu has lanzado al crímen y á la desesperacion á nuestros hijos que han muerto en galeras y en la horca!

—¡Tu nos has chupado hasta la médula de nuestros huesos, para enriquecer á tus favoritos!

—¡Nosotros somos los que hemos muerto á hierro en los bandos causados por tu debilidad y por tu infamia!

—¡Nosotros somos los que hemos caido hambrientos y apestados sobre nuestros campos estériles!

—¡Nosotras somos las vírgenes del Señor que has escandalizado poniéndonos rameras por preladas!

—¡Nosotros somos los que hemos caido bajo la injusticia de tus jueces, que han vendido por oro nuestra sangre!

—¡Nosotros todos somos los tristes y los débiles, y los necesitados, que no has sabido proteger con tu espada de justicia, rey!

—¡Maldito seas, rey: tu pueblo te maldice!

—¡Maldito seas, rey, que solo has pensado en tus placeres!

—¡Maldito seas, rey, que has hecho comercio y mercancía de tu pueblo!

—¡Maldito seas, rey, que nos has envuelto en los horrores de la guerra civil y del hambre, que nos han traido la peste!

—¡Maldito ¡maldito! ¡maldito seas!

Y aquella multitud desapareció tronando como una tempestad,

y se alejó, siempre maldiciendo al rey, que estaba cubierto de un sudor frio, los cabellos erizados, los ojos casi fuera de su órbita, temblando bajo un terror inmenso, frio, indescribible, cruel, que hubiera bastado para matarle, si la enfermedad no hubiera sido bastante para acabar su vida.

Delante del rey quedaba otro espectro terrible, aterrador; el resúmen de todos los espectros anteriores; su sintesis, por decirlo así.

Aquel espectro era el del marqués de Villena, don Juan Pacheco, su antiguo favorito.

Miraba el rey con una alegria horrible, con el aspecto de un condenado: sus ojos, rojos como carbunclos, abrasaban al rey en un fuego terrible, y el desdichado se creia despedazado por aquellos dientes que rechinaban furiosos.

—¡Ha llegado la hora! esclamó don Juan Pacheco.

El rey no pudo resistir mas; lanzó un grito terrible y se desmayó.

Cuando volvió en sí, encontró á su lado á fray Pedro Mazuclo, prior de San Gerónimo de Madrid.

—¿Con que esto es cosa terminada, padre? le dijo: he visto cosas terribles... me acusaban, me acusaban, padre...

—Ese es un aviso del cielo, señor.

—¿Creeis efectivamente que sea un aviso de Dios? dijo, estremeciéndose todo, el rey.

—Indudablemente, señor, dijo el gerónimo, y es necesario que obreis en justicia, al menos una vez en vuestra vida.

—¿Y qué he de hacer? padre prior.

—Antes que todo urge que dejeis asegurada la sucesion de vuestros reinos.

—¡Ay padre! ese es asunto en que mis reinos piensan por sí mismos: y sino, ahí los teneis, andan alborotados y levantan pendones por mi hermana doña Isabel y por el rey de Sicilia su marido.

Por lo mismo urge que vos, señor, *in articulo mortis*, fijeis esa diferencia, nombrando á vuestro legítimo heredero.

—¿Y sabeis vos, padre prior, cuál es nuestro legítimo heredero? porque yo no lo sé.

—¿Qué? dijo con calor el gerónimo que estaba vendido al arzobispo don Pedro Gonzalez de Mendoza, y demas partidarios de la Beltraneja; ¿no creeis que sea vuestra hija legítima la infanta doña Juana?

—Sí, sí que lo creo; tengo muchas razones para ello, y muy gra-

tos recuerdos del tiempo en que la reina estuvo en cinta... verdaderamente que entonces estaba muy hermosa la reina... y parecia amarme.,.

—¡Señor!

—Es verdad, estos pensamientos no son propios de un moribundo: pero qué quereis, padre: hay cosas en mí que se sobreponen á todo... he sido tan desgraciado... por lo demas, yo creo firmemente que la infanta doña Juana es mi hija.

—¿Y por qué entonces, esclamó el gerónimo con voz severa, habeis permitido que vuestra hermana?..

—Yo no lo he permitido ni he dejado de permitirlo, padre... son ellos que han querido... mis buenos vasallos... y como durante mi reinado no se ha hecho mas que lo que mis vasallos han querido que se haga...

—Pues si quereis salvar vuestra alma es necesario que hagais lo que debeis hacer.

—¿Os han enviado, padre, para que me obligueis á que como siempre, aun en la hora de mi muerte, atice la guerra civil?

—Pensad en vuestra alma, señor, repitió el inflexible fraile.

—Pues porque pienso en mi alma quiero evitar la guerra civil: ¿qué creeis que debo yo hacer?.. bien sé que doña Juana es doña Juana de Castilla y no doña Juana la Beltraneja... pero mis reinos no me creen, hace mucho tiempo que no me creen... por otra parte mi hermana y su esposo se han hecho un grande partido, les ayudan Aragon y Navarra, y esto es cosa concluida. Don Fernando y doña Isabel serán reyes de España.

—Haced cuanto podais por vuestra parte: nombrad en vuestro testamento por sucesora de estos reinos á la princesa doña Juana.

—¿Y es preciso de todo punto?

—De otro modo no os oiré en confesion.

El rey sintió un terror supersticioso, se estremeció, consintió en todo y mandó llamar á su secretario Juan de Oviedo, con el que se quedó solo durante media hora.

Al cabo de ella el secretario salió despavorido á la antecámara.

—Señores, nobles señores, dijo á los magnates que estaban en ella, su alteza se muere.

Entraron desalados el condestable, el conde de Benavente, el duque de Arévalo, el marqués de Villena, el arzobispo Gonzalez de Mendoza, el prior de San Gerónimo, y otros magnates, prelados y caballeros.

Encontraron al rey rígido, desencajado, procurando alzarse del lecho, y revolviendo en torno suyo los ojos con una espresion insensata.

—¡Solo! ¡solo! esclamó: estoy solo como yo quise que muriera mi padre, pero mi padre al fin murió entre los brazos de su esposa... al lado de sus hijos... yo... ni la reina... ni mi hija... ni mi hermana... ni Beltran de la Cueva... no me cercan mas que traidores... ¡ah! estás tu ahí Diego Pacheco, digno hijo de Juan Pacheco... estás tu tambien ahí conde de Benavente, que has jugado conmigo á la pelota... y tu, Juan de Oviedo... traidor, que no has tenido compasion de tu rey y le has hecho firmar no sé qué papeles.... idos... idos... dejadme morir en paz.

—¿Ha firmado el rey en efecto? dijo don Pedro Gonzalez de Mendoza al secretario.

—Sí señor.

—¿Su testamento?

—No ha sido posible... pero sí una declaracion solemne acerca de su hija la princesa doña Juana declarándola heredera legítima de estos reinos, y nombrando para ejecutores de su voluntad á vuestra señoría, al marqués de Villena, al duque de Arévalo y al conde de Benavente.

El rey habia caido en una postracion profunda mientras don Pedro Gonzalez de Mendoza y Juan de Oviedo habian hablado las anteriores palabras. Nadie en aquel momento se ocupó del rey sino de los papeles que habia escrito el secretario: todos los nobles y clérigos habian rodeado al secretario

—Con esto basta, dijo don Pedro Gonzalez de Mendoza recojiendo los papeles á Juan de Oviedo; lo demas lo harán las armas.

—¿Y nada ha dejado dispuesto su alteza acerca de su enterramiento? dijo el prior de San Gerónimo.

—Sí, sí por cierto; ha mandado que se le entierre en nuestra Señora de Guadalupe, contestó el secretario.

—Sin acordarse de su fundacion de San Gerónimo de Madrid; pero no importa, alli le haremos los funerales y le enterraremos interinamente, dijo el prior.

—¡Traidores! gritó el rey débilmente: ¡siempre rodeado de traidores!

Volviéronse todos asombrados.

—El rey delira, señores, dijo el médico, y aunque os ve, ya no os conoce, dejadle solo, por caridad, con la ciencia y la religion.

Todos salieron, y apenas llegaron á la antecámara, cuando entablaron una ruidosa disputa acerca de la sucesion.

Una hora despues, calmada la efervescencia, murió el rey tranquilamente entre su médico y su confesor.

Habia vivido cuarenta y nueve años, once meses y once dias: y de este tiempo habia reinado veintidos años.

Durante su reinado ardió en Castilla la guerra civil; despues de su muerte se encendió la guerra de sucesion.

EPILOGO.

I.

Ultimo fracmento de las memorias de la reina doña Juana de Portugal.

Era la noche del 13 de junio de 1475.

En una estrechísima vivienda de San Francisco el Grande de Madrid estaba la reina doña Juana de Portugal.

Aquella vivienda, segun los apuntes de que nos servimos, correspondia á la que fue capilla de la Aurora en el antiguo convento, y estaba situada á la parte del Evangelio. La reina asistia á los divinos oficios por una tribuna cerrada con celosías que daban á la iglesia y se entraba en ella por un corredor que correspondia á su cámara.

Esta era humildísima: no habia en ella ni tapicerías ni alfombras, ni ricos muebles ni blasones: tenia adjunta una alcoba y una antecámara con mas dos aposentos para las doncellas de la reina. aquella vivienda era una celda.

Su servidumbre era escasísima: la componian dos damas que noblemente se habian adherido á su desgracia, y cuya lealtad merece que consignemos sus nombres: eran estas dos damas doña Francisca de Guzman, y doña Inés de Silva, hermosas, jóvenes y ricas, cualidades que hacian mas apreciable su abnegacion.

Pertenecian ademas á la servidumbre, dos pages, dos escuderos, un maestresala y un repostero.

En la noche que hemos indicado, la reina, pálida, flaca, débil, convertida por decirlo asi en su sombra, estaba sola en su cámara, velando sobre una mesa de nogal, sobre la que ardia un velon de cobre.

La reina escribia con mano trémula en la última hoja de un grueso manuscrito.

Si nos acercamos por detrás y en silencio, podremos leer lo que

escribia, ó por mejor decir, lo que ha escrito, porque ha soltado la pluma, ha apoyado la frente calenturienta en su mano, y mira con ojos escandecidos las últimas líneas que ha escrito.

Acomodemos al lenguage de hoy la falta antigua de la lengua.

«Mis desgracias van á terminar, decia; siento la muerte que po»ne ya su mano inexorable sobre mi cabeza... y estoy mas deses»perada que nunca... lo he perdido todo... todo... ni aun compasion »tendrán de mí, porque los reinos de Castilla me creen la causa de »sus males y me maldicen. Sin embargo... yo no he hecho mal á »nadie... á nadie mas que á mi hija... ¡pobre hija mia! y ella no »me maldecirá. ¡Oh, Dios mio! y sin embargo, yo con mis locuras »la he arrancado la corona... acaso los leales que la proclaman rei»na de Castilla, triunfen acaso... pero don Fernando y doña Isabel »son muy fuertes.,. ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! pienso en mi hija, »pienso en mi alma, que acaso dentro de algunos instantes tendrá »que rendir cuenta á Dios, y en vano pretendo apartar de mi me»moria su imagen ¡Beltran! ¡siempre Beltran! ¡y doña Mencía! ¡siem»pre doña Mencía! ¡Oh! ¡pero no se han casado! ¡Beltran me ha »vengado de ella! ¡doña Mencía está loca!

. . . . . .

». . . ¡Perdon! ¡perdon, Dios mio! en estos momentos no debo pen»sar en la venganza sino en el perdon. ¡Ah! sí: que como yo perdo»no á los que tanto mal me han hecho, me perdonen los que vean »estas memorias en que he invertido los últimos seis meses de mi »vida; las locuras de mi juventud.»

Hé aqui las últimas palabras que habia escrito en sus memorias la reina doña Juana de Portugal.

Dice la historia que esta señora murió la noche del 13 de junio de 1475, es decir, la misma noche en que habia acabado de escribir sus memorias.

II.

De lo que fue de otros personages de nuestra historia.

Todos los bribones tienen suerte. Diego y Tomasa, despues de haber prestado sus últimos servicios á doña Mencía y á don Beltran de la Cueva, se retiraron á sus estados: y cosa estraña: Diego, el terrible bandido, se convirtió en un honrado y bonachon padre de familia, y á la Tomasa, á la antigua prostituta, se la nombraba en la comarca como un modelo de madres y esposas.

¡Milagros del dinero!

La espiacion de doña Mencía de Padilla fue horrorosa; encerrada en Toledo por sus parientes á causa de su furiosa locura, sobrevivió muy poco á la muerte de don Beltran de la Cueva que aconteció en Granada, poco despues de su conquista á la que habia contribuido como un bravo y valiente caballero.

Parecia que un mal espíritu habia identificado la existencia de aquellos seres, y que aunque separados por la fatalidad, no habian podido sobrevivirse.

En cuanto á doña Catalina de Sandoval, y doña Guiomar de Silva, se murieron de viejas en sus respectivas prelacías.

Lo que fue de doña Juana la Beltraneja, pertenece al reinado siguiente, y por lo tanto nos reservamos á decir lo que fue de ella para cuando nos ocupemos de los reyes Católicos.

FIN.

EFEMÉRIDES Y SUCESOS NOTABLES

DEL REINADO DEL REY

DON ENRIQUE EL CUARTO DE CASTILLA Y DE LEON,

desde 1454 á 1474.

1454.—Es proclamado y jurado por las Córtes el rey don Enrique en Valladolid.

1455.—Se confirman paces entre Castilla y Aragon. El rey casa con la infanta doña Juana, hermana del rey don Alonso V de Portugal. El rey hace entrada en el reino moro de Granada con un gran ejército.

1458.—Los grandes conspiran para prender al rey. El rey los burla y para distraerlos entra con ellos de nuevo en la vega de Granada, seguido de un grueso ejército. El rey de Granada, consternado, pide treguas y el de Castilla se las concede. Muere don Alonso de Cartagena, obispo de Búrgos, y le sucede don Luis Acuña.

1459.—El rey de Castilla se entrega á los placeres y á la prodigalidad: las Córtes del reino tasan los gastos de la casa real: don Juan Pacheco, marqués de Villena, hace quitar á Juan de Luna, hijo del condestable don Alvaro, el gobierno de Soria. Mueren el marqués de Santillana, don Iñigo Lopez de Mendoza, y la reina de Aragon. Se entrega mas y mas á los vicios el rey de Castilla. Empieza la intimidad de la reina doña Juana con don Beltran de la Cueva. Se corrompen las costumbres del reino. Vienen calamidades y se hacen rogativas públicas.

1460.—Se levantan nuevos alborotos, y muchos nobles se confederan contra el rey.

1461.—Declaran la guerra entre Castilla y Navarra y los castellanos entran á 23 de noviembre. Muere el príncipe de Viana envenenado en Barcelona.

1462.—A principio de este año, dió á luz la reina á la infanta doña Juana. En albricias de esto, el rey hace á Beltran de la Cueva conde de Ledesma, lo que dá lugar á grandes murmuraciones puesto que se cree que Beltran de la Cueva es padre de la infanta. Doña Blanca de Navarra, primera muger que fué del rey don Enrique, y á la que repudió, muere envenenada en el castillo de Ortes en el Bearne.

1463.—Don Enrique y el rey de Francia Luis el XI, tienen vistas en Fuenterrabía. El duque de Medina Sidonia toma á los moros la plaza de Gibraltar. A 12 de noviembre muere San Diego en su convento de Alcalá de Henares.

1464.—El rey de Castilla y el de Portugal se unen en Gibraltar y concertaron dos casamientos, el del rey de Portugal con la in-

fanta doña Isabel, hermana del rey de Castilla, y el de la infanta doña Juana, hija de este último, con el príncipe heredero de Portugal; matrimonios que no se efectuaron. Beltran de la Cueva es nombrado por los buenos oficios cerca del rey maestre de Santiago. Enojado de esto el marqués de Villena, se confedera con un gran número de grandes descontentos. Pasa el marqués á Madrid é intenta apoderarse del rey y de sus hermanos los infantes doña Isabel y don Alonso, y logran apoderarse de este último: los confederados juran al infante como príncipe heredero, escluyendo á la infanta doña Juana, á quien llaman la Beltraneja. A 14 de agosto falleció en Ancour el Papa Pio II y le sucedió Paulo II.

1465.—Continúa la guerra entre catalanes y aragoneses. El príncipe don Fernando de Aragon, de edad de 13 años, entra en Cataluña, se une al conde de Paredes y vence á los catalanes rebeldes en Prados del Rey. Muere el rey Ismail de Granada y le sucede Abond-Hacen.

1466.—El maestre de Calatrava, don Pedro Giron, promueve la rebelion en Andalucía. El rey pasa á Salamanca para reunir á los confederados. El arzobispo de Toledo abandona al rey. Los confederados llegan al esceso de destituir al rey en los campos de Avila, proclaman en su lugar al infante don Alonso, y se apoderan de Olmedo. El reino en general reprueba este atentado y se pone de parte del rey. Los confederados destruyen á Peñafiel. Acomete el rey á Valladolid y licencia la mayor parte de sus tropas por falta de medios para mantenerlas. Valladolid se somete al rey y los confederados prometen la paz si la infanta doña Isabel casa con el maestre de Calatrava. El rey consiente. La infanta resiste. El maestre de Calatrava sale de Almagro para efectuar el casamiento y muere en el camino, segun opinan algunos historiadores, envenenado.

1467.—Siguen las turbulencias. El conde de Benavente saca del poder del arzobispo de Toledo al infante don Alonso. El marqués de Villena consigue que lo devuelvan á los confederados. Se trata de nuevo la paz entre estos y el rey. No se consigue, y los confederados se apoderan de Olmedo. El rey levanta un ejército para destruir á los confederados. Los encuentra cerca de Olmedo. Se dá la batalla. El rey, el infante don Alonso, Beltran de la Cueva y el arzobispo de Toledo, se encuentran en ella. Los confederados son vencidos.

1468.—El obispo de Leon, nuncio del Papa, amenaza á los obispos sediciosos con pena de escomunion. El obispo de Segovia entrega esta ciudad á los confederados. El rey se aflige mucho con esta pérdida: es abandonado de todos y se pone en manos del conde de Plasencia. El papa procura reducir á sus deberes á los rebeldes. El rey se refugia en Toledo, alborótase la ciudad, y don Enrique escapa de ella de noche. Luego es llamado y confirma todos los privilegios de Toledo. A 5 de julio

muere el infante don Alonso en Cardeñosa, envenenado por una trucha.

1469.—Empiezan á demostrarse las intenciones del rey don Juan de Aragon y de Navarra, de casar á su hijo don Fernando con la infanta de Castilla doña Isabel. Los confederados se apoderan de la infanta doña Isabel y la llevan á donde la ofrecen la corona. Doña Isabel resiste noblemente al ser proclamada reina de Castilla, mientras viva su hermano el rey don Enrique. Los confederados hacen la paz con el rey á condicion de que escluya á la Beltraneja de la sucesion y reconozca por su heredera á la infanta doña Isabel. El rey y su hermana, con muchos caballeros y prelados, se ven en la venta de la Tablada, junto á los Toros de Guisando, y se firman las capitulaciones, con arreglo á las cuales el rey reconoce por su heredero á doña Isabel. El arzobispo de Toledo se disgusta y se separa de la infanta, ya princesa de Asturias y de los confederados. El marqués de Villena quiere casar á la princesa con el rey de Portugal. Renacen las alteraciones de Andalucía. El rey va á reprimirlas. El rey de Granada Abou'l—Hacen, entra por las fronteras de Castilla. La infanta doña Isabel rechaza el casamiento con el rey de Portugal y elige entre todos sus pretendientes al príncipe de Aragon, don Fernando. Se hacen las capitulaciones. La infanta va á Valladolid y se desposa con el príncipe don Fernando. Los nuevos esposos participan su matrimonio al Papa, al rey, y á los grandes del reino.

1470.—El rey don Enrique va á Trujillo y concede la villa de Arévalo al conde de Plasencia. Vuelven á Segovia y los príncipes don Fernando y doña Isabel, se rinden pleito-homenaje. Se conciertan los desposorios de la infanta doña Juana la Beltraneja, hija del rey, con el duque de hermano de Luis el XI, y es efectuado en el Paular: poco despues muere el nuevo desposado.

1471.—El príncipe don Fernando procura atraer á su partido á los magnates castellanos. El Papa manda á los prelados rebeldes que se sometan al rey. El marqués de Villena, con sus malas artes lo impide. En Vizcaya tienen lugar grandes alborotos y los sosiega el rey. Acontece en Toledo un grande conflicto entre los confederados. En Andalucía se hacen una cruda guerra el marqués de Cádiz y el duque de Medina Sidonia.

1472.—Se declaran muchos pueblos en Castilla por los príncipes don Fernando y doña Isabel. Va á Badajoz el rey don Enrique y el duque de Féria le cierra las puertas de la ciudad.

1473.—El obispo de Leon, legado del papa, aumenta en secreto el partido de los príncipes don Fernando y doña Isabel. Siguen los disturbios en Andalucía. Don Enrique, duque de Segorve, viene á Castilla á casarse con la Beltraneja, ya viuda, aunque no muger por su poca edad del duque de . El marqués de Villena impide este matrimonio. Castilla se divide en dos

partidos, uno por el rey, otro por los príncipes. Toledo se subleva y el rey va allá y reprime la insurreccion. Vuelve á Segovia y no puede conseguir que el alcaide Andrés de Cabrera le entregue el alcázar y los tesoros. Aranda y Agreda se entregan á doña Isabel. El arzobispo de Toledo celebra su concilio en Aranda.

1474.—El marqués de Villena se opone con un artificio al partido que le hace don Fernando de Aragon. Intenta apoderarse del alcázar de Segovia. El alcaide Cabrera persuade al rey que permita á los príncipes que vengan á visitarlo. Hace avisar de ello á doña Isabel. Doña Isabel viene de secreto, sale con su hermano y sobreviene don Fernando. Salen á pasear juntos y el rey se retira enfermo á su palacio. El rey pasa á Portugal á concertar el tercer casamiento de su hija la Beltraneja con el rey don Alonso. Se agrava la enfermedad del rey, se vuelve á Madrid despues de algunas escursiones violentas y muere en el alcázar á 2 de diciembre, declarando su heredera á la infanta doña Juana la Beltraneja. A pesar de esto son proclamados reyes de Castilla don Fernando y doña Isabel en Segovia.

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

PÁGINAS.

Retrato de Enrique IV. 3
Del autor. 5
El te valga. 10
Doña Guiomar de Silva. 17
Aquellos gemidos. 53
Noche de amor. 101
Contempla á su hermano con dulzura. 106
Debeis firmar, señor. 142
La justicia vela. 209
Don Beltran de la Cueva. 230
¡Oh! y si no, mirad esta mesa. 266
Permitid que me retire, dijo la infanta con indignacion. . . . 289
Vos aqui, señora. 340
Sino, mirad aquella puerta. 365
Pues mira, no tengo humor de divertir. 395
Doña Mencía de Padilla. 401
Por aqui, señora. 425
¡Oh! ha sido un sueño, un sueño horrible. 446
No me vendo por perlas, etc. 482
Marqués de Villena. 510
La reina doña Juana. 549
Muerte de Enrique IV. 616

ADVERTENCIA.

Habiendo concluido el original de la novela y quedando bastante blanco en el pliego 80, *se podia haber llenado con el índice de los capítulos, cosa inútil en una novela: y creemos que nuestros suscritores nos permitirán que nos aprovechemos de esta pequeña ventaja para darles las Efemérides que se le deben gratis, aunque no sea mas que en obsequio de la brevedad.*

299016

Author Fernández y González, Manuel LS F3674e

Title Enrique IV.

DATE.	NAME OF BORROWER.

University of Toronto Library

DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU